

# Simbad

EL PLANETA ERRANTE

N.º 35



\$ 2.00

PIENA FORNER

# Pimpín

EL AVENTURERO

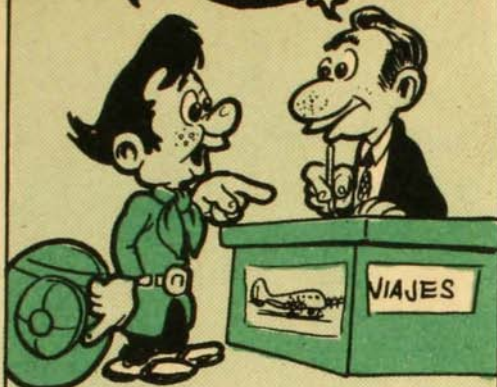


Por

THEMISTOCLES  
LOBOS A.

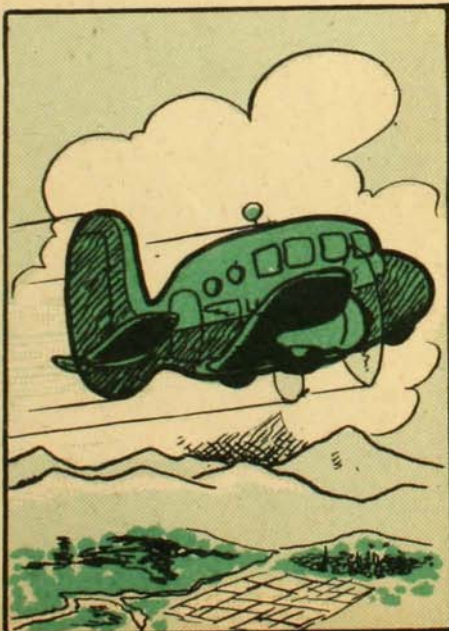
DESEO ENVIAR UNOS BULTOS  
CON ALIMENTOS Y ROPA A  
UN AMIGO QUE TENGO EN LA  
INDIA.

BIEN, SEÑOR.



3.

EL EQUIPAJE ENVIADO POR  
PIMPÍN ES EMBARCADO.



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA

# Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I - N.º 35

Precio: \$ 2.—

3-V-1950



## GIL BLAS de SANTILLANA

### CAPITULO VIII. — El joven doctor Gil Blas

Gil Blas de Santillana, estafado por un trío de pícaros, compuesto por el criado Antonio Lamela, don Rafael y la bella Camila, se encontró de pronto sin un ochavo. Siguiendo el consejo de su amigo Fabricio Núñez, se empleó como criado del doctor Sangredo.

—Así no me moriré de hambre —discurrió nuestro héroe.

Tan complacido quedó el médico de su lacayo, que un día le dijo:

—Eres un mozo desdicierto. Puedes servirme de ayudante.

Gil Blas, asombrado, replicó:

—No sé curar enfermos, señor.

El doctor Sangredo contestó enfáticamente:

—Mi joven amigo, la medicina consiste sólo en dos cosas: para curar a los pacientes, basta practicarles sangrías y hacerles beber agua caliente.



—Para curar a los enfermos, basta practicarles sangrías y hacerles beber agua caliente —dijo el doctor Sangredo.

—¿Cualquiera que sea la enfermedad que les aqueja? —inquirió el muchacho, cada vez más sorprendido.

—Exacto, Gil Blas. Te he confiado mi secreto. Ahora eres tan sabio como yo.

No quedó muy convencido el asturiano, pero aceptó convertirse en ayudante del doctor Sangredo y, para cumplir su nueva misión, debió vestir el hábito de mé-

dico. Le quedaba un poco grande, pues pertenecía a su amo, pero esto no le impidió pasearse por las calles de Valladolid y despertar a su paso la admiración de los vallisoletanos.

—¡Es el joven doctor! —oía murmurar a su paso.



El hábito de médico le quedaba un poco grande, pero esto no le impidió pasearse por Valladolid.



Gil Blas reconoció a la aventurera Camila, que le había engañado tiempo antes.

Empezó a visitar a los enfermos y recetaba a destajo las sangrías y el agua caliente. Un día que acudió a examinar a un enfermo de hidropesía, se encontró con un rival llamado Cuchillo. Uno después de otro reconocieron al doliente, lanzándose de vez en cuando miradas poco amistosas.

—¿Qué opináis? —preguntó Cuchillo, terminado el examen.

—Sangrías y agua caliente —recetó Gil Blas.

—¿Y creéis que así se salvará? —preguntó el otro galeno, echando chispas por los ojos.

En seguida añadió:

—No me sorprende ahora que tantos pacientes hayan muerto en manos de vuestro amo. Si él da las recetas que vos dáis, envía al cementerio aun al más sano.

Ofendido, Gil Blas de Santillana se abalanzó contra Cuchillo, iniciándose una riña feroz. Cuando lograron separarlos, el enfermo gimió:

—Saquen de mi vista a esos doctores. No confío en ninguno de ellos.

Con aquel suceso, Gil Blas perdió a un cliente. Pero días más tarde, una anciana le detuvo en la calle para preguntarle:

—¿Vuesa merced es médico?

—¿No ves mi túnica? ¿O crees que ando vestido así para engañar a la buena gente? —contestó él con altanería.

—Vuesa merced me perdone. ¿Puede reconocer a mi sobrina, que está muy mal desde ayer?

Adoptando su gesto más doctoral, Gil Blas siguió a la anciana hasta una casa bien amueblada. La enferma yacía en un lecho lujoso, con sábanas adornadas de encajes y cubrecama de raso. Mientras fingía tomarle el pulso, Gil Blas disimuló su turbación. ¡Había reconocido a la impostora Camila, que pretendió ser prima de Mencía para engañarlo! No se equivocaba, era la hermosa aventurera que, en complicidad con el bellaco Antonio Lamela y el no menos truhán don Rafael, se incautó de su cofre con ducados.



—¡Recórcholis! —exclamó.

En la diestra de Camila vió lucir la sortija que le regaló Mencía de Mosquera.

Al tomarle el pulso, vió lucir la sortija.



—Regresaré con un colega mío, para salvar la vida de la enferma.

var definitivamente la vida de la enferma —anunció al despedirse.

En realidad iba en busca de Fabricio para que lo ayudara a arrebatarse su sortija a Camila quien, no lo había reconocido, a causa, sin duda, de su traje de médico.

—Esta vez la bella Camila resultará burlada —murmuraba mientras cruzaba como un bólido las calles de Valladolid—. Fabricio me dirá en qué forma quitaremos a la engañadora mi anillo y algunas otras cosillas. Quien ríe último ríe mejor. Ahora será el señor Gil Blas de Santillana quien reirá.

—¿Está muy grave?  
—preguntó la vieja, asustada por aquella exclamación del médico.

El primer impulso de Gil Blas fué apoderarse de aquel anillo que le pertenecía, pero después reflexionó:

“La bruja y la niña pueden ponerse a chillar. En la habitación vecina tal vez se encuentra don Rafael con todos sus cómplices. Acudirían a los gritos y yo me vería en un lío. Es preferible que proceda con astucia.”

Conteniendo su furor, dijo a la tía que su sobrina necesitaba la consabida sangría y la más consabida agua caliente.

—Regresaré con un colega mío, para salvar

(CONTINUARA)



# EL PIRATA DANDY

## CAPITULO IX.—El suplicio del capitán Duval

Barba Negra había ideado un cruel tormento para el pirata Dandy.

En vez de darle violenta muerte, quería satisfacer su venganza disparándole desde el velero todas las balas de su pistola. En seguida le dejaría abandonado a fin de que los tiburones devoraran su cadáver.

Las balas pasaron rozando a Dandy Duval, pero con el vaivén de las olas era demasiado difícil dar en el blanco.

—Disparen —les gritaba el pirata Dandy—, así alejan de mi lado a los tiburones. Me escaparé, lo juro... Y tú, Barba Negra, tendrás algún día que lustrarme las botas y planchar mis corbatas.

Barba Negra descargaba pistola tras pistola sobre el mástil que saltaba a merced de las olas.

Una esperanza nacía en el corazón del prisionero; poco a poco iba desatando las ligaduras de sus manos y llegó un momento en que su mano derecha quedó libre.

En el acto desenvainó su espada de acero toledano y antes que se disipara el humo del último fogonazo ya había cortado el cable que ataba el mástil roto a la goleta de Barba Negra.

—Adiós —gritó Duval a los enemigos, que le veían alejarse estupefactos—. Disparen los cañones ahora, imbéciles bergantes... Nos volveremos a encontrar.

—Se escapa con el secreto de mis tesoros —exclamó el rey de los piratas—. Hay que pulverizarle. Disparen todos... Enciendan mechas y apronten los cañones.

Pero ya el mar se llenaba de sombras y los proyectiles no alcanzaban al náufrago.

*RESUMEN: Dandy Duval y sus cuarenta compañeros de presidio se convirtieron en piratas por la mala fe del gobernador de Jamaica, Carlos Dane, quien es el aliado secreto de los tilibusteros y del rey de los piratas, Barba Negra. Tras muchas aventuras, Dandy Duval cae prisionero del temible Barba Negra.*

El pirata Dandy se defendía de los tiburones que le rodeaban, tratando al mismo tiempo de mantenerse en equilibrio sobre el mástil que ahora le servía de salvadora balsa.

De improviso pasó silbando sobre su cabeza un grueso proyectil. —¿Qué ocurre? —murmuró aterrado Dandy—. Estoy entre dos fuegos.

En efecto, por el lado contrario a la goleta de Barba Negra surgía otro navío que también lanzaba sus fuegos sobre él.

—No me explico —balbuceó Duval—, tal vez el traidor Matías me ha divisado y quiere terminar conmigo.

Dandy Duval creía que Matías y Gullet, al dejarle solo en poder de Barba Negra, le habían abandonado cobardemente y esta idea le hizo sufrir mucho.

En verdad el tuerto Matías le abandonó, pero no el capitán Gullet, que decidió salir tras él y libertarle.

Un vaivén de las olas le aproximó a la goleta que parecía bombardear el navío de Barba Negra, y grande fué su alegría al advertir que era su "Loro de Mar".

"El buen Gullet no me ha traicionado", pensó Duval.

Entre el fragor de la batalla, Duval pudo aproximarse al "Loro de Mar" y hacer señales a sus tripulantes. Los piratas reconocieron a su jefe y lanzando un cable al mar le izaron a bordo.

—Muy a tiempo, mi capitán —exclamó Gullet, abrazando a Dandy.

—Para mí también —respondió Duval—; ese inmundo pirata me ató a un palo sucio, engrasado y pegajoso. Bien. Vamos a enseñarle cómo combaten mis leoncillos.

Inmediatamente Dandy tomó la dirección del barco y lanzó nutrido fuego contra la goleta de Barba Negra.

—Después de esta descarga —dijo Dandy a Gullet—, evitaremos continuar la batalla, pues el enemigo es superior.

La certera puntería de Dandy Duval ocasionó desperfectos graves al barco de Barba Negra. Esto bastaba por el momento.

En seguida el "Loro de Mar" se elejó con sus luces apagadas y sin haber sufrido daños.

—¿Dónde está el "Venganza" —inquirió el pirata Dandy.

—Se fué a la Isla de la Calavera con el fin de robarnos el botín que depositamos en nuestro último viaje. Matías engañó a la tripulación.



—Maldito tuerto —vociferó Duval—, esta vez no le perdonaré su traición. Gullet, cuando tú y Matías me abandonaron en manos de Barba Negra, yo experimenté una atroz amargura. Perdóname, Gullet, yo creí que tú también me habías traicionado.

—Eso nunca —respondió el capitán del “Loro de Mar”—; mi intención fué que el “Venganza” y el “Loro de Mar” salieran en tu defensa. Pero Matías no quiso obedecerme.

—Ya lo cogemos —mur m u r ó Dandy—; pero ahora lo esencial es que me dé un baño y cambie este traje deteriorado por el inmundo más-til de Barba Negra.



De improviso, pasó silbando sobre su cabeza un grueso proyectil.

Dos horas después el pirata Dandy salía de su camarote, hermoso, arrogante y con otro uniforme planchado y elegante. Tres hurras recibieron al valiente capitán Dandy cuando apareció ante sus marineros.

A mediodía el vigía avistó una goleta en lontananza.

—¿De qué nacionalidad es ese barco? —preguntó Duval.

—Lleva en el mástil una escoba —informó el vigía.

—Entonces es el “Venganza” —declaró Dandy—, porque yo hice colocar en el palo mayor una escoba para indicar a Barba Negra y demás enemigos que barrería de estos mares sus flotas. Gullet —prosiguió el capitán pirata—, Matías aun no nos ha reconocido. Haz colocar una bandera francesa y que cubran con telones toda la artillería.

\* \* \*

El tuerto Matías, capitán accidental del “Venganza”, divisaba un cuarto de hora después un barco en el horizonte.

—Enarbola bandera francesa —dijo el traidor—. Resulta fácil presa. Los vamos a destripar en menos que canta un gallo.

Y el tuerto Matías daba órdenes y contraórdenes, sembrando confusión entre los tripulantes del “Venganza”.

Por fin uno de sus compañeros, usando del anteojo de larga vista, exclamó:

—Es el “Loro de Mar”; quieren tendernos una celada.

Matías cogió a su vez el catalejo y también reconoció la goleta capitaneada por Gullet.

—Es nuestro “Loro de Mar” —afirmó Matías—, y por vida de mi madre he de castigar a esa vieja tortuga de Gullet. El también abandonó a Dandy y ahora quiere disputarme el tesoro de la Isla de la Calavera.

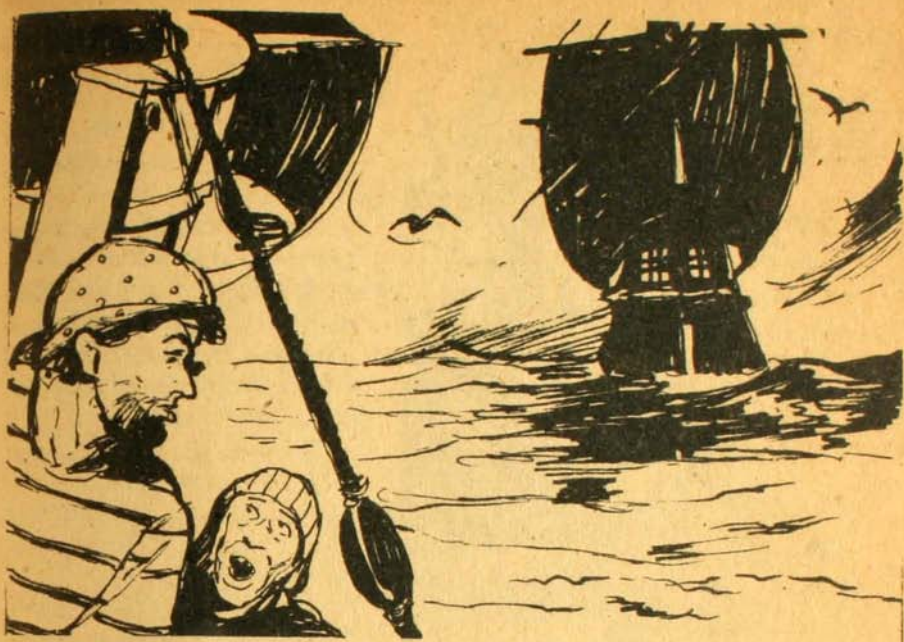
Matías arengó a sus tripulantes declarándoles que Gullet, en ausencia de Dandy Duval, venía a arrebatarnos el botín oculto en la Isla de la Calavera.

Con tal arenga, los piratas decidieron trabar batalla.

Entretanto la goleta “Loro de Mar” iba aproximándose más y más.

—Viejo Gullet —gritó Matías desde la cubierta del “Venganza”—, ríndete o hundimos el barco.

—No respondas ni dispares —ordenó Dandy, permaneciendo ocul-



Matías reconoció la goleta capitaneada por Gullet.

to entre los barriles de pólvora—. No conviene que destrocemos nuestras naves. Aproxímate más y finge rendición.

Gullet bajó la bandera francesa que flameaba en el mástil.

Ambas goletas estaban a una milla de la Isla de la Calavera cuando Dandy Duval saltó a cubierta del "Loro de Mar".

—Buenas tardes, Matías —gritó Dandy, apareciendo en todo su esplendor sobre el puente del "Loro de Mar"—. Acércate... Necesito hablarte.

Matías creyó que asistía a sus propios funerales.

Era seguro que el pirata Dandy le mataría después de esta segunda traición.

—Huyamos —propuso a sus compañeros—, Dandy Duval nos pasará por las armas.

Pero ninguno le obedeció y una formidable aclamación surgió de sus pechos varoniles.

Momentos después, el pirata Dandy abordaba el "Venganza" y tomaba posesión de la goleta sin que se alzara un puñal contra él.



FINA.

—Después de esta descarga— dijo Duval— evitaremos continuar la batalla.

—prosiguió Duval—. Capitán Gullet, por el momento encierre a Matías en la bodega, y ustedes —añadió, dirigiéndose a la tripulación—, a limpiar el barco, que encuentro en sucio estado. Mañana zarparemos para la Isla del Caimán y recogeremos el tesoro de Barba Negra. Todos a trabajar.

El capitán Gullet volvió al “Loro de Mar”, y al día siguiente las dos goletas muy limpias y con sus cañones brillantes avistaban la Isla del Caimán, donde, según confesión del posadero Timoteo Bone, Barba Negra guardaba los tesoros acumulados en largos años de piratería.

La única preocupación de Duval era que el pirata Barba Negra hubiera llegado antes que él a la isla del Caimán.

—Si le encuentro aquí, habrá baile —sonrió con su habitual indiferencia ante el peligro.

Sacudió con elegancia los encajes de su puño y agregó:

—Estaremos preparados para la danza más animada que se haya visto en la isla del Caimán.

Se oyeron risas entre la tripulación. Todos estaban dispuestos a pelear, sobre todo si había un tesoro de por medio.

El tuerto Matías acorralado y temblando murmuraba:

—Yo no le he traicionado, mi capitán. Andábamos buscando por estos mares a Barba Negra. Me alegro tanto de verle libre...

—Mientes —gritó Duval—. Tú diste orden de disparar contra el “Loro de Mar”, pero la tripulación no te obedeció.

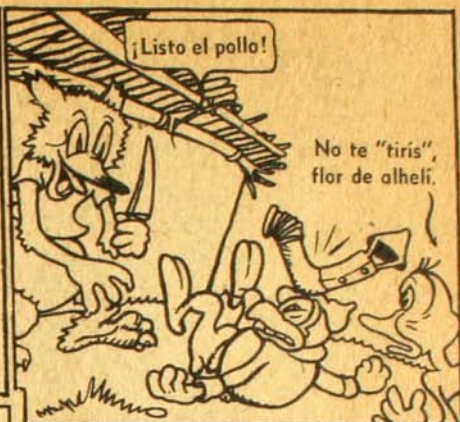
—Es que yo creía que estábamos enfrentando un barco francés, mi capitán, —balbuceó el cobarde Matías.

—Sin embargo cuando me divisaste quisiste huir

(CONTINUARA)

# El SUPERPOLLO

Cocoró, el superpollo, ignora que sólo tiene audacia, pero le falta la fuerza. Desafía al zorro y cae aturdido por un cañón de chimenea. La patita Cuacuá tiene fuerza y...



Buenas noches los pastores. ★



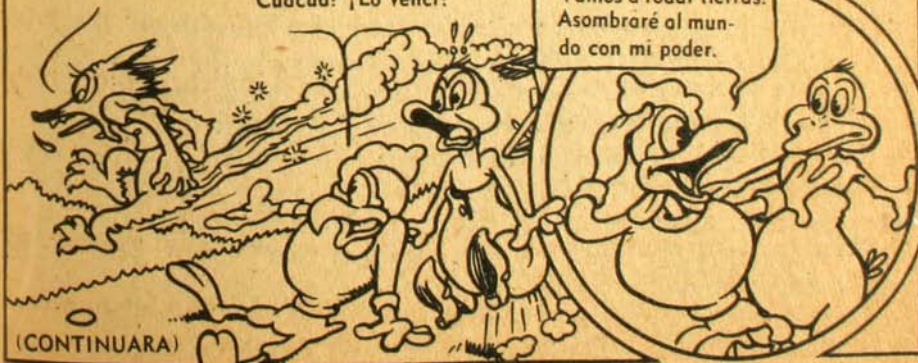
Despierta, Cocoró.



¡Socorro! ¡Bomberos!

¿Qué te parece, Cuacuá? ¡Lo venci!

Vamos a rodar tierras. Asombraré al mundo con mi poder.



# Los gladiadores

CAPITULO XII y FINAL. — El inmortal Espartaco

El ejército de los esclavos, los veinte mil marchaban hacia la muerte. Habían sido primero un puñado de gladiadores que huyeron del circo, para fundar una ciudad libre y soberana, donde la garra de Roma no pudiera alcanzarlos.

Tenían dos jefes: Crixo, un galo triste y cruel, y Espartaco, un tracio de ojos luminosos. Crixo murió; Espartaco reconocía que estaban derrotados. Pero antes de caer, darían su última batalla junto al río Silaro.



Cuando el sol sobrepasó su cenit, la hueste de Espartaco había dejado de existir.

Marco Craso, que en un instante de terror y ofuscación pidió auxilio al Senado, comprendió que había cometido un error. La horda esclava saltó la trinchera en un impulso desesperado, pero no tenía fuerzas para vencer a las legiones romanas.

Al caer la noche, ambos campamentos se aprestaron. Craso revisó rápidamente sus tropas. Las armaduras de los soldados se extendían como una muralla de acero a través de la colina.

Espartaco también reunió a sus hombres descalzos y andrajosos, que presentaban un desfile de miseria y desesperación.

Al despuntar el alba, los esclavos emprendieron la ofensiva. Sus tambores africanos, cajas recubiertas de cuero, resonaban marcialmente. Los honderos lucanios cabalgaban al frente en sus ye-

guas flacas. Fueron recibidos por una lluvia de flechas. La primera línea romana cedió paso. La segunda lanzó contra los cel-  
tas sus pesadas jabalinas. La tercera línea, la muralla de acero,  
no entró en acción hasta horas más tarde, cuando los esclavos  
hubieron lanzado ola tras ola de ataque, y ola tras ola fué des-  
trozada delante de ellos.

Cuando el sol estaba casi vertical en el cielo, la mitad del ejérci-  
to esclavo había sido aniquilada. Cuando el sol sobrepasó su cen-  
nit, los romanos completaron su círculo en torno a los siervos y  
la hueste de Espartaco, el Príncipe de Tracia, dejó de existir.

Espartaco se había abierto paso con su espada de gladiador. Avan-  
zaba para combatir con un oficial romano y mató a dos centurio-  
nes romanos que pretendieron detenerlo. Sólo veinte pasos había  
entre él y el oficial cuando una lanza atravesó su cadera y cayó

un golpe seco, fuerte, terrible,  
entre sus ojos. Se derrumbó.

Pies que corrían, con zapatos  
duros y angulosos, pasaron so-  
bre su cuerpo como si fuesen  
cascos de toros enfurecidos.

“¿Esto es todo?”, pensó y rodó,  
apretando los dientes contra la  
tierra arcillosa.

Así murió Espartaco, el jefe de  
la revolució'n italiana, el gla-  
diador que soñó con una ciudad  
libre para los esclavos. Espar-  
taco, la figura más fascinante  
de la historia romana, el héroe  
de la libertad.



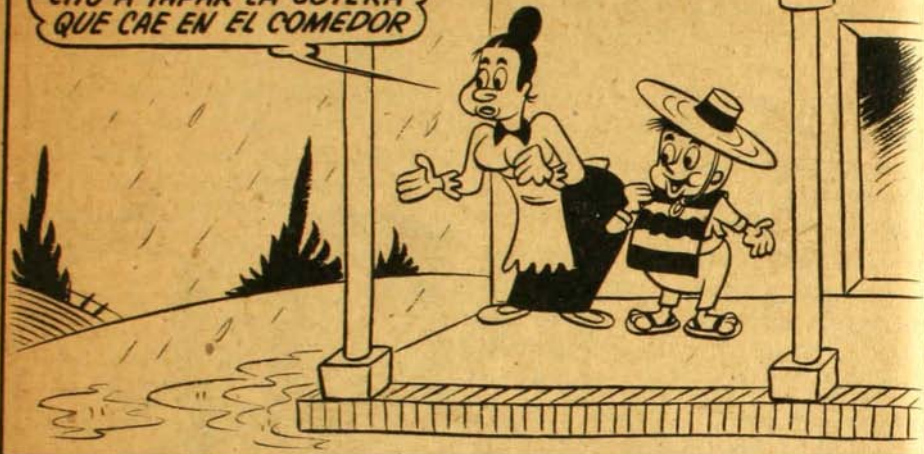
DESDE EL PROXIMO NUMERO. LEA:



El Romance  
de  
Tristan e Isolda

# Ponchito

YA ESCAMPO LA LLUVIA  
PONCHITO, TRAE LA ESCA-  
LERA Y TE SUBES AL TE-  
CHO A TAPAR LA GOTERA  
QUE CAE EN EL COMEDOR



EN MENOS QUE CANTE  
UN GALLO, ARREGLARE  
EL TECHO



AQUI FALTA UNA TEJA  
¿QUE HAGO?





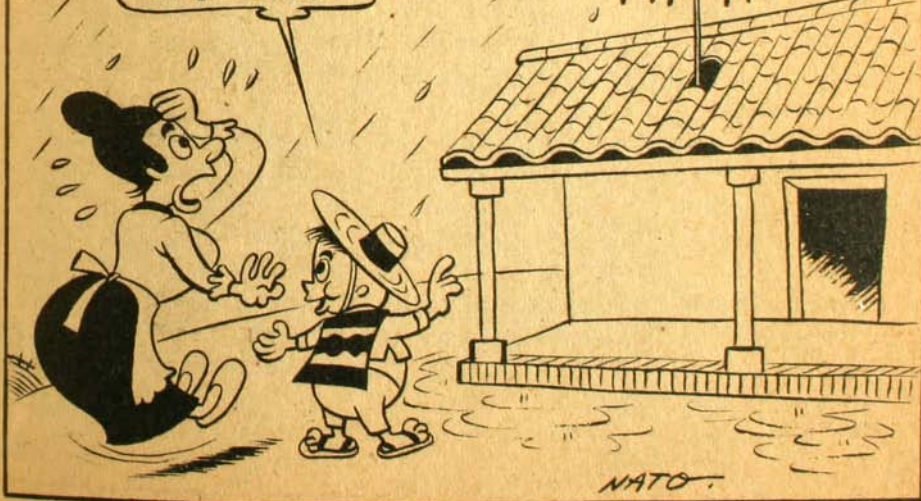
YA SE, ESTO ES MAS FACIL DE LO QUE CREIA



¡LISTO ABUELITA! Venga a ver como SOLUCIONE EL PROBLEMA



AHORA NO SE VA A GOTEAR NI AUNQUE LLUEVA A CHUZOS



NATO

# EL CABALLITO CON ZAPATO

Una vez había un caballito salvaje, que vivía solo en una colina. Era muy pequeño, y nunca en su vida había tenido ocasión de ver a otro caballo.

Nadie sabía cómo llegó allí. El gnomo Barbudo creía que debió caerse de la luna, y Diezdedos, el duendecillo, dijo que era el resultado de un encantamiento que salió mal.

Llamaron al caballo Centella, porque corría con la velocidad del rayo. El animalito era muy feliz en su vida solitaria de la colina y teniendo por amigos a los gnomos y a los duendecillos, hasta que un día Diezdedos trajo consigo un espejo mágico.

—Es un espejo maravilloso —dijo Diezdedos a Barbudo y a Centella—. Podéis pensar en un lugar cualquiera y en seguida lo veréis en el espejo.

—¡Oh! —exclamó Barbudo—. Déjame que lo vea. Ahora voy a pensar en el pueblo de las Ciruelas, en que nací.

En el espejo apareció una vista del lindo pueblecillo, en cuya calle principal crecían los ciruelos. Barbudo se emocionó mucho.

—Esta es la casa en que vivía mi madre —exclamó—.

¡Oh, qué espejo tan maravilloso!

—Ahora pensemos en otra cosa —dijo Diezdedos—.

¡Ya lo sé! Pensaré en la granja del tío Curruca, donde viven niños y niñas. Una vez estuve allí con un amable pato amigo mío y dormí todas las noches envuelto en sus plumas.

En el espejo apareció una granja rodeada de campo por todas partes. En la puerta había dos caballos magníficos, uno blanco y otro de color castaño. Centella, el caballito castaño, dió un relincho de alegría.

—Mirad —dijo—. Aquí hay unos animalés como yo. ¡Caramba, nunca me figuré que en el mundo hubiese nadie parecido a mí! Muchas veces me he visto reflejado en el estanque. Pero nunca he puesto los ojos en nadie que se me pareciese.

—¡Oh, hay muchos como tú! —dijo Diezdedos, riéndose.

—Pues me gustaría ir a vivir con ellos —dijo Centella—. A veces me siento muy solo en esta colina. ¿Te parece que me permitirían vivir con ellos?

—No lo sé. Ve a preguntárselo,

—No conozco el camino —dijo Centella—. ¿No podrías averiguarlo por mí, Diezdedos?

—Lo procuraré —dijo el duendecillo Barbudo—, voy a dejar el espejo mágico bajo la raíz de este árbol y así cualquiera que desee entretenerse podrá utilizarlo.

Centella miraba todos los días al espejo y cada vez deseaba ver la misma cosa, es decir, la granja con sus caballos. Le parecían muy hermosos y no anhelaba otra cosa que ir a vivir con ellos. Un día Diezdedos fué a su encuentro y le dijo que había estado haciendo averiguaciones acerca de los caballos que iban por el mundo.

—Van calzados. Imagínate eso, Centella. Y me consta, porque Alasdeplata, que una vez por semana pasa volando por encima de la granja, me dijo que había oído decir a Tomás, el hijo del granjero, que era necesario poner herraduras a uno de los caballos. Y me explicó que esas herraduras son unos zapatos de hierro.

—En tal caso me gustaría llevar también unos zapatos como



Barbudo emocionó mucho al ver su pueblo natal en el espejo mágico.

# EL PLANETA ERRANTE

## CAPITULO IX. — Lucha salvaje

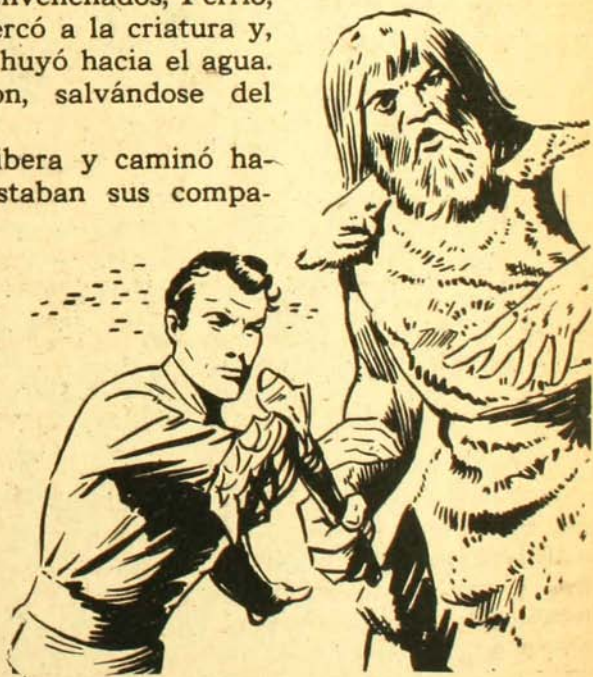
Un grupo de exploradores se trasladó de la Tierra al Planeta Errante, viajando en un cohete interplanetario. En aquel mundo, en el cual se desarrollaba una vida primitiva, conocieron extraños hombres y asombrosos animales. Después de un cataclismo que hizo estallar las montañas y desaguó el gran lago, los terrestres y los cavernícolas llegaron a unos pantanos donde vivía una tribu de hombres anfibios. Al surgir una espantable serpiente, un niño del clan quedó a merced del reptil. Cuando éste se abalanzó para clavarle sus colmillos envenenados, Ferrio, de un ágil salto, se acercó a la criatura y, alzándola en su brazo, huyó hacia el agua. Ambos se sumergieron, salvándose del ataque.

El joven alcanzó la ribera y caminó hacia el lugar donde estaban sus compañeros.

—¡Ferrio! —exclamó Aura, que temió por la vida del explorador cuando él fué arrebatado por la nube de hombrecillos. De pronto Amina exclamó:

—¡Allí vienen otra vez!

En efecto, la superficie del agua se veía cubierta de cabezas. Se diferenciaban las cabelleras ásperas de los hombres y sus



—¡Espera! —susurró Ferrio, deteniendo el gesto amenazante de Han.

ésos —dijo Centella—. Si no lo hago así, los demás caballos se reirían de mí. ¿Sabes si también llevan medias, Diezdedos?

—No lo creo —contestó el duendecillo—. Vamos a mirar en el espejo y lo veremos.

En efecto, así lo hicieron. Vieron que los dos caballos estaban sobre la hierba, y aunque no les fué posible ver los zapatos, Diezdedos tuvo la seguridad de que no llevaban medias.

—Bueno, en este caso no me preocuparé de las medias —dijo Centella—. Iré a casa del zapatero Pedro y le compraré cuatro zapatos, para mis cascos.

Se dirigió a casa del zapatero y una vez allí le pidió unos zapatos. —¿De qué color? —le preguntó Pedro.

—Me parece que el rojo me irá muy bien —contestó Centella—. Me gusta mucho ese color; o también el amarillo, si no tuviera usted rojo.

—Si quieres, puedo darte los dos colores —contestó Pedro—. ¿Qué te parece dos zapatos rojos y otros dos amarillos? —preguntó—. Sería un conjunto muy elegante.

—Bueno —contestó Centella, entusiasmado—. Además, hágalos usted de modo que se cierren con botones, porque me gustan mucho más que los de cordones.

El zapatero empezó a trabajar y confeccionó dos pares de zapatos, uno de ellos de color rojo y el otro de piel amarilla. Cada uno de ellos tenía cuatro botones y eran de la forma que nosotros usamos, porque el zapatero Pedro no sabía hacerlos de otro modo. Centella se puso el calzado en sus cuatro cascos y salió contentísimo. Dió tres o cuatro corvetas, y luego relinchó de alegría.

—Ahora saldré al mundo —dijo—. Iré a vivir con los verdaderos caballos. Adiós, Pedro. Adiós, Diezdedos. Adiós, Barbudo.

Salió al galope con sus zapatos rojos y amarillos. Diezdedos le había indicado ya su camino y el caballito siguió marchando hacia el Este. Por fin llegó a nuestro mundo y continuó trotando hasta llegar a la enorme granja donde vivían los caballos que tantas veces viera en el espejo.

Se hallaban entonces en un prado comiendo hierba. Al ver a Centella levantaron las cabezas y le miraron sorprendidos.

—¡Qué pequeñín! —exclamaron—. ¿Será un caballo?

—Claro que sí —contestó Centella—. Fijaos en mi calzado. Tengo entendido que los caballos van calzados, ¿no es así?

Aquellos caballos miraron los cascos de Centella, y al ver sus zapatos rojos y amarillos, de piel, echaron hacia atrás las cabezas



El caballito salió al trote con su pequeño jinete.

Muy disgustado, se alejó al trote y en breve encontró a dos asnos, que se detuvieron para contemplar sus zapatos.

—Mira esos zapatos —exclamaron. Y empezaron a rebuznar, para reírse a su sabor, en tanto que Centella se alejaba al galope. Pronto encontró a dos patos y un ganso, que empezaron a graznar de alegría al verlo.

—¡Un caballo que lleva zapatos con botones! —exclamaron—. ¡Qué cosa tan cómica!

Centella no contestó y siguió galopando. ¡Cuánto le habría gustado quitarse los zapatitos! Pero no podía desabrocharlos y tampoco encontró a ningún gnomo ni duendecillo que pudiese hacerle al favor. Siguió, pues, adelante y pronto encontró a tres gordos erditos.

—¡Oh, mira esos zapatos! —gruñeron. Luego se echaron a reír y se estremecían de pies a cabeza como si fuesen de jalea.

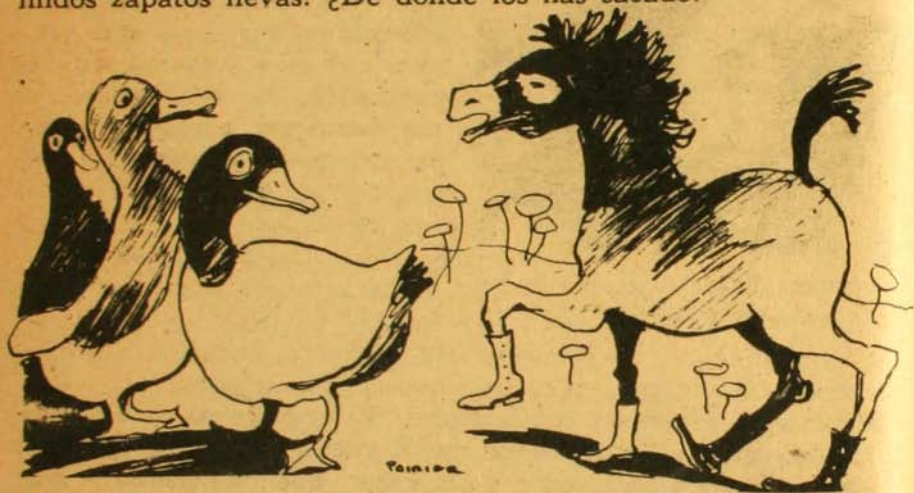
Centella empezó a sentirse muy desdichado. Trotó al descender la senda y llegó a un campo enorme, en el que estaban diseminadas muchas tiendas. Celebrábase allí una feria y en los carruajes tocaban una alegre música mientras giraban.

y empezaron a relinchar de risa. —Mirad su calzado —decían—. Miradlo. Un caballo que lleva zapatos rojos y amarillos, con botones. ¿Quién vió nunca algo semejante? ¡Y qué menudo es! Casi cuesta trabajo creer que sea un caballo.

¡Pobre Centella! Habíase figurado que los demás caballos se entusiasmarían al ver que iba a vivir con ellos y estaba también persuadido de que admirarían sus hermosos zapatos. Se fijó en sus patas y entonces pudo ver, por vez primera, que llevaban un calzado de hierro y muy sencillo. Eso fué causa de que se avergonzase de sus brillantes zapatos de piel.

En la feria había un circo de animales amaestrados, y Centella pudo oír cómo, en la tienda central, rugían unos leones. Se acercó a ella y miró a través de un agujero. Vió que dentro había una pista muy grande, en la que un individuo hacía ensayar sus ejercicios a tres leones, para la función de la noche. De pronto una vocecita le hizo dar un salto de sorpresa, y se volvió alarmado. Vió a su lado a un niño que se sostenía en pie apoyado en unas muletas.

—¡Oh, qué caballito tan hermoso! —exclamó extasiado—. ¡Qué lindos zapatos llevas! ¿De dónde los has sacado?



Centella encontró a dos patos y un ganso, que se rieron de él.

Centella se sintió muy halagado al oír que alguien le hablaba bondadosamente. Acercóse al niño y le puso su negro hociquito en la mano. Luego, uno tras otro, levantó los cascos para mostrar al niño sus lindos zapatos.

—Muy bonitos, muy bonitos —exclamó el niño, acariciando suavemente el hocico del caballito—. ¿Quieres permitirme que te monte, caballito? Ya estoy cansado de andar con las muletas; mis piernas están enfermas y no podrían sostenerse solas.

Centella se estuvo muy quieto mientras el niño lo montaba. Luego salió al trote, en tanto que su pequeño jinete se aferraba a la melena. De pronto se acercaron a un hombre muy alto, que se quedó mirándolos en extremo sorprendido.

—¡Hola! —exclamó—. ¿Qué es eso? Supongo que no es ningún caballo.

El niño explicó a aquel hombre corpulento cómo había visto al caballito en el momento en que miraba a través del agujero de la tienda, y luego hizo de modo que Centella enseñase sus hermosos zapatitos.

—¡Caramba! —exclamó el hombre, rascándose la cabeza, muy asombrado—. Nunca he visto nada semejante en toda mi vida.

—¿No podríamos exhibirlo esta noche en el circo? —preguntó el jinete—. Yo lo montaría. Daríamos unas vueltas por la pista y él podría mostrar a todo el mundo sus lindos zapatitos.

—Me parece una idea excelente —exclamó aquel hombre, que era el dueño de toda la feria—. Estoy seguro de que al público le gustará mucho ver a este caballito, porque nadie ha oído hablar nunca de que lleven zapatos.

Centella se sentía muy feliz. Le agradaba sentir el peso del cuerpo del niño sobre su lomo y también que la gente admirase sus zapatos.

La exhibición tuvo un éxito extraordinario y se sucedían las ovaciones del público.

—Es un animalito precioso —dijo el propietario del circo, mientras contaba el dinero ganado aquella noche—. Lo conservaremos con nosotros.

Centella se quedó, pues, con la compañía de circo, y en todas partes alcanzaba grandes éxitos. Cuando el circo se trasladaba de lugar, Centella iba delante de todos, y la gente acudía, maravillada, a verle. Y ¡cómo le miraron asombrados los cerdos, los patos, los asnos y aun los caballos, al verle convertido en un personaje tan importante!

Centella desaparece una vez al año. Se dirige a casa del zapatero Pedro para encargarle otro dos pares de zapatos, porque los viejos están ya casi estropeados. Pero a excepción de estas escapadas, está siempre al lado de su pequeño jinete y con la compañía del circo.

## SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL. \$ 90.—

SEMESTRAL. \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

¿QUE LE PASARA A PELUSITA?  
NUNCA LA HABIA VISTO TAN  
ESTUDIOSA



NECESITO UNA GEOGRAFIA,  
HISTORIA Y CASTELLANO



¡QUE RARO, ES LA PRIMERA  
VEZ QUE HACE SUS TAREAS  
CON TANTO INTERES!



¡NO HAY CASO! TODAVIA  
ME FALTA LA ARITMETICA





# INFIMO EL MOSQUITO



## CAPITULO IX.—Habla la sabia Margarita

Infimo veló a su amiga la mariposa "Azul de Ensueño" durante toda la noche.

—Bien enferma debe estar la pobre amiga —murmuró Infimo—, porque ella sólo duerme de día.

De pronto, sus ojos también se cerraron al amanecer y se durmió profundamente. "Azul de Ensueño", reconfortada por el largo reposo, se despertó menos adolorida, pero, como le molestaran los rayos del sol, buscó la sombra del follaje y volvió a dormir.

Por fin ambos amigos despertaron juntos.

—¿Qué dices, compañera de este reposo absoluto? —preguntó Infimo—. He protegido tu sueño velando por ti toda la noche.

—Dormías como un lirón cuando desperté al amanecer —indicó "Azul de Ensueño".

**RESUMEN:** Infimo, el mosquito, se enamora de Blanquita, la hormiga negra, y para no separarse de ella, decide trabajar. En el hormiguero, se afana y vive sofocado por las tareas que le impone su amiguita. Un día le nombran general en jefe del ejército de hormigas rojas, pero sufre una derrota y no se atreve a volver. El mosquito traba amistad con la abeja Bebé, y es muy bien acogido en la colmena. Por su valentía en un combate con las avispa, Infimo es nombrado rey, pero Bebé le comunica que ha nacido una nueva reina. Se traba una lucha civil entre las abejas, y vence la joven reina. Infimo traba amistad con la mariposa "Azul de Ensueño", y ambos proyectan asaltar el colmenar. Las abejas derrotan a los piratas y la mariposa queda con las alas rotas.

—Fingía dormir —replicó el mentirosillo Infimo—. ¿Cómo te sientes? ¿Han mejorado tus rasguños?

—Estoy mejor, pero experimento un odio atroz a las abejas.

—Con toda razón —expresó Infimo—. Esta noche volveremos al colmenar. . .

—Jamás —protestó la mariposa—. Prefiero no probar miel en toda mi vida.

—Me afliges, compañera —suspiró el mosquito.

—Tú no les has dado importancia a mi heridas —balbuceó “Azul de Ensueño”—. ¿No ves mis alas destrozadas?

—¿Tus alas? Sí, ellas están heridas, pero tu cuerpo quedó intacto. Un cuerpo sin alas puede vivir.

—Prefiero morir a vivir sin alas —exclamó “Azul de Ensueño”.

—Hermoso grito, admirable protesta —declaró Infimo—. Nuestras alas son el escape del espíritu, lo inmaterial, lo etéreo. Alas sutiles que nos permiten evolucionar a nuestro capricho. Alas que son la expresión de nuestra dicha, la embriaguez del aire puro, el éxtasis. . .

—Qué lindas cosas dices, Infimo —murmuró “Azul de Ensueño”—. Eres un poeta.



“Azul de Ensueño” habría muerto si dos mariposillas compasivas no la hubieran auxiliado.

—Es verdad —replicó modestamente Infimo—. Soy un poeta alado. Dime, “Azul de Ensueño”, ¿no piensas en otras conquistas?

—No —suspiró la mariposa—, pienso sólo en mis evoluciones nocturnas sobre las flores.

—Dices bien —expresó Infimo—. Tú eres la mariposa de la noche, la que se envuelve en crespones, la que se refleja en las aguas muertas de un estanque.

Reposa aún, compañera, y si me lo permites voy a lanzarme al espacio. ¿Necesitas de mis servicios?

—No, Infimo, me siento mucho mejor y cuando llegue la noche trataré de subir a ese rosal florido. Gracias, amigo Infimo, por tu ayuda. Adiós.

—Hasta muy pronto, “Azul de Ensueño”.

El egoísta mosquito voló feliz, olvidándose de “Azul de Ensueño”. La desventurada mariposa habría muerto si dos mariposillas nuevas que pasaron por aquel sendero aislado no la hubiesen hallado.

—¿Qué podemos hacer por ella? —se preguntaron, afligidas.

A Falenita, la mayor, se le ocurrió traer agua para refrescar a la enferma. Enseguida corrieron a llamar a sus amigas del mariposal y “Azul de Ensueño”. fué cuidada hasta que sus alas cicatrizaron. Nunca más en su vida volvió a asaltar un colmenar. Infimo, por su parte, voló hasta cansarse. Entonces, se posó en la corola de la Margarita, que tan sabios consejos le había dado días antes. Desde allí miraba el ir y venir de las hacendosas hor-nigas.

—Desdichado mosquito era yo en aquellos tiempos —exclamó



—Por aquí, por aquí —dijo una abeja.

— Infimo reconoció a Bebé, su ex amiga.

Infimo—. ¿Cómo pude pensar en soterrarme en un hormiguero?  
Debí estar loco.

Una voz sutil respondió:

—Por fin me encontraste razón.

Infimo reconoció a la Margarita, y molesto porque había oído sus desengañadas palabras, voló hacia el estanque.

“¿Dónde estará mi primo el zancudo? —pensaba Infimo—. El me acogió con tanta gentileza, y hasta me ofreció una gota de sangre. En verdad yo prefiero la miel a la sangre, pero cuando uno está cesante. . .”

Infimo se alejó del estanque y ya iba a detener su vuelo junto al sauce del colmenar, cuando oyó una voz:

—Por aquí, por aquí —decía una abeja.

Reconoció la voz de Bebé, su ex amiga. La seguía un enjambre de abejas. Disimulado entre el follaje, Infimo las vió pasar casi rozando sus alas.

—Avancemos —decía Bebé—, la nueva reina ha otorgado el perdón a todas las rebeldes. Podemos entrar de nuevo a nuestra casa. Rendiremos homenaje a la reina.

—La reina —murmuró con desdén el mosquito—. Estúpidos insectos que se inclinan ante el yugo de una reina. Ahora tendrán que fabricar de día y de noche la insípida miel. Serán sometidas a trabajos forzados.



Infimo distinguió a dos chinitas que trotaban juntas en torno a una planta.

se arrepentirán de haberle arrebatado el cetro a su rey.  
el mosquito revoloteaba por el aire murmurando:

—Yo fui rey de las abejas, pero no quise someterme a las estrictas leyes de un colmenar. Ahora soy libre. . . Nunca aceptaré una servidumbre, ni me doblegaré ante nadie.

De súbito, su vista se fijó en dos chinitas que trotaban juntas, dando vuelta con frecuencia las cabezas.

—¿Vienes con nosotras? —preguntó una chinita.

—La pobrecita languidece —dijo la otra chinita—. Creo que nunca olvidará su pena.

Para toda pena hay consuelo —pensó el cínico Infimo—. Muy bien que yo me he consolado de haber perdido un trono.”

—Ven con nosotras, hermana —insistían las chinitas.

Entonces oyó una voz muy suave:

—No, mis queridas hermanitas; déjenme aquí. La vida se extingue en mi cuerpo. . . Pronto no sufriré más. Gracias por sus bondades.

La chinita exclamó de nuevo:

—No te abandonaremos. . . Si no puedes seguirnos, nos quedaremos a tu lado, *Veleta*.

Al oír ese nombre, Infimo lanzó un grito.

(CONTINUARA).



## A nuestros lectores

Rosario Velásquez, Rosario L., Cheche, Manuelita, Héctor Naveas.—Terminó publicarse la serie que tanto le agradó: “Ives el Indomable”. En su emplazo estamos dando “El Planeador Errante”, que les atraerá por sus estupendas aventuras.

Olinda M.—Agradecemos sus felicitaciones por la encantadora serial “Infimo, el Mosquito”. Infimo cuenta con muchísimos admiradores.

Delina Vásquez.—Recibimos su expresiva y cariñosa carta. Le agradecemos

sus elogios. Nosotros también hemos observado, como Ud., que la revista es leída con ansia por sus pequeños lectores.

R. Garrido.—“Querida revista mía”, llama Ud. a “Simbad” y este es el nombre que le dan todos los niños, pues para ellos fué creada y por ellos continúa publicándose y mejorando cada día. Gracias por sus felicitaciones.

Roxane

# ¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"

¿Puede decirnos cuántas glándulas salivales tiene el hombre?



Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 estuches para colegial, 10 paquetes Vitalmín, 6 chaucheras, 6 llaveros; 6 billeteras, 6 carteras para niñas, 6 juegos para lotería y 6 juegos de dominó.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 32

El hexágono tiene 6 lados.

**PREMIADOS CON 3 FORROS PARA CUADERNOS:** Margarita Fariñas Santiago; Mabel García, Concepción; Eduardo González, Valparaíso; Eugenio Bello, Santiago; Rosa Acuña, San Fernando; Paz Ximena Torrealba, Talagante; Reinaldo Donoso, Coquimbo; Berta Pérez, Santiago; Humberto Segura, Chillán; Sonia Carrasco, Santiago; Raúl Garretón, Santiago; Juan Soto, Quillota; Carmen Gómez, Valparaíso; Luisa Casanova, Renca; Mercedes Arias Santiago; Ana Guzmán, Viña del Mar. **CINCO SECANTES:** Andrés Monardes, Vallenar; Adriana Oñate, Talcahuano; Hernán Torres, Lebu; Víctor Maturana, Concepción; Patricia Villanueva, La Serena; Ximena Acuña, Temuco; Jorge Neumann, Santiago; Daniel Castaños, Santiago; Alicia Silva, Valparaíso; Ricardo Isaac, Santiago; María Bustamante, Concepción; Nelson Zagal, Victoria; Hugo Apeltgreen, Puente Alto; Silvia Rivas, Rancagua; Germán Alarcón, Melipilla; Augusto Figueroa, Rancagua. **UN TINTERO PARA COLEGIAL:** Luis Bustamante, Santiago; Susana Ulriksen, Santiago; Edith Gomberoff, Santiago; Marieta Ríos, Los Angeles.

**COUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal**

SIMBAD N.º 35

El hombre tiene ....  
glándulas salivales.

Francisco Acuña, Santiago; Raúl Villarroel, Santiago; Rodrigo Varela, Santiago; Carlos Mayorga, Santiago; Ernesto Zamora, Viña del Mar; Juan Nova, Valparaíso; María Pérez Quillota; Jorge González, Santiago; Raúl Vielma, San Bernardo; Luis Aguila, Quilpué; Irene Basualto, Santiago; Enrique Warken, Santiago. **UN PAQUETE VITALMIN:** Reinaldo Rojas, Santiago; Zaida Rojas, Temuco; Oscar Carrasco, Quilpué; Eliana Rojas, Valparaíso; Fernando Torrejón, La Serena; Teresa Vaccaro, San Felipe; Lina Cortés, Talcahuano; Héctor Barra, Concepción; Alicia Muñoz, Temuco y Reinaldo Aravena, Talca.

# EL PLANETA ERRANTE

## CAPITULO IV. — *El clan sin jefe*

Ferrio, explorador que desde la Tierra se trasladó al Planeta Errante, fué capturado por un hombre gigante, que, al caer la noche, se instaló a dormir en una alta rama de árbol, sin abandonar su lanza de piedra. De pronto, Ferrio presintió un peligro. En la obscuridad fosforecían unas pupilas verdes que se acercaban cada vez más. Comprendiendo que se trataba de un león de los árboles, Ferrio dió recios tirones a la soga que le retenía prisionero, a fin de despertar a su guardián.

La fiera surcó de un salto el espacio y cayó sobre el hombre. Sus colmillos, desmesuradamente largos, sobresalían en su hocico. Intentó clavarlos, pero su adversario era vigoroso y ágil, aunque no tenía mucha libertad de movimiento, porque el árbol no le ofrecía una superficie amplia y porque la soga que ataba a su cautivo le impedía accionar con violencia. El venablo de piedra atravesó el cuerpo del león, hiriéndolo de muerte. Cuando la bestia que-

Ante el asombro del clan, Ferrio pidió gracia para el que había intentado matarlo.





El joven obsequió un arco al jefe, conquistando así su amistad.



El tamandua, herido de muerte, se alzó sobre sus patas traseras.

dó inmóvil, su vencedor, irguiendo el cuerpo y echando hacia atrás la cabeza, lanzó un penetrante grito de victoria que despertó los ecos de la selva dormida.

A continuación, el gigante detuvo su mirada en Ferrio. Una luz brilló en sus pupilas cuando, guiado por un vago instinto, cortó de un hachazo la cuerda.

“Agradecido porque lo desperté, me da la libertad”, dedujo Ferrio.

Cuando despuntó el día, continuaron la marcha. El sol se reflejaba como una múltiple llama sobre las rocas gigantescas. El aire se mantenía inmóvil y quemaba casi la piel.

Ferrio y su nuevo amigo avanzaban hacia las cumbres. Por fin llegaron a una plataforma habitada por trogloditas. Un gigante más colosal aún, que el que traía a Ferrio se adelantó agresivamente. Era el jefe y quería para sí al prisionero. Con un ademán, lanzó al suelo a Ferrio y después alzó su lanza para atravesarlo. Pero



en su defensa intervino el primer cavernícola.

En aquella lucha moriría uno de los hombres. Cayó el jefe del clan. Tendido bajo el pie de su vencedor, aguardó la muerte. La ley primitiva ordenaba que el derrotado muriera.

Ante el asombro de la tribu, Ferrio intervino, pidiendo gracia para aquel que había pretendido matarlo.

Desde aquel día vivió en las cavernas.

Los gigantes aprendieron a respetar al pequeño hombre que sabía reconocer las piedras y tallar el sílex (pedernal).

Nunca sospechó el joven que el jefe le guardaba un tenaz rencor. Confiado en la lealtad de un ser que le debía la vida, le obsequió un gran arco. Este gesto hizo nacer en el salvaje corazón un sentimiento desconocido para él: amistad.

Ferrio construyó después otros arcos para los demás hombres del clan. Llegaba la época de la gran caza, y el terrestre, seguido de la horda, salió en busca del tamandua (oso hormiguero). Sus flechas con puntas de sílice auguraban el éxito de la cacería.

Descendieron por valles caóticos, de impresionante belleza. Ferrio había perdido la esperanza de reunirse con sus amigos y procuraba distraerse en aquel mundo asombroso. Arribaron a un bosque de fantásticas arboledas. En los hormigueros destruidos se advertían las huellas del tamandua. Los trogloditas prepararon el cebo y luego, emboscados entre el herbazal, aguardaron. El tamandua apareció, formidable y aterrador en su inmensa estatura. Veinte flechas cruzaron el espacio y se clavaron en su cuerpo. El tamandua se irguió sobre las dos patas traseras y después se derrumbó. Su larga lengua surgía y resurgía en el hoci-

Enloquecido por las mordeduras de los largos colmillos, el hombre asestó hachazos con ciega furia.



La horda sin jefe regresó a las cavernas, llevando el cuerpo del tamandua.



co prolongado. Cuando por fin quedó inmóvil, se descubrió que había otro cazador al acecho. Era un lince, que saltó sobre el tamandua, gruñendo de hambre.

La presa pertenecía al clan y, para defenderla, se adelantó el jefe. Un terrible combate se libró entre el hombre y la bestia. Enloquecido por las mordeduras de los largos colmillos, el cavernícola perdió

la cabeza y, con ciega furia, asestó hachazos. Rodó con el lince por las rocas y, de pronto, ambos se precipitaron por un abismo. Ferrio no había tenido tiempo de colocar otra flecha en su arco. Inclinandose en el borde, pudo ver inertes en la ribera de un torrente al lince y al troglodita, a cierta distancia uno de otro. La muerte brutal había deshecho el abrazo agresivo.

La horda regresó a las cavernas. La ausencia del jefe llenaba sus oscuros cerebros de un desconcierto vago. Sobre sus almas pesaba el duelo sin expresión.

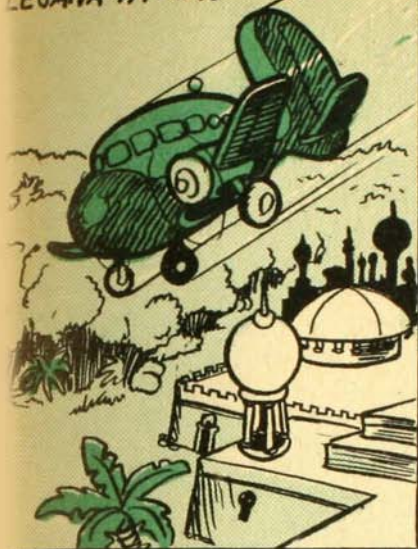
En la noche asombrosa, que a Ferrio le parecía venida de otros tiempos, el desfile de hombres gigantes se destacaba contra el claro de luna. Las rocas negras les servían de puente.

“Parece que sueño —pensó el explorador—. Estoy viviendo un episodio increíble. ¿Qué será de mis amigos? ¿Continuarán en la aldea lacustre o han sucumbido? ¿Volveré a ver a Aura, a Amina, a Cobalto, y al profesor Estroncio? Me sentiría menos desorientado, menos trasplantado de mi planeta si ellos estuviesen junto a mí. Confío que les hallaré algún día.”

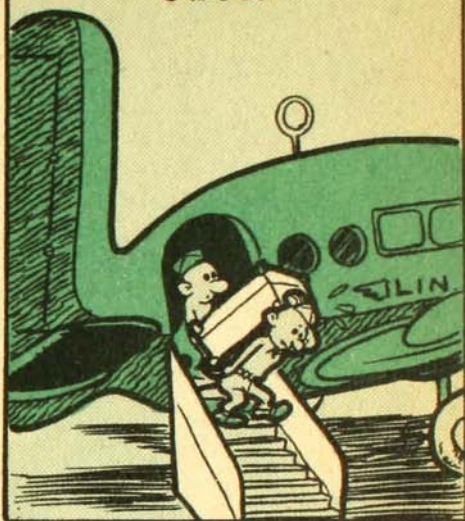
El mutismo de Ferrio, el silencio de los trogloditas, imprimía a la caravana un ambiente casi trágico.

(CONTINUA EN LA ULTIMA PAGINA)

Y YA ESTAMOS EN LA  
LEJANA INDIA.

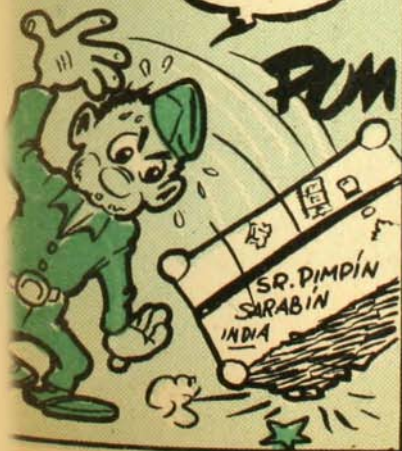


Y LAS MALETAS Y BAÚLES  
DE PIMPÍN SON DESEMBAR-  
CADOS.



CHITAS LA CAJA  
PESADA.

AQUÍ LA  
DEJARE



EH! DEBERÍA TRATAR  
CON MA'S CUIDADO MI  
EQUIPAJE!



# EL PLANETA ERRANTE

(CONTINUACION) Al llegar a la primera caverna asaron a la tamandua.

Ferrio hubiera querido hablarles. ¿Cómo consolar a aquellos hombres que no comprendían su propia tristeza?

Pero aquel silencio no duró mucho. Al principio aislados, después en coro, resonaron sonidos guturales. Los cavernícolas habían perdido a su jefe y era necesario elegir al sucesor.

La incierta expresión de pesar desapareció de aquellas faces y fué reemplazada por gestos feroces y miradas torvas. Cada troglodita desafiaba a sus congéneres y medía las fuerzas del adversario.



De pronto se inició el combate. Gritos guturales, entrechocar de machas, jaderar de respiración e sordos quejidos formaban un confuso clamor. Ferrio, replegado contra la pared, asistía atónito a aquella prueba de aterror más valiente. De pronto, un tronar espantoso conmovió

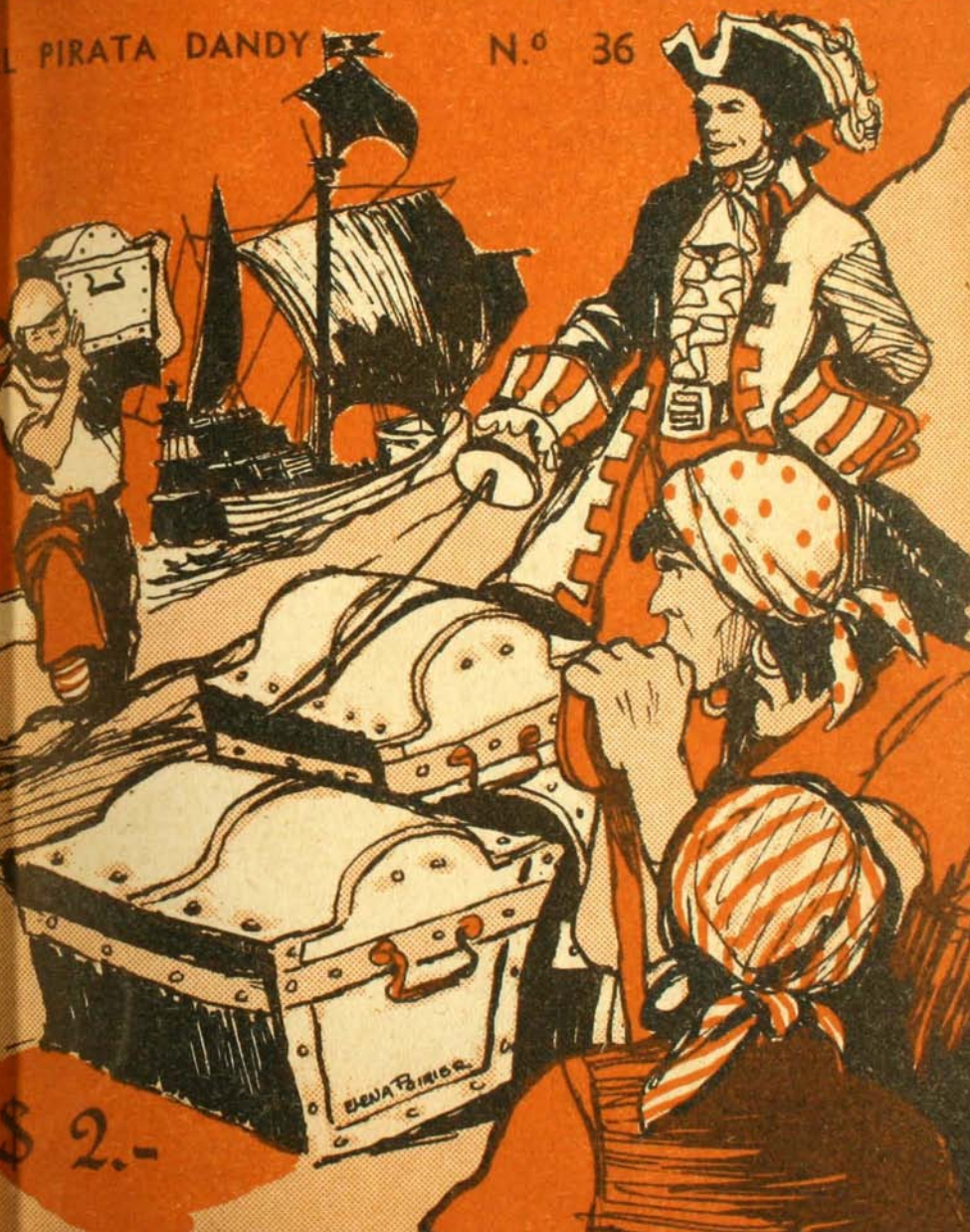
la tierra. Las rocas se agrietaron y los peñascos resbalaron hacia el valle. El combate se suspendió y los participantes huyeron desbandada, con los ojos dilatados de pánico.

(CONTINUAR)

# Simbad

PIRATA DANDY

N.º 36



\$ 2.-

# Pimpin

EL AVENTURERO



THEMISTOCLES  
OBOS F.

AQUI ME TIENES, OH, INDIA,  
MADRE DEL MISTERIO!



4

AHORA ME HACE FALTA  
UN MUCHACHO QUE  
ME LLEVE EL EQUIPAJE  
AL HOTEL.



SI NECESITA UN CARGADOR  
SAHIB, AQUI ESTOY YO.



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I - N.º 36

Precio: \$ 2.—

10-V-1950



## GIL BLAS de SANTILLANA

### CAPITULO IX. — Alguaciles por todas partes

Gil Blas de Santillana, que desde su salida de Oviedo había co-  
do muchas aventuras, terminó en Valladolid por ser médico.  
ciencia consistía en administrar a los enfermos sangrías y agua  
liente. Con tan singulares recetas, sus enfermos, si no morían  
a por milagro.

Un día visitó a una enferma. Era Camila, que algún tiempo atrás  
engañó, dejándole sin un ochavo. Dispuesto a vengarse de  
el fraude que la hermosa ejecutara en complicidad con dos  
thanes, Gil Blas

é en busca de su  
nigo Fabricio y le  
municó su descu-  
imiento. El estu-  
ante declaró:

Si recurras a la jus-  
ia, serías un gzná-  
o. Los alguaciles  
quedarán con la  
tija mientras dure  
pleito, y cuando  
se dé por termi-  
do, el anillo se ha-  
á evaporado.

—¡Monsenñor, tened  
piedad!





—Es inútil que tratéis de engañarnos, señora, —dijo el falso alguacil.

drían a arrestarlo? Quizás Camila había reconocido al ingenuo, a quien engañó y, antes que él se vengara, se adelantó a delatarlo inventando alguna superchería.

—¡Salud, señor Gil Blas!

El saludo del alguacil le devolvjó algo del valor perdido. Con voz pomposa, el juez prosiguió:

—¿No me reconocéis, joven amigo?

Como ya el miedo era menos agudo y le permitía observar, nuestro héroe advirtió que los grandes mostachos se destacaban contra un rostro demasiado joven. Fijó sus ojos en las pupilas del alguacil y vió danzar en ellas una luz de ironía.

—¡Fabricio! —exclamó, incrédulo—. ¿Pero eres tú?

—Yo, el que viste y calza y usa bigotes imponentes —rió Fabricio—. Con estos amigos míos, que son excelentes rondines, iremos a casa de esa picarilla que te estafó y le daremos una saludable lección.

Guiado por Gil Blas, el valiente grupo se puso en camino. Nunca por las calles de Valladolid pasó un alguacil dirigiendo miradas más aterradoras, ni corchetes que marcharan con tanta marcialidad.

Era noche cerrada cuando llamaron a la puerta de la casa donde vivía Camila con su vieja tía. Esta acudió a abrir, con una bujía en la mano.

—¿Entonces no recuperaré mi joya? —exclamó Gil Blas desalentado.

—No he dicho eso. Ya verás cómo yo solucionaré tu problema. Espérame con paciencia. Vuelvo pronto.

Tres horas más tarde el joven asturiano vino a entrar a su posada con un alguacil seguido de sus corchetes. El corazón de Gil Blas dió un salto. ¿Ven-



—Por orden del Corregidor —pronunció fabricio—, conducidos a presencia de nuestra sobrina Camila.

Espantada, la vieja obedeció. Al verlos, la enferma se estremeció. Adelantándose, Gil Blas de Santillana exclamó:

—Rec o n o c e d m e, princesa mía. Soy el ándido a quien deasteis arruinado. Reclamo justicia.

Camila no negó su culpa. Uniendo sus blancas manos en un gestouplicante, murmuró:

—Monseñor, tened piedad. Obligada por don Rafael, os traicio-



Sin protesta, Camila y su tia entregaron, además, un collar de perlas y unos pendientes de gran valor.



En la calle, todos rieron como locos, celebrando la broma.

né. Estoy muy arre-  
pentida de tal felo-  
nía. Los remordi-  
mientos no me deja-  
ban dormir.

“Pérfida engañadora  
—sonrió Gil Blas pa-  
ra sus adentros—.  
Esta vez no lograrás  
embaucarme.”

Fabricio intervino:

—Es inútil que tra-  
téis de engañarnos,  
señora. Vendréis con-  
migo, vos y esta vie-  
ja lechuza, a casa del  
Corregidor.

Ambas mujeres prorrumpieron en llanto. Camila imploró:

—Señor Gil Blas, os devolveré vuestra sortija si retiráis la ac-  
sación. Considerad que estoy desvalida, que mi salud es delicada  
y que puedo morir a causa de esta humillación.

Fabricio, retorciéndose los mostachos, propuso:

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo. Pero a fin de apaciguar  
a este joven, deberéis agregar otras joyas al anillo.

Camila y su tía, sin protesta, entregaron además de la sortija, un  
collar de perlas y unos pendientes de gran valor. Sólo entonces  
Fabricio dejó sus aires tremebundos y por un candelero de plata  
que también quiso llevarse, accedió a marcharse.

—Convenceré al Corregidor de que sois más inocente que un  
paloma —prometió al salir.

En la calle, todos rieron como locos. A  
fin de celebrar la aventura, se dirigie-  
ron a una posada. Habían pedido  
una cena, cuando irrumpieron en el lugar  
doce corchetes auténticos, al mando  
de un no menos auténtico alguacil.

—Quedáis arrestados —anunciaron.



—Quedáis arrestados, —pronunció el ver-  
dadero aguacil.

## CUPON DEL CONCURSO SEMANAL

SIMBAD N.º 36

El alfabeto español  
tiene ..... letras.

(CONTINUAR)



# EL PIRATA DANDY

## CAPITULO X. — Nueva traición del tuerto Matías

Las goletas "Venganza" y "Loro de Mar" navegaban juntas por el mar de las Antillas.

—Estoy cierto de que ésa es la isla del Caimán —indicó el capitán Dandy, señalando un islote cuyas rocas bermejas se alzaban en la inmensidad del océano.

Una fila de palmeras entre las peñas de un color rojo encendido fué la indicación que me dió el posadero Timoteo —reflexionaba Dandy Duval—, y justamente allí divisó las palmeras y la galera encallada."

Duval ordenó bajar los botes con picas, azadones y grandes cofres para cargar el tesoro de Barba Negra.

La única preocupación de Duval era que el pirata Barba Negra no llegara a la isla del Caimán antes que él.

—Vamos a bajar armados hasta los dientes —ordenó el capitán Duval—, y tú, Gullet, quédate con los artilleros, a fin de que si hay peligro, estés pronto para defendernos.

Las cuadrillas de piratas saltaron a los botes y siguieron al pirata Dandy.

Después de examinar el terreno, Duval clavó su espada en la arena y dijo a sus soldados:

—Cavad aquí.

Como ávidos chacales los piratas cavaron la arena y de súbito la pica tocó en un duro cofre.

El tesoro —exclamó Dandy—. ¡Por mi vida, hemos hallado el oro de Barba Negra!

*RESUMEN: Dandy Duval y sus cuarenta compañeros de presidio se convirtieron en piratas por la mala fe del gobernador de Jamaica, Carlos Dane, quien es el aliado secreto de los filibusteros y del rey de los piratas, Barba Negra. Tras muchas aventuras, Dandy Duval cae prisionero del temible Barba Negra. El rey de los piratas ordena atar a Duval a un mástil roto y le arroja al mar. Dandy logra escapar y llega a bordo del "Loro de Mar". Poco después se apodera del "Venganza", que el tuerto Matías se había llevado a traición. Ambas goletas se dirigen en busca de los tesoros de Barba Negra, ocultos en la isla del Caimán.*



Duval se acercó solo a la macabra fila.

Los piratas extrajeron diez enormes cofres que contenían doblones de oro, barras de oro y plata y otros valiosos objetos. El botín fué llevado al "Venganza" y al "Loro de Mar" entre gritos de triunfo y monumentales hurras.

Antes de partir, el pirata Dandy hizo llenar la excavación con cartuchos de pólvora y azúcar, a fin de que cuando los filibusteros de Barba Negra vinieran por el tesoro, la pólvora estallara y se vieran todos envueltos en espesa humareda.

acía apenas una hora que las goletas de Dandy Duval habían abandonado la isla del Caimán, cuando ancló el barco de Barba Negra en dicho islote.

Los piratas iniciaron la excavación, pero a las pocas paladas comenzaron las detonaciones.

Barba Negra estaba estupefacto y al principio no sabía a qué atribuir tal ruido.

El tesoro ha desaparecido —declaró por fin uno de los piratas. Esta es obra de Dandy Duval —rugió furioso Barba Negra—; desollaré vivo.

Confirmando y jurando terrible venganza, el jefe de los piratas del Mar Caribe volvió a su goleta.

Mientras tanto Duval, navegando a velas desplegadas, había llegado a la Isla de la Calavera.

Llevaremos a tierra al tuerto Matías, porque sería más peligroso dejarle a bordo —insinuó Dandy al capitán Gullet.

Usted debió darle cuatro tiros y terminar con ese traidor —respondió el prudente Gullet.

No soy partidario de matar ni a mi peor enemigo —expresó Dandy—. Vigíle siempre, Gullet.

Los piratas iban a guardar el tesoro de Barba Negra en las cuevas donde ya tenían almacenado el tesoro de anteriores piraterías. Recordará que en la Isla de la Calavera había una fila de individuos muertos, tal vez desde muchos años, y que Matías y otros piratas sentían supersticioso temor a esos difuntos.

Al pasar junto a la macabra fila de muertos, los marineros, carteros de botín, temblaban de miedo.

Por los mil demonios —exclamó el tuerto Matías—, no me traiga esta isla. El capitán Duval bien pudo escoger otro islote.

Adelante, Matías —ordenó Dandy al traidor tuerto—. No pierdas tu vida. Acuérdate de que en tu anterior visita a esta isla se salió un tiro de tu pistola por casualidad.

¿No fué la desesperación de Dandy y de su gente al descubrir que el tesoro dejado en la cueva meses antes, había desaparecido?

No se lo decía yo? —exclamó Matías—. En esta isla penan las ánimas. Es un lugar maldito.

¡Maldito! —replicó Dandy—; si hay alguien maldito, ese eres tú.



—¡Esta es obra de Duval! —rugió Barba Negra—. ¡Lo desollaré vivo!

tas se internaron en la isla de la Calavera que, por lo demás, es muy pequeña. A poco volvieron sin haber visto alma viviente. De pronto salió un proyectil de la macabra fila de hombres perforados.

—Las ánimas están disparando —gritó un pirata, corriendo hacia la ribera del mar.

Un pánico indescriptible invadió a los tripulantes y todos huyeron subiendo apresuradamente a los botes.

—Idiotas —vociferó Dandy Duval—, yo me las entenderé con ese difunto que maneja pistola.

Acercándose a la fila de cadáveres, Duval movió el matorral y gritó:

—Sal fuera quien quiera que seas.

Resonó otra bala, que rozó el tricornio emplumado de Duval.

Por primera vez Duval había perdido la calma. Mayor aún fué su ira al advertir que parte de la tripulación compartía el miedo del tuerto Matías.

—Claro que son esos difuntos los que han robado nuestros tesoros —decían algunos piratas.

—Vamos a registrar la isla —ordenó Dandy Duval—, tal vez otros piratas conocen su existencia.

Después de dejar algunos cofres del tesoro de Barba Negra en lugar seguro, Dandy Duval se dispuso a internarse en la isla. Pero ya Matías había convencido a una parte de la tripulación para que se rebelara contra su capitán.

—Adelante, villano —rugió Dandy—, y si sigues amotinando a mi gente te salto la tapa de los sesos.

El tuerto Matías guardó silencio y siguió a Duval. Los piratas

El individuo agazado entre las breñas oyó.

—Es NICO BONE-  
E —exclamó Dan-  
y riendo a carca-  
adas.

or correr tras del  
gitivo, Duval per-  
ó su espada toleda-  
a y volvió de nuevo  
buscarla entre la  
la de cadáveres.

n ese instante oyó  
n grito de espanto.

Dandy, h u y a —  
amaba el capitán  
ullet, desde el “Lo-  
de Mar”. Mire tras  
usted. Sálvese.

Dandy volvió la cabeza y un estremecimiento de terror sacudió  
cuerpo.

or todas partes surgían espirales de un humo sulfuroso que  
ogaba.

ra erupción subterránea amenazaba a los piratas y era posible  
e una nueva fila de cadáveres quedara allí haciendo compañía  
los que habían dado a esa isla volcánica el triste título de Isla  
las Calaveras.

pirata Dandy se encontraba rodeado de espirales sulfurosas,  
ro como era individuo ilustrado y de grandes recursos, en vez  
huir de un lado para otro como un desatinado, colocó un pa-  
elo en nariz y boca. En seguida, con su pedernal encendió fue-  
y quemó las malezas secas que crecían en las rocas. Los va-  
res sulfurosos se elevaron en el espacio por ser más livianos  
e la humareda de las hierbas.

safiando el fuego natural que sólo le produciría leves quema-  
as, el pirata Dandy llegó a la playa y de allí le fué fácil na-  
hasta el “Loro de Mar”.

Estaba convencido de que mi capitán sabría afrontar los peli-  
s —exclamó el capitán Gullet.



Por todas partes surgían espirales de un  
humo sulfuroso que ahogaba.

—¿Y el "Venganza"? —preguntó Dandy Duval.

—El tuerto Matías y el pirata Nico Bonete se apoderaron del comando —respondió Gullet—. La tripulación fué estimulada por el traidor, quien les prometió que repartiría entre ellos la mitad del tesoro que trajimos de la isla del Caimán.

—Te juro que en una hora más esos traidores estarán bajo las cenizas —declaró Dandy Duval—. Voy a darme un baño y a cambiarme de ropa. Que no me perturben, Gullet. Levanten ancla hacia el Sur. Me imagino que el tuerto Matías, no ha de estar lejos, pues sabe que ya tenemos en las cuevas de la isla de la Calavera la gran parte del botín que conquistamos en nuestra visita a la isla del Caimán.

Dandy Duval, entretanto, se preocupaba de buscar la más hermosa de sus corbatas, de arreglar los pliegues de su levita azul y de encrespar las plumas de su tricornio.


Era un dandy y así quería parecerlo.

A poco el vigía anunció la presencia del "Venganza" en el horizonte.

(CONTINUAR)

---

---



## A nuestros lectores

*Liceanas de Talca.*—Gran orgullo nos ha causado la carta que Uds. nos enviaron. Cada día procuraremos mejorar la revista "Simbad", aunque Uds. opinan que está ya en su calidad perfecta.

*Poeta, Hortensia Miranda, Luis A., Rosario López.*—Muy gentiles sus elogios por las series "Infimo el Mosquito", "El Planeta Errante" y "El Pirata Dandy".

*Fiel Lector.*—El número 1 de la revista "Simbad" está completamente agotado. Creemos que debe Ud. utili-

zar el que tiene, aunque esté algo deteriorado. Peor es que su colección quede incompleta.

*Ramiro Garcés.*—Agradecemos sus licitaciones por el material de letras y dibujos que publica nuestra revista. Estudiaremos su proposición.

*Marcial y Eliana.*—El personal de redacción y dibujantes de "Simbad" es el mismo de "El Peneca", tal como Uds. observan sagazmente, añadiendo a los señores Nator y Themístocles Lobos.

Roxan





# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO I. — *El gigante Morolt*

Te contaré la maravillosa historia de Tristán e Isolda. Es una leyenda bella y triste, una leyenda de amor y muerte.

En los tiempos antiguos, el rey Marcos reinaba en Cornualles. En su corte vivía su sobrino Tristán, el más hermoso doncel nacido de la reina. Su escudero Gorvenal lo adiestró en el manejo de las armas y en franquear de un salto los más anchos fosos. Le enseñó a odiar la mentira y la felonía y a defender a los débiles. Tristán sabía tañer el arpa y cantar, dominaba el arte de la monarquía y no había gesto ni sentimiento fascinador que él no tuviera. Según viejos tratados, el rey de Irlanda exigía a Cornualles un pesado tributo: el primer año recogía trescientas libras de cobre; el segundo año, trescientas libras de plata; el tercero, trescientas libras de oro y cuando llegaba el cuarto año, se llevaba a trescientos mozos y trescientas doncellas de quince años, elegidos al azar entre las familias del país.

El rey Marcos declaró:

«Esta humillación dura ya quince años. Me resisto a seguir soportándola.

Entonces el rey de Irlanda equipó una flota para arrasar la tierra de Cornualles. Pero antes envió a un caballero gigante, llamado Morolt, a quien nadie había logrado jamás vencer en una batalla.

Cuando los barones se reunieron en la sala del palacio y Marcos tomó su asiento bajo el palio real, Morolt habló así:

«Rey Marcos, escucha por última vez el mensaje del rey de Irlanda, mi señor. Te conjuro a cumplir el pago del tributo que le debes. Y como tardas mucho, te requiere para que en este día me entregues trescientos donceles y trescientas doncellas. Mi nave, anclada en el puerto de Tintagel, se los llevará para que sean vuestros siervos. Sin embargo, si alguno de tus barones quiere pelear en campo cerrado que el rey de Irlanda exige este tributo sin otra derecho, aceptaré su desafío.

Los barones se miraron entre ellos. Luego bajaron la cabeza, Morolt insistió:

—¿Cuál de vosotros, señores, quiere luchar por la libertad de este país? Nos iremos a la isla de Saint-Samson. Allí vuestro caballero y yo combatiremos cuerpo a cuerpo.

Todos seguían en silencio.

Habló por tercera vez el gigante:

—Y bien, ya que rehusáis, elegid a la suerte a vuestros hijos para llevármelos. Pero no creí que este país estuviera poblado por siervos.

Entonces Tristán se arrodilló a los pies de Marcos y le dijo:

—Señor, si os place, acordadme la merced, trabaré la batalla. En vano quiso el rey disuadirlo. Era tan joven. ¿De qué le serviría su audacia? Pero Tristán lanzó su guante a Morolt, y Morolt lo recogió.

En el día fijado, Tristán se colocó sobre un colchado de cendal bermejo y se hizo armar para la grande aventura. Revistió la cotera y el yelmo de acero bruñido. Los barones lloraban de compasión por el valiente.



—Señor, si os place acordarme la merced, trabaré la batalla.

¡Ah Tristán! —de-  
an—, temerario ba-  
n, bella juventud,  
por qué no he em-  
endido yo esta lid?  
i muerte no causa-  
tanto dolor sobre  
tierra...

añeron las campa-  
s, y todos, nobles y  
llanos, niños y mu-  
res, lloraban y re-  
ban, escoltando al  
roe hasta la playa.  
ristán subió solo en  
la barca y z a r p ó  
acia la isla de Saint-  
amson.

Morolt había puesto a su bajel una rica vela de púrpura y llegó tímido.

Morolt arrastraba su barca a la orilla cuando Tristán tocó tierra a su vez, rechazando la suya con el pie hacia el mar.

—Vasallo, ¿qué haces? —preguntó Morolt.

—Vasallo, lo has visto —repuso el joven—. Sólo uno de nosotros quedará vivo y para uno solo basta una barca sola.

Los dos amigos y ambos se perdieron en la isla.

Nadie vio la áspera batalla. Pero por tres veces pareció que la espuma del mar llevaba a la ribera un grito furioso. Entonces, como signo de duelo, golpeaban las mujeres sus manos en coro, y los compañeros de Morolt, agrupados aparte, en sus tiendas, lloraban.

(CONTINUARA)



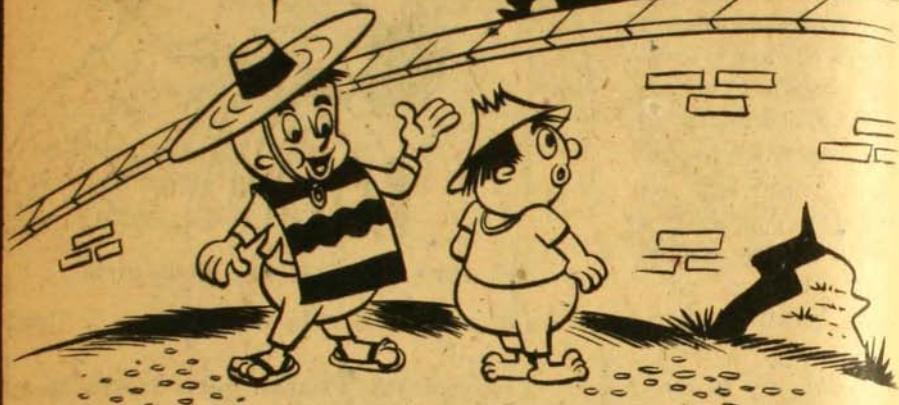
En vano quiso el rey disuadirlo.



“Simbad” ofrece a sus concursantes un proyector de cine cada semana. Envíe su solución a nuestro concurso semanal, y la suerte dirá si es suyo el GRAN PREMIO.

# Ponchito

MIRA PATOCO, QUE MADURITAS  
ESTAN LAS NARANJAS DE  
DON VENTURA



AQUI HAY UNA PASA-  
DA. ¿ENTREMOS Y  
LAS PROBAMOS?



¡ARRIBA, ARRIBA!



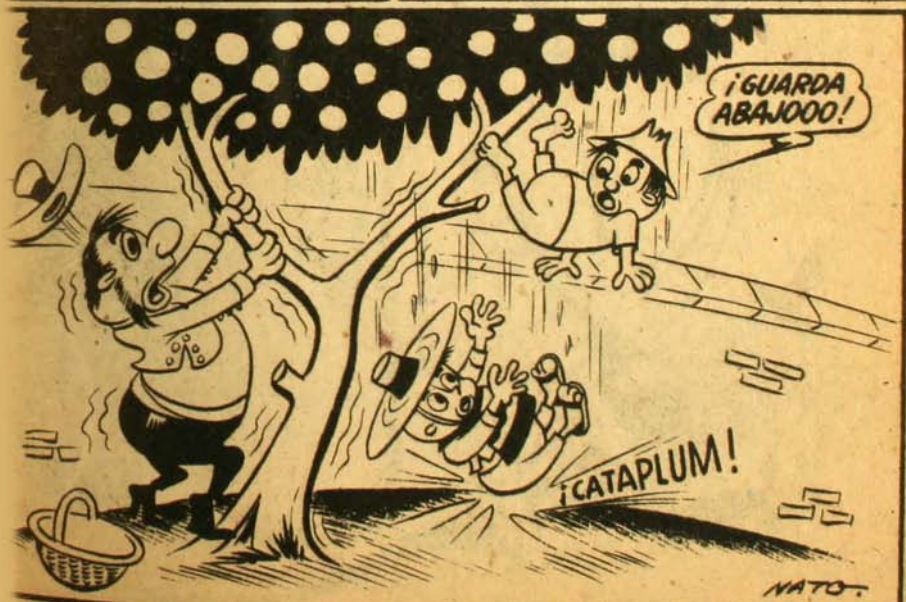
¡CUIDADO, AHI VIENE DON VENTURA! ESCONDAMONOS ENTRE LAS HOJAS



¡HUM! REMECERE UN POCO LA MATA PARA QUE CAIGAN LAS MADURAS



¡GUARDA ABAJOOO!





# EL ERROR DEL GNOMO



Una vez había un gnomo muy codicioso. Le gustaba mucho la leche. Por las noches solía rondar en torno de las casas, para ver si alguien se olvidaba un jarro de leche en la puerta, pero nunca tuvo la buena fortuna de encontrarlo.

—Es una vergüenza —dijo a su amigo el conejo—. Antes la señora Canuta tenía la costumbre de dejar en la puerta un poco de leche para los gnomos, pero ya nadie se acuerda de nosotros.

—Tengo entendido —contestó el conejo— que antes los gnomos ganaban este regalo con su trabajo. Solían barrer el suelo y limpiar y ordenar las casas, y la gente les correspondía dándoles leche a cambio, ahora, los gnomos no trabajan, y es natural que nadie les dé leche y miel.

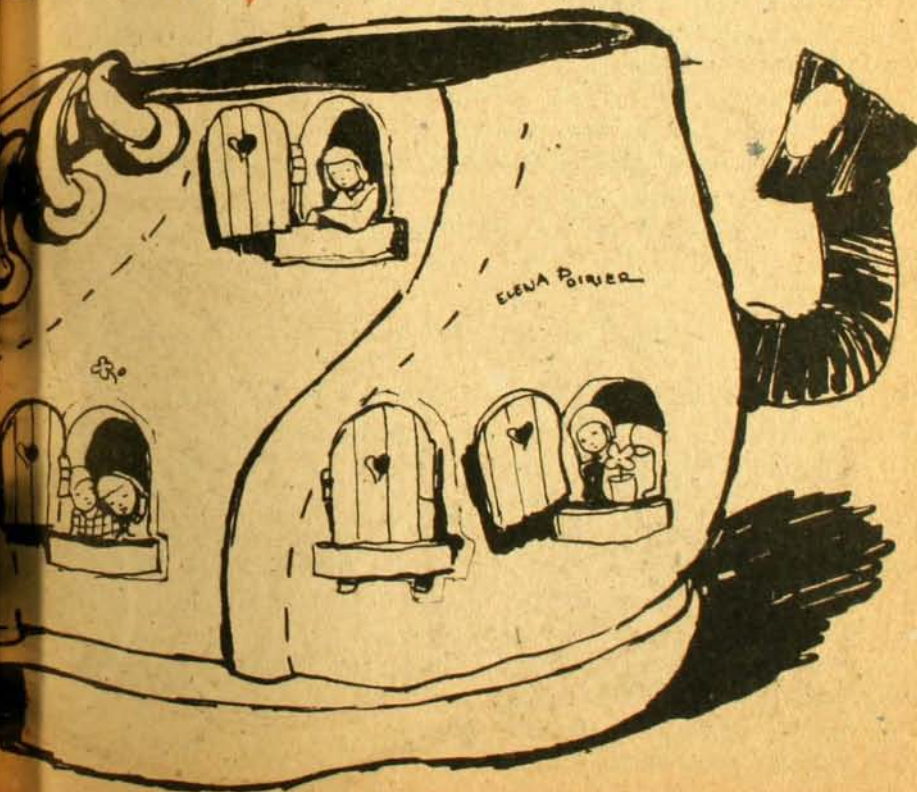
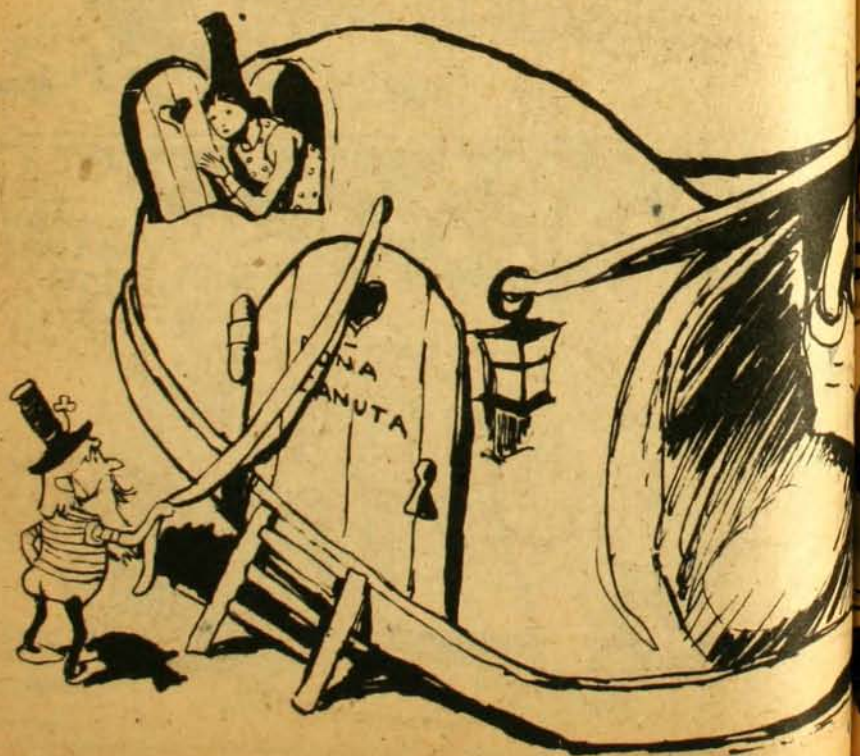
—¿De veras? —preguntó el gnomo, muy preocupado—. Bueno, yo no sirvo para limpiar y barrer, pero podría encargarme de otros trabajos, a cambio, naturalmente, de que la gente me dejase un poco

de leche a la puerta de sus casas. Iré a casa de la señora Canuta a preguntarle si puedo encargarme de algún trabajo en su obsequio.

En efecto, fué a casa de la tía Canuta, que vivía en un gran zapato, en unión de sus numerosos hijos. El gnomo tiró de uno de los cordones del zapato y resonó la campanilla dentro. La señora Canuta se asomó a la ventana y le preguntó qué quería.

—¿Tiene usted algún trabajo para mí? —preguntó el gnomo—. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa, a cambio de que todas las noches me deje un poco de leche a la puerta de su casa, siguiendo la costumbre de otros tiempos.

—Bueno, si quieres, ve a ver si encuentras a uno de mis hijos —contestó la señora Canuta—. Falta uno en casa, pero no puedo recordar si es un niño o una niña. Tengo tantos, que ya he perdido la cuenta. Busca por el bosque y si traes a esa criatura antes de la hora de cenar, te daré un jarrito de leche por espacio de una semana.



La señora Canuta se asomó a la ventana y preguntó al gnomo qué deseaba

El gnomo oyó, encantado, aquellas palabras. Salió hacia el bosque y empezó a buscar por todas partes a la extraviada criatura. No tardó en ver una niña sentada al pie de un árbol y ocupada en escuchar un pájaro cantor. Sobre sus rodillas tenía un poco de leña y no parecía estar triste ni desolada.

—Ven, queridita —le dijo—, si te has extraviado te llevaré a tu casa.

—¡Oh, no! No me he extraviado, muchas gracias —contestó la niña, sorprendida—. Conozco perfectamente mi camino.

El gnomo escuchó, muy disgustado, tales palabras. Y como no estaba dispuesto a perder su jarro de leche, decidió hacerse acompañar por la niña para dar un paseo y extraviarla de verdad.

—Acompáñame y te enseñaré mi casa —dijo a la niña—. Está situada bajo las raíces de un gran roble.

La niña se sintió muy interesada al oír hablar de una casa situada debajo de las raíces de un árbol, de modo que se puso en pie de un salto, y, muy contenta, siguió al gnomo. Este la llevó, efectivamente, a su vivienda.

—Todo es muy bonito —exclamó la niña.

Cuando salieron miró a su alrededor. Pero inmediatamente, asustada, se volvió a su compañero.

—Ahora sí que no sé por dónde debo ir. ¿Puedes acompañarme?

—Sin duda —contestó el gnomo—. Ven conmigo.

La tomó de la mano y los dos echaron a correr a través del bosque. El zapato de la tía Canuta estaba muy lejos, pero, al fin llegaron allí.

—¡Ya estamos! —dijo el gnomo, dando un empujón a la niña— Entra.

—No quiero —contestó la niña—. Esa no es mi casa.

—No seas tonta —le dijo el gnomo, figurándose que la niña mentaba—. ¡Eh, tía Canuta! Ahí tiene usted a su niña. No se olvidó esta noche de mi jarro de leche.

—No, no me olvidaré —contestó la tía Canuta, asomándose nuevamente a la ventana—. ¡Ah! ¿De modo que se había extraviado una niña? Bueno, hijita, entra, lávate las manos y ven a cenar. Date prisa y no te quedes mirándome así.

El gnomo no esperó más y echó a correr en busca de su amigo conejo, para contarle con cuánta facilidad se había ganado el jarro de leche por espacio de una semana.

Por el camino pasó ante una casa, y a su puerta vió a una mujer



El gnom y la niña corrieron a través del bosque.

—¿Puedo serle útil? —preguntó el gnom, deseoso de ganarse un rito de miel.

—Si pudieras hallar a mi niña —dijo aquella mujer.

—¿Me dará usted un jarrito de miel todas las noches por espacio de una semana? —preguntó el gnom codicioso.

—¡Oh, sí! Te daré todo lo que quieras —contestó la pobre mujer—. Pero tráeme cuanto antes a mi hija. Te lo ruego.

El gnom, muy satisfecho, echó a correr en busca de otra criatura extraviada. Se metió de nuevo en el bosque, y, al poco rato, encontró a un niño sentado en el suelo y que lloraba amargamente.

—¡Hola, hombrecito! ¿Te has extraviado? —preguntó el gnom—. Acompañame y te llevaré a tu casa.

El niño se puso en pie de un salto y secó sus lágrimas.

El gnom lo tomó de la mano y lo llevó rápidamente a la casita, donde aguardaba, inquieta, aquella mujer.

—¿Este es el camino? —preguntó el niño muy extrañado—. Pues yo lo conozco.



—No digas tonterías —contestó el gnomo—. Mira, ahí está la casa en que vives y tu mamá está en la puerta.

—No es verdad —contestó el niño, esforzándose en soltarse de la mano del gnomo.

Pero él lo sujetó con fuerza, pues no estaba dispuesto a dejarse perder su jarrito de miel.

—Ahí tiene usted a su niño. Es muy malo y asegura que no le conoce.

—¿Qué demonios estás diciendo? —exclamó aquella mujer— Este niño no es mío. Yo tengo una niña y no un niño. A éste no lo había visto nunca. ¡Pobrecillo! Lo has asustado de un modo terrible. ¡Oh! ¿Qué habrá sido de mi hija?

El gnomo, con los ojos y la boca muy abiertos, se quedó mirando asombrado, a aquella mujer.

—Entonces ya sé lo que ha pasado —dijo—. Esta mañana llevé a su hija a casa de la tía Canuta, que había perdido a este niño ¡Qué lío tan espantoso!

—¿Sí? ¿Te parece divertido lo que has hecho, maldito gnomo? Ya veo que sólo pensabas en tu leche y en tu miel y no te importó trabajar como es debido. Ahora acompáñame.

Lo agarró por la oreja y le obligó a seguirla por el camino. No tardaron en llegar al zapato y, a través de la ventana, pudieron ver a los numerosos hijos de la tía Canuta, que se disponían a cenar, y la madre de la niña hizo entrar al gnomo y al niño en el zapato.

—Buenas tardes —saludó—. Este sinvergüenza de gnomo le ha traído a usted mi hija en vez de su hijo. Y he venido a cambiarlo.

—Ya me pareció que no conocía a esta niña —dijo la viejecita, poniéndose en pie—. En cambio, estoy segura de que éste es hijo mío. Anda, ve a lavarte las manos, pues si no llegarás tarde a la mesa.

El niño, muy contento, salió corriendo, y la niña, al mismo tiempo, acudió, presurosa, al lado de su madre.

—Todá la culpa la tiene ese gnomo idiota —dijo la buena mujer, abrazando a su hija—. Era tanto su deseo de tomar leche y miel, que cometió la equivocación más espantosa. ¿Qué le parece si le damos unos buenos azotes?

Pero, al mirar a su alrededor, en busca del gnomo, ya no pudo verlo en ninguna parte.

Con gran silencio y disimulo, había atravesado la puerta, porque comprendió lo que iba a venir.

# El SUPERPOLLO

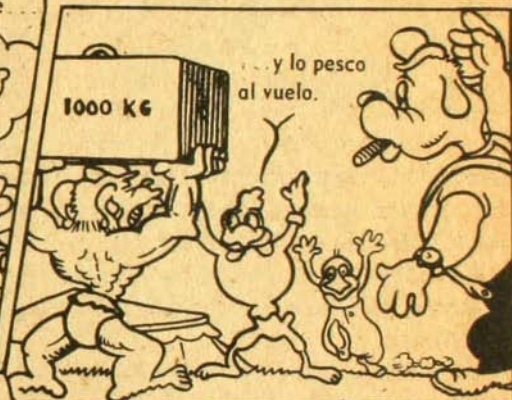
Cacoró, el Superpollo, sólo tiene audacia. Es su amiga, la patita Cuacuá, la que manda fuerza. Esto no lo sabe él, y decide ir a correr tierras para asombrar al mundo.



Contráteme. Soy el Superpollo.

¿Eres capaz de levantarlo?

Eso es una guinda. Que otro me lo tire.



... y lo pesco al vuelo.

Ver para creer.



(CONTINUARA)

Cuacuá, no maleses. Quitate.



Si Cuacuá obedece, adiós Superpollo.



**CAPITULO X y FINAL.**  
*Los desposorios de Infimo  
 y Veleta.*

Infimo el mosquito era tan aturdido, que había olvidado el nombre de su novia. Después de numerosas aventuras oye que una chinita llama a **VELETA**.

—Veleta —gritó el mosquito poeta lanzándose con los brazos abiertos hacia el sitio donde yacía exangüe la enamorada mosquita.

Allí estaba, auxiliada por las dos compasivas chinitas, la novia olvidada y dolorida.

—Veleta, mi bien amada —murmuró el mosquito—. Tú, mi dulce novia...

—Aléjate de mí —respondió con voz débil la infeliz mosquita.

—¿Alejarme? —exclamó el farsante Infimo—. ¡Ay, Veleta de mi vida! Jamás te abandonaré ahora que te he recobrado. ¡Amor mío!

—Hermana —dijo una de las chinitas al oído de la otra—, vamos. Yo creo que nuestra amiga Veleta está salvada.

Discretamente y con menudos saltitos las dos chinitas se alejaron cuchicheando como buenas comadres.

—Ahora que me has encontrado... —replicó Veleta con enojo—. ¿Estaba yo tan lejos? ¿No he asistido con el corazón desgarrado a tus coqueterías con Blanquita, esa despreciable horninga?

—¿Asistido? —preguntó Infimo—. ¿Dónde estabas tú entonces?

—Sobre una hoja de acacia. Todo lo vi; escuché las tiernas palabras que le dedicabas a la hormiga negra y fea.

—Oíste mal. . .

—No mientas, Infimo —expresó Veleta—. Hiciste lo imposible por introducirte a ese antro subterráneo, tú, el hijo de la luz.

—Tenía mucho calor y buscaba la sombra —insinuó el mosquito embustero.

—Sí, y fué necesario, para que te arrojaran las hormigas, que su ejército quedara derrotado —agregó Veleta.

—¿Cómo? —preguntó atónito Infimo—. ¿Entonces tú fuiste hasta el estanque?

—Sin duda —declaró la enamorada Veleta—, y allí vi que perseguías con tus requiebros amorosos a una abeja.

—Es cierto —confesó Infimo.

—Esa horrible abeja, a quien llamabas, Bebé, te llevó hasta su colmenar. . .

—Y me presentó a la reina —exclamó muy ufano el mosquito.

—Yo presencié el ataque de las avispas —refirió Veleta—, y temblé por tu vida.

—Mi amada Veleta —murmuró Infimo, acariciando con una de sus patas la carita pálida de su novia.

—Tanto susto tuve —prosiguió la mosquita—, que me alegré cuando emprendiste el vuelo huyendo del colmenar. Sin embargo, estabas rodeado de ese atroz enjambre de abejas, de esas feas abejas, ventradas y pesadas. Tú que eres tan bello y elegante. . .

—Es verdad —asintió el petulante Infimo.

—Poco a poco la vida iba retirándose de mí —suspiró Veleta—. Estoy muriendo; me quedan pocos momentos para que terminen mis dolores.

—¿Y por qué tanto dolor?

—Porque te he amado tanto —gimió Veleta.

—¿Y entonces qué esperamos? —dijo el mosquito.

—Yo no puedo perdonarte. . . —exclamó sollozando la romántica mosquita.

Infimo se puso de rodillas ante la cuitada mosca y balbuceó:

—Perdón, Veleta mía. Si no me perdonas, moriré a tus pies.

—No mueras —suplicó Veleta.

—¡Ay, Veleta!, tú eres la más hermosa de las novias, la incomparable, la divina. Y yo soy el más agradable de los mosquitos.

—Así te he visto siempre yo —musitó Veleta.

—Recuerda que nos habíamos comprometido, que debíamos casarnos.

—¿Y tú me lo recuerdas, cruel mosquito?

—Veleta, te ruego que realicemos nuestra felicidad —suplicó Infimo siempre de rodillas a los pies de su novia.

—Creo que la felicidad no es para mí . . . Estoy aniquilada . . .

—No te pongas fastidiosa —dijo Infimo, apretando la cintura de Veleta para obligarla a levantarse—. Vuela conmigo, adorada. Alejémonos de la sombra y volemos hacia la luz.

Volando planearon sobre los rosales y se posaron en un cerezo florido.

Atardecía ya.

—Sí —declamaba el mosquito poeta—, nosotros somos hijos de la luz; los dorados rayos del crepúsculo traspasan nuestras brillantes alas. Criaturas sutiles, llenas de ilusiones, que no piensan en trabajar prosaicamente como las hormigas o las abejas. Para nosotros el amor, la poesía. —Tus discursos son arrobadores —musitó Veleta.

—Así es, amada Veleta —dijo Infimo—. Observa la dulce inclinación de los últimos rayos solares; mira el fulgor rojo del



—Dancemos, Veleta, dancemos juntos —invitaba el feliz mosquito a su novia.



Si esa Veleta no es tonta, debería casarse esta misma noche, porque Infimo puede despertar mañana completamente desmemoriado —dijo la Margarita.

elo. Pronto va a caer sobre nosotros la gran paz de la noche. ancemos, Veleta, dancemos juntos para celebrar la belleza erna.

Infimo se lanzó al espacio y Veleta le siguió feliz. Fué una de rabescos en el aire al compás del zumbido de sus alas. Por fin orrieron a reposar en un brazo de retamo.

El sol había desaparecido dejando un matiz rosado pálido en el elo.

—Veleta, ¿quieres que mañana sea el día bendito de nuestras upcias? —preguntó Infimo.

Veleta no respondió.

—¿Lo quieres, Veleta? —insistió el mosquito—. ¿Por qué no podríamos ser felices?

—¿Después de tantas traiciones?

—Qué importa —expresó Infimo—; mi corazón desborda de amor por ti. ¿Y en el tuyo no hay también amor por tu mosquito e oro?

—Infimo, mi corazón te pertenece y mañana...

—Mañana; mañana será un día inmortal —exclamó Infimo—. En la diafanidad del cielo nos juraremos amor eterno. Mañana,

mi querida compañera, comenzará para nosotros el idilio supremo. La Margarita, que escuchaba el amoroso coloquio, dijo como hablando para sí:

—Si esa Veleta no es tonta, debería casarse esta misma noche, porque Infimo puede despertar mañana completamente desmemoriado.

—Calla la boca, envidiosa —gritó Infimo, inquieto porque Veleta podía oír la voz insidiosa de la Margarita.

Pero Veleta estaba ensimismada en su amor y decía al mosquito:

—Tú serás para mí el único, el preferido.

—Me confundes —murmuró Infimo—. Yo merecía la muerte.

—Y debo advertirte —insinuó Veleta, ya más engallada y ufana— que durante tu ausencia muchos mosquitos me cortejaron.

—Que yo los vea rondándote y verán —exclamó furioso Infimo—. ¿Cómo no lo dijiste antes?

—Qué importa... Tú sólo has podido hacer vibrar las cuerdas sensibles de mi corazón con tus poemas delicados. Contigo admiro la hoja que vibra, la nube que se levanta.

—Es que yo soy poeta de verdad...

Después callaron, y muy juntos se abismaron en la belleza del crepúsculo. Infimo ya no olvidaría a su amada Veleta.

F I N



En el próximo número iniciamos la más tierna historia que se haya escrito en nuestras páginas.

Nuestros lectorcitos conocerán a Pervinca, la niña que sufre las tristezas de una huérfana, aunque su madre vive.

Pervinca es cautivadora con su suave personalidad, que es como el aroma de las pervincas, la flor silvestre que nace en la primavera.

¡BLA-BLA-BLA  
BSS-BSS-BSS!



¡JA, JA, JA, JA!  
¡JI, JI, JI, JI!



¡QUE INTERESANTE!..



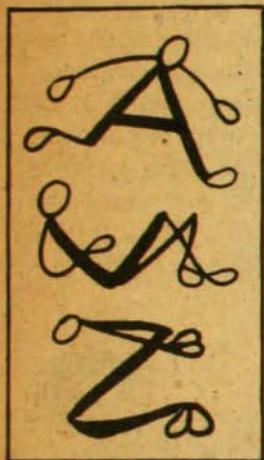
... Y QUE DIVERTIDO  
ES EL SUPER-POLLO!





# ¡GRANDES PREMIOS!

## CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántas letras tiene el alfabeto español?

Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 6 juegos de pimpón; 6 juegos de escobillas; 5 cajas de construcción; 6 cartones de herramientas; 1 cinturones; 2 juegos de dominó; 10 paquetes de Vitalmín; 10 libros de cuentos infantiles, y 6 pelotas de goma.

### SOLUCION AL CONCURSO N.º 33

El ajedrez tiene 32 piezas.

### PREMIADOS CON UN PAQUETE DE VITALMIN

Eduardo Vicent, Quillota; Guillermo Espinoza, Valparaíso; María Gumercinda Iribarra, Lota; Juan Manzur, Santiago; Sergio Salvo, Santiago; Máximo Madrid, Valparaíso;

Ambrosio Rojas, Santiago; Patricio Gálvez, Los Andes; Oscar Ma-

driaza, Santiago; Ricardo Isaac, Santiago. UN TUBO DE PASTA BAYCOL:

Rubén Guarda, Concepción; Pedro Rodolfo Fica, Chiguayante; Ismael Valen-

zuela, Santiago; Manuel Enríquez, Talcahuano; Lilia Pacheco, Temuco; Marta

Isabel Rodríguez, Santiago; Juan Ibarra, Curanilahue; Carmen Gómez, Te-

muco; Milán Toro, Santiago; Patricio Enríquez, Santa Juana. UN LIBRO:

Carlos Lizana, Linares; Humberto Díaz, Santiago; Nilo Miranda, San Fer-

nando; Nilda Olivos, Los Andes; Ema Sepúlveda, Angol; Juan Apablaza, Viña

del Mar; Alejandro Terrazas, Viña del Mar; Gastón Acuña, Angol; Francisco

Rivadeneira, Santiago; Hipólito Fernández, Santa Juana. UN AUTO DE BA-

QUELITA: Patricio Sánchez, Santiago; Luisa Casanova, Renca; Camila Brito,

Temuco. UN JUEGO DE LOTERIA: Arturo Astete, Yervas Buenas; Víctor

Manuel Maturana, Concepción. UN PAR DE SOQUETES: Mercedes Fre-

gueroa, Temuco; Carlos Lira, Santiago; Alberto Mayorga, Santiago; Hernán-

do Fernández, Santiago; Luis Arenas, Chimbarongo; Leoncio Iribarra, Temuco.

UNA LIBRETA APUNTES: Claudio Bastías, Talcahuano; Silvio Jara, Los

Angeles; Miguel Medel, Santiago; Gloria Medel, San Antonio; Jorge Ruiz

Tagle, Santiago; Oscar Carrasco, Quilpué. UNA CARPETA ESQUELAS:

Patricio Zedán, Santiago; René Ríos, Santiago; Hernán Quintanilla, Rengo.

Patricio Santelices, Santiago; Leopoldo Valero, Santiago; María del Pilar

Sandoval, Santiago, y Silvia Cabrera, Talcahuano.

# EL PLANETA ERRANTE

## CAPITULO V. — La trampa

En el Planeta Errante se desarrollaba la vida primitiva que existió en los orígenes de la Tierra. Un grupo de exploradores se trasladó al planeta. El joven Ferrio, separado de sus compañeros, conoció a un clan de trogloditas. El jefe de la tribu murió combatiendo con una fiera y entonces los cavernícolas decidieron elegir al que le sucedería en el mando. Se libraba una formidable lucha entre los que pretendían la jefatura, cuando un espantoso temblor sacudió las montañas y el bosque. Aterrorizados, los hombres se dieron a la fuga. El gigante amigo de Ferrio permaneció inmóvil, anonadado por un oscuro terror.

—¡Ven! —llamó Ferrio—. No te quedés aquí o morirás triturado por las rocas. Ninguna resiste el temblor y se desmoronan como si fuesen de hana. ¡Ven!

—Pero el coloso continuaba sin movimien-



—Han —musitó. Señalábale a sí mismo y bajó la cabeza. —“Han muere”, quería decir.

—¿Te llamas Han? —exclamó Ferrio—. ¿quiera esto ha sido para que pronuncies una palabra. —amos.

—agió la mano enor-

“El pequeño hombre vino hacia nosotros, y entonces la muerte bajó de la montaña”.



Cuando Ferrio despertó, Han  
había desaparecido.



Un dinosaurio apareció junto a los lucha-  
dores.

me y lo guió hacia la salida de la caverna. Estaba bloqueada por las piedras del derrumbe. Sin desanimarse, el explorador buscó una brecha lo suficientemente amplia para que permitiera el paso a su amigo. Cuando la encontró, salieron a la llanura.

Han seguía a Ferrio con la docilidad de una criatura. No era cobarde. Lo demostró al enfrentarse con monstruos desconocidos. Pero un terremoto era algo que su cerebro no podía comprender y que le causaba un supersticioso temor.

Un nuevo peligro se agregó a la catástrofe. El cieno estaba en

efervescencia y corría como lava hirviente, amenazando invadir la caverna. Han, con su titánica fuerza, derribó una roca que se elevaba como un menhir y formó con ella un puente. Sobre él pasaron, alcanzando un terreno que no estaba inundado.

En leguas y leguas la cadena volcánica estallaba con violencia, reduciendo a cenizas los bosques destruyendo los montes. Ríos de fuego bajaban por los flancos y un humo az

expandía en el aire. A cada instante, la tierra se abría en hondos abismos ante los fugitivos. Abandonando sus cubiles, huían las bestias de la montaña, impulsadas por el mismo terror. Ferrio pensó que aquella fuga nunca terminaría. Por fin, rendidos de fatiga, él y Han se detuvieron. El joven, recostado sobre la tierra caliente, se durmió mientras el gigante vigilaba. En la lejanía, los volcanes aún rugían.

La idea tenaz habíase clavado en el primitivo cerebro de Han: *El pequeño hombre vino hacia nosotros y entonces la muerte llegó de la montaña. Para que la destrucción termine, es preciso matar al pequeño hombre.*

Cuando Ferrio despertó, Han había desaparecido. No tardó en salir. Traía las hachas abandonadas por la horda y una por una las lanzó contra el "pequeño hombre" que traía la muerte. Tocado por una de las armas, Ferrio cayó de espaldas. Antes de rodar por la pendiente de la montaña, vio el rostro de Han, contraído, gesticulante.

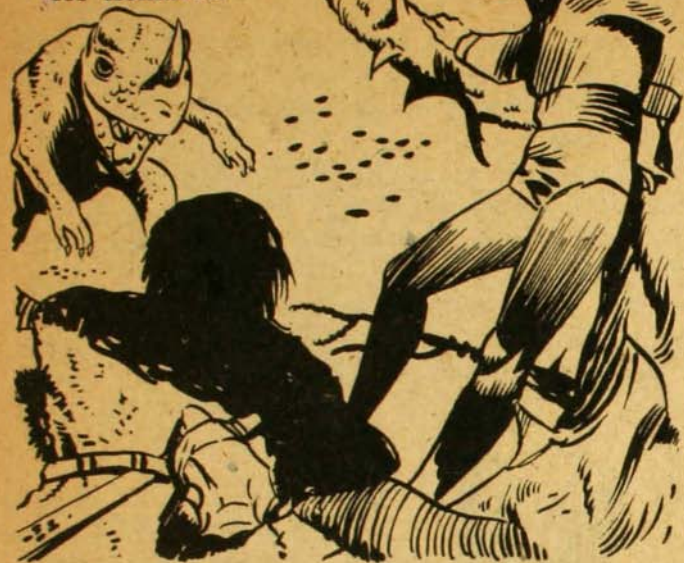
Han no tenía más hachas y entonces se inclinó para recoger un pedregal de gran tamaño. Como un rayo, Ferrio se levantó, lanzándose contra las piernas del troglodita. Casi no tenía posibilidades de vencer, pero opondría toda resistencia que pudiera. Con un hábil movimiento, antes de que Han reaccionara, colocó detrás de él y le aprisionó la cabeza con ambas manos.

Han había hallado a



Treparon al árbol usando las espinas como peldaños.

El monstruo saltaba cada cierto tiempo, en un intento de alcanzar a los hombres.



su amo. En vano intentó desahucarse de la llave. Aunque Ferrio no poseía una fuerza colosal, estaba en ventaja por su posición. De pronto, una gran sombra se extendió sobre ellos. Alzaron los ojos y pudieron ver al monstruo. Con igual prontitud se incorporaron huyendo. Después de ello

avanzaba el dinosaurio. Aunque Ferrio no poseía la ciencia del profesor Estroncio, lo catalogó inmediatamente como un carnívoro. No se parecía al diplodoco, herbívoro, a pesar de su espantable figura. Este monstruo no buscaba hierbas y pequeños animales, removiendo el cieno de los pantanos. Era indudable que sus dientes poderosos estaban habituados a desgarrar carne, y a apresar víctimas capaces de debatirse y de luchar.

—A Estroncio le hubiera maravillado este encuentro —murmuró Ferrio—. Yo preferiría haber visto al dinosaurio sólo en algún sueño.

El joven terrestre iba a vanguardia y subió a un árbol. Instintivamente, Han le siguió. La corteza tenía espinas duras como puntas de sílex, que sirvieron a los fugitivos como peldaños.

El gigantesco lagarto no se alejó. Esperaba a sus víctimas y largas horas transcurrieron. A pesar de las espinas, que desgarraban sus patas, el monstruo saltaba cada cierto tiempo, en un intento para alcanzar a los hombres.

—Han —murmuró el explorador.

(CONTINUA EN LA ULTIMA PAGINA)

¡A, JA, JA'!! USTED, ABUELO?  
Y ASI, TAN FLAQUITO Y  
TAN VIEJECITO?!

SI,  
SABIB.



QUE RISA! APENAS  
PUEDE ARRASTRAR  
EL BAUL!

UUE.F.F



UNA ALFOMBRA  
MAGICA!!

VAMOS,  
KASSIMA...



# EL PLANETA ERRANTE

(CONTINUACION): El coloso no respondió, ni siquiera giró cabeza para mirar al joven. Creíase perdido.

Ferrio contuvo una sonrisa. Debía discurrir algún plan para burlar al dinosaurio. Han estaba anodadado, pero su brutal fuerza podía servir si el hombre de la Tierra la hacía actuar con su inteligencia.

En la noche azul y fría, el monstruo continuó su vigilia. Rondaba en torno al árbol, abriendo sus fauces al menor ruido.



Cuando el alba despuntó, Ferrio, por señales, indicó al cavernícola que tenía una idea para atrapar al saurio. Inmediatamente iniciaron los preparativos. Ferrio cortó una rama sólida. Han, obedeciendo al terrestre, abrió sus potentes brazos y dos ramas gemelas entonces Ferrio colocó entre ellas la resistente vara.

Cuando el sol fulguró sobre las últimas montañas, el dinosaurio se levantó

sobre sus patas traseras, gruñendo. El hacha de Ferrio cruzó el espacio y la cabeza del animal, que había aparecido entre las ramas de la trampa, quedó aprisionada cuando la clavija saltó desplazada por el golpe. Las ramas se cerraron con fuerza y las espinas se clavaron en la garganta del dinosaurio. Sus esfuerzos por librarse sólo sirvieron para apresurar su muerte. Estrangulado, desangrándose, murió, y entonces el "pequeño hombre" y el gigante pudieron bajar tranquilamente de su refugio.

(CONTINUAR)

# Simbada

N.º 37

GIL BLAS DE SANTILLANA



\$ 2.-

CENA TORRES



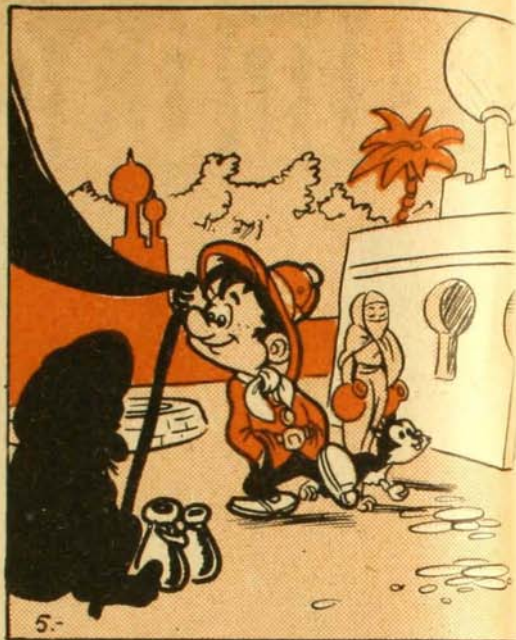
# Pimpin

EL AVENTURERO



Por

THEMISTOCLES  
LOBOS A.



5.-

SAHIB: SI ME DA DOS  
PESOS, LE HARE VER  
COMO ME ACUESTO EN  
ESA CAMA DE CLAVOS.



QUE VA A SER  
CAPAZ!..

NO LE  
CREO!



THEMISTOCLES  
LOBOS A.

SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA

# Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ

(Roxane)

AÑO I

N.º 37

Precio: \$ 2.—

17-V-1950



## GIL BLAS

de SANTILLANA

CAPITULO X. — *La fuga de Gil Blas.*

Gil Blas de Santillana, su amigo Fabricio y un grupo de alegres jóvenes penetraron a la casa de Camila y, simulando ser ejecutores de la justicia, exigieron que ella devolviera a Gil Blas un anillo que le robara tiempo ha. Cogieron, además, en desagravio, otras joyas.

Alélices con el resultado de su farsa, estaban reunidos en una posada, cuando irrumpió un verdadero alguacil, acompañado de su escolta de archetes.

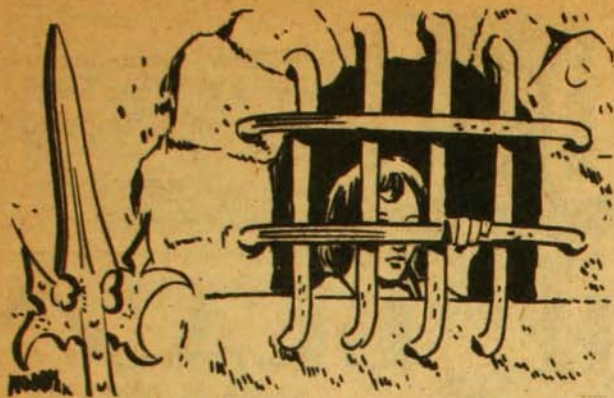
—Os declaro presos —dijo el alguacil con voz sonora.

Los estudiantes pensaron oponer resistencia, pero ante las amenazas cambiaron de idea.

—Nadie tiene derecho a tomarse la justicia por su mano



—¡Sabed que puedo sentenciaros a la horca! —gritó el alguacil, rojo de cólera.



Gil Blas de Santillana fué recibido en la cárcel.

—Señor —dijo Fabricio, muy pálido—, no tuvimos mala intención y os suplicamos que nos perdonéis esta inocente superchería. El alguacil se tornó rojo de furia. Hasta sus mostachos temblaron de cólera cuando gritó:

—¡Cómo! ¿Llamáis a vuestro delito “inocente superchería”? Sedbed que puedo sentenciaros incluso a la horca. Robasteis un collar, unos pendientes y un candelabro de plata.

Aterrorizados, los adolescentes cayeron de rodillas.

—¡Compadecedos de nuestra juventud!

—suplicó el imberbe doctor, con lágrimas en los ojos.

—¡Por cierto que no!

—replicó el alguacil—. ¡Guardias! Llevadme a estos pícaros a la cárcel.

Mientras se dirigían a la prisión, uno de los corchetes les dijo:

—La tía de Camila les denunció a la ronda.

—añadió el juez— Conozco el ingenioso artificio con el cual desvalijasteis a una dama. No niego que ella merecía ser engañada, pero no apruebo la insolencia de presentaros como hombres de la ley. Por esto os ganaréis la condena de ir a segar el pasto grande. Es decir, iréis a remar en las galeras.



—Estáis en libertad, mozaibete —anunció el carcelero.



ninguno de los pacientes del joven doctor sanaba con el agua caliente y las sangrías.

o tenía un haz de paja, y por compañía, una tribu de ratones.

¡Misericordia! —gimió nuestro héroe cuando la puerta se cerró con doble cerrojo—. Saldré de este antro, no para disfrutar de la bella libertad, sino para ser encadenado a las galeras del rey para que muera sobre el remo.

Transcurrieron días de angustia y desesperanza. Cuando una mañana el carcelero, de pie sobre el umbral, anunció:

Estáis libre.

Gil Blas creyó que soñaba o que una fiebre maligna le hacía ver visiones y oír palabras imposibles.

¿Qué decís? —balbució.

Estáis en libertad, mozalbeta. El amo de vuestro amigo Fabriciano abogó por vosotros y logró vuestro perdón.

De un salto se levantó Gil Blas y abrazó al carcelero. Luego se lanzó a la calle, ansioso de ver el sol y respirar aire puro.

Al momento reanudó su labor como médico. Seguía aplicando le reata que le dictó el doctor Sangredo: agua caliente y sangrías. Poco a poco sintió que el miedo y la duda lo dominaban. Ninguno de sus pacientes sanaba. A la segunda o tercera visita encontraba en la agonía.

El amo, ¿es verdaderamente un médico hábil y sabio? —se preguntaba con recelo—. Sería mejor que me declarara incompetente. No me complace la idea de seguir enviando gente al cementerio.”

—¿Esa vieja lechuzita? ¿Y cómo supo que éramos impostores?

—Sospechaba de vosotros. Cuando os retirásteis os espío por la ventana y os oí reír y burlaros. Convencida del fraude, os delató a la patrulla.

Minutos después, Gil Blas de Santillana era recluído en una celda infecta. Por le-



Al alba abandonó precipitadamente la ciudad de Valladolid.

Ese mismo día, un duelista famoso, don Rodrigo de Mondragón, le demandó:

—Examinad a mi novia. Está muy enferma.

—¿La han visto otros médicos?

—Sí, pero todos son unos zafios ignorantes. No pueden salvar su vida. Id vos.

—Señor... —intentó Gil Blas—, preferiría...

—Id vos —repitió el duelista, echando mano a su espada.

El joven asturiano no continuó negándose. Auscultó a la enferma, que era una doncella de gran belleza y, rogando al cielo que le auxiliara, prescribió agua caliente y sangrías.

La novia de Mondragón murió cuatro días más tarde.

Al anoecer, Fabricio acudió a la casa de su amigo y le dijo:

—¡Huye! Don Rodrigo ha jurado matarte si te encuentra.

Gil Blas comprendió que la amenaza era grave y al alba abandonó precipitadamente la ciudad de Valladolid.

(CONTINUARA)



# EL PIRATA DANDY

## CAPITULO XI.—La captura del pirata Dandy.

Dandy Duval salió del camarote del "Loro de Mar", lujosamente ataviado y con su rapera de oro en la mano.

Gullet —dijo serenamente al capitán del "Loro de Mar"—, vamos en busca del "Venganza", lo que nadie dispere. Todos cubiertos sólo con armas de fuego. No necesitamos cañones. Pero, capitán —insinuó Gullet—, la otra goleta es más poderosa.

Déjame actuar —sonrió Dandy—. Tengo mis artes diabólicas.

Para disminuir la distancia entre las dos goletas, los tripulantes del "Loro de Mar" quedaron atentos al advertir el inusitado movimiento del "Venganza".

La goleta mayor no avanzaba... no un remolino, daba vueltas y revueltas.

¿Qué significa esa extraña maniobra? —preguntó el capitán Gullet.

Como te dije que eran secretos profesionales —respondió el irónico capitán Duval.

El traidor Matías y Nico Bonete corrían de un lado a otro y oraban a los marineros que tomaran colocación frente a los cañones. Ninguno obedeció.

Los garfios —ordenó Dandy Duval a su tripulación—. Vayan a saltar por la borda.

El "Loro de Mar" atracó junto al "Venganza" y Dandy saltó al

**RESUMEN:** Dandy Duval y sus cuarenta compañeros de presidio se convirtieron en piratas por la mala fe del gobernador de Jamaica, Carlos Dane, quien es el aliado secreto de los filibusteros y del rey de los piratas Barba Negra. Tras muchas aventuras, Dandy Duval cae prisionero del temible Barba Negra. El rey de los piratas ordena atar a Duval a un mástil roto y le arroja al mar. Dandy logra escapar y llega a bordo del "Loro de Mar". Poco después se apodera del "Venganza", que el tuerto Matías se había llevado a traición. Ambas goletas se dirigen en busca de los tesoros de Barba Negra, ocultos en la isla del Caimán. Sin contratiempo recogen las inmensas riquezas del rey de los piratas y las llevan a la Isla de la Calavera. Son atemorizados allí por Nico Bonete, quien huye con el traidor Matías a la goleta "Venganza".



Los piratas del "Venganza" abordaron al "Loro de Mar"

puente de su goleta, seguido de sus piratas más aguerridos esperaban en pie de guerra Nico Bonete y el tuerto Matías. De un golpe de su espada toledana, Duval arrojó lejos el capo de Nico Bonete y volviéndose con vertiginosa rapidez hacia el tuerto Matías, le sacó con la punta de su espada el tricorno y la peluca.

En seguida comenzó a darle tajos a la levita azul, que él se había endosado, hasta que se la dejó en jirones.

Mientras Duval se divertía desgarrando el traje de Matías, llet y sus fieles compañeros encerraban a Nico Bonete y le daban de cadenas.

Gullet —ordenó Dandy Duval—, cojan a este traidor miserable y sepúltenlo en la mazmorra de la bodega. Mañana tendremos consejo de guerra.

errados los dos culpables de rebelión, Dandy Duval sacudió olvo de su levita, alisó sus encajes y sonrió a Gullet, dicién-

a ves cómo fué fácil la captura del "Venganza".

o comprendó por qué Matías no hizo fuego con los cañones.

ntes de bajar —respondió Duval—, yo rellené la boca de los ones con estopa y, además, quité algunas piezas a las baterías.

al cosa hice con el velamen y el timón, a fin de que si ías me arrebatara el barco a traición, no pudiera valerse de or eso la goleta giraba como un remolino.

n realidad tuvo usted una idea genial, mi capitán.

ullet —prosiguió Duval—, tengo las cartas que arrebaté al dero Timoteo Boné. Las he leído y son asaz comprometedoras para el villano que gobierna en Jamaica.

tra vez vamos a meternos en la boca del lobo —insinuó Gu-

s preciso —declaró Dandy—, porque no podemos pasar la perseguidos como criminales por los barcos ingleses. Nos han gado a ser piratas, cuando podríamos aprovechar nuestros barren el comercio honrado y barrer de estos mares a los filibusteros. Pero antes que todo vamos a desembarcar en la Isla de la vera al tuerto Matías y a Nico Bonete. Allí se quedarán medo sobre su suerte. Sólo yo conozco la existencia de esa iserdida en el mar Caribe.

Y si aún continúan las erupciones sulfurosas? —preguntó Gu-

a lo sabremos —replicó el pirata Dandy—. Como no es preque las dos goletas vayan a la Isla de la Calavera, tú te quedas en este punto y yo iré con mi gente a dejar a los prisioneros. se efectuó; el tuerto Matías y Nico Bonete quedaron en la de la Calavera, a pesar de las protestas de Matías, que luchacommo un energúmeno por desprenderse de las cadenas con le ataron.

e vengaré— juraba Matías—. Antes de una semana tú su a la horca.

oletas "Venganza" sólo estuvo una hora en la isla maldita y lecia ya cuando se hizo a la vela con dirección a Jamaica.





Dandy Duval sacó con la punta de su espada el tricornio y la pica del tuerto Matías.

De pronto el vigía señaló dos barcos en lontananza.

El pirata Dandy, cogiendo su catalejo, reconoció al punto la leta de Barba Negra.

Un barco inglés le perseguía.

—Magnífico —exclamó Duval—, nos colocaremos de parte navío inglés y por fin el azote de los mares caerá en poder de autoridades británicas.

Barba Negra había reconocido a Dandy Duval y usando del tavor le gritó:

—Bandido, ladrón, me has robado el tesoro de la Isla del mán; pero ahora tendrás que devolvérmelo y pagarás con tu todas tus villanías.

—Salud, Barba Negra —respondió el pirata Dandy—. ¿No visto la escoba que enarbola mi goleta en el mástil? Significa barreremos de estos mares a todos los villanos. Y a ti principalmente.

Dandy Duval tenía preparados sus cañones, y en el momento Barba Negra daba la orden de disparar, recibió un nutrido go del "Venganza".

Lo extraño era que el navío inglés no se mezclaba en la batalla. Se diría que los marinos británicos preferían que ambas goletas piratas se exterminaran recíprocamente antes de que ellos intervinieran.

goleta de Barba Negra era poderosa que el "Venganza". Sin embargo el combate se tenía indeciso y los compañeros de Dandy Duval lucharon heroicamente.

pronto, Duval ordenó a sus matas que silenciaran sus cañones y fingieran desertar de la batalla.

Barba Negra lanzó un grito de triunfo y atracó el barco a la goleta de Duval.

El señorito de las corbatas, el encaje y del sombrero empujado se creía invencible bajo Barba Negra saltando al frente del "Venganza". Vaya a terminar con el petime-

ten venido —replicó Duval saliendo de entre los cañones—; yo deseaba tu visita, querido amigo.

Antes que Barba Negra diera el asalto, la tripulación del "Venganza" salió por todos los lados, dando a los piratas que, creyéndose victoriosos, invadían la cubierta del barco.

¿Qué tal, Barba Negra? —exclamó el pirata Dandy—. ¿Vienen a plancharle las corbatas al pobre Dandy?

Barba Negra, cogido de sorpresa, retrocedió para desenvainar su espada. Fué un duelo homérico el que se desarrolló entre los capitanes piratas.



Nico Bonete y el tuerto Matías quedaron abandonados en la isla.

Dandy sangraba y Barba Negra desfallecía. Por fin, una estocada a fondo arrojó al suelo al terror de los mares Caribes.

—Dandy Duval —dijo una voz varonil tras del triunfante pirata—, queda usted arrestado en nombre del rey.

—El capitán Flash —murmuró Duval sin perder su calma— Sea usted bien venido, mi ilustre amigo.

Mientras las goletas piratas se trababan en lucha y se desarrollaba el duelo a muerte entre Duval y Barba Negra, la fragata táctica se había aproximado al "Venganza" y su tripulación se acercó sin dificultades al puente de la goleta.

—¿Usted piensa arrestarme, capitán Flash? —preguntó Dandy.

—Es mi deber —respondió el marino.

—¿A dónde nos llevará?

—Al puerto de Jamaica, junto con las tripulaciones de ambas goletas —expresó el capitán Flash—. Usted será juzgado por traición, capitán Duval; por cierto que yo trataré de defenderle, pues gracias a usted triunfamos de ese demonio —añadió el capitán señalando con el pie al pirata Barba Negra, que yacía inconsciente y desangrándose.

—Muy bien —respondió el pirata Dandy—, iremos a Jamaica, mi capitán, pero creo que pronto tendrá usted que arrestar al propio gobernador de Jamaica.

El capitán Flash creyó que Dandy Duval hacía un chiste de mal gusto.

¿Cómo podía él arrestar al representante de Su Majestad el rey de Inglaterra en la isla de Jamaica?

Barba Negra fué trasladado a su goleta junto con la tripulación del "Ganso Amarillo" y Dandy Duval quedó en el "Venganza" con sus compañeros. Pero ambas tripulaciones, en calidad de prisioneras, fueron atadas con grillos y cadenas, en tanto que la marina inglesa dirigía los barcos.

—No hay que desesperar, muchachos —gritó Dandy a sus compañeros—. Yo llevo pruebas de la culpabilidad de Carlos Duval, gobernador de Jamaica, y juro por mi tricorno emplumado antes de un mes Su Majestad el rey de Inglaterra nos concederá su favor.

Los tripulantes del "Venganza" adoraban al capitán Dandy, y tenían plena confianza en él. Por lo tanto soportaban resignado el cautiverio.

(CONTINUAR)



# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO II. — *Isolda la bella*

El rey de Irlanda exigía a la tierra de Cornualles un tributo de hombres jóvenes y doncellas para convertirlos en sus siervos. Tristán, sobrino del rey Marcos, decidió batallar con el gigante Morolt, a fin de librar al país de esa humillación que desde hacía veinte años le afligía.

Los combatientes se dirigieron a la isla de Saint-Samson, y los irlandeses vieron partir al fino doncel y al corpulento irlandés creyendo que el día de la muerte de Tristán había llegado.

En la costa, los barones de Cornualles temblaban por aquel sacrificio inútil.

Las doncellas que debían marchar con el tirano se doblegaban co-



— Señores irlandeses, Morolt ha combatido bien — declaró Tristán, mostrando la espada quebrada.



Al llegar al castillo, cayó en brazos del rey Marcos.

donceles se lanzaron a nado. El héroe saltó a la playa, y mientras las madres arrodilladas besaban sus pies de hierro, gritó a los compañeros de Morolt:

—Señores irlandeses, Morolt ha combatido bien. Mirad, mi espada está rota: un fragmento de la hoja quedó hundido en el cráneo. Llevad este trozo de acero, señores. ¡Es el tributo de Carnualles!

Pronunciadas estas palabras, se encaminó hacia Tintagel. A su paso, los niños libertados agitaban largas ramas verdes. Cuando entre cantos vibrantes y son de campanas, llegó Tristán al castillo, cayó en brazos del rey Marcos. La sangre brotaba de sus heridas.

Desde aquel día, Tristán languideció. Linfa envenenada corría por sus venas. Los médicos declararon que Morolt le había herido con un arma emponzoñada.

—No tiene salvación —murmuraron—. Sólo Dios puede hacerle revivir.

Las llagas del héroe despedían una fetidez tan terrible, que sus más queridos amigos se apartaban de él. Sólo el rey Marcos,

mo flores mustias. Sus madres lloraban. Por fin, en la lejanía vieron hincharse la vela púrpura. La barca del gigante empezó a navegar hacia la costa. Un clamor de angustia se elevó: —¡Morolt! ¡Morolt! La barca se acercaba. Sobre la cresta de una ola se destacaba más visible y divisible un caballero que se erguía en la proa. En cada una de sus manos blandía una espada. Era Tristán. Veinte barcas volaron a su encuentro y

escudero Gorvenal y el senescal Dinas de Lidan permanecieron junto al agonizante. Sólo ellos, porque le amaban y su amor hacía sus horrores. Por fin Tristán se hizo conducir a una cabaña construída en la ribera y, recostado delante de las olas, esperando la muerte.

Y cuando al mar, murmuraba:

Quiero que las olas me lleven lejos, solo. ¿Hacia qué tierra? No lo sé; pero acaso hacia donde encuentre quien me cure.

Tristán suplicó, que el rey Marcos accedió a su deseo. Lo depositaron en una barca sin remos ni velamen y Tristán quiso tener junto a sí nada más que su arpa.

Tristán no un marinero que, en el curso de larga travesía, echa por la borda el cadáver de un antiguo camarada, así, temblándole los huesos, Gorvenal impulsó mar adentro la barca donde yacía su amo. Y el mar se lo llevó.

Por tres días y siete noches lo arrastró suavemente. A veces Tristán tañía el arpa y calmaba su angustia. Por fin, el oleaje lo varó en unas playas.

Una noche, los pescadores habían dejado el puerto para tender redes y remaban cuando oyeron una melodía audaz y extraña que corría al ras de las aguas. Inmóviles, suspensos los remos, escuchaban. En la blancura del alba, divisaron la barca errante. Se movía a la deriva y nada parecía vivir en ella, excepto la voz del arpa, que se debilitaba, hasta que se extinguió.

Cuando los pescadores abordaron la barca, las manos del príncipe yacían inertes.

— ¡Llévame a Weissefort, para que Isolda la Bella lo cure, príncipe! — dijeron.

Isolda la Bella era sobrina de Morolt y siempre recordaría con tristeza que los barones de Irlanda trajeron muerto al príncipe. Ella y su madre, la reina, acudían siempre a recibirlo. Si estaba herido, lo curaban, porque conocían las bálsamos y los brebajes que reaniman. Pero Morolt había muerto. Yacía cocido en un cuero de ciervo, el fragmento de la espada enemiga aún encajado en su cráneo. Isolda lo retiró para guardarlo en su cofre de marfil. Inclínadas sobre el gran cadáver, ella y su madre se inclinaron al vencedor. Y desde ese día, Isolda la Bella aprendió a odiar el nombre de Tristán de Loonoi.

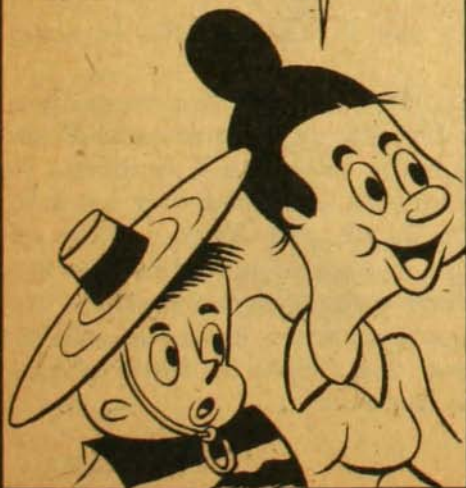
(CONTINUARA).

# Ponchito

VAMOS A SALUDAR A  
LA HIJA DEL PATRON  
QUE LLEGO AYER...



... TU NO LA CONOCES,  
PORQUE HACE DOCE AÑOS  
QUE ESTA EN SANTIAGO



CUANDO SE FUE PARA LA  
CAPITAL ESTABA GUAINITA,  
PERO TODAVIA DEBE ACOR-  
DARSE DE MI







# EL MUÑECO QUE SE MARCHO A NAVEGAR

Lila tenía once muñecas y todas las noches, antes de acostarse, las sentaba sobre la mesa del cuarto de los juguetes. Había doce hadas muñecas, dos bebés, otra muñeca que andaba, una muñeca francesa, con pestañas de verdad, dos muñecas de madera, holandesas, dos pequeñas muñecas japonesas y un muñeco vestido de marinerito.

Este último era un muñeco para niño y, naturalmente, le desagradaba mucho pasarse el día acompañado de muñecas. Por su gusto habría vivido con soldados, ositos o caballos de cartón. Tenía la opinión de que las demás muñecas eran más tontas cada día.

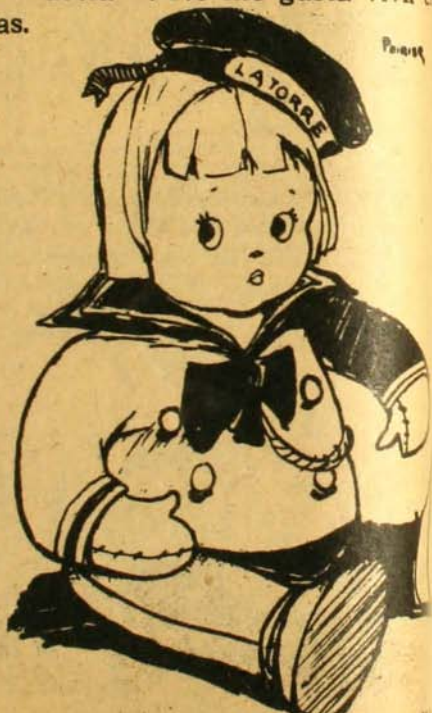
—¡Ojalá perteneciese a un niño! —decía—. No me gusta vivir en compañía de tontas como vosotras.

Como se comprende, las muñecas le creían muy mal educado y así se lo decían.

—Habrías de considerarte feliz viviendo en un cuarto de juguetes como éste y perteneciendo a una buena niña, que no nos estropea —dijo la muñeca andadora.

—Yo necesito aventuras —contestaba el marinerito—. Me gustaría poseer un barco de mi propiedad y hacerme a la mar. ¡Oh, qué valiente sería! Lucharía con los piratas, mataría tiburones, naufragaría en una isla y luego construiría yo mismo un bote. ¡Oh, no sabéis lo valiente que soy!

—No, no nos hemos dada cuenta —dijo una de las muñecas—. Sabemos, sin embargo, quién fué



—¡Ojalá yo perteneciese a un niño! —suspiraba el marinerito.

el que, hace muy pocas noches, echó a correr al ver a una pobrecita araña que llegó hasta esta mesa.

El muñeco vestido de marinero se sonrojó y no dijo nada más. Pero aquella noche decidió fugarse para ir al mar. Conocía la existencia de un riachuelo en el fondo del jardín y también vio allí un botecito de papel.

“Abandonaré a esas imbéciles muñecas —pensó—. Esta misma noche me embarcaré para ser un atrevido marinero.”

Así, pues, aquella noche, cuando Lila hubo dejado sus muñecas alineadas sobre la mesa, colocando al marinero en el centro, éste se puso en pie despidiéndose de sus compañeras.

—Me marcho —les dijo—. Sois una colección de criaturas, y un marinero como yo necesita aventuras. Adiós.

Se deslizó por el mantel de la mesa y se dirigió a la ventana. Encaramóse en una silla y de este modo llegó al alféizar de la ventana. La encontró abierta, de modo que pudo salir. Saltó hacia la hierba del jardín y echó a correr por él. En aquel momento se levantaba la luna, pero el jardín estaba lleno de sombras. Las cosas tenían un aspecto muy distinto que a la luz del día.

—¡Pip! ¡Pip! —gritó de pronto una fuerte voz, por encima del lugar en que se hallaba el marinerito, y éste dió un salto de miedo.

Luego algo muy grande voló a corta distancia de su cabeza y el marinero se asustó tanto, que se cayó al suelo.

—¡Oh, es un muñeco! ¡Nada más que un muñeco! —exclamó un mochuelo de gran tamaño, con voz que indicaba su desengaño—. Me había figurado que era un ratón.

“¿Y eso tan espantoso era un mochuelo?”, se preguntó el muñeco



—Siento mucho haber tropezado contigo— dijo el señor Pinchos.

algo avergonzado de sí mismo. Echó a andar por un sendero de pronto dió un grito.

—¡Oh, una serpiente! ¡Una serpiente, que se arrastra!

—¡No seas idiota! —contestó el mochuelo volando a corta altura—. No es más que un gusano grande, que acaba de salir de la madriguera, para dar un paseo nocturno. ¡Vaya un cobarde!

—De ninguna manera —protestó—. Soy tan valiente como primero. No tengo miedo a nada.

Mientras pronunciaba estas palabras, apareció por el sendero el señor Pinchos, es decir, el erizo que iba en busca de algunas carachas para cenar. En su prisa tropezó con el marinerito, éste gritó de dolor.

—Pues, ¡no haces poco ruido! —exclamó el erizo—. Siento mucho haber tropezado contigo, pero en realidad tendrías que irte a buscar por dónde andas.

El señor Pinchos se alejó corriendo y dejó al marinerito ocupado en frotarse el cuerpo en todos los puntos en que había sido pinchado. Luego continuó andando, decidido a demostrar la mayor valentía, cualesquiera que fuesen las aventuras que pudiese sobrevenirle.

Casi se encontraba ya a orillas de la corriente, cuando algo abalanzó contra él. El marinero se figuró que iban a morderle y se volvió para huir, lleno de pánico. Oyó el ruido de unos pies que le perseguían, pero él corrió más aún. Sin embargo, el desconocido que iba tras él no se quedó rezagado y en breve oyó una voz cascada, que decía:

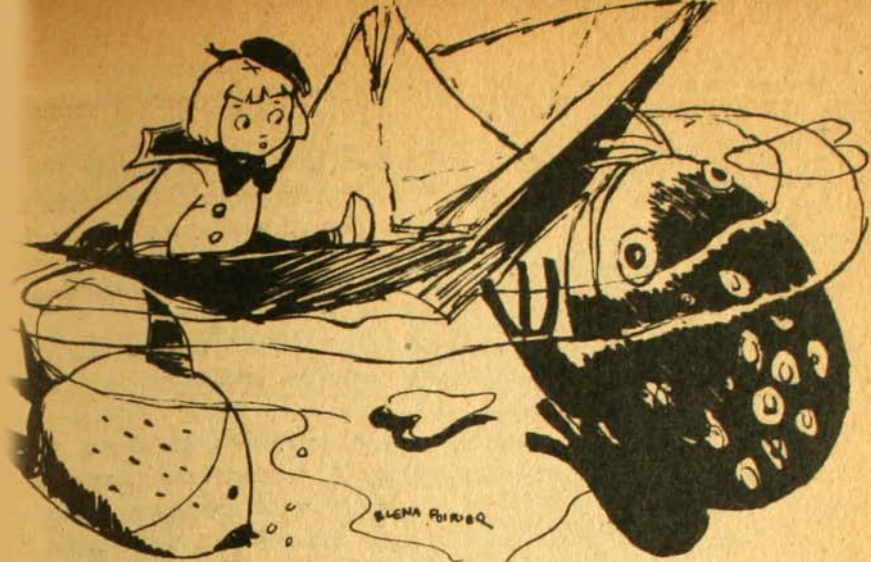
—Deténgase un momento, señor, ¿puede decirme qué hora es?

No era más que un ratoncito. ¡Oh, qué avergonzado estaba el marinerito de su cobardía! Se detuvo en el acto y entonces quiso fingir que no había intentado siquiera la fuga.

—No tengo reloj —contestó—. Pero si presta usted atención oírás en breve las campanadas de la iglesia y así sabrás qué horas son.

—Muchas gracias —contestó el ratoncito—. Observo que no es usted muy valiente. ¡Cómo huía de mí!

El marinerito no contestó. Se dirigió en línea recta a la corriente y buscó el barco de papel. Lo encontró varado en la orilla y dispuesto a emprender la navegación. El muñeco se sintió muy valeroso. Lo botó al agua y subió a bordo. Entonces profirió un grito, diciendo:



Una enorme rana asomó la cabeza fuera del agua y se acercó al barco de papel.

—¡Soy un marinero y me dirijo al mar!

Una enorme rana asomó la cabeza fuera del agua y a nado se acercó al barco de papel.

—Llévame contigo —gritó—. Yo seré tu tripulación.

Levantó la cabeza para asomarse por el costado del barco de papel y el marinerito tuvo un susto de muerte.

—¡Qué horrible monstruo! —exclamó—. ¡Vete! ¡Vete!

—No, te acompaño —dijo la rana disponiéndose a saltar a bordo.

—¡Me va a devorar! —gritó asustado el marinerito.

La rana se encaramó, efectivamente, a bordo, pero como pesaba demasiado, el ligero barco de papel empezó a llenarse de agua.

—¡Me estoy hundiendo! ¡Voy a ahogarme! —exclamó el marinerito.

En efecto, medio minuto después el barquito se vió hundido hasta el fondo. La rana salió nadando, muy enojada, y en cuanto al marinerito, tuvo que ganar la orilla lo mejor que le fué posible. Estaba mojado de pies a cabeza, tenía mucho frío y sentía un gran susto. Recordó el agradable y cómodo cuarto de los juguetes, pensó en sus antiguas amigas, las muñecas, sentadas en fila sobre la mesa y charlando toda la noche. ¡Oh, cuánto deseó verse de nuevo a su lado!

—Volveré a casa —se dijo el marinerito con lágrimas en los ojos. Atravesó corriendo el jardín y trepó de nuevo por la ventana. De un modo u otro consiguió subir a la mesa y luego fué adonde las muñecas estaban sentadas en fila. ¡Cuánto se sorprendieron al verle!

—¡Oh, pobrecito! Estás mojado —exclamó la muñeca que andaba—. Déjame que te seque con una puntita del mantel de la mesa.

—Nos alegramos de que hayas vuelto —contestaron dos hadas muñecas—. ¿Acaso no te ha sido posible encontrar el camino del mar?

—No —contestó el marinerito—. Ese camino está lleno de horribles dragones voladores, serpientes y monstruos cubiertos de erizadas púas. Además, la fría corriente está llena de seres que se encaraman a las embarcaciones y las hacen naufragar. Las aventuras son desagradables a más no poder. No quiero saber nada más de eso, pues me alegro en extremo de verme de nuevo en casa y en vuestra compañía.

—¡Pobre marinerito! —exclamaron las muñecas—. No te aflijas, nosotras te trataremos con mucho cariño.

Así, pues, volvieron a dormir todos juntos y el marinerito no expresó ya nunca más el deseo de irse al mar.

¡Qué asombrada se quedó Lila a la mañana siguiente al ver que estaba tan mojado! No pudo imaginarse siquiera qué le habría ocurrido y el marinerito estaba demasiado avergonzado para decirselo.

---

---

## A nuestros lectores

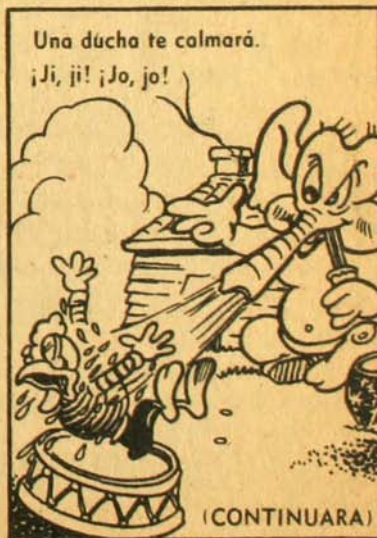
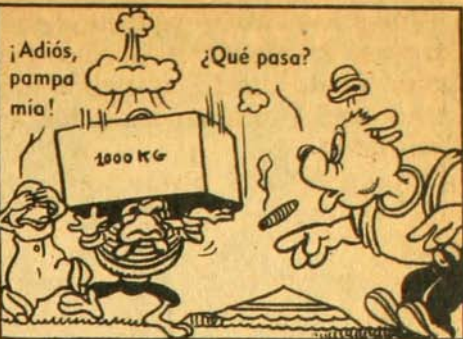
*M. Ostria.*—Agradecemos al ferviente amigo de "Simbad" sus elogios por "El Pirata Dandy", "Infimo el Mosquito" y "El Planeta Errante". Transmitiremos sus saludos a Nato y Elena Poirier. Los ejemplares que pide están agotados. Lamentamos sinceramente no poder ayudarlo a completar su colección.

*Lolita.*—Moris se retiró pues sus estudios no le dejaban tiempo para dibujar sus historietas. No tema la desaparición de Nato, que tanto anima las páginas de nuestra revista. Es un fiel colaborador y siempre estará con nosotros y con ustedes.

Roxane

# el SUPERPOLLO

Cocoró se cree Superpollo, pero sólo es un sobre pollo, sin fuerzas. Cuacuá es quien posee vigor. Cocoró quiere lucirse sosteniendo un gran peso y dice a Cuacuá que lo deje solo.





CAPITULO I.  
Hija de una gran  
artista.

La llamaban Pervinca por el azul de sus pupilas comparable a las de esas pervincas silvestres que engalanan los campos en primavera. Azules los ojos, dorada la cabellera, esbelto el talle de la niña de trece años que vivía con su nodriza en una finca

apartada de las ciudades.

—Pervinca —llamó desde el parrón, cuajado de uvas, una mujer corpulenta y de aspecto bonachón.

—Aquí estoy, cortando flores —respondió la adorable niña.

—Cuando termines, ven ayudarme, hijita.

—Voy al instante —gritó Pervinca—. ¿Crees tú que mamá llegará pronto?

—Qué impaciencia —musitó la nodriza campesina—. Ya no eres un bebé, puesto que hoy cumples trece años.

—Veo tan a lo lejos a mi mamacita —suspiró Pervinca.

—Es verdad —asintió María—. La señora Fores vive muy ocupada con su tienda de modas. Pero has de comprender que es una dura tarea para una señora viuda luchar sola en la vida y velar por la educación de su hija. Dios mío, dejé el pastel en el horno. Con tal que no se haya quemado...

Pervinca, o más exactamente Alejandra Fores, alzó los brazos eufórica murmuró:

—¡Qué dichosa estoy! En pocas horas más me despediré de María y seguiré a mamá. Viviremos juntas, estudiaré en un liceo y jamás nos separaremos.

No más ansiedades por esas visitas tan cortas y espaciadas, no más vida de pueblo chico.

Pervinca sólo extrañaría la cálida ternura de su nodriza María.

De pronto la invadió una inquietud. ¿Cumpliría su madre la promesa que le había hecho en su última visita? ¿O iría a decirle, subiéndole al automóvil que ella misma gobernaba: "He reflexionado, Pervinca; el aire del campo te conviene más que el de la ciudad. Permanece otro año junto a la buena María"?

Este pensamiento provocó una inmensa tristeza a la niña semi-huérfana.

Sobresaltada, Pervinca escuchó de pronto un ruido lejano.

—El automóvil de mamá —gritó corriendo hacia la verja—. María —gritó al pasar junto a la cocina—, ya viene. . .

Pervinca avanzaba jadeante con las flores que había cortado poco antes, en la mano.

Una hermosa y elegante dama detuvo el coche y sonrió a Pervinca. Madre e hija se estrecharon con efusión.

—Te he traído un regalo para tu cumpleaños —dijo la señora Fo-



—¡El automóvil de mamá!—gritó Pervinca y corrió hacia la verja, con el ramillete de flores en la mano.



res—. Es esta caja. Pesa bastante. ¿Adivinas qué contiene, hijita?  
—No puedo adivinarlo —respondió Pervinca con el semblante radiante de felicidad.

María Léder acudió a saludar a la dama, preguntándole por su salud, su viaje, sus negocios, etc. En seguida, dijo:

—El almuerzo estará listo en un cuarto de hora más. Si usted quiere, haga un paseo con la niña hasta el arroyo.

—Prefiero descansar bajo los castaños —expresó la señora Fores—. Qué silencio, cuánta paz. Tanta tranquilidad, después de una vida agitada. Pervinca, tú extrañarás mucho el ambiente campesino. . .

—Cerca de ti, mamacita, nada extrañaré —murmuró Pervinca abriendo la caja que le obsequiaba su madre.

—Una radio —exclamó Pervinca—. Has adivinado mis deseos. . . Y con discos. Qué contenta estoy.

Cuando ya había manifestado toda su alegría por el precioso regalo, María indicó a Pervinca que debía ayudarle a colocar la mesa en el jardín.

La señora Fores quedó sola. Inmediatamente su expresión cambió. Pensativa observaba el jardín, las verdegueantes praderas, el arroyuelo y los pajarillos que trinaban en los árboles.

—Cuánta paz —repitió suspirando—. Pervinca cree que voy a llevármela hoy a casa. Sufrirá una gran desilusión. Pobrecita. . . Resulta difícil engañarla. Tendré que prepararla para la gran revelación. ¿Cómo acogerá mi confesión?

—Listo el almuerzo, mamacita —anunció Pervinca.

Terminado de almorzar, Pervinca quiso probar la radio.

—Comenzaremos por este disco —insinuó la señora Fores.

—“*Las tres princesas*”, vieja canción, interpretada por Mona Berger —leyó Pervinca.

Una preciosa voz de soprano se dejó oír. Era una melodía suave, armoniosa.

Pervinca escuchaba embelesada esa voz subyugante, plena de emoción artística.

La señora Fores colocó otros dos discos de la misma artista y luego dijo a Pervinca:

—Vamos a caminar. . . María desea que visitemos el arroyuelo. En el confín de la finca, ocuparon un sitio junto al agua cristalina que surcaba por entre las piedras con leve rumor. Los sauces llorones formaban un toldo de esmeralda sobre sus cabezas.



¿Tienes un secreto, mamacita?— preguntó Pervinca con asombro.

—Aquí podremos conversar libremente —dijo la señora Fores deando con su brazo la cintura de su hija—. Tengo algo importante que decirte.

—¿Algo importante? —repitió Pervinca, inquieta por la expresión grave de su madre.

—¿Nunca has pensado que yo cumplía muy mal mis deberes para contigo? —preguntó la señora Fores.

—Jamás.

—Sin embargo habrías deseado verme más a menudo —insinuó la madre—. A veces retardaba mis visitas y evocaba a una niña llorosa llorando en su lecho...

—Cuando era chica, lloraba— confesó Pervinca—, pero María me hacía comprender que desde la muerte de papá tú tenías que trabajar mucho y ganar dinero para mí.

La señora Fores acarició suavemente la dorada cabellera de Pervinca y murmuró:

—María no te ha dicho todo. Ha guardado muy bien mi secreto.

—¿Tienes un secreto, mamacita? —preguntó Pervinca con asombro.

—Sí, y esperaba que cumplieras trece años para decirte la verdad, porque antes no habrías comprendido. No soy la persona que tú crees. Mis ocupaciones son diferentes.

—¿No eres entonces una gran modista? —interrogó Pervinca—. ¿Qué haces entonces, mamacita?

Hubo un silencio durante el cual el murmullo del arroyo parecía ahondar la inquietud de aquellos dos corazones.

—Esta mañana oíste el disco de Mona Berger. ¿La habías oído cantar otras veces?

—Sí —dijo Pervinca—. Muchas veces oí canciones de Mona Berger por la radio. Entiendo que es una célebre artista. . .

—Yo soy la artista que canta con el seudónimo de Mona Berger —confesó la dama.

—¿Tú eres Mona Berger? —exclamó la niña con asombro.

—Comprendo tu sorpresa —sonrió Mona—. Es mi profesión de artista la que me impide tenerte a mi lado, hijita. Yo quería ser para ti sólo una verdadera y buena madre, pero has crecido y no puedes permanecer más tiempo en el campo. Irás al liceo y allí, tarde o temprano, alguna compañera te comunicará la verdad.

—Mamacita, eres célebre y yo estoy feliz —declaró Pervinca contemplando el lindo rostro de su madre, sus ojos azules, sus cabellos rubios y su esbelta silueta—. Todo el mundo debe adorarte. Yo te admiro y me siento orgullosa.

—Yo temía una reacción desfavorable —expresó la artista—. Ahora comprenderás mejor el retardo en mis visitas. Canto en el mundo entero y un contrato me obliga a largos viajes. Hoy mismo deberé faltar a mi promesa de llevarte a casa.

Pervinca volvió la cara a fin de que su madre no advirtiera las lágrimas que hinchaban sus párpados.

—Debo cantar en Norteamérica. Será una corta ausencia —explicó Mona Berger.

(CONTINUARA)



"Simbad" ofrece, a sus queridos lectores, un PREMIO GIGANTE.

Cada semana sorteará un proyector de cine entre los solucionistas de nuestro Concurso Semanal. Participe usted.



¡HUMMM!



JOVENCITA; VEO QUE NO HAS HECHO TU CAMA... ANDA A HACERLA INMEDIATAMENTE



DEBES ACOSTUMBRARTE A HACER TUS COSAS... ¿QUE HARAS CUANDO SEAS GRANDE?..



¡ TOMARE SIRVIENTAS!



# ¡GRANDES PREMIOS!

## CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos satélites tiene el planeta Saturno?

Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 tubos de pasta dentífrica Baycol; 10 paquetes Vitalmín; 3 cinturones para niño; 10 carpetas esqueladas; 5 llaveros; 2 juegos pimpón; 5 billeteras, y 5 juegos de dominó.

**SOLUCION AL CONCURSO N.º 34.**— La bandera de Estados Unidos tiene 48 estrellas.

**PREMIADOS CON DOS CUADERNOS:** Alejandro Mauro, Rancagua; Isabel Montefinale, Santiago; Olivia Ríos, Santiago; Jorge Narváez, Puente Alto; René Saravia, Santiago; Laura Morales, Temuco; Gabriela Elisabeth Mewes, Valparaíso; Jorge Montoya, Quilpué; Antonio Videla, Santiago; Alicia Basoalto, Linares. **DOS LAPICES Y UNA GOMA:** Gilberto Fuenzalida, Santiago; Alfonsina Moreno, Santiago; S. Monzón, Santiago; Ricardo Boudón, Santiago; Bolívar Ramírez, Gorbea; Herta Glasser, Santiago; Antonieta Carvajal, Putaendo; María Luisa Pérez, Santiago; Aristides Vergara, Cartagena; Luzmira Costello, Illapel. **UN LIBRO:** Roberto Werth, La Unión; Olga Inostroza, Los Angeles; Adelaida Valenzuela, Ercilla; Lidia Cam, Santiago; Itamar Cáceres, Santiago; Karim Kauk, Osorno; María Mosqueira, Temuco; Rita Véjar, Talcahuano; Enrique Venegas, Santiago; Nelly Santibáñez, Rahue. **UNA CAJA LAPICES DE COLORES:** Agustín Mascareno, Valparaíso; Héctor Leiva, La Calera; Raúl Novoa, Santiago; Benjamín Donoso, Talcahuano; Juan Caprile, Viña del Mar; Luis Calixto, Santiago; Miguel González, Santiago; Juan González, Santiago; Alicia Espinoza, San Francisco de Mostazal; Ana María Roche, Valparaíso. **UNA LIBRETA APUNTES:** Carlos Bernal, La Cruz; Gilberto Brito, Santiago; Carmen Fernández, Santiago; Iris Rosa Verdugo, Talca; Zanoní Vinet, Quillota; Julio Toro, Santiago; Flor Díaz, Santiago; Victoria Quevedo, Valparaíso; Eloísa Romo, Santiago; Margarita Pool, Santiago. **UN PAQUETE VITALMIN:** Marcelino Vásquez, Tomé; María Shima, Santiago; Manuel Escobar, Valparaíso; María Inés Mendoza, Viña del Mar; Evelinn Heat, Santiago; Hernán Morales, Santiago; Alma González, Santiago; Yolanda Moya, Santiago; Pedro Salazar, Santiago; Manuel Ellis, Santiago.

# EL PLANETA ERRANTE

## CAPITULO VI. — La aldea amenazada.

Ferrio y el gigante Han prepararon una trampa en la cual cayó un saurio que les amenazaba. Con la cabeza aprisionada entre dos ramas erizadas de espinas, el monstruo murió.

Comprendiendo que Ferrio le había salvado la vida, el troglodita le ofreció una de sus hachas.

Pueda ser que no intente otra vez matarme", pensó Ferrio.

Han, en efecto, quiso darle muerte porque imaginó que el "pequeño hombre" era el culpable de que los volcanes hubiesen estallado y el planeta vacilara con un sismo espantoso.

Olvidando su anterior idea, el gigante se internó por los grandes lagos. Hacia esa región pantanosa huyó la horda cuando se produjo el terremoto y allí también buscaron asilo las manadas de animales aterrorizados.

Cerca de un estanque divisaron una tortuga gigantesca. Han se lanzó a perseguirla.

El anfibio desapareció entre los juncos, mientras el troglodita se detenía. El contacto del agua que cubió por sus piernas cuando él dió el paso le causaba un intenso error. Su pánico se tornó en asombro cuando vió que el "pequeño hombre" se lanzaba al estanque y se sumergía. Ferrio comprendió que los miembros de las cavernas no sabían nadar.

El joven arrastró hacia la ribera a la tortuga.





Han distribuyó las hachas a los hombres del clan.

El terror se reflejó en los grandes rostros.



La lucha submarina fué rápida. El joven resurgió, arrastrando hacia la ribera a la tortuga que se debatía inútilmente. Minutos después, Ferrio encendió una fogata. De pronto prorrumpió en risas. Han, el gigante, pretendía nadar. Se lanzó torpemente al agua y movió frenéticamente sus brazos, sin soltar el hacha de piedra. Así, dando hachazo al agua, semiahogado y con un cansancio que le obligaba a respirar con fuerza, alcanzó la ribera. Mas que bien había nadado y salió airoso de su primer ensayo. Otra noche cubrió de sombras el planeta. Siluetas gigantes pasaban entre las rocas quebradas, camino al valle. Aun continuaba la fuga de las bestias, aterrorizadas por el reciente cataclismo. Cuando el alba destelló, Ferrio y Han cruzaron el llano. En la distancia vieron

... a la borda, que se acercaba lanzando gritos inarticulados. ¿Qué les ocurre?" —pensó el joven explorador. Cuando se reunió con el clan, distribuyó las hachas que los hombres abandonaron en el instante de terror supremo. Sin jefe, la borda había errado a la ventura. Han supo resguardarle sus ha-

... sería el jefe. Este simple raciocinio determinó la elección del jefe.

... prendieron el camino hacia sus cavernas, mientras en la lejanía tronaban los volcanes. Arribaron a un lago, en cuyo centro alzaba una aldea lacustre.

... movido, Ferri reconoció la villa de los cazadores, donde había sido prisionero con sus amigos.

Aura —susurró, temiendo desfallecer de corazón.

... ¿vería de nuevo? ¿estrecharía la mano del profesor Estronzo y la del rubio Colto? ¿Fijaría otra vez sus ojos en las ópticas pupilas de la mina?



Los trogloditas empezaron a talar un sólido árbol.

... gigantes, ocultos en el bosque, se tendieron en el suelo a descansar. Esa noche atacarían la aldea.

... ¿cómo evitar la masacre?

... amanecer, un aullido estridente alertó al clan. Un gigante, brandiendo su hacha de sílex, corría hacia el lago. Ni Han ni Ferri pudieron detenerlo. El hombre se sumergió... y los peces devoradores lo atacaron con ferocidad, descarnando su esqueleto en breves minutos.

... el terror se reflejó en los grandes rostros. Venían huyendo del lago de la montaña". ¿Debían escapar también del agua de la laguna?

... pronunció unas palabras guturales. Entonces la calma re-





Las enormes ramas destruyeron varias chozas.

pulsarla, mientras Ferrió desaparecía en la niebla.

El joven sonrió:

—Creí que me atravesaría. Es extraño, mi amigo Han.

Continuó bogando. La pértiga rozaba a veces el cuerpo viscoso de la aleta transparente de un pez devorador.

La distancia hasta la aldea lacustre parecía interminable.

“Tengo que llegar a tiempo —reflexionaba el explorador—. An-



tes que aclare el día caerá el roble y el camino estará llano para los invasores. Nadie podrá detener la masacre. Tal vez el profesor Estroncio discurra algún medio de defensa. Es difícil, pero hay que intentarlo.”

Cuando Ferrió desembarcó, surgía en el horizonte, como un estallido de luz, el primer rayo del sol.

nació. En silencio, en silencio, los trogloditas empezaron a talar un sólido árbol que crecía junto a la ribera.

“Formarán un puente para atacar” —dijo Ferrió, angustiado—. Debí prevenirles del peligro.

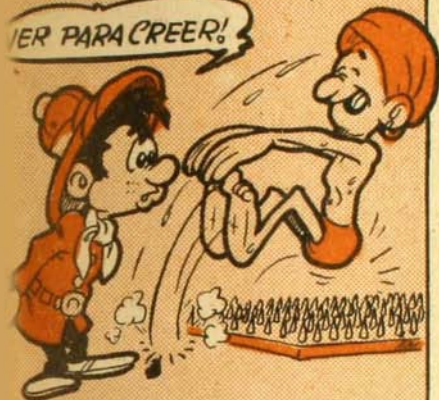
Hizo rodar un tronco hacia el lago y usando como pértiga una rama, bogó en dirección a la villa. Erguido en la arena, inmóvil como una estatua colosal, Han vio partir al “pequeño hombre”. Preparó su lanza, pero no terminó el gesto para im-


**SCUPON DEL**  
**CONCURSO**  
**Semanal**
  
 SIMBAD N.º 37

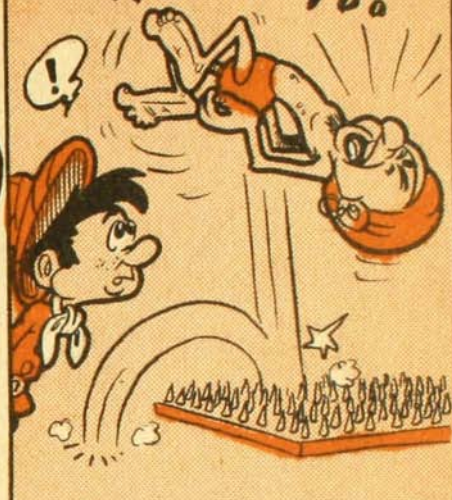
El planeta Saturno tiene . . . . . satélites.

¿QUE NO?! JUÉ JUÉ!  
OBSERVE COMO SALTO  
SOBRE ELLA COMO SI  
FUERA UN COLCHÓN DE  
PLUMAS!

¡ER PARA CREER!



AAAAYY!!



JUA, JUA, JUA!  
NO FUE CAPI!  
SE PINCHO TODO!

NO LE  
DIJE?

LE DOLIO,  
JOVEN?!



Y CÓMO NO ME IBA  
A PINCHAR, SI MI  
MUJER DEJO  
OLVIDADA LA AL-  
MOMADILLA DE LAS  
AGUJAS EN MI CAMA?!



# EL PLANETA ERRANTE

(CONTINUACION): En breves instantes, el joven se vió rodeado por la tribu de cazadores. Mediante gestos inquirió noticia sobre sus compañeros. De pronto, abriéndose paso entre la multitud de seres primitivos, apareció Aura. Sin una palabra, se lanzó a los brazos de Ferrio.

—¡Aura! —susurró él—. Temí no verte más.

Cuando estuvo seguro de su voz, añadió:

—¿Y el profesor? ¿Y...?

—Todos están bien. Creíamos que tú habías desaparecido para siempre. Estos antropoides horribles no nos daban noticias tuyas, ni explicaban nada.

—No son antropoides —sonrió Ferrio—, sino hombres. Yo he visto otros ejemplares. Son gigantes.

Estroncio, al oír ese dato, sin saludar siquiera a su joven amigo, exclamó:

—¿Estás seguro? ¿Hombres de tal gigantesca?

—Sí. No tardarán en atacarnos. Debo hablar con el jefe de este clan.

—¿Hablar? —sonrió Cobalto, ciñendo con fuerza la mano de su amigo—. Sólo son capaces de emitir sonidos guturales. Un

tribu de monos se entendería mejor con ellos que nosotros.

—La situación es grave —repitió Ferrio—. Profesor, haga comprender a la aldea el peligro que la amenaza.

En ese momento, un ruido formidable atronó el espacio. El árbol oscilaba sobre su base: las raíces, segadas por los hachazos, se cortaron violentamente, haciendo volar los terrones en todas direcciones y después cayó. Las enormes ramas destruyeron varias cabañas. Era tarde para intentar cualquier defensa.

(CONTINUARÁ)

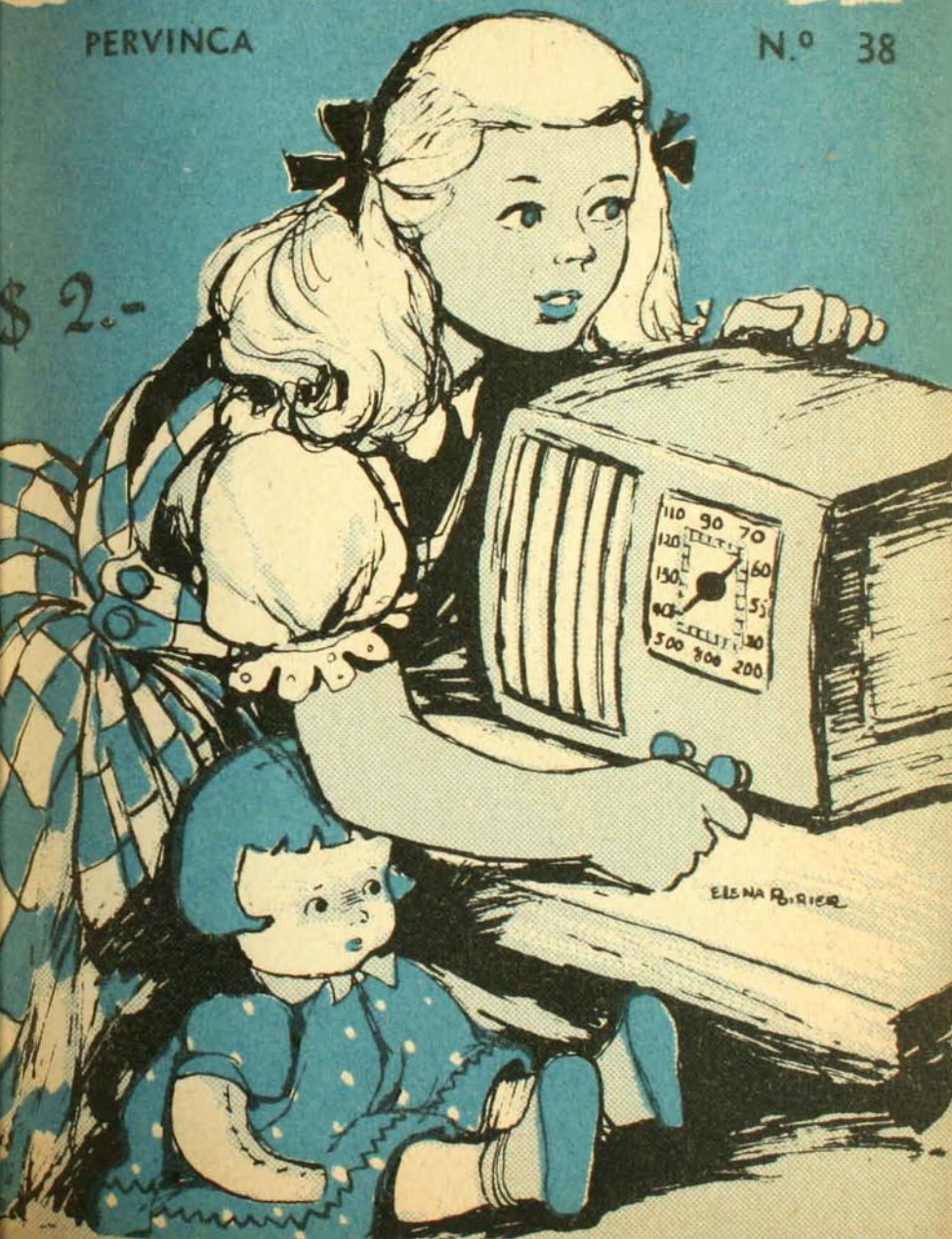


# Simbad

PERVINCA

N.º 38

\$ 2.-



# Pimpin

EL AVENTURERO



POR

Themistocles  
obos F.



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA

# Simbad

GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I - N.º 38

Precio: \$ 2.—

24-V-1950



## GIL BLAS de SANTILLANA

### CAPITULO XI. — *El capitán Rolando*

Gil Blas de Santillana huía como alma perseguida por el diablo. En Valladolid, un gentilhombre había jurado matarlo porque no salvó la vida de su novia. El estudiante no sabía más medicina que la practicada por el doctor Sangredo: agua caliente y sanarías. Con este tratamiento, los enfermos eran enviados al otro mundo. Gil Blas empezó a sospechar de que no era un buen médico y la novia de Mondragón fué su última paciente.

Después de varias semanas de marcha, el fugitivo llegó a Madrid. Erraba por las calles de la capital cuando se encontró con el capitán Rolando, aquel jefe de andoleros que dos años antes le tuvo cautivo en su guarida, cerca de Astorga. — ¡Sígueme! — le dijo simplemente, pero en un tono de voz que no admitía réplica.



Erraba por las calles de Madrid, cuando se encontró con el capitán Rolando.



—Ya que tenemos en nuestras manos al hijo de nuestro peor enemigo, nos vengaremos.

Gil Blas obedeció, aunque nada bueno auguraba el mandato de Rolando. Tal vez quería vengarse porque él se fugó, rescatando a la prisionera Mencía, o desaba que perteneciera otra vez a su banda de salteadores. Ninguna de estas alternativas placía a Gil Blas. La primera significaba la muerte por el cuchillo; la otra le llevaría, tarde o tem-

prano, a la horca de los ladrones.

El capitán se encaminó a un mesón luego de pedir cenar y declaró:

—Estarás asombrado de encontrarme aquí. Te referiré las aventuras que tuve desde que tú desertaste. Aquel día, cabalgaba con mis hombres hacia Mansilla. Alcanzamos a una carroza escoltada por cuatro caballeros y la asaltamos. Nuestras pistolas tronaron y nuestras espadas sil-



—El mancebo no tiene culpa alguna de que su padre nos persiga.

aban en el aire. Pusimos en fuga a nuestros adversarios. Temien-  
o por la vida de su amo, el cochero, que teníamos ya maniatado  
ara abandonarlo a la vera del camino, suplicó: "En nombre de  
dios, señores, no matéis al único hijo del Corregidor de León". Es-  
as palabras no despertaron la compasión de mis hombres. Al  
ontrario, vociferaron: "Ya que tenemos en nuestras manos al  
hijo de nuestro peor enemigo, nos vengaremos terriblemente". Yo  
ntervine, diciendo:

El mancebo no tie-  
e culpa alguna de  
ue su padre nos per-  
ga porque estamos  
l margen de la ley.  
ed que no opone  
e s i s t e n c i a . No le  
ausemos daño, limi-  
ndonos sólo a des-  
alijarlo". Yo mismo  
qué de su escarce-  
el oro que llevaba.  
is secuaces, de buen  
mal grado, acepta-  
on. No podían olvi-  
ar que el Corregidor  
ra quien enviaba  
oldados al bosque  
ara dar continuas  
atidas a mi cuadri-  
a. Después de haber



na brigada de sol-  
dos acechaba a la  
villa de bandoleros.





Aquella fué una batalla tremenda.

mos a la vieja Leonarda atada a un poste y al negro Domingo agonizando. Murió durante la noche y lo enterramos en la cabañeriza. Días más tarde, cuando salimos de nuestro refugio, vimos apostada en el linde del bosque, una brigada de arqueros de la Santa Hermandad (milicia destinada a combatir a los bandidos). Nos estaban acechando. "¡Adelante! —grité—. ¡A la carga! ¡No dejen ningún soldado para contar el cuento!" Al galope, con la pistola o el sable en la mano, se lanzaron mis bravos sobre los arqueros. Ellos nos recibieron con descargas de fusilería. Te aseguro que fué una batalla tremenda. Mis hombres caían al suelo como piñones maduros. Muchos soldados, mordieron el polvo. Creí que la contienda terminaría con toda la gente de ambos bandos.

Gil Blas oía con atención el vibrante relato. Creía oír el estallido de la pólvora, el entrecrocarse de los aceros, las maldiciones, la caída de los cuerpos que rodaban de la montura o se abatían sobre los arbustos secos y polvorientos que servían de trincheras. —De pronto —continuó el capitán—, gritos salvajes se elevaron detrás de nosotros. Volví la cabeza y palidecí. Dos brigadas más venían en ayuda de la primera. Estábamos acorralados y no podíamos esperar clemencia. Todos vimos la trágica horca y sentimos en torno al cuello el áspero roce de la soga.

(CONTINUARA)

vendido los caballos y los carruajes. Mansilla, regresaron a la cueva subterránea. Grande fue nuestro asombro al encontrar la trampa abierta.

—¡Ah! —exclamó Gil Blas de Santillana—. Cuando hablé con vuestra prisionera, la dejé sin cerrar. —Tu negligencia fue nuestra perdición, ¡eres un idiota —dijo Rolando—. Encontramos



# EL PIRATA DANDY

## CAPITULO XII. — El capitán Flash protege a Dandy Duval

El gobernador de Jamaica, Carlos Dane, no cabía en sí de alegría al informarse de la captura de su enemigo Dandy Duval.

—Le haré ahorcar en el dique del puerto ante miles de espectadores —decía el traidor Dane—. No importa que también perezca Barba Negra. Ya no me hace falta ese bandido. Por mi vida ordenaré al verdugo que alargue el suplicio del pirata Duval. Quiero escuchar los gritos de dolor de ese petimetre arsante.

El gobernador se paseaba por el lujoso salón de su palacio conversando con su secretario.

Un cañonazo cortó la palabra del gobernador.

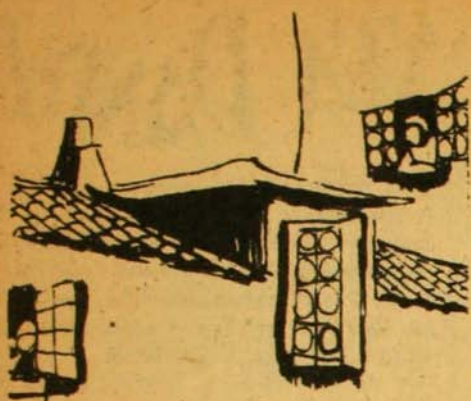
—Ya llegan —exclamó jubilo— el pérfido Dane.

En efecto, la marinería inglesa desembarcaba de las goletas llevando prisioneros a los dos jefes piratas y a sus tripulaciones.

Dandy Duval marchaba con su acostumbrada arrogancia; Barba Negra avanzaba con la cabeza inclinada, sostenido por dos marineros ingleses.

La multitud gritaba y vociferaba insultando a los piratas. Pero pronto la actitud varonil de Duval se impuso a los espectadores, quienes no pudieron menos que admirar al hermoso joven

**RESUMEN:** Dandy Duval y sus cuarenta compañeros de presidio se convirtieron en piratas por la mala fe del gobernador de Jamaica, Carlos Dane, quien es el aliado secreto de los filibusteros y del rey de los piratas, Barba Negra. Tras muchas aventuras, Dandy Duval cae prisionero del terrible Barba Negra. El rey de los piratas ordena atar a Duval a un mástil roto y le arroja al mar. Dandy logra escapar y llega a bordo del "Loro de Mar". Poco después se apodera del "Venganza", que el tuerto Matías se había llevado a traición. Ambas goletas se dirigen en busca de los tesoros de Barba Negra, ocultos en la isla del Caimán. Sin contratiempo recogen las inmensas riquezas del rey de los piratas y las llevan a la Isla de la Calavera. Son atemorizados allí por Nico Bonete, quien huye con el traidor Matías a la goleta "Venganza". Dandy captura a los traidores, y en seguida se traba en un duelo a muerte con el pirata Barba Negra. Ambos filibusteros son atrapados por el capitán Flash de la marina inglesa, quien les hace prisioneros.



que parecía más bien un vencedor que un vencido.

El gobernador salió de su palacio y avanzó hacia el muelle.

—Por fin tienes lo que mereces, Dandy Duval —gritó el gobernador—; tú y tus secuaces subiréis al cadalso.

—No es tan seguro —respondió el pirata Dandy—. Pueden trocarse los papeles, señor gobernador. Esperemos el juicio. Tal vez usted reciba las cadenas que hoy me atan.

Carlos Dane palideció. ¿Qué pruebas traería Dandy de su alianza con los piratas?

Duval parecía seguro de su triunfo.



La multitud gritaba y vociferaba, insultando a los piratas.

—A la cárcel con el bandido —rugió el gobernador.

—No tan pronto, señor Dane —replicó Duval—. Mi querido capitán Flash, acérquese. Quiero que todos escuchen lo que tengo que decir.

Dandy Duval se colocó en un sitio prominente, y alzando la voz hacia la multitud que se aglomeraba en torno suyo, exclamó:

—Traigo aquí cartas del gobernador al posadero Timoteo Bone, en las cuales hay constancia de que el traidor Carlos Dane tenía alianza con el pirata Barba Negra y con Nico Bonete. Todas las cartas tienen la firma del gobernador. Señor capitán Flash, a usted le hago entrega de estos acusadores documentos.

Un murmullo de indignación conmovió a la muchedumbre.

Pero cuando Dandy Duval abrió su levita para entregar el legajo de cartas al capitán Flash, sucedió algo terrible e imprevisto.

Las cartas comprometedoras habían desaparecido. En vano registró el capitán Duval todos los bolsillos de su elegante levita. Los papeles no estaban allí.

El gobernador, que había permanecido en suspenso hasta ese instante, gritó furioso:

—A la cárcel con ese impostor, que ha pretendido mancillar el honor del gobernador de Jamaica, representante de Su Majestad el rey de Inglaterra. Soldados, cargadle de cadenas. Antes de una semana él y toda su gente serán condenados a muerte.

El capitán Flash no podía intervenir, porque él era un subalterno del gobernador de Jamaica, pero ya había entrado en su espíritu la sospecha de que Carlos Dane podía ser un traidor.

De sus malos manejos en la gobernación no me cabe duda —pensaba el pundonoroso marino—. Comenzó por hostilizar a Dandy Duval y demás reos políticos en vez de concederles gracia por la hazaña que realizaron al salvarle la vida cuando venían de Inglaterra.”

—Y en el asalto al puerto de Jamaica —dijo otro marino inglés—, Dandy Duval fué un héroe. ¿Qué delito cometió ese joven para que le desterraran a Jamaica, capitán Flash?

—Entiendo que formaba parte de un partido revolucionario —expresó Flash—. El nombre que usa no es el suyo. Pertenece a la nobleza de Inglaterra y creo que hasta corre sangre real por sus venas. Por desgracia, nada puedo hacer para salvarle, teniendo a Alder.

—Ordene que demoren los preparativos para levantar el patíbulo



—Capitán Flash —exclamó furioso el gobernador—, su conducta me está resultando sospechosa.

—sugirió el teniente Alder—. Vienen las fiestas de Pascua... Es costumbre dejar pasar ocho días antes de alzar las horcas. Usted tiene muchos recursos en su mano, capitán Flash.

—Muchos recursos, menos salvarle la vida a ese valiente joven—suspiró el capitán Flash.

Compadecido por la muchedumbre que seguía en silencio a los prisioneros, Dandy Duval continuó su marcha arrogante, sacudiendo sus encajes y arreglando las plumas de su tricornio.

Barba Negra lanzaba miradas torvas a su enemigo, pero guardaba prudente silencio. El rey de los piratas tenía esperanzas de que su cómplice Carlos Dane le salvara de la horca.

“Y si no lo hace —se dijo Barba Negra—, yo confesaré sus delitos aunque con esto salve a Dandy Duval.”

El pirata Dandy y sus compañeros, con grillos y cadenas en pies y manos, fueron encerrados en una inmunda mazmorra.

—Pobres amigos —decía Dandy con tristeza—, nos ahorcarán a todos en el muelle de Jamaica. Yo debí defenderles contra los

barcos ingleses, pero sabiendo que tenía en mi poder las cartas que acusaban al gobernador me dejé aprisionar.

—¿Quién pudo robar esas cartas? —preguntó uno de los compañeros de Dandy.

—No me cabe duda de que ha sido el tuerto Matías —aseguró Dandy—. Ese tuerto maldito me tuvo siempre un odio mortal. Tarde ya Dandy Duval recibió un mensaje anónimo que le llenó de esperanzas.

—Animo, amigos —dijo a sus compañeros de cautiverio—. Una persona a quien salvé la vida cuando Barba Negra bombardeó el puerto, me escribe anunciándome que en una ensenada oculta se encuentra el "Loro de Mar". Todavía podemos abrigar esperanzas. El proceso contra los piratas fué una farsa.

El gobernador de Jamaica no permitió que el capitán Flash defendiera a Dandy Duval. En cuanto al pirata Barba Negra, también fué condenado a la horca por el tribunal, pero Carlos Dane visitó al bandido la noche anterior y le aseguró que la sentencia condenatoria era una simulación y que en el último momento él le facilitaría los medios para huir con toda su gente.

—¿Y si me traiciona? —preguntó Barba Negra al pérfido gobernador.

—No lo haré —respondió el facineroso—. El posadero Timoteo Bone tendrá listos todos sus postillones para la fuga. Por el momento permanece tranquilo.

Esta era otra perfidia del gobernador, pues estaba decidido a que Barba Negra también pereciera para terminar con todos los vestigios de sus delitos.

Barba Negra simuló confiar en su cómplice, pero terribles dudas lo inquietaban.

—¿Y si Dane me traiciona? —reflexionaba, sintiendo que el sudor inundaba su frente—. En el último instante, cuando ya tenga laoga suspendida sobre mi cabeza, de nada valdrá que yo grite denunciándolo. Todos creerían que lo calumnio para salvarme. Por perder a ese petimetre Dandy, estoy cavando mi propia tumba. Sin embargo, no me decido. ¡Maldición! Si pudiera leer en el perdido corazón del gobernador de Jamaica..."

Las horas de incertidumbre lo llenaban de angustia. En cambio, Dandy Duval y sus fieles amigos abrigaban una esperanza que, aunque débil, bastaba para alegrar su ánimo. Barba Negra les oía decir.



Entretanto el "Loro de Mar" navegaba a velas desplegadas rumbo a la Isla de la Calavera.

—Este petimetre —decía el carcelero— se prepara para la horte como para una función teatral.

—Y lo será —observó uno de los centinelas—. El capitán Flash protege al pirata Dandy y también los marinos del puerto. Entretanto, el capitán del "Loro de Mar" había salido de la oculta ensenada y navegaba a velas desplegadas hacia la Isla de la Calavera, donde habían quedado relegados el tuerto Matías y el pirata Nico Bonete.

¿Qué misión llevaba el leal capitán Gullet?

Lo sabremos en el último capítulo de esta apasionante novela.

(CONCLUIRA)

—¡Malditos! —rugía—. Tal vez se burlan porque seré traicionado y nadie me salvará.

—Gobernador —dijo a la siguiente mañana el capitán Flash—, existe una ley de Su Majestad el rey de Inglaterra que prohíbe las ejecuciones ocho días antes y ocho días después de la Pascua. Por lo tanto, no pueden levantarse los cadalsos hasta la próxima semana.

—Capitán Flash —exclamó furioso el gobernador—, su conducta en este asunto del pirata Dandy me está resultando sospechosa.

—Podría decirle a usted lo mismo, señor gobernador —replicó altivamente el marino inglés— pero el respeto a la jerarquía me lo prohíbe.

Tantas dilaciones infundían renovadas esperanzas en los piratas prisioneros.

Dandy Duval pagaba cada mañana al carcelero una buena suma de dinero para que le facilitara un baño y le planchara la ropa.

The illustration at the top left shows a castle with a tower and a crenellated roof. To the left of the castle are two women's faces: one with dark hair and a serious expression, and another with long, wavy blonde hair and a more delicate, sorrowful expression. The title 'El Romance de Tristan e Isolda' is written in a large, stylized, gothic-style font across the top right, with 'de' in a smaller script between the words.

# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO III. — *El cabello de oro*

Tristán de Loonoi, que sólo tenía dieciocho años, venció al gigante Morolt en combate singular. Salvó así a Cornualles de la tiranía del rey de Irlanda, pero su sangre quedó envenenada. Sabiendo que moriría, pidió al rey Marcos que lo depositara en una barca sin remos ni velamen. Con sólo su arpa, que tañía en los instantes de angustia, partió a la deriva. Navegó así siete días y siete noches, y por fin el oleaje lo llevó al puerto de Weisefort. Los pescadores que le hallaron le transportaron al castillo de Isolda la Rubia. Sólo ella podía salvarlo. Conocía las yerbas mágicas, los filtros milagrosos. Pero ella sola entre las mujeres quería su muerte, porque era sobrina de Morolt, el gigante vencido. Cuando Tristán abrió los ojos y supo que estaba en Weisefort, comprendió que le amenazaba un gran peligro. Vió la sombra de la muerte pasar por los maravillosos ojos de Isolda, que le miraban fijamente.

—¿Quién sois? —preguntó ella.

—Un humilde juglar. Iba en una nave mercante, con rumbo a España, para aprender a leer en los astros. Unos piratas asaltaron el barco.

Ninguno de los compañeros de Morolt reconoció al hermoso caballero de la isla de Saint-Samson, porque el veneno le había desfigurado el rostro.

Cuarenta días después, Isolda, la de los cabellos rubios, lo había curado casi del todo. Entonces Tristán huyó de la isla, regresando a la corte del rey Marcos, su tío.

Había allí cuatro barones, los más felones de los hombres. Aborrecían a Tristán con muy mal odio por su proeza y porque el rey lo amaba como a un hijo. Te diré sus nombres: André, Guenelon, Gondoine y Denoalen. Envidiosos, empezaron a murmurar:

—Que haya triunfado de Morolt es, sin duda, un gran prodigio. Pero, ¿por qué encantamientos ha logrado, casi muerto, bogar solo sobre el mar? ¿Quién de nosotros, señores, dirigiría una barca



sin remos ni velas? Se dice que los magos pueden hacerlo. ¿En qué país de sortilegio logró hallar remedio para sus heridas? Ciertamente, es un embrujador. Sí. Su barca era mágica, y también su espada y su arpa, y cada día vierte filtros en el corazón del rey. ¡Cómo ha sabido dominar su corazón por el poder de las brujerías! Será rey y vosotros estaréis gobernados por un mago.

Los barones quedaron persuadidos y dijeron al rey:

—Señor, desposaos con una hija de rey que dé herederos al trono.

El rey Marcos pensaba en su sobrino como heredero y se negó.

Entonces los barones amenazaron retirarse a sus castillos fuertes para hacerle la guerra.

Tristán intervino:

—Acceded, señor. No puedo sufrir más tiempo la sospecha de que os rindo vasallaje por interés. Decidid, mi rey, o abandonaré Cornualles para servir al poderoso rey de Gavoia.

—Dentro de cuarenta días daré mi respuesta —contestó Marcos.

En el día señalado, solo en su cámara, esperaba a los barones pensando tristemente:

—¿Dónde habrá una hija de rey tan lejana que yo pudiera fingir, solamente fingir que la deseaba por esposa?



Isolda la Rubia conocía mágicas yerbas que sanaban las heridas

En ese instante, por una ventana abierta al exterior, penetraron dos golondrinas que se querellaban batiendo sus alas. Bruscamente desaparecieron. Pero de sus picos se había escapado un largo cabello, más fino que la seda brillante como un rayo de sol.

Rey Marcos lo cogió, hizo mostrar a los cortesanos y a Tristán, y les anunció:

—Por complaceros, señores, me desposaré si lográis hallar a la doncella que he elegido.

—Por cierto, la buscaremos. ¿Dónde se encuentra?

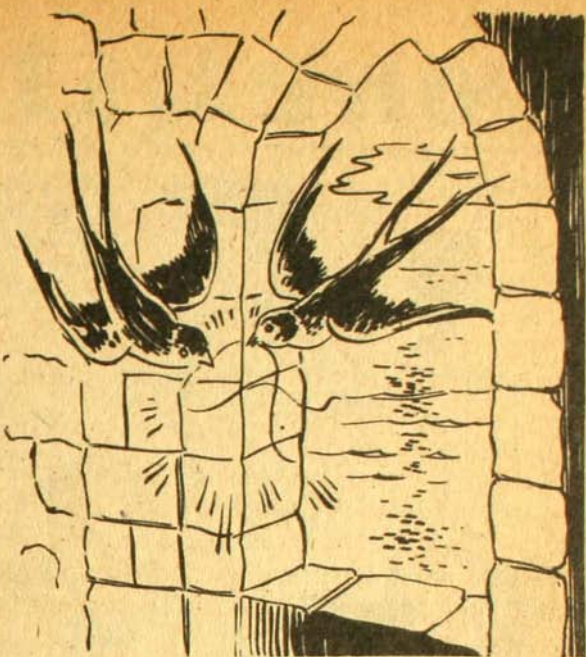
—He elegido aquella a quien pertenece este cabello de oro y sabed que no admito ninguna otra.

—¿Y se puede saber, señor, quién os lo ha traído y de donde proviene?

—Me lo trajo, señores, un par de golondrinas. Ellas saben de dónde.

Los barones comprendieron que el rey se burlaba y se miraron con enojo. Recelaban que Tristán había aconsejado aquella astucia. Pero el joven examinó el cabello de oro, evocó a Isolda la rubia y dijo sonriendo:

—Rey Marcos, habéis cometido un error y ved cómo las sospechas de estos señores me avergüenzan. Pero en vano ideasteis este ardid: iré a buscar a la Bella de los Cabellos de Oro. Sabed que la hazaña es peligrosa y que más dificultades tendré en volver de su país que de la isla donde maté al gigante Morolt. Pero como os soy leal, juro morir en la empresa o traeros al castillo de Tintagel a la Reina Isolda.



**Vió dos golondrinas que se querellaban por un cabello de oro.**

(CONTINUARA)

# Ponchito





# LAS TIJERAS MÁGICAS

El jardín de Susín estaba muy descuidado. Era preciso cortar la hierba, igualar el seto y quitar las malas hierbas, que casi impedían ver las flores. Susín dijo:

—No me gustaría pasarme la semana cortando la hierba e igualando el seto. Mejor será que vaya a casa de Polón, el gnomo, y le compre un par de tijeras mágicas. Ellas se encargarán del trabajo y, mientras tanto, yo podré dedicarme a leer el periódico. En efecto, se encaminó a casa de Polón, quien tenía un establecimiento muy curioso, pues en él se vendía de todo. Polón era muy listo y sabía poner un encantamiento en cualquier cosa, y se lo pagaban.

—Desearía un par de tijeras encantadas —dijo Susín al entrar en la tienda.

—Aquí tiene usted un par —contestó Polón.

—¿Cuánto valen?

—Cinco monedas —contestó el gnomo.

—¡Oh! Son muy caras.

—No lo son y usted lo sabe —contestó Polón, indignado—. En el pueblo inmediato esas mismas tijeras le costarían doce monedas.

Susín sabía que eso era cierto. Las tijeras eran muy buenas y además, poseían un encantamiento. Pero como él era muy avaro deseaba pagar lo menos posible.

—Le doy tres —propuso.

—De ninguna manera —contestó Polón—. Me cuestan más.

—No lo creo —replicó Susín.

Polón miró al avaro con el mayor enojo.

—Bueno —dijo al fin, sonriendo—. Léveselas por tres monedas. Susín, muy satisfecho de haber logrado lo que deseaba, pagó, tomó las tijeras y se las llevó. Una vez en su casa, las dejó sobre la hierba y dijo:

—Cumplid con vuestro deber, tijeras.

En el acto las tijeras empezaron a cortar la hierba con gran rapidez y perfección, Susín contempló unos instantes su faena y se dijo, muy satisfecho, que no tenía necesidad de vigilarlas.



¡Basta! ¡Basta! ¿Qué habéis hecho? —exclamó Susin, espantado.



Dando un grito de terror, salió corriendo.

En cuanto las tijeras hubieron terminado de cortar el césped, se dirigieron al seto y empezaron a igualarlo. Susín, muy contento, pudo observar su buen trabajo.

“Acabaré de leer el periódico —pensó—, y luego las pondré a trabajar entre las hierbas malas.”

Se sentó a leer, pero como su sillón era muy cómodo y el calor del sol en extremo agradable, no tardó en quedarse dormido.

Mientras tanto las tijeras seguían cortando. En cuanto acabaron su tarea en el seto, buscaron otra cosa que cortar. Luego se dirigieron a los hierbajos y en cuanto ya no quedó ni uno, se volvieron a los rosales y los dejaron sin flores ni ramas.

Por fin cortaron la cuerda de tender la ropa y ésta se cayó al suelo. Las tijeras, entonces, redujeron las prendas a pedacitos muy pequeños y buscaron una nueva ocupación. Como ya no había nada más, se dirigieron a la barba de Susín, que le llegaba a las rodillas y, en un santiamén, la recortaron.

Por último, Susín despertó, y al ver los perjuicios que habían hecho las tijeras, exclamó asustado y colérico:

—¡Basta! ¡Basta! ¿Qué habéis hecho? ¡Cómo lo habéis destruido todo! ¡Estoy arruinado! ¡Deteneos!

Pero las tijeras seguían cortando. Arrojáronse hacia Susín y le

ortaron las puntas de los zapatos. Luego le quitaron los botones de la chaqueta y le cortaron la punta del sombrero. Susín, dando un grito de terror, salió corriendo de su casa y se dirigió a la tienda de Polón.

—¡Caramba! ¡Susín! ¿Qué le pasa? —preguntó el tendero.

—¡Esas tijeras malditas! —contestó Susín casi llorando—. No hay duda de que saben trabajar, pero no es posible detenerlas. Hágame el favor, Polón. Que no corten nada más. Mire cómo me han puesto.

Polón se echó a reír hasta derramar lágrimas, y luego dijo:

—Si quiere usted otro encantamiento, le costará dos monedas. Ya recordará que le pedí cinco por ellas y como no me dió más que tres, solamente pude cederle la mitad del encantamiento. Por lo tanto, si me paga dos monedas más, haré que las tijeras dejen de trabajar.

Susín se apresuró a sacar el moedero.

—Fuí un avaro, pero bien castigado estoy. Ahí tiene usted sus monedas.

Polón las tomó y luego abrió la puerta. En el acto entraron las tijeras y Polón entonó unas palabras mágicas. Unos instantes después las tijeras estaban inóviles en el mostrador.

—¡Malvadas! —exclamó Susín, amenazándolas—. Me habéis



Polón dijo al avaro: —Si quiere usted otro encantamiento, le costará dos monedas.



causado grandes daños y os voy a tirar a la basura.

—No haga eso —le aconsejó Polón—, porque el año próximo serán muy útiles.

—Es posible —contestó Susín, dando un suspiro y poniéndosele bajo el brazo—. Bueno, me vuelvo a mi casa, para arreglar lo que pueda. Adiós, Polón; nunca más seré avaro, porque no es negocio.

Y en eso tenía muchísima razón.

F I N

## A nuestros lectores

Marta Rodríguez V., Luis Reynal, Fiel Lector, Marina. — Agradecemos sus entusiastas felicitaciones por "El Pirata Dandy", cuyo capítulo final se avecina; por "Pervinca", la conmovedora historia; por "El Planeta Errante", que les maravilla con sus dibujos; por "Pimpín el Aventurero", graciosa creación de Themístocles Lobos; por "El Romance de Tristán e Isolda", que contiene tanto romanticismo y leyenda.

G. Vásquez M. — Recibimos su gentil cartita que tanto nos elogia. Es un agrado saber que profesa cariño a la

revista "Simbad" y que, para conservar la siempre, la encuadernará. Gracias de nuevo.

Guillermo Meza Silva. — Lamentamos comunicar que el número 1 de la revista "Simbad" está completamente agotado. Los otros números, pídales a la Sección Suscripciones, enviando su valor en sellos postales.

O. Etcheverry C. — Agradecemos sus felicitaciones por la serial "Gil Blas de Santillana", que lee Ud. con entusiasmo.

Roxane

### SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL, \$ 90.—

SEMESTRAL, \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

# El SUPERPOLLO

Acoró está en un lío. Y seguirá en líos, mientras no comprenda que le falta fuerza y que debe andarse con cuidado. Bebió un elixir que le dió solo audacia. Desfiló al elefante y

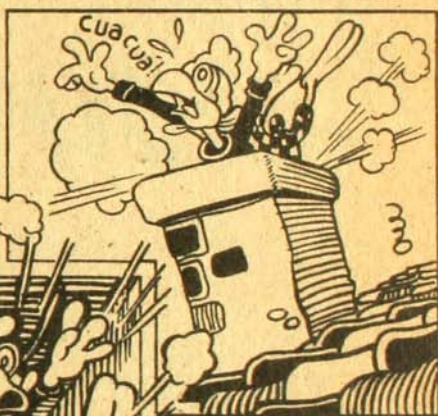


¡Idiota! ¡Rompiste mi tambor!

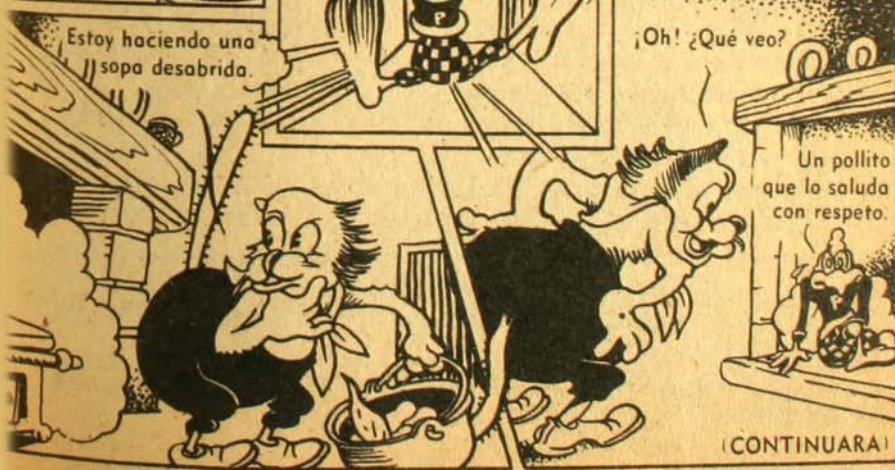
¡Nunca más, elefantito lindo!



¡Fuera de aquí!



¡Cua cua!



Estoy haciendo una sopa desabrida.

¡Oh! ¿Qué veo?

Un pollito que lo saluda con respeto.

(CONTINUARA)



**RESUMEN:** La maban Pervinca el color azul de pupilas comparable esas pervincas nuestros campos. niña al cumplir trece años recibe visita de su madre quien le revela que ella es la gran artista Mona Berger.

**CAPITULO II.**  
Ocorre un accidente a Mona Berger

—Durante tres años creí que era la hija de una modista —dijo Pervinca—, y ahora, mamá, tú me haces descubrir que soy hija de la más grande artista de estos tiempos. Tu voz en la radio siempre me conmovía.

—¿Y no me reprochas el haberte abandonado para seguir mi carrera?

—Nunca me has abandonado, madre —protestó Pervinca—. La nodriza María me ha cuidado con ternura. He vivido en esta finca tranquila y feliz. Tus visitas eran mi alegría. Pero ahora quisiera que cumplieras tu promesa de llevarme contigo.

—Mi gira a Norteamérica será de diez días —explicó Mona Berger—. Viajaré en avión.

—¿En diez días más vendrás a buscarme? —preguntó Pervinca—.

—Te lo prometo. Pervinca pensó que muchas veces la artista no había podido cumplir sus promesas y su alegría se extinguió. Tuvo la dolorosa intuición de que jamás abandonaría la finca de María para vivir con su madre.

—No te pongas triste, hijita —suplicó Mona Berger—. Diez días pasan pronto.

—Pero tú estarás muy lejos.

Otras veces he ido a regiones más lejanas —expresó la artista—. Me oirás cantar por radio y creerás que estoy junto a ti. El aparato que te he traído capta la onda desde muy lejos. ¿Quieres que te traiga un regalo de Nueva York? ¿Deseas alguna cosa? Sólo te deseo a ti, mamacita —murmuró Pervinca.

Sé razonable —insinuó Mona Berger—. A mi regreso tomaré once días de reposo y los aprovecharé para instalarte en mi casa. Tendrás un lindo dormitorio y una sala de estudios con una buena biblioteca. Estaremos las dos solas y tranquilas.

Pervinca miraba obstinadamente el agua del arroyuelo y pensaba que así corrían como el agua sus perdidas ilusiones. Nunca viviría con su madre. Mona Berger pertenecía al público; vivía de los aplausos y de la admiración de sus oyentes, sin poder dedicar su ternura a una insignificante niñita.

¿Cuándo debes tomar el avión? —preguntó Pervinca. Mañana por la tarde si las condiciones atmosféricas lo permiten —respondió Mona Berger.

Pensaré mucho en ti... ¿Me avisarás cuando llegues?



La señora Fores estrechó en sus brazos a la llorosa niña.

—Naturalmente, queridita... El tiempo urge... Mi empresa Enrique Velcurt me espera a las seis.

Un cuarto de hora después la señora Fores subía a su automóvil y estrechaba en sus brazos a la llorosa niña.

—Tranquilízate, hijita —balbuceó la artista—. Volveré en días más.

Afirmada en un árbol, Pervinca agitó su pañuelo hasta que automóvil se perdió de vista. En seguida fué a refugiarse en regazo de su nodriza, como en los días de su infancia después de una caída o de una desgracia.

—Consuélate, monina —decíale la fiel María—. Tu mamacita ha dejado su voz... Allí están todos sus discos.

—Los discos —exclamó Pervinca—; vamos a tocarlos todos, mimita.

Esa noche hasta avanzadas horas en la mansión campesina oyó la voz potente y vibrante de Mona Berger.

\* \* \*

—¿Has viajado en avión, María? —preguntaba Pervinca al día subsiguiente.

—No, mi hijita.

—Me parece que yo tendría mucho miedo —insinuó Pervinca.

—Tu mamá viaja muy a menudo en avión.

—¿Y habrá llegado ya?

—Sin duda —respondió María—. Yo soy muy ignorante y no conozco los itinerarios de los viajes aéreos.

—Voy a colocar el disco de las "Tres Princesas" —sugirió Pervinca—. Es la canción que prefiero. Mamá la canta muy bien.

—Escuchemos más bien la radio —expresó María—. Es la hora de las noticias.

Pasaron algunos avisos y luego se elevó una voz nítida y precisa. Anunció menudos sucesos acaecidos en el mundo y en seguida añadió:

*"El avión a bordo del cual viajaba la cantante Mona Berger no ha llegado al aeródromo donde se le esperaba. Se carece de noticias de los pasajeros y se ha emprendido la búsqueda del avión perdido."*

Pervinca dió un grito de espanto y murmuró:

—Es imposible. No puede ser.

Su voz se ahogó en un sollozo.

La radio transmitía noticias e informó que el avión donde viajaba la cantante Mona Berger había desaparecido.



La voz indiferente del locutor continuaba emitiendo otras noticias. Pero ya Pervinca no le escuchaba. Su pensamiento estaba en los pasajeros del avión desaparecido. Imaginaba ella la caída vertiginosa y el pánico que debieron sufrir.

—No hay que perder la esperanza —musitó María—. Los pasajeros serán encontrados, sanos y salvos. Sin duda el avión se vio obligado a un aterrizaje forzoso en un sitio desierto. Sé valiente, hija mía. No estás sola en el mundo. Te queda tu vieja María.

—Mamá, mamá —balbuceaba Pervinca.

era incapaz de decir otra cosa. Su llamado parecía acercarla a la madre ausente.

Por fin, recobrando su sangre fría, la niña preguntó a su nodriza:

—¿Qué podemos hacer para obtener mayores noticias? ¿A quién dirigirnos? ¿Tal vez al Ministerio del Aire o al aeródromo?

—Nada podemos hacer sino esperar que el señor Velcort, empresario de la señora Fores, nos dé noticias. El se ocupará de todo y nosotros tendremos al corriente.

Pervinca inclinó la cabeza, vencida por el dolor. Extrañábase de que todo continuara igual a su alrededor: el arroyuelo murmuraba tranquilamente, la campana de la iglesia daba la hora, las aves pia-

ban, las flores brillaban al sol y, sin embargo, ella todo lo veía bajo un prisma desolador y cruel.

--Alguien viene —dijo de súbito Pervinca—. Siento el ruido de un motor.

La niña evocaba el automóvil azul de su madre. Creció el ruido y luego se extinguió completamente. El auto se había detenido fuera de la verja.

Pervinca no tuvo fuerzas para salir al jardín. Temía y anhelaba a la vez la presencia de un visitante.

—¿Vendrán a decirme que mamá está salvada o que ha muerto? —pensó Pervinca, en el momento que sonó la campanilla de la casa. María corrió a la puerta. Volvió acompañada de un individuo alto, flaco y de rostro anguloso.

--Pervinca, es el señor Velcurt —expresó María—, el empresario de tu pobre mamá.

—Venía a anunciarle la triste noticia —dijo Velcurt—, y adviéndole que ya la conoce por las noticias de la radio. No hay que desesperar, nada está perdido; los pasajeros pueden encontrarse en algún lugar desierto. . . Usted no me conoce, Pervinca, ya que su madre la tenía alejada de sus actividades artísticas, pero yo la conozco muy bien.

—¿De qué manera?

—Por las fotografías tuyas que Mona Berger llevaba consigo en todos sus viajes y porque siempre me hablaba de su idolatrada hija.

Pervinca miraba al hombre que le hablaba con suavidad. No le agradó su fisonomía y se sintió invadida de temor y de anticipación por aquel emisario de desgracias.

(CONTINUARÁ)

"Simbad" ofrece a sus queridos lectores un PREMIO GIGANTE.

Cada semana sorteará un proyector de cine entre los solucionistas de nuestro Concurso Semanal. Participe usted.

DE MODO QUE UN RIO  
ES UNA CORRIENTE DE AGUA  
QUE CORRE EN UN LECHO  
SOBRE LA TIERRA



¿QUE ES UN  
RIO, NIÑAS ?



¡YO SEÑORITA,  
YO SEÑORITA!



¡ UN LECHO  
MOJADO !





# ¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos versos endecasílabos tiene la estrofa llamada cuarteto? Vía su respuesta a revista "SIMBAD", silla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 20 premios de \$ 10.—, 10 libros de cuentos infantiles, 10 paquetes de vitalmin, 5 chombas de lana, y 10 paletas acuarelas.

## SOLUCION AL CONCURSO N.º 35

El hombre tiene seis glándulas salivales.

**PREMIADOS CON UN ESTUCHE PARA COLEGIAL:** I. P. Beca, Santiago; Arturo Pino, Santiago; Ignacio Martínez, Concepción; Augusto Figueroa, Rancagua; Luisa Carrasco, Quilpué; Raúl Garretón, Santiago; Gladys Garrido, Quillota; E. Bustamante, Chillán; Ernesto Ríos, Santiago; Jorge Acevedo, Talca. **UN PAQUETE DE VITALMIN:** Eugenia Moya, Curicó; Adriana Sepúlveda, Temuco; Benjamín Donoso, Talcahuano; Francisco Muñoz, San Felipe; R. Carrasco, Talca; Susana Aguirre, Chillán; Ernesto Stuardo, Concepción; José Olate, Coronel; Yolanda Inés Espinoza, Linares; José Ferrera, Chiguayante. **UNA CHAUCHERA:** Liliams Barra, Angol; Alfredo Vergara, Quillota; Gladys Revelli, Santiago; Eliana Carrasco, Temuco; Eugenio Bello, Santiago; Angélica Jarpa, Concepción. **UN LLAVERO:** Irene Basuelto, Santiago; Edgardo Bunster, Traiguén; Hernán Salgado, Concepción; Eliana Rojas, Talcahuano; Silvia Vaccaro, San Felipe; Doris Sánchez, Concepción. **UNA BILLETERA:** Miguel Nenadovic, Rancagua; José Muñoz, Valdivia; Ximena Donoso, Coquimbo; Humberto Segura, Chillán; Gabriel

Mewes, Valparaíso; Eduardo Bolívar, Santiago. **UNA CARTERA PARA NIÑITA:** Pedro Raggio, Santiago; Sonia Kinderman, Valparaíso; María Mosqueira, Temuco; Germán Brander, Temuco; Romano Ferretti, Los Angeles; Delia Opazo, Santiago. **UN JUEGO LOTERIA:** Dinorah Cameratti, Santiago; Luis Durán, Santiago; Bruno Ide, Santiago; Eduardo Hernández, Santiago; Nelson Ruz, Vicuña; José M. Cordero, Fuentes, Coronel. **UN JUEGO DOMINO:** Andrés Monardes, Vallenar; Marcelo Sagardía, Lebu; María Munita, Santiago; María Contreras, Victoria; Yolanda Moya, Santiago; María Ceballos, Santiago.

SCUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal

SIMBAD N.º 38

El cuarteto es una estrofa de ... versos endecasílabos.

# EL PLANETA ERRANTE

## CAPITULO VII. — En constante peligro

el año 50 de la Era atómica, un grupo de exploradores se trasladó al planeta Errante, donde se desarrollaba la vida primitiva e existió en los orígenes de la Tierra. Cayeron prisioneros de una tribu de hombres cazadores, que vivían en una aldea lacustre. Esta fué asaltada por un clan de gigantes trogloditas. Un enorme árbol serviría de puente a los invasores, que no podían cruzar el lago a nado porque estaba infestado de peces devoradores. Cuando el madero cayó, toda la aldea tembló, como sacudida por un cataclismo, y algunas chozas quedaron destrozadas bajo las masas. Ferrio, que había dado la alarma, se lanzó por el puente,

en un desesperado intento de detener el avance del enemigo. Su ansiosa mirada trataba de encontrar a Han, el gigante amigo. Pero éste permanecía invisible entre la horda.

¡Ferrio!

llamado de Aura, exploradora rubia, se perdió entre los ruidos guturales de los asaltantes. El joven había perdido el equilibrio y se sostenía sobre el lago de muerte. Uno de los cavernícolas empezó a golpear furiosamente la rama con su hacha de sílex. De pronto cesó en su



El cavernícola golpeaba furiosamente la rama de la cual se sostenía Ferrio para no caer al lago de la muerte.



Los hombres del clan dejaron caer sus armas, subyugados por el canto de Amina y de Aura.

brados por el canto. Jamás habían oído una voz semejante, ni un rostro con la fascinación del de Amina. Ella continuó cantando con aparente serenidad, aunque su corazón latía con fuerza. Aura abriéndose paso entre la horda, se acercó a su valiente amiga y la acompañó. Su voz concordaba perfectamente con la de Amina. —Es asombroso —murmuró Ferrio, que había logrado tocar tierra—. La música amansa a las fieras.

—Temo que deban cantar toda la noche —balbuceó el profesor Estroncio—. En cuanto callan Aura y Amina, los hombres empiezan a mirarse agresivamente. Sólo oyéndolas olvidan su odio bárbaro y sus ansias combativas.

Ambas niñas se turnaban para cantar. Ya sus voces temblaban de cansancio, pero no perdían la maravillosa armonía.

tarea. Una mano formidable lo hizo girar y lo tendió sobre el puente y le quitó el arma. Era Han que, reconociendo al "pequeño hombre", venía en su auxilio.

Mientras tanto, en la aldea lacustre, se combatía con salvaje violencia. Los cazadores no pudieron resistir mucho tiempo y un cerco amenazante rodeó a los terrestres. Cuando hubieron ademán para lanzarse sobre ellos a destrozarlos con sus hachas, Amina sorpresivamente se puso a cantar.

El efecto fué instantáneo. Los hombres del clan dejaron caer sus brazos, deslum-

peligro de la masacre estaba conjurado, pero surgía otra amenaza. Ahuyentados por la hirviente lava de los volcanes, manada de animales gigantes erraban por las llanuras. Guiados por instinto, se dirigieron hacia el lago.

Al disiparse las sombras de la noche, el clan prorrumpió en alaridos de terror. Dos gigantes que bogaban en un tronco se vieron atacados por un dinosaurio. El cuello del animal se alzaba a gran altura, sosteniendo la cabeza, en cuya cavidad craneana no hubiera cabido una nuez, tan desproporcionadamente pequeña era. Los hombres intentaron huir y la balsa se volcó. En breves instantes, ellos y el monstruo habían desaparecido, destrozados por los dientes de agudos dientecillos. Los peces devoradores del lago habían atacado.

La ola de terror pasó sobre la aldea. Ferrio declaró: No habrá peligro mientras los animales intenten surcar el agua, pero si cruzan el puente...

La ribera bullía de monstruos: el milodonte, de osamenta desmeada y mandíbulas desdentadas; el terodáctilo, de hocico có-

bo; el estegosaurio, lomo cubierto por placas óseas, cuya gruesa piel brillaba como una charca untada de musgo; el plesiosaurio, que medía nueve metros de largo; el iguanodonte, que al caminar guiado sobre sus patas traseras, desarraigaba árboles a su paso, como si fueran débiles hierbas; y otros animales cuya sola mención aterraba.

Los hombres que se arriesgaban a sumergirse, desaparecían en un torbellino.

El lago, plagado de



La ribera bullía de monstruos que buscaban un camino hacia la aldea lacustre.

peces devoradores, no perdonaba ni a los enormes lagartos. Bajo el agua se formaba una montaña de huesos descomunales, entre los cuales nadaban los "piratas" insaciables.

Detenidos por el instinto, por la cercanía de la muerte, algunos animales vacilaban en sumergirse. Y en la ribera crecía el rebaño gigantesco. Los rugidos cruzaban el desamparo de la noche, como la voz de un mundo primitivo que se resistía a morir.

De pronto, un saurio gigantesco empezó a reptar sobre el árbol —¡Debemos detenerlo! —gritó Ferrio.

Han comprendió. Cogiendo una de las ramas quebradas, la im-



Cobalto lanzó una antorcha a las ramas resinosas del árbol.

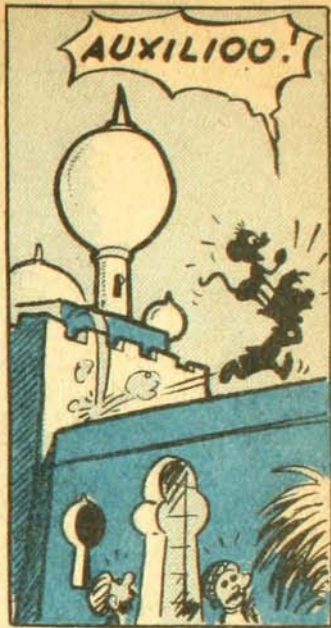


La estaca perforó la garganta del terrible saurio.

só como un arie  
contra el monstro  
Este, con la garganta  
perforada por el go  
pe, rodó hacia el lag  
Pero el camino esta  
ba descubierto  
otros animales avan  
zaron también.

Ferrio y Cobalto, m  
diante golpes sim  
ples, indicaron  
clan aterrorizado qu  
debían defenders  
Cobalto lanzó una  
antorcha a las ramas  
resinosas del árbol

(Continúa en la úti  
ma página.)



# EL PLANETA ERRANTE

(CONTINUACION): Mientras él se preocupaba de provocar incendio que bloquearía el paso a los monstruos, Han y Ferri continuaban rechazándolos con el ariete, que golpeaba caparzones y desgarraba los hocicos espantables.

Pensaban ya que esa batalla se prolongaría durante siglos, cuando oyeron arder la corteza. Indicando a Han que le siguiera,

Ferri, de un ágil salto, sobrepasó el incendio y cayó junto a sus compañeros. El gigante quiso imitarlo. Se cogió de la rama que había usado el joven como garrocha, pero ésta, bajo su peso, se quebró y Han se precipitó en plena guerra. Un madero que aun no estaba calcinado retuvo al coloso. Ferri, sin vacilar, se abalanzó a auxiliarlo. Con esfuerzos sobrehumanos, lo salvó del siniestro.

Trasladado a una choza, ya recuperado, respirando con dificultad. Sin embargo, un terremoto estruendoso conmovió la idea. El árbol consumido por las llamas se dividió y cayó al fondo del lago. Sus ramas pasaron rozando



do los pilares que sostenían el pueblo y se hundió, arrastrando la manada de monstruos. Simultáneamente, los volcanes estallaron, lanzando una lluvia de piedras candentes sobre la aldea. La cadena volcánica que rodeaba el lago, no había explotado en el anterior cataclismo y ahora entraba en actividad, cubriendo con fuego y cenizas la zona lacustre.

(CONTINUAR)

# Simbad

IL ROMANZO DI TRISTAN E ISOLDA

N.º 39



\$ 2.-



# Pimpín

EL AVENTURERO



Por

Themístocles  
obos ft.



7.



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA

# Simbad

GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I - N.º 39

Precio: \$ 2.—

31-V-1950



## GIL BLAS de SANTILLANA

### CAPITULO XII. — *En el palacio real*

Blas de Santillana, desde su salida de Oviedo, había tenido tantas aventuras, que con ellas podía escribir un libro de muchos títulos. Por azares de la vida fué salteador de caminos (aunque nunca realizó un asalto) y médico (aunque jamás sanó a un enfermo).

Madrid encontró a Rolando, el capitán de la banda que le había secuestrado y que luego le aceptó como compañero, llevándolo al camino para atacar una carroza donde viajaba una bella

El jefe de la banda  
marchó prisionero.



niña, Mencía de Mosquera. Él la libertó más tarde y desde entonces no había visto a los bandoleros.

Rolando no parecía guardarle rencor por aquella fuga y, conduciéndole a un mesón donde pidió cena, le refirió su última aventura.

—Ya os digo —añadió— que por culpa vuestra nos sorpren-

dieron los soldados de la Santa Hermandad. Al huir dejasteis abierta la trampa que daba entrada a nuestro asilo subterráneo y esos malandrines nos acecharon hasta que salimos. El combate que se trabó fué tremendo. Sable en mano, yo y mis hombres intentamos abrirnos paso entre nuestros enemigos. Pero estábamos



El aldeano marcó los árboles más cercanos al refugio de los bandidos.

cercados. "¡Apresen al jefe! —gritó un oficial, y me vi amenazar por varios pistolones—. ¡Ríndete, miserable!", añadió el capitán. Alcé los brazos, derrotado. Apresuradamente los arqueros metieron las armas y luego fuí maniatado. Mi banda dispersa y huida, no podía defenderme y mis aprehensores me llevaron a la cárcel. Mientras cabalgábamos, pregunté a uno de mis guardianes: "¿Cómo descubristeis mi escondite?" El arquero contestó riendo: "¡



—¡Ahora pagarás todas tus fechorías! —gritó furiosamente el Corregidor.

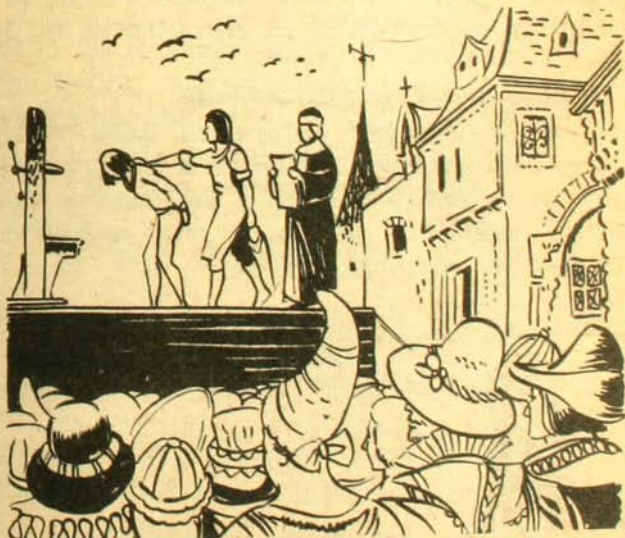
fué muy sencillo. Hace algunos días el aldeano atravesó el bosque y vió la trampa abierta. Comprendiendo que se trataba de un refugio de bandidos, hizo con un cuchillo diversas marcas en los árboles más cercanos al lugar. Algunas horas más tarde, nosotros sabíamos dónde quedaba la guarida. Comprendí que

el culpable de nuestra perdición. Cuando penetramos a la plaza, una multitud nos insultó y gran trabajo se dieron los arcobispos para impedir que nos atacara. Cuando estuvimos en presencia del Corregidor, éste me dijo: "Ahora pagarás tus fechorías". Al mutarme, contesté: "Señor, si he cometido delitos, al menos no quiero que reprocharme la muerte de vuestro hijo". Y le relaté el asalto a la carroza, donde viajaba el hijo del Corregidor, a lo que me perdonó la vida. Pero el juez no se conmovió, y rugió, aun más furia: "¡Encierren a este bellaco en un calabozo!" Tres días más tarde los dos camaradas capturados junto conmigo subieron al patíbulo. Pasaban las semanas y yo seguía prisionero, esperando la sentencia. No abrigaba esperanzas de salvarme y me resigné solemnemente. Para distraerme, alimentaba a las ratas salvajes con migas del pan que me daba el carcelero. Creo que hasta con los roedores, únicos seres vivos que yo veía en mi prisión. El guardián se limitaba a pasarme el plato a través de la reja, y de él sólo conocía su mano velluda, de uñas negras. Un día hizo girar la llave en la cerradura y entró para decirme: "¡Sígueme! Sospecho que no vas a enmohecerte aquí". Mis compañeros después comparecía ante el Corregidor, que esta vez me habló con cierta benevolencia. "Como juez —declaró—, no puedo absolverte. Pero como padre, demandé gracia para ti en la plaza y la conseguí.

Te daré libertad libre. Te daré un consejo antes que separemos: elige el buen camino. No abandona para siempre el bandidaje.

Queréis decir que queréis ser un hombre bueno? —preguntó Blas de Santillana, cautivado por el momento.

Me parecía que seguía la voluntad y la prudencia del Corregidor de León, mi salvador. Renuncié a la vida de aventu-



Los compañeros de Rolando subieron al patíbulo y fueron ejecutados.



¡Fabricio! ¿Qué haces aquí?

ras y correrías y ahora formo parte del cuerpo de alguaciles. He hecho mérito y espero obtener pronto los galones de oficial. Gil Blas no pudo contener la risa. Ahora se explicaba por qué ex capitán de bandidos, al encontrarlo, no lo atravesó con su pata.

Y se despidieron amistosamente.

Gil Blas, curioso por naturaleza, quiso visitar al día siguiente palacio real para ver de cerca a los grandes personajes.

Entró a los bellos salones y se paseaba por ellos, admirando riqueza, cuando de pronto un grito escapó de sus labios:

—¡Fabricio! ¿Qué haces aquí?

(CONCLUIR)



"Simbad" ofrece a sus queridos lectores un PREMIO GIGANTE.

Cada semana sorteará un proyector de cine entre los solucionistas de nuestro Concurso Semanal. Participe usted.





# EL PIRATA DANDY

## *TITULO XIII y FINAL.—Triunfo de Dandy Duval*

gó por fin el día en que los piratas debían subir al cadalso. Los habitantes de Jamaica salieron a la calle en dirección al pique, donde se alzaban las horcas.

Gobernador de Jamaica, Sir Carlos Dane, ataviado con todas las galas de su rango, salió del palacio, rodeado de su guardia. Como el cortejo caminaban los verdugos encapuchados, llevando la cual la soga con que debían ahorcar a los piratas.

Como son de cornetas se abrieron las puertas de la cárcel y apareció el pirata Dandy, con su levita azul, pantalón corto, medias blancas ajustadas, corbata de encajes y la espada toledana al cinto; le guiaban en perfecta formación sus compañeros de infortunio.

Al alarido de triunfo acogió a Dandy Duval, cuya esbelta silueta se descollaba entre todos.

La turba Negra y sus huestes, sucios y desgñados, cerraban el desfile.

Una vez en el tabladillo de la horca, el verdugo, con brutal ademán, quiso arrancar su golilla de encajes a Dandy Duval.

No lo permito —exclamó Dandy—; a todo condenado se le concede una gracia. Pues bien, yo solicito que se me deje subir a la horca bien vestido, con mis encajes planchados y la pluma de mi tricornio encrespada.

Ridículo petimetre —protestó el gobernador—. Verdugo, cumple tu tarea.

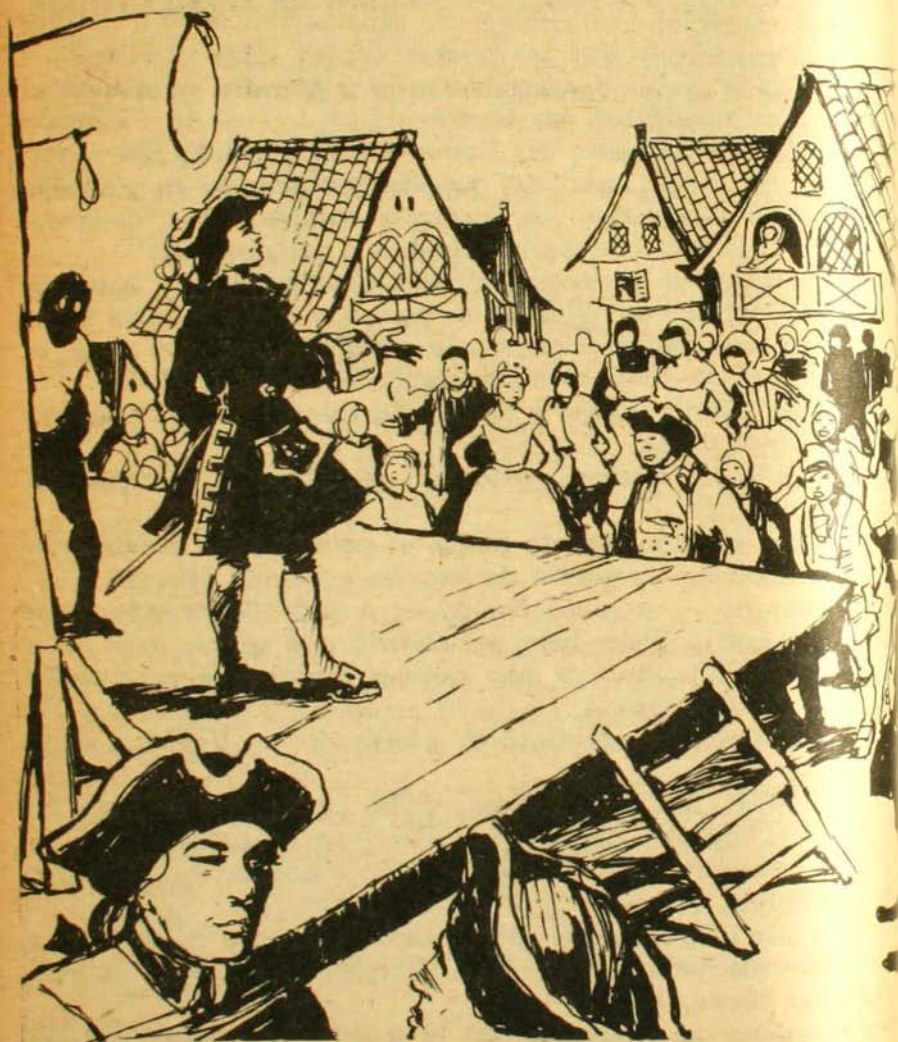
El capitán Flash, allí presente, intercedió por Duval, y como los otros marineros ingleses también manifestaron simpatía por el pirata Dandy, el gobernador se vió obligado a acceder a la petición de Dandy Duval.

Lo esencial era ganar tiempo. Duval tardó una hora en acicalarse, en hacer lustrar sus botas, lavarse bien, arreglar su melena y sacudir su galoneada levita.

Los espectadores se divertían con la mímica del pirata Dandy, pero sus exclamaciones le eran siempre favorables y nadie protestaba de la tardanza.

—¿Estás listo —preguntó el verdugo a Dandy Duval—, o quieres agua de rosas para perfumarte?

—Desátame las manos —respondió Dandy—; un pirata de calaña nunca muere con las manos atadas a la espalda. Quiéreme las ligen por delante para significar que nunca he asesinado a nadie por la espalda.



—Señores, a todo condenado se le concede una gracia antes de morir— dijo el pirata.

muchedumbre simpatizaba, como hemos dicho, con el gallardo Dandy, y el gobernador Carlos Dane hubo de acceder otra vez a la ejecución de su mortal enemigo.

Mientras se retardaba la ejecución por estos motivos, una goleta con bandera inglesa avanzaba rápidamente hacia el muelle contiguo al sitio donde se había levantado el patíbulo.

Desde lejos un oficial de marina hacía señales indicando que traía un mensaje urgente.

Parece que es el ayudante del almirante Warden —insinuó el capitán Flash—. Señor gobernador, sírvase detener la ejecución por orden del rey.

Al oír esto el oficial de marina, capitán Rollin, seguido de dos marineros, estuvo al alcance de la voz, se le oyó gritar:

Detenga la ejecución, capitán Flash, por orden de mi almirante Warden. Traigo pruebas positivas de la villanía del gobernador de Jamaica Carlos Dane. Ese individuo es un traidor que comercia con los piratas, les indica el rumbo de nuestros barcos y reparte el botín así adquirido.

Mi viejo capitán Gullet —exclamó el pirata Dandy—. Al fin se ven las cartas que van a salvar mi vida y las de mis compañeros. Mentira, mentira —gritaba desesperado el gobernador Dane—. Soldados, arrestad al capitán Rollin... El es el cómplice de Dandy Duval.

Atrévete a decirlo dos veces —vociferó el capitán Flash—. Los marineros ingleses saben lo que es honor.

Por su parte, Dandy Duval, que con sus astucias había conseguido desatar sus manos, abrió paso al capitán Gullet y entregó las cartas comprometedoras al capitán Flash.

El marino inglés, circundado por el capitán Rollin y los dos marineros, examinó los documentos y dijo con vigor:

—En realidad, estas cartas son comprometedoras. Todas traen la firma auténtica de Carlos Dane. Soldados de la guardia real, prended al traidor.

Carlos Dane no había perdido el tiempo. Con la rapidez de un rayo desató las ligaduras del pirata Barba Negra y de sus secuaces, y en medio del tumulto provocado por la noticia de su traición, huyó hacia la goleta "Venganza", que estaba anclada junto al muelle.





—¿Estás listo? —preguntó el verdugo a Duval.

Dandy Duval no perdía de vista. Siguiendo de sus compañeros corrió hacia el querido barco, para llegar en el instante en que Carlos Dane iba a colocar la puerta de sus cañones hacia el muelle. El plan de Carlos Dane consistía en promover el pánico entre la muchedumbre que rodeaba el patíbulo y con el fuego de la artillería dar muerte a los marineros ingleses que acusaban. Barba Negra y sus secuaces levantarían el ancla del "Venganza" y huirían todo el mar afuera. Pero allí estaba Dandy Duval con su espada toledana cayendo como una flecha sobre el perverso Carlos Dane. Los capitanes Flanagan y Rollin, con los soldados de la guardia real, treparon también al "Venganza". Se trabó allí una sangrienta refriega que terminó con la completa derrota

los Dane, Barba Negra y sus piratas.

La vez que los cadáveres de los enemigos fueron arrojados al mar, se limpió de sangre la cubierta del "Venganza" y Dandy Duval entró a su cabina seguido por los capitanes Flash y Rollin. Aún no me explico cómo pudieron ustedes realizar esta hazaña al traer el pirata Dandy a los presentes—. Capitán Gullet, explíame el suceso.

Yo envié un emisario al capitán Flash rogándole que retardara su viaje por algunas semanas, a fin de traerle las pruebas de la rebelión del gobernador —expresó el capitán Gullet—. Partí entonces a la Isla de la Calavera y allí tuve grandes dificultades para convencer al tuerto Matías y al pirata Nico Bonete, que es en su conveniencia entregar las cartas que habían arrebatado al posadero Timoteo Bone.

¿Pondrían alguna condición —sugirió Dandy Duval.

Sin duda —asintió el capitán Gullet—. Primeramente la absolución total de sus delitos, la salida de la Isla de la Calavera de los tenías desterrados y la mitad del tesoro allí guardado. El capitán Rollin, que me acompañaba, accedió a otorgar la absolución total, y yo, por mi parte, prometí que tú les darías la mitad de los tesoros acumulados en la Isla de la Calavera.

¿La solución no podía ser mejor —agregó el capitán Rollin—, que de otra manera Dandy Duval habría muerto en la horca. ¿Ahora, señor capitán Flash —preguntó Dandy Duval—, ¿me da usted libertad?

Libertad condicional nada más —dijo el marino inglés—. Esperaremos la decisión del almirante Warden, quien debe enviar un oficio al rey de Inglaterra para que les otorgue el perdón. Entretanto pueden partir con las dos goletas a la Isla de la Calavera y cumplir el trato con el tuerto Matías y Nico Bonete.

Las goletas "Venganza" y "Loro de Mar" destrozaron la bandera amarilla con la calavera pirata y se dirigieron a la Isla de la Calavera.

Entregaron a Nico Bonete y a Matías el tesoro prometido, permitiéndoles una lancha para que se dirigieran a otro puerto.

Al cumplida esta misión, Dandy Duval y el capitán Gullet regresaron a Jamaica y se pusieron a las órdenes del almirante Warden, gobernador interino de Jamaica.

Algunos meses después que Carlos Dane había subido a la horca por el delito de alta traición, Dandy Duval y los cuarenta presidiarios



—¡Mentira, mentira! —gritó desesperado el gobernador.

desterrados a Jamaica por asuntos políticos obtenían su permiso del gobierno británico y permiso para usar las goletas "Venganza" y "Loro de Mar" en el comercio y cabotaje por el mar de las Antillas.

Y con este feliz desenlace termina la historia del famoso pirata Dandy.

F I N

---

Desde el próximo número lea el emocionante romance de una niña blanca tratada como paria en una tribu árabe.

**Jazmin** 

The illustration at the top left shows a castle with a crenellated roof and a tower. To the left of the castle are two women's faces. The one in front has long, wavy hair and is looking towards the right. The one behind her has shorter hair and is also looking right. The title 'El Romance de Tristan e Isolda' is written in a large, stylized, blackletter font across the top and middle of the page.

# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO IV. — *El dragón*

Tristán prometió a su tío el rey Marcos traer a Tintagel a Isolda, la de los cabellos de oro. La aventura era peligrosa, pues la reina rubia, sobrina del gigante Morolt, había jurado odio eterno al vencedor de su tío, a Tristán de Loonois.

El doncel equipó una hermosa nave. La proveyó de vino y de miel, tripulándola con cien jóvenes caballeros de alto linaje, elegidos entre los más valientes, y los vistió con sayos de burda tela para que pareciesen mercaderes.

Pero bajo el puente del navío ocultó atavíos de paño de oro, azul y escarlata, como conviene a los heraldos de un rey poderoso.

Cuando levaron anclas, el piloto preguntó:

—Bello señor, ¿hacia qué tierras navegaremos?

—Amigo, enfila hacia Irlanda. Vamos al puerto de Weisefort.

El piloto se estremeció. ¿No sabía el príncipe que después de la muerte del gigante Morolt, el rey de Irlanda perseguía a las naves de Cornualles, y que, si las capturaba, todos sus tripulantes eran ahorcados? Enderezó proa, sin embargo, a Weisefort y aborclaron las tierras peligrosas.

Tristán convenció a los irlandeses de que sus compañeros eran mercaderes de Inglaterra, pero temía que les descubrieran.

Una mañana oyó una voz tan espantosa que se hubiera dicho el grito de un demonio. Llamando a una mujer que pasaba por el puerto, la interrogó:

—Decidme, buena mujer, ¿de dónde proviene esa voz que he oído?

—Señor, os lo diré sin mentir: es una bestia, la más horrible que hay en el mundo. Todos los días abandona su cueva y se detiene en las puertas de la ciudad. Nadie puede salir, nadie puede entrar mientras no hayan entregado al dragón una doncella para que la devore.

—Decidme, buena mujer, y no os burléis de mí. ¿Sería posible a algún hombre mortal vencer al monstruo?

—Ciertamente, bello señor. Veinte caballeros han intentado hazaña porque el rey de Irlanda prometió la mano de su hija Isolda la Rubia a quien mate al dragón. Pero el monstruo los devoró a todos.

Tristán volvió a la nave. En secreto vistió su armadura y, bajo la pálida luz del alba, cabalgó hacia la puerta que la mujer había señalado. De pronto, cinco hombres irrumpieron por la calle, espoleando sus caballos en una fuga precipitada. Tristán cogió al paso a uno de ellos tan vigorosamente que lo derribó sobre la anca del animal y lo detuvo:

—¿Por dónde viene el monstruo?

Y cuando el fugitivo le mostró la ruta, Tristán lo soltó.

El dragón se aproximaba. El príncipe le echó el caballo encima con tal fuerza, que, aunque erizado de miedo, el corcel chocó contra el monstruo. La lanza de Tristán hirió las escamas y voló en astillas. Entonces el héroe desenvainó su espada y la alzó, descargándola sobre la cabeza del dragón, pero sin rayar siquiera la piel. El monstruo la sintió, sin embargo, y, sacando las garras, la hundió en el escudo. Tristán atacó de nuevo con su espada y asestó un mandoble tan violento, que el aire retumbó. Inútil e



Desembarcaron en Irlanda como simples mercaderes.



torrente de llamas que surgía de las terribles fauces, ennegreció la cota de Tristán.

erzo. No lo pudo herir. Entonces el dragón lanzó por las nari-  
un doble torrente de llamas venenosas y la cota de Tristán  
ennegreció como un carbón apagado, mientras el caballo caía  
uerto. El jinete, desconcertado por un brevísimo instante, se pre-  
itó con su espada en línea recta hacia las fauces abiertas, la  
tó en las entrañas y partió el corazón en dos pedazos. Enton-  
el dragón lanzó por última vez su horrible alarido.

istán le cortó la lengua y la guardó en su faltriquera. Después,  
ogado aún por el humo acre, se dirigió a beber de un agua es-  
cada que brillaba cerca. El veneno destilado por la lengua del  
agón se le encendió en el cuerpo y el héroe cayó inanimado.

ora bien, sabed que el prófugo del caballo era Agunguerrán el  
jo, senescal del rey de Irlanda, que amaba a Isolda la Rubia.  
a cobarde, pero todas las mañanas se emboscaba armado para  
altar al monstruo, y en cuanto lo oía rugir, escapaba despavo-  
o. Ese día, con cuatro barones, se atrevió a avanzar. Vió al  
agón muerto, al caballo en tierra, el escudo roto y pensó que  
vencedor estaría agonizando no lejos de allí. Cortó entonces la  
beza al monstruo y se la llevó al rey para reclamar el premio  
ecido.

(CONTINUARA)

# Ponchito



TRO DIA

PARECE QUE  
PONCHITO SE QUE-  
DO DORMIDO



TENDRE QUE DES-  
PERTAR A ESTE  
DORMILON



PERO ABUELITA, SI TODAVIA NO  
HA CANTADO EL GALLO!



NATO.



# EL ESTORNUDO del ASNO

Galopín, el asno, levantó la cabeza para mirar al cielo nublado. Hacía muchas horas que no brillaba el sol y las nubes eran grandes y negras.

De pronto, Galopín tuvo ganas de estornudar. Comprendió que iba a dar un estornudo muy fuerte y, por consiguiente, cerró los ojos y abrió el hocico.

En efecto, dió un estornudo tremendo. Y, al terminar, abrió los ojos otra vez y pudo notar que soplaban un viento furioso. ¡Dios mío, qué viento! Las nubes cruzaban, disparadas, el cielo y las hojas secas, caídas de los árboles, hacían un ruido intenso al correr por el suelo.

“¡Caramba! —pensó el asno, asustado y orgulloso—. Esto es obra de mi estornudo. ¡Buen viento se ha levantado por su causa! ¡Quién lo creyera! Voy viendo que soy un asno muy listo.”

Ignoraba que el viento no tenía nada que ver con su estornudo. Cometía un error al creer que a causa de él pudo originarse el huracán. Estaba, pues, orgullosísimo. Enderezó las orejas, empezó a menear la cola y, al trote, se dirigió al estanque donde nadaban los patos.

Tanto agitó las aguas el viento, que aquellas aves se atemorizaron, apresurándose a subir a tierra. Galopín dió un fuerte rebuzno y les habló, diciendo:

—¿No sabéis que hace poco di un estornudo y que originé este viento que os revuelve el agua del estanque?

—¡Cómo! —exclamaron a coro los patos—. Si es así, te creemos un tonto. Dile al viento que no sople más.

Pero Galopín no les oyó. Se dirigió al lugar en que estaban las gallinas, en aquel momento acurrucadas al pie de una mata, a causa del huracán, y, al verlas, dió un rebuzno y exclamó:

—¿No sabéis que acabo de dar un estornudo y que, gracias a eso, sopla el huracán que os levanta las plumas del cuerpo?

—Clo clo —exclamó la gallina mayor de todas—. Dile al viento que no sople.

Pero Galopín dió otro rebuzno y se echó a reír. Estaba muy orgulloso de haber levantado el viento con su estornudo.

—No, no pienso hacer eso —contestó—. Me parece que este viento es muy agradable.

—Eres estúpido, Galopín —exclamó el gallo, mirándolo furioso—. Fíjate en mi cola. Casi no me quedan plumas en ella.

Pero Galopín levantó al aire sus patas traseras y salió corriendo hacia la pocilga, donde la señora Marrana y todos sus marrañitos estaban acurrucados en un rincón, tratando de protegerse del viento.



En efecto, Galopín dió un estornudo tremendo.

—¿No sabéis —les dijo el asno, después de rebuznar—, que he dado un estornudo creando este fuerte viento que agita las pajas de vuestra pocilga?

—¡Animal! —contestó la señora Marrana, muy indignada—. Valdría más que le ordenases dejar de soplar. ¡Idiota! A nadie le gusta un viento como éste.

—¡Oh, no pienso hacer eso! —contestó Galopín—. Es mi viento y me gusta mucho. Además, eso es una prueba de lo muy listo que soy.

Salió al galope y se dirigió hacia los dos caballos pardos que trataban de abrigarse del viento, situándose al pie de un árbol. Sus crines veíanse agitadas por el huracán y los dos pobres animales se estremecían de frío.

—¿No sabéis —les dijo Galopín, después de rebuznar— que he dado un fuerte estornudo creando este fuerte viento, que os agita las crines?

—En un día tan fresco como éste, es una estupidez —contestaron los caballos relinchando—. ¿A quién le gusta el viento en esta época del año? Hazlo cesar en el acto.

—De ninguna manera —contestó el asno, riéndose y echando a correr para ir en busca de Zapaquilda, la gata de la granja, que se había ocultado en una mata, muy asustada, por aquel viento tempestuoso.

—¿No sabes —le dijo él, después de rebuznar— que he dado un fuerte estornudo, formando este viento que te levanta el pelo?

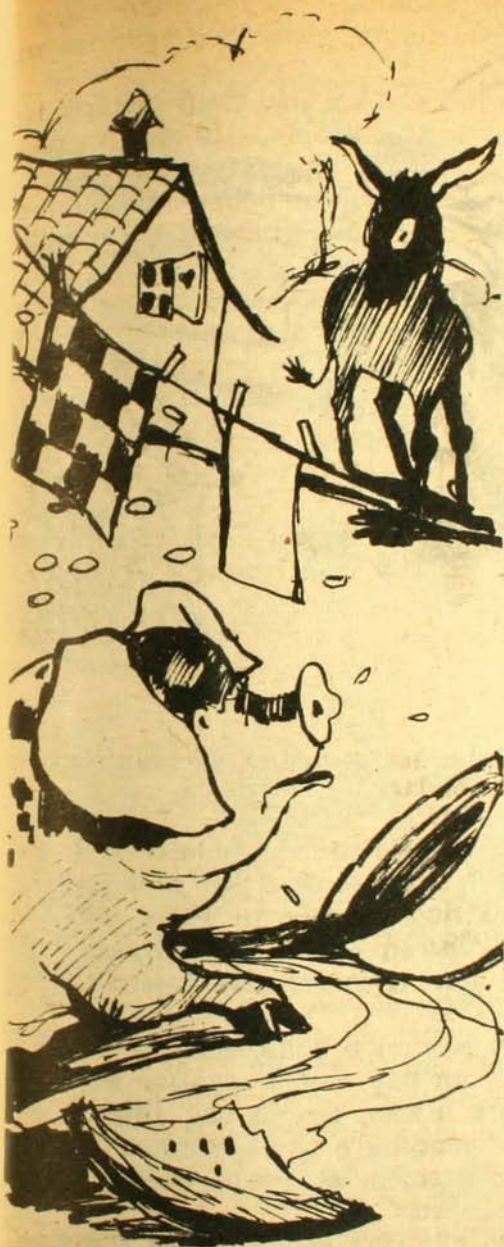
—Pues mira, no deberías alabarte de eso —le contestó Zapaquilda, furiosa—. Precisamente estaba yo tomando un poco de leche en la cocina y cuando llegó el viento volcó el plato, de modo que me he quedado sin desayunar. Dile al viento que deje de soplar en el acto.

—De ninguna manera —contestó el jumento, satisfecho, al ver que le pedían tantas cosas a causa de que él hubiese dado tan fuerte estornudo—. ¡Ja, ja, ja! ¡Cuánto me divierto!

El caso fué que el viento sopló durante varias horas, causando infinitas molestias a todo el mundo, de modo que el día pareció muy desagradable a todos.

A la hora de la merienda se reunieron todos los animales que había en el patio de la granja para charlar entre sí.

—El asno Galopín habrá de hacer cesar este viento —dijo uno de los caballos pardos.



—Le diremos que si no estornuda otra vez, para interrumpir este viento, le daremos muy buenos tiros de la cola —dijo el pato de mayor tamaño. Como esta proposición fué aceptada por todos los animales, echaron a andar y al encontrar al asno le ordenaron que hiciese cesar el viento.

—El caso es que ignoro cómo se hace —contestó el asno, algo asustado.

—Pues bien, ya que tú eres la causa de que esté soplando, tienes la obligación de interrumpirlo —le dijo un gallo—. Te rodearemos ahora, y en cuanto te demos la orden, lanzas otro estornudo a ver qué pasa. ¿Estás dispuesto?

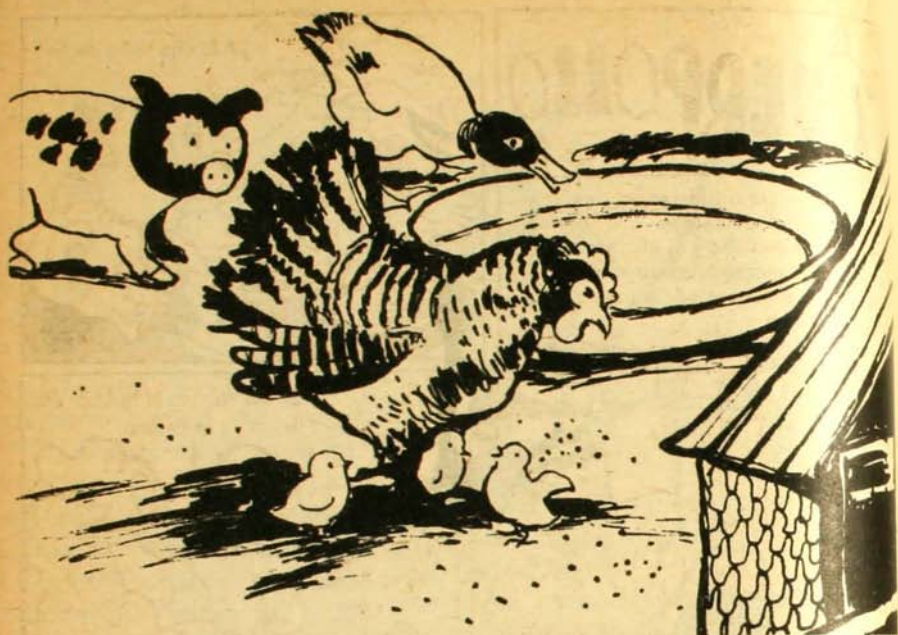
En efecto, todos los animales rodearon al asno y después de contar hasta tres, le dieron la orden de estornudar.

Pero el borriquito no pudo dar un estornudo, porque, según ya se sabe, no es posible hacerlo a voluntad. Cerró los ojos, abrió el hocico y se esforzó de mil maneras, pero no lo consiguió.

—No puedo estornudar —dijo al fin.

Entonces, todos los anima-

—¡Animal! —contestó la señora Marra, muy enojada.



A la hora de la merienda todos los animales se reunieron para charlar.

les, muy irritados, empezaron a darle tirones de la cola, de modo que Galopín no tardó en proferir gritos de dolor y de susto. Mientras tanto, el viento empezó a amainar, hasta que, pocos instantes después, dejó de soplar en absoluto. Nadie, sin embargo, se fijó en ello, de modo que se marcharon dejando al asno solo en medio del campo.

“Me lo tengo bien merecido por mi orgullo idiota —pensó Galopín—. Pero, ¡Dios mío!, ya no hay viento. ¿A qué se deberá? Yo no he estornudado. ¿Será, acaso, porque me tiraban de la cola? Valdrá más no darlo a entender a nadie, porque, de lo contrario, quizá cuando volviese a soplar el viento viniesen a tirarme del rabo, para hacerlo cesar.”

En efecto, guardó un silencio absoluto acerca de su sospecha, y como nadie, por otra parte, se fijó en ello, en adelante lo dejaron en paz, y en cuanto a él mismo, no volvió a enorgullecerse de que era capaz de hacer soplar el huracán con un estornudo.

# el SUPERPOLLO

Cocoró, que se creía superpollo, comprendió su error cuando cae en una cocina, muy cerca de una olla y al alcance de un cocinero. El panorama, como ven, es terrible. ¡Ah, si estuviera allí la patita Cuauá, para salvarlo!





CAPITULO III. — *Intrigas de Enrique Velcort*

**RESUMEN:** La mamá de Pervinca es de ojos azules como el color azul de las pupilas, comparable a esas pervincas que crecen en nuestros campos. Cuando la niña al cumplir trece años recibe una visita de su madre quien le revela que ella es la gran artista Mona Berger. Para cumplir un contrato en Nueva York, cantante parte en un avión que desaparece con todos sus pasajeros. Pervinca, desorientada por la falta de noticia, recibe la visita de Velcort, el empresario de Mona Berger.

Después de un instante de silencio, el empresario Velcort dijo a Pervinca:

—Mi querida niña, su madre rodeaba a usted de tal ternura, que antes de partir se preocupó de su porvenir. Yo acepté ser su tutor, en caso de necesidad, porque usted no tiene familia. Desde el punto de vista material, nada le faltará. Mi misión consistirá en hacer de usted una joven cumplida y esmeradamente educada. Espero que me ayudará, a fin de que se realicen los deseos de su madre tocante a un brillante porvenir para su hija.

Pervinca esbozó un gesto vago, como significando que ya nada le importaba en la vida.

—Soy para usted un desconocido —agregó Enrique Velcort— pero María, su nodriza, me conoce bien. Ella podrá decirle que soy digno de su confianza y amistad. ¿Vendrá conmigo, Pervinca? La conduciré a casa de su madre, donde me instalaré con usted.

—Prefiero quedarme aquí —murmuró la niña.

—Aquí no estará usted al corriente de las noticias sobre el avión desaparecido —insinuó Velcort—. Carecen de teléfono...

Este argumento triunfó de las vacilaciones de Pervinca.

Le seguiré —declaró la huérfana—, pero con la condición de que María nos acompañe.

Vendremos a visitar a María cuando usted lo desee.

¿Voy a perder entonces todo lo que amo en el mismo día? —dijo Pervinca, abrazándose de su nodriza.

Encontrarás a tu madre, hijita —murmuró la buena María—, y a mí no me has perdido. Iré a preparar tu maleta. Volverás después en busca de todas tus cosas. ¿Señor Velcort, le parece que los dos vestidos bastarán por el momento?

Sí —replicó Enrique Velcort—, vendremos en algunos días más si acaso tengamos buenas noticias que comunicarle.

María salió para arreglar la maleta y Velcort cogió la mano de la niña:

Se diría que me tienes miedo —dijo el empresario de Mona Berger—. Tu madre te quería mucho y ella fué la que te confió en mí.

En un cuarto de hora después se verificó la emocionante despedida de María y Pervinca.

Entantada junto a Velcort, la niña se dejaba conducir a la ciudad. Lloraba, pero sentía, con cruel lucidez que iba hacia un infausto destino.

En su partida de casa de su nodriza, que ella imaginó en compañía de su madre, se cumplía ahora con un desconocido que instintivamente le repelía.

Pervinca no se hacía ilusiones. Sólo un milagro podía devolverle su madre.

---

—Entre... Está en su casa —díjole Velcort.

Pervinca penetró en el lujoso departamento de la gran artista Mona Berger. Una camarera acudió a recibirla.

La suntuosidad del mobiliario, la profusión de flores maravilló a la niña.

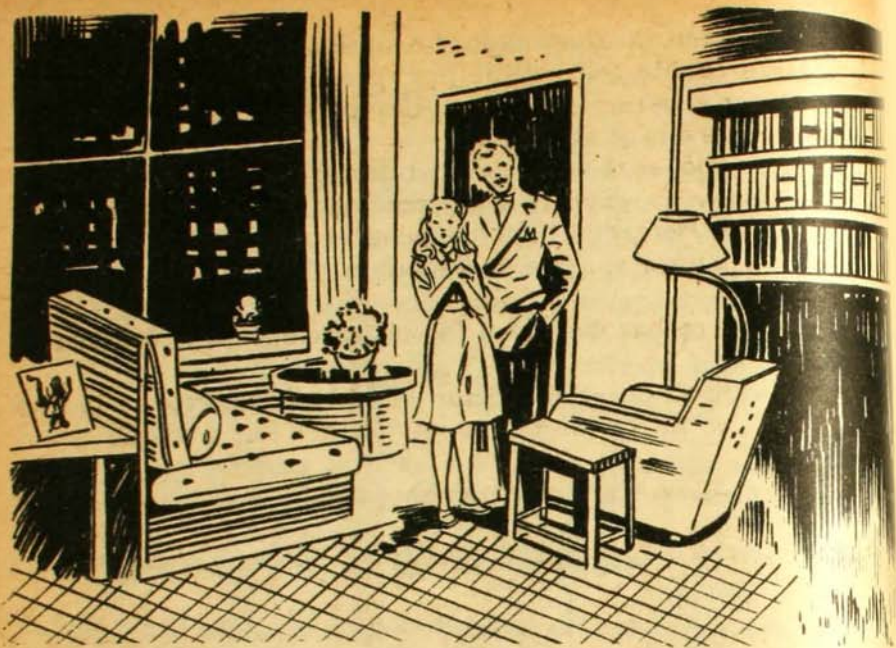
—¡Qué lindo es todo! —exclamó Pervinca.

—Venga a conocer su dormitorio —insinuó Velcort.

Pervinca iba deteniéndose ante un objeto de arte, un cuadro, un tapiz. De súbito se inmovilizó frente a una gran fotografía suya a los siete años.

—Sigamos —insistió Velcort—. Esta es su habitación.

Todo era celeste, como sus ojos, en aquella luminosa habitación que Mona Berger había preparado para su hija. Las cortinas, el



**Pervinca penetró en el lujoso departamento de la gran artista Mona Berger.**

diván, los muros eran del color de la pervinca. Sobre la mesa había un jarrón con jacintos azules. Muy emocionada, Pervinca se inclinó ante un retrato de su madre colocado junto a los jacintos. Todo lo había preparado Mona Berger para recibir a la niña. Nunca pensó la infeliz artista que serían otros los que mostrarían a su hija los tesoros de su amor materno.

—Usted era su mayor preocupación —decía Enrique Velcort—. Mona Berger quería ganar mucho dinero para darle un porvenir feliz. Si alguna vez dudó de la señora Fores. . .

—Nunca dudé del cariño de mi madre —replicó vivamente Pervinca.

Transcurrieron algunos días, que para Pervinca fueron de extrema angustia.

Temblaba ante cada llamada telefónica y pasaba las horas oyendo la radio.

Una tarde Enrique Velcort cogió la mano de su pupila y le dijo con tristeza:

—Alejandra —era éste el verdadero nombre de Pervinca—, la



...squeda del avión ha terminado. La última esperanza se ha ex-  
...guido. Haré cuanto sea posible por reemplazar a tu madre, sin  
...tender llenar el atroz vacío de su desaparición. Cuenta, no obs-  
...nte, con mi desvelo y abnegación.

...rvinca se arrojó en brazos de su tutor, pero no sorprendió la  
...traña sonrisa y la expresión de crueldad en la fisonomía de  
...el que Mona Berger le había señalado como tutor.  
...saron dos semanas sin que se atenuara el dolor de la huerfa-  
...ta.

...stinadamente rechazaba todas las distracciones que Velcort le  
...ponía.

... día manifestó su deseo de visitar a María, pero Velcort le dijo  
...e la nodriza se había ido a una ciudad del Sur a visitar a sus  
...rientes.

...edaba, pues, Pervinca completamente sola.



...a niña observó la fotografía del castillo que le mostraba el em-  
...presario Velcort.

Ni la tibieza y hermosura del nido que le había preparado madre mitigaban su dolor. Cada cuadro, cada retrato avivaban el recuerdo de la madre desaparecida.

Enrique Velcurt, deseoso de sacudir el sopor en que estaba sumado la niña, díjole un día:

—Llega el rigor del verano y yo querría arrancarte a esa postración que invade tu espíritu. Tal vez un cambio te distraería, hija. Aquí vives rodeada de los recuerdos de Mona Berger.

—Por todas partes me seguirá el recuerdo de mi madre —balbuceó la contristada niña.

—He alquilado una finca en el campo —prosiguió Velcurt— para el verano. Necesitas respirar aire puro. La paz de los campos te devolverá el equilibrio mental... Comprendo tu estado enfermizo. El golpe ha sido terrible, pero es preciso vivir... Nada exito de ti, Alejandra. Sólo te pregunto si te gustaría ir a Valle Alegre. Pervinca sintió bruscamente el deseo del campo, del río, de las aves, del espacio.

—¿Hay algún arroyo en esa propiedad? —indagó Pervinca, recordando la vertiente murmuradora en la casa de su niñez.

—No —respondió Velcurt—, la finca está en pleno bosque. ¿Quieres ver la fotografía de Valle Alegre?

Enrique Velcurt sacó de su billetera una fotografía y Pervinca examinó un castillo de estilo Imperio, con balcones cubiertos por rosas trepadoras.

—Bonita mansión —insinuó Pervinca.

—Podremos partir cuando quieras... Tal vez al fin de la semana. ¿Tienes algo que comprar?

—Nada necesito —dijo Pervinca, mirando con pena su negro vestido.

—Perfectamente —expresó Velcurt—, voy a firmar el contrato de arrendamiento y preparar lo indispensable para el viaje. Estoy feliz con tu docilidad —terminó el empresario sin poder disimular una sonrisa diabólica.

Nunca sospechó Pervinca que su ingenua docilidad iba a provocarle horas trágicas y por demás dolorosas.

“Habiendo perdido a mi madre y alejada de mi nodriza María —se dijo la niña—, tanto da vivir en la ciudad como en el campo.”

Pervinca no podía sospechar la inicua maldad de su infame tutor.

(CONTINUARA)

PARECE QUE SE MUEVE  
ALGO AQUI ADETRO



SEGURO QUE MAMA ES-  
CONDIO ALGUNA COSA EN  
EL JARRON



VERE' DE QUE  
SE TRATA



NATO

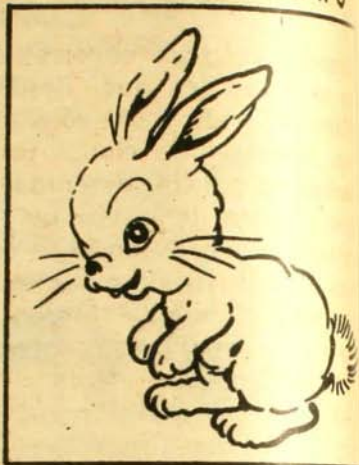
¡OH!



# ¡GRANDES PREMIOS!

## CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"

¿Puede decirnos cuántos dientes tienen los roedores? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 20 premios de \$ 10,—, 10 paquetes de Vitalmin, 10 libros de cuentos infantiles, 10 libretas para apuntes y 10 premios de dos cuadernos cada uno.



### SOLUCION AL CONCURSO N.º 36

El alfabeto español tiene 28 letras.

Premiados con UN JUEGO DE PIMPON: María Caprile, Viña del Mar; Lisandro Martínez, Santiago; Marcelino Vásquez, Tomé; Raúl Vielma, San Bernardo; Alvaro Durán, Angol; Eliana Vásquez, Paillaco. UN JUEGO DE ESCOBILLAS: Germán López, La Unión; Sergio Monzón, Santiago; Norma García, Temuco; María Elena Aldunate, Santiago; Juan Apablaza, Viña del Mar; Sergio Moya, San Bernardo. UNA CAJA CONSTRUCCION: Oscar Carrasco, Quilpué; Enrique Tardío, Santiago; Lucila Núñez, La Serena; Carmen Vásquez, Santiago; Héctor Hernández, Santiago; Ernesto Ríos, Santiago. UN CARTON HERRAMIENTAS: Víctor M. Maturana, Concepción; Carmen Silva, Temuco; María Gueminda Iribarra, Lota; María Ceballos, Santiago; Fernando Eduardo Moreno Coronel; Abraham Iturrieta, Santiago. UN CINTURON: Patricio Arceña, La Serena; Milena Quevedo, Vilcún; José Gabriel Gálvez, La Serena. UN JUEGO DOMINO: Patricia Villanueva, La Serena; Arnoldo Medina, Loncoche. UN PAQUETE VITALMIN: Maricha López, Talca; Fernando García, Valparaíso; Hugo Soldano, Talcahuano; Benigno Salas, Santa Juana. Pedro Rodolfo Fica, Chiguayante; Alvaro Castillo, Quillota; Juan Alvarado Vásquez, Valparaíso; María de la Luz Puente, Santiago; René Saravia, Santiago; Duilio Oviedo, Santiago. UN LIBRO: Clemencia Fuentes, Los Sauces; Eleodoro Castro, Peumo; Eduardo Alfaro, La Cruz; Ismael Segundo Valenzuela, Santiago; Leonardo Reiman, Viña del Mar; Gastón Acuña, Angol; Matilde Leyton, Valparaíso; René Ewynn, San Fernando; G. Monsalve, Valparaíso; Arturo Astete, Yerbos Buenas. UNA PELOTA DE GOMA: Juana Jadus, San Javier; Ramón Medina, Santiago; Patricio Gálvez, Los Andes; Rosa B. Lampert, Viña del Mar; Maclovia Vega, Chañaral Alto, y Walterio Ojeda, La Unión. PREMIADO CON EL PROYECTOR DE CINE: Patricio Julio Alvear, Santiago.

# EL PLANETA ERRANTE

APITULO VIII. — *El pequeño pueblo de los pantanos*

Grandes peligros encerraban en un cerco de muerte al grupo de exploradores que, desde la Tierra, se habían trasladado al planeta Errante. No sólo monstruos antidiluvianos les amenazaban. Hombres de clanes primitivos alzaron sobre sus cabezas las hachas de piedra, detenidas en su trayectoria mortal por el mágico encanto de la voz de Amina, que empezó a cantar con su fascinación. Cuando se creían a salvo, estalló la cadena volcánica. Una lluvia de rocas en fusión cayó al lago. Los animales que cruzaban el puente fueron precipitados al agua.

La horda, espantada, contemplaba las riberas que se hundían entre torbellinos de niebla rojiza.

Man, el gigante, buscó por instinto la cercanía de los terrestres,

como si esperara que ellos le protegieran contra la furia de la tierra y del fuego. Remplaba el suelo violentamente y se abría en anchas grietas que devoraban la selva y los animales en desbandada.

De pronto las aguas del lago se levantaron, impulsadas por un huracán que no rugía ni silbaba, huacacán de aterrador silencio que estrelló las olas gigantescas contra la aldea lacustre.

Aullando de terror bajo el torrente, huían



Aullando de terror, huían los trogloditas en busca de un refugio inhallable.



Ferrio y Aura eran valientes, pero se estremecieron ante la destrucción de la isla.

Como si fueran débiles cañas. El granizar de piedras candentes obscurecía el aire y diezmaba la horda.

A través del terrible huracán, Ferrio se reunió con Aura. Ambos eran valientes, pero se estremecieron ante la destrucción de la isla.

Por fin se acalló el tronar de los volcanes. Desde los montes hasta las riberas del lago, la lava había trazado senderos de fuego. Nubes de ceniza flotaban sobre los bosques incendiados.

Una calma angustiosa sucedió a la tormenta. Bajo el cielo rojo sólo quedaron ruinas y desolación. En medio del lago, la aldea no era más que un lamentable resto de naufragio.

Muchos hombres del clan murieron. Otros desaparecieron en la vorágine. Los exploradores se reunieron.

—¿Dónde está mi padre? —balbuceó Amina, palideciendo.

Han, que figuraba entre los sobrevivientes, señaló hacia una roca. Bajo ésta yacía el profesor Estroncio, muerto.

Cobalto rodeó con su brazo los hombros de Amina. Ella no derramó lágrimas, pero el dolor desfiguraba su bello y extraño semblante.

yeron los trogloditas entre las chozas derrribadas, en busca de un refugio inhallable. De pronto la tierra faltaba debajo de sus pies y se hundían en el lago tempestuoso. Y morían ahogados o devorados por los "piranas" (peces carnívoros). Las montañas de agua seguían después, implacablemente, cayendo sobre sus cuerpos.

Las oleadas continuaron arrasando la aldea lacustre. Abatía las cabañas y quebraba los pilares co-

Valor, Amina —susurró  
joven.

La mano de Aura estrechó  
la diestra temblorosa de la  
herfana. Ferrio guardó si-  
lencio, acongojado por  
ese duelo.

Trasmitiendo su tristeza, die-  
ron sepultura al sabio. Un  
deseo intenso de hallar el  
objetivo interplanetario e  
intentar el regreso a la  
tierra les dominó.

El mismo había dividido las  
montañas y el lago desa-  
morado por uno de los desfi-  
aderos abiertos. La balsa  
ocupada por los sobrevi-  
vientes navegó bordeando  
las antiguas riberas.

Los hombres descubrieron,  
súbitos, que los roqueda-  
les ya no existían. En su  
lugar se explayaban gran-  
des extensiones de agua.

Durante días y noches bo-  
raron por el inmenso río,  
sobre el cual emergían las  
islas más altas de la flo-  
resta sumergida.

Aniquilados por el hambre  
y la fatiga, los trogloditas  
y los cazadores permane-  
cían inertes sobre la balsa.  
Sólo Han y Ferrio conti-  
nuaban de pie. Una noche  
el gigante lanzó un grito  
de alegría. ¡El madero flo-  
tante acababa de tocar  
tierra!

El dolor ensom-  
breció sus almas.



Cautivo en la red, apa-  
reció un ser que se deba-  
tía lanzando gritos las-  
timeros.





Los hombres más osados se arriesgaron a tocar el cuerpo de Ferrio.

Una multitud de peces se agitaba entre las mallas. Ferrio había sentido una rara resistencia. Era como si una bestia del pantano intentase retener la red. Con un gesto rápido y preciso volvió a lanzarla entre los juncos. Las lianas se pusieron tensas. La presa se negaba a ser izada, pero Ferrio empleó toda su energía y entonces, cautivo en la red, apareció un ser que se debatía, lanzando gritos lastimeros.

El estupor que causó su aparición es indescriptible.

Aquel "hombre-pez", de pie sobre los ligamentos, trémulo de pavor, fijó sus ojos en la horda.

—No puedo creerlo —susurró Aura con las azules pupilas dilatadas de asombro

—Un hombre anfibio —añadió Cobalto

(Continúa en la última página)

**COUPON DEL CONCURSO SEMANAL**

SIMBAD N.º 39  
Los roedores tienen ..  
dientes.

La noticia reanimó a los náufragos. Inguiéndose, escrutaron el paraje. Tras los manchones de hierbas acuáticas, distinguieron los pantanos extrañamente silenciosos.

Con la llegada del día, renació la esperanza del clan. Observaron a los exploradores que anudaban lianas formando una red. Al lanzarla se desplegó bajo el pantano. Cuando la recogieron, la tribu prorrumpió en un clamor regocijado





# EL PLANETA ERRANTE

(CONTINUACION): —Es imposible —terció Ferrio, aunque es él quien tenía más cerca que nadie a la extraña criatura.

De súbito, antes que nadie pudiera preverlo, saltaron hacia el borde de la balsa varios hombrecillos y, todos a una, atacaron el pie derecho de Ferrio, haciéndole perder el equilibrio. El joven se hundió en el agua cenagosa y desapareció ante la consternación de sus amigos. Intentó nadar. La ruda caída le dejó casi inconsciente y sólo por instinto consiguió arribar a una especie de isla, en cuyo limo reposó, inerte. Estaba semiahogado.

El silencio que pesaba sobre el islote fué interrumpido por voces que lanzaban llamados de una choza a otra.

Hombres de pequeña estatura abandonaron sus viviendas de barro y, arrastrándose sobre el suelo viscoso, se acercaron al terrestre. Entre ellos había mujeres diminutas, de primorosa belleza y largos cabellos de oro. En sus ojos se reflejaba el terror. Los hombres más osados se arriesgaron a tocar el cuerpo de Ferrio.

Una espantable sombra se dibujó sobre el pequeño clan y todos huyeron, gritando aterrorizados. La serpiente alada de los patanos se erguía amenazante y uno de los niños de la tribu no pudo más que cansó a huir.

(CONTINUAR)



# Simbad

N.º 40

AZMIN

\$ 2.-



# Pimpín

EL AVENTURERO



Por

Themístocles  
obos A.



8-

LE COMPRO  
LA FLAUTA!

Y YO SE  
LA VENDO.



IRÉ AL TIRO AL  
HOTEL A PROBAR  
CÓMO LA TOCO!



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA

# Simbad

GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I - N.º 40

Precio: \$ 2.—

7-VI-1950



## GIL BLAS de SANTILLANA

CAPITULO XIII y FINAL. — Última lección

Blas de Santillana, que salió de Oviedo con la esperanza de ganar fortuna y fama, llegó a Madrid sin un ochavo en sus bolsillos y viendo ante sus ojos un porvenir muy negro. Sin embargo, como no era mozo que se amilanara, decidió visitar el Palacio real para admirar sus riquezas y codearse con los grandes personajes.

Primero que dividió fué a su amigo Fabricio Núñez, que había sido su compañero de estudios y le ayudó en cierta ocasión a preparar la venganza que les saltó muy mal, pues fueron todos a parar con sus huesos a la cárcel.

Fabricio vestía como un gentilhomme, con alfileres de joyas y cabellos rasos.

—Fabricio! ¿Eres tú el que estoy soñando?

Los dramas de Fabricio se representaban con gran éxito.



—Si quieres complacer a tu amo, debes hacer buenas migas con Cupidón.



—No sueñas, Blas.

—¿Y qué te ha sucedido? Pareces príncipe.

—No tanto —soltó Núñez—. Ocurrir que poseo una vena dramática que no sospechaba. Imagínate que he escrito piezas teatrales y las representan con gran éxito. Esto me reporta dinero y prestigio.

—¿No podrías hallar un empleo para mí?

—Creo que sí.

Le llevó a casa de un gran señor siciliano llamado Galiano. Antes de presentarlo a él, le confió un secreto:

—Si quieres complacer a tu amo, debes hacer buenas migas con Cupidón.

—¿Y quién es éste?

—Un mono. Galiano lo tiene tan mimado, que en realidad es ese animal el que manda aquí.

El siciliano acogió con agrado a Gil Blas, declarando:

—Necesito un intendente que vigile a la servidumbre y suprima los despilfarros, porque todos están

Sorprendió a un galopín de cocina que llevaba comida robada.





**Todos se desvivieron por atender al mono que se quebró una pata.**

fabulados para  
minarme, para ro-  
ne... Pienso que  
servirá. Tiene  
mirada recta y  
ce decidido. Ac-  
con mano firme,  
absoluta honra-  
y se enriquecerá  
mi lado.

estro héroe sor-  
ndió ese mismo  
a un galopín de  
na llevándose en  
canasta una ga-  
a asada.

A dónde vas? —  
preguntó severa-  
te.

Llevo comida a los amigos del amo —contestó el muchacho, sin  
starse.

ando de su bolsillo una pistola (moneda antigua) se la dió al  
che, diciéndole:

Tendrás una cada vez que me denuncies estos pícaros manda-  
Comprendo que no eres culpable, sino que te limitas a ober-  
er.

pasó mucho tiempo antes que Gil Blas descubriera que era el  
inero quien robaba. El amo, al saberlo, se dirigió a la cocina,  
reprendió furiosamente y lo despidió. Los demás domésticos,  
edrentados, juraron para sus adentros que no intentarían más  
tar. Y desde entonces en la casa de Galiano reinó el orden.

día, el mono Cupidón, al saltar desde una ventana, se quebró  
a pata. El amo gritaba furioso a la servidumbre:

Vosotros tenéis la culpa, canallas!

dos se desvivieron por cuidar al accidentado, en especial el jo-  
intendente. Se desveló tanto por el mono enfermo, que olvidó  
propia salud y una noche se desvaneció de fatiga.

fiebre le impidió comprender los sucesos que siguieron y una  
ñana se encontró en una humilde vivienda, cuidado por una  
iana.



**Gil Blas llegó a ser secretario del primer Ministro de Su Majestad el Rey.**

—¿Qué ocurrió? —preguntó, asombrado.

—Tu amo, enfurecido porque el mono Cupidón seguía mal, se trasladó a Sicilia, su patria, dejando abandonada la casa. Los criados te trajeron para que te cuidara.

—Esto me sucedió por ser tan servil —declaró Gil Blas—. Bien seguiré buscando trabajo y esta vez procuraré ganar dinero por mis méritos y mis esfuerzos. Estudiaré con afán y ya no seré más ni saltador, ni médico falso, ni sirviente adulador.

Cumplió su palabra, llegando a ser secretario del primer ministro de Su Majestad el rey.

Y aquí terminan las bienaventuras y malaventuras de Gil Blas de Santillana.

**F I N**



“Simbad” ofrece a sus queridos lectores un PREMIO GIGANTE.

Cada semana sorteará un proyector de cine entre los solucionistas de nuestro Concurso Semanal. Participe usted.





# Jazmín



## CAPITULO I.—Prisionera de la princesa Mitriti

Zaida, debe existir otro país más allá de las montañas azules, si no fuera así, ¿por qué la princesa Mitriti partió de Omar-El-Haji con tantos jinetes y está ausente ya más de tres lunas?

La niña que así hablaba fijó sus magníficos ojos verdes en la morena de una muchacha que extraía agua de una noria.

—¿Quién puede saberlo, Jazmín? —replicó Zaida—; tal vez la princesa Mitriti fué a reunirse con los súbditos de su madre que viven en los oasis del desierto. Yo nunca he salido de Omar-El-Haji.

Zaida y Jazmín eran amigas; ambas iban todos los días a buscar agua a la cisterna de la Puerta de Luna.

—Otra cosa que siempre me ha preocupado —murmuró Jazmín, en un corto silencio—, es que todos me tratan como a una descasada... Me miran con desprecio, menos tú y Fátima Morgana. Por eso siempre he deseado salir de esta aldea y saber qué hay más allá de las montañas azules.

—Algún día todos te querrán aquí, mi pobre Jazmín —replicó Zaida, acariciando a su amiga—. No pienses en abandonarnos; me quedaría muy sola... Te quiero tanto.

—Tú irías conmigo —declaró Jazmín, sentándose en la arena junto a Zaida—. Escucha, he tratado de disipar las dudas que invaden mi espíritu, pero no puedo... Yo siento que no pertenezco a esta aldea. ¿Por qué soy tan distinta de las muchachas de Omar-El-Haji? Mis ojos son verdes y los tuyos negros; mi cuerpo blanco y el tuyo moreno.

—Yo también he cavilado sobre eso —insinuó Zaida—. También eres diferente en el carácter. Ninguna de nosotras habría soportado la tiranía de Fátima Morgana. Esa mujer te humilla siempre y querría que besaras el polvo que ella pisa.

—Ha sido buena conmigo —murmuró Jazmín—, ahora está muy anciana y me necesita.

—Zaida, Zaida, Zaida —gritó una voz con áspero acento.

La morena joven se puso de pie aceleradamente y, colocando su

cántaro sobre la cabeza, salió por la Puerta de Luna en dirección al villorrio.

—Pobre Zaida —musitó Jazmín—, el oficio de aguadora no es muy liviano. Por suerte ella y yo nos entretenemos conversando un rato. Las demás aguadoras me desprecian.

La linda joven colocó graciosamente su cántaro sobre el hombro y entró a casa de Fátima Morgana.

—Nunca me has dicho —dijo poco después Jazmín a la anciana mora— por qué soy más blanca que las otras mujeres de la tribu.

—Estaba escrito en las estrellas que tú fueras así —respondió Fátima—. Como también estaba escrito que quedaras en mi poder cuando tus padres cayeron víctimas de una *razzia*. Tu color blanco es una fatalidad para ti.

Jazmín no lo creía así, y esa tarde, mientras contemplaba los minaretes y almenas del palacio de la princesa Mitriti, pensaba que el nuevo traje que había comprado con sus ahorros realzaría su belleza y el brillo de sus ojos glaucos.

El Palacio de los Opalos era un sueño para Jazmín. Ver otra vez de cerca a la princesa mora que le había sonreído tan dulcemente cuando le presentó el ánfora con agua.



—Yo siento que no pertenezco a esta aldea... —dijo Jazmín a su amiga.

se rumoreaba que la princesa llegaría inesperadamente y ya comenzaban a engalanar las calles y a colgar tapices árabes en los balcones para recibir a la soberana de Omar-El-Haji.

Mitriti celebraría pronto su cumpleaños y para ese día su madre, la sultana Fayum, había invitado a todos los magnates de las tribus vecinas.

—He comprado un traje muy lindo para esa fiesta —dijo Jazmín a la anciana Fátima—. Voy a mostrártelo.

La joven abrió un cofre, sacando de allí una preciosa túnica blanca con galones dorados.

—¿Por qué has comprado ese traje sin consultarme, Jazmín? —protestó la anciana—. Escogí siempre colores oscuros para ti...

Quieres que resalte más aún el color blanco de tu piel? Estás en edad de saber que se te considera como una paria, como una descastada en esta ciudad. Y lo digo por tu bien. Yo fui quien

te encontré en las arenas del desierto cuando la caravana fué atacada por nuestros enemigos. Eras una pequeñuela y muchos v

iperaron mi conducta. Me has servido bien y yo ya estoy muy vieja.

—Fátima —suplicó Jazmín, arrodillándose a los pies de la mo

ra—, dime quién soy yo... De dónde vengo y por qué soy distinta de las mujeres de Omar-El-Haji.

—No puedo responder a tus preguntas —respondió Fátima—; sólo puedo decirte que yo te he protegido hasta ahora, pero que

en adelante debes cuidar de ti misma con mucha prudencia.

Fátima se acercó a un cofre y extrajo de allí un anillo de oro con un escudo grabado en él. Una cinta azul muy desteñida lo

ataba. La anciana mora colgó al cuello de Jazmín la cinta con el anillo y murmuró en voz muy queda:

—Oculta esa joya, hija mía. Algún día servirá para que te reco

nozcan los que te reclamen. Jazmín, me has servido bien, y aunque otros te desprecien, yo nunca te he considerado una descas

tada.

Jazmín examinó el anillo y lo apretó contra su pecho, sintiendo una alegría inmensa al pensar que tal vez podría salir del desier

to, donde sólo Fátima y Zaida la apreciaban.

Al día siguiente, tambores y flautas anunciaron que la princesa Mitriti avanzaba por los contrafuertes de la Puerta de Luna en su lujoso palanquín.

Jazmín vistió su nuevo traje blanco con galones dorados y cubrió

su linda cabellera rubia con un velo del mismo color.

Así ataviada, Jazmín salió al camino y se unió a la multitud que aguardaba el paso de la princesa en la Puerta de Luna. Una balgata la precedía disparando al aire en señal de regocijo.

—Zaida, ¿por qué me miran con tanto enojo esos jinetes? —preguntó Jazmín a su amiga—. Parecen furibundos conmigo.

—Te ves tan diferente de las mujeres moras —expresó Zaida—. Con los trajes oscuros que te compraba Fátima, esa diferencia amenguaba, pero el color blanco y ese galón dorado realzan blancura. Tratemos de abandonar las primeras filas. Ven a colarte cerca de la noria, Jazmín.

Cuando tomaron colocación junto a las demás aguadoras, Jazmín advirtió las miradas hostiles de Zubeyda y Budor.

—No comprendo cómo tú, paria del desierto, te atreves a verte como una princesa —dijole Zubeyda.

—La princesa Mitriti —agregó Budor— sólo desea saludar a sus súbditos y no a los parias.

Jazmín no respondió a los insultos de las aguadoras y, herida en su orgullo, decidió acercarse a la princesa Mitriti para pedirle derecho a vivir en Omar-El-Haji sin ser una descastada.

—Ya llega la princesa —gritaron los de avanzada.

En efecto, se escuchaba el galope de los corceles árabes y el rumor de la música bullanguera.

Soldados de Nubia abrían paso al dorado palanquín de Mitriti.

—¡Qué bella es! —murmuró entusiasmada Jazmín.

Impulsivamente Jazmín cogió su ánfora de alabastro y avanzó hacia el palanquín de la princesa. Mitriti sonrió al homenaje que le brindaba la gentil aguadora y ordenó que su palanquín se detuviera. Pero esos ojos negros dejaron de sonreír al observar de cerca a Jazmín.

Descendiendo del palanquín, Mitriti se aproximó a la rubia niña y con furioso ademán volcó el ánfora, que se rompió en mil pedruzcos.

En seguida Mitriti cogió el vaso de cristal que le presentaba la aguadora Budor, rival de Jazmín, y bebió largos sorbos, sin dejar de observar a la joven, que permanecía altiva y serena a pesar del ultraje.

Mitriti alzó la mano e indicó a cuatro de sus guerreros que aprisionaran a Jazmín.

—Conducid a mi palacio a esta mujer —ordenó la princesa—



La mora colgó del cuello de Jazmín la cinta azul con el anillo.

o comprendo cómo han dejado que esta extranjera mancille las glorias de mi ciudad. ¿Quieren ustedes que el día de mi cumpleaños sea fatal para mí?

Jazmín fué arrastrada por los guerreros árabes, mientras Zaida se arrojaba a los pies de Mitriti.

—Piedad, piedad para mi amiga —suplicaba Zaida—. Ella no ha



El bullicio de la fiesta llegó hasta ella mientras la habitación se llenaba de sombras.

cerró en una lujosa habitación amoblada con divanes y cojines. ¿Por qué la habían tratado tan duramente? Perdida en sus tristes cavilaciones, Jazmín escuchó el ruido de una puerta que se abría. Dos ojos suspicaces la observaban y súbitamente una mujer cruel sobresaltó a la infeliz prisionera. Mitriti se aproximaba con una lámpara en la mano.

—¿Por qué me ha encerrado usted aquí? —murmuró Jazmín. Mitriti colocó la lámpara sobre una mesa y, tendiéndose en el diván, respondió:

—Me place hacerte saber que desde hoy eres mi prisionera y esclava, pero no creas que este palacio será tu prisión, ni pienses que vestirás de blanco y coronarás tu frente con velos dorados. Pronto te traerán el traje de esclava.

—¿Yo esclava? —murmuró Jazmín.

—Una esclava, un ser abyecto —repitió Mitriti—. Advierto orgullo en tu rostro y yo humillaré ese orgullo.

(CONTINUAR)

querido ofenderte a la princesa. Te quiero tanto...

Mitriti no dió oído a la súplica de Jazmín y subió de nuevo al palanquín.

Al llegar a la puerta del palacio, uno de los guerreros que conducían a Jazmín dijo al capitán de guardia:

—Lleva a esta muchacha a los aposentos de la princesa. Mitriti y custódiala severamente.

Jazmín atravesó las galerías de alabastro, los soberbios salones y, por fin, el capitán de la guardia la encerró en una habitación.

An illustration at the top left of the page shows two women in medieval-style clothing. The woman on the left has dark hair and is looking towards the right. The woman on the right has lighter hair and is looking forward. Behind them is a stylized drawing of a castle with towers and battlements.

# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO V. — *El fragmento de la espada*

Tristán de Loonoi venció a un terrible dragón que todos los días abandonaba su cueva y exigía a la ciudad de Weisefort una doncella para devorarla. Envenenado por el hálito del monstruo, cayó el héroe, luego de cortar la enorme lengua. Minutos después se acercó el cobarde Agunguerrán el Rojo, cortó la cabeza y se la llevó al rey para reclamar el premio ofrecido: la mano de Isolda la Rubia.

El rey dudó de la proeza, pero, queriendo cumplir su real palabra, convocó a sus vasallos para que se reunieran en la corte dentro de tres días. Allí, ante los barones, el senescal Agunguerrán probaría su victoria.

Cuando Isolda la Rubia supo que su padre la entregaría a un cobarde, lanzó una risa de desprecio. Luego, viendo que el rostro del rey permanecía grave y entristecido, palideció.

Encerrada en su alcoba, meditó en la desgracia que la amenazaba.

—Es imposible que Agunguerrán haya vencido al monstruo — dijo de pronto, alzando la rubia cabeza—. Hay en esto una traición.

Al alba llamó a su criado, el fiel Perinis, y a Brangiana, su doncella leal, y los tres cabalgaron en secreto hacia el refugio del dragón. Le hallaron decapitado. Junto a él yacía un caballo muerto. ¿Dónde estaría el matador? Isolda, Perinis y Brangiana lo buscaron largo tiempo y, al fin, entre las yerbas, cerca del agua, vieron relumbrar su yelmo. El héroe aún respiraba. Perinis lo subió a su caballo y lo trasladó a la cámara de las mujeres.

Allí Isolda contó la aventura a su madre y entre ambas, al quitar la armadura al doncel inconsciente, descubrieron la lengua envenenada del dragón.

Entonces la reina de Irlanda despertó al herido por virtud de una hierba y le dijo:

—Extranjero, sé que tú eres verdaderamente el que mató al monstruo, pero nuestro senescal, un cobarde, un traidor, le cortó la cabeza y reclama a mi hija Isolda la Rubia como premio. ¿Podrás, de aquí a dos días, probarle su mentira en duelo singular?

—Reina —contestó Tristán—, el plazo es breve, pero sin duda podréis curarme en dos días y, si he matado al dragón, mataré también al senescal.

La reina lo cuidó con esmero y le preparó pócimas que sanaban heridas mortales. Isolda lo bañó y le ungió el cuerpo con un bálsamo especial. Detuvo sus miradas en el rostro del herido, vio que era bello y se puso a pensar:

“Cierto, si su valor es tanto como su belleza, mi campeón librará una ruda batalla.”

Reanimado Tristán por la fuerza de los aromas y del agua, la miraba y, reflexionando que había conquistado a la reina de los cabellos de oro, sonreía.

Ella, turbada, se preguntó:

“¿Por qué habrá sonreído este extranjero? ¿He hecho algo inconveniente? ¿He olvidado prestarle algún servicio debido?”



El rey convocó a sus vasallos para que se reunieran en la corte dentro de tres días.

Examinó la armadura de Tristán y sacó la espada de la vaina, para limpiar la hoja ensangrentada.

Al advertir que le faltaba un gran pedazo, contempló la forma de la rotura.

¿No sería ésta el arma que se quebró en la cabeza del gigante Morolt, su tío, el hermano de su madre?

De nuevo palideció Isolda. Miró otra vez y, para disipar sus





**Isolda y la fiel Brangiana recogieron el cuerpo del herido.**

...tudas, buscó el fragmento de acero que guardaba en un cofre. Al mirarlo a la hendedura de la espada, ajustaba tan bien que no se distinguía la quebradura.

Volviéndose hacia Tristán y blandiendo sobre él la terrible arma, gritó:

—Eres Tristán de Loonois, el que mató a Morolt, mi tío amado. Muere ahora!

El pudo detenerla, cruzando su brazo ante el bello rostro y apriando la mano blanca.

—Sea, moriré, pero antes escúchame —habló, sin apartar sus ojos de los de ella—. Hija de rey, no sólo tienes el poder, sino el derecho de matarme, porque dos veces has salvado mi vida.

(CONTINUARA)

# Ponchito

ESTA NOCHE CAZAREMOS AL RATON  
QUE SE ROBA EL QUESO DEL  
COMEDOR, ABUELITA

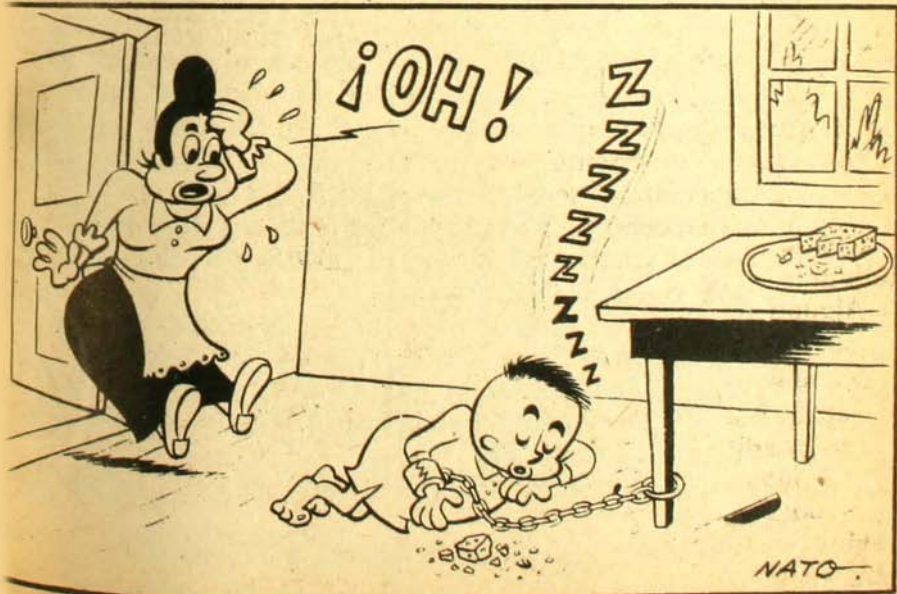


LE ARMARE' ESTA TRAM-  
PITA, AMARRO LA CADENA  
A LA PATA DEL COMEDOR  
Y NO PODRA' ESCAPAR



MAÑANA TEMPRANITO  
VEREMOS QUIEN ES  
EL GOLOSO,  
ABUELITA







# La casita de azúcar

La señora Bizcocho tenía una pastelería y todos los niños admiraban las cosas que exponía en el escaparate. Gatos y perros de bizcochos, caballos de chocolate, pipas de azúcar y, además, unos hermosísimos pasteles.

La señora Bizcocho habría sido una mujer muy agradable de no haber tenido el vicio de mentir.

Además la señora Bizcocho era avara. Si podía evitarlo, nunca regalaba nada, ni siquiera las migas secas de sus pasteles.

Un día hizo un hermoso pastel, adornado por rosas rojas a su alrededor, pero ignoraba qué podría poner en el centro.

“Lo mejor será, sin duda, hacer una casita de azúcar —se dijo—. Le haré ventanas, una puerta y dos chimeneas. Todo el mundo se entusiasmará al verla.”

Hizo de azúcar una casita lindísima. Le puso dos chimeneas rojas, cuatro ventanas y una puerta, cubiertas de chocolate. En las paredes colocó unas cuantas rosas de azúcar de color rojo.

Cuando la vió en la ventana, una niña le dijo:

—¿Por qué no pone usted alguien en su casita? Las casas se hacen para que las habite alguien, incluso las que son de azúcar. ¿Por qué no va usted en busca de los duendecillos diminutos a rogar a uno de ellos que venga a vivir en su casita de azúcar? Entonces todo el mundo vendría cada día a ver cómo abría la puerta de chocolate o se asomaba a las ventanitas.

A la señora Bizcocho le pareció que aquella era una buena idea. Se encasquetó el gorro y se dirigió al pueblo de los duendecillos diminutos, que vivían en callampas.

—¿Alguno de vosotros quiere ir a vivir a una casita de azúcar? No se parece en nada a vuestras viviendas en hongos, los que duran una sola noche, de modo que siempre habéis de estar de mudanza. La mía durará muchas semanas encima del pastel azucarado y, además, es magnífica.

Los duendecillos diminutos salieron de sus casas y se quedaron mirándola.

—Hemos oído decir que sois aficionada a la mentira —le contestó el jefe de los duendecillos—. Nosotros, en cambio, no men-

timos jamás, según ya sabéis, y no podríamos vivir con nadie que no dijese la verdad.

—Pues ahora podéis tener la seguridad de que no miento —contestó enojada la señora Bizcocho—. Por otra parte, os aseguro que nunca en mi vida he dicho una sola mentira.

—¡Caramba! Eso es muy agradable —declaró el jefe de los duendecillos—. Me alegraré mucho de dar permiso a mi hijo mayor para que vaya a vivir, desde mañana, a vuestra casita de azúcar.

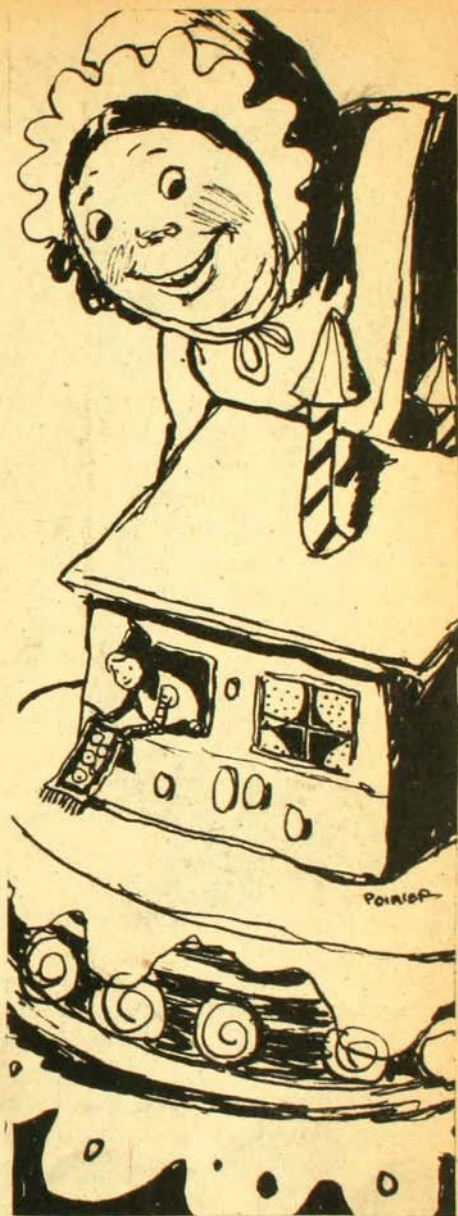
—Muchas gracias —dijo la señora Bizcocho.

Emprendió el camino hacia su casa y la gente del pueblo no tardó en saber que uno de los diminutos duendecillos iría a vivir en la casa de azúcar.

Como se comprende, esta noticia interesó en gran manera a todos los niños del pueblo.

Al día siguiente llegó Guiños al establecimiento de la señora Bizcocho. Esta lo levantó hasta donde se hallaba la casita de azúcar, que produjo una impresión magnífica en el duendecillo. Se quedó encantado.

Abrió la puerta de chocolate y penetró en la morada. No había llevado consigo ningún mueble, de modo que rogó a la señora Bizcocho que le hiciese una cama de azúcar, dos sillas de la misma substancia y una mesa



Era interesante ver al duendecillo cómo sacudía su alfombra en la ventana.



—¡Mentira! —exclamó una vocecita, y el diminuto enano se asomó por su ventana de dulce.

de chocolate. Dijo que, por su parte, pondría cortinas en las ventanas y compraría una alfombra.

Pronto quedó dispuesta la casa de azúcar y todos los niños del pueblo fueron a contemplarla. Era interesantísimo ver, al duendecillo cómo abría y cerraba la puerta o sacudía sus alfombras. La señora Bizcocho tenía una gran venta. Eran muchos los clientes que acudían a su establecimiento. para contemplar mejor el

pastel azucarado y, naturalmente, habían de hacer alguna compra, de manera que la señora Bizcocho llevaba camino de enriquecerse.

Durante algún tiempo se acordó de decir la verdad a la gente, pero luego olvidó su promesa.

—¿Está bueno este chocolate? —le preguntó una niña.

—¡Oh, sí, ya lo creo! —contestó la señora Bizcocho, mintiendo, porque aquel pastel tenía ya más de una semana.

—¡Mentira! —exclamó una vocecita, en tanto que el duendecillo diminuto se asomaba por la ventana de su casa—. Este pastel lo coció usted la semana pasada.

—¡Ay, sí, Dios mío! —contestaba la señora Bizcocho, muy enojada por la intromisión del duendecillo—. Llévase usted este otro. En cuanto se hubo marchado la niña, la señora Bizcocho se volvió para regañar al duendecillo; pero, con gran sorpresa, observó que estaba arrollando sus alfombras y descolgando las cortinas.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Me voy a mi casa —contestó el duendecillo—. No supondrá usted que voy a seguir viviendo en compañía de una vieja tan embustera. A nosotros nos repugna la mentira.

—¡Oh, no te vayas! —rogó la señora Bizcocho—. Todo el mundo se extrañará de tu marcha.

—No, no se extrañará nadie, porque yo les contaré la causa —dijo el duendecillo, mientras terminaba sus preparativos.

—¡Por favor, duendecillo, quédate conmigo!

—Bueno. Pero tenga en cuenta que si vuelve a mentir, yo diré la verdad a la gente —contestó el duendecillo, empezando a deshacer su equipaje—. Así, pues, tenga cuidado, señora Bizcocho.

Esta se portó muy bien durante unos cuantos días, de modo que el duendecillo no tuvo que pronunciar una sola palabra. Luego una mañana entró en la tienda una pobre mendiga y pidió a la señora Bizcocho que le diese un pastel añejo.

—¿Un pastel añejo? No tengo ninguno —contestó la señora Bizcocho—. Ahora, lárgate.

—¡Qué avara es usted! —exclamó el duendecillo, abriendo al mismo tiempo su puerta de chocolate—. ¿Dónde están esos pasteles que hizo el jueves y que aún no se han vendido?

—Me los he comido.

—Es usted una mentirosa —contestó el duendecillo—. Ahí es-

tán en el estante. Y si no se los da usted a esa pobre mujer, me vuelvo a mi casa.

La señora Bizcocho tomó los pasteles y se los dió a la pordiosera que, después de dar las gracias, se alejó.

La señora Bizcocho no se atrevió a reconvenir al duendecillo, pero estaba rabiosa. El se metió en su casa de azúcar, dando un portazo, porque también le molestaba la avaricia.

Aquella tarde entró un niño en el establecimiento y pidió que le diesen algunas migas, porque estaba hambriento. La señora Bizcocho lo miró enojada. ¡Otro pobre!

Disponíase a decir que no tenía migas, cuando vió que el duendecillo se había asomado a la puerta de la casita. Entonces, presurosa, recogió una buena cantidad de migas y se las dió al niño. Este, de puro agradecido, tomó la mano regordeta de la señora Bizcocho y se la besó. Ella sonrió al niño y al ver que estaba tan flaco, tomó un buen pastel de chocolate y se lo dió también.

—¡Oh! —exclamó él, entusiasmado—. ¡Qué buena es usted! Y salió, cantando, del establecimiento. La señora Bizcocho se miró la mano que le había besado, y díjose que, en realidad, resultaba agradable ser bondadosa.

Al levantar la mirada vió que la gente estaba contemplando el escaparate y notó que el duendecillo bailaba alegre sobre la parte superior del pastel, de modo que todos los transeúntes se detenían mirándolo en extremo sorprendidos.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó, asombrada.

—¡Oh, estoy tan satisfecho de su acto bondadoso, que no tengo más remedio que bailar de alegría! —contestó el duendecillo.

En cuanto llegó otro mendigo, la señora Bizcocho decidió conducirse nuevamente de un modo generoso, para sentir en el corazón aquel calor tan agradable. Por lo tanto, puso una torta de cerezas en una caja y luego unos cuantos pastelillos en una bolsa de papel, para el viejo que le había pedido una corteza de pan. El se quedó tan sorprendido, que apenas pudo dar las gracias. El duendecillo abrió la puerta y empezó a cantar, de modo que pronto se hubo reunido medio pueblo para escucharlo. En cuanto a la pastelera, se sonrojó, sin saber adónde mirar.

Desde entonces la señora Bizcocho nunca más mintió ni fué avara. Sentía tal satisfacción, después de haber dicho la verdad o de mostrarse bondadosa con alguien, que ya no pudo conducirse de otro modo. Y en muy poco tiempo conquistó de tal ma-





El duende bailaba alegre sobre el pastel y todos los niños se acercaron a verlo.

nera el aprecio general, que todo el mundo iba a comprar a su casa y ella se enriqueció hasta el punto de comprar una casita y retirarse a vivir en ella.

Llevóse consigo el pastel azucarado, con la casita de azúcar en su cima. Y lo mejor del caso es que el duendecillo diminuto aún vive allí y todos los días sacude las alfombras y abre las ventanas, para que el sol penetre en su vivienda.

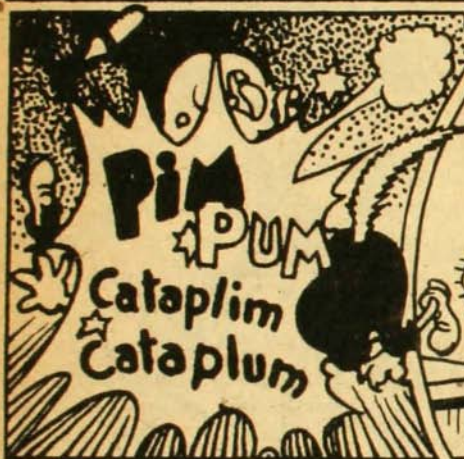
Eso demuestra que la buena señora es aún veraz y bondadosa.

# SUPERPOLLO

La patita Cuacuá, al saber que el pollo Cocoró, su amigo del alma, está en peligro de convertirse en cazuela, acude volando a salvarlo. Para ello debe desafiar al terrible cocinero.

¡Cuidado, compadre!

¡A la olla, comadre!



Asunto terminado.



Ven a mis brazos, Cocoró.



¿Qué pasó?

Una linda patita y un pollo aturdido.



(CONTINUARA)



## CAPITULO IV. — Clima de misterio y temor

Sentada junto a Enrique Velcúrt, quien conducía el lujoso automóvil de Mona Berger, Pervinca observaba distraídamente el panorama.

Sucedíanse los campos de mieses doradas, los vergeles y las aldehuelas con sus casas de roja techumbre. Algunas hacían recordar a Pervinca la finca de la nodriza María, donde pasó su dichosa niñez.

—En una hora más llegaremos a Miraflores y nos detendremos para el almuerzo —dijo Velcúrt.

Una pregunta quemaba los labios de Pervinca. Ella deseaba saber por qué antes de partir el empresario de Mona Berger había despedido al chófer, a la camarera y a la cocinera que estaban durante años al servicio de la artista. Tras larga vacilación, la niña interrogó:

—Padrino (así quería que la llamara el pérfido tutor), ¿por qué despidió usted a Fermín, a Berta y a Silvia?

—Porque en la mansión de Valle Alegre nos aguardan otros criados que conocen la comarca y están habituados a la vida del campo.

**RESUMEN:** La llaman Pervinca por el color azul de sus pupilas comparable a esas pervincas de nuestros campos. La niña al cumplir los trece años recibe la visita de su madre, quien le revela que ella es la gran artista Mona Berger. Para cumplir un contrato en Nueva York, la cantante parte en un avión que desaparece con todos sus pasajeros. Pervinca, desesperada por la fatal noticia, recibe la visita de Velcúrt, el empresario de Mona Berger. Este dice a Pervinca que su madre le nombró su tutor y que debe seguirle a la ciudad. Comprobada la pérdida del avión, Pervinca queda abandonada de todos y en poder de Velcúrt, quien la convence de que se marche con él a una finca en Valle Alegre.

Después de almorzar en Miraflores, el automóvil se internó por abruptos caminos, ondulando entre áridas colinas que impresionaban por su extrema soledad.

Los últimos destellos del crepúsculo iluminaron a lo lejos el castillo que debía ser la morada de Pervinca.

—Aquí se corta el camino por el denso bosque —dijo Enrique Velcort—. Voy a preguntarle a ese labriego dónde está la vía que conduce a nuestra casa.

—A la izquierda, señor —dijo el campesino—, pero vaya con cuidado, porque la lluvia ha maltratado mucho el sendero y como por aquí nunca pasan automóviles...

Resopló el motor y se introdujo el vehículo por una angosta vía.

—¡Qué lindo bosque! —exclamó Pervinca—. Se diría que usted me lleva al Bosque de la Bella Durmiente, padrino.

—Llegaremos en un instante más —sonrió Velcort—. Ya ha



Una joven campesina precedió a los viajeros por los corredores de la vetusta mansión.

do el ruido del motor en el castillo y sin duda tienen el portón abierto.

—Aquí es —dijo un minuto después Enrique Velcort—. Mira qué magnífico parque, Alejandra.

—Arboles centenarios que impresionan por su grandeza —musitó Pervinca.

En embargo, ya comenzaba a invadir su espíritu un temor que semejaba a un presentimiento fatal.

Enrique Velcort inmovilizó el motor en la escalinata del castillo. Escudieron los criados a recibirle.

—Saquen las maletas —dijo tercamente Velcort—. Subamos a tu departamento, Alejandra. Luisa llevará el equipaje.

Una joven campesina, de morenas mejillas y expresión tímida, precedió a los viajeros por los corredores de la vetusta mansión.

Después de atravesar un inmenso vestíbulo, subieron la gran escalera de mármol para rematar en una galería moderna y alegre.

—Aquí está tu dormitorio —señaló Velcort—. Tiene una linda vista al parque.

—Maravillosa —asintió Pervinca—. Ahora más que nunca me siento como la Bella Durmiente en el Bosque.

—Instálate como te convenga, Alejandra —insinuó Enrique Velcort—. La campana te anunciará la hora de comida. Luisa y el

jardinero se ocuparán de los menesteres de la casa. Mi dormitorio está contiguo al tuyo. Si algo se te ofrece, no vaciles en llamarme.

Pervinca sonrió a la camarera Luisa, pero la mujer, con temeroso ademán, no le devolvió la sonrisa.

“Parece que me tiene miedo”, pensó Pervinca.

Tres minutos después subió el jardinero con un pesado baúl y también llamó la atención de Pervinca la actitud temerosa de

aquel hombre.

“¿Por qué me temen? —pensó la niña—. Ni mis años ni mis maneras son para intimidar. Aquí hay un misterio, pero no lo adivino.”

La necesidad de proceder a su instalación disipó las cavilaciones de Pervinca.

—Luisa —suplicó Pervinca a la joven campesina—, ¿quiere ayudarme a colocar mi ropa en este armario?

—Bien, señorita —replicó Luisa, con visible recelo.

Fué inútil hacer hablar a la muchacha. Respondía con monosílabos y salió presurosa de la habitación cuando terminó su tarea.

Pervinca se acodó en la ventana. El crepúsculo invadía lentamen-

te el parque. En el follaje trinaban aún las aves, pero ya comenzaba el silencio del atardecer.

Una impresión indefinible estremeció a la niña.

—Perdida en el bosque, con dos empleados que parecen tramposos de pavor —murmuró Pervinca—. Me siento aislada del mundo como una cartuja.

“Ronda un misterio en esta casa —pensó poco después—. No es el ambiente de un hogar normal. Los campesinos siempre son obsequiosos y éstos dos se diría que presienten una desgracia o un peligro. Luisa colgaba mis vestidos con manos temblorosas. ¿Seré yo juguete de mi imaginación?”

En ese instante sonó la campanilla anunciando la comida. Pervinca bajó al comedor, donde la esperaba Enrique Velcort. Luisa sirvió a la mesa en silencio y con una cara de espanto que quitaba el apetito.

—Padrino —dijo Pervinca a Velcort—, parece que Luisa tiene miedo. El jardinero también anda viendo fantasmas... ¿A quién le temen? ¿Penan las ánimas en esta casa?

—No lo he advertido, Alejandra —respondió Velcort—. Como hija de artista tienes una imaginación fantástica. ¿Deseas escuchar radio en el salón o retirarte en seguida a tu dormitorio?

—Tengo sueño, padrino —respondió Pervinca—. Buenas noches, padrino.

—Buenas noches, hijita —murmuró Velcort, dando un beso en la frente de su pupila.

Antes de dormirse, Pervinca pensó mucho, pero el cansancio triunfó de sus preocupaciones y se durmió sin haber encontrado la clave del misterio.

Al día siguiente despertó con el sol iluminando toda la estancia. La niña saltó del lecho y por primera vez desde la muerte de su madre sintió liviano su corazón.

La perspectiva de explorar el jardín y el bosque vecino la colmaban de júbilo.

Terminaba de vestirse cuando apareció Luisa con la bandeja del desayuno.

—Buenos días, Luisa —exclamó Pervinca—. Qué lindo día... Ponga la bandeja sobre la mesa, por favor.

Sin responder al saludo, Luisa obedeció.

—Has olvidado darme los buenos días, Luisa —insinuó Pervinca—, y tus manos tiemblan. ¿Me tienes miedo? ¿Y por qué? Suéptame, ponga que yo no soy una niña espantable...



vinca terminaba de vestirse cuando apareció Luisa con la bandeja del desayuno.

No, no, señorita —balbuceó Luisa—, yo no le tengo miedo. ¿Qué te ocurre entonces?

La camarera, muda y temblorosa, huyó por la puerta.

Gente rara —murmuró entre risueña y cavilosa—, pero no me harán perder el apetito.

Pervinca peinó sus lindos cabellos rubios y los sujetó con gracioso nudo.

La seguida vistió una falda escocesa y una blusa blanca, considerando este atavío conveniente para correr por la selva.

Al castillo, radiante de sol, no le parecía ni tétrico ni tenebroso.

Antoroneando un surtidor de agua con artísticos mosaicos españoles, Pervinca se perdió en las múltiples avenidas del parque y ruscamente se detuvo ante la reja que estaba cerrada y resistía todos sus esfuerzos para abrirla.

A través de los barrotes de hierro divisaba la floresta, tenebrosa a pesar del sol y poblada por millares de trinadorasavecillas.

—Iré en busca de la llave —dijo Pervinca.

—Quiero salir al bosque —dijo al jardinero, que la miró asustado.

—No puede usted salir de este recinto

—declaró el jardinero, alejándose como si temiera que la niña saltara sobre

el cual gato montés. (CONTINUARA)

**CUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal**

**SIMBAD N.º 40**  
La libra esterlina tiene  
... peniques.

# ¡GRANDES PREMIOS!

## CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos peniques tiene la libra inglesa?

Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casillero 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 libros de cuentos infantiles, 15 paquetes de Vitalmín, 10 premios de \$ 20.—, 5 tubos de pasta Baycol, 5 carpetas de esquiselas, 2 juegos de pimpón, 5 billeteras y 5 juegos de dominó.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 37.— El planeta

Saturno tiene 9 satélites.

Premiados con UN TUBO PASTA BAYCOL: Héctor Hernández, Santiago; Cecilia de Moras, San Felipe; Eduardo Vicent, Quillota; Lucy Pregnari, Talca; Hernán Sepúlveda, Angol. UN PAQUETE VITALMIN: Juan Ibarra Curanilahue; Irma Bustamante, Parral; Víctor Eduardo Iribarra, Llo-Llellena; Arturo Pino, Santiago; Rubén Guarda, Concepción. UN CINTURON N.º 37: Orlando González, Ovalle; Zanoni Vinet, Quillota; Leonidas Fuente Temuco. UNA CARPETA ESQUELAS: Hernán González, Santiago; Saul Rojas, Santiago; Enrique Obregón, Concepción; Hernán Collao, Tocopilla. UN LLAVERO: Fernando Eduardo Moreno, Coronel; Marcela Ahumada Vallenar; Humberto Leyton, Copiapó; María Eugenia González, Santiago; Yolanda Inés Espinoza, Linares.

### PREMIADO CON EL PROYECTOR DE CINE

Pedro Raggio, Santiago.

¡LECTORES DE "SIMBAD", ATENCION! Como ustedes lo están comprobando, semana a semana regalamos un MAGNIFICO PROYECTOR DE CINE. El elegido de la suerte, si reside en Santiago, deberá pasar por nuestras oficinas, de Avenida Santa María 063, tercer piso, donde le entregaremos este maravilloso regalo. Los agraciados de provincias recibirán este obsequio por correo.

LECTORES DE PROVINCIAS.— Envíen su solución con su dirección completa. Tenemos muchos obsequios que no ha sido posible despachar por dirección insuficiente.



s e m b lantes hoscós del cabello dorado y el bello rostro de las mujeres.

Han, el gigante, esgrimió su hacha de sílex, pero Ferrio detuvo su gesto amenazante.

—¡Espera! —s u s u r r ó.

Los hombres se sumergieron de nuevo y, nadando entre dos aguas, persiguieron a los peces. Reaparecían llevando cada uno una presa, que lanzaban a los pies del que había salvado al niño de la tri- bu.

—D e m u e s t r a n su gratitud —exclamó Cobalto—. Nos proporcionan alimento.

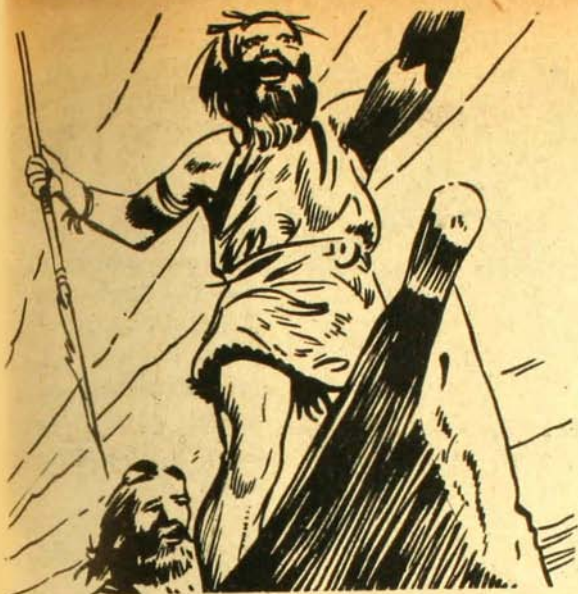
Una mujer nadaba cada cierto tiempo hasta la orilla, lanzando un llamado lastimero. Ferrio comprendió que era la madre de la criatura y entonces deslizó a ésta suavemente en el lago. No tardaron en alejarse madre e hijo, y los demás pobladores de los pantanos, luego de añadir nuevos peces a su tributo, desaparecieron también.

El cielo se había nublado. Se aproximaba la estación de las lluvias y la horda celebró esas señales ejecutando una danza frenética. Pronto la crecida del río sacaría la balsa del atascadero. En esa época, los hombres venidos del mar remontaron el río. Horda primitiva y bárbara, ambulaba en busca de lucha y pillaje. Erguido en su canoa, el jefe avistó al clan varado y, con un aullido salvaje, enarboló su arpón de hueso.

Hábilmente dirigida, la embarcación se acercó a tierra y los tripulantes se abalanzaron al asalto, empuñando sus dagas, largas y pulidas, formadas por una espina de pez.



Se aproximaba la estación de las lluvias y el cielo se nubló.



Erguido en la canoa, el jefe avistó el clan varado.

dada. Sus esquifes permanecían disimulados entre los juncales.

—Esperan la noche para atacar — indicó Ferrio, sombríamente.

—Nada podemos hacer para impedirlo —respondió Cobalto—. No poseemos naves y, si intentamos perseguirles, sólo conseguiremos hundirnos en algún pantano.

Cuando las tinieblas cubrieron la tierra, las canoas rodearon la balsa, en la cual se agrupaba la horda. Ferrio ordenó encender una gran hoguera en el centro y cuatro fogatas más en cada esquina. A

La batalla fué ruda y sangrienta. Entrechocaban las armas de hueso con las hachas de piedra y los rugidos de dolor y de furia poblaban el aire. Han dominaba a los contrincantes con su formidable estatura y su fuerza de titán invencible. Uno a uno los agresores se vieron rechazados. La primera embestida de los bárbaros había fracasado.

Los hombres del mar huyeron en desbandada.



A la vista del fuego, un sacudimiento de terror estremeció a los bárbaros.



Para eludir los arponazos, Ferrio y Aura se tendieron en la balsa.

de nuevo resonó un grito de agonía. Ferrio, cogiendo el brazo de Aura, la obligó a tenderse en la balsa, mientras un clamor salvaje turbaba la quietud de la noche.

la vista del fuego, un sacudimiento de terror estremeció a los hombres del mar. No conocían el fulgor danzante de las llamas y se sintieron dominados por un supersticioso temor. Pero el jefe pronunció unas palabras y aquel gutural sonido devolvió la ferocidad a su clan. Un arpon silbó en el espacio y se clavó hondamente en la espalda de un troglodita, que cayó junto a la hoguera central.

Otra lanza dentada siguió a la anterior y

se clavó hondamente en la espalda de un troglodita, que cayó junto a la hoguera central.

(CONCLUIRA)

---

---

## A nuestros lectores

**Ernesto Sepúlveda.**— Agradezco sus entusiastas felicitaciones por "El Planeta Errante", "Gil Blas de Santillana" y "El Romance de Tristán e Isolda".

**Jorge Oyarzún.**— Consulte en alguna imprenta. Le felicitamos por tener completa la colección de "SIMBAD", a la cual llama usted "mi tesoro".

**Gastón Gilberto.**— Nuestra dibujante

Elena Poirier agradece cordialmente sus felicitaciones.

**Orlando Sanhueza.**— Procuraremos dar en "SIMBAD" una serie detectivesca.

**Hernán Araya Hinojosa.**— Transmitemos sus felicitaciones a nuestro dibujante Nato.

Roxane

ENTRAS TANTO, EN EL  
TEL, EL GATO DE PIMPÍN..

APROVECHARÉ QUE  
MI AMO NO ESTA'  
PARA PROBAR ESTOS  
CHORIZOS.



NAM  
NAM!

AH, PILLO!

LE DARE UNA  
LECCION!



MIAAAUU!



TH.  
Lobos A.



# Simbad

N.º 41

LOS ZAPATOS CAMBIADOS

ZAPATOS CON  
CINTA DE ORO



BIENA POIRIER

\$ 2.-

# Pimpín

EL AVENTURERO



Por

THEMISTOCLES  
OBOS A.

PIMPÍN HA DECIDIDO A-  
PRENDER A  
ENCANTAR  
SERPIENTES  
CON LA FLAU-  
TA QUE COM-  
PRÓ.

ESTA TOMAN-  
DO LECCIONES  
DE UN DISCO  
CON MÚSICA  
HINDÚ.

9.-



PIMPÍN SUEÑA QUE  
ES ENCANTADOR  
DE SERPIENTES...



SIN SABER QUE UNA  
DE VERDAD SE LE  
ACERCA, ATRAIDA POR LA MÚSICA!

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I — N.º 41

Precio: \$ 2.—

14-VI-1950

# Don Quijote *de la* Mancha

## CAPITULO I. — *El ingenioso hidalgo*

En un lugar de la Mancha vivió, hace muchos siglos, un hidalgo de los de lanza en astillero, es decir, abandonada en una percha, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Se llamaba Quijana, y en sus momentos de ocio (que eran los más del año) se dedicaba a leer libros de caballería.

Tanto se apasionó por esas historias, que vendió muchas hanegas de tierra para comprar libros y más libros y se pasaba el día y



El hidalgo se pasaba el día y la noche lee que lee.





¡Oh, cuántas proezas realizaba un caballero andante!

la noche lee que lee, hasta que su cerebro se quedó seco y nuestro caballero perdió el juicio.

¡Oh, cuántas proezas realizaba un caballero andante! No había para él enemigo invencible, ni monstruo espantador, ni haza-



Con gran paciencia limpió las armas cubiertas de moho que pertenecieron a sus bisabuelos.

ruda, ni desfallecimiento, ni fatiga. Sentíase rodeado de héroes y de peligros y deseó vivir las aventuras que leía. De pie entre los polvos polvorientos, decidió:

—Me convertiré en caballero andante. Iré por el mundo para defender a los débiles y castigar a los felones.

Sin pérdida de tiempo se puso a limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos. Olvidadas en

en rincón, se habían llenado de moho. Con gran paciencia les sacó el poco brillo que podían lucir y quedó convencido de que las había dejado bruñidas y que resplandecían como el sol. Compuso la armadura con la coraza, el espaldar, la escarcela, los tibiales. Ejecutaba su trabajo en el patio, ante las miradas sorprendidas de su sobrina, de su sirvienta y del mozo de cuadra.

—¿Qué está haciendo? —susurró la criada, cuando pudo hablar, pues con la boca enormemente abierta por el asombro no podía articular palabra.

—No sé —contestó la joven sobrina.

Después lo vieron acercarse a su caballo y, aunque el pobre sólo tenía piel, huesos y crines mustias, al hidalgo le pareció más brioso que el Bucéfalo de Alejandro Magno y el Babieca del Cid. Posando su mano en la brida, exclamó:

—Soy un caballero andante, el ilustre caba...

Se interrumpió, confuso. ¿Qué nombre llevaría? Quijana era una palabra opaca, sin sonido vibrante, sin aliento glorioso. Debía elegir otro nombre, digno de las hazañas que iba a realizar.

Cuatro días estuvo pensando. No levantaba cabeza, ni desarrugaba el ceño, ni cerraba los ojos. Primero quería encontrar nombre a su corcel y, por fin,

se decidió por el bello y sonoro nominativo: **ROCINANTE**.

Para elegir su propio bautizo, demoró otros ocho días y, al fin, decidió llamarse **DON QUIJOTE**. Y quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de su patria y llamarse **DON QUIJOTE DE LA MANCHA**.

Vistió la armadura, y como no tenía celada de encaje, sino morrión simple, fabricó el ingenioso hi-



La rústica Aldonza Lorenzo se convirtió en la noble y bella Dulcinea del Toboso.



**Y Don Quijote salió al más ancho camino del mundo.**

que era alegre como una cigarra del campo y bastante bonita. Lo malo de ella era su nombre: Aldonza Lorenzo.

—No suena bien —murmuró el hidalgo—. La llamafé **DULCINEA DEL TOBOSO**, porque es natural del Toboso.

Según su menguado seso, Dulcinea vibraba a música y oía a jazmines.

Y una mañana, cuando recién el día alboraba, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al más ancho camino del mundo.

Nadie lo vió salir.

(CONTINUARA)



“Simbad” ofrece a sus queridos lectores un PREMIO GIGANTE.

Cada semana sorteará un proyector de cine entre los solucionistas de nuestro Concurso Semanal. Participe usted.



# Jazmín



## CAPITULO II. — La fuga de Jazmín al desierto

—¿Qué culpa tengo yo de ser más blanca que tú? —dijo Jazmín a la cruel princesa Mitriti. Esta pregunta colmó el furor de Mitriti, quien, levantándose del diván donde reposaba, golpeó sus manos fuertemente. En el

acto aparecieron tres doncellas trayendo un atado de andrajos.

—Este será tu uniforme, Jazmín, la aguadora —dijo la pérfida princesa—. Vístelo inmediatamente.

Como Jazmín vacilara un instante y sintiera repugnancia por esos harapos, Mitriti le rasgó el velo dorado y su lindo traje blanco.

Jazmín se desvistió... Con manos temblorosas cogió los andrajos y se cubrió con ellos.

—Y ahora a trabajar —ordenó Mitriti, abriendo la puerta.

Una mujer alta, de aspecto repulsivo, aguardaba las órdenes de la princesa tras la puerta.

—Esta es la nueva esclava, Kasama —dijo Mitriti—. No tengas piedad con ella, ni le perdones la menor falta.

Kasama colocó su mano en la frente, se inclinó hasta el suelo y cogió la mano de la nueva esclava.

Jazmín alzó su frente con un gesto de rebelión y fijando sus ojos en la princesa Mitriti, con reconcentrado orgullo, siguió a la mayordoma de palacio.

—Mientras todo el pueblo de Omar-El-Hadji se divierte, tú trabajarás —indicó la vieja Kasama—. Hay tarea para ti en el Templo de la Luna, porque mañana la princesa Mitriti será coronada ahí como sultana electa. Ven y no ceses de trabajar. Yo te vigilaré.

—Kasama —gritó desde lejos Mitriti—, cuidala como si fuera tu propia vida. Si fallas tendrás severos castigos. Esta muchacha no

**RESUMEN:** Jazmín, la aguadora, a causa de sus cabellos rubios y su tez blanca es repudiada por todos en Omar-El-Haji. Fátima Morgana le entrega un anillo de oro atado con una cinta azul, y le dice que ella la recogió entre los despojos de una caravana del desierto. La princesa Mitriti odia a Jazmín, y decide hacerla su esclava.

debe salir a la ciudad; ni jamás ha de saberse de ella ni aquí, ni más allá del desierto.

Por primera vez en su vida, Jazmín pensó que había un misterio oculto en su existencia y que realmente era ella de otra raza distinta de los habitantes de Omar-El-Hadji.

Al llegar al pórtico del Templo de la Luna, Kasama entregó a Jazmín una escoba y le ordenó que barriera.



—Jazmín, Jazmín, la aguadora —dijo en voz baja la oculta sacerdotisa de Omah.

Después la vieja llamó a un soldado de Nubia y le dijo:

—Observa a esta muchacha y no la dejes descansar un instante. En el interior del templo barrían también otras esclavas. Nadie hablaba y todas parecían agotadas y tristes.

Jazmín recordó que ella y Zaida se habían preparado para concurrir a la ceremonia de la coronación, fiesta llena de misterios, pues Mitriti recibiría la corona de sultana de manos de la **OCULTA SACERDOTISA DE OMAH**.

Poco a poco las demás esclavas fueron retirándose del templo. Jazmín sintió una fatiga intensa. Durante el día no había probado alimento, ni bebido un sorbo de agua.

De pronto oyó una voz que la llamaba:

—Jazmín, Jazmín, la aguadora.

Aunque el llamado era muy quedo, Jazmín lo escuchó y se aproximó al pórtico del templo.

La puerta de oro se entreabrió y allí se detuvo una negra silueta. Sólo dos ojos brillantísimos quedaban descubiertos entre los velos y tules de esa mujer.

Jazmín calculó que estaba en presencia de la Oculta Sacerdotisa de Omah.

—Jazmín, acércate, soy tu amiga, pero nadie debe saberlo —murmuró la velada aparición.

Jazmín subió las gradas del pórtico y entró al Templo de la Luna.

—Escucha —expresó la sacerdotisa, después de cerrar la puerta de oro—; personas adictas a mí te esperan más allá de la Puerta de Luna para conducirte a un sitio donde serás libre y feliz... Voy a guiarte por un camino secreto. Vete y jamás retornes aquí... Mis criados te conducirán al oasis de EL KARMA, fuera de estas murallas... Allí encontrarás a una persona y ella te explicará todo...

—No comprendo —murmuró Jazmín, mientras la sacerdotisa guiaba sus pasos por oscuros túneles—. ¿Qué persona es la que me espera en el oasis de El Karma?

—No me interrogues porque no puedo responder —replicó la velada mujer—. Más allá de los muros hallarás a los tuyos... La sacerdotisa guió a Jazmín hasta una pequeña puerta oculta entre las breñas.

—Hemos llegado —dijo la velada mujer—. Que Kismet te dé suerte. Ve en paz. Camina por la senda que lleva a la Puerta de Luna y allí te ayudarán mis enviados.

La sacerdotisa de Omah cerró la puerta secreta del templo y Jazmín, siguiendo las instrucciones de su protectora, se dirigió presurosamente a la Puerta de Luna.

Por fortuna las calles estaban solitarias y la fugitiva se deslizó como una sombra por entre las palmeras y cocoteros. Desde lejos escuchaba los cánticos y murgas que celebraban el natalicio de la princesa Mitriti.

Cuán lejos parecía a Jazmín la Puerta de Luna donde en esa misma mañana esperó el paso de la princesa Mitriti. Al aproximarse a la noria, sitio tan querido de la joven aguadora, Jazmín divisó dos siluetas blancas. ¿Sería Kasama, su terrible guardiana, que había descubierto su fuga?

Ya era inútil vacilar. Amigos o enemigos debía presentarse a ello para franquear la Puerta de Luna que permitía la entrada o la salida de la ciudad árabe.

Las dos siluetas blancas se acercaron a la joven aguadora.

—Hassan, es ella —dijo uno de los individuos.

—Soy Jazmín, la aguadora —murmuró la joven fugitiva—. ¿Ustedes son los amigos que han de ayudarme?

—Esas fueron las órdenes de la Luna —respondió el árabe—. Sube al corcel. Los guardianes de la Puerta de Luna se encuentran en la fiesta. El paso está libre.

Jazmín montó el caballo que Hassan le acercaba.

En seguida los tres jinetes partieron como un celaje y se perdieron en el desierto.

Por fin llegaron cerca de un verde oasis y Hassan rompió el silencio.

—Aquí esperarás a la persona que vendrá a buscarte —dijo el árabe a Jazmín—; por tu propio bien es preciso que regresemos en el acto a Omar-El-Hadji.

—Gracias por su bondad —respondió Jazmín.

—Qué Alá te proteja —dijeron los jinetes, alejándose rápidamente.

Jazmín bajó del caballo y buscó a diestro y siniestro la persona que debía aguardarla.

—Una cabalgata —murmuró de pronto la joven.

En efecto, un grupo de jinetes se acercaba al oasis. Uno de éstos llevaba la delantera, y Jazmín se asombró al ver que la persona que precedía a los demás jinetes era una jovencita.

—Kismet me protege —balbuceó Jazmín—. Pero qué veo... Es una joven blanca como yo...

Cuando la extranjera estuvo a pocos pasos, Jazmín experimentó una nueva sorpresa. La niña que se aproximaba era, no sólo tan blanca y rubia como ella, sino que también se le parecía en sus facciones. Se hubiera dicho que estaba mirándose en un espejo.

La joven amazona que acudía en su auxilio, dió también muestras de asombro al ver a Jazmín, y ya tendía sus brazos, cuando una sombra saltó sobre la fugitiva y envolvió su cabeza en un manto. Alzándola en seguida sobre sus hombros, la colocó sobre un caballo y huyó con ella hacia la ciudad de Omar-El-Hadji.

—¡Suélteme, suélteme! —gritaba la infeliz cautiva—. No quiero volver al palacio de Mitriti.



Jazmín quedó estupefacta al ver a una joven semejante a ella.

¿Pero qué podía hacer la desdichada Jazmín amordazada y sujeta por férreos brazos a la montura del caballo?

Jazmín advirtió confusamente la lucha de ambos bandos que se la disputaban. Sonaron varios tiros y el corcel que la conducía otra vez a su siniestra prisión, galopó desboçado por las arenas del desierto.

El grito del vigía que custodiaba la Puerta de Luna indicó a Jazmín que era ya irremediable su desdicha.

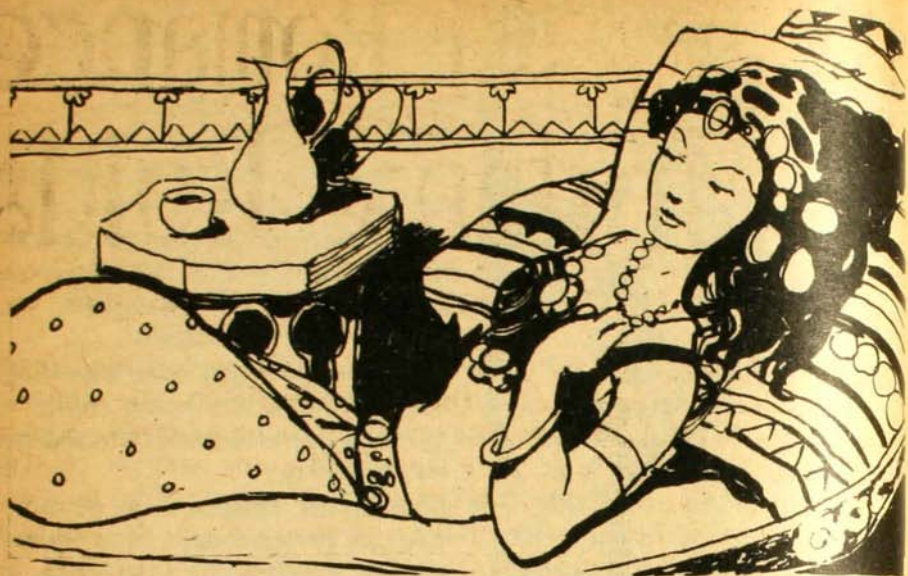
Momentos después la deslizaban al pavimento y una mano áspera y fuerte le arrancaba el manto que cubría su cabeza.

—Pagarás muy caro tu fuga, vil esclava —díjole la terrible Kasama—. Fué una suerte para mí que uno de los centinelas te viera salir y que yo pudiera procurarme en el acto buenos caballos para seguirte. Ahora tendrás que confesar cómo saliste del templo. Sígueme... Ya viene el día y responderás de tus actos ante la princesa. La cruel mayordoma de las esclavas, la perversa Kasama, cogió por los cabellos a Jazmín y la arrastró hasta el palacio de los Opalos.

La princesa Mitriti salió al encuentro de la fugitiva.

—Conseguiste capturarla, Kasama —exclamó furibunda Mitriti—. Bien para ti, porque de





La princesa se reclinó sobre lujosos cojines.

otra manera habrías pagado ese descuido con tu vida.  
Kasama se inclinó ante la princesa y besó la orla de su túnica.  
—¿Pensabas fugarte, abyecta esclava? —preguntó Mitriti, fijando sus negras pupilas en las de Jazmín.

—¿Qué otra cosa me quedaba que hacer? —respondió altivamente Jazmín—. Dijiste que yo era un ser despreciable, que no debía mancillar el aire de esta ciudad y yo no quiero ser tu esclava, porque las esclavas se traen de países enemigos y no se escogen entre los habitantes del mismo suelo. . .

—Calla, mujer —vociferó Mitriti—, y entra a mis habitaciones. La princesa se recostó en un lujoso diván e interrogó así a la cautiva:

—¿Quién te ayudó a huir hasta el oasis de El Karma?

—Nunca lo diré —respondió Jazmín.

Mitriti continuó exigiendo una respuesta, pero la fugitiva selló sus labios. Jamás traicionaría a la sacerdotisa del Templo de la Luna, jamás pronunciaría una palabra que hiciera sospechar la complicidad de esa misteriosa mujer en su fuga.

(CONTINUARA)

An illustration at the top left of the page shows two women with long hair, one slightly behind the other, looking towards the right. In the background, there is a sketch of a castle with towers and a crenellated roof.

# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO VI. — Frente al rey de Irlanda

Tristán de Loonoi venció en singular duelo a un terrible dragón que todos los días exigía a la ciudad de Weisefort una doncella para devorarla. Envenenado por el hálito del monstruo, cayó el héroe, luego de cortar la enorme lengua. Minutos después se acercó el cobarde Agunguerrán el Rojo, cortó la cabeza y se la entregó al rey para reclamar el premio ofrecido: la mano de Isolda la Rubia. Ella, sospechando una traición, acudió a la guarida del dragón y halló a Tristán. Junto con la reina, curó sus heridas. Al examinar la armadura del doncel, Isolda descubrió que había sido él quien mató en duelo a su tío, el gigante Morolt.

Tristán, cuando ella quiso matarlo para vengar la muerte de Morolt, la detuvo y le habló, mirándola profundamente a los ojos azules, nublados por el dolor:

—Hija de rey, puedes quitarme la vida, porque antes la salvaste. Una vez cuando llegué a ti como un juglar herido y tú me curaste del veneno que penetró en mi sangre con el venablo de Morolt. No te ruborices de haberme defendido contra la muerte, porque esas heridas las recibí en leal combate. ¿Maté acaso a Morolt a traición? ¿No me desafió? Por segunda vez, yendo a buscarme junto al dragón, me salvaste. Y es por ti por quien he combatido al monstruo. Pero no hablemos de eso. Tienes derecho a matarme y tal vez te será dulce recordar, cuando estés en los brazos del cobarde Agunguerrán, que heriste de muerte a quien arriesgó la vida por conquistarte.

Isolda exclamó, pensativa:

—Oigo maravillosas palabras. ¿Por qué el matador de Morolt ha querido conquistarme? ¿Quieres llevarme de sierva a Cornualles, para vengar a las doncellas que venían esclavizadas a mi reino?

—Escúchame, hija de rey. Un día dos golondrinas volaron hasta

Tintagel llevando uno de tus cabellos de oro. Vine a buscarte a través de los mares y afronté al dragón y su veneno. Mira ese cabello entre los hilos dorados de mi casaca: el color de los hilos de oro se ha apagado, pero no el del cabello.

Isolda miró la espada y sostuvo en sus manos la casaca bordada de Tristán. Vió el cabello de oro y se calló largo rato. Después besó a su huésped en los labios, en señal de paz, y le vistió sus ricas vestimentas.

El día de la asamblea de los barones, Tristán envió secretamente a Perinis, el criado de Isolda, a su nave. Ordenaba a sus compañeros que se presentaran en la corte, adornados como convenía a los emisarios de un rey poderoso. Ellos obedecieron y uno a uno entraron en la sala y sentáronse en fila, mientras las pedrerías vertían luces a lo largo de sus trajes de escarlata y púrpura. Los irlandeses murmuraban:

—¿Quiénes son estos magníficos señores? ¿Dónde se vió nunca tanto esplendor?

Ellos callaban y no se movían de sus asientos por nadie.

Cuando el rey de Irlanda ocupó el trono, el senescal Agunguerrán declaró:



—Yo maté al dragón y el rey debe cumplir su palabra, entregándome como esposa a Isolda la Rubia.

Y la mirada de Agunguerrán se clavó en la joven reina. Ella, sin alterarse, inclinada hacia su padre, dijo:

—Rey, aquí hay un doncel que delatará la felonía y mentira de tu senescal. Probará que fué él quien libró tus tierras de una plaga y que tu hija no debe ser en-

“Vine a buscarte a través de los mares”.



Entre los bordados de oro de la casaca de Tristán, brillaba un cabello dorado, apagando el fulgor de los hilos dorados.

tregada a un cobarde. Si lo demuestra, rey, ¿me prometes perdonarle sus culpas antiguas, por grandes que sean?

El rey meditaba y no se atrevía a responder. Los barones gritaron a una voz:

—¡Promete perdonarle, sire!

Y el rey dijo:

—Accedido.

Pero Isolda se agrodilló a sus pies:

—Padre, dadme ante todo el beso de paz, en señal de que se lo darás, igualmente, a ese doncel.

Cuando hubo recibido el beso, fué en busca de Tristán y lo condujo a la asamblea. Temblaba, aunque sentía en su mano la firmeza de los dedos de Tristán. ¿Perdonaría el rey al vencedor de Morolt?

Al verle aparecer, los caballeros se levantaron a un tiempo y le saludaron con los brazos en cruz sobre el pecho. Pero después, cuando le reconocieron, un gran grito retumbó:

—¡Es Tristán de Loonoi, el matador de Morolt! ¡Que muera!

(CONTINUARA)

# Ponchito





# Los zapatos cambiados

Goro era un viejo gnomo, avaro, que no se distinguía por su honradez. Cuando encontraba una moneda falsa, procuraba dársela al tendero, aprovechando la escasa luz del crepúsculo. Si podía pedir algo prestado y no devolverlo, lo hacía. Su casa estaba llena de cosas que pidió prestadas y que nunca devolvió.

—Un día te arrepentirás —le decían sus conocidos—. Puedes estar seguro. Los individuos como tú, tarde o temprano, pagan cara su conducta.

Pero Goro se sonreía, creyendo que todo aquello eran exageraciones. En su casa tenía escondido un botijo lleno de dinero. Todos los domingos comía pollo; su gato negro lo cazaba en la granja inmediata y, además, en invierno le sobraba ropa de abrigo.

“Por ahora todo me va muy bien —se decía—. ¿De qué sirve ser honrado y pobre? No, no, es preferible mi sistema.”

Así, pues, continuaba con aquella conducta y no hay duda de que se enriquecía cada vez más.

Un día fué de compras al pueblo inmediato. Adquirió varias cosas y rogó que se las llevaran a su casa. El único paquete que tomó era el que contenía sus zapatos remendados.

Tomó el autobús y se sentó. A su lado iba un gnomo muy elegante, que vivía en un gran castillo.

Goro se apeó en su pueblo, tomó el paquete de los zapatos y se encamionó a su casa, muy enojado con su compañero de viaje, que no le había devuelto el saludo. Dejó el paquete y puso la tetera al fuego. Después de tomar una taza de cacao, pan y queso, abrió el paquete para sacar sus zapatos viejos y tuvo la mayor sorpresa de su vida. Encontró un par de zapatos dignos de un rey. Eran de piel muy fina, cosida con hilo de oro y que llevaban entrelazadas algunas cintas del mismo metal, eso sin contar unas hebillas adornadas con perlas, de modo que Goro los contempló con el mayor asombro.

“Sin duda el remendón se ha equivocado de paquete —pensó—. ¡Qué tonto y qué descuidado! Pero, en fin, no me molestaré en

devolverle estos zapatos. Así aprenderá a no equivocarse. Me los guardaré y los usaré. ¡Ja, ja, ja!”  
Pero, en realidad, no fué el remendón quien se equivocó, pues, efectivamente, entregó al gnomo los zapatos que le correspondían. Fué el mismo Goro quien cometió aquel error, porque en el autobús se había sentado al lado de aquel elegante gnomo, que también llevaba un paquete, el cual contenía los zapatos que fué a comprar para Su Majestad el Rey. Goro, al disponerse a bajar

Junto al gnomo viajaba otro muy bien vestido.

ELENA POIRIER



E.N. DE TRANSPORTE DE ENANILANDIA

del autobús, tomó el paquete que no le correspondía.

Así, pues, cuando el cortesano llegó a su casa y abrió el paquete, quedó sumamente disgustado, viendo aquel par de zapatos viejos. Inmediatamente adivinó lo ocurrido. Sin duda su compañero de viaje tomó, inadvertidamente, el envoltorio que no le pertenecía. Ello resultaba molesto, pero no se apuró gran cosa, por creer que en cuanto el otro se diese cuenta de lo ocurrido, se apresuraría a hacer el debido cambio.

Pero ya sabemos que Goro no tenía tal intención.

En cuanto el cortesano vió que no le devolvían los zapatos destinados al rey, decidió anunciar el caso, dando cuenta de lo ocurrido, a fin de indicar al otro gnomo adónde debía llevar el paquete. Escribió, pues, con tinta roja, algunos anuncios, y luego los hizo fijar en todos los pueblos inmediatos.

En la primera línea trazó, en caracteres muy grandes, las siguientes palabras: "ZAPATOS CON CINTAS DE ORO", diciéndose que, de este modo, quien leyese aquella sola línea, avisaría al que indebidamente se había guardado el calzado del rey.

No tardó mucho Goro en leer la primera línea del anuncio, pero no siguió adelante.



El viejecillo guardó los zapatos en lo alto del armario.



Sin duda el remendón ha puesto este anuncio —pensó—. Y como yo no he leído todo lo demás, no me entero de lo que desea.” En efecto, se abstuvo de seguir leyendo y así resultó que era la única persona del pueblo que no se había enterado de que los zapatos pertenecían al rey.

En cuanto el cortesano se dió cuenta de que no le devolvían los zapatos, se encolerizó.

Sin duda ese gnomo tiene el deseo de quedarse con ellos —pensó—. Bueno, ya le ajustaré las cuentas. ¡Zapatos, venid hacia acá, haciendo fuerte!”

Entonces ocurrió una cosa extraordinaria, porque los zapatos con cintas de oro, guardados en el armario de Goro, empujaron la puerta y, al fin, salieron. Una vez en el suelo, empezaron a taponar y Goro, que los oyó, quedó sorprendido y enojado a la vez, al ver que los zapatos se disponían a marcharse. Los cogió y, de nuevo, los encerró en el armario.

Pero ellos volvieron a esforzarse de tal manera, que casi rompieron la puerta. Por fin lograron abrir y, deslizándose por entre las manos de Goro, que los había cogido, echaron a correr escaleras abajo. Atravesaron la puerta de la casa, perseguidos por el gnomo y luego emprendieron el camino, en tanto que Goro les ordenaba gritos que se detuviesen, pues no deseaba perder aquel magnífico par de zapatos.

Fueron muchos los curiosos que se asomaron a las ventanas, para observar el extraño espectáculo de unos zapatos que corrían, perseguidos por Goro. ¿Adónde irían?

Dirigiéronse al pueblo inmediato y subieron la escalera del castillo, donde vivía el cortesano. El los oyó llegar y salió a su encuentro. Pudo ver que los perseguía un gnomo, encolerizado, y que, en vano, trataba de apoderarse de ellos.

—¡Prended a ese hombre —ordenó el cortesano a sus criados— y traedlo a mi presencia!

Cuando Goro estuvo prisionero, le preguntó:

—¿Cómo se explica que tuvieses esos zapatos en tu poder?

—El remendón me los dió por error —contestó el gnomo, temblando de miedo.

—¿Y por qué no se los devolviste? —preguntó el cortesano.

—Porque si fué lo bastante tonto para equivocarse, bien merecía un castigo —contestó Goro, ya más animoso.

—Muy bien —dijo el dueño del castillo—. De modo que, a tu juicio, los errores merecen castigo, ¿verdad?



Se vió al gnomu correr tras de los zapatos, tratando de alcanzarlos.

—Sin duda —contestó Goro.

—Pues, oye un cuento de un gnomo, que cometió un error muy grande —replicó el cortesano, con voz severa—. Una vez, iban dos gnomos en un autobús y cada uno de ellos llevaba un paquete. Uno de estos envoltorios contenía unos zapatos viejos, pero en el otro había unos zapatos adornados de oro y perlas, acabados de comprar para Su Majestad el Rey. Uno de los gnomos se apeó y, por equivocación, tomó el paquete que no le pertenecía. Goro palideció al darse cuenta de que el error no fué del zapatero, sino de él mismo.

—Como acabas de decir —continuó el señor del castillo—, los errores han de castigarse. Te figurabas castigar al zapatero, ¿verdad? Pues bien, ahora voy a castigarte yo. Irás a la cárcel o pagarás una multa de mil monedas de plata, que se destinarán a los pobres de los pueblos inmediatos. ¿Te imaginas, Goro, que no estoy enterado de tu mala conducta? Pues sabe que gozas de una fama muy desagradable. Eres rico, pero todo lo debes a tus malos hábitos. En adelante serás pobre y también lo deberás a tu conducta. Ahora dime qué eliges: ¿la cárcel o la multa?

—No tengo las mil monedas —contestó Goro, en tono quejumbroso—. En mi botijo sólo hay cuatrocientas.

—Pues tráemelas —ordenó el gnomo—. Luego procura adquirir cuanto antes las restantes, que me irás trayendo a medida que lleguen a tu poder. Y acuérdate de que las riquezas mal ganadas, tarde o temprano desaparecen.

Goro regresó, muy triste, a su casa. Lloraba cuando sacó su tesoro. Estaba avergonzadísimo de sí mismo y más por haber notado que todos sus conciudadanos lo señalaban con el dedo.

—Ya se lo habíamos avisado —murmuraban entre sí—. La avaricia y la falta de honradez siempre acaban del mismo modo. ¡Pobre Goro! Trabaja como un desesperado. Ha perdido su tesoro y ahora se esfuerza en ganar las seiscientas monedas restantes. Pero ha recibido una buena lección. Desde entonces, cuando pide algo prestado, lo devuelve, no engaña a nadie y trabaja honradamente. Y es muy posible que en cuanto haya pagado su deuda sea ya una persona muy distinta.

**CUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal**

SIMBAD N.º 41  
Los signos del Zodíaco son . . . .

# El SUPERPOLLO

Como saben, el doctor Buho inventó un elixir que daba fuerza y audacia. Cocoró bebió la mitad y tuvo audacia. Cuacuá, con la otra mitad, adquirió fuerza. El pollo se creía superpollo y casi queda fiambre, La superpata Cuacuá lo salvó de la olla y lo lleva a casa del doctor Buho.

Doctor, ¿puede resucitar pollos cocidos?



Le daré un baño y revivirá.

Eso es. Póngalo más vivo.



¿No estoy en la olla?



Gracias a ustedes, sé que mi elixir es bueno. Aquí tienen el pago.



¡Adiós, tía Francolina! Vamos con Cuacuá a recorrer mundo.





CAPITULO V. — *Pervinca es  
declarada loca*

—¿Por qué no puedo salir fuera del parque? —preguntó con insistencia Pervinca.

—Vaya a preguntárselo al patrón —respondió el jardinero, apartándose rápidamente, como temeroso de un peligro.

—Píde a mi padrino que me envíe la llave —gritó Pervinca, ya enardecida.

—No, señorita —respondió, desde lejos, el jardinero—. Usted no puede salir del parque.

—Esa es una locura —exclamó Pervinca—: Iré inmediatamente a ver a mi padrino, porque no tengo intención de ser una prisionera en este castillo, ni nadie puede tratarme como a un bebé. ¿Creen que voy a perderme en el bosque como el Pulgarcito o que me cautivarán los bandidos? Esas medidas me parecen ridículas.

—La señorita puede hacer lo que le plazca —dijo el jardinero—, pero yo tengo que acatar las órdenes del patrón.

—Sin duda, —expresó con más calma Pervinca—. Yo no le reprocho su conducta.

Minutos después Pervinca golpeaba a la puerta del escritorio donde se hallaba su tutor.

**RESUMEN:** *Pervinca, después de haber perdido a su madre, desaparecida en un accidente de aviación, está a cargo de Enrique Velcort, empresario de la artista Mona Berger, quien se constituye en su tutor. Velcort convence a Pervinca, cuyo verdadero nombre es Alejandra Fores, que para su salud le conviene vivir en el campo y la conduce a un solitario castillo en medio de los bosques. La actitud de los criados de la casa es extraña y misteriosa.*

—Entre —respondió Enrique Velcort.

—Buenos días, padrino —dijo Pervinca—. ¿Durmió bien?

—Muy bien, hijita. ¿Y tú?

—A maravillas —expresó Pervinca—, pero he advertido la extraña actitud de la camarera Luisa. Parece que me tiene miedo... Y en seguida me ha sorprendido la respuesta del jardinero cuando quise salir del parque. ¿Piensa usted tenerme prisionera en este castillo, padrino?

—¿Prisionera? —exclamó Velcort, fingiendo extrañeza.

—El jardinero no quiere darme la llave de la reja para salir al bosque —indicó Pervinca.

Enrique se puso de pie. Su fisonomía adquirió un aspecto duro. Caída la máscara de amabilidad que había llevado desde la muerte de Mona Berger, el empresario apareció, tal como era, a los ojos de la huerfanita.

—Nunca más saldrás de este castillo —dijo Velcort—. El parque y la casa serán tu prisión, Alejandra. Aquí, todos creen que estás loca y por eso te temen. El dolor que te produjo la muerte de tu madre turbó tu razón y tu mal es incurable.

—Pero eso es mentira —protestó Pervinca, indignada—. Yo puedo probar...

—Los que podrían asegurar lo contrario están lejos —objetó cínicamente Velcort—. Por eso te separé de María Léder y despedí a la servidumbre de nuestro departamento en la ciudad. La camarera Luisa tiene miedo de ti... Sin duda... Ella sabe que estás loca y también lo sabe el jardinero.

—¿Con qué fin actúa usted de esa manera? —balbuceó Pervinca.

—Con el fin de disfrutar de tus bienes que son cuantiosos —declaró el infame Velcort—. La artista Mona Berger ganaba sumas fabulosas... He buscado un medio para no rendir cuentas hasta que seas mayor de edad y cuando cumplas veintiún años, como todo el mundo sabrá que estás loca, continuaré siendo tu tutor y el único guía de una pobre demente. Nadie pondrá en duda tu estado mental.

—¡Es una infamia! —gritó Pervinca, con voz vibrante de indignación.

—Pienso como tú —sonrió el cínico Velcort.

—Usted es un miserable.

—Grita, golpea, vocifera, Alejandra —sonrió el diabólico individuo—. Con esa actitud afirmas más tu locura. Mírate al espejo...



Pervinca volvió la cabeza hacia el gran espejo del muro y se vió con el cabello en desorden y las mejillas encendidas.

—Veo que has tendido muy bien los hilos de tu infame trama, bandido —musitó Pervinca, con ronca voz—. Una niña no puede luchar con un hombre porque el combate es desigual. ¿Qué piensa hacer conmigo?

—Estás en mi poder —replicó Velcort—; tu suerte podría ser aún más penosa. Vivirás en paz en este magnífico castillo. El parque entero está a tu disposición. Muchas chiquillas estarían felices con tu suerte.

—¿Y mis estudios?

—Tus estudios quedarán en el punto donde están. Además, no necesitas ser sabia para vivir aquí. Carecerás de compañía y la soledad te dará sus lecciones.

Pervinca reprimió las lágrimas que asomaban a sus ojos. Sentíase bajo la garra de ese hombre que había preparado su plan con perfidia asombrosa y lo ejecutaba friamente.

Pareces una loca furiosa.

Pervinca volvió la cabeza hacia el gran espejo del muro y se vió despeinada por su carrera desde el parque hasta la casa, las mejillas inflamadas por la indignación, las pupilas centelleantes... Inmediatamente reaccionó y trató de serenarse.

—Huiré —expresó Pervinca—, acudiré a la justicia. Existen leyes que me defiendan y usted será castigado.

—Me encantan tus protestas —insinuó Velcort, con acento burlesco—. Tus insultos y gritos afirmarán en los criados la convicción de que estás loca.

Enrique Velcort observó a su víctima sin piedad ni remordimiento —Mi madre había colocado en usted toda su confianza —murmuró Pervinca, con un acento tan triste que habría conmovido a un ser más humano que Velcort.

—Se equivocó —indicó el mal hombre—, o mejor dicho, yo la engañé, como te engañé a ti y a tantos otros.

Pervinca recobraba poco a poco su sangre fría. Comprendía que era vano protestar. Enrique Velcort tenía razón. Sus gritos la perjudicarían y los sirvientes tendrían una prueba más de su estado mental enfermizo.

—No va a encontrar en mí una víctima pasiva y resignada —insinuó Pervinca.

Enrique lanzó una carcajada. Esa frágil adversaria de ojos azules y dorada cabellera no le parecía temible.

—Puedes hacer esfuerzos para persuadir a los criados de mi ignominia —dijo por fin Velcort—, pero ellos no creerán en ti.

—María Léder se extrañará de mi silencio y tratará de buscarme —observó Pervinca.

—María Léder también te creará loca —respondió Enrique—, ¿Por qué va a dudar de mis afirmaciones? Yo era el hombre de confianza, el empresario de Mona Berger... No lo olvides y ahora retírate a tu habitación o pasea por el parque, pero déjame terminar tranquilamente mi correspondencia.

Sin agregar una palabra más, Pervinca salió y fué a refugiarse en su dormitorio, dando rienda suelta al llanto contenido.

La niña comprendía que estaba para siempre en manos de su miserable tutor. La ley dábasele derechos absolutos sobre ella. Sólo la muerte de ese infame individuo le devolvería la libertad, pero entonces tal vez sería ella una anciana.

Sonó la campana anunciando el almuerzo. Pervinca no deseaba encontrarse frente a frente con Enrique Velcort y decidió no bajar al comedor.

Media hora después llamaron a su puerta y entró Luisa con una bandeja.

—El patrón me ha ordenado que le traiga el almuerzo —dijo Luisa.

—Gracias —respondió dulcemente Pervinca—. No me tenga miedo, Luisa. Coloque los platos en esta mesa. ¿Qué edad tiene usted?

—Dieciocho años.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja en esta casa?

—No, señorita. Mis padres viven en Valle Alegre y como tengo





Refugiándose en su dormitorio, Pervinca lloró desesperadamente.

Muchos hermanos y hermanas menores, decidí trabajar para ganarme la vida. Me voy; la cocinera me aguarda.

—Vaya, Luisa, y muchas gracias.

Pervinca, algo reconfortada, quedó pensando:

Con un poco de astucia creo que Luisa será mi aliada.”

Transcurrieron tres semanas, durante las cuales Pervinca consiguió atraerse la amistad de Luisa.

La hija de Mona Berger se daba cuenta de la escasa inteligencia de la campesina. Parecíale indicado hacerla cómplice de su evasión, ya que la cocinera y el jardinero eran más huraños y hasta agresivos con ella.

Un día Pervinca juzgó llegado el momento de comunicar a Luisa sus proyectos de fuga.

Estaban solas en el dormitorio, donde la camarera terminaba de sacudir y asear el departamento.

—Luisa, ¿ahora ya no me tienes miedo, verdad? —preguntó dulcemente la niña—. ¿Crees siempre que soy una pobre loca?

—No sé, señorita —balbuceó Luisa, ruborizándose.

—Creo que nunca te he dicho un disparate ni algo irrazonable —insistió Pervinca—. ¿Si yo te asegurara por la memoria de mi madre que estoy perfectamente sana, ¿me lo creerías?

—Sí, señorita —murmuró Luisa—, pero el patrón no quiere que yo hable con usted. Me voy...

(CONTINUARA)

# ¡GRANDES PREMIOS!

## CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"

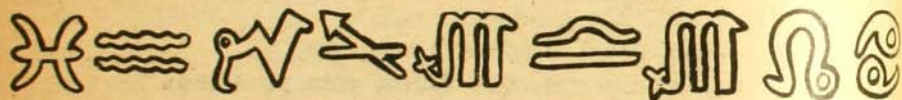
¿Puede decirnos cuántos son los signos del Zodíaco?

Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 5 chombas de lana, 5 juegos de dominó, 3 juegos de pimpón, 10 libretas de apuntes, 10 carpetas de esquelas, 10 paquetes de Vitalmín y 10 libros de cuentos infantiles.

### SOLUCION AL CONCURSO N.º 38.

La estrofa llamada cuarteto tiene cuatro versos endecasílabos.

PREMIADOS CON \$ 10,—: Eliana Dodoménico, Valparaíso; Dinorah Cameratti, Santiago; Elena Oñate, Talcahuano; Dante Corti, Santiago; Juan Rivera, La Serena; Juan Venegas, Santiago; Guillermo Delgado, Quilpué.



Elena Carrasco, Quilpué; Gabriela Mewes, Valparaíso; Walter Cárdenas, Puerto Montt; Sergio Sepúlveda, Santiago; Edgardo Hucke, Viña del Mar; Antonio Atala, Curicó; Lilian Mosler, Temuco; Demetrio Rebolledo, Valparaíso; Augusto Figueroa, Rancagua; Francisco Rivadeneira, Santiago; Benjamín Donoso, Talcahuano; Manuel Enriquez, Talcahuano; María Mosquera, Temuco. UN LIBRO: Sergio Carrasco, Temuco; Georgina Henríquez, Talcahuano; María A. González, Temuco; María Contreras, Victoria; Oscar Ortiz, Yungay; Julia Bastías, Curicó; Lucía Canales, Santiago; Hugo Faúndez, Santiago; Susana Aguirre, Chillán; Alberto Aleuanlli, Osorno. UN PAQUETE VITALMIN: Georgina Corrales, Santiago; Marta Isabel Rodríguez, Santiago; Hanse Thiery, Concepción; Jaime Ríos, Santiago; Yolanda Inés Espinoza, Linares; Armando Hernández, Constitución; Miguel Muñoz, Cauquenes; Enrique Marabolí, Santiago; Silvia Ceroni, Los Angeles; Wong Yin Lee, Santiago. UNA CHOMBA LANA: María Iribarra, Lota; Manuel del Río, Santiago; Angel Menéndez, Los Andes; María Luisa Lagos, Temuco; Juan Durán Zúñiga, Santiago. UNA PALETA ACUARELA: José Beovic, Santiago; Luisa Basso, Santiago; Teresa Parada, Santiago; Renata Laudien, Valparaíso; Hernán Guzmán, La Calera; Eduardo Dawson, Santiago; Patricio Zedán, Santiago; Carlos Velasco, Santiago; Raúl Garretón, Santiago; Pedro Lizana, Santiago.

PREMIADO CON UN PROYECTOR DE CINE: Víctor Zúñiga, Santiago.

# EL PLANETA ERRANTE

CAPITULO X y FINAL. — El regreso

trasladarse de la Tierra al Planeta Errante, el grupo de exploradores, formado por Ferrio, Cobalto, Aura, Amina y el profesor Troncio, desafiaban peligros descomunales. El sabio perdió la vida cuando estallaron los volcanes de aquel mundo, inundando con fuego las llanuras y convirtiendo en cenizas los bosques. Un gran lago desaguó y los sobrevivientes, que se estacionaron sobre una balsa, navegaron a la deriva, hasta que el madero se hundió en los pantanos. Un día aparecieron hombres venidos del norte. Portaban armas de hueso y llevaban la ferocidad en el alma. Aguardaron la noche para sitiar a los náufragos. Ferrio encontró hogueras que sólo sirvieron para señalar el blanco a los atacantes. Comprendiendo su error, el joven ordenó apagar las hogueras.

Las llamas les inspiraron un temor supersticioso que, desgraciadamente, desapareció pronto —dijo—. Sólo nos queda esta mantenernos inmóviles. No atacarán en las sombras, pero cuando brille el día.

Pasaron las horas, lentas y angustiosas. Cuando el disco rojo del sol se elevó en el horizonte, los bárbaros se lanzaron al asalto. De pie al borde de la balsa para evitar el abordaje,

Agazapado como una fiera, el jefe de los bárbaros dió la señal de ataque.





Lanzaron un llamado que se esparció por los pantanos.

compañera, las mujeres de la tribu acudieron nadando. Minutos después, manos pequeñas pero vigorosas volcaban las canoas de los hombres del mar. No quedó una sola piragua a flote y los bárbaros se ahogaron, vencidos por las ondinas de cabellos dorados.

Los esquifes, sin tripulantes, se alejaron llevados por la corriente.

El clan de los pantanos había pagado su deuda de gratitud a Ferrio.

Al atardecer, una lluvia torrencial cayó sobre el planeta. Fue un verdadero diluvio. La balsa, impulsada por el agua, siguió navegando.

Por fin cesó la lluvia y la balsa avanzó entre enormes rocas

les aguardaban los trogloditas gigantes, junto a los cuales se empequeñecía la silueta de Ferrio y Cobalto, pero no su coraje y su decisión.

El jefe de los agresores lanzó un grito escalofriante. Agazapado como una fiera, dió la señal de ataque.

Casi en el mismo instante, dos figuras pequeñas se delinearon en la niebla matutina. Formando bocina con ambas manos, lanzaron un llamado que se esparció sobre los pantanos. Ferrio murmuró:

—Es el niño que salvé de la serpiente de la ciénaga y su madre.

Al oír aquel llamado de su



Los náufragos escalaron penosamente la roca.



—¡Nuestro cohete interplanetario! Ahí está, en la llanura —gritó Ferrio.

rados que siguieron su marcha bordeando los cráteres. De pronto, Ferrio exclamó:

—¡Nuestro cohete interplanetario! Ahí está, en la llanura.

Efectivamente, ante la mirada radiante de los exploradores, veíase la nave estratosférica. Olvidando su cansancio, corrieron hacia ella, mientras Han y los hombres de la horda les miraban alejarse, tristemente. Luego los gigantes se encaminaron otra vez hacia las montañas, en busca de un clan que les acogiera.

Y el cohete se lanzó hacia el espacio. Faltaba un tripulante: el profesor Estroncio. Su ausencia entristecía a los jóvenes. Cobalto, que gobernaba la nave, descubrió que algunos instru-

desprendidas durante la explosión de la cadena volcánica. Cien veces se estrelló contra los escollos, haciendo perder el equilibrio a sus ocupantes, y cien veces reanudó su carrera vertiginosa. Al pasar por una parte estrecha, se precipitó violentamente contra el ribazo.

A nado, los náufragos alcanzaron el acantilado, escalando penosamente la roca. Pero muchos no pudieron vencer la corriente y perecieron. Angustiado, Ferrio comprobó que los sobrevivientes eran sólo siete... Siete seres desesperados



El cohete se lanzó al espacio, abandonando el Planeta Errante.



—El giroscopio está quebrado —anunció Cobalto.

—El giroscopio está quebrado —anunció Cobalto, decidiéndose revelar la amarga verdad—. Nunca podremos abandonar este planeta. Jamás regresaremos a la tierra.

Un silencio de muerte siguió a sus palabras. De pronto, Amin declaró, con voz que temblaba y que se alzaba, en la tensión nerviosa:

—¡Es la Tierra! ¡Hemos regresado!

Inconscientemente había oprimido el contacto del radio y una voz anunció:

—Estamos ubicando el cohete interplanetario del doctor Estroncio, en algún lugar del Amazonas.

Así terminó el prodigioso viaje al Planeta Errante.

mentos se habían sentido con los temblores que conmovieron el planeta.

“Ignoramos nuestra ruta —pensó—. Los relojes de orientación no funcionan.”

Por fin avistaron a la distancia un planeta, hacia el cual la nave fué atraída.

—Podemos dirigirnos por radar, pero el choque será ruinoso —anunció el joven piloto.

Así ocurrió. A pesar del gas refrenador, el cohete se precipitó contra el suelo, quebrando a su paso los árboles de una extensa floresta.



**FIN**









# Simbad

N.º 42

DON QUIJOTE DE LA MANCHA



\$ 2.-

# Pimpin

EL AVENTURERO

Por



THEMISTOCLES  
OBOS A.

PRONTO VENDRA' LORD  
CACHIMBER A BUSCARME  
PARA IR A LA CACERIA  
DE TIGRES.

ACCION, POR FIN!



10-1

AH, LORD CACHIMBER!  
TENGA LA BONDAD  
DE SENTARSE! PRONTO  
ESTARE LISTO!

GRACIOS, MISTER  
PIMPIN.



ESTE TIGRO QUE VAMOS  
A CAZAR IS SOUMAMENTE  
PELIGROSO! LOS  
INDIGENOS LO  
LIAMAN  
"EL ASESINO!"

ESE BICHOL  
NO ME ASUSTA!



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA

# Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I — N.º 42

Precio: \$ 2.—

21-VI-1950



## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

### CAPITULO II. — Llegada al castillo.

El hidalgo Quijano, después de leer muchos libros de caballería, cayó en la extravagante idea de ser caballero errabundo, que va por esas tierras de Dios, en busca de débiles que proteger y villanos que castigar. Salió cuando recién alboreaba el día y nadie le vio partir, jinete en Rocinante y armado con el fierro y el moho que heredó de sus bisabuelos. Estaba persuadido de ser el héroe

Al anochecer llegó a una posada que a él le pareció un castillo.





En el patio había dos mozas, a quienes Don Quijote saludó hidalgamente.

mado caballero —terminó don Quijote de la Mancha. Conforme a la ley de caballería, ni podía ni debía tomar arma con ningún adversario. Dudaba en seguir avanzando, pero de pronto dijo:

—Seré armado caballero por el primero con quien tope.

Rocinante volvió a su paso, yendo por donde quería, mientras su amo hablaba solo.

Nuestro hidalgo cabalgaba tan despacio, y el sol entraba tan de prisa y con tal ardor, que fuera bastante a derretir los sesos, si algunos tuviera.

Al anochecer, su rocín y él se hallaban cansados y muertos de hambre. Miró a todas partes por

de la espada refugiente, y sólo era el caballero de la triste figura.

De pronto se detuvo asaltado por una dama.

—Tengo un nombre, una armadura, un caballo de batalla, una dama. Pero...

Vacilaba. Su jameleco Rocinante, aprovechando aquella pausa en el trote, mordisqueó el pasto del camino.

—...no he sido ar-



El porquerizo tocó un cuerno para llamar a los cerdos.

ver si descubría algún castillo o una majada de pastores, donde recogerse.

Distinguió en la penumbra una venta que a él le pareció un castillo. Cerca de él, acortó lasriendas a Rocinante, esperando que algún enano surgiera entre las almenas a dar señales con una trompeta de que llegaba caballero al castillo.

Pero como advirtió que tardaban, y que Rocinante demostraba impaciencia, penetró al patio, donde vió a dos mozas.

Un porquerizo, que andaba recogiendo su manada de cerdos, tocó un cuerno, a cuya señal esos animales acuden, y don Quijote exclamó:

—¡Ah! Mi venida es anunciada, por fin.

En seguida se dirigió a las zagalas, que él tomaba por nobles damas. Al oírlas reírse, pronunció:

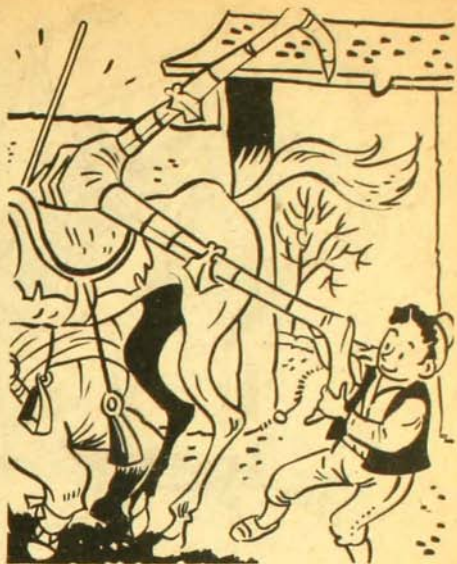
—Bien parece la medida en las hermosas, y es mucha sandez, además, la risa que de leve causa procede. Pero non vos lo digo, porque os acutedes ni mostrades mal talante, que el mío non es de al que de serviros.

Este enrevesado lenguaje desató con más fuerza las carcajadas de las mozuelas. Por lo visto, no les causaba cuita o pena el ofendido discurso del hidalgo. El, para no prolongar esa ingrata situación, se alejó dignamente, y pidió a los mozos de la posada que le ayudaran a descabalar.

Los palurdos casi lo desarmaron al bajarlo a tierra con demasiada brusquedad.

—¿Le sacamos la armadura, señor hidalgo? —preguntaron las riñueñas aldeanas.

El accedió, feliz de reconciliarse con ellas. Las manos ágiles y alegres descñeron el peto y el espaldar, pero no pudieron desencalar la gola, ni quitar la celada de cartón, que traía atada con unas cintas verdes.



Los mozos casi desarmaron a don Quijote al ayudarlo a bajar del caballo.



—Quisiera pedir os una merced —dijo, abrazando al ventero.



El marrano, que trotaba hacia su pocilga, derribó al caballero andante

—Tendríamos que cortar las cintas —sugirieron.

—No, gentiles castellanas.

Y se quedó con la celada puesta.

El posadero le condujo a una mesa y le sirvió una porción de bacalao mal cocido y un pan negro.

—Habrà más risas viéndolo comer —auguró el ventero.

En efecto, con la celada puesta, no podía probar bocado si una moza no se lo daba. Y no hubiera logrado beber ni una gota, si al dueño de la posada no le hubiera brotado en el magín la idea de colocar una caña hueca entre el vaso y la boca.

Aun quedaba un problema: ¿cómo dormiría el caballero con la cabeza forrada en acero y cartón? Después de la cena, colocó afectuosamente su brazo en la espalda del ventero, a quien él confundía con un señor feudal, y le dijo:

—Quisiera pedir os una merced.

No alcanzó a formular



—No me levantaré jamás de donde estoy si vos no accedéis a mi ruego.

para mantener una conversación privada. Luego de cerrar la puerta, se hincó de rodillas, y cogiendo la mano del ventero, le dijo:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, hasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en bien de los hombres. El posadero le miró con tamaños ojos, asombrado de ver a su huésped arrodillado.

—Levantaos, caballero —suplicaba una y otra vez, luchando por alzarlo.

Inútiles fueron sus esfuerzos, y, por fin, tuvo que prometer la merced pedida.

—No esperaba menos de la gran magnificencia vuestra —dijo Don Quijote—. Os ruego que mañana me arméis caballero, y esta noche velaré las armas en vuestro castillo. Cuando se cumpla la ceremonia, iré por todas las cuatro partes del mundo, buscando las aventuras que suceden a los caballeros andantes.

El ventero contuvo los deseos de reírse y preguntó:

—Decidme, ¿traéis dinero?

—Ni blanca —repuso Don Quijote.

su ruego, porque en ese instante se sintió lanzado al suelo. Rebotaron las piedras, cuando las flacas piernas de Don Quijote se agitaron en el aire y la celada saltó lejos, dejando libre la cabeza del hidalgo. El causante del descalabro era un marrano que trotaba hacia su pocilga con demasiado ímpetu.

En vez de apenarse por el incidente, nuestro héroe se contentó, pues la fastidiosa celada había saltado.

Levantándose, nuevamente se acercó al posadero y le invitó a la caballeriza,

(CONTINUARA)

# Jazmín



**RESUMEN:** *Jazmín, la aguadora, a causa de sus cabellos rubios y su tez blanca, es repudiada por todos en Omar-El-Haji. Fátima Morgana le entrega un anillo de oro atado con una cinta azul, y le dice que ella la recogió entre los despojos de una caravana del desierto. La princesa Mitriti odia a Jazmín, y decide hacerla su esclava. La sacerdotisa Oculta, del Templo de la Luna, facilita la fuga a Jazmín, que huye hasta el oasis de El Karma. Allí se le acerca una joven blanca, muy semejante a ella, pero Kasama captura a Jazmín y la conduce al palacio de Mitriti.*

## CAPITULO III. — En la jaula del suplicio.

Mitriti, tendida en su lujoso diván, continuaba interrogando a Jazmín.

—Aunque me tortures, despiadada Mitriti, no confesaré quién me ayudó en la fuga —repitió Jazmín.

—Muy bien —declaró Mitriti—. Yo sé cómo debo castigarte. En una hora más las aguadoras que fueron tus amigas y compañeras irán a la noria. Tú las verás y ellas también podrán

verte dentro de la jaula de los prisioneros. Allí te expondré ante todos los habitantes de Omar-El-Haji, encerrada entre rejas de hierro, como una esclava.

Jazmín palideció. Ella conocía ese horrendo castigo, pero jamás se le había impuesto a una mujer de la ciudad. En ocasiones vio a los infelices enjaulados, víctimas de terribles insolaciones, pidiendo a gritos que les dieran de beber; les había visto enloquecidos y furiosos, morir en medio de espantosas convulsiones. —Kasama, la jaula está lista —dijo Mitriti a la mayordoma de palacio—. Condúcela a la noria.

Jazmín no protestó del castigo. Un nuevo orgullo, el orgullo de saber que había otras mujeres blancas como ella en el mundo, llenaba de consuelo su corazón.

—Ahora te muestras orgullosa —díjole la princesa—, pero día llegará, Jazmín, en que serás humillada.

Dos esclavos negros, seguidos por Kasama, llevaron a la infeliz Jazmín hasta la noria de Puerta de Luna.



Entretanto, Mitriti, visiblemente inquieta, se paseaba por su habitación murmurando:

—Nunca debe saber Jazmín cuál es su origen. Jamás sabrá que el vengarme de ella castigo a aquel que me persigue. Si esa persona llega a Omar-El-Haji, yo sabré despistarle.

Los soldados nubianos colocaron a Jazmín dentro de una jaula, y uno de ellos se quedó de centinela a cortos pasos de la prisionera. Poco a poco comenzaron a congregarse las aguadoras junto a la noria.

—¡Zaida, Zaida, aquí estoy yo! —gritó Jazmín a su amiga, cuando el centinela encaminó sus pasos hacia una palmera.

—¡Jazmín, mi pobre Jazmín! —murmuró Zaida—. ¿Por qué te ratan así?

—Acércate, Zaida —suplicó Jazmín—, ve donde *Ella* y dile que estoy enjaulada. Comunícale que fracasó mi fuga, pero que vi una joven blanca en el oasis ¿Quieres hacer esto por mí, Zaida? La joven mora estrechó las manos de su amiga y respondió:

—Iré al Templo de La Luna, Jazmín... No temas y confía en mí...



Budor y Zuleika comentaron malévolamente el castigo infligido a Jazmín.



**Kasama tiñó con ungüentos oscuros la piel de la aguadora.**

La mayordoma de las esclavas entró en la jaula y comenzó a teñir con ungüentos oscuros el rostro, el pecho y los brazos de Jazmín, a fin de darles el moreno colorido de las mujeres árabes.

Mitriti seguía la operación haciendo indicaciones a Kasama. Por fin Jazmín quedó completamente transformada, y nadie podría reconocerla. Hasta sus lindos cabellos rubios fueron teñidos de negro.

La enjaulada comprendió que esa transformación serviría para engañar a los que quisieran buscarla en la ciudad. Lejos de afligirla, esta medida la llenó de esperanzas.

En otro descuido del centinela, Zaida se aproximó a conversar con su amiga.

—¡Jazmín, qué han hecho contigo! —exclamó la joven mora—. Estás inconocible. Hablé con la Oculta Sacerdotisa del Templo de la Luna, y te envía a decir que no temas. Que se acercan amigos tuyos y que vienen en busca de una joven blanca. Te buscan a

Zaida se alejó antes que el centinela nubiano la descubriera. Entretanto, las otras aguadoras comentaban malévolamente el castigo infligido a Jazmín. Sus enemigas, Budor y Zuleika eran las más péfidas.

—Ella que se creía tan hermosa, y ahora es una esclava, menos que una esclava —decía la envidiosa Budor.

Jazmín parecía no escucharlas y su vista fijábase en las altas montañas azules, como esperando que de allí viniera alguien a mitigar su martirio.

A mediodía se presentó Mitriti en su palanquín, seguida de Kasama, quien traía una caja con ungüentos.

—Es preciso que en nada se diferencie de las otras muchachas de Omar-El-Haji —ordenó la princesa mora a Kasama.

Jazmín, porque tú eres la única mujer blanca entre nosotras. Transcurrió el medio día y Jazmín sentía una terrible fatiga. Pero no quería manifestarlo para no dar la sensación de una derrota. De pie, afirmando sus manos en los ardientes barrotes de la jaula, sentía los rayos del sol sobre su cabeza, y sus labios resecos pedían agua para refrescarse.

Al atardecer sonó un trompeta en la Puerta de Luna. Esta trompeta anunciaba el arribo de extranjeros a Omar-El-Haji.

Jazmín tendió la vista hacia el baluarte y quedó atónita al ver cabalgando entre seis soldados a la princesa Mitriti. Sin duda la princesa reinante había salido al encuentro de sus huéspedes.

¿Quiénes eran ellos?

La cabalgata se encaminaba al sitio donde estaba colocada la jaula del suplicio.

Jazmín divisó en la penumbra del atardecer a la joven blanca que era su viva semejanza.

Mitriti dejó que la extranjera se aproximara a la jaula, y no intervinó en modo alguno cuando

Jazmín tendió sus brazos hacia la encantadora niña que vestía como un jinete.

—Socórrame, auxiliéme —suplicó la prisionera—. ¿No me reconoce? Soy la muchacha que usted vió en el oasis de El Karma. Soy Jazmín, la aguadora.

La joven amazona volvió sus ojos hacia la princesa Mitriti y pidió a su intérprete que preguntara a la soberana de Omar-El-Haji quién era la cautiva.

La respuesta que dió el intérprete debió ser desfavorable para Jazmín, porque la joven blanca lanzó una mirada despreciativa a la prisionera, y se alejó de la jaula.

Con la desesperación de ver que un sueño feliz se desvanece, Jazmín exhaló un grito desgarrador.



—¡Jazmín! ¿Qué han hecho contigo? —exclamó la joven.



La muchacha blanca lanzó una mirada de desprecio a la prisionera.

—Ya no hay para mí esperanza alguna —gimió Jazmín desplomándose en el suelo de la jaula—. Los ungüentos de Kasama me han hecho inconocible.

En efecto, Mitriti había tenido éxito en su nefasto plan.

La noche trajo un poco de alivio a la enjaulada, aunque nadie se compadecía de ella ni para auxiliarla con un mendrugo de pan o un sorbo de agua.

Jazmín fijaba sus llorosas pupilas en la cercana noria, donde durante años había servido de aguadora.

Aquel tiempo pareciale feliz a la desdichada paria del desierto. En su triste situación olvidaba las injurias de sus envidiosas compañeras.

De pronto Jazmín divisó una sombra negra que se escabullía entre un grupo de palmeras. Esa sombra avanzaba silenciosamente.

—Zaida —murmuró Jazmín con redivivas esperanzas.

La sombra se tendió sobre la arena, a tiempo que el soldado blanco, que servía de centinela a la cautiva, volvía a la jaula.

Momentos después, y cuando el soldado nubiano se alejó hacia las palmeras, Zaida, la fiel amiga de Jazmín, se arrastró hasta la jaula y murmuró:

—Jazmín, no te descuides... Te ayudarán a medianoche. Te envían una carta.

Jazmín no alcanzó a responder, porque ya el soldado nubiano volaba sobre sus pasos

Aprovechando la luz de la luna, Jazmín leyó la misiva.

Tienes amigos que velan por ti —decía el mensaje—, actuarán a medianoche.

Lista para huir, Jazmín aguardaba en suspenso.

Transcurrió una hora y la joven advirtió que el soldado nubiano ya no montaba guardia frente a la jaula. Seguramente le habrían dado una falsa orden.

Junto con la campana de medianoche llegó a los oídos de la prisionera el rumor de apresurados pasos sobre la arena.


Una silueta, cubierta enteramente con un manto negro, se aproximó a la jaula, abrió el candado, e indicó a Jazmín que la siguiera. La prisionera no vaciló un instante y siguió a la negra silueta que avanzaba hasta el grupo de palmeras.

Jazmín alcanzó a su salvadora y su sorpresa fué inmensa al ver el semblante de la niña blanca que había conocido en el oasis de El Karma. La niña le tendió los brazos sonriendo.

(CONTINUARA).

---

---



## A nuestros lectores

Emilio Merino.— Gran alegría nos causó la amable carta que nos envía. Agradezco sus elogios.

Adriana Rojas.— La directora y personal de "SIMBAD" se han sentido muy orgullosos con su carta. Seguiremos con igual entusiasmo, a fin de complacer a nuestros lectores.

Osvaldo Cádiz, Irma Sagredo, Esther Mogilevich, Adriana Sepúlveda, Elena Prado, Cecilia Labbé, José Fuentealba, Cora Baeza Donoso.— Agradecemos sus felicitaciones por "Pervinca", "El Romance de Tristán e Isolda".

Roxane



# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO VII. — *El brebaje mágico.*

Tristán de Loonoi prometió a su tío el rey Marcos llevar a la corte de Cornualles a Isolda la Rubia. Se trasladó al reino de Irlanda, tierra donde su nombre era odiado, porque él era el vencedor de Morolt, hermano del rey. Enfrentó a un dragón que aterrorizaba a la ciudad y, luego de batalla formidable, se sintió desfallecer por el veneno que el monstruo destiló en su sangre. Antes de caer desvanecido, le cortó la lengua. Más tarde el cobarde Agunguerrán acudió a las puertas de Weisefort y, viendo al dragón muerto, le degolló para presentar la cabeza al rey y exigir como premio la mano de Isolda la de los Cabellos de Oro.

La reina, que desconfiaba de Agunguerrán, acudió a la cueva del monstruo y recogió de allí el cuerpo de Tristán. Luego de curarlo supo que era el matador de Morolt, pero le perdonó la vida. Al conducirlo ante el rey, como al verdadero héroe que venció al dragón, fué reconocido por los barones irlandeses y todos pidieron su muerte.

Las espadas desnudas brillaron y voces furiosas repetían:

—¡Qué muera! ¡Qué muera!

Pero Isolda exclamó:

—Rey, antes de traer ante ti al príncipe, te pedí que le concedieras tu gracia. Cumple tu palabra y bésale en señal de paz.

El rey lo besó y el clamor se apaciguó.

Entonces Tristán mostró la lengua del dragón. Quedaba así demostrada la villana mentira del senescal, que había presentado la cabeza, a la cual le faltaba la lengua. Cuando Tristán le ofreció batalla, el cobarde Agunguerrán prefirió confesarlo todo.

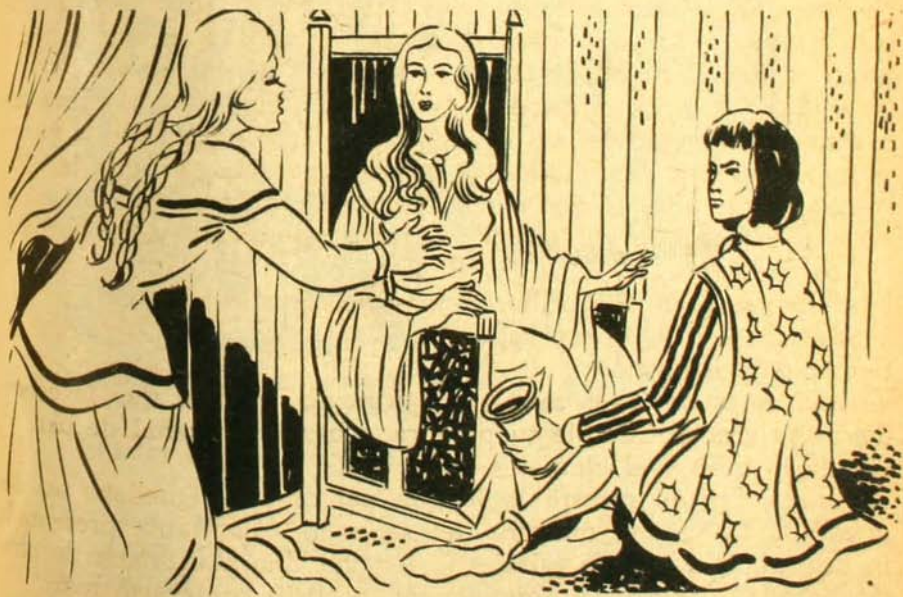
Luego Tristán habló así:

—Señores, maté a Morolt en combate leal. Os he librado del monstruo y tengo derecho a Isolda la Rubia, la bella. Dádmela

y me la llevaré en mi nave para que entre Irlanda y Cornualles no reine más el odio, sino el amor. Sabed que el rey Marcos, mi señor, la desposará. Conmigo vienen cien caballeros de alto linaje prontos a jurar, por las reliquias de los santos, que el rey Marcos ofrece la paz, que su deseo es honrar a Isolda como su esposa amada y que todos los súbditos de Cornualles la servirán como a su dama y a su reina.

Juraron los cien caballeros y el rey colocó la mano de Isolda en la de Tristán. Ella temblaba de humillación y angustia. Cuando él le habló, deteniendo con su sola mirada la espada que ella alzaba para vengar la muerte de su tío, el gigante Morolt, pensó que el príncipe había venido a buscarla para convertirla en su esposa. Nunca sospechó que la entregaría a otro, al rey Marcos. Temblaba Isolda y su rostro estaba pálido.

Quando llegó el día en que la bella abandonaría Irlanda, su madre, la reina, cogió yerbas, flores y raíces y compuso un brebaje. Pronunció sobre él palabras de magia y dijo secretamente a Brangiana:



Brangiana descubrió, espantada, que Tristán e Isolda habían bebido el filtro mágico.

—Hija, debes seguir a Isolda al país del rey Marcos. Toma este vaso y recuerda mis palabras. Ocúltalo de manera que ningún ojo lo vea y ningún labio se le acerque. Pero cuando llegue la noche de las bodas, ofrecerás este licor al rey Marcos y a la reina Isolda. Cuida, hija mía, de que sólo ellos lo beban, porque su virtud es que los que juntos lo prueben se amarán para siempre en la vida y en la muerte.

Brangiana prometió a la reina cumplir su voluntad.

La nave, hendiendo las olas profundas, se llevó a Isolda. Sentada bajo la tienda, lloraba al recuerdo de su país. Cuando Tristán se



El rey Marcos acudió a recibir a Isolda la Rubia, que sería la soberana de Cornualles.

acercaba y quería consolarla con dulces palabras, ella lo rechazaba irritada.

Un día el viento cesó de correr sobre el mar. La nave ancló en una isla y los cien caballeros de Cornualles y los marinos bajaron a la playa. Sólo quedó a bordo Isolda con una pequeña criada. Tristán se aproximó a la reina y quería serenar su corazón. Ardía el sol, la sed les quemó la garganta y pidieron de beber. La criada buscó algún brebaje hasta que descubrió el vaso confiado a Bran-



Brangiana. Lo presentó a su señora. Ella bebió un sorbo y luego lo entregó a Tristán, que lo vació.

En ese instante entró Brangiana y los vio mirarse en silencio. Reconoció la copa vacía, la cogió y, desesperada, corrió hacia la borda para lanzarla al mar, mientras gemía:

—Desdichada de mí. La reina Isolda y el príncipe Tristán han bebido la áspera alegría, la angustia sin fin y la muerte.

De nuevo el barco bogaba hacia Tintagel. Brangiana, cruelmente atormentada, observaba a los jóvenes. Los veía buscarse como ciegos que marchan sin saber unos hacia otros, languidecer si estaban separados, sufrir si permanecían juntos.

Terminó el viaje y el rey Marcos recibió en la playa a Isolda la Rubia. Con grandes honores la guió hasta el castillo.

Dieciocho días después se celebró la boda.

Ya Isolda es reina de Cornualles y parece vivir dichosa. Isolda es reina y vive en gran tristeza. Isolda posee la ternura del rey Marcos y llora por Tristán. Isolda es soberana y tiene joyas reales, paños de púrpura y tapices de Tesalia, pero preferiría vivir en una humilde cabaña con el bello Tristán. (CONTINUARA)

## Los dibujos de CORÉ



Todos aquellos que conocieron a Coré tienen mil amigos en el mundo de las hadas, los enanitos, los gigantes, los ogros, las brujas, las princesas, los duendes. Y podrán encontrarlos en la exposición de dibujos y acuarelas de Coré, que se inaugurará el 26 de junio en Av. Santa María 076, 6.º piso.

Invitamos a nuestros lectores a visitarla. Fué preparada por el dibujante Fidelicio Atria, gran amigo de Mario Silva Ossa, y es un homenaje póstumo que se rinde al genial artista.

# LA CACEROLA MÁGICA Cuento BENGALÍ

Hace tantos años, que no pueden contarse, vivía en Bengala un brahmán, tan pobre, que apenas si tenía con qué dar de comer a su esposa y a sus cuatro hijos. Este hombre era fiel creyente, y aunque la situación era muy precaria, no desesperaba por ello y oraba frecuentemente a los dioses de su religión. La divinidad a quien tenía más respeto era Durga, esposa de Siva, el supremo dios. Y aun contando con la devoción del brahmán por Durga era tan grande, que no dejó de transcurrir un solo día sin haber escrito por lo menos mil veces el nombre de Durga con tinta encarnada.

Cuando veía que la mísera comida no llegaba para todos, dejaba a su esposa y a sus hijos alimentándose, y él se retiraba a una habitación inmediata, donde con el corazón desgarrado, sollozando y llorando a lágrima viva, suplicaba a los dioses que ya que le habían dado esposa e hijos, le otorgara también con qué mantenerlos.

Y dicen que cierto día, paseando el dios Siva con la diosa Durga por sobre las nubes, vió ella al pobre brahmán en la tierra, gimiendo y llorando de dolor, y apiadada de él, habló así a su esposo:

—Mira, Siva, a aquel hombre piadoso que tiene siempre mi nombre en sus labios y apiádate de él. Puesto que se queja de no tener con qué alimentar a sus hijos, enviémosle una cacerola de nuestra cocina prodigiosa, y ya no padecerán nunca hambre, ni él ni los suyos. Accedió Siva a lo que le pedía su esposa, y la diosa Durga, con la cacerola prodigiosa en la mano, se presentó al devoto brahmán y le entregó así:

—Me han conmovido tus quejas, buen hombre, y para que no pases nunca hambre, te entrego esta cacerola. Siempre que quieras

comer o dar de comer a los tuyos, no tienes sino volverla boca abajo y sacudirla para que de ella caigan tantas tortas de arroz como desees, hasta que la vuelvas otra vez hacia arriba. No sólo puedes hartarte de este manjar a tu placer, sino que puedes vender las tortas que te sobren, pues mientras tengas la cacerola boca abajo y la sacudas, irán cayendo tortas abundantes. Mas no tortas vulgares, de las que coméis los mortales, sino un alimento riquísimo, del que se sustentan los dioses. El buen hombre no sabía lo que le pasaba, se inclinaba a besar el suelo

y apenas podía pronunciar una palabra de agradecimiento. Cuando levantó la cabeza, vió que la diosa había desaparecido. Tomó entonces la cacerola y se dirigió a dar a los suyos la buena noticia, pues aquel día su desesperación le había llevado a gemir y llorar en una pradera bastante apartada de su casa. Corría mucho y estaba muy débil; el hambre le obligó entonces a detenerse.

“¿Por qué he de padecer hambre teniendo en mis manos la cacerola prodigiosa que nunca se cansa de dar tortas?”, se dijo.

Contempló un momento la cacerola, que no era sino un cazo de barro cocido con tres pies y todo de una pieza, tal como los usa el pueblo

de la India. Después de contemplarla atentamente, la sacudió, no sin un cierto temor, y al instante comenzó a caer de la cacerola una verdadera lluvia de tortas deliciosas, cuyo solo aroma era ya una bendición del cielo. El buen hombre comió cuantas quiso y se apresuró a volver la cacerola boca arriba. Después dió gracias al cielo, recogió las tortas sobrantes y continuó andando.

Lo que sucedió que había ido mucho más lejos de lo que pensaba, y antes de llegar a su casa le sorprendió la noche en el camino. Temeroso



El brahmán entregó al posadero la cacerola mágica, para que se la guardara.

de que le robaran su tesoro, entró en una posada, y al irse a dormir tuvo la imprudencia de dar a guardar al posadero la cacerola encargándole mucho que la cuidara y no la dejase tocar por nadie. Apenas el buen hombre se acostó, cuando el posadero dijo a su mujer:

—¡Vaya una recomendación estúpida! No veo que una cacerola tan ordinaria y fea necesite de tanta custodia.

Pero al dar vuelta y más vueltas a la cacerola para descubrir lo que pudiera haber de precioso en ella, empezaron a caer, de la misma, tortas y más tortas de arroz, de riquísimo aroma y sabor celestial. Al principio se asustaron y en poco estuvo que no dejaran caer la cacerola maravillosa al suelo, mas reponiéndose a tiempo, empezaron a comer tortas hasta no poder más. Después volvieron a probar la magia de la cacerola, sacudiéndola fuertemente y otra vez volvieron a caer tortas y más tortas. Comprendieron entonces el pícaro posadero y su esposa, que aquella cacerola, de apariencia tan humilde, tenía una mágica virtud de inapreciable valor. Por lo cual resolvieron quedarse con ella, poniendo en su lugar una de su cocina que era exactamente igual. En cuanto a las tortas sobrantes, las encerraron a buen recaudo en su despensa.

Cuando regresó el brahmán, tomó la cacerola sin advertir el cambio y echó a andar camino de su pueblo. Parecíale que nunca llegaba a él, tanto era su deseo de relatar el prodigio a su familia, y de proporcionarles una magnífica y abundante comida.

Al fin llegó al pueblo, entró en su casa, y casi sin aliento, contó a los suyos su encuentro con Durga y el don que la diosa le otorgara. Inmediatamente tomó la cacerola y empezó a sacudirla con violencia, mas sin que cayera de ella ni un solo grano de arroz. Estupefacto y desconsolado, apenas podía dar crédito a lo que veían sus ojos, y su dolor no tenía fin al verse él burlado y su familia hambrienta. Una honda tristeza se retrataba también en los rostros de sus hijos y de su esposa, por lo que hizo de nuevo la prueba de sacudir la cacerola tres o cuatro veces más, pero todo fué inútil. Entonces, no pudiendo creer en una burla de la diosa, el pobre brahmán dijo súbitamente:

—Sin duda todo esto es culpa del posadero.

Tomó la cacerola de nuevo y salió de su casa y echó a correr fuera del pueblo como alma que llevan los diablos.

Su esposa creyó que el buen hombre se había vuelto loco, y comenzó a llorar y a lamentarse, lo mismo que sus hijos. A sus la-



La diosa apareció de nuevo con otra cacerola en la mano.

mentos acudieron los vecinos, que trataron de consolarles lo mejor que supieron, y les proporcionaron algún alimento por aquel día.

Cuando el buen hombre llegó a la posada, y con grandes voces y denuestos pidió al posadero su cacerola, el dueño de la casa le trató también de loco, y le amenazó con darle una paliza, si no se marchaba de allí inmediatamente. El desgraciado se marchó yendo a refugiarse en la selva, y al llegar al sitio donde se le había aparecido Durga, se arrojó al suelo y contó su desgracia a su divina protectora. La diosa apareció de nuevo en el mismo lugar con otra cacerola en la mano y le dijo:

—¿De modo que te has dejado robar la cacerola? Toma esta otra y procura hacer de ella mejor uso que hiciste de la anterior.

El brahmán tomó el cazo que la diosa le tendía y Durga desapareció de su vista en el acto. De nuevo hambriento, el brahmán sacudió el cacharro, mas en vez de tortas, ¡horror de horrores!, salió de él una enorme legión de monstruos grandes y pequeños, que llenaron el aire cual enjambre de abejas y se arrojaron sobre el infeliz y le mordieron, punzaron y arañaron con tal furia, que apenas si



La legión de monstruos se lanzó sobre el infeliz y le arañó con furia.

le daban tiempo de volver la cacerola del revés. Apenas pudo hacerlo, desaparecieron instantáneamente sus fieros enemigos. Muy triste y con gran cuidado de no volver la cacerola del revés, el pobre hombre fué a lavarse las heridas en un arroyuelo cercano. Muy descorazonado y suponiendo imposible que la diosa se hubiera burlado de un ferviente devoto como él, emprendió el camino hacia su casa.

Al pasar por delante de la posada, acudió una idea a su mente, y recordando las palabras de la diosa, comprendió que ésta no sólo no se había burlado de él, sino que le había dado un arma poderosa de venganza y de reparación. Entró, pues, en la posada y habló así al posadero:

—Perdonadme si antes os ofendí. Reconozco que, en efecto, ésta es mi cacerola. Guardadla mientras duermo, y tened mucho cuidado de que no me la roben.

Y dicho esto, se fué a dormir.

Apenas supusieron que estaba dormido, el posadero y su mujer cuchichearon:

—¿Habrás visto estúpido? Esa cacerola que trae no es ciertamente la nuestra. Y cuando tanto encarga que no se la roben, es prueba de que acaso van cosas mejores que simples tortas. Reunamos cuantas canastas, cestos y vasijas hay en la casa, para llenarlas con lo que este cacharro nos otorgue.

No pudo la mujer cumplir la orden de su marido, pues apenas éste comenzó a sacudir la cacerola, empezó también a lanzar agudos gritos de dolor. Una nube de monstruos infernales le rodeaba atormentándole con furia y sin dejarle tiempo de defenderse.

El brahmán, que no estaba dormido, oyó los gritos, acudió corriendo y quitando el cazo de manos del infame posadero, lo sacudía mientras decía estas palabras:

—En cuanto me devuelvas mi primera cacerola haré desaparecer a los que te atormentan.

—¡Los diablos te lleven a ti y a tus cacerolas! —dijo el posadero—. Ve, mujer, y trae la cacerola primera, que a mí no me dejan dar un paso estos malditos.

En efecto, la mujer, defendiéndose como pudo de los monstruos, fué a buscar la primera cacerola y la puso en manos del brahmán. Inmediatamente éste volvió la segunda cacerola del otro lado y los monstruos desaparecieron. Sacudió la cacerola del buen prodigio para convencerse de que era la suya verdadera y recogiendo en su túnica las tortas calientes y riquísimas que de ella salían, se marchó de la posada dejando al posadero y a su mujer aullando todavía de dolor.

Salvó la distancia que les separaba del pueblo y de su casa. Penetró en ésta y oyó a su mujer y a sus hijos lamentarse y llorar rodeados de los vecinos que les prodigaban sus consuelos.

—¡Oh, Durga! —decía la infeliz esposa—. ¿En qué te hemos

ofendido ni yo ni estas inocentes criaturas para que así haya hecho perder el juicio a mi esposo? ¡Ya no volverá más! Y no sabemos cuál ha sido su suerte ni tendremos quién busque para estos desgraciados.

En esto la voz robusta del brahmán, gritó desde la puerta: —¡Viva Durga y sus dones! ¡Se acabaron las penas, la aflicción y la miseria! Comed, comed todos, que por mucho que comáis no acabaréis las provisiones.

Y todos comieron en la mayor alegría de las tortas maravillosas y al día siguiente todos los vecinos del pueblo acudieron a comprar las ricas tortas, y la fama se extendió también a las poblaciones vecinas y a todo el país y hasta a los países extranjeros. Y tantas tortas llegó a vender el buen brahmán, que en poquísimo tiempo llegó a ser el hombre más rico de toda la comarca.

Otro hombre poderoso existía en el país, y su nombre era Zemindar. Envidioso de la prosperidad del brahmán, decidió arruinarle, y cierto día dió una gran fiesta y suplicó al buen hombre que pasara por su casa con la famosa cacerola, para poder servir a sus huéspedes las deliciosas tortas que nunca se acababan. No sin haber escrito antes mil veces con tinta encarnada el nombre de Durga, como tenía por costumbre, el brahmán fué a casa del poderoso.

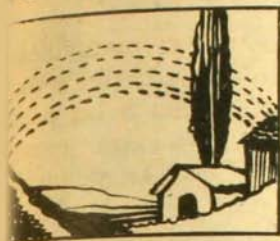
Apenas entró en ella, cuando Zemindar y sus criados se arrojaron sobre él, le quitaron la cacerola y le apalearon con crueldad feroz. En cuanto pudo escabullirse, el brahmán echó a correr sin detenerse hasta su casa, cogió la cacerola de los monstruos y regresó a casa de Zemindar, donde nadie le esperaba, y por ello pudo introducirse, sin ser visto y colocarse detrás del poderoso entre la multitud de los invitados. Entonces volvió su cacerola infernal boca abajo, y la sacudió con todas sus fuerzas. Al instante se llenó la sala y la casa entera de monstruos infernales, que arañaron, mordieron, pellizcaron y tiraron de los cabellos a hombres y a mujeres, y destrozaron todos los vestidos, dando lugar a una espantosa gritería.

Entonces el brahmán pidió al dueño de la casa su benéfica cacerola de las tortas.

El poderoso le suplicó de rodillas una tregua para poder llegar al escondrijo donde la había ocultado y prometió en adelante respetarle a él y a su familia como seres predilectos de Durga. Y así el devoto brahmán recuperó su cacerola y jamás nadie en el país se atrevió a faltarle al respeto a él ni a los suyos.

# GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos son los colores del arco iris?

Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 estuches para colegial, 10 paletas acuarelas, 10 libretas para apuntes, 10 paquetes de Vitalmín y 10 chaucheras.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 39.

Los roedores tienen dentadura incompleta.

PREMIADOS CON \$ 10,—: Arturo Astete, Yerbas Buenas; Harold Nagel, Valparaíso; Augusto Figueroa, Rancagua; Miguel Muñoz, Cauquenes; George Neumann, Santiago; Inés Herl, Santiago; Jorge Acevedo, Talca; Nelson Müller, Concepción; Mirentu Ugarte, Talca; Aura Giacaman, Santiago; Melitón Moreno, Santiago; Oscar Novoa, Concepción; Andrés Monardes, Vallemar; Gene Kapstein, Santiago; Marta Valerzuela, Santiago; Nahum Sabaj, Santiago; Lilian Barra, Angol; Alfonso Campos, Victoria; Pablo Alister, Temuco; Walterio Ojeda, La Unión. UN PAQUETE VITALMIN: Darío Hasson, Temuco; Marta Julio, Santiago; Jorge Oyarzún, Valparaíso; Remigio Salgado, Valparaíso; Georgelina Corrales, Santiago; Orlando Fuenzalida, Santiago; Carlos Pacheco, Rancagua; Fernando Pierattini, Santiago; Germán Bustos, Chillán; Sergio Ramos, Santiago. UN LIBRO: Silvia Ceroni, Los Angeles; Ramón Ojeda, Concepción; Miguel Meyer, Santiago; Gerónimo Nervi, Santiago; Alejandro González, Santiago; Vasco Costa, Santiago; José H. Avila, Talcahuano; Gastón Acuña, Angol; Hugo García, Talcahuano; Nelson Benavente, Lota Alto. UNA LIBRETA APUNTES: Santiago González, Valparaíso; Elsa Jara, San Bernardo; Edison Moreno, Santiago; Fernando Moreno, Coronel; Mariana Velasco, Santiago; Gleys Fuentes, Temuco; Alejandro Montero, Parral; Héctor Arriagada, Santiago; Luis Méndez, Santiago; Rosa Acuña, San Fernando. DOS CUADERNOS: Karim Kaouk, Osorno; Hernán Torres, Lebu; Rudy Penues, La Unión; Marianne Hauser, Tomé, y Jorge Giacaman, Santiago.

PREMIADO CON UN PROYECTOR DE CINE: Luis Carvajal Gárate, Copiapó.

CUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal

SIMBAD N.º 42

El arco iris tiene . . . .  
colores.



# Ponchito



AHORA QUE RECUERDO,  
ESTA ES LA PRIMERA  
VEZ QUE ME TOCA  
ENSILLAR UN CABALLO



¡LISTO ABUELITA!  
YA LO TENGO  
ENSILLADO



ME COSTÓ UN POCO,  
PERO SALI CON  
LA MIA





CAPITULO I. —

*La aldea en ruinas*

La aldea de Bonga-Bonga temblaba de horror, desaparecía bajo la brutal agresión de los hombres de Kaimakán.

Hasta la selva llegaban los rumores de muerte y ruina. Las criaturas de la jungla se inquietaron.

Los más agitados eran los monos y los elefantes. No es raro que los simios se demuestren intranquilos. Alborotan y chillan y saltan, aunque no haya motivo.

Lo extraño era que los elefantes, siempre calmados y prudentes, sacudieran sus grandes orejas y estremecieran el aire con sus trompeteos.

Tambo, el rey de los elefantes, de más de cuatro metros de altura, estaba más nervioso que los demás. Aguzaba sus colmillos contra los árboles, arrancaba los árboles con raíces y tierra y guiaba a sus compañeros en una caminata sin rumbo. Doa, su esposa, procuraba inútilmente calmarlo.

Desde una alta roca, Sogo, el buitre, tendía su cuello desplumado y hacía chasquear su pico. El combate significaba para él que habría víctimas y que tendría un festín.

Noga, la hiena, escuchaba los rumores con una impaciencia que la hacía temblar. También ella se alimentaba de carroña y aguardaba el instante de acercarse a la aldea azotada por la tragedia. Poco a poco los gritos se acallaron en la lejanía y sobrevino un silencio terrible.

La cobarde Noga empezó a acercarse a la aldea. Desconfiada, pronta a huir, avanzaba con el vientre casi pegado a la tierra.

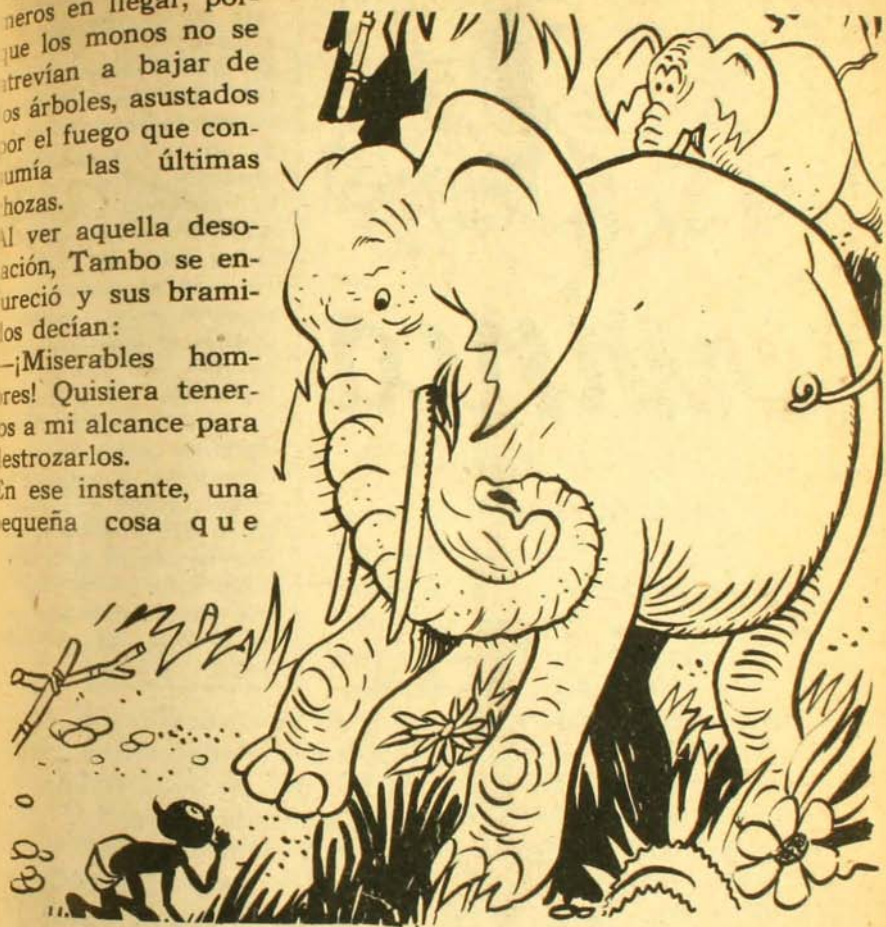
Los monos, impulsados por su incorregible curiosidad, se abalaron saltando de rama en rama.

Tambo se puso en marcha, seguido de su tribu. Fueron los primeros en llegar, porque los monos no se atrevían a bajar de los árboles, asustados por el fuego que consumía las últimas hojas.

Al ver aquella desolación, Tambo se enfureció y sus bramidos decían:

—¡Miserables hombres! Quisiera tenerlos a mi alcance para destrozarlos.

En ese instante, una pequeña cosa que



Tambo, el rey de los elefantes, quiso triturar bajo sus patas a la pequeña criatura.

surgió no se sabe de dónde corrió hacia él. Era más menudo que un cervatillo recién nacido y apenas se sostenía sobre sus piernas. Pero qué importaba. Era una criatura humana, un ser de la raza odiada y Tambo, ciego de ira, quiso triturarlo bajo sus formidables patas. Pero la dulce Doa, que esta vez había perdido su suavidad, dijo con un tono que no admitía réplica:

—¡Deja a ESO tranquilo!

(CONTINUARA)



## CAPITULO VI. — Pervinca intenta la fuga.

—No te vayas, Luisa —suplicó Pervinca a la joven camarera—. Yo no estoy loca. Mi tutor es un hombre malvado. Quiere apoderarse de mi fortuna y por eso ha dicho esa mentira infame. Soy su prisionera. Nadie podrá visitarme en este castillo aislado del mundo. Supongo que mi nodriza María Léder me escribe, pero él intercepta mis cartas. Luisa, yo querría huir de aquí. Ayúdame.

—¿Escaparse del castillo? —preguntó asustada Luisa.

—Tienes que comprenderme —insistió Pervinca—. Soy víctima de una odiosa maquinación. El señor Velcurt me ha tendido una celada al traerme aquí. Si tú me ayudaras huiría fácilmente. Quiero ir en busca de mi nodriza María Léder. Necesito la llave de la reja. Procúramela, por favor.

—Si lo hiciera —insinuó Luisa—, el patrón me despediría.

—Yo te tomaría a mi servicio y te daría un buen sueldo —expresó Pervinca—. ¿No tienes compasión de mí?

Pervinca se exaltaba poco a poco con el deseo de vencer la resistencia de Luisa y sus pupilas azules relampagueaban.

Luisa, temerosa y temiendo un ataque violento de la niña loca, murmuró:

**RESUMEN:** Pervinca, después de haber perdido a su madre, desaparecida en un accidente de aviación, está a cargo de Enrique Velcurt, empresario de la artista Mona Berger, quien se constituye en su tutor. Velcurt convence a Pervinca, cuyo verdadero nombre es Alejandra Fores, que para su salud le conviene vivir en el campo, y la conduce a un solitario castillo en medio de los bosques. La actitud de los criados de la casa es extraña y misteriosa. Pervinca pretende salir del parque, y como se lo niegan, acude a su tutor, quien cínicamente le comunica que la tiene prisionera en el castillo y que para apoderarse de su fortuna ha decidido declararla loca.

—El señor Velcort me advirtió que algún día usted me propondría eso. Dijo que el deseo de fugarse era una de las manifestaciones de su enfermedad, señorita. Usted cree que la persiguen y quiere huir.

—Deseo huir porque me tienen prisionera —exclamó Pervinca—. ¿Es o no verdad que han cerrado la reja del parque con llave y que no me dejan salir?

—Lo hacen por su bien, señorita.

—Mentira . . .

—¿Qué haría usted sola y sin dinero si se escapa de aquí? No se puede dejar en libertad a una persona con sus facultades mentales trastornadas —expresó Luisa.

Pervinca lanzó una carcajada que terminó en un sollozo.

Estaba perdida. Luisa jamás le ayudaría a huir. Todos sus argumentos resultarían vanos y no existía probabilidad alguna de convencer a la testaruda Luisa.

—Te has hecho cómplice de mi pérfido tutor —terminó diciendo Pervinca, con amargo llanto—. Espero que algún día conocerás la verdad.

Al día siguiente amaneció con la idea de sobornar a Teresa, la vieja cocinera, cuyo físico no atraía a la niña.

Sin embargo, intentaría convencer a la cocinera acudiendo a sus sentimientos maternos.

Luisa había salido del castillo para visitar a sus padres en Valle Alegre. Por lo tanto, Teresa se hallaría sola en la cocina.

Pervinca salió de su habitación, recorrió las extensas galerías del castillo y penetró a la cocina bañada de sombras, porque Teresa había cerrado todas las ventanas a fin de evitar el calor.

Sentada en una silla, Teresa tejía a palillo.

—¿Es usted, señorita? —preguntó Teresa—. ¿Se le ofrece algo?

—Nada, gracias.

Pervinca contempló ese rostro marchito, los ojos miopes tras lentes opacos, la nariz de pico de águila y la boca hundida.

—¿Entonces qué necesita aquí? —gruñó Teresa.

—Quería saber si usted tiene una niñita —dijo Pervinca por súbita inspiración.

El semblante huraño se suavizó y un reflejo de emoción fué visible en la marchita faz.

—Sí, señorita, hace mucho tiempo tuve una hijita. Murió a los diez años.

—Pobrecita —murmuró Pervinca—. ¿Cómo se llamaba?

—Susana.

—Usted perdió a su hijita y yo a mi madre —suspiró Pervinca—. Ambas somos muy desgraciadas. Solamente que usted podría tener otra niñita y yo no puedo tener otra mamá. Voy a referirle una historia, una historia muy triste si usted quiere escucharme.

—No comprendo bien, pero cuente no más —dijo Teresa—. Siéntese junto a mí. Así estará mejor.

Pervinca meditó un instante antes de comenzar su relato:



—¿Entonces qué necesita aquí? —gruñó Teresa.

—Había una vez una niñita que se llamaba Alejandra. Su madre la quería mucho, pero un día murió en un accidente y la pequeña Alejandra fué entregada por su nodriza al empresario de su mamá, quien se convirtió en su tutor. La confiada niña le siguió a la ciudad y después él la indujo a que partiera con él a un castillo situado entre los bosques. Desde su llegada Alejandra advirtió la extraña actitud de la servidumbre. Parecía que le tenían miedo y compasión a la vez.

“Cuando Alejandra quiso salir del parque —prosiguió la narradora—, encontró la reja con llave. Pidió al jardinero que la abriera y éste se negó. Entonces Alejandra preguntó a su tutor por qué no podía salir al bosque, y el tutor le respondió que ella estaba loca y prisionera en el castillo. Como la niña protestara, el vil tutor le dijo que él la había declarado loca para gozar de la fortuna que su madre le había dejado. Ahora la pobre Alejandra está a merced de su tutor y querría huir para volver a casa de su nodriza. Si alguien quiere ayudarla a huir, ella les recompensará después. ¿Pero querrán ayudar a la infeliz cautiva?”

“Termine usted esta historia, Teresa —agregó Pervinca.

La cocinera había dejado el tejido y observaba atentamente a Pervinca. Comenzaba a dudar. . . ¿Esa niña rubia, sentada tranquilamente junto a ella, sería en verdad una loca?”

—¿Usted desea abandonar el castillo? —preguntó Teresa.

—Soy una prisionera aquí.

—¿Y qué haría si alguien le abriera la reja? —interrogó la cocinera.

—Me iría al Cardal a vivir con mi nodriza María Léder.

—Pero usted carece de dinero —indicó Teresa.

—Mi nodriza devolvería todo el dinero que me facilitaran para huir —afirmó Pervinca.

—¿Está usted en comunicación con su nodriza? —preguntó Teresa—. Usted nunca recibe cartas.

—Creo que mi tutor las retiene o intercepta.

—No puedo comprobarlo —expresó Teresa—. Usted carece de noticias de su nodriza desde varias semanas. Tal vez ya no vive en el sitio donde usted cree encontrarla. No puede huir sin dinero. En fin, yo creo que el dolor sentido con la muerte de su madre ha desequilibrado su espíritu. Con el tiempo usted se restablecerá y podrá volver a la ciudad.

Teresa se interrumpió bruscamente. Enrique Velcort aparecía en el umbral de la cocina.

—Pervinca —dijo el malvado tutor con acento severo—. Ve a tu cuarto. . . Tu sitio no es éste. En adelante te prohíbo el acceso a la cocina. En cuanto a ti, Teresa, recuerda todo cuanto te he dicho respecto a mi pupila.

El doble fracaso para hallar una aliada no desmayó a Pervinca en sus proyectos de fuga. Su carácter enérgico y voluntarioso no se dejaba abatir fácilmente.



Ya sabía Pervinca que no podía contar con la ayuda de la servidumbre del castillo. Otro obstáculo a más de las puertas con llave, los barrotes y las rejas era la falta de dinero.

Por fortuna para la prisionera, Velcort no le había negado el permiso para pasear por el parque.

En un rincón lejano, la niña descubrió, después de una lluvia torrencial, un derrumbe pequeño en el muro del parque. Simples alambres cubrían la brecha.

La niña retiró los alambres e intentó pasar por la abertura.



Enrique Velcort apareció bruscamente en el umbral de la cocina.

“Muy fácil —murmuró cuando estuvo al lado exterior del parque—. ¿Pero después qué haré?”

Pervinca volvió a colocar los alambres en su sitio y caminó por los senderos del parque en honda cavilación.

“Después tendré que andar y andar; ocultarme, mendigar un trozo de pan —pensaba Pervinca—, porque no se trata de ir a contarle mi historia a un carabinero o a un desconocido...”

(CONTINUARA)

OH, YES! ESA TIGRO HA  
MUERTO A OCHO CAZADOU-  
RES BLANCOS Y QUINCE  
HINDÜES!

JE, JE! SI?...  
NO ME DIGA.



A TODOS LOS HA  
MUERTO IGUAL: LOS  
PILIA POR ATRÁS, Y  
JUIRT! LES  
CORTA LA  
CÓBOTE!

OH, OH!



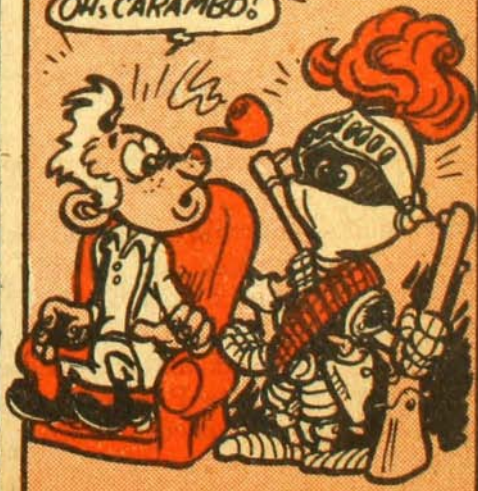
VOY A BUSCAR EL EQUIPO,  
LORD CACHIMBER.  
PERMISO, NO?..

SUYO, MÍSTER  
PIMPIN

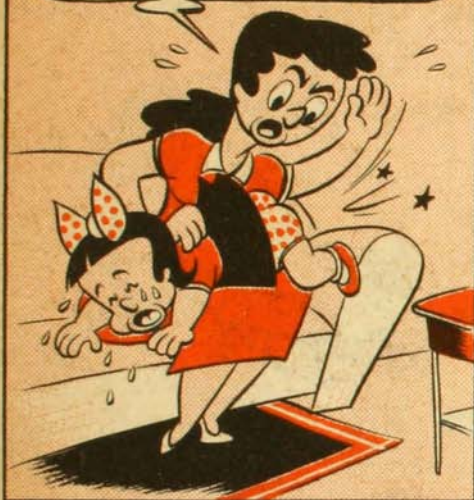


YA ESTOY  
LISTO!

OH, CARAMBO!



¡ TOMA Y TOMA, PARA QUE  
NO VUELVAS A JUGAR CON  
LA PASTA DE LOS DIENTES



¿ POR QUE LLORAS  
PELUSITA ?



¿ PUEDO HACER ALGO  
POR TI ?



¡ NO ! TODO LO MALO QUE  
SE PODIA HACER, LO  
HICE YO



# Simbad

N.º 43

\$ 2.-



ELENA POINER

LOS ZAPATITOS ROJOS

# Pimpin

EL AVENTURERO



Por

THEMISTOCLES  
OBOS F.

TODOU ESTÁ PREPARADOU,  
MR. PIMPIN. DENTRO DE  
MEDIO HORE PARTIREMOS  
A LA CAZA DE LA TIGRO.



11 - 1

TIENE FRÍO, MR.  
PIMPIN?

N-NO! TIEMBLO  
DE C-CORAJE, LORD  
CA-CACHIMBER!



TODAVÍA NADA, LORD  
CACHIMBER?..

CUANDO NOS  
AVISEN LOS BATI-  
DOURES, EMPIEZA EL  
TOSIACA, MR. PIMPIN.



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGIN

# Simbad

GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I — N.º 43

Precio: \$ 2.—

28-VI-1950



## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPITULO III. — *Don Quijote es armado caballero*

Don Quijote de la Mancha, que salió a correr mundos porque pretendía ser un héroe andante, llegó a una venta, que él tomó por un castillo, y suplicó al dueño que le armase caballero. Antes de la ceremonia y, de acuerdo a las leyes de la caballería, debía velar sus armas.

El ventero señaló a su huésped un pozo, ya que no tenía capilla. Don Quijote colocó sus armas en el brocal y, abrazando el escudo y con su lanza en la mano, se paseó bajo la luz de la luna. Ni el Cid ni Amadís de Gaula velaron sus armas con más donosura.

Algunos campesinos se reunieron para ver al caballero, mofándose de él. Pero don Quijote, sumido en su ensueño, no oía los sarcasmos ni veía los gestos burlones.

De pronto, a uno de los arrieros se le ocurrió dar



Ni el Cid, ni Amadís de Gaula, velaron sus armas con más donosura.



Un arriero se acercó para sacar agua del pozo a fin de abreviar a sus mulas.



Recibió un golpe de lanza, que le derribó maltrecho y sin sentido.

Un segundo mulero, sin sentir espanto por la derrota de su compañero, volvió a quitar la armadura del pozo, para dar agua a sus animales y también recibió un golpe contundente:

de beber a sus mulas. Se dirigió hacia el pozo, con ademán decidido, pero don Quijote le detuvo, diciendo en alta voz:

—¡Oh, tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás ciñó espada, mira lo que haces y no las toques, si no quieres perder la vida por tu osadía.

El mulero, con un encogimiento de hombros, cogió la armadura, lanzándola a gran distancia. Resonaron los hierros al rebotar en las piedras. Don Quijote alzó los ojos al cielo, y pronunció, evocando a su dama, doña Dulcinea:

—Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta.

Soltó la adarga (escudo), asió la lanza con ambas manos y dió con ella tan rudo golpe al arriero que le derribó, maltrecho y sin sentido.

El hotelero, asustado, gritó a sus labriegos:

—No se acerquen a ese energúmeno. Déjenlo tranquilo.

Ninguno más interrumpió al caballero en su vigilia.

—En cuanto luzca el día le armaré caballero para que se vaya.

De lo contrario, nos matará a todos —  
añadió el ventero,  
que ya no se reía de su huésped, pues los golpes de lanza no son cosa divertida.

Pero no aguardó siquiera que saliera el sol. Temiendo nuevos desmanes, se acercó al hidalgo y le dijo:

—Perdonad, noble héroe, el atrevimiento de estas bajas gentes. Pero bien castigados están por su insolencia. Ya sabéis que en mi castillo no hay capilla. Como el

moque de quedar armado caballero consiste en la pescozada y en el espaldarazo, podemos hacerlo ya. Con dos horas de velar las armas, cumplis con el ceremonial y vos lleváis más de cuatro. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí, noble castellano. Y mientras más pronto me arméis caballero, mejor podré arremeter contra los que osen desafiarme.



También recibió el otro mulero un golpe contundente.



El ventero, simulando que pronunciaba la oración ritual, levantó la espada.



Comprendiendo que era preciso darse prisa, el ventero trajo un libro donde anotaba la paja y cebada que daba a los arrieros. —Traed un cirio —mandó a un muchacho.

El zagal corrió en busca de un cabo de vela, que sostuvo mientras la esperma goteaba en su diestra.

Las dos mozas se colocaron a cada lado del hidalgo, a manera de pajes. Pero eran unos pajes muy irreverentes, que a veces dejaban escapar una risilla.

El ventero leyó su manual, como si estuviese murmurando una devota oración y, mientras farfullaba entre dientes, indicó a don Quijote que inclinara la cabeza. El obedeció y el ventero levantó la espada y la dejó caer sin gentileza en la espalda y luego sobre la escasa pelambre del cráneo. Algunos cabellos volaron y don Quijote casi perdió la conciencia. Cuando se repuso, irguióse con orgullo. ¡Era ya caballero andante!

—Ceñidle la espada —ordenó el posadero a una de las mozas. Ella obedeció, y, mientras colocaba el acero en el cinto del hidalgo, dijo:

—Dios haga a vuestra merced muy famoso caballero y le dé ventura en lides.

La otra zagala se arrodilló sonriendo para calzarle la espuela. Don Quijote la interrogó:

—¿Cuál es vuestro bello nombre? Debo recordarlo siempre, porque habéis sido honrado.

—Yo soy la Tolosa, hija de un remendón de Toledo —repuso la primera.

—Y yo, la Molinera, hija de un honrado molinero de Antequera —declaró la segunda.

—Doña Tolosa y doña Molinera, siempre os voy a cuidar, y si no tuviera dama elegiría a una de vosotras.



Don Quijote casi quedó descabezado, con el toque de la espada.



Id, señor héroe. La noche llega a su fin y en los caminos os aguardan aventuras mil.

Las aldeanas prorrumpieron en cristalinas risas.

—Adiós, bellas damas. Adiós, noble señor feudal.

El ventero, que estaba saltando por despedir pronto al caballero andante, le dijo:

—Id, señor héroe. La noche llega a su fin y en los caminos os aguardan las aventuras. Id, señor héroe.

Los ojos de don Quijote resplandecieron bajo la celada de car-

bon. ¡Ah, qué bellas palabras pronunciaba el noble señor feudal!

Ahora tenía derecho a empuñar la lanza y podían temblar todos

los felones del mundo, pues él les daría una batida tal que no

quedarían con deseos de hacer más villanías.

(CONTINUARA)



“Simbad” ofrece, a sus queridos lectores, un PREMIO GIGANTE.

Cada semana sorteará un proyector de cine entre los solucionistas de nuestro Concurso Semanal. Participe usted.



# Jazmín



## CAPITULO IV. — La coronación de Mitriti

El estupor de Jazmín al verse estrechada por esa linda mujer blanca que tanto se le parecía fué indecible.

Era evidente que la viajera fingió no reconocer a Jazmín cuando estaba encerrada en la jaula, para despistar a la princesa Mitriti; pero, en realidad, a pesar del color ocre con que la tiñera Kasama, la joven rubia descubrió la superchería de la princesa de Omar-El-Haji.

—¿Quién es usted? ¿Por qué se parece tanto a mí? —preguntó ansiosa Jazmín.

La joven extranjera movió la cabeza y sonrió indicándole por seña que no comprendía su idioma.

Como dos sombras, ambas niñas corrieron hasta el Templo de la Luna y penetraron por la puerta secreta.

En ese instante los soldados nubianos se dieron cuenta de la fuga de Jazmín y dispararon varios tiros.

Entretanto la forastera indicó por señas a Jazmín que debía colocarse la túnica y el velo negro que ella llevaba.

—Y ahora me voy —agregó también por señas la linda rubia. Jazmín se introdujo en los túneles secretos hasta llegar a la puerta del departamento de la sacerdotisa oculta de Omah.

Su protectora se hallaba tendida sobre un diván. Sólo sus pupilas brillaban bajo el negro velo.

**RESUMEN:** Jazmín, la agudora, a causa de sus cabellos rubios y su tez blanca, es repudiada por todos en Omar-El-Haji. Fátima Morgana le entrega un anillo de oro atado con una cinta azul y le dice que ella la recogió entre los despojos de una caravana del desierto. La princesa Mitriti odia a Jazmín, y decide hacerla su esclava. La Oculta Sacerdotisa del Templo de la Luna, facilita la fuga a Jazmín, que huye hasta el oasis de El Karma. Allí se le acerca una joven blanca, muy semejante a ella, pero Kasama captura a Jazmín y la conduce al palacio de Mitriti. La cruel princesa Mitriti encierra a Jazmín en una jaula y la expone junto a la noria de Puerta de Luna. A fin de que no la reconozcan tiñe su cuerpo y sus cabellos con ungüentos oscuros. La joven blanca del oasis de El Karma no la reconoce. Pero a medianoche esa misma joven acude a salvarla.

Eres tú, Jazmín? —preguntó la sacerdotisa.  
 Soy Jazmín, la aguadora —respondió la joven, prosternándose  
 ante la velada mujer—. ¿Dígame usted, quién es esa niña rubia  
 que me ha libertado? ¿Por qué somos tan semejantes?  
 Un día lo sabrás, Jazmín —expresó la sacerdotisa de Omah—,  
 ahora debes reposar y tomar alimento.  
 La sacerdotisa ofreció a su protegida frutas y viandas. En seguida  
 Jazmín se recostó en un diván cerca de ella.  
 Jazmín durmió hasta muy avanzado el nuevo día. Al despertar

advirtió que le habían colocado un papel entre sus dedos.

Curiosa lo desdobló, pero como estaba escrito en lengua extranjera, no pudo descifrarlo.

“Tal vez la niña blanca quiso dejarme un encargo para el caso de que volvieran a capturarme”, pensó Jazmín, ocultando el papel en su pecho.

La sacerdotisa también se había alejado de la estancia.

Jazmín se puso de pie y cansada ya de su inacción, decidió visitar las habitaciones contiguas.

Un grito de admiración brotó de sus labios al entrar en la sala del tesoro. Perlas, rubíes, amatistas, esmeraldas, granates, ópalos y brillantes reposaban sobre cojines y mesas de marfil.

Pero lo que llevó al colmo el asombro de Jazmín fué un brazalete de oro que tenía un escudo idéntico al que adornaba el anillo que Fátima Morgana le había entregado.

“Fátima me dijo que este anillo que llevo colgado de una cinta azul me pertenecía —pensó



En la sala del tesoro vió perlas, esmeraldas y ópalos.



El visir de Omar-El-Haji leyó un extenso documento que detallaba las virtudes de la princesa.

remonia. Te han tratado como esclava y yo quiero desagradar colocándote en el grupo de doncellas que estarán junto a mí en el acto de la coronación. Ven conmigo, Jazmín, y no me hagas preguntas. Todo te parecerá muy extraño, pero al fin triunfarás de tus enemigos.

La sacerdotisa de Omah vistió a Jazmín con la túnica blanca de las doncellas del templo y le colocó un velo que sólo dejaba a la vista los ojos de la niña.

En la sala del trono se encontraban reunidas nueve doncellas ataviadas al igual que Jazmín. La sacerdotisa colocó a su protegida en primera fila y dió las últimas instrucciones a las muchachas.

—Tú llevarás la corona de plata sobre un cojín —decía la sacerdotisa a la velada Jazmín—. Este es el papel más importante. Las demás doncellas debían seguir el cortejo y ofrecer oro, incienso y mirra a la princesa electa.

Jazmín—. El anillo es igual al brazalete. Tengo, pues, algo que ver con este tesoro, ya que cuando me recogieron en los escombros de una caravana, llevaba este anillo colgado de mi cuello. ¿Cuántos misterios y cómo resolverlos?”

Un ruido de pasos estremeció a Jazmín. Inmediatamente retrocedió hasta la estancia que le había señalado la sacerdotisa de Omah.

“Se están efectuando los preparativos para la coronación de la princesa Mitriti —se dijo Jazmín—. Hoy la consagran como soberana de Omar-El-Haji.

De inmediato apareció la mujer velada, quien dijo a Jazmín:

—En breves instantes más vendrá Mitriti a recibir de mis manos la corona de plata que la unge como reina. Kismet ha decidido que tú presencies la coronación.

Las puertas del templo se abrieron de par en par. Trompetas, tambales y flautas anunciaron la llegada de Mitriti.

Precedían a la princesa guardias, soldados y magnates árabes. Por fin entró la soberana electa acompañada de la anciana sultana Ayn, su madre.

Mitriti subió a la plataforma que ocupaba la sacerdotisa de Omah acompañada de sus damas de honor.

El visir de Omar-El-Haji leyó un extenso documento, en el cual se detallaba las virtudes de la princesa Mitriti y sus derechos al trono.

En seguida la Oculta Sacerdotisa de Omah comenzó la ceremonia religiosa. Cada una de las doncellas oficiaba junto a la sacerdotisa entregándole los objetos que requería.

Le llegó el turno a Jazmín. Faltábanle algunos pasos para colocarse al lado de la sacerdotisa, cuando el velo que le cubría el rostro se desprendió de su frente y la dejó en descubierto. Jazmín abrió sus dilatadas pupilas en las de la princesa Mitriti, quien le lanzaba una mirada de profundo odio.

Princesa —exclamó la sacerdotisa oculta con acento solemne—, loco sobre tu sien la corona sagrada de Omah. Quedas ungida soberana.

Mitriti, al verse consagrada, se puso de pie y gritó con voz estrepitosa:

Guardias de Omar-El-Haji, arrestad a esta muchacha.

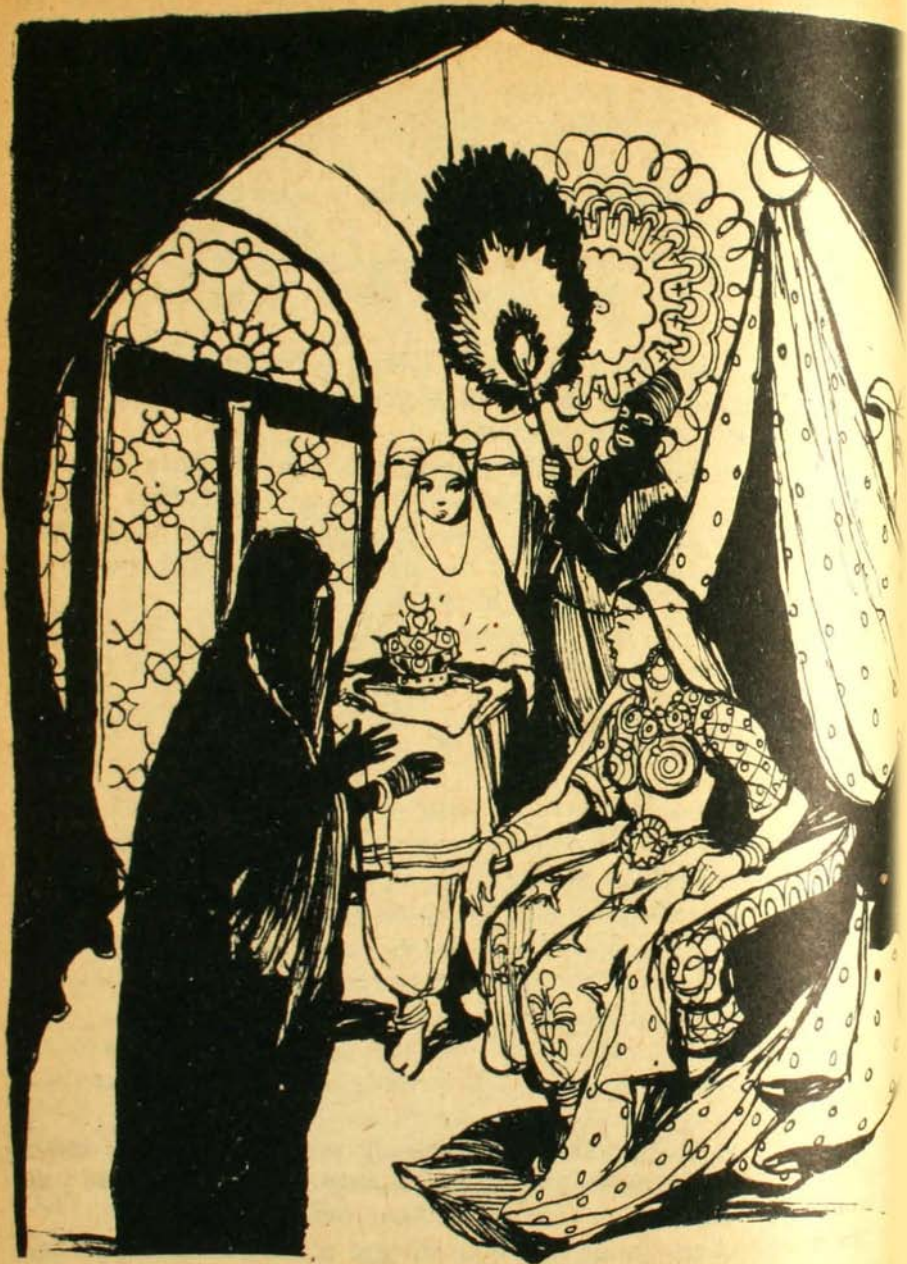
Los concurrentes a la coronación levantaban la voz formando un murmullo que se tradujo, en seguida, en un tumulto enloquecedor.

Silencio! —ordenó la Oculta Sacerdotisa—. Atrás todos. Nadie debe atentar contra la doncella a quien yo escogí como ayudante en la ceremonia de la coronación. Mientras se encuentre en este templo, nadie puede arrestarla.

Jazmín temblaba de miedo al ver los gestos amenazantes de los guardias y soldados árabes... Sin embargo, ninguno se atrevió a desobedecer.

Yo, sacerdotisa de Omah —continuó la velada mujer—, declaro que esta muchacha saldrá libre de este templo. Ve en paz, Jazmín. Es mi deseo que nadie te haga mal.

Jazmín no vaciló un momento y se dirigió a las habitaciones privadas de su protectora. De allí corrió a la puerta secreta que daba acceso al exterior.



El velo que cubría el rostro de Jazmín se desprendió de su frente y la dejó en descubierto.

Pero apenas traspasó el umbral, una mano férrea cayó sobre su brazo y los ojos feroces de Kasama le helaron de espanto. Jazmín se encontraba de nuevo en poder de la mayordoma de las esclavas de Mitriti.

Con furioso ademán, Kasama arrancó el velo que aún cubría a Jazmín y le dijo:

—Ya de nada te sirve ese disfraz, perra sarnosa... Ahora no te escaparás... Te haré sufrir hasta que clames perdón y te humilles como una esclava.

Los asistentes a la ceremonia de la coronación, agrupados fuera del templo, se burlaban de Jazmín. Entre gritos y maldiciones la joven aguadora fué empujada hasta el palacio de los Opalos.

Mitriti, después de abandonar sus galas, llamó a Kasama y le ordenó que llevara a su presencia a la cautiva Jazmín.

Al ver a su enemiga no pudo contener su ira y furibunda le preguntó:

—¿Quién te ayudó a salir de la jaula y por qué motivo te introdujiste entre las doncellas que acompañaban a la Oculta Sacerdotisa de Omah?

—No lo diré —respondió altivamente Jazmín.

—Vil esclava —gritó Mitriti—, habla o te haré torturar por mis soldados.

Jazmín guardó silencio.

Mitriti habría cumplido sus amenazas de entregar a Jazmín a la soldadesca, si en ese instante no hubiera intervenido la Oculta Sacerdotisa de Omah.

La princesa retrocedió atónita y temerosa.

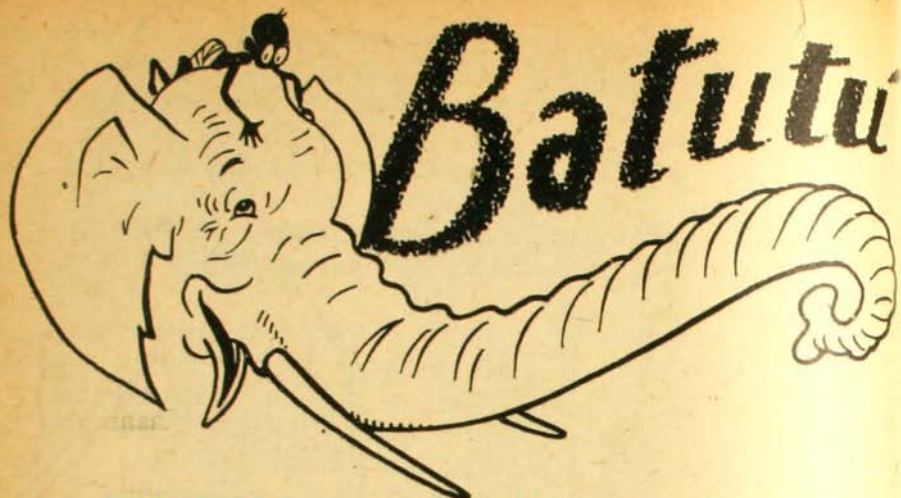
—Mitriti —dijo la dulce voz de la mujer velada—, tal vez he llegado a tiempo para evitar que caiga sobre ti una terrible desgracia.



Patricio Julio Alvear, domiciliado en Compañía 2712 obtuvo como premio UN PROYECTOR DE CINE en el Concurso de Simbad 36.

(CONTINUARA)





## CAPITULO II. — *Los defensores de Batutu*

Cuando Tambo, el gran elefante, quiso triturar bajo su pata a la criatura que se acercó a él, su esposa, la elefanta Doa se lo impidió, bramando:

—¡Deja eso tranquilo!

“Eso” era un negrito de cinco años que usaba por toda vestimenta un taparrabos, un collar de perlas azules, brazaletes de cuentas amarillas y ajorcas en los tobillos, de color rojo. Sus cabellos atirantados hacia el medio de la cabeza, formaban un copete muy gracioso.

¿Cómo había logrado salvarse de la matanza? La aldea de Bonga Bonga fué arrasada por el brutal Kaimakán, y sólo ese negrito sobrevivió al desastre. Pero no estaba asustado. Alzando la nariz cilla como si mirara la luna, contempló a Tambo. Luego saludó:

—¡Buenos días!

El elefante contestó con una especie de carraspera. El pequeño añadió entonces:

—Me llamó Batutú. Mi papá es el jefe de la tribu.

Ignoraba que en ese momento, el rey de Bonga-Bonga, con las manos atadas a la espalda y encadenado, no era más que un esclavo entre la fila de parias que marchaban hacia el desierto. Batutú no lo sabía y los elefantes tampoco.

Tambo, cuando tenía una idea, no renunciaba a ella. Odñaba a las criaturas humanas, porque había observado su malignidad. Además, los cazadores le hirieron en dos ocasiones. Por lo tanto

...n ser humano era para él un  
...asano que debía ser aplastado  
...n miramientos. Y Batutú per-  
...enece a la raza odiada, por  
...uy pequeño y muy simpático  
...ue fuera.

—Doa, no protejas a esta ga-  
...apata —dijo a su esposa.

...lla batió sus orejas y repuso:

—Es sólo un niño y lo educare-  
...os. Entre nosotros olvidará  
...as malas costumbres de sus  
...ngéneres. Una criatura puede  
...er moldeada en sus primeros  
...ños, sea ella un elefante, un  
...ombre, un mono o un león.

—Pero...

—Doa tiene razón —dijo una  
...oz aguda.

...Tambo vió pasar ante sus ojos  
...na silueta rápida, que había  
...saltado desde un árbol y reco-  
...oció a Mamá Borora, la mona.

—¡Ustedes están locos! —gruñó  
...Noga, la hiena—. Este niño cre-  
...erá y nos matará a todos. Dé-  
...enmelo a mí y yo lo devoraré  
...hora que todavía es tiempo.

...os ojos amarillosos de la bes-  
...ia miraban con codicia a Ba-  
...tutú. Sus fauces se abrieron, dejando ver agudos dientes.

—¡Dámelo, Tambo! —exigió.

Tambo no estaba de parte del negrito, pero la idea de que una  
...riatura tan abyecta como Noga le diera órdenes a él, que era el  
...ñor de la selva, y que le pidiera dejar en su repugnante hocico  
...a una víctima indefensa, le enfureció. Vió rojo y, lanzando un vi-  
...brante trompeteo, se abalanzó contra la hiena. Ella, cobarde como  
...siempre, huyó con la cola entre las piernas.

Señalando a Batutú dijo después el gran elefante a su esposa:

—Vamos a casa. Tú lleva eso.

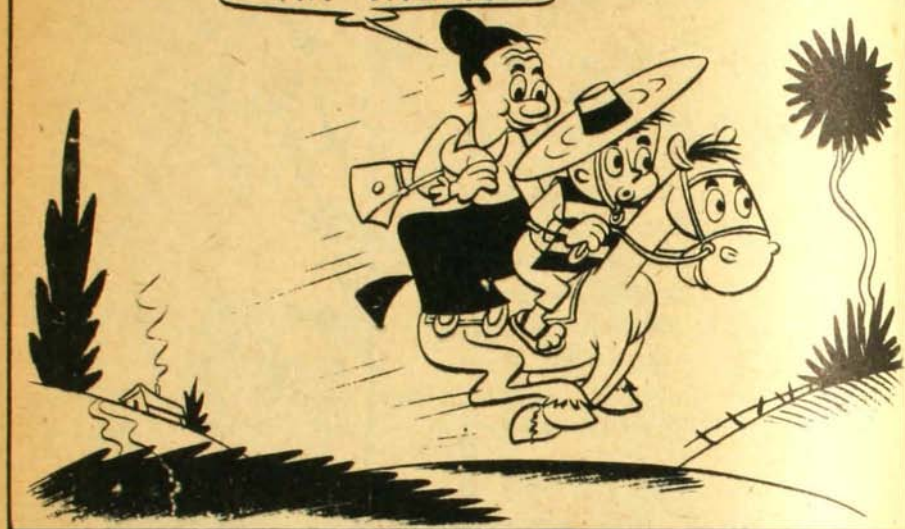


—¡Ustedes están locos! —gruñó  
...Noga, la hiena.

(CONTINUARA)

# Ponchito

PASAREMOS LA TEMPORADA DE INVIERNO  
EN EL PUEBLO, EN CASA DE TU  
TIA CHEPA



¡UF! AL FIN  
LLEGAMOS



TOMA, ARREGLA LA  
LLAVE DEL BAÑO  
QUE ESTA MALA



L. RATO

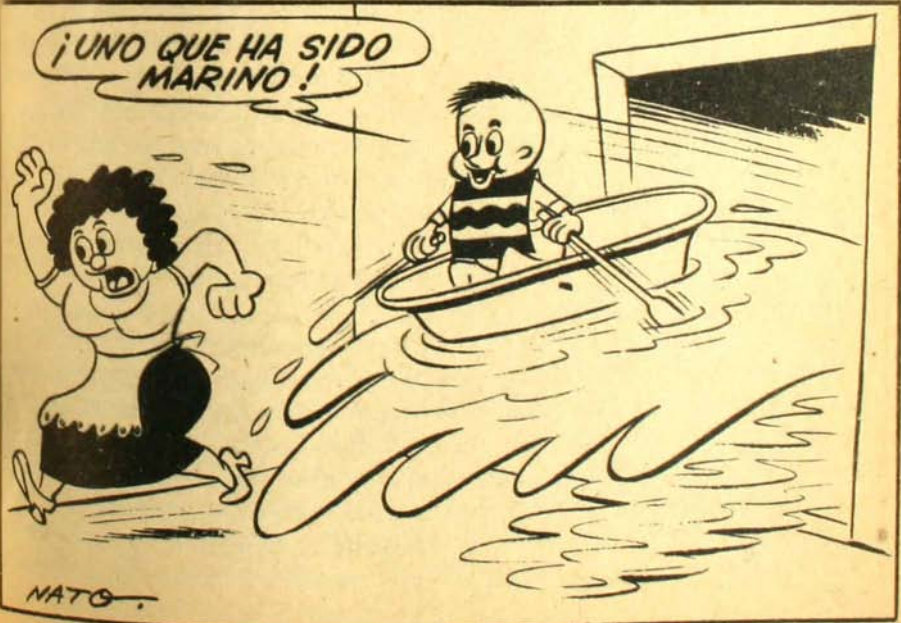
¿QUE HARA ESTE NIÑO QUE NO VIENE ?..



POBRECITO, DEBE HABERLE COSTADO MUCHO ARREGLAR LA LLAVE



¡UNO QUE HA SIDO MARINO!



# LOS ZAPATITOS ROJOS

Karen era un niña humilde. Su madre, muy pobre, no tenía recursos para vestirla y abrirla. En verano debía andar descalza y en invierno hundía sus pies en unos zuecos de madera, que lastimaban su piel.

Karen lloraba mucho por su pobreza y, en vez de ayudar a su buena madre para que la vida no fuese tan dura con ellos, pasaba el día quejándose y protestando.

En aquel tiempo la reina del país, emprendió un viaje para recorrer sus dominios, y pasó por el villorrio de Karen. Venía acompañada de su hija, la princesa. La multitud se aglomeró para verlas en torno a la posada, donde se había hospedado la soberana con su hija. Esta se asomó a una ventana para saludar al pueblo. No llevaba traje de corte, ni corona de oro, sino que vestía de blanco y calzaba unos hermosos zapatos de tafilete rojo.

—¡Oh! —murmuró Karen, sin apartar sus miradas de los zapatitos—. ¡Cómo quisiera tenerlos!

—No desees lo imposible, hija mía —contestó la madre—. Yo no puedo comprarte un calzado tan precioso. Si tú fueras más hacendosa y aprendieras a coser, ayudándome en mi faena, creo que no estaríamos en la miseria. Pero sólo piensas en vanidades.

Karen hizo un gesto de enfado. ¿Cuándo terminarían los sermones? ¿Cuándo lograría poseer cuanto ambicionaba?

Llegó el día en que la niña fué bastante crecida para recibir la confirmación. Su madre, con grandes sacrificios, le compró un traje nuevo y reunió, centavo por centavo, para que adquiriera un par de zapatos blancos.

Esa misma tarde, llegó al villorrio, un extraño zapatero. Era un hombre que caminaba encorvado, pero no porque fuese viejo, estuviese fatigado o tuviera giba, sino porque no se podía mantener derecho. Parecía que su cuerpo había sido conformado en una posición torcida. En sus ojos brillaban luces rojas. Tenía una barba puntuda, también de color encendido. Las manos eran muy hábiles para batir la suela y crear los zapatos más hermosos. A veces reía por lo bajo, y aunque su risa no se oía claramente, se deslizaba en el aire, y todas las mozas y los niños sentían irrefrenables

deseos de huir lo más lejos posible.

Karen se detuvo en el taller del zapatero, para comprar sus zapatos de primera comunión.

—¿Estos rojos? —preguntó el hombre, como si adivinara sus pensamientos y su mano se tendió hacia un banco cercano. Karen creyó por un momento que los zapatos no habían estado allí, sino que surgieron como por arte de magia-bajo los dedos del artesano. Cuando su corazón se sosegó, y sus ojos pudieron ver con claridad, contempló el calzado. Era rojo, de tafilete, con costuras finísimas y un modelo sencillo, de infinita elegancia.

—¿Cuánto valen —dijo en un suspiro, oprimiendo en su mano los centavos.

—Dame ese dinero. Eso valen —contestó el zapatero.

Y rió, con su risa opaca. Afuera, en la calle, hubo un movimiento de terror, y las niñas que paseaban despreocupadas, sintiendo que el terror les daba alas, huyeron. El lugar quedó solitario y silencioso. Karen, sin reparar en nada, pensando sólo en las sandalias, entregó el dinero al hombre. El, en cambio, depositó en sus manos los zapatitos rojos.



—¿Cuánto valen? —dijo Karen en un suspiro.

¡Oh, qué lindos eran!

Se encaminó hacia su casa. La madre, que con la edad no veía bien no descubrió que los zapatos eran rojos.

Al llegar el día de su confirmación, Karen se dirigió a la iglesia. Todo el mundo le miraba los pies y, mientras avanzaba por la nave del templo, ella pensó con orgullo que la envidiaban. Y mientras el sacerdote posaba la mano sobre su cabeza rubia, y le hablaba del sagrado bautismo, de la fe en Dios y de los deberes cristianos,

Karen sólo pensaba en sus zapatitos rojos.

Resonaron las solemnes notas del órgano, cantaron los niños con sus dulces voces, cantó también el viejo maestro, y Karen no tenía ojos más que para sus zapatitos.

Al domingo siguiente se daba la sagrada comunión. Aunque estaba casi ciega, la madre vislumbró el color de los zapatos.

—Karen, ¿de qué color son tus zapatos?

La niña no contestó.

—Karen, ¿por qué no respondes?

La anciana se aproximó y, de rodillas, miró de cerca las sandalias.

—Rojas —balbució, espantada—. No puedes ir con ellas a recibir la primera comunión. Cámbiatelas.

—¿Por cuáles? —respondió Karen, con acento de insolencia—. Sólo tengo los zuecos de madera.

—Son preferibles, hija mía.

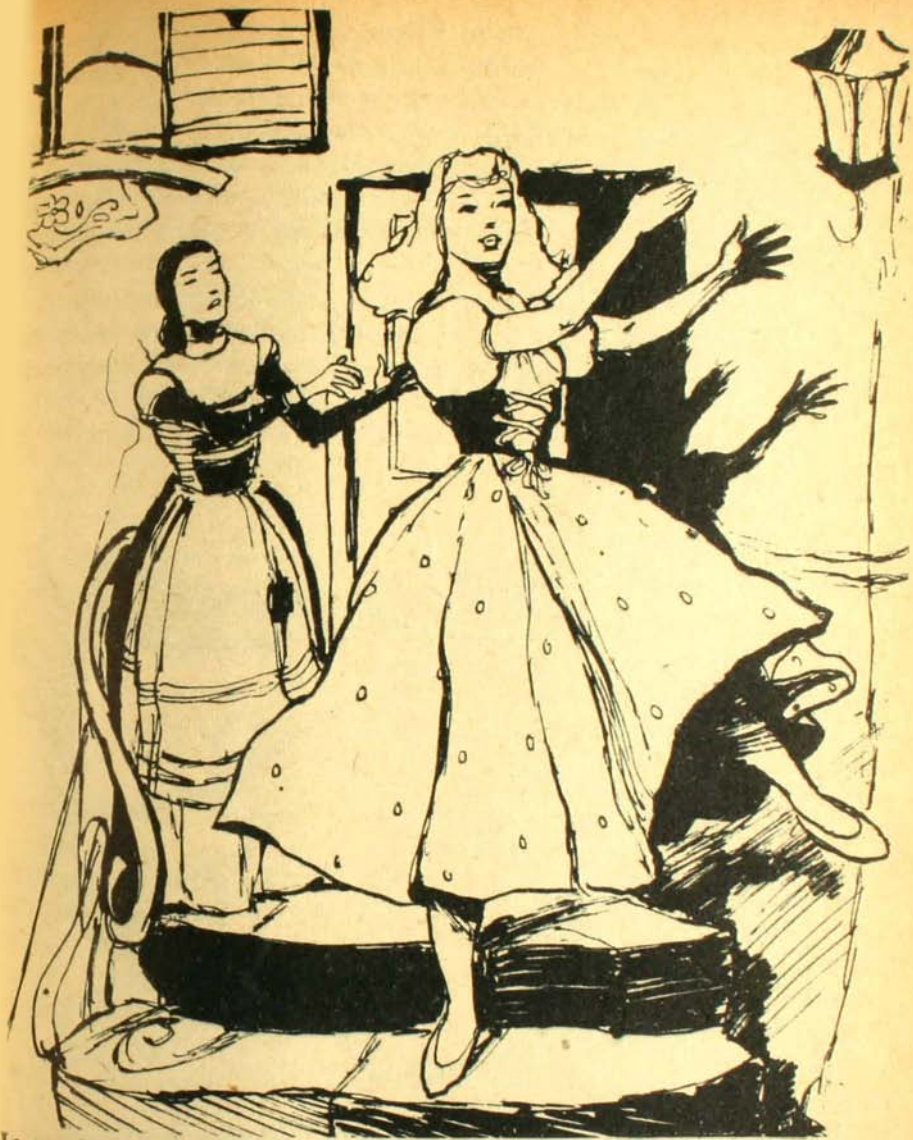
Karen avanzó hacia la puerta. La madre tendió sus manos intentando detenerla, pero la niña salió, sin volver la cabeza.

En su camino, debía pasar por la tienda del zapatero. El la vio venir y la llamó con un gesto de su mano velluda. Karen pensó continuar, fingiendo no advertir el llamado, pero una fuerza desconocida la obligó a entrar en el taller.

—¿Llevas los zapatitos rojos? —dijo el zapatero—. Deja que les quite un poco el polvo.

Luego de lustrar el brillante cuero, golpeó las suelas con la mano. Esta vez, Karen oyó su risa y se estremeció.

Temblando aún, penetró en la iglesia. Los feligreses tornaron la cabeza para mirarla. Muchas cejas se fruncieron con reproche y muchos ojos la miraron acusadoramente. Ella se arrodilló ante el altar y, cuando el sacerdote acercó la hostia a sus labios, sólo pensaba en sus zapatitos rojos. Le parecía verlos flotar ante sus ojos, y vio de nuevo la mano de dedos oscuros, golpeando las suelas.



La madre tendió sus manos, intentando detenerla.

De regreso a su casa, distinguió al zapatero, que estaba asomado a la ventana.

El dijo:

—Lindos zapatitos de baile.

Karen no pudo evitarlo. Dió algunos pasos de baile y siguió bai-

lando, impulsada por sus zapatos. Continuó la danza en torno a la iglesia, sin que le fuera posible detenerse. Danzando, llegó a un sombrío bosque, y, de pronto, vió aparecer al zapatero, pero no con su apariencia habitual. Sólo conservaba su delantal. Sus pies se habían transformado en pezuñas de macho cabrío. En la frente surgían dos cuernos. Su rostro no cambió, pero se veía más maligno. Las manos mantenían los dedos abiertos y con ellos dirigía la danza de Karen.

Aterrorizada, ella intentó inclinarse para quitarse los zapatos, pero no lo consiguió, pues, al parecer, estaban adheridos a sus pies. Desgarró sus medias, pero los zapatitos seguían inamovibles y la obligaban a seguir bailando sobre prados y campos, en la lluvia y a la luz del sol, día tras día y noche tras noche.



Los zapatitos rojos quedaron a pocos pasos de ella.



En su girar incansable llegó de noche a la iglesia. En la puerta vio a un ángel, que le dijo, con rostro grave:

—¡Estás condenada a seguir bailando, siempre calzada con tus zapatitos rojos, hasta que estés helada de frío! ¡Hasta que se te arrugue la piel y te veas reducida a un esqueleto! Bailarás de puerta en puerta, y cuantas veces encuentres a niños vanidosos y embriagados de orgullo habrás de llamarles para que puedan verte y temerte. ¡Y así seguirás bailando, para siempre!

—¡Piedad! —gritó Karen.

Mas no pudo oír la respuesta del ángel porque los zapatitos la hicieron alejarse, para seguir caminos, sendas y atajos, y sin descansar un solo momento en su horrible danza.

Karen sufrió muchos años. Arrepentida de su vanidad, terminó por rezar con fervor, mientras danzaba. Su corazón se purificó y la primera señal del perdón fué que no halló más en su camino al zapatero infernal. Después, como expiación, ella misma quiso seguir en su atroz baile que la llevaba sobre las ásperas montañas, en las orillas de ríos, por caminos sembrados de matorrales espinosos. Y una mañana terminó su danza en el umbral de la iglesia y durmió en paz, perdonada por Dios. Los zapatitos rojos quedaron a pocos pasos de ella. Pero más tarde, cuando quisieron recogerlos, nadie los encontró. En cuanto al zapatero, había desaparecido también.



## A nuestros lectores

Marcelo Sagardía.— Compartimos con usted su deseo de que la revista "Simbad" no se acabe nunca, porque es la alegría de los niños. Gracias por sus gentiles elogios.

R. González Ortega.— El cuento que envía es muy breve. Agradecemos sus felicitaciones por "El Romance de Tristán e Isolda" y "Pervinca". En realidad, "Ponchito" y "Pimpin el Aventurero" son muy graciosos.

Luis Hernán Araya.— Transmiti-

remos sus felicitaciones a Elena Poirier, que ilustra la linda serial "Jazmín".

Manuel Inostroza, María Lagos, C. Contreras, Zoilo Sánchez, Carlos Moreno, Carlos Mayorga.—

Ustedes, con su cordial cariño, nos animan a proseguir en nuestra tarea de ofrecer a los niños los más bellos cuentos, las seriales que se convierten en sus preferidas y los dibujos que les agradan.

Roxane

# EL NIÑO DE LAS SELVAS

ILUSTRO : CARO GIMÉNEZ.



1. Linda Hamilton se abrió paso en la selva africana. “—¡El Lago de las Mil Estrellas! —exclamó, sonriendo—. Hemos llegado, Lobala.”



2. La niña grabó su nombre en un árbol, usando su cuchillo de caza. “—Presiento que hallaremos a mi padre, que desapareció en la jungla hace diez años.” De pronto, Lobala, temblando, señaló unas huellas. “—¡El niño de las selvas pasó por aquí! ¿Ves, amita? Huellas de pie humano junto al rastro de Chika, el leopardo.”



3. Linda, pensativa, regresó al campamento. Su tío Juan Hamilton le reprochó: “—¿Por qué te alejas sola?” Ella repuso: “—Quise ver el lago. Mis esperanzas de hallar a papá...” Hamilton la interrumpió: “—Anda a ayudar a Elena”. Linda se dirigió a la carpa que servía de almacén y advirtió un completo desorden.



4. Comprendió que Elena Plug era la culpable. Deseaba enemistarla con su tío Juan para que no le permitiera seguir en la expedición, organizada por Guillermo Plug. “—Eres una malvada —acusó—. Quieres que me consideren una inútil. Ayer ordené la carpa.” Elena se encogió de hombros. Al día siguiente, Linda avanzaba por la selva, cuando la tierra se hundió bajo sus pies.

(CONTINUARA)



## CAPITULO VII. — La fuga de Pervinca

“Sufriré hambre, se cansarán mis pies, dormiré sin más techo que el cielo, pero huiré de este castillo —pensaba Pervinca—. Si permanezco aquí un año me volveré loca. Tal vez eso es lo que pretende mi pérfido tutor.”

La brecha abierta en el muro del parque atraía irresistiblemente a Pervinca. Comprendía la prisionera que Enrique Velcort, apenas descubierta su fuga, alertaría a la policía, señalaría su persona a los detectives y explicaría a todos que su pupila estaba totalmente loca.

Por lo tanto, la fugitiva sería perseguida como un animal de caza.

Pervinca miró desde su ventana el tupido bosque y le pareció un abrigo protector.

“Me ocultaré en su follaje —se dijo la huérfana—, y nadie me descubrirá. Caminaré toda la noche, atravesaré las aldeas cuando

**RESUMEN:** Pervinca, después de haber perdido a su madre, desaparecida en un accidente de aviación, está a cargo de Enrique Velcort, empresario de la artista Mona Berger, quien se constituye en su tutor. Velcort convence a Pervinca, cuyo verdadero nombre es Alejandra Fores, que para su salud le conviene vivir en el campo, y la conduce a un solitario castillo en medio de los bosques. La actitud de los criados de la casa es extraña y misteriosa. Pervinca pretende salir del parque, y como se lo niegan, acude a su tutor, quien cínicamente le comunica que la tiene prisionera en el castillo y que para apoderarse de su fortuna ha decidido declararla loca. La niña se desespera y proyecta huir. Trata de solicitar la ayuda de la camarera Luisa y de la cocinera Teresa, pero se la niegan. Su resolución de ir al Cardal a reunirse con su nodriza María Leder, persiste, y un día descubre una brecha en el muro del parque.

todos duerman, beberé agua en los arroyos y dormiré bajo las estrellas del cielo, y si me acosa el hambre, cogeré frutas en los vergeles. ¿Pero cómo dirigirme al Cardal? Necesitaría dinero para el tren."

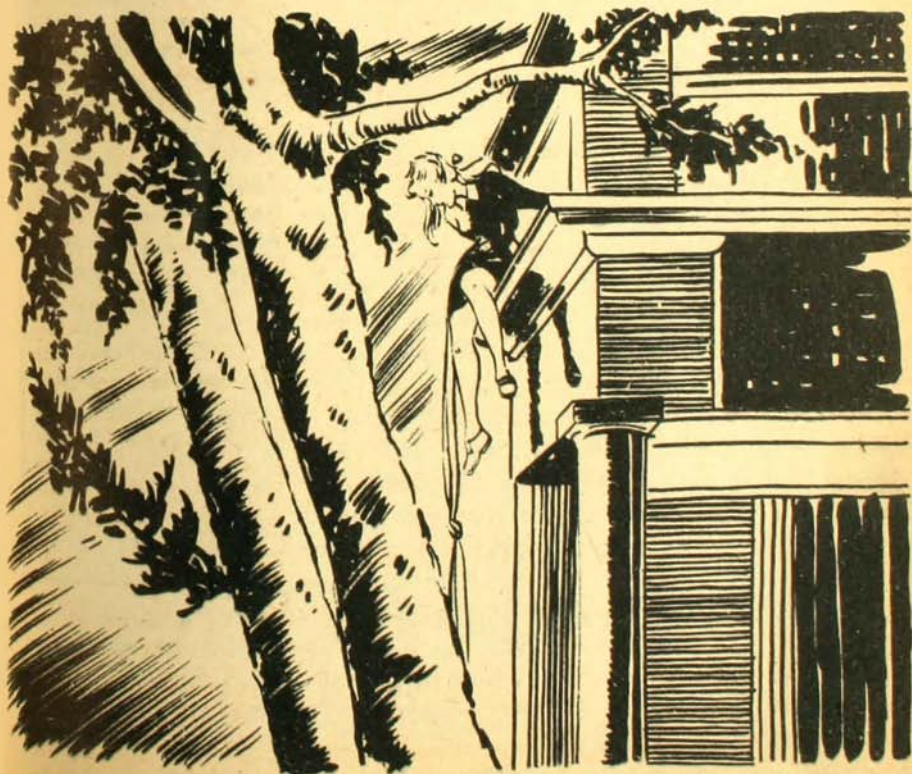
Con el ceño fruncido, Pervinca comprendió que las circunstancias le eran adversas. No obstante, su situación en el castillo de Enrique Velcort era intolerable y tenía que huir a cualquier precio.

"Lo principal es salir de aquí —murmuró Pervinca—, y en seguida afrontaré mi destino."

Tan tentadora era la idea de fugarse, que Pervinca resolvió hacerlo inmediatamente.

"No —reflexionó la niña—; necesito llevar algunos víveres y actuar en la noche, a fin de que mi ausencia no sea advertida hasta la mañana siguiente, cuando ya esté muy lejos de Valle Alegre."

Dos días después Pervinca abrió silenciosamente la ventana de su habitación y contemplaba la luna que bañaba el parque.



Pervinca ató un par de sábanas y se deslizó por el balcón.

En seguida dejó caer, como una cuerda, las dos sábanas de su cama que había atado fuertemente al balcón de hierro. La distancia que la separaba del suelo no era grande.

De un salto la fugitiva trepó al balcón, cogió con ambas manos la improvisada cuerda y se deslizó suavemente.

Un minuto después sus pies se posaban en el suelo y ella emprendía veloz carrera hacia la brecha del muro.

Tan fuerte latía su corazón, que debió detenerse para tomar aliento. La perspectiva de libertad animaba su espíritu infundiéndole nuevas fuerzas.

¿No era una locura abandonar ese lindo parque, esa mansión lujosa, donde tenía asegurado el alimento, para exponerse a morir de hambre, de soledad y de miseria?

“Nada me importa —exclamó Pervinca, dando una última mirada a la odiada casa de Velcurt—. Prefiero a todo la libertad.”

Se introdujo en el oscuro bosque, donde no penetraban los rayos de la luna.

Un ave nocturna dejó oír su lúgubre piar, y varios conejos pasaron junto a sus pies. Crujían las ramas y siniestros murmullos poblaban el bosque.

Con un esfuerzo de voluntad, la fugitiva dominó el terror que la invadía y continuó buscando su senda en la obscuridad.

Al alba, la niña caminaba aún por la floresta, pensando que nunca saldría de ella. Las estrellas comenzaban a eclipsarse en el cielo.

De súbito Pervinca divisó una cabaña y hacia ella guió sus pasos. Cantó un gallo y le respondieron las avecillas del bosque. Pervinca se dejó caer rendida junto a un árbol y sus ojos se cerraron.

“Cuando los habitantes de esa casa se levanten —pensó Pervinca—, les pediré asilo. El jardín está bien cultivado. Esto me sugiere la idea de que la gente que vive aquí es buena.”

Un ruido de voces disipó la somnolencia de la fugitiva. Se abrió una puerta y apareció una anciana mujer.

Sin vacilar, Pervinca se puso de pie y avanzó hacia la campesina. —Señora —le dijo—, estoy muy fatigada y tengo hambre. ¿Quiere usted tener la bondad de darme asilo por algunas horas?

—Por cierto, hijita —respondió la aldeana—. ¿Se ha extraviado usted en el bosque?

—Vengo de muy lejos, señora —expresó Pervinca—. He caminado toda la noche.

—Pobrecita —murmuró la aldeana, observando el traje tan ele-



La campesina ofreció leche, queso y pan a la fugitiva

gante de la niña y sus finos modales—, venga a beber un vaso de leche de cabra. Después reposará.

—Gracias, señora —balbuceó la fugitiva, entrando en la modesta vivienda.

Minutos después Pervinca estaba sentada junto a una limpia mesa sobre la cual la anciana mujer había colocado pan, leche y un queso de cabra.

Pervinca sucumbía de sueño y respondía evasivamente a las preguntas de la aldeana. Todas sus respuestas eran falsas.

—Ahora vas a dormir, hijita —dijo Mariana, cuando Pervinca terminó su merienda—. Tiéndete sobre mi lecho mientras yo ordeño mis cabras y doy de comer a las aves.

Pervinca se acostó sobre un mullido lecho y tres segundos después dormía profundamente.

Al atardecer despertó bruscamente y miró con sorpresa la desconocida habitación. Pronto recordó los sucesos y su fuga. Incorporándose en el lecho divisó a la aldeana en el cuarto contiguo, dando movimiento a un aparato de radio. Una agradable música se hizo oír.

De pronto Pervinca dió un brinco en la cama al escuchar una voz masculina que decía:

“El señor Enrique Velcort ruega dar noticias de Alejandra Fores,

hija de la artista Mona Berger, que ha huído de su casa en Valle Alegre. La niña sufre de una dolencia mental desde la trágica muerte de su madre. Es una chica de doce años; viste de negro con cuello blanco, zapatos y soquetes blancos. Es rubia y de ojos azules. Quien la encuentre debe dirigirse inmediatamente a Enri que Velcort, su tutor, Castillo de Valle Alegre, teléfono 24."

Hubo un corto silencio y luego se repitió el anuncio.

Pervinca palideció. Nunca había pensado ella que Velcort acudiera a un llamado por la radio.

"La aldeana ya ha comprendido que se trata de mí —murmuró la fugitiva—. Tengo que huir en el acto."

Pervinca saltó de la cama, abrió cautelosamente la ventana y de un salto llegó al jardín, cuya verja traspasó con cuidado.

"Me veo acosada como un bardo cuya cabeza han puesto a precio", se dijo tristemente la fugitiva.

Contuvo sus deseos de emprender una carrera alocada. El rumor de sus pisadas podía atraer a la campesina y entonces veríase de nuevo encerrada, esta vez en una cabaña, pero con una guardiana tan implacable como el propio Velcort. Pervinca suponía que la buena mujer que le brindó hospitalidad, no vacilaría en retenerla, pensando que lo hacía por el bien de la niña.

Proseguir su viaje resultaba imposible por el momento. Iría a refugiarse otra vez en el bosque para burlar la persecución de la policía, a quien seguramente habría acudido el malvado Velcort. Caminando sin rumbo por el bosque, descubrió una encina, cuyo tronco estaba hueco y allí se ocultó, dejando que las ramas volvieran a cubrirle.

Torturada por el hambre, devoró las provisiones que había traído del castillo y meditó con angustia sobre su situación.

"Acorralada como un conejillo —suspiraba Pervinca—. Esto podrá durar uno o dos días más, pero en seguida, ¿qué será de mí?"

El tiempo le era favorable en época de verano, pero carecería de alimento y tendría que salir del hueco de la encina para ir en busca de agua.

"Dios y mi madre han de favorecerme —murmuró por fin Pervinca—. La libertad se conquista con sacrificios."

(CONTINUARA)

**CUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal** Ⓢ  
SIMBAD N.º 43  
El bergantín es un barco de .... palos.



# GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos palos tiene un bergantín?

Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 premios de 5 cuadernos cada uno; 10 premios de 5 forros para cuadernos; 10 premios de 2 cuadernos cada uno; 10 paquetes de Vitalmin; 10 premios de 2 lápices y 1 goma.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 40.

La libra inglesa tiene 240 d.

PREMIADOS CON UN LIBRO: Claus Grote,

Osorno; Ismael 2.º Sáez, Rahue; Hilda Aguirre, Santiago; Benjamín Donoso, Talcahuano; Luis E. Martínez, Santiago; Alejandro González, Valparaíso; René Cuevas, Santiago; Erwin Pinto, Santiago; Omar Valenzuela, Santiago; Eduardo Muñoz, Santiago. UN PAQUETE VITALMIN: Héctor Troncoso, Talca; Gloria Pérez de Arce, Santiago; Sergio Moya, San Bernardo; Giancarla Lupi, Santiago; Nancy Gaete, Chimbarongo; Luis Jiménez, Talagante; Ingrid Ahumada, Santiago; Claudio Zapata, Bulnes; Rodolfo Cádiz, Santiago; Waldo Plaza, Santiago; Ana Victoria Cox, Santiago; Héctor Arriagada, Santiago; T. Larget, Viña del Mar; Humberto Rodríguez, Valparaíso; Adolfo Torres, Los Andes. CON \$ 20.—: Zunilda Gómez, Santiago; María Salinas, Santiago; Sonia Valencia, Santiago; Mario Campodónico, Santiago; Julio César Olavarrieta, Santiago; Roberto Mascareño, Valparaíso; Orlando Parra, Valparaíso; Ana Pinochet, Valparaíso; Alvaro Ulloa, Valparaíso; Héctor López, Valparaíso. UN TUBO PASTA BAYCOL: Armando Pérez, Santiago; Patricia Castillo, Santiago; Ermy Morales, Angol; Iris Aravena, Santiago; Sergio Castillo, Santiago. UNA CARPETA ESQUELAS: Maximiliano Barras, Rancagua; Alfonso Araya, Valparaíso; Juan Morales, Traiguén; Fernando Izzo, Santiago; Pierina Roca, Santiago. UN JUEGO PIMPON: José López, Valparaíso; Mario Gangas, Santiago. UNA BILLETERA: Armando Hernández, Constitución; Eduardo Bravo, Constitución; Luis Ugüeno, Lima-che; Maristela Hirsch, Santiago; Hernán Guzmán, La Calera. UN JUEGO DOMINO: Domingo Oñate, Talcahuano; Zulema Goldenstein, San Felipe; Lillian Riquelme, Angol; Juan Villagra, Temuco; Juan R. Castañeda, La Unión. UN PROYECTOR DE CINE: Antonio Atala, Curicó.

An illustration at the top left of the page shows two women. The one on the left has dark hair and is looking towards the right. The one on the right has long, light-colored hair and is looking forward. Behind them is a stylized drawing of a castle with towers and battlements.

# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO VIII. — *Intrigas de los cuatro felones*

Isolda la Rubia, que desde Irlanda se trasladó a la corte de Cornualles para convertirse en la esposa del rey Marcos, languidecía de tristeza en el palacio. Ella y Tristán de Loonnois habían bebido un filtro mágico, y en sus corazones, como una llama que nunca se apagaría, nació el amor. Jamás traicionarían al buen rey Marcos, pero la tristeza les consumía.

Los cuatro felones que odiaban a Tristán, y sentían envidia hacia él, descubrieron el secreto y se presentaron ante el monarca, para decirle:

—Buen rey, tú amas a Tristán con amor de padre. Le has honrado y le prefieres a todos los barones de tu reino. Por él desdenas a tus vasallos más fieles, que somos nosotros, y, sin embargo, Tristán te afrenta. Ama a la reina.

Marcos vaciló. Después, con la mirada refulgente de indignación pronunció:

—¡Cobardes! La envidia ha vertido veneno en vuestras venas. Es cierto que he puesto mi corazón en Tristán. Cuando Morolt os desafió, todos bajasteis la cabeza, temblorosos. Pero Tristán lo combatió por la honra de esta tierra y cada una de sus heridas pudo arrebatarle el alma. Por eso lo odiáis y por eso lo quiero como a un hijo muy amado. Le habéis espionado, y en vuestro rencor imagináis que él me traiciona. ¿Qué habéis visto? ¿Qué habéis oído?

—Nada que tus ojos no puedan ver y tus oídos escuchar, señor. Estad alerta y sabréis que no hemos mentido.

El rey Marcos no pudo vencer el maleficio y, contra su voluntad, vigiló a la reina y espionó a su joven sobrino. Cansado de sus sospechas, un día llamó al doncel y le dijo:

—Tristán, aléjate de este castillo y cuando lo hayas dejado, no quieras franquear de nuevo sus fosos ni sus muros. Los felones te

acusar de una gran traición. Yo no les creo, pero sus palabras han turbado mi corazón y sólo tu partida lo calmará. Parte, hijo mío querido...

Quando los felones supieron la noticia, dijeron con malévola alegría:

—Se ha ido el encantador, como un ladrón vulgar. Sin duda atravesará los mares para ofrecer sus servicios desleales a otro rey lejano...

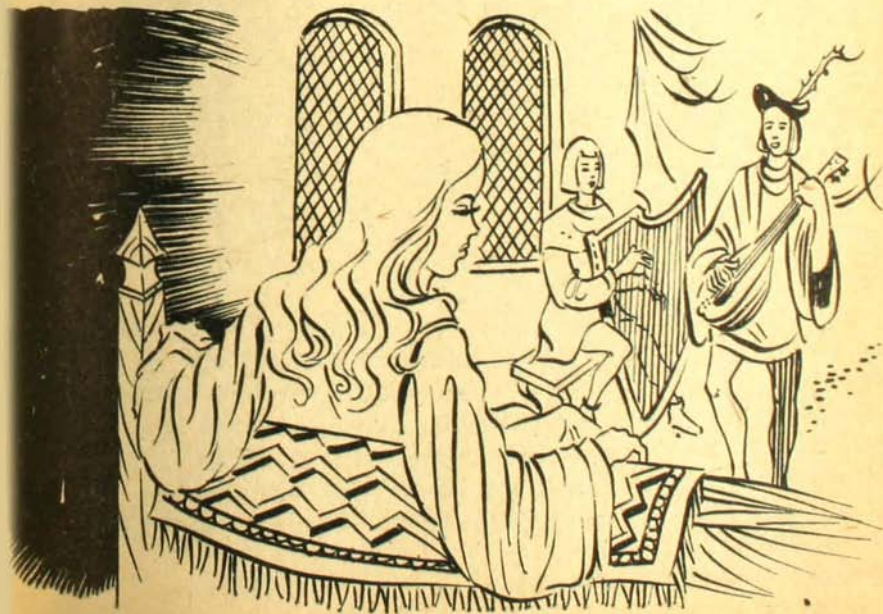
Se equivocaban. Tristán no tuvo la fuerza de partir. Se detuvo en el villorrio de Tintagel y erró por los posques vecinos, torturado por el recuerdo de Isolda.

Tras las torres cerradas, ella también sufría, más desdichada aun porque ante los ojos que la espiaban debía fingir serenidad o sonreír.

La fiel Brangiana, doncella de la reina, advirtió que su señora desfallecía día por día y que, si no veía a Tristán, moriría silenciosamente.

Decidida a salvarla, se entrevistó con Tristán y le indicó una astucia.

Detrás del castillo de Tintagel, un bosque se extendía. Bellos e



Isolda la Rubia languidecía de tristeza en el palacio del rey Marcos.

innumerables árboles crecían cargados de frutos, de pájaros, de racimos fragantes. En el punto más lejano del castillo había un pino y a sus pies una fuente. El agua se derramaba al principio en ancha corriente, protegida por escalinatas de mármol. Después, entre bordes estrechos, corría a través del jardín y, penetrando en el interior del castillo, atravesaba las estancias de las mujeres. Tristán, aconsejado por Brangiana, tallaba pedazos de corteza y las colocaba en el manantial, para que flotaran. La reina espiaba su paso y sabía que él la aguardaba junto al alto pino. Entonces



Y en noches encantadas recorrían el bosque.

las manos blancas de la reina se enlazaban con las bellas y poderosas manos del héroe y los ojos azules se reflejaban en las pupilas ansiosas y pensativas. Y en noches encantadas, los dos recorrían el bosque, en sus caballos, casi sin hablar y a veces sin mirarse, sintiendo el deslumbramiento de la dicha.

Isolda recobró la alegría y los cuatro felones: Andret, Dencalen, Guenelon y Gondoine, sospecharon la verdad. El duque Andret dijo entonces:

—Hablemos con Froncin, el enano jorobado. El nos ayudará con su corazón maligno y su odio a la belleza.

(CONTINUARA)



¿SE COME LA CARNE  
DE BALLENA?



¡SÍ, SEÑORITA!



¿Y QUE SE HACE  
CON LOS HUESOS?



LOS DEJAMOS A UN LADO  
DEL PLATO, SEÑORITA



# Simbad

N.º 44

\$ 2.-



PERVINCA

ELENA FORIER

# Pimpin

EL AVENTURERO

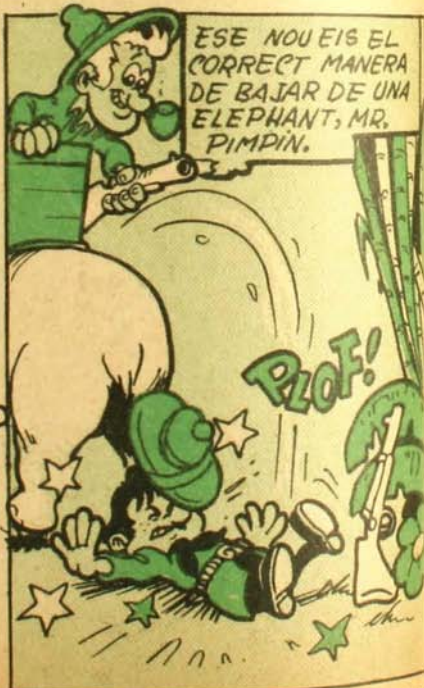


Por

THEMISTOCLES  
OBOS F.



NOU SE MUEVA TANTO, MR. PIMPIN, QUE PUEDE CA...



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA



# Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I

N.º 44

Precio: \$ 2.—

5-VII-1950



## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPITULO IV. — *El fiero combate*

El posadero que armó a don Quijote de la Mancha como caballero andante, le dijo antes de despedirlo:

—Id, gran héroe, y no olvidéis abastecedores de dinero, camisas limpias y un escudero.

El dueño de la posada estaba ansioso de que su huésped se marchara, y en su nerviosidad le daba los primeros consejos que se le venían al caletre.

Don Quijote decidió seguir tan sabias indicaciones y se encaminó a su casa.

No había andado mucho cuando vió un gran tropel de gente.

Eran seis mercaderes toledanos que venían con cuatro criados a caballo y tres mozos de mulas.

Don Quijote se afirmó bien en los estribos y, puesto en mitad del camino, esperó que aquellos caballeros andantes llegaran

cerca para que oyeran bien sus palabras:

—¡Alto! Nadie pasa si no reconoce antes que no hay don-



Don Quijote se encaminó a su casa

Vió venir un gran  
tropol de gente



cella más bella que la emperatriz de la Mancha, la adorable Dulcinea del Toboso. ¡Yo soy su caballero!

Grandes risas acogieron este discurso. Rojo de cólera, el hidalgo se inclinó sobre su caballo y le dijo:

—Buen Rocinante; éste es el momento de demostrar nuestro valor. ¡Derrotemos a estos patanes!

Rocinante trotó con tan mala suerte, que tropezó en una piedra y cayó, con las cuatro herraduras al aire. Su amo rodó por tierra, y, queriendo levantarse, jamás pudo. Su armadura resonaba con ruido de cacerolas. Un mozo de mulas, que no debía ser muy bien intencionado, tomó la lanza y la quebró en dos. Con uno de los pedazos, dió a don Quijote una terrible paliza. Después los mercaderes se alejaron. El hi-



—¡Alto! Nadie pasa si no reconoce la belleza de mi dama

Algo no se lamentó del episodio. Ciertamente que había tenido mala suerte, pero su honor se salvó. No fue vencido en lucha real. Rocinante era el culpable del descabro, por haber tropezado estúpidamente. Pero si don Quijote no se quejaba del combate, en cambio daba grandes alardos porque le dolía todo el cuerpo.

Acertó a pasar por allí un labrador vecino de nuestro magullado héroe.

—¿Qué os pasa? ¿De qué os quejáis? —preguntó, compasivamente.

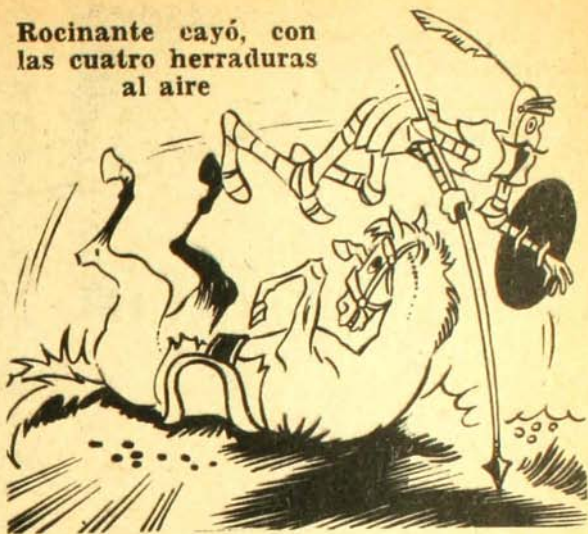
Por toda respuesta, los ayes subieron de tono. El labrador, inclinándose, le quitó la visera y, al limpiarle el rostro que estaba cubierto de polvo, le reconoció:

—Señor Quijano, ¿quién ha puesto a vuestra merced desta suerte?

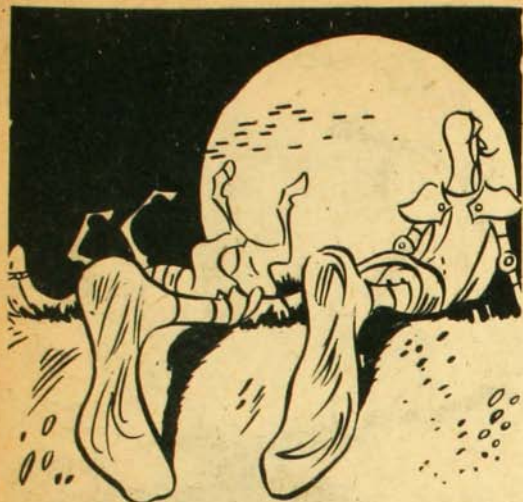
Don Quijote no respondía. El buen paisano lo recogió entonces para depositarlo sobre su burro, que le pareció más sosegado que Rocinante. (Al menos, tropezaba menos que él.)

A paso lerdo, se dirigió hacia el pueblo.

**Rocinante cayó, con las cuatro herraduras al aire**



**El mal intencionado mozo rompió la lanza de Don Quijote**



Cierto que había tenido mala suerte,  
pero su honor se salvó

—Los libros de caballería tienen la culpa. Leía tantos, que terminé por creer que todas esas aventuras eran ciertas y decidí convertirme en caballero andante, para dar cuchilladas a los gigantes y perseguir a los felones. ¡Ay! ¿Dónde estará ahora, con su lanza apolillada, el escudo mohoso y la celada de cartón?

—¡Aquí! —gritó el labrador—. Abran la puerta.

Y, ayudado por el mozo de cuadra, descargó a don Quijote para trasladarlo a su lecho.

Don Quijote parecía herido de muerte. Continuaba declamando los romances de caballería y después explicó:

—Vengo mal herido por culpa de mi caballo. Condúzcanme a la cama y llamen a la sabia Urganda para que cure y cate mis heridas.

Urganda era un hada que figuraba en las novelas de la Edad Media. Estaba encargada de proteger a los caballeros, a quienes se aparecía, ya bajo la forma de una anciana cubierta de harapos ya bajo la de una doncella encantadora.

—Aquí no entra ninguna Urganda —protestó el ama de llaves ofendida—, por muy sabia que sea. Yo curaré a mi señor.

Y convencida de que cerrando la puerta no entraría el hada Urganda, guió al vecino y al mozo hasta la habitación de don Alonso Quijano.

Por el camino, don Quijote empezó a recitar los romances caballerescos.

—¿Y ahora qué le pasa?

—murmuró el labrador.

El borriquillo avanzaba calmadamente, sin preocuparse de su jinete.

En casa de don Quijote había gran alarma. El cura Pero Pérez y el barbero Nicolás, amigos del desaparecido hidalgo, no se explicaban el misterio. Hacía seis días que estaba ausente y tanto la sobrina como el ama de llaves decían compungidas:

revisaron el cuerpo, a  
de hallar las heridas y  
vieron ninguna.

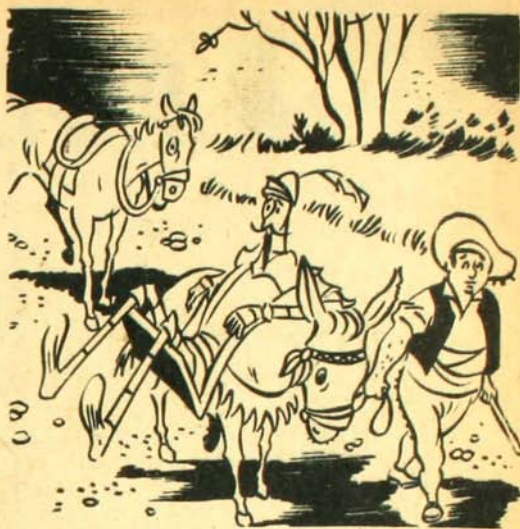
¿No estáis herido, señor?  
Claro que no —contes-  
el hidalgo, disimulando  
desconcierto—. Es sólo  
polimiento, porque di una  
lida con Rocinante mien-  
as combatía a diez ya-  
nes, los más desafortados  
atrevidos que pisan la  
erra.

Ta, ta —dijo el cura,  
crédulo.

Sí —afirmó el caballe-  
andante—. Felones de  
peor especie.

¿Os habían injuriado?

Se negaron a reconocer que mi dama, Dulcinea del Toboso, es  
más adorable doncella que ha ilusionado el corazón de un va-  
roso caballero.



El labrador colocó en su hurro al  
maltrecho caballero



lo trasladaron al lecho, creyén-  
dolo malherido

El cura Pero Pérez miró a Ni-  
colás el barbero, quien había  
dado un salto de sorpresa. Nin-  
guno de los dos había oído ja-  
más hablar de la tal Dulcinea.  
No podían sospechar que la da-  
ma no era otra que la Aldonza  
Lorenzo, una bella aunque rús-  
tica labradora a quien don Qui-  
jote idealizó.

—Ahora dejadme —solicitó el  
hidalgo—. Quiero descansar,  
porque necesito la fuerza de mi  
brazo y el ánimo de mi cora-  
zón para seguir combatiendo a  
los malvados y desfacer los en-  
tuertos que ellos hacen.

(CONTINUARA)

# Jazmín

## CAPITULO V. — La sultana Zoraida protege a Jazmín

La presencia de la oculta sacerdotisa de Omar atemorizó a Mitriti.

—¿Qué significan sus fatídicas palabras? —preguntó a la velada sacerdotisa.

—Los dioses de Omah-El-Haji protegen a todas las personas que han actuado en la coronación de una sultana —respondió la sacerdotisa—. Por eso yo he venido a prevenirte que no puedes hacer una esclava de Jazmín, la aguadora. Jazmín no

debe perder su libertad, ni nadie tiene derecho a torturarla en esta ciudad. Si desobedeces, Mitriti, el cielo te castigará.

Diciendo esto, la velada sacerdotisa desapareció.

Mitriti quedó pensativa y medrosa por algunos instantes; pero en seguida sonrió y se dirigió a la ventana del aposento. ¿Surgió acaso en su mente alguna idea que conciliara su temor por la venganza de los dioses a la vez que su odio por Jazmín?

—Kasama, ven —ordenó Mitriti a la mayordoma de las esclavas. Aproximando su oído al de Kasama, la princesa le habló largamente. La vieja arpia movía afirmativamente la cabeza y su expresión era diabólica.

La princesa se tornó luego hacia Jazmín y dijo:

—Jazmín, la aguadora, saldrás inmediatamente de Omah-El-Haji y nadie te molestará. Pero, recuérdalo bien, si alguna vez vuelves a mi ciudad, nadie me impedirá que te condene a perpetua esclavitud. Ni aun la intervención de la sacerdotisa de

**RESUMEN:** Jazmín, la aguadora, a causa de sus cabellos rubios y su tez blanca, es repudiada por todos en Omah-El-Haji. Fátima Morgana le entrega un anillo de oro atado con una cinta azul y le dice que ella la recogió entre los despojos de una caravana en el desierto. La princesa Mitriti ordena a Jazmín, y decide hacerla su esclava. La Oculta Sacerdotisa del Templo de la Luna facilita la fuga a Jazmín, que huye hasta el oasis de El Karma. Allí se le acerca una joven blanca, muy semejante a ella, pero Kasama captura a Jazmín y la conduce al palacio de Mitriti. De nuevo huye, pero vuelve a caer en poder de la cruel princesa.

triti descorrió la cortina de su estancia y ordenó a los guardias  
de prepararan su lujoso palanquín.  
Jazmín estaba radiante de felicidad. Por fin saldría de Omah-El-  
Laji; por fin podría llegar hasta el oasis de El Karma y reunirse  
con la doncella blanca que tanto se le parecía.  
Pocos instantes la joven seguía tras del palanquín de la  
princesa y llegaba a la Puerta de Luna.



La sultana lanzó una exclamación de asombro al ver que  
Jazmín tenía la piel blanca

—Vete en busca de la libertad que anhelas —gimió Mitriti—  
Sal de Omah-El-Haji para jamás retornar.

La gran puerta se cerró tras Jazmín, la paria del desierto.  
Al dar los primeros pasos por la arena candente, Jazmín com-  
prendió toda la malignidad de la princesa Mitriti.

Un viento huracanado y violento hirió su rostro. Se levantaba  
una horrenda tempestad de arena.

Ahora comprendía por qué su enemiga mostraba un semblante  
risueño. La había arrojado de Omah-El-Haji en el preciso instan-  
te en que comenzaba el huracán.

Mitriti la condenaba pues a una muerte horrorosa.

Jazmín se vió arrastrada por el torbellino de arena, y en su deses-  
peración gritaba:

—Abran la puerta, la puerta, la puerta. . .

Por fin, extenuada y vencida por el huracán, la infeliz aguadora  
cayó exánime.

Cuando recobró los sentidos, estaba toda magullada y sus ojos  
cegados por la arena.

¿En qué dirección se encontraba Omah-El-Haji o dónde se ha-  
llaba el oasis de El Karma? La inmensidad del desierto exten-  
díase sin límites a su vista.

Al incorporarse, el sol cayó a plomo sobre su dolorido cuerpo.  
Llegó la noche y aun vagaba sin rumbo la desdichada paria del  
desierto.

Brillaron las luces del amanecer cuando divisó un oasis.

Como un ciervo sediento acercó sus labios a un claro manantial  
y allí mismo se quedó dormida.

Un ruido de voces despertó a Jazmín. Cerca del datilero, a cuyo  
sombra se cobijaba, divisó un grupo de bayaderas que danzaban  
al son de flautas y gaitas.

Una hermosa joven ricamente ataviada se aproximó a Jazmín,  
al verla toda magullada y con el traje hecho jirones, le preguntó  
con dulce acento:

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí, pobre vagabunda? Estás  
extenuada. . .

La bondadosa mora arrastró a Jazmín hasta las tiendas de su  
campamento.

—Soy Jazmín, la aguadora de Puerta de Luna —explicó la jo-  
ven—. Me cogió un huracán y cuando oí voces creí que eran mis  
enemigos.





—¡Sultana de Mazur!—, gritó furiosa Mitriti

bondadosa sultana de Mazur—. aquí y desde hoy quedas en mi séquito.

—¡Soberana, puedes leer tú este papel? —preguntó Jazmín—. Está escrito en un idioma que ignoro.

—Yo soy la sultana de Mazur —dijo la hermosa mora—, y ando visitando las ciudades del desierto con mi séquito. Tengo en mi tienda trajes de seda para cubrir tu desnudez, y perfumado aceite para curar tus heridas.

La sultana Zoraida llamó a dos doncellas, quienes introdujeron a una carpa a Jazmín y comenzaron a limpiarle el semblante con sus ungüentos curativos.

La sultana de Mazur lanzó una exclamación de asombro:

—Es blanca... Una mujer de raza blanca en el desierto... ¿Pretendías engañarme, Jazmín?

—Será una espía —murmuraron algunas mujeres.

Con el aceitoso ungüento había desaparecido la tintura con que Kasama tiñó a Jazmín para disfrazarla cuando estaba encerrada en la jaula.

—He sido siempre blanca —respondió Jazmín—. ¿Es esto una deshonra? Mi pueblo es tu pueblo, sultana. Nunca conocí otra ciudad que Omah-El-Haji. No soy espía.

Y la joven refirió a la sultana su triste historia.

—Te creo, Jazmín —replicó la sultana—. Vístete. La suerte te ha traído

—preguntó Jazmín—.

La sultana llamó a una mulata que le servía de intérprete y leyó la misiva. Decía así:

“Por algún tiempo no debes salir de Omah-El-Haji. La sacerdotisa del templo es tu amiga. Ocúltate en el templo de Omar. Y velo por ti. No huyas al desierto”.

—No te aflijas —dijo entonces la sultana—, yo me dirijo a Omah-El-Haji, e irás conmigo sin que nadie te haga daño. Sube junta a mí.

Jazmín trepó al camello de la sultana y ocupó un sitio al lado de su protectora.

Cuando ya estaban cerca de las puertas de la ciudad, una cabalgata se acercó a saludar a la excelsa visitante.

Jazmín no alcanzó a ocultarse tras los cortinajes del palanquín y la princesa Mitriti, que avanzaba a la cabeza de la cabalgata, la señaló con el dedo.

—Sultana de Mazur —gritó furiosa—, ¿sabes tú quien es esa muchacha que viene a tu lado? Es una enemiga de tu pueblo del mío. Una espía. Es mi esclava.

—Princesa, vengo a visitarte —respondió la sultana—, y el primer don que te pido es que me concedas esta esclava. Quiero tenerla entre las doncellas de mi séquito.

—Sultana —murmuró Mitriti—, tú eres poderosa y fuerte. Todos los pueblos del desierto te obedecen. No puedo rehusar lo que me pides, pero te advierto que esa mujer es muy mala...

—Trataré de hacerla buena —indicó la sultana de Mazur.

La lujosa caravana entró a Omah-El-Haji con toda pompa y esplendor.

Mitriti destinó para la sultana y su séquito un ala del Palacio de los Opalos, y, a pesar de su furia contra Jazmín, se vió obligado a dejarla en la corte de la sultana Zoraida.

No obstante, la cruel Mitriti, al entrar en sus habitaciones privadas, llamó a Kasama y le dijo:

—Algo hay que hacer para arrebatarse a Jazmín de la protección de la sultana. La otra niña blanca ha vuelto a Omah-El-Haji, y no deben encontrarse. Es preciso capturar a Jazmín engañando a la sultana, porque como Zoraida es muy poderosa, no puedo contrariarla. Kasama, espía todos los pasos de Jazmín.

Entretanto Jazmín reposaba feliz junto a la sultana Zoraida.

—Jazmín —decíale la buena Zoraida—, mi posición es difícil aquí, porque he aceptado la hospitalidad de la princesa Mitriti

ro de todas mane-  
yo te protegeré.  
conveniente que  
sques pronto a la  
ulta Sacerdotisa de  
nar, a fin de que  
a te aconseje.

La buscaré, buena  
ltana —respondió  
zmn.

Y cuando encuen-  
es a tu amiga, la  
ven blanca, que  
nto se te parece  
prosiguió Z o r a i-  
—, mi intérprete  
uida podrá descir-  
arte los misterios  
e tu vida.

Jazmín corrió hacia  
habitación que le  
abían señ a l a d o,  
cultó su rostro con  
n tupido velo negro  
se dirigió a la puer-  
ecilla secreta del  
templo.

El túnel estaba de-  
lerto y también la  
habitación contig u a  
el tesoro. Jazm í n  
guardó allí algunos  
instantes hasta que  
un leve ruido la obli-  
gó a volver la cabeza.

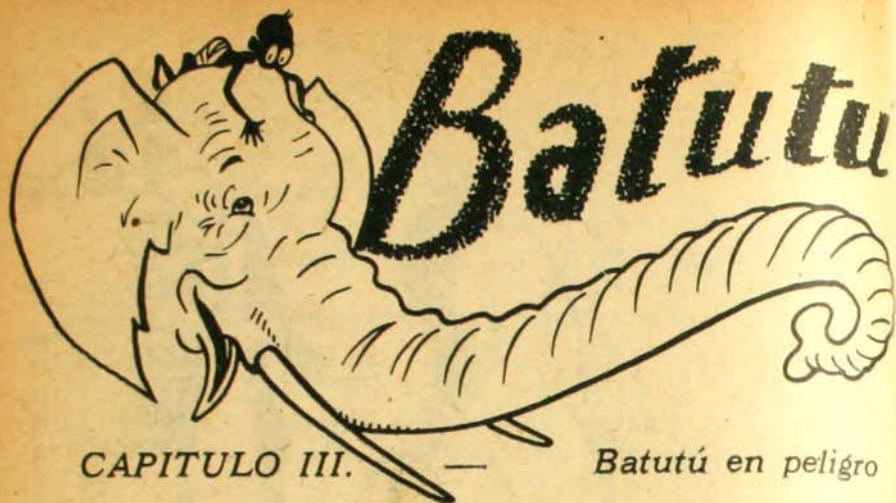
La joven blanca, la misteriosa niña que tanto se le parecía, le  
extendía los brazos y por señas le hacía comprender que sus  
enemigas la seguían.

Jazmín y su aliada corrieron silenciosamente por las galerías  
del templo y fueron a ocultarse en un pequeño jardín.

(CONTINUARA)



La misteriosa niña blanca la llamaba  
tendiéndole los brazos



CAPITULO III. — Batutú en peligro

Si esta historia no nos hubiera sido contada por Kela, la caturra verde de la selva, no la hubiéramos creído. Kela es muy charlatana, pero nunca miente. Y si las cosas sucedieron como ella dice, aunque parezcan increíbles, han sido así.

Batutú, el negrito que se quedó sin padre, ni madre, ni tribu por culpa del malvado Kaimakán, entró en la familia de Tambú, el gran elefante, y fué tratado por todos como si fuese un bebé elefante y no una criatura que pertenecía a la odiada raza de los hombres.



La hiena gruñó al ver a Farka, el chacal, uno de los seres despreciables de la selva

Los moradores de la jungla le consideraban hermano y terminaron por creer que había nacido entre ellos.

Para cumplir con sus leyes, Tambo presentó a su hijo adoptivo a Pac, el hipopótamo, Birni el rinoceronte, a la jirafa, los jabalíes, los ciervos. No olvidaron visitar el cubil del león y del leopardo. A

la única que no saludaron fué a Noga, la hiena, porque todos la despreciaban.

Ella, furiosa por el desaire, empezó a rumiar una venganza. Era cobarde y los elefantes le infundían un miedo espantoso. Pero ya encontraría una manera de causar daño a Batutú, sin correr peligro. Porque Noga, la hiena, tenía mucho aprecio a su piel, aunque ésta fuera un pellejo infecto.

La tribu de Tambo y de la buena elefanta Doa estaba feliz con la adopción de Batutú, que les quería y les cuidaba. Sí, les cuidaba, aunque él era sólo una criaturita y ellos unas grandes moles. Cuando avanzaban por la selva, sin preocuparse de los obstáculos, las espinas se clavaban en sus flancos, sus largas orejas o sus patas. Batutú se las quitaba con dulzura, y, tan hábilmente, que casi no sentían dolor.

Tambo, sobre todo, que marchaba a la cabeza y jamás tomaba precauciones, era el que más requería los cuidados de Batutú.

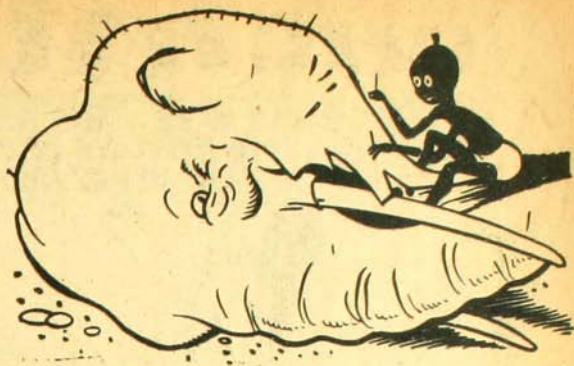
Sí, tal como nos dijo Kela, la caturra verde de la selva, los elefantes adoraban a Batutú. No sospecharon que en la sombra, Noga, la hiena, urdía una traición.

Una noche se había encontrado con Farka, el chacal. Noga gruñó, pues si alguien era más despreciado que ella en la otra jungla, ése era Farka. El, sin ofenderse, le dijo:

--Si yo daño a Batutú, ¿qué me darás?

La hiena, que conocía el alma retorcida de Farka, pensó que debía meditar cuidadosamente aquella alianza y gruñó:

--Ven a verme mañana:

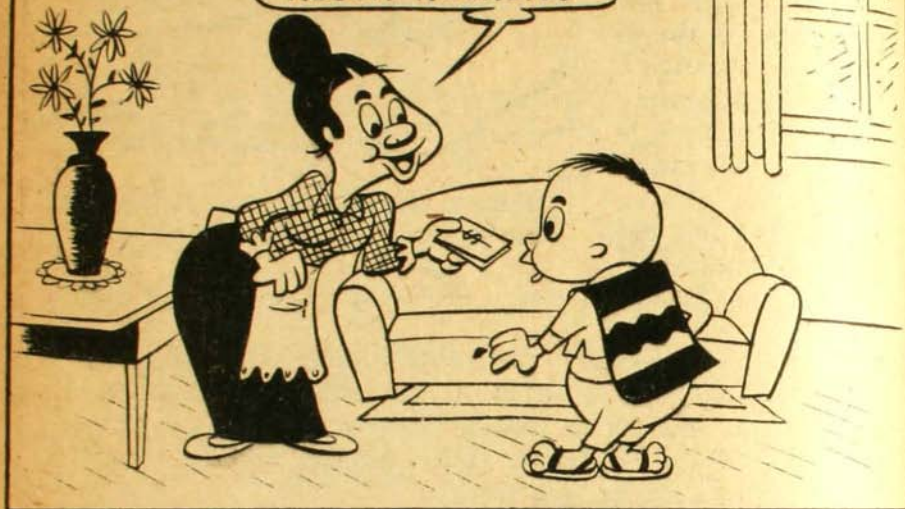


Batutú les quitaba las espinas tan, hábilmente que casi no sentían dolor

(CONTINUARA).

# Ponchito

HOY CUMPLE TRES AÑOS TU PRIMITO CARLOS, TOMA PARA QUE LE COMPRES ALGUN REGALITO



BUSCALE ALGO PARA QUE SE ENTRETENGA, UNA PELOTA O UN MONITO



IRE A OTRA PARTE, AQUI NO HAY NADA QUE ME GUSTE





# EL RATON



Los juguetes de Nenita trabajaban de noche. Cada uno de ellos cogía una aguja del cestillo de labor, la enhebraba con hilo o algodón y cosía con afán diminutas prendas de ropa blanca o de vestir. Dichas prendas se confeccionaban para las hadas y geniecillos de las flores.

Mientras los geniecillos y hadas tomaban, en cierta ocasión, el baño usual de rocío, les robaron los vestidos. Los juguetes, de quienes eran amigos, decidieron entonces regalarles un ajuar nuevo. Así, en cuanto se acostaba su dueña, cosían todos los juguetes.

Uno solo se quejó del exceso de trabajo y éste fué Ben, el oso gris. "Mis zarpas no se han hecho para sostener la aguja —decía—. Son demasiado grandes".

—Mira, no nos vengas con excusas —díjole cierta noche el pato de felpa—. Yo carezco de manos, pero me valgo de mis pies y me parece que me cuesta más trabajo coser con ellos que a ti con tus zarpas. ¡Lo que sucede, Ben, es que eres un perezoso!

El pato estaba en lo cierto: Ben era un perezoso y le molestaba tener que hacer algo por los demás. Prefería jugar, cantar alegres canciones o contemplar su colección de objetos brillantes oculta en un agujero a propósito. Tales objetos consistían en dos recortes de papel de plata, en una hoja de estaño, un botón de nácar, un antiguo lápiz de plata y una llave diminuta que había pertenecido a un juguete de cuerda. Ben adoraba su brillo y todas las noches jugaba un momento con ellos.

—Vamos, Ben, guarda tus cosas —le dijeron los juguetes—, y ayúdanos un poco. No está bien lo que haces.

Ben se dirigió a paso lento junto al cestillo de labor y tomó una aguja que enhebró con algodón... De

# Y EL DEDAL



pronto, se quedó embelesado. Miraba el nuevo dedal de Nenita. Era de plata.

"¡Oh! —se dijo—. Este será un bonito objeto que añadir a mi colección."

Se deslizó el dedal en el bolsillo, y, aguja en mano, se reunió a los juguetes. Pero transcurrido un instante, se levantó de la silla y fué a examinar sus tesoros. Entre ellos depositó el dedal y comenzó a jugar.

"Aquí me divierto más que cosiendo para esos tontos geniecillos —reflexionó—. Ya no lo haré más. Después de todo, me pincho los dedos, y, además hago unas puntadas muy grandes."

Entretanto, hacía rodar el dedal por el suelo y con templaba extasiado sus reflejos. De pronto ¿qué creeréis que sucedió? Pues, una cosa terrible e inesperada. Rodando, rodando, el dedal fué a parar junto a un agujero abierto en las tablas de madera del entarimado, y, ¡zas!, cayó dentro.

El oso se aproximó al agujero y asomó las narices. Después trató, sin conseguirlo, de meter en él la zarpa. Por más esfuerzos que hacía, sin embargo, no alcanzaba a coger el dedal.

"¡Esto es espantoso! —pensó. Gruesas lágrimas comenzaban a surcar sus mejillas—. Mi deber es dejar el dedal dondè lo he encontrado. Yo sólo quería jugar con él un poco esta noche, y mañana hubiera vuelto a ponerle en el cestillo. ¿Qué dirá Nenita cuando lo eche de menos?"

Los juguetes le vieron llorar y se acercaron a ver lo que le pasaba. Cuando Ben se lo hubo explicado, se enfadaron muchísimo.

—¡Mala persona! —exclamaron—. ¿Cómo te has atrevido a tocar el dedal? Si hubieras hecho lo que debías, ahora te hallarías cosiendo tranquilamente a nuestro lado, en lugar de perder el dedal tan precioso. ¿Qué haremos ahora para recuperarle?



Ben, el oso gris, es un perezoso y no quiere dar a sus...



El pato introdujo el pico por el agujero y trató de hacer saltar el dedal, sin lograrlo. El payaso metió luego el brazo y también las dos muñecas, pero ninguno de ellos consiguió cogerlo.

—¿Qué hacer, Señor, qué hacer? —exclamó el oso.

—¡Se me ocurre una idea! —dijo al cabo el muñeco de lana negra—. Llamemos al ratoncito gris que habita bajo el entarimado de madera y pidámosle que nos entregue el dedal.

Lo llamaron y vino en seguida. Su hociquillo negro vibraba de sorpresa.

—¿Qué queréis? —interrogó.

—Oh, amigo ratoncito, ¿serás tan amable que nos traigas un dedal de plata que se nos ha caído en un agujero del suelo? —pidió cortésmente el muñeco.

—Lo haría gustoso, pero no tengo tiempo —replicó el ratón—. Estoy haciendo la comida para mis hijos y cuando acabe comenzaré unas bufandas, pues tienen la garganta irritada.



—¿Qué queréis?— interrogó el ratoncillo

Por favor te pido que me saques del aprieto en que me hallo duplicó el oso, vertiendo abundantes lágrimas.— ¡Busca, busca dedal!

Oye: si lo buscas —prometió el muñeco al ratón—, nosotros vamos unas bonitas bufandas para tus hijos. Con ello te ahorramos trabajo, ¿eh?

Desde luego —replicó prontamente el ratoncito gris—. Pero, veis que tenérmelas listas en el plazo de tres días, fecha en que se levantarán mis hijos de la cama y podrán salir a la calle. Este momento tengo enfermos a los siete y me dan mucho que hacer. ¿Convenido? Pues entonces voy por el dedal y el sábado volveré por las bufandas.

Desapareció el ratón. Los juguetes le oyeron olfatear bajo el tapizado y a poco rodó el dedal. Un momento después reapareció el ratón con él entre las patas delanteras.

¡Gracias! —dijeron todos. Cogió el dedal el muñeco y tornó a colocarle en el cestillo, después de lo cual habló al oso en esta forma:

Ahora, Ben, ponte a trabajar en el acto, con objeto de que puedas tener hechas las bufandas para el sábado.

¿Qué? —exclamó Ben—. ¿Es que debo confeccionarlas yo solo?

¿Por qué no? ¿Quién perdió el dedal? Tú. ¿Y quién tuvo la culpa? Tu pereza. En castigo, tendrás que trabajar el doble. Toma hilo y aguja y ponte a coser.

El oso miró en torno. Los juguetes lo observaban de un modo tan severo que tuvo miedo. El pato parecía estar dispuesto a darle un buen picotazo; a arañarle las muñecas; a pincharle si no obedecía al instante.

Ben tomó, pues, aguja e hilo y comenzó a coser el trozo de franela azul que le dió el muñeco. Era muy largo, en forma de bufanda, y tenía que coserse pulcramente por sus cuatro bordes, a punto de bobadillo. Al principio le costó trabajo hacer las puntadas pequeñas, se pinchó varias veces las gruesas manos y rompió a llorar de nuevo, pero los juguetes no se compadecieron de él. Todos opinaban que merecía un castigo.

Aquella misma noche terminó una bufanda, a la noche siguiente hizo dos y otras dos a las dos noches siguientes. ¡Más cómo tenía que trabajar!

—¡Date prisa! —le dijeron sus compañeros—. Mañana es sá-



**Ben tomó aguja e hilo y comenzó a coser el trozo de franela azul**

perezoso acaba siempre por tener que trabajar más de lo que debe, como has visto por ti mismo.

Así, los juguetes ayudaron a Ben y pronto estuvieron terminadas las dos bufandas que faltaban.

Cuando vino el ratón, a la noche siguiente, quedó sumamente complacido con las bufandas. Dos de éstas eran azules, otras dos verdes, una amarilla y rosa las restantes.

—¡Oh! ¡cómo van a agradecerles a mis hijitos! —dijo—. Ya están buenos y mañana, cuando les saque a paseo, las estrenarán. ¡Un millón de gracias!

Fuése corriendo con ellas y los juguetes oyeron desde el cuarto los chillidos de placer lanzados por los ratoncitos. Ben se llenó de satisfacción.

—¡Vaya! Ahora veo que no hay placer mayor que el de proporcionar una alegría a nuestros semejantes —observó—. Ahora me alegro de haber trabajado tanto en esas bufandas y ya no vo-

bado y tienes que tener listas la siete bufandas.

—¡Oh! ¿Por qué he sido tan holgazán? —gimió el oso—. Si hubiera sido un ratito cada noche, como los otros, podría ir hoy más de prisa. ¡Nunca, nunca más, volveré a serlo!

—Si estás verdaderamente arrepentido Ben, te ayudaremos a acabar la tarea —dijo el muñeco negro—. Pero ante prométeme que no te dejarás dominar más por el vicio de la holgazanería. E


ré a ser perezoso ni egoísta. ¡Gracias, juguetes, por la lección que me habéis dado!

En el fondo eres bueno —dijo el muñeco, dándole un fuerte abrazo—. Y lamento (todos lo lamentamos) haber tenido que castigarte. Ahora ¡juguemos un poco!; bastante se ha cosido en toda la semana.

quella noche hubo grandes festejos en aquel pequeño mundo de los juguetes de Nenita. Las muñecas danzaron, el pato de felpa cantó una serenata, el muñeco de lana recitó una poesía con tanta emoción que hasta él mismo lloró y quedó empapado en lágrimas. El payaso hizo recuperar la alegría general con sus trucos y disparatadas historias. ¿Y el osito Ben? Para demostrar que nunca más sería egoísta ni perezoso, repartió su tesoro entre los juguetes. Los dos recortes de papel de plata se los dió a las muñecas para que se hicieran trajes de baile; la hoja de esmalte y el botón de nácar, para el payaso; el lápiz de plata se lo dió al muñeco de lana, que escribía poesías con él, y la llave, al pato de felpa, que con ella se dió cuerda y estuvo más cantor que nunca.

---

---



## A nuestros lectores

*Berrio Mario Henríquez.*— Lamentamos comunicar a usted que el ejemplar número 1 de "Simbad" se agotó completamente. Asimismo el 17 y varios otros. De modo que no podemos complacerlo.

*Laura Ritchie Rivera.*— Su opinión sobre "Pervinca", serie de estilo aventurero y dramático, es compartida por muchos lectores. Procuraremos dar después una historia que se asemeje al "Planeta Errante", que tanto le agradó.

*Alicia Ibáñez Zavala.*— Transmitiremos sus entusiastas felicitaciones al dibujante Nato por sus personajes Ponchito y Pelusita.

*Sylvia Cortés.*— Agradecemos sus gentiles elogios por nuestra revista.

*Domingo Serón.*— Es usted otro admirador de Ponchito. Diremos a Nato que usted le felicita cordialmente.

*Roxane*



**RESUMEN:** Linda Hamilton, su tío Juan, el siniestro Guillermo Plúg y su hija Elena, exploran el África. Plúg busca un tesoro español, pero Linda se ha internado en la selva para hallar a su padre, el explorador Roberto Andrés Hamilton. Un día la niña se cae a un foso.



1. "Elena —gritó—, lánzame una liana para subir". La morena contestó: "Puedo caer yo también. Iré al campamento a pedir auxilio". Y se alejó traídoramente.



2. Transcurrieron varios minutos de angustia. De pronto Linda distinguió al borde del foso a un adolescente que vestía una piel de leopardo. Era el NIÑO DE LAS SELVAS, considerado por los nativos como un ser sobrenatural. Desató de su cintura una cuerda jagüey y con ella izó a Linda. "Gracias —sonrió ella— ¿Quién es usted?" El respondió: "—Soy Kendru".



“¿Quiénes son sus padres?” El la miró con frialdad y replicó: El sol es mi padre. La luna es mi madre”. Linda rió, diciendo: Parece un cuento de duendes”. El joven murmuró: “¿Duendes? Qué es eso? ¿Por qué te burlas? Kendru fué tonto al salvarte”. Él se alejó, ofendido. Linda, aterrada, vió de pronto que un leopardo surgía de la maraña.



4. Ella gritó: “¡Kendru! ¡Protégeme!” Corrió hacia el joven y se cogió de su brazo. El continuó caminando, sin alterarse por la cercanía de la fiera. Esta se frotó contra las piernas del selvático, igual que un gato. “Debe ser Chika, el leopardo —murmuró Linda, recordando las palabras del negro Lobala—. “Sí, es Chika”, repuso Kendru.

(CONTINUARA).



**CAPITULO VIII. — Pervinca  
encuentra buenos amigos**

**RESUMEN:** Pervinca, después de haber perdido a su madre, desaparecida en un accidente de aviación, está a cargo de Enrique Velcort, empresario de la artista Mona Berger. Velcort convence a Pervinca, cuyo verdadero nombre es Alejandra Fores, que para su salud le conviene vivir en el campo, y la conduce a un solitario castillo. Un día Velcort, cínicamente, le comunica que la tiene prisionera y que para apoderarse de su fortuna ha decidido declararla loca. La niña se fuga, ocultándose en el bosque.

Acurrucada en el tronco hueco de una vieja encina, Pervinca pasó largas horas meditando sobre su angustiada situación. Una liebre se asomó al escondite como extrañándose de ver ocupada su vivienda.

—No te haré mal —dijo Pervinca al animalito—. Tú eres feliz porque no careces de alimento, en tanto que yo soy incapaz de matar un pajarillo para saciar el hambre.

Insensible al discurso de la usurpadora de su morada, la liebre dió un salto y se perdió en la espesura.

Entonces Pervinca salió del hueco de la encina y anduvo muchas horas tratando de alejarse más y más de la zona peligrosa. Caminando por un estrecho sendero que serpenteaba entre añosos árboles, divisó una choza de ramas construída seguramente por boy scouts en maniobras.

El espeso lecho de hojas secas instaba al descanso. Aun quedaban restos de una fogata no lejos de la choza.

“La suerte me favorece —murmuró Pervinca, deslizándose al interior de la ruca—. Aquí estaré bien y podré dormir un rato.” Cerca de la choza descubrió una vertiente y antes de tenderse

posar lavó su cara, bebió del agua cristalina y más reconfortada se aprestó a dormir. Algunas fresas silvestres acallaron un poco el hambre que sentía. "Quien duerme come", se dijo la niña, hundiéndose entre las hojas como sobre un colchón de plumas. Poco a poco cesaron los trinos de las aves. Pervinca vió oscurecerse el cielo y se durmió antes que brillaran las estrellas.

\* \* \*

—Hay una niñita en nuestra choza...

Esta exclamación despertó a Pervinca, quien abrió los ojos y vió un muchacho de catorce años mirándola con viva sorpresa.

La niña se incorporó asustada. En sus enmarañados cabellos quedaban prendidas hojas secas.

Otras voces se escucharon fuera de la choza.

—Una niñita... No es posible —dijo una voz.

—Déjanos verla, Raúl —agregó otra.

El llamado Raúl permanecía en contemplación de la linda ruina, y, por fin, le preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—Ya lo ve —respondió Pervinca—. Estaba durmiendo y usted me ha despertado.

Pervinca se durmió en la choza construída con ramas





—Ha dormido en nuestra ruca —dijo una jovencita desde afuera—. Raúl, quiero verla:

—¿Cómo se llama usted? —insistió Raúl.

—Pervinca.

—Es un lindo nombre que concuerda muy bien con sus ojos azules —expresó Raúl—. ¿No le da miedo pasar la noche solita en el bosque?

Tanta dulzura y solicitud conmovieron a Pervinca. Hacía mucho tiempo que nadie le hablaba con bondad.

—Oigo hablar. ¿Quién le acompaña? —preguntó prudentemente la fugitiva.

—Mis hermanas, que están muertas de curiosidad —sonrió Raúl—. Levántese y venga conmigo. Después nos referirá el motivo que la indujo a ocupar nuestra choza.

Pervinca sacudió su traje y sus cabellos y tendió la mano a dos encantadoras chicas que se parecían extraordinariamente.

—Mis hermanas Clara y Rosita, mellizas —dijo Raúl—. La señorita Pervinca, nuestra arrendataria.

Clara y Rosita rieron alegremente, pero Pervinca no pudo participar de esa alegría porque el hambre atenaceaba su estómago.

—¿Quién es usted? ¿Por qué viste de negro?

—Hace poco tiempo que perdí a mi madre.

Rosita preguntó:

—¿Por qué prefiere dormir en nuestra choza y no en su habitación?

La fugitiva vaciló un segundo y en seguida decidió revelar la verdad:

—Voy a contarles mi historia y les suplico que no duden de mis palabras.

—Sentémonos —indicó Raúl, dejándose caer sobre el césped. Pervinca comenzó a narrar los sucesos que la habían obligado a huir del castillo de Valle Alegre.

—De manera que su tutor pretende hacerla pasar por loca —declaró Raúl, cuando Pervinca terminó su relato.

—Sí... ¿Escucharon ustedes la radio? Han dado todas mis referencias y el teléfono del castillo. Si me presento en algún sitio concurrido, seré inmediatamente identificada, reconocida y devuelta a mi tutor.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Clara—. Vivir en los bosques es algo imposible. Se moriría de hambre.



Pervinca refirió los sucesos que la obligaron a huir del castillo de Valle Alegre

- Ya estoy muerta de hambre —balbuceó la fugitiva.
- Qué estúpido soy —exclamó Raúl, abriendo un maletín de fibras—. Hemos traído nuestra merienda y vamos a compartirla con usted.
- ¿Qué hora es?
- Las cuatro de la tarde.
- He dormido tantas horas... —exclamó atónita la niña.
- Lo cual prueba que puede dormirse mejor en una choza que en un castillo —insinuó sonriendo el simpático Raúl—. Aquí tiene pan, chocolate, manzanas y un termo con café.
- Pervinca sació su apetito con voracidad.
- Mis hermanas y yo —expresó poco después Raúl—, no ponemos en duda su relato. Sus ojos son muy límpidos y claros para

ser los de una loca. Pero huir sin rumbo y sin dinero, es una perfecta locura.

—No había otro medio.

—¿Qué piensa hacer? ¿A dónde quiere dirigirse? —preguntó Clarita.

—Al "Cardal", a casa de mi nodriza María Ledec, pero ahora es imposible. Por favor, no revelen mi presencia a nadie porque me perderían.

—Cálmese, Pervinca —indicó Raúl—, somos sus amigos. Mis hermanas y yo hemos venido a veranear en esta comarca. Mi padre es médico y viene a visitarnos a fines de la semana. Como usted, carecemos de madre. Permaneceremos en la "Quinta María" hasta el mes de marzo. Hasta esa fecha usted podrá vivir con nosotros, pero cuatro semanas pasarán muy pronto. En la estación lluviosa le resultará difícil ocultarse en los bosque. Papá vendrá el sábado y lo más prudente sería confesarle todo.

Pervinca respondió:

—Eso no... Su padre estará dispuesto a creerle a mi tutor. Hay otra manera de arreglarlo todo.

—¿Cuál? —preguntó Raúl.

—Escribirle a mi nodriza. Explíquenle ustedes mi situación y denle tiempo para que acuda a buscarme. Yo misma puedo escribirle si me facilitan papel y sobre...

—Excelente solución —dijo Clarita—. Mañana vendremos con papel, tinta, pluma y víveres. No pierda el valor, Pervinca, y tenga confianza en nosotros.

—Ya tengo confianza en ustedes —respondió Pervinca, inclinando la cabeza, a fin de disimular las lágrimas que humedecían sus ojos.

Clara y Rosita besaron las mejillas de la gentil Pervinca; Raúl estrechó amistosamente su mano.

—Reflexione esta noche —recomendó el muchacho a su protegida—, y si se decide a confesar su historia a mi padre, que es un gran médico, creo que su situación cambiaría.

—Por cierto —agregó Clara—, porque usted nada tiene de loca.

**CUPON DEL  
CONCURSO  
SEMANAL** 88

SIMBAD N.º 44

La escala musical tiene . . . . notas.

(CONTINUARA)

# GRANDES PREMIOS!

## CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"

¿Puede decirnos cuántas notas tiene la escala musical?  
Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 paquetes de Vitalmín Vitaminado, 10 libros de cuentos infantiles, 10 llaveros, 10 premios de \$ 10.—, 5 billeteras, 5 peinetas de bolsillo con estuche pirograbado, 2 álbumes pirograbados para señoras.



SOLUCION AL CONCURSO N.º 41:  
Los signos del Zodíaco son 12.

PREMIADOS CON UNA CHOMBA DE LANA: Ventura Blanco, Santiago; Enrique Valdovinos, Santiago; Aldo Gutiérrez, Pucón; Irene Basualto, Santiago; Alfonsina Moreno, Santiago. UN JUEGO DOMINO: Patricio Escobedo, Santiago; Heinrich Brautingan, Santiago; Hernán Hormazábal, Valparaíso; Hugo García, Talcahuano; Héctor Ordenes, Valparaíso. UN JUEGO PIMPON: Silvia Sepúlveda, Temuco; Gloria Flores, Curicó; Carlos Mayorga, Santiago; Eduardo Muñoz, Santiago; Haroldo Prieto, Santiago. UNA LIBRETA APUNTES: Héctor Ponce, Santiago; Narciso Goiri, Los Andes; Hugo Montt, San Bernardo; Héctor Arriagada, Santiago; Florentino Aravena, Talca; Fernando Salvador, La Florida; Abraham Subotnik, Santiago; Sara Merino, Quillota; Alfonso Campos, Victoria; Hernán Tubino, Valparaíso. UNA CARPETA ESQUELAS: Francisco Laredogoitia, Quilpué; Galvarino Muñoz, Angol; Vernon Robert, Valparaíso; Joyce Velasco, Santiago; Abraham Kaliskim, Santiago; Victoria Quevedo, Valparaíso; Elsa Jara, San Bernardo; Sergio Figueroa, Puerto Mont; Aura Giacaman, Santiago; Humberto García, Temuco. UN PAQUETE VITALMIN: Patricio Fuentes, Santiago; Máximo Madrid, Valparaíso; Miguel Escobar, Lontué; Eduardo Villarroel, Santiago; Harold Nagel, Valparaíso; Miguel Muñoz, Cauquenes; Oscar Novoa, Concepción; Julio Ramírez, Peñablanca; José Vásquez, Santiago; Jorge Silva, Los Andes. UN LIBRO: Nelson Jofré, Santiago; Guillermo del Río, Santiago; Lucila Calderón, Ovalle; Víctor Casarino, Santiago; L. Ribba, Santiago; Manuel Verdugo, Puente Alto; Horacio Isea, Illapel; Ernesto Donoso, Valparaíso; Rolando Vergara, Talcahuano.

UN PROYECTOR DE CINE: Adriana Ponce Zúñiga, Santiago.

An illustration at the top left of the page shows two women. The one on the left has dark hair and is looking towards the right. The one on the right has long, light-colored hair and is looking forward. In the background, there is a sketch of a castle with several towers and battlements.

# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO IX.— *Fracasa el enano Froncin*

El príncipe Tristán y la reina Isolda no pudieron huir al mágico hechizo que les aprisionaba en un amor imposible. Ella escapó de las torres que pretendían detenerla y se reunió con Tristán en Loonois en un bosque solitario. Paseaban a la luz de la luna después cada uno regresaba a su vivienda, llevando un canto de la sangre. Isolda al palacio del rey Marcos. Tristán a la cabaña que ocupaba en el villorrio.

Los felones de la corte, envidiosos y despechados, hablaron con Froncin, el enano jorobado. Era éste un ser contrahecho, de alma oscura y cerebro astuto. Conocía la magia y después de traer en la tierra un círculo cuya línea maléfica era el rastro de la pezuña de Lucifer, dijo:

—Alegraos, señores. Esta noche podéis sorprenderlos. Habla con el rey.

Andret, Guenelon, Gondoin y Denoalen convencieron al rey para que ordenara a los monteros juntar las traillas y ensillar los caballos de caza. Anunciaron que durante siete días y siete noches el soberano y sus vasallos vivirían en el bosque, persiguiendo venados.

Esa noche, el rey se apartó de los cazadores y llevando al enano en ancas regresó al castillo de Tintagel. Entró por una entrada secreta y se detuvo junto al pino.

—Buen rey —dijo Froncin—, conviene que subáis a las ramas de este árbol. Preparad vuestro arco y vuestras flechas.

—Vete, perro del diablo —repuso Marcos.

Y el enano se fué, llevándose el caballo.

Oculto entre el follaje, el rey vió a su sobrino saltar la empalizada. Inclinandose, Tristán lanzó a la fuente los trozos de corteza que llevarían su mensaje a la reina. Al hacerlo, distinguió una flejada en el agua, la imagen del rey. ¡Oh, qué severo es s

stro y qué sombríos sus ojos! El príncipe tembló por Isolda y, angustiado, retrocedió hasta la sombra.

La reina acudió. Tristán no la esperaba junto a la fuente. ¿Hay un enemigo cerca? Al dirigir sus ojos al manantial que brilla bajo la luz de la luna, vió también la silueta del rey. Temblando por Tristán, procuró hablar sin que su voz denotara angustia:

—¿Dónde estáis, príncipe? Acudo a vuestro llamado porque deseáis que deseáis pedirme una gracia. No puedo olvidar que, si yo soy la reina, os lo debo a vos. ¿Qué aguardáis de mí?

—Reina, quiero pedir os la merced de que aplaquéis al rey.

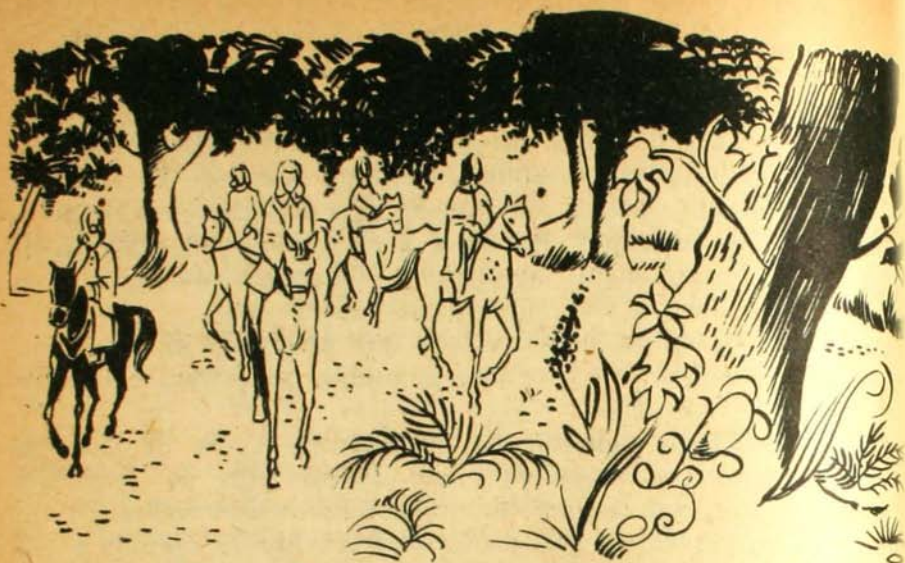
El príncipe respondió con voz segura, aunque se estremecía tanto como Isolda.

—Sí, reina —añadió, saliendo de la sombra—. Os he enviado muchos mensajes y siempre en vano. Pensé que no tendríais compasión de mí, que seríais tan indiferente como todos los de vuestro corte desde que el rey me desterró. Pero habéis venido y me dais una esperanza. Interceded por mí. El rey me odia e ignora por qué.

—¿Ignoráis que sospecha de nosotros? ¿Era necesario, para colmo de afrenta, que yo misma os lo dijera? ¿Y queréis que im-



Pidieron al rey que anunciara una falsa partida de caza



Los cazadores se dirigieron al bosque y el rey se apartó de ellos.

¿Plore al rey vuestro perdón? Si supiera solamente que he venido aquí esta noche, mañana haría arrojar al viento mis cenizas. Los felones de palacio han engañado al rey, mi señor, y yo no puedo socorreros porque moriría de muerte infamante. El rey os odia y comete un grave error; pero a cualquier tierra donde vayáis, Dios será vuestro amigo.

Y huyó hacia su cámara, mientras Marcos, tranquilizado, sonreía. Tristán se alejó también.

En lo profundo del bosque, el enano Froncin interrogaba el curso de los astros. Leyó en ellos que el rey lo amenazaba de muerte. Ennegreció de miedo, se hinchó de rabia y huyó prestamente hacia el país de Gales.

(CONTINUARA)



"Simbad" ofrece a sus queridos lectores un PREMIO GIGANTE.

Cada semana sorteará un proyector de cine entre los solucionistas de nuestro Concurso Semanal. Participe usted.



**¡GANIBS! ¡GANIBS!  
LOS PERROS HAN  
HUSMEADO AL TIGRE.  
CUIDADO! ¡CUIDADO!**



**CUIDADO, SAHIB! EL TIGRE ESTA AHI!**  
**MR. PIMPIN, SERIA MEJOR QUE SUBIERA A LA ELEPHANT. OH, YES!**



**PERO COMO "MISTER PIMPIN" ESTA SEMI-INCONSCIENTE, DESPUES DEL PORRAZO, NO TIENE MIEDO A NADA Y SE LANZA DE CABEZA AL PELIGRO.**



**HE AQUI A "EL ASESINO!"**  
**OH, NO, ES OES SOLO UNA CACHOURRITO, THAT IS THE COSIACA. YES!**





¡PELUSITA, NO CAMINES  
DE ESA MANERA!



¿POR QUE NO LEVANTAS  
LOS PIES DEL SUELO...



... EN LUGAR DE  
ARRASTRARLOS?



¿PARA QUE, ACASO NO  
TENGO QUE BAJARLOS  
OTRA VEZ P..



# Simbad

Nº 45  
EL GATO, EL GALLO  
Y LA ZORRA

\$ 2.-



# Pimpin

EL AVENTURERO



POR

THEMISTOCLES  
OBOS F.

PIMPIN SIGUE  
MAL DE LA  
CABEZA  
DESPUES DEL  
GOLPE QUE SE  
DIO AL  
CAER DEL  
ELEFANTE.

—  
A CONSECUEN-  
CIAS DE ESTO,  
PERDIO  
TOTALMENTE  
EL MIEDO.



BUSCARE' YO MISMO  
TIGRE! A ESE BICHO  
ME LO COMO CRUDO!

WHERE IS  
MR. PIMPIN?  
CARAMBO?!



EN, MUCHACHOS! AQUI  
HAY UNAS HUELLAS  
RARIFICAS! VENGAN A  
VER!

ES EL TIGRE,  
NAGAB! MIRALE  
LA COLA!

EL TI?..



COBARDES!  
HUYEN DE UNAS  
HUELLAS! COMO  
SE COMPORTARAN  
CUANDO ENCUEN-  
TREN AL TIGRE?



...Y DE PRONT  
PIMPIN REC  
BRA EL COM  
CIENTOS!

DO- DONDE  
ESTOY?..



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA

# Simbad

GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I

N.º 45

Precio: \$ 2.—

12-VII-1950



# LA MANCHA

CAPITULO V.—*El valiente escudero.*

primera salida que hizo don Quijote como caballero andante resultó mal, pues regresó a su casa con el cuerpo molido por la paliza que le dió un palurdo, usando la propia lanza del algalgo.

En la hacienda del derrengado héroe, su familia y sus amigos sabían qué pensar sobre su repentino desaparecimiento. Él había salido una mañana, de alba, caballero en Rocinante.

Cuando se supo que don Quijote volvía, se emocionó la bella



ando se supo que don Quijote volvía, hubo gran agitación en la casa.



Don Quijote yacía en su lecho de héroe derregado.



Rocinante por poco se había quebrado todos los huesos cuando su amo lo espoleó para que entrara en batalla.

sobrina; juntó sus manos en un espaviento el amo de llaves; murmuró unos latines el cura Pero Pérez y brincó de asombro el barbero Nicolás.

El hidalgo, transportado por un mozo de cuadra un labrador de buena voluntad que lo recogió en el camino, descansó en su lecho. Rocinante fué atendido en la caballeriza. El pobre estaba lleno de mataduras y por poco se había quebrado los huesos en la caída que tuvo cuando su amo lo espoleó para que entrara en batalla.

—Creo que nuestro hermano está más loco que una cabra —dijo el cura pensativamente.

—La culpa es de los libros de caballería —explicó la sobrina—. Muchas veces le aconteció a mi señor tí estarse leyendo esas historias dos días con sus noches, al término de los cuales lanzaba lejos el libro y ponía mano a la espada y andaba a cuchilladas con las paredes. Cuando estaba muy cansado, decía que había muerto a cuatro gigantes grandes como cuatro toros. Pienso que esos des-



El barbero Nicolás llevó todos los libros al patio, para quemarlos.

Los libros deben ser quemados como si fuesen de herejes. Eso digo yo también —apoyó el cura—. Vamos a buscarlos. En pérdida de tiempo, se dirigieron al aposento donde se guardaban los libros y hallaron cientos de ellos. El ama, después de mirarlos con recelo, salió con gran prisa. Tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo:

—Señor cura, espante a los diablos que hay en esos libros.

Causó risa al cura la simplicidad del ama. Sugirió al barbero:

—Maese Nicolás, pasadme los libros uno a uno para ver de qué tratan y descubrir si alguno merece librarse del fuego.

—No —dijo la sobrina—, no hay que perdonar a ninguno.

El santo hombre, sin embargo, salvó algunos poemas heroicos y los demás los trasladó Nicolás hasta el patio, donde con ellos se encendió una gran hoguera.

Don Quijote despertó al aspirar el acre humo que penetraba por la ventana. Creyéndose víctima de una magia enemiga, se levantó para coger su espada y la emprendió a mandobles contra la espiral de humo. Súbitamente quiso saber qué hacía un héroe puesto en tal peligro y se dirigió al aposento de los libros. Por cierto que le encontró vacío. El ama le explicó:

—Todo se lo llevó el diablo.

—No era el diablo —replicó la sobrina—, sino un mago que vino



Las emprendió a mandobles contra la espiral de humo.

migo mortal —continuó el hidalgo—, pero yo le venceré con mi valentía, aunque él use todos sus maleficios.

Como se recordará, don Quijote regresó a su casa para buscar escudero. Al levantarse de su lecho de herido, mejor dicho de molido, visitó a un pobre labrador, padre de numerosos niños. Era un hombre de bien, pero con muy poca sal en la mollera.

—Si vienes conmigo —le decía don Quijote para convencerlo—, a cambio de la paja y el estiércol que tienes en este lugarajo, te daré seda y oro. Enriqueceré a tu familia. Te nombraré gobernador de una isla.

Sancho Panza, que así se llamaba el bonachón cam-

una noche y desmontando de una serpiente entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, pero la casa se llenó de humo y los libros desaparecieron. Dijo que se llamaba el sabio Muñatón.

—Frestón diría —corrigió don Quijote.

—No sé —respondió la joven—, si se llamaba Frestón o Frestón; sólo sé que acabó en ton su nombre.

—Frestón es mi ene-



La sobrina dijo que un mago había hecho desaparecer los libros de caballería.

esino, le escuchaba con arrobamiento. —¿Y qué debo hacer para ganar todas esas cosas?

—Servirme de escudero, ir conmigo por los caminos del mundo, para luchar contra los felones.

Sancho Panza no entendía muy bien quiénes eran los felones, pero estaba dispuesto a arremeter contra ellos para hacerse rico. En su rústico cerebro se agitó la placentera idea

de que por cada felón caído él ganaría una bolsa de lucientes monedas. Pero una idea lo inquietaba:

—¿No correré mucho peligro?

—¿Correr peligro, estando yo delante tuyo? —exclamó el héroe alzando sus pobladas cejas en un gesto de suprema valentía—.

Sancho Panza, no sabes lo que dices. Mientras yo tenga la espada en la mano y el pensamiento en mi bella Dulcinea, no habrá enemigo que me resista, ni aunque se trate del mismísimo Frestón.

Por cierto que Sancho Panza ignoraba quién era Frestón, el encantador de las novelas de caballería, pero quedó muy satisfecho con la promesa de don Quijote de protegerlo. En último caso, podía huir si las cosas se ponían feas.

(CONTINUARA).



El hidalgo visitó al labrador Sancho Panza, que era pobre y tenía muchos hijos.



—En vez de paja y estiércol, tendrás seda y oro —dijo don Quijote a Sancho Panza, que le escuchaba con arrobamiento.



# Jazmín



## CAPITULO VI.— Jazmín viste un traje europeo.

Jazmín y la joven blanca, que tanto se parecía a la aguadora, observan ocultas en el follaje del jardín a la princesa Mitriti y a Kasama que acudían al templo de Omah, con el fin de capturar a la infeliz aguadora. —Nada me importa que me sea prohibida la entrada al templo —repetía la princesa Mitriti—. Mi vida peligra si no capturo a Jazmín.

Entretanto, Jazmín y su amiga extranjera pudieron salir tranquilamente del recinto sagrado, sin que los guardias se lo impidieran.

Cogiendo a Jazmín de la mano, la joven blanca, que vestía a la usanza europea, guiaba a la aguadora por desiertas callejas y se introducía con ella en una casa ubicada en la calle de Los Peregrinos y muy cerca de Puerta de Luna.

La casa era de piedra y fué menester trepar una larga escalera para llegar a las principales habitaciones de la vieja mansión.

—Bienvenida seas, Jazmín —dijo una voz.

En la penumbra de la estancia, la joven divisó a la Oculta Sacerdotisa del Templo.

—La suerte te ha favorecido, niña querida —continuó diciendo su protectora—. Has vuelto a Omah-El-Haji y ahora conocerás el secreto de tu vida.

De pronto se oyeron fuertes golpes en la puerta de calle y una voz de mando gritó:

**RESUMEN:** Jazmín, la aguadora, a causa de sus cabellos rubios y su tez blanca, es repudiada por todos en Omah-El-Haji. Fátima Morgana le entrega un anillo de oro atado con una cinta azul, y le dice que ella la recogió entre los despojos de una caravana del desierto. La princesa Mitriti odia a Jazmín, y decide hacerla su esclava. La Oculta Sacerdotisa del Templo de la Luna facilita la fuga a Jazmín, que huye hasta el oasis de El Karma. Allí se le acerca una joven blanca, muy semejante a ella, pero Kasama captura a Jazmín y la conduce al palacio de Mitriti. De nuevo huye, pero vuelve a caer en poder de la cruel princesa. La infeliz aguadora es arrojada de la ciudad en medio de un huracán de arena. La salva una buena sultana que la recibe en su séquito. Pero Mitriti persiste en su odio contra Jazmín.

—Abran en nombre de la Sultana de Omah-El-Haji. Los golpes redoblaban con violenta furia.

Jazmín pensó que peligraba la suerte de las personas que la protegían y que lo más oportuno era huir antes que derribaban la puerta.

—Jazmín —alcanzó a decir la esclava sacerdotisa.

Pero ya la joven aguadora había saltado al alféizar de la ventana y se dejaba caer al pórtico interior de la casa. De allí bajó la escalinata de piedra y se escabulló entre un grupo de cocoteros.

Jazmín estaba decidida a no dejarse capturar de nuevo por Mitriti; su afán era llegar al palacio de los Opalos y pedir auxilio y protección a Zoraida la sultana de Mazur.

Mientras los guardias de la princesa continuaban forzando la puerta, Jazmín les ganó la delantera y buscó una entrada al palacio por un jardincillo apartado de las habitaciones de Mitriti.

Grandes macizos de hibiscos bordeaban los caminos. La fugitiva se ocultó allí a tiempo que Mitriti y Kasama entraban al jardín.

—Entiéndeme bien —decía la princesa a su mayordoma—, la presencia de Jazmín en mi reino constituye un peligro. Si lle-



—Mi vida peligrará si no capturo a Jazmín —dijo Mitriti.

ga a saber quién es, caerían grandes males sobre mí y sobre el pueblo de Omah-El-Haji.

Jazmín se sorprendió al escuchar tales palabras. Era evidente que Mitriti le temía. ¿Por qué temblar ante una pobre aguadora?

Sus enemigas pasaron junto a ella sin advertir su presencia y salieron por la puerta del jardincillo, franqueada momentos antes por la fugitiva.

Ahora tenía el camino franco para llegar hasta las habitaciones de su amiga la sultana de Mazur.

Por desgracia la estancia a la cual se introdujo Jazmín pertenecía al departamento de Mitriti. Ya no podía retroceder y resueltamente entró allí cerrando la puerta con llave.

Sus ojos se fijaron en un libro con tapas doradas que estaba sobre una mesa de nácar.

—Tiene el mismo escudo que mi anillo —murmuró Jazmín— y el mismo escudo que vi en el brazaleté del tesoro del templo. Jazmín abrió el libro, pero no pudo leer sus páginas, porque estaban escritas en un idioma desconocido para ella.

“Lo llevaré y se lo entregaré a la joven blanca”, pensó Jazmín. En ese instante resonó la voz de Mitriti en el corredor.

—Pronto, Kasama —ordenaba la princesa—, un soldado ha visto entrar a Jazmín a mi departamento. Que guarden todas las puertas.

Jazmín ocultó el libro entre sus vestiduras y buscó una salida. Oculta por sedosos cortinajes descubrió una pequeña puerta y entró a un gabinete privado. . . Continuó pasando de una habitación a otra hasta llegar a la sala donde se hallaba Zoraida, la sultana de Mazur.

—Jazmín —exclamó, estupefacta, la sultana—, ¿de dónde vienes? La joven refirió a su protectora la persecución de Mitriti y cómo pudo escapar casi por milagro.

—Traigo este libro, que tiene el mismo escudo que el anillo que llevo colgado a mi cuello —terminó diciendo Jazmín.

La sultana Zoraida ojeó el libro, pero tampoco pudo descifrar su contenido.

—Cuando venga mi intérprete que anda por la ciudad —insinuó Zoraida—, haremos que lo traduzca—. ¿Quieres que guarde yo ese libro? Estará más seguro en mi poder.

—Era lo que iba a pedirle —respondió Jazmín.

La sultana ofreció víveres y frutas a la perseguida doncella y esta seguida dijo:

—Mitriti ha obrado mal... Me prometió respetarte como a una persona de mi séquito y no lo ha hecho... Voy a pedirle explicaciones. Ven conmigo, Jazmín... Mitriti debe comprender que cuando yo exijo algo es preciso que me obedezca... Soy la soberana más poderosa del desierto y puedo ejercer terrible venganza.

Zoraida se levantó del diván donde se reclinaba perezosamente y envió una de sus doncellas a solicitar una audiencia a la princesa Mitriti.

Dos oficiales de la guardia de Mitriti acudieron en busca de la sultana de Manzur y de Jazmín y las condujeron hasta la puerta del salón de honor de la princesa.

—La princesa Mitriti desea hablar a solas con la sultana —dijo el oficial que custodiaba la puerta de la sala.

—Aguárdame aquí, Jazmín —ordenó Zoraida a su protegida. Pero una vez que los pesados cortinajes se cerraron al paso de la sultana, el oficial de la guardia dijo a un soldado:

—Haz prisionera a esa mujer... La princesa lo manda.

Kasama, el genio malo de Jazmín, cogió de un brazo a la infeliz



Jazmín descubrió una alacena con extraños objetos.



La niña miró con extrañeza a la mora.

aguadora, y, ayudada por los soldados, la encerró en una lóbrega habitación.

“Debo huir de aquí, debo libertarme de esa pérfida y cruel mujer”, exclamaba desesperada la prisionera.

Tanto registró y buscó en la sombría habitación que por fin descubrió una alacena oculta tras de grandes cortinajes.

“Obsequios hechos a la princesa Mitriti por ilustres visitantes”, decía un cartel.

En efecto, veíanse reunidos allí vasos de alabastro, ánforas de bronce, estatuas, brocados, etc.

Pero lo que atrajo principalmente la atención de Jazmín fué un traje europeo, igual al que vestía la joven blanca que tanta semejanza tenía con ella.

Jazmín continuó registrando la alacena y de pronto sus dedos se afirmaron en un disco sobresaliente, el cual, con la presión de su mano, dejó en descubierto una puerta secreta.

"Me llevaré el traje de la joven blanca", murmuró Jazmín antes de introducirse en el túnel.

A pocos pasos de avance en la estrecha vía, Jazmín escuchó rumor de voces muy conocidas.

Parecían surgir de una habitación cercana.

—Es muy extraño lo que ocurre, sultana Zoraida —decía la pérfida Mitriti a su visitante—. Su protegida Jazmín se ha esfumado. Tal vez tenía la conciencia intranquila y huyó. Espero que usted no habrá dejado sus joyas a la vista. En Omah-el-Haji todos saben que esa aguadora era una vulgar ladrona.

"Qué mujer tan perversa", exclamó Jazmín.

Sin escuchar la respuesta de la sultana Zoraida, la fugitiva continuó avanzando por los subterráneos. Anduvo más de dos kilómetros bajo tierra y por fin llegó a un sitio cercano a la Puerta de Luna.

Antes de salir a la calle, Jazmín había vestido el traje de amazona y colocado sobre sus cabellos el yelmo de lona blanca que todo turista extranjero usa en los países tropicales.

Nadie habría reconocido a Jazmín con esa indumentaria. Se veía idéntica a la otra niña blanca que parecía amiga de la princesa Mitriti y era difícil que la reconocieran sus enemigos.

Al llegar junto a la Puerta de Luna, Jazmín divisó a su amiga la aguadora Zaida.

—Señorita *rumi* —suplicó la joven mora—, ¿me podría decir usted dónde se encuentra mi amiga Jazmín?

Jazmín miró a Zaida con extrañeza y fingió no comprender lo que le preguntaban. El hecho de que su íntima amiga no la hubiera reconocido la envalentonó para proseguir su camino en dirección al templo de Omah.

De pronto vió venir hacia ella un grupo de soldados que rodeaban un lujoso palanquín.

(CONTINUARA)



CÁPITULO IV.—

La traición de Farka.

El negrito Batutú era el hijo preferido de los elefantes. Hasta el desconfiado Tambo le amaba. Tanto era su cariño, que continuamente le aconsejaba:

—Nunca te alejes de mis elefantes. Ellos pueden defenderte contra las malas bestias. . .

—¿Quiénes son las malas bestias, padre elefante?

—Noga, la hiena. Farka, el chacal.

Pero un día Batutú, siguiendo unas mariposas, llegó a una región que él no conocía. Cuando buscaba el camino de regreso, una voz destemplada lo saludó:

—Hermoso niño, pareces desorientado. ¿Puedo ayudarte en algo? Batutú vió a una especie de perro, cuya actitud encogida hacía pensar que tenía la piel sarnosa o que estaba acostumbrado a que le trataran a puntapiés.

—¿Quién eres?

—Farka, el chacal.

Batutú recordó las palabras de Tambo. Pero, ¿qué podía temer de un animal que parecía tan desgraciado y temeroso?

—No te había visto antes.

—No, porque yo



—¿Quién eres? —preguntó Batutú.

algo a trabajar cuando cae la noche... , para no molestar a los demás. ¿Comprendes?

-No muy bien. Pero harías mejor en trabajar de día y descansar de noche. Tienes los ojos enrojecidos.

-Eres muy amable al preocuparte de mi salud. En agradecimiento, te señalaré el camino de regreso. Ven, sígueme.

Empezó a trotar delante de Batutú. El observó:  
-No es ésa la dirección.

-Sí, hermoso niño. Te conduciré por un atajo y así te reunirás más pronto con tus... , con nuestros amigos los elefantes.

Batutú se encogió de hombros, con tan brusca indiferencia, que el moñito se movió en lo alto de su cabeza. Hubiera sido una vergüenza sentir miedo por un pobre infeliz como Farka.

Avanzaron por la selva, que se tornaba cada vez más sombría, más misteriosa, más solitaria. Llegaron al borde de un río.



¡Batutú bogaba sobre el dentado lomo de un cocodrilo!

-¿Cómo lo atravesaremos?

-Es fácil —contestó el pérfido chacal—. Usaremos ese tronco de árbol que está retenido entre los juncos. Sube y yo lo empujaré.

Apenas Batutú estuvo a bordo, sintió que el tronco se deslizaba en el agua.

-Salta pronto, Farka —indicó, volviendo la mirada—. Entonces vió que el chacal, en la ribera, clavaba en él sus ojos con una expresión tan villana, que comprendió que le había traicionado. Contempló entonces el "árbol" y descubrió, en vez de corteza, una piel de duras escamas. Delante de él vió una cabeza monstruosa, un hocico armado de filudos dientes y unos ojos verdes, terribles, implacables. ¡Aquél no era un árbol, sino un cocodrilo!

(CONTINUARA).



# Ponchito



DESPUES

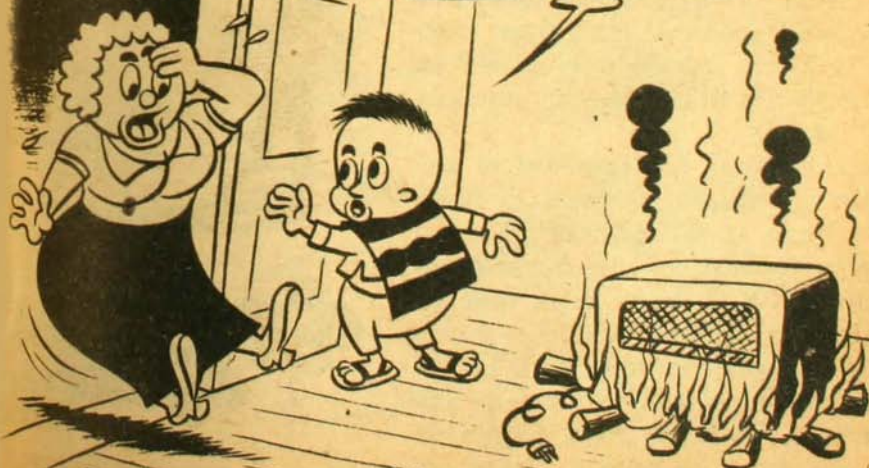
¡DONCHITOOO!  
¿ENCENDISTES  
LA RADIO?



OIGA TIA, PARECE  
QUE LA RADIO ESTA  
MALA...



...HACE RATO QUE LA  
ENCENDI Y NO SE OYE  
NINGUNA TRANSMISION



# El gato, el gallo y la zorra



En otros tiempos hubo un anciano que tenía un gato y un gallo muy amigos uno de otro. Un día el viejo se fué al bosque a trabajar; el gato le llevó el almuerzo y el gallo se quedó a guardar la casa. Pasado un rato, se acercó a la casa una zorra, y situándose debajo de la ventana, se puso a cantar:

—¡Cucuricú, Gallito de la cresta de oro! Si sales a la ventana te daré un fréjol.

El Gallo abrió la ventana, y en un abrir y cerrar de ojos la zorra lo cogió para llevárselo a su choza. El Gallo se puso a gritar:

—¡Socorro! Me ha cogido la zorra y me lleva por bosques oscuros, profundos valles y altos montes. ¡Gatito, compañero mío, socórremel!

Cuando el Gato oyó los gritos, echó a correr en busca del Gallo y encontró a la Zorra, le arrancó el Gallo y se lo trajo a casa.

—Ten cuidado, querido Gallito — le dijo el Gato —, de no asomarte más a la ventana; no hagas caso de la Zorra, que lo que quiere es comerte sin dejar de ti ni siquiera los huesos.

Al otro día se fué también el anciano al bosque, el Gato le llevó la comida y el Gallo se quedó a cuidar la casa, no sin haberle recomendado el buen viejo que no abriese la puerta a nadie ni se asomase a la ventana. Pero la Zorra, que tenía mucha gana de comerse el Gallo, se puso debajo de la ventana y empezó a cantar como el día anterior:

—¡Cucuricú, gallito de la cresta de oro y cabecita de seda! Mira por la ventana; así como te di un fréjol, te daré también semillas.

El Gallo se puso a pasearse por la cabaña sin responder a la Zorra; entonces ésta repitió la misma canción y le echó un fréjol por la ventana. El Gallo se lo comió y dijo a la Zorra:

—No, Zorra, no me engañas: lo que tú quieres es comerme sin dejar ni siquiera los huesos.

—¿Pero por qué te figuras que yo te quiero comer? Lo que quiero es que vengas a mi casa para hacerme una visita, presentarte a mis hijas y festejarte como te mereces.

Y otra vez se puso a cantar con una voz muy suave:

—¡Cucuricú, gallito de la cresta de oro y cabecita de seda! Mira



El viejo se fué al bosque a trabajar

el Gato le llevó el almuerzo mientras el Gallo se quedaba a guardar la casa.

por la ventana; así como te di un fréjol, te daré también semillas.

El Gallo asomó la cabeza por la ventana y la Zorra lo cogió con sus patas y se lo llevó a su choza.

El Gallo, asustado, se puso a dar grandes gritos:

—¡Socorro! La Zorra me ha cogido y me lleva por los bosques oscuros, valles profundos y altos montes. ¡Gatito mío, compañero mío, socórreme!

El Gato oyó los gritos del Gallo, lo buscó por todas partes, y, al fin, lo encontró: se lo quitó a la Zorra, lo trajo a su casa y le dijo:

—¿No te había dicho, querido Gallito, que no mirases por la ventana? El mejor día te comerá la Zorra y no dejará ni siquiera los huesos. Ten cuidado mañana, porque iremos muy lejos de casa, y no te podré oír ni ayudar.

Al día siguiente el viejo se marchó otra vez al campo, y el Gato como de costumbre, le llevó la comida. Cuando la Zorra vió que se había marchado el anciano, vino debajo de la ventana de la cabaña y se puso a cantar la misma canción de siempre; la repitió tres veces, pero el Gallo no le respondía.

—¿Qué te pasa? —dijo la Zorra—. ¿Por qué hoy, Gallito, no me respondes?

—No, Zorra; esta vez no me engañas; no miraré por la ventana. La Zorra le echó por la ventana un fréjol y varias semillas, y se puso a cantar muy dulcemente:

—¡Cucuricú, Gallito de la cresta de oro y la cabecita de seda sal, sal a la ventana! Yo tengo un palacio grande, grande; en cada rincón hay muchos sacos de grano y podrás comer tanto como quieras. ¡Si tú vieras cuántas golosinas tengo allí! No creas al Gato, que si yo hubiese querido comerte, ya lo habría hecho. Yo te quiero mucho, y mi deseo es que viajes y veas tierras nuevas para que aprendas a vivir bien en el mundo. ¿Me tienes miedo? Pues, mira, asómate a la ventana, que yo me retiraré un poquito.

Y se escondió debajo de la ventana. El Gallo saltó sobre el marco y sacó la cabeza afuera; la Zorra, de un golpe, lo cogió y se lo llevó a su casa. El Gallo se puso a dar gritos desesperadamente, llamando al Gato en su socorro; pero tanto el viejo como el Gato, que estaban muy lejos, no le oyeron.



-¡Cucurucú, gallito de la cresta de oro y cabecita de seda! mira por la ventana.



La Zorra, de un golpe atrapó otra vez al incauto Gallo.



El Gato se puso a cantar, acompañándose con la guitarra.

Apenas el Gato volvió a casa se puso a buscar a su amigo, y no encontrándolo, pensó que le habría ocurrido la misma desgracia de siempre. Cogió una guitarra y un palo, y se fué en busca de la choza de la Zorra. Una vez llegado, se sentó a cantar, acompañándose con la guitarra.

—Tocad, cuerdecitas de oro, ¿está en casa la señora Zorra? Qué hermosas son sus hijas, la mayor Maniquí, la otra Ayuda Maniquí, la tercera Dame el Huso, la cuarta Carda la Lana, la quinta Cierra la Chimenea, la sexta Enciende el Fuego, y la séptima Hazme Pasteles!

La Zorra, oyendo cantar, dijo a su hija Maniquí:

—Sal a ver quién canta tan bonita canción.

Apenas Maniquí se presentó al Gato, éste le dió un golpe en la cabeza con el bastón, y la guardó en un saco que llevaba. Repitió la misma canción, y la Zorra envió a su segunda hija, y después envió la tercera, y así hasta la última. Conforme salían de la choza, el Gato las mataba y las guardaba en su saco. Por fin salió la misma Zorra, y apenas el Gato la vió, le dió con el palo un golpe tan fuerte en la frente, que la Zorra cayó rodando por el suelo para no levantarse más.

El Gallo se puso muy contento, saltó por una ventana, dió las gracias al Gato por haberlo salvado, y volvieron los dos a casa del viejo, donde los tres vivieron muy felices durante muchos años.

---

---

## A nuestros lectores

Ricardo Guerrero, Mario Guerrero, Cristián Cornejo, Guillermina, Maya, Tato, Choche, Lalo, Ricardo Guerrero, y otras firmas ilegibles.— Afectuosos lectores de nuestra revista, procuramos complacerlos. También nosotros, como ustedes, opinamos que Tato es un gran dibujante.

Tris Monsalve, Ademar Uribe Vásquez.— Agradecemos sus entusiastas felicitaciones por las seriales "Pervinca" y "El Romance de Tristán e Isolda".

M. Elena Calderón.— Nos alegramos de que "Jazmín" y "Pervinca" sean sus seriales favoritas y que sus ilus-

traciones la encanten tanto. Elena Poirier agradece sus elogios. Veremos si después publicamos la novela que usted solicita.

*Un lector rancagüino.*— Otros lectores han solicitado también una página de miscelánea como la que apareció en el "Simbad" N.º 27. Cuando dispongamos de espacio les complaceremos.

*Sebastián Solar Gajardo.*— Envíenos su colaboración escrita a máquina, a doble espacio por un solo lado de la hoja.

Roxane

# El NIÑO de las SELVAS

ILUSTRADO POR *Caro SIMENEL*

**RESUMEN:** Linda Hamilton, su tío Juan, el siniestro Guillermo Plug y su hija Elena exploran el África. Plug busca un tesoro español, pero Linda confía hallar a su padre. Elena y Plug hostilizan a la niña, para que abandone la expedición. Un día cae a un foso y es salvada por Kendru, el Niño de las Selvas.

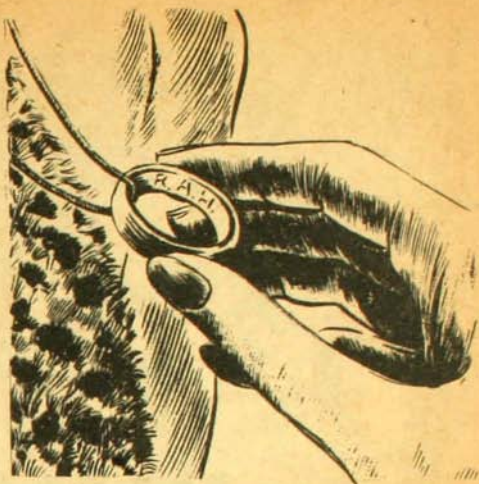


1. Linda y Kendru avanzaban por la jungla, escoltados por el leopardo Chika. El joven lleva a la niña a lo alto de un árbol donde él tenía su vivienda.



2. Estaba alfombrada por pieles de animales. Un arco y un manojo de flechas pendía de una liana. "Lléveme al campamento", suplicó Linda. "No, Kendru es enemigo de los hombres blancos", Ella rió: "¿Enemigo mío también?" El joven respondió: "El Capullo de Sol es buena. Kendru lo presente".





3. Rozó el cabello rubio de la niña, y, al inclinarse, destelló un adorno de oro que llevaba en el cuello. Era un anillo. Linda lo cogió, deslizándolo en uno de sus dedos. Al quitárselo, palideció. El anillo tenía en su interior las iniciales R. A. H., que pertenecían a su padre, el explorador perdido.



4. Tenía, además, una fecha que databa de cinco años antes. "¿Quién te dió este anillo?", preguntó, ansiosa. "Kendru no sabe." Ella le explicó que pertenecía a su padre, pero la contestación del joven fué confusa: "Kendru no ha visto hombre blanco. Kendru era pequeño cuando llegó a la selva. Mazara cuidó al pequeño Kendru; Mazara, la mona grande..."

(CONTINUARA).

—Servido el almuerzo.

—Nosotros también hemos terminado —declaró Raúl, guardando la carta en su bolsillo—. Esta tarde iré a dejarla al correo. Podemos esperar la respuesta en dos o tres días más. Ten paciencia, Pervinca. Tus sufrimientos terminarán pronto.

—Raúl —ordenó Rosita—, despresa el pollo.

Los cuatro niños se habían sentado sobre el pasto donde las mellizas colocaron manteles, servilletas y cubiertos.

—¿Te gusta la chicha, Pervinca? —preguntó Raúl a su amiga.

—Mucho.

—Dejé enfriar la botella en la vertiente —explicó Clara—, y está deliciosa.

Durante una hora los hijos del doctor Garder y Pervinca charlaron alegremente. La fugitiva olvidó sus días trágicos y volvió a ser la niña alegre y vivaracha del "Cardal".

Los grandes árboles del bosque parecían resguardar de todo mal a la víctima de Enrique Velcort.

Raúl Garder, más y más conquistado por la gracia y simpatía de su protegida, confiaba sus proyectos para el porvenir.

—Cuando sea grande —decía el muchacho—, quiero ser médico como mi padre. Y tú, Pervinca, ¿qué piensas hacer?

—A mí me gusta el dibujo —declaró Pervinca—. Mi papá era artista pintor.

—Yo seré visitadora social —insinuó Clara.

—Yo madre y esposa —agregó la gentil Rosita.



Pervinca acompañó a sus amigos hasta el lindero del bosque



**RESUMEN:** Pervinca, después de haber perdido a su madre, desaparecida en un accidente de aviación, está a cargo de Enrique Velcort, empresario de la artista Mona Berger. Velcort convence a Pervinca, cuyo verdadero nombre es Alejandra Fores, que para su salud le conviene vivir en el campo, y la conduce a un solitario castillo. Un día Velcort, cínicamente, le comunica que la tiene prisionera y que para apoderarse de su fortuna ha decidido declararla loca. La niña se fuga, ocultándose en el bosque. Pervinca pasa la noche en una ruca, y es sorprendida a la mañana siguiente por los jóvenes Raúl, Clara y Rosita Garder, veraneantes en la Quinta María. La fugitiva refiere su patética historia, y Raúl le promete protección.

## CAPITULO IX.—Desclación de Pervinca.

Pervinca se recostó de nuevo en el mullido lecho de hojas secas y durmió tan bien como la noche anterior.

A las once de la mañana llegaron sus tres amigos Raúl, Clara y Rosita, trayendo cestos repletos de víveres.

—Venimos a almorzar contigo en el césped —gritó la encantadora Rosita.

—Traemos un pollo asado —anunció Clara, la hermana melliza de Rosa.

—¿Cómo has dormido en nuestro palacio? —preguntóle Raúl.

—Maravillosamente —declaró Pervinca—; los pájaros me despertaron al alba y salí a recoger moras para ustedes.

—Qué gentileza —murmuró Raúl—. No olvidé el papel de carta. Vamos a redactar entre los dos el mensaje a tu nodriza María Ledec en tanto mis hermanas preparan la mesa...

Pervinca y Raúl se absorbieron en la redacción de la carta destinada a la nodriza, hasta que Clara gritó:

Sus oyentes estallaron en risa.

—A la verdad Rosita no brilla por su amor al estudio —observó Raúl—, prefiere cuidar las gallinas y los pollos, jugar con los gatitos nuevos y conversar todo el día con sus muñecas.

—Pero no soy cruel como tú —protestó Rosita—, que para ejemplificarte en la medicina destripas insectos y les haces la autopsia a las liebres.

—Naturalmente —opinó Raúl—, así se comienza a practicar medicina.

—Entonces en vez de médico serás veterinario —expresó Rosita. Pervinca advirtió que la discusión se acaloraba y para evitarlo preguntó a Raúl:

—¿Mi tutor Enrique Velcort continúa dando reseñas sobre mí en la radio?

—Sí —respondió el niño—. Dos veces al día lanza una patética reseña sobre tu desaparición, tu estado mental, tus datos personales, etc.

—Cuando le escucho —dijo Clara—, me dan ganas de responderle una retahilla de insultos por la radio.

Atardecía ya cuando Raúl dió la señal de la partida.

—Llevaré sin tardanza la carta al correo —indicó Raúl—. Pervinca, te dejamos frazadas, libros y toallas. También leche y polvo, azúcar, huevos y papas. Queda bastante leña para encender fuego y cocer las papas bajo la ceniza. Olvidaba los fósforos en mi bolsillo...

—Gracias por sus bondades —murmuró Pervinca, emocionada hasta las lágrimas.

La fugitiva acompañó a sus protectores hasta el lindero del bosque y en seguida volvió lentamente a su choza adornada ya con los objetos de primera necesidad que colocaron allí las simpáticas mellizas Clara y Rosita.

Sin embargo, Pervinca sentíase feliz y no dudaba de que María Ledec acudiría a buscarla. Entre ambas lograrían desenmascarar a Enrique Velcort y obligarle a dejar la tutela.

“Volveré a vivir en la finca del “Cardal” —suspiró Pervinca— pero ya no alegrarán mi vida las visitas de mi madre.”

Sola entre los grandes árboles, que el otoño teñía de cobre, Pervinca evocaba a la artista Mona Berger con amor y tristeza. Rosita le había dejado un reloj y la solitaria niña consultaba las horas.



Raúl y las mellizas Clara y Rosa visitaban a Pervinca en el bosque

Ya Raúl habrá depositado la carta a mamita María en el correo; ya estarán comiendo en casa del doctor Garder..."

Pervinca encendió una fogata y preparó una frugal comida.

Cuando el bosque se llenó de sombras, la niña se cubrió con la manta que sus amigos le habían proporcionado y durmió hasta el amanecer.

Al día siguiente Raúl y sus hermanas llegaron a mediodía y prepararon la merienda, agregando jamón, golosinas y frutas.

—Hoy es viernes —dijo Raúl—, y papá llegará mañana. El domingo no podremos venir a almorzar contigo, pero yo saldré un momento en bicicleta y te haré una corta visita. Te lo prometo.

—¿Leíste el libro que te traje? —preguntó Clara.

—Llevo ya más de cuarenta páginas leídas.

—Me espanta tu valor —exclamó Rosita—. Yo me moriría de miedo sola en la noche en medio del bosque.

—Tengo miedo cuando escucho algún ruido —expuso Pervin-

ca—, porque temo que la policía me descubra y me devuelva mi pérfido tutor.

—De eso no hay temor —insinuó Raúl—. Este sitio es particularmente solitario. Por eso lo escogimos para construir nuestra ruca.

Como la víspera, los tres hijos del doctor Garder se despidieron de su protegida y ésta se retiró a su choza con el alma acongojada.

El domingo apareció Raúl en su bicicleta y con varios paquetes para la niña del bosque.

—Qué largos se me han hecho los días —exclamó Pervinca, corriendo al encuentro de su amigo.

Raúl la miró con tristeza, y tan turbado, que Pervinca se sobresaltó.

—¿Ha ocurrido algo en tu casa, Raúl? ¿Las mellizas están bien O tu padre...

—Todos están en buena salud —replicó Raúl, bajando de la bicicleta—, pero tengo una mala noticia que darte, Pervinca.

—Lo adivinaba por tu expresión, Raúl.

—Ten valor, Pervinca... Recibí respuesta a tu carta.

—¿María Ledec escribió? —interrogó Pervinca—. ¿Me cree la ca? ¿Está de parte de mi tutor?

—Es más atroz todavía.

—Dime la verdad —suplicó Pervinca—. Seré valiente.

Raúl vaciló, y, por último, sacó de su bolsillo el mismo sobre que ellos habían escrito días antes.

Cuatro palabras terribles, escritas con lápiz rojo, ostentaba el sobre:

*"La destinataria ha muerto."*

—Estoy perdida —sollozó Pervinca, arrojándose en los brazos de Raúl Garder.

(CONTINUARA)



*"Simbad" ofrece a sus queridos lectores un PREMIO GIGANTE.*

*Cada semana sorteará un proyector de cine entre los solucionistas de nuestro Concurso Semanal. Participe usted.*



# GRANDES PREMIOS!

## CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántas arterias salen del corazón?  
Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 juegos lotería, 10 carpetas esquelas, 10 libros cuentos infantiles, 10 paquetes Vitalmín, 5 peinetas con estuche pirograbado, 2 álbumes pirograbados para poesías, 3 libretas con cubierta pirograbada.

**SOLUCION AL CONCURSO N.º 42.**

El arco iris tiene siete colores.

**PREMIADOS CON UN ESTUCHE:** Ambrosio Rojas, Santiago; Oscar Du-  
án, Santiago; Luis Ramírez, Santiago; Yolanda Maya, Santiago; María  
Eugenia González, Santiago; Elsa Rojas, Santiago; Pilar Cáceres, Santiago;  
Flor Banda, Requínoa; Jorge Villarroel, Santiago; Enrique Espinoza, Val-  
paraíso. **UNA PALETA ACUARELAS:** Graciela González, Santiago; Jorge  
Pizarro, Santiago; Orlando Parra, Valparaíso; Ricardo Acuña, Valparaíso;  
Francisco Núñez, San Felipe; Narciso Goiri, Los Andes; Eliet Rodríguez,  
Viña del Mar; Elsa Jara, San Bernardo; Alejandro González, Santiago; Sigi-  
rredo Martínez, Santiago. **UNA LIBRETA APUNTES:** Modesta Barra, Ma-  
loa; Bernardo Salvo, Valparaíso; Noel Fuentes, Putaendo; Lucía Olivares,  
Viña del Mar; Juana Oñate, Talcahuano; Silvia Gladys Arriagada, Santiago;  
Patricio Sánchez, Santiago; Humberto Moreno, Santiago; María Angélica  
Luque, Santiago; Albiana Morales, San Fernando. **UN PAQUETE VITAL-  
MIN:** Héctor Leiva, La Calera; Rosa Ulloa, Quillota; Hernán López, Santia-  
go; Mario Peralta, Pailahueque; Hernán Fernández, Santiago; Emilia Hor-  
mazábal, Coronel; Osvaldo Huerta, Melipilla; Luciano Herrera, Santiago;  
Germán Ramírez, Santiago; Fernando Domínguez, Chillán. **UNA CHAU-  
THERA:** Raúl Alfonso Moreira, Santiago; Adriana Rojas, Santiago; Ramón  
Rabi, Santiago; Wilfredo Valdés, Chillán; Sergio Guzmán, Curicó; Carlos  
Pacheco, Rancagua; Silvia Viñuela, Santiago; Benjamín Donoso, Talcahuano;  
Beatriz Pool, Santiago; y Sergio Mena, Santiago.

**UN PROYECTOR DE CINE:** Amadeo Tubino, Valparaíso.

## SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL, \$ 90.—

SEMESTRAL, \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora  
Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor De-  
clarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUS-  
CRIPCIONES.



# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO X. — *Setenciados a muerte*

Los felones de la corte de Cornualles filtraron la sospecha, como un cruel veneno, en el corazón del rey Marcos. Le dijeron que la reina Isolda y el príncipe Tristán se amaban. Era verdad, pero ellos no eran culpables. Quedaron hechizados al beber un fíjtro mágico preparado por la reina de Irlanda y llevaban la magia en la sangre. Sólo cuando murieran terminaría ese amor de encantamiento. Venciendo el encierro y el espionaje, se veían en el jardín del palacio, internándose por los bosques iluminados de luna y no había traición en sus corazones para el rey Marcos. Cuando el monarca, instado por el enano Froncin, se ocultó entre las frondas de un pino, ellos, primero Tristán y luego Isolda, vieron reflejada su sombra en la fuente que había al pie del árbol.

El sobrino del rey retrocedió, entonces, y la reina de los cabellos de oro habló con tristeza, lamentando que Marcos creyera las calumnias de Andret, Guenelon, Gondoine y Denoalen.

Convencido de que no le traicionaban, el rey Marcos hizo las paces con Tristán, permitiéndole volver al castillo.

Perdonó también a los barones intrigantes y a Froncin, el enano jorobado, a quien un día el senescal Dinas encontró, errante y miserable, en una selva lejana.

Pero su bondad irritó a los malvados, quienes declararon que si el rey no castigaba a su sobrino, se retirarían a sus castillos fortificados para guerrearlo.

El rey suspiró, inclinando la frente:

—Señores, una vez creí vuestras ruines palabras y me arrepentí. Pero sois mis feudales y no quiero perder el servicio de mis hombres. Aconsejadme, pues, y sabed que depongo todo orgullo. Tristán fué sentenciado a muerte vergonzosa, como asimismo la reina.



cuando corrió la noticia por la ciudad, ricos burgueses y gente pobre lloraron, gimiendo:

—Tristán, valiente señor, ¿moriréis con la muerte de los traidores? Cuando Morolt vino a robarnos nuestros hijos, ninguno de nuestros barones se atrevió a enfrentarlo, pero vos, Tristán, le desafiasteis y matasteis a Morolt, el gigante. El os envenenó las heridas y estuvisteis a punto de morir. Hoy, en recuerdo de tales hazañas, ¿consentiremos en vuestra humillación?

Las quejas, los gritos atronaban la ciudad, pero nadie tuvo el valor suficiente para implorar al rey que fuera clemente.

Se acercó el día, terminó la noche. Antes de salir el sol, Marcos se dirigió al sitio donde acostumbraba hacer justicia. Ordenó que cavaran una fosa y reunieran sarmientos nudosos y espinas blancas y negras, arrancadas de raíz.

Convocados por bando en todo el país, acudieron los hombres del reino. Lloraban cuando el rey pronunció:

—Señores, he mandado levantar esa pira a fin de quemar a la reina y a Tristán, porque se aman.

Todos gritan:

—¡Juicio, rey, juicio!

Marcos replica:

—No, no hay juicio ni merced. ¡Por el Señor que creó este mundo, nadie se atreva a pedirme esa gracia, porque ardería en el mismo brasero!

A una señal suya, la hoguera es encendida.

—Id en busca de Tristán.

Los sarmientos arden. Todos callaban.

El rey aguarda.

Obedeciendo el mandato del rey, los criados

entraron en la cámara donde los

condenados estaban.

Cuando se llevaban a Tristán, con las

manos atadas a la espalda, la reina, loca de

angustia, exclamó:



Sólo cuando murieran terminarían ese amor de encantamiento.

—Morir, amigo, para salvaros, sería grande alegría. Los guardias, con el prisionero, bajaron a la ciudad. Un caballo les dió alcance en el camino. Es Dinas, el buen senescal quien habló a Tristán:

—Hijo, voy al consejo del rey. Dios me favorezca para que pueda convencerlo. Desde luego, os haré una cortesía.

Cortando las cuerdas vergonzosas, dijo a los guardias:

—Si intentara huir, ¿no tenéis vuestras espadas?

Luego de besar a Tristán en la frente, montó de nuevo a caballo y partió.

El príncipe, con las manos libres, miró el camino. Pasaban frente a una capilla edificada en una alta roca, frente al mar, y susplió:

—Dejadme orar a Dios. La capilla no tiene otra salida que ésta. Vosotros lleváis vuestras espadas. Cuando haya hecho mis oraciones, me llevaréis.

Los guardias accedieron. El cautivo entró a la capilla, franqueó el coro, llegó a la ventana vidriada, la abrió y se lanzó al mar. Dios quiso protegerlo. El viento infló sus vestiduras, lo sostuvo y lo depositó sobre una ancha piedra, en la base del farellón. Las gentes de Cornualles todavía la llaman "el salto de Tristán". Mientras los guardias esperaban, Tristán huyó por la arena, distinguiendo a lo lejos la humareda de la hoguera.

Su escudero, Gorvenal, se reunió con él.

—¿De qué me sirve la vida si no tengo a Isolda? —gimió el príncipe—. La quemarán por mí y yo moriré en seguida.

—Mi buen señor, no te aflijas y deja tu cólera —sugirió Gorvenal—. Ocultémonos. La gente que pasa por el camino podrá decirnos si han quemado a Isolda. Y si la queman, te juro por Dios, hijo de María, no acostarme jamás bajo techo hasta que no la hayamos vengado.

—Pero no tengo mi espada.

—Aquí está.

Cogió su espada invencible y se cortó la cota de malla que también le entregó su fiel escudero. En sus ojos profundos brilló la decisión, como un rayo en la noche oscura:

—Libertaré a Isolda. La salvaré aunque todos se opongan.

(CONTINUARÁ)

**SCUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal**

SIMBAD N.º 45

Del corazón salen ...  
arterias.



¡BLA-BLA-BLA!  
BSSS-BSSS



CHITAS LA CABRA ATURDIDA,  
SE LE CAYO EL PAQUETE  
Y NO SE DIO NI CUENTA



¿VAMOS A VER DE  
QUE SE TRATA?



¡CAYO' UNO!



# Simbad

N.º 46

\$ 2.-



JAZMIN

# Pimpín

EL AVENTURERO



Por  
Themístocles  
obos A.

PIMPÍN, A PETICIÓN DE SUS AMIGOS  
NARRA LA FORMA EN QUE CAZÓ  
AL FERAZ TIGRE "EL ASESINO"



ME HICE A UN LADO,  
CUANDO PASÓ JUNTO  
A MÍ LO AGARRÉ DE  
LA COLA!..



...Y LO ESTRELLÉ  
CONTRA EL ÁRBOL!



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA

# Simbad

GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ

(Roxane)

AÑO I

N.º 46

Precio: \$ 2.—

19-VII-1950

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

### CAPITULO VI. — *Los molinos de viento*

El labrador Sancho Panza, que era bastante simplón, accedió a ser escudero de don Quijote de la Mancha. El caballero andante prometió darle oro, mucho oro, y una isla donde gobernara como rey. Sancho Panza ya se veía coronado y murmuró para sí:

—Lástima que mi mujer sea tan fea. Ninguna diadema lucirá bien en su cabeza de cebolla y la capa de armiño parecerá colgada de un palo de escoba.

—En mi última batalla perdí el escudo

—confesó el hidalgo—.

¿Puedes buscarte otro?

El flamante escudero

revisó su choza, su

establo y su chiquero

y todo lo que encontró

fué una rodela de

meta. Don Quijote la

embrazó airosamente

y dijo:

—Entre las armas

que me legaron mis

bisabuelos hay otra

Sancho Panza ya se veía coronado rey.



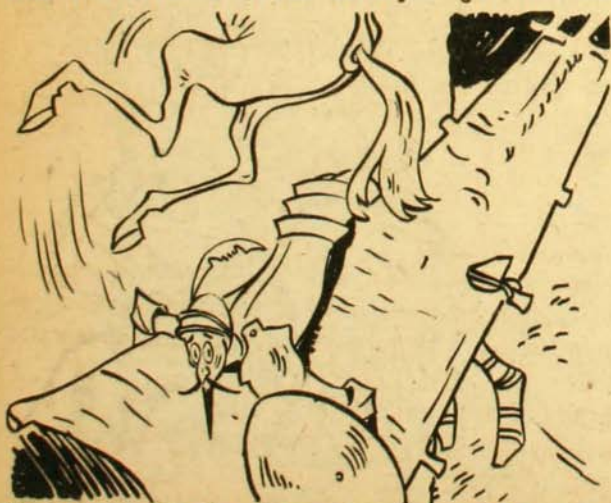


Divisaron treinta, o cuarenta molinos de viento.



Agujó a Rocinante y se lanzó a asalto.

lanza. De modo que tengo mi armadura completa. La celada, que se quebró en mi reciente lid con diez jayanes desaforados y atrevidos, la tengo ya compuesta. Partiremos mañana, al despuntar el día. No olvides llevar alforjas. ¿Tienes cabalgadura?



El aspa se llevó por los aires al caballo y al caballero.

—Sí, un burro muy bueno, llamado Rocinante.

El caballero andante volvió entonces a su casa, proveyóse de camisas limpias, como le aconsejara el ventero, y reunió su fortuna, que era bastante parca.

Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de su hijo y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche



salieron del lugar sin que persona alguna los viese.  
fueron por los caminos, anda que te anda.

Sancho advirtió de pronto:

Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le ol-  
vide lo de la isla prometida, que yo la sabré gobernar por grande  
que sea.

Has de saber, amigo Sancho Panza —contestó don Quijote, con  
voz algo saltona porque Rocinante tropezaba en cada piedra  
pedruzco—, has de saber que los héroes de mi talla hacen go-  
bernadores a sus escuderos de las islas o reinos que ganan. Si tú  
eres y yo vivo, puede ser  
antes de seis días conste  
este yo un reino y tú se-  
el rey.

Desa manera —dijo  
Sancho, entusiasmado—,  
señor Gutierrez, mi mu-  
vendría a ser reina, y  
hijos infantes.

Pues quién lo duda?  
respondió don Quijote.

Yo lo dudo, porque nin-  
guin reinado le asentaría a  
señor Gutierrez. Sepa, se-  
ñor, que no vale dos ma-  
vedís para reina. Conde-  
le caerá mejor.

Eso lo decidirás des-  
pués.

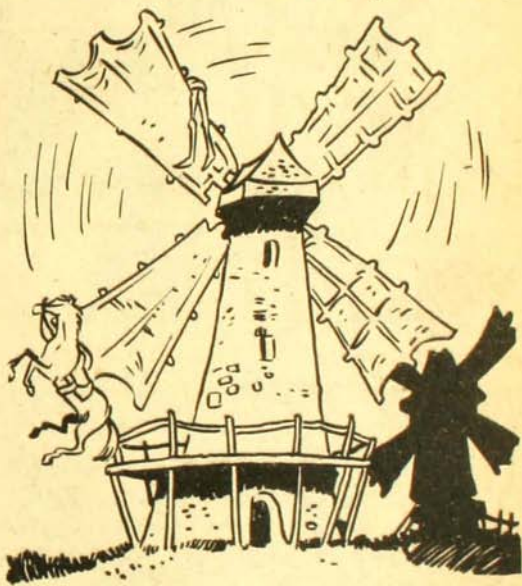
En aquel momento vieron  
ciento o cuarenta molinos de viento.

La ventura guía nuestros pasos —exclamó el caballero andan-  
te—. Mira ahí treinta o pocos más desafortados gigantes con quie-  
res pienso hacer batalla para quitarles la vida. Con sus despojos  
comenzaremos a enriquecer.

—¿Qué gigantes? —preguntó Sancho Panza.

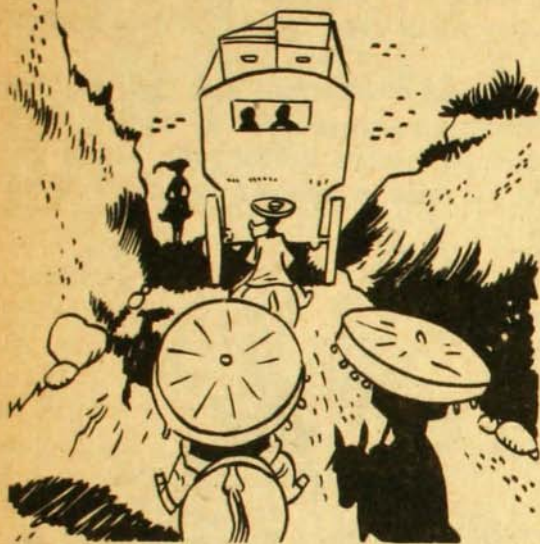
—Esos de los brazos largos, que los suelen tener algunos casi de  
cien leguas.

—Vuestra merced se equivoca. No son gigantes, sino molinos de  
viento y lo que os parecen brazos, no son más que aspas.



Rocinante fué el primero en caer.

Los monjes, cubiertos con sus quitasoles, seguían al coche.



—Peor será esto que los molinos de viento —se quejó Sancho Panza.

—Si tienes miedo, quédate ahí —dijo el héroe—. Yo voy a entrar con ellos en fiero y desigual batalla.

Aguijó a su caballo Rocinante y sin oír los gritos de su escudero se lanzó al ataque del primer molino. El viento empezó a soplar en ese instante y movió las grandes aspas. Don Quijote desafió:

—Pues aunque moviera más brazos que los del gigante Briareo os derrotaré.

Embrazando la rodela con la lanza en ristre adelantó a todo galope de Rocinante y dió una arremetida al aspa más cercana. La volvió el viento con tanta furia, que hizo pedazos la lanza, llevándosela por los aires al caballo y al caballero.

El primero en caer fue Rocinante, y detrás de él don Quijote, que descendió justamente en la montura. Allí suspiró.

—Ha sido mi enemigo, el mago Freston, quien convirtió los gigantes en molinos de viento para que yo no alcanzara la gloria de vencerlos. Continuemos nuestra marcha, amigo Sancho.



—Si no soltades a esa princesa que lleváis raptada...

Delante de ellos rodaba un coche escoltado por cuatro o cinco jinetes y dos mozos a pie. Viajaba en él, como después se supo, una señora vizcaína que iba a Sevilla, a reunirse con su marido. No la acompañaban los frailes, aunque iban en el mismo rumbo.

Don Quijote explicó a su escudero:

—Esos bultos negros son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquella carroza. Acudiré a rescatarla.

—Peor será esto que los molinos de viento —se quejó Sancho Panza—. Ved, señor, que eso son monjes de San Benito.

—No me discutas y sobre todo no eches mano a tu espada para protegerme, aunque me veas en grave peligro. No podrás combatir a mi lado hasta que seas armado caballero.

Luego de dar ese consejo a su escudero, se detuvo en la mitad del camino por donde los religiosos debían pasar y cuando juzgó que le oirían claramente, pronunció:

—Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto la bella princesa que lleváis raptada.

Siguieron el camino del Puerto Lápice y aquella noche durmieron entre unos árboles. Don Quijote desgajó una rama que le podía servir de lanza y le puso el hierro que quitó de la que se le había quebrado.

Al otro día cabalgaban comentando la aventura anterior cuando vieron venir dos frailes de la orden de San Benito, montados sobre sendas mulas. Se protegían del calor con sus quitasoles. De-

(CONTINUARA)

# Jazmín

## CAPITULO VII.— *Ambas hermanas se reconocen*

La vista del palanquín con los soldados de Mitriti sobresaltó a Jazmín, pero recordando que vestía a la usanza de los turistas europeos, se tranquilizó.

El jefe de la tropa se detuvo frente a la niña y dijo a uno de los portadores del palanquín:

—Yusuf, ruega a esa joven que suba al palanquín, a fin de que acuda al llamado de la princesa Mitriti.

Jazmín comprendió que su salvación dependía de su presencia de ánimo. Debía fingir que no comprendía el idioma.

Yusuf, el intérprete, tradujo el mensaje del oficial, y Jazmín subió al palanquín, cavilando sobre el motivo que conyocaba a la joven blanca al palacio de los Opalos.

Vestida como estaba Jazmín, con el traje de la amazona, era difícil que aún la misma Mitriti la reconociera, pero si el intérprete le decía algo en lengua extranjera, ella no podría responder. Sin embargo, lo prudente sería obedecer, y Jazmín subió en el acto al lujoso palanquín de la princesa.

Ya buscaría la manera de huir cuando estuviera en el palacio. La primera persona con quien se encontró Jazmín en la residencia de Mitriti fué su enemiga Kasama, mayordoma de las esclavas.

—Condúzcanla a la antecámara —ordenó Kasama a los soldados.

**RESUMEN:** *Jazmín, la aguadora, a causa de sus cabellos rubios y su tez blanca, es repudiada por todos en Omah-El-Haji. Fátima Morgana le entrega un anillo de oro atado con una cinta azul, y le dice que ella la recogió entre los despojos de una caravana del desierto. La princesa Mitriti odia a Jazmín, y decide hacerla su esclava. La Oculta Sacerdotisa del Templo de la Luna facilita la fuga a Jazmín, que huye hasta el oasis de El Karma. Allí se le acerca una joven blanca, muy semejante a ella, pero Kasama captura a Jazmín y la conduce al palacio de Mitriti. De nuevo huye, pero vuelve a caer en poder de la cruel princesa. La infeliz aguadora es arrojada de la ciudad en medio de un huracán de arena. La salva una buena sultana que la recibe en su séquito. Pero Mitriti persiste en su odio contra Jazmín. A pesar de la protección de Zoraida, Jazmín es capturada, pero logra salvarse disfrazada con un traje europeo.*

Jazmín entró en la habitación señalada, dispuesta a huir rápidamente. Aquella antecámara tenía otra puerta que daba acceso a los corredores y pórticos del jardín.

La joven salió cautelosamente y grande fué su alegría al divisar a la velada sacerdotisa del Templo de Omah, que paseaba por los jardines.

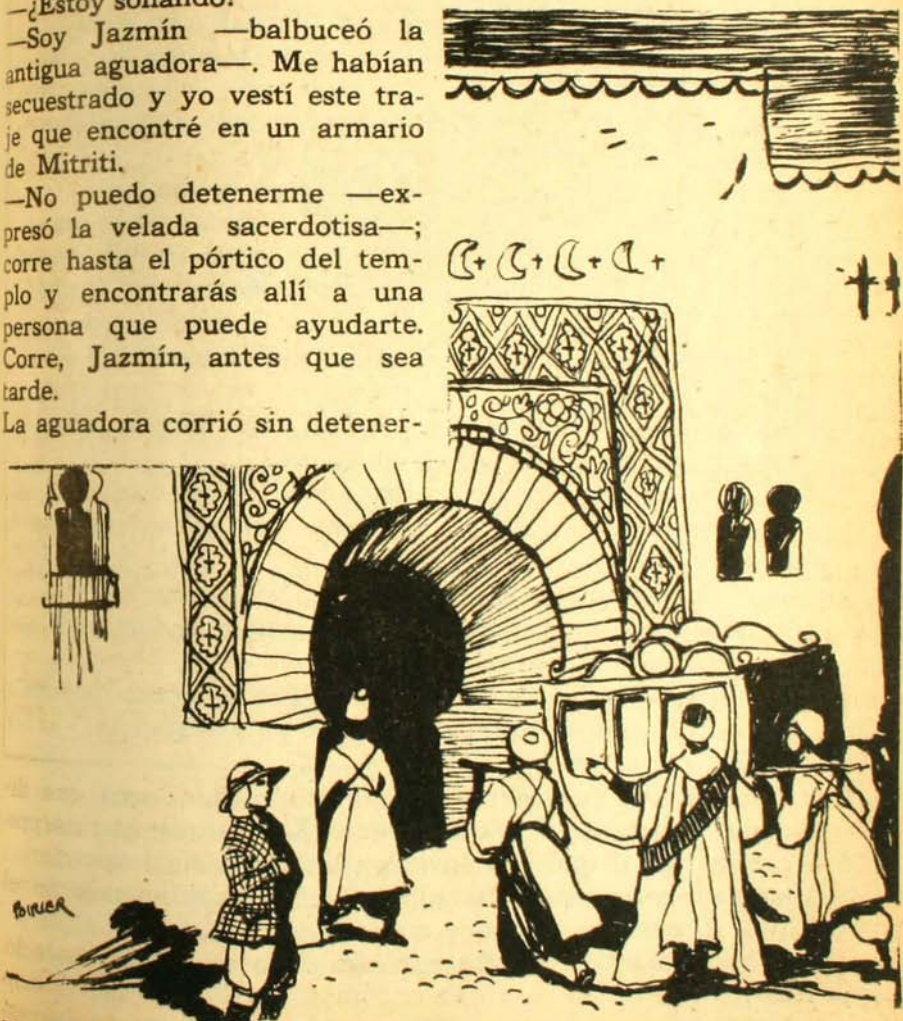
La velada mujer, al ver a la doncella, exclamó:

—¿Estoy soñando?

—Soy Jazmín —balbuceó la antigua aguadora—. Me habían secuestrado y yo vestí este traje que encontré en un armario de Mitriti.

—No puedo detenerme —expresó la velada sacerdotisa—; corre hasta el pórtico del templo y encontrarás allí a una persona que puede ayudarte. Corre, Jazmín, antes que sea tarde.

La aguadora corrió sin detener-



El jefe de la tropa dijo: “—Yusuf, ruega a esa joven que suba al palanquin de la princesa Mitriti.

se hasta el sitio indicado y allí encontró a la joven blanca que veía como ella.

Jazmín comunicó por gestos a la desconocida que debían ocultarse. De pronto se escuchó desde lejos una voz que decía:

—¿Dónde está la joven que envié a buscar? Me dijeron que aguardaba en la antecámara.

Era la voz de Mitriti.

—Voy yo —indicó por señas la joven blanca, respondiendo al llamado de la princesa—. Ocúltate tú en el templo. Yo vendré a buscarte.

Transcurrieron varias horas y por fin apareció de nuevo la joven blanca. La princesa Mitriti la había llamado para preguntarle algunos asuntos relacionados con el Gobierno británico y las tarifas de aduana. La niña blanca no pudo explicar estas cosas a

Jazmín, pero cogiéndole ambas manos la acarició fraternalmente.

Ambas niñas atravesaron los túneles subterráneos del templo y llegaron a la casa de piedra que días antes habían ocupado.

—Si yo pudiera hablar contigo y tú me comprendieras — murmuró la joven forastera.

En seguida presentó a Jazmín una bandeja con frutas, sorbetes y dulces, indicándole que satisficiera su apetito.

Jazmín disfrutó de los manjares; luego sacó de su cuello el anillo con el escudo que colgaba de una cinta azul y lo mostró a la joven blanca.

—Yo tengo otro igual —declaró la desconocida, sonriendo.

Jazmín se manifestó estupefacta y quedó aún más intrigada con el misterio que se cernía sobre su vida.

La joven blanca trataba de darse a comprender, pero resultaba difícil. Por fin se abrió la puerta y penetró en la estancia la velada sacerdotisa del templo.

—Buena sacerdotisa —suplicó la niña forastera—, explique usted a Jazmín lo que yo no puedo decirle. Dígale por qué nos parecemos tanto y por qué ella tiene un anillo igual al mío.

—¿Todavía no comprendes, niña querida? —dijo la sacerdotisa a Jazmín—. Prepárate a recibir una noticia asombrosa. Esta joven es tu hermana. Son ustedes mellizas. Ella se llama Beryl. Es tu hermana.

Jazmín creyó soñar. ¿Cómo podía ser ella, la humilde aguadora de Puerta de Luna, hermana de esa linda niña?



—Corre, Jazmín, antes que sea tarde —indicó la velada sacerdotisa

—Mi hermana, mi hermana Beryl —murmuró emocionada, arrojándose en brazos de Beryl.

—Pronto vendrá aquí una intérprete que te informará de todas las aventuras de tu vida —declaró la sacerdotisa—. Yo debo partir al instante.

Y tan sigilosamente como había entrado, desapareció la misteriosa mujer.

—Beryl, Beryl —murmuraba Jazmín, besando y abrazando a su hermana.

Beryl sonreía y respondía a las caricias de Jazmín.

Horas después, la mujer intérprete que la sacerdotisa les había prometido llegó a la casa de piedra y comenzó a traducir la historia de Jazmín.

—Hace ya muchos años —traducía la intérprete— tu padre fué atacado por los beduínos del desierto y se le creyó muerto. Tú, Jazmín, ibas con él en la caravana; mi madre y yo quedamos en nuestra casa de Hashish.

—¿Mi madre vive? —preguntó anhelante Jazmín.

—Sí, y espera tu regreso. Mi padre supo que vivía en Omah-El-Haji una niña de blanca tez. Vinimos aquí; pero mi padre, que

es jefe de una misión militar, tuvo que partir y me dejó encargada de tu búsqueda. El es el único que conoce el misterio que encierran los tesoros del templo. La princesa Mitriti sospecha que yo conozco ese misterio y ya no me demuestra la amistad de antes. Ahora yo también estoy en peligro; sin embargo, mi padre no tardará en llegar con su poderoso ejército.

—¿Por qué no huimos de esta fatal ciudad, ya que me has encontrado? —preguntó Jazmín—. Temo que la princesa Mitriti nos venda como esclavas. Hay aquí muchos beduinos que acuden al Palacio de los Opalos a comprar esclavas.

—No podemos salir de Omah-El-Haji —respondió Beryl— porque tengo que cumplir las órdenes de mi padre. En el Templo de la Luna hay una piedra preciosa que contiene un secreto. Pertenece esa joya a mi padre. Cuando se la robaron, él no conocía su valor, pero en unos papiros, que ha descifrado, descubrió que esa piedra posee un valor inmenso. No puedo decir más porque mi padre guarda el secreto.

La intérprete continuó traduciendo la conversación y por fin se despidió jurando guardar secreto sobre lo que había oído.

—No temas, joven —dijo la intérprete a Beryl—, que yo revelaré el secreto. Un día tu padre me salvó la vida y le soy fiel. Pronto llegarán ustedes a entenderse mutuamente y no necesitarán de mí. Adiós y que Alá las proteja.

Apenas salió la intérprete mora, Beryl indicó a Jazmín que debían quitarse los trajes europeos y dirigirse al Templo de la Luna en busca de la valiosa piedra.

—Es un inmenso topacio —dijo Beryl—, y dentro de él hay una inscripción que dará a mi padre la clave para descubrir lo que ansía.

Beryl y Jazmín se vistieron con indumentaria árabe y colocaron un velo sobre sus cabezas, dejando sólo sus ojos a la vista. Comenzaba ya el crepúsculo y las doncellas salieron de la casa de piedra sin llamar la atención.

Fácil les fué introducirse al templo por la puerta secreta y llegar hasta las habitaciones próximas a la sala del tesoro.

—Aguárdame aquí —dijo Beryl a su hermana—, y no te muevas hasta que yo regrese.

Jazmín aguardó pacientemente, pero de pronto sintió ruido de pasos, y se ocultó entre el cortinaje de la habitación.

Su terror fué indecible al ver aparecer a la mayordoma de la





—Hace ya muchos años —traducía la intérprete—, tu padre fué atacado por los beduinos.

—Escalera de la torre y jadeantes se afirmaron en el pequeño balcón.

—Estamos a treinta metros de altura —dijo Beryl—. Mira, Jazmín, desde aquí se divisa el Oasis de El Karma.

—Beryl —murmuró de súbito Jazmín—, siento pasos... Alguien sube al minarete. Nos han descubierto.

esclavas. Kasama escudriñó todos los rincones y descubrió a la velada niña.

—¿Quién eres tú y por qué te ocultas aquí? —preguntó a Jazmín la terrible Kasama.

En vez de responder, Jazmín retrocedió, y colocando su mano en la perilla de la puerta, la abrió súbitamente, salió por ella y la cerró con llave tras sí. Jazmín estaba desesperada. ¿Dónde se encontraría Beryl?

Un tumulto de voces y gritos seguía a la doncella que huía por los túneles del templo.

De pronto una mano cogió la suya. Era Beryl.

—Tengo el topacio —dijo Beryl—. Ahora es preciso huir de los que nos persiguen.

Beryl guió a Jazmín por oscuros vericuetos, y por fin llegaron al recinto del Templo de la Luna.

Mitriti había ordenado abrir las puertas del santuario y éste se hallaba repleto de soldados.

—Ven aquí, tras del altar —dijo Beryl a su hermana—, hay una escalera en espiral que conduce al minarete de Omah... Aun es tiempo de escapar.

Ambas niñas treparon por la es-

(CONTINUARA)



CAPITULO V. — *Los monitos vengadores*

Batutú estaba en una situación peligrosa. Farka, el malvado chacal, fingiéndole amistad, le dijo que cruzara el río en un troco de árbol que resultó ser, no un inofensivo vegetal, sino un temible cocodrilo. Este lo depositó entre unos cañaverales y dijo —Vendré más tarde a comerte.

Batutú estaba asustado. ¿Cómo salvarse? Paqui, el hipopótamo vino en su auxilio.

—Sube a mi lomo —le dijo—. Y, para otra vez, no seas tan confiado ni desobedezcas los consejos de papá elefante.

Se deslizó por el río, flotando como una barrica.

—¿Cómo pudiste encontrarme, Paqui? —preguntó el negrito.

—Fué mamá Borora, la mona, quien husmeó en el aire que algo te sucedía. Siguió a Farka, sosteniéndose en las ramas de los árboles, y lo vió discutir con Noga, la hiena. La discusión terminó en batalla y Noga estranguló al chacal. En cuanto al cocodrilo... creo que los hijitos de Borora le preparan un castigo.

Cuando Batutú llegó a la tribu de los elefantes y todos hubieron derramado una lágrima de felicidad por el regreso del negrito él vió que los pequeños monos estaban ocupados en hacer una figura de arcilla que se parecía a él. Desprendieron luego de los árboles largas lianas y ramas ahorquilladas y las transportaron entre saltos y chillidos de risa. Esta desbordante alegría se comunicó a los elefantes bebés, quienes agitaron su trompa y se golpearon con ella los costados, lo cual es la mayor expresión de júbilo de estos animalitos. En seguida marcharon detrás de los micos

El cocodrilo estaba hambriento cuando volvió al cañaveral y agulló de un solo golpe su presa.

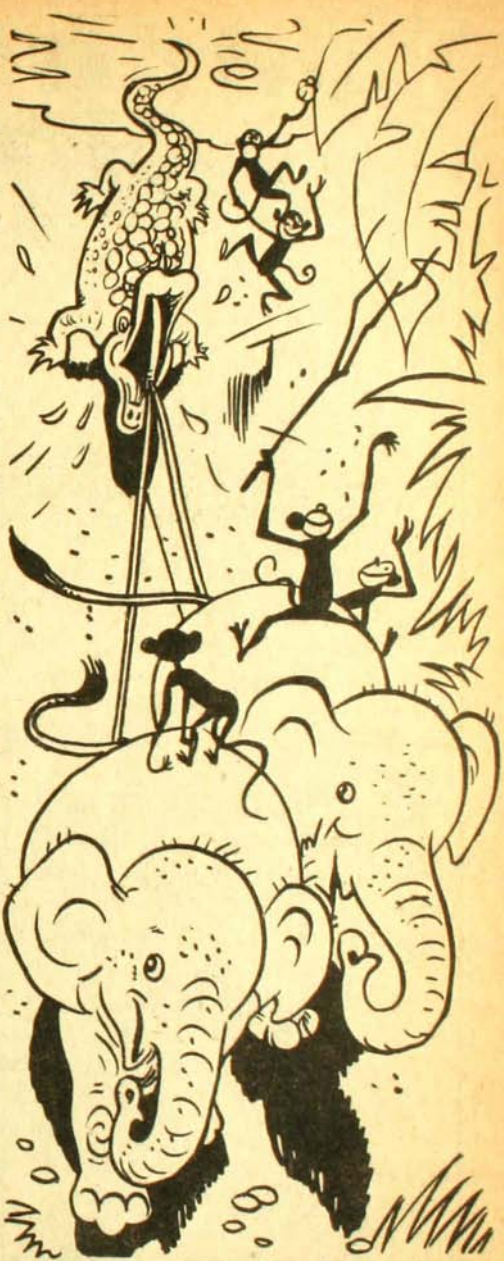
Al cerrar las mandíbulas sintió que una estaca le talaraba el hocico, al mismo tiempo que veinte voces excitadas gritaban:

—Tiren los elefantes!  
Los pequeños elefantes tiraron las lianas con todas sus fuerzas. Arrastraron al cocodrilo hasta la ribera y él no pudo librarse, porque la figura de arcilla que sirvió de cebo tenía dentro la estaca y a ésta estaban atadas las lianas. ¡Qué bien castigado estaba el reptil y cómo chillaban los monitos vengadores y trompeteaban su triunfo los elefantes bebés!

El miserable fin del chacal y el castigo del cocodrilo restablecieron la calma en la selva. Nadie pensaba en Noga, la hiena, que seguía viviendo y que tenía, más que nunca, el corazón envenenado de odio y rabia.

—Farka era un imbécil —gruñía—. Pretendió que yo saliera a cazar con él y le diera la mitad de todas mis presas, siendo que no se atrevió a matar a Batutú y mezcló al cocodrilo en este asunto. Pero no renunció a la idea de clávar mis dientes en ese negrito, aunque todos los elefantes del mundo quisieran protegerlo.

(CONTINUARA).



Los elefantitos y los pequeños monos castigaron al cocodrilo.

# Ponchito



¡OH! ALLÍ DIVISO UN  
TIPO BIEN MONTADO



LE DIRE QUE ME  
LLEVE AL ANCA



¡VIVA CHILE!



# Una sola bota

El elegante gnomo Rupi vivía en una hermosa casita del pueblo de Tipitap. Siempre iba muy bien vestido, desde su sombrero, adornado por una pluma, hasta sus botas altas y brillantes.

Tenía un hermano en el pueblo inmediato, situado a seis kilómetros de distancia. Y a veces iba a visitarlo. Su hermano se llamaba Gomín y estaba muy orgulloso de Rupi y de su hermosa ropa.

—Rupi vendrá hoy a visitarme —solía decir a sus conciudadanos—. Esperad y podréis ver cómo viste, antes de encargarme vuestros trajes. Con toda seguridad vendrá vestido a la última moda, y cuando veáis lo que lleva podréis copiarle.

Así, los habitantes de aquel pueblo esperaban con cierta ansiedad a Rupi y se alegraron mucho cuando Gomín añadió:

—Mi hermano vendrá esta tarde a merendar conmigo. También podréis acudir vosotros si queréis.

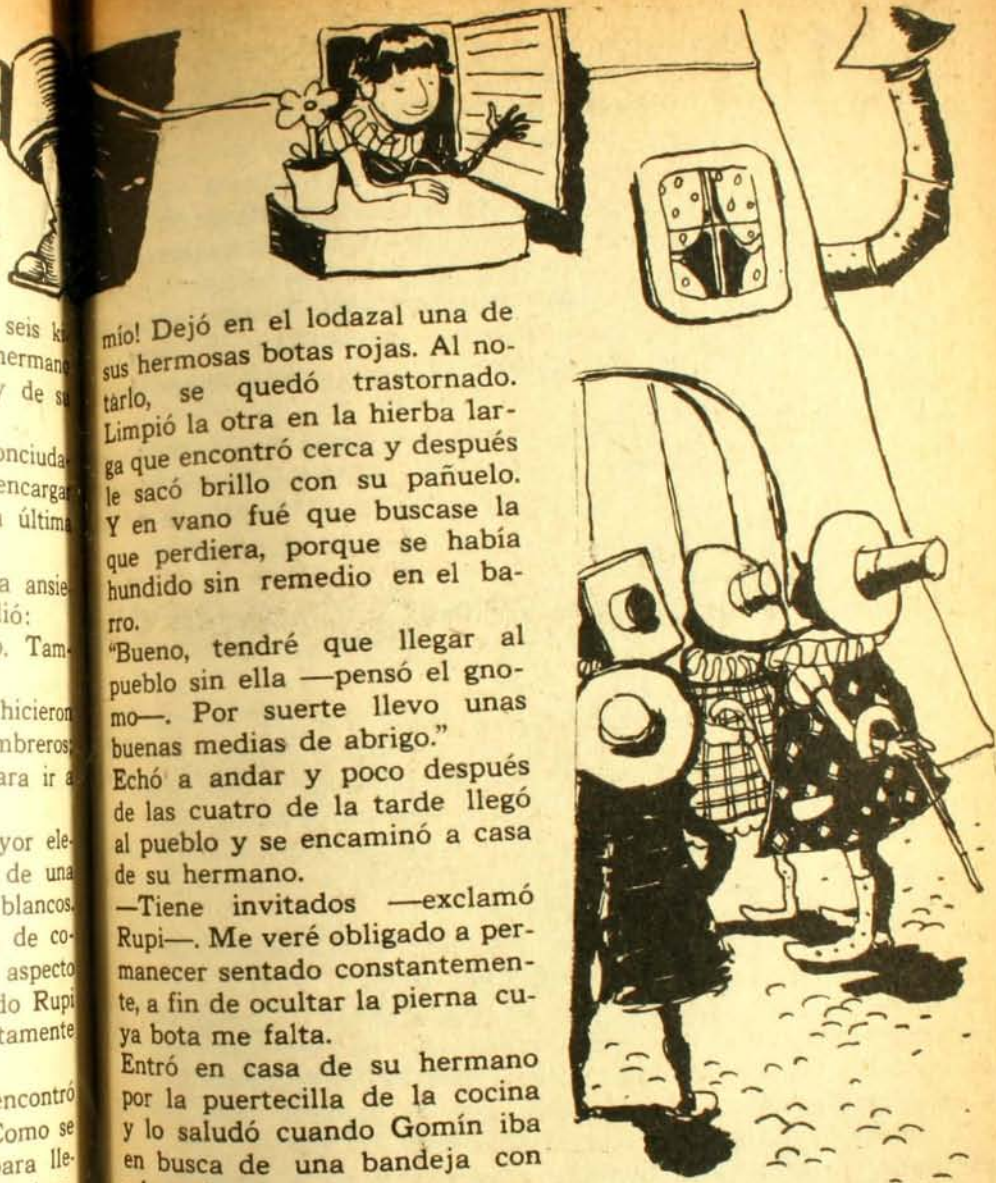
Todo el mundo se puso lo mejorcito que tenía, se hicieron limpiar las botas y se cepillaron cuidadosamente los sombreros; luego esperaron a que dieran las cuatro de la tarde para ir a casa de Gomín, que los había invitado.

A las dos, Rupi salió de su pueblo, vestido con la mayor elegancia que pudo. Llevaba un sombrero rojo, adornado de una blanca pluma, una chaqueta también roja, con botones blancos. Cubriase gran parte de las piernas con dos botas altas, de color rojo, que llegaban hasta las rodillas. Le daban un aspecto majestuoso y estaban de tal manera lustradas, que cuando Rupi se inclinaba para mirarlas podía ver en ellas perfectamente reflejada su imagen.

Cuando se dirigía al pueblo en que vivía su hermano, encontró a Sesé, el duendecillo, y se detuvo para charlar con él. Como se entretuviera más de la cuenta, pensó tomar un atajo para llegar antes, pero se extravió y de pronto notó que se estaba hundiendo en un lodazal.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó.

Pero nadie podía oírlo. Luchó como un desesperado, y por fin, y no sin grandes esfuerzos, consiguió salir de allí. Pero, ¡Dios



mió! Dejó en el lodazal una de sus hermosas botas rojas. Al notarlo, se quedó trastornado. Limpió la otra en la hierba larga que encontró cerca y después le sacó brillo con su pañuelo. Y en vano fué que buscara la que perdiera, porque se había hundido sin remedio en el barro.

“Bueno, tendré que llegar al pueblo sin ella —pensó el gnom—. Por suerte llevo unas buenas medias de abrigo.”

Echó a andar y poco después de las cuatro de la tarde llegó al pueblo y se encaminó a casa de su hermano.

—Tiene invitados —exclamó Rupi—. Me veré obligado a permanecer sentado constantemente, a fin de ocultar la pierna cuya bota me falta.

Entró en casa de su hermano por la puertecilla de la cocina y lo saludó cuando Gomín iba en busca de una bandeja con rebanadas de pan.

—Has llegado muy tarde, Rupi —le reprochó Gomín—. Ve a la sala, y yo iré, dentro de un momento, a reunirme contigo.

Gomín dijo a sus amigos: —“Mi hermano vendrá esta tarde a merendar conmigo.”

Ahora todo el mundo está en el jardín.

—Oye, Gomín, ¿podrías prestarme...? —empezó a decir Rup

—¿Un pañuelo? Sí. Encontrarás uno en el cajón superior a l  
izquierda —dijo Gomín—. Tómalo tú mismo y no me pidas na  
da más, porque tengo mucho que hacer.

Rupi no se atrevió a decirle que necesitaba una bota alta y n  
un pañuelo. Se dirigió a la sala y se sentó en un sillón, escondien  
do de tal manera las piernas debajo de su propio cuerpo que n  
se podían ver sus pies. En aquel instante llegó Gomín con algu  
nas fuentes llenas de comida y llamó a su hermano:

—Acompáñame al jardín, hermanito, porque hace tan buen tiem  
po, que merendaremos allí.

¡Pobre Rupí! No tuvo más remedio que ponerse en pie y segu  
a su hermano al jardín. Todos le miraban mientras avanzaba ha  
cia ellos, porque deseaban enterarse de cuál era la última mod  
de Tipitap. Y la primera cosa que les llamó la atención fué qu  
Rupi sólo llevaba una bota.

—¡Qué moda tan rara! —se decían uno a otro—. Sólo una bot  
¡Ojalá esta moda durase y pudiésemos reducir a la mitad la cuer  
ta del zapatero!

Con gran asombro de Rupí, nadie le preguntó por qué llevaba un  
sola bota. Pensó que actuaban así por cortesía y respeto, fingien  
do no haber notado que no llevaba dos botas y decidió que le  
invitaría a una merienda en su casa, la semana próxima, para de  
mostrarles que los consideraba muy amables y agradables. Lo  
circunstantes quedaron encantados al recibir aquella invitació  
que aceptaron con el mayor gusto.

—Contrataremos el ómnibus amarillo de Piesligeros —dijeron—  
Y llegaremos a su casa a las cuatro en punto.

Rupi regresó muy complacido a su propia casa. La tarde resultó  
menos molesta de lo que había imaginado, porque nadie llegó a  
preguntarle siquiera la razón de que sólo llevase una bota. Y n  
se atrevió a pedir a su hermano que le prestase una, porque  
casi estaba seguro de que Gomín sólo tenía un par.

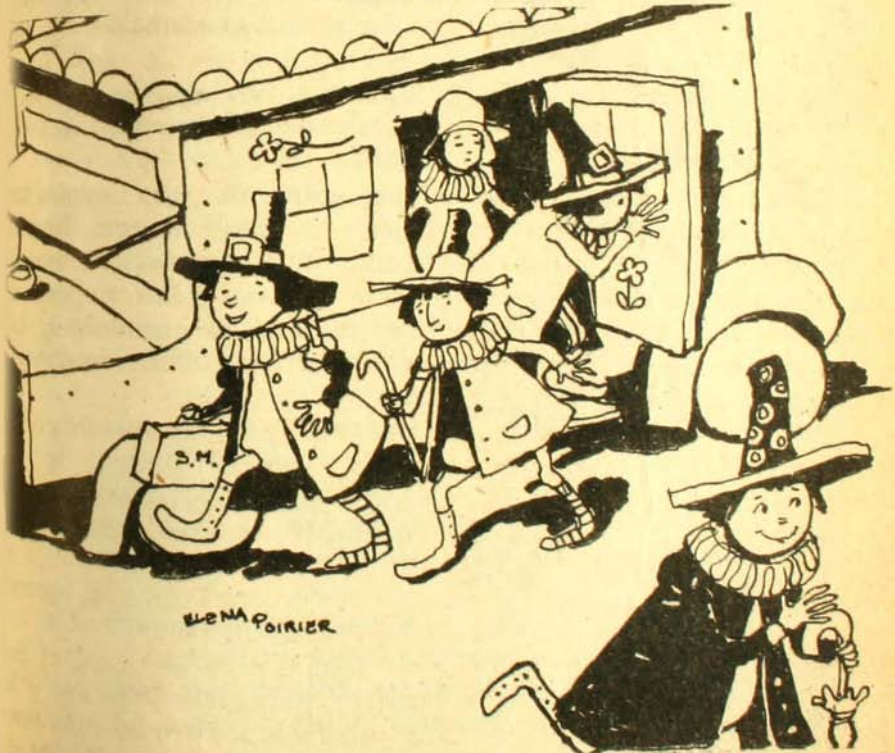
El martes siguiente, exactamente a las cuatro de la tarde, el óm  
nibus amarillo del duendecillo Piesligeros llegó a Tipitap, y los  
invitados de Rupí se apearon muy satisfechos. Pero lo más nota  
ble era que cada uno llevaba únicamente una bota alta. Nadie  
llevaba el par completo. Sólo iban calzados en el pie derecho

el izquierdo llevaban un buen calcetín grueso. Rupi no podía ver lo que estaba viendo.

por su parte, llevaba un par de botas nuevas, amarillas, con los dedos rojos y muy elegantes. Miró a su hermano y vió que también él sólo llevaba una bota. ¿Qué significaría aquello? Se llevó Gomín aparte y le preguntó:

—¿Por qué lleváis sólo una bota?

—¿Y tú por qué llevas dos hoy? —replicó, indignado, Gomín—. La semana pasada solamente llevabas una y todos nos figuramos que ésta era la última moda. Por esta razón, cuando nos invitaste a merendar contigo, nos creímos en el deber de llevar tan sólo una bota cada uno. Y te aseguro que no resulta nada cómodo para el pobre pie que únicamente se ve protegido por un calcetín. Es una lástima que hoy lleves dos botas, Rupi. Todo el mundo se sentirá defraudado. Estaban todos convencidos de que hoy iban elegantísimos, y ahora verán, por el contrario, que ha cam-



ELENA POIRIER

Los invitados de Rupi se aparearon alegremente.





Rupi tuvo que llevarse las manos a los costados para no reventar de risa.

furezcan? Tal vez piensen que nos reímos de ellos. En efecto, los rostros de los invitados demostraban cada vez más una expresión atribulada. Sentíanse como rústicos provincianos que, de pronto, entran en un palacio y se sienten avergonzados de su tosco vestuario.

biado la moda y que, de nuevo vuelves a llevar dos botas. Rupi se echó a reír. Y se rió cada vez con mayor fuerza, hasta que tuvo que llevarse las manos a los costados, para no reventar de risa. Le hizo muchísima gracia que los habitantes del pueblo de su hermano llevasen una sola bota y no dos, sin más motivo que él hubiese llevado una por haber dejado la otra en el lodo.

—¿Por qué te ríes? —exclamó Gomín, cada vez más disgustado.

—A ti puedo confesarte la verdad —contestó el gnomo, cesando de reír y apoyando su mano en el hombro de Gomín—. Esa vez que fui a tu casa, perdí mi bota en un fangal y no tuve más remedio que llegar a tu casa con una sola bota. No me diste tiempo de pedirte una de repuesto y me presenté ante tus amigos en esa facha.

Gomín lo miró asombrado y luego también rompió a reír. Tal como su hermano, se llevó las manos a los costados para no reventar de risa.

—¡Chist! —dijo Rupi—  
¿Quieres que tus vecinos se en-

traban a uno y otro lado y no hallaban dónde esconder el pie calzado.

As de pronto respiraron con gran alivio. Rupi apareció ante ellos luciendo una sola bota.

—Teníamos razón! ¡Esta es la moda! —exclamaron todos, muy orgullosos de sí mismos.

—Debo pedir excusas —declaró el gnomo—; en mis afanes por repararles la bienvenida, olvidé que tenía las dos botas puestas.

Ruego que perdonen mi involuntario olvido.

Se divirtieron mucho en la reunión, y Rupi, antes de que se marcharan sus invitados, llamó aparte a su hermano y en secreto le comunicó que al día siguiente volvería a ser moda llevar las dos botas.

Todos se alegraron mucho de aquel cambio de la moda, porque en realidad algunos se habían lastimado el pie izquierdo.

En su caminata desde la aldea, más de alguno se había pinchado el dedo gordo con una espina o se rompió el talón en las piedras duras.

—La nueva moda nos gustará mucho —aseguraron.

—Aunque nos veíamos muy elegantes y originales con una sola bota —afirmó un gnomo, olvidando que por culpa de esa moda tendría que andar cojeando varios días.

—Sí, era una costumbre original —corroboraron los demás—. Pero ha durado lo que dura una flor... Menos mal —añadieron por lo bajo.

Volvieron alegremente a su pueblo, mientras Rupi se sentaba en su mecedora y se reía con toda su alma.



## ¡NO SE DUERMA!

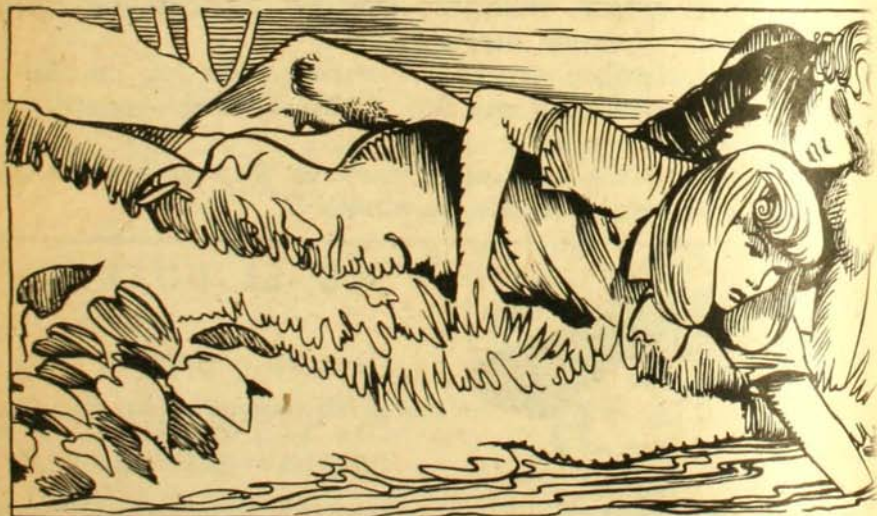
Compre a primera hora el "Simbad" del 16 de agosto, que ofrecerá premios extraordinarios, para celebrar su NÚMERO 50.

# EL NIÑO DE LAS SELVAS



**RESUMEN:** Linda Hamilton, su tío Juan, el siniestro Guillermo Plug y su hija Elena exploran el Africa. Plug es quien ha organizado la expedición para buscar un tesoro español. Linda, en cambio, se ha internado en la selva con la esperanza de hallar a su padre, el explorador Roberto Andrés Hamilton, desaparecido diez años antes. Linda cae a un foso y es salvada por Kendru, el Niño de las Selvas, quien la conduce a su vivienda, construída en un árbol. Kendru tiene un anillo de oro, con las iniciales R. A. H.

1. Linda, estremecida, comprueba que aquel anillo era de su padre. —¡Vive! —murmuró—. Te déjame este anillo. Mañana te lo volveré.” El replicó: —Es falso. Pero al observar la angustia de ella, dijo: —Ven.”



2. Sosteniéndose en las lianas, saltó al suelo y luego hizo señas a Linda que se lanzara. Ella, temiendo que él la creyera cobarde si no saltaba, dejó caer. La recibieron los vigorosos brazos de Kendru. Llevándola después hasta un arroyo, él declaró: —Los nativos lo llaman “El Arroyo de los Leales”. Bebe y promete que me devolverás el anillo.” Linda obedeció.



3. —“Gracias por confiar en mí, Kendru —murmuró después, colocándose la sortija—. Ahora quisiera volver al campamento.” —“Kendru te guiará” —contestó él. En ese momento, Chika, el leopardo, se aproximó a ellos, y Linda, aterrada, se ocultó detrás del muchacho.



4. —“No tengas miedo. Chika ya sabe que debe quererte —dijo Kendru—. Vamos.” Cerca del campamento, Kendru, repentinamente, se esfumó en la selva con el leopardo. En el mismo instante, una voz desagradable, gritó: —“¿Quién va? Responda o disparo.”



5. Linda reconoció a Guillermo Plug. El, al verla, ocultó una mueca de asombro, y dijo encolerizado: —“¿Usted? Su ausencia ha revolucionado el campamento.” La niña contestó: —“Si Elena no me hubiera abandonado...” —“¡No mencione a mi hija! —interrumpió Plug—. Ella fué a pedir auxilio. De todas maneras, usted pudo salir sola del precipicio.”

(CONTINUARA)



## CAPITULO X. — Otra vez cautiva de Velcort

La desesperación de Pervinca fué terrible. Le devolvían la carta que había escrito a su nodriza anunciándole la muerte de María Ledec.

—No puede ser —sollozaba Pervinca—; mi mamita era una mujer sana y joven. Acaso le habrá asesinado el pérfido Velcort. Estoy perdida, Raúl.

El muchacho, sosteniendo en sus brazos a la desventura huerfanita, le respondió:

—Mis hermanas y yo te protegeremos. Tú eres para mí una hermanita más. Me parece que te conozco desde siempre. Admiro tu valor, tu energía. Si te hubieras quedado en el castillo de Val Alegre, tu situación se habría agravado. Me gusta tu audacia, Pervinca. Trata de sobreponerte a este nuevo golpe. Así consiguió Raúl serenar un poco a la víctima de Enrique Velcort.

—Sin duda que con la muerte de María Ledec tu situación cambiaba —prosiguió Raúl—. No podrás permanecer en esta choza

**RESUMEN:** Pervinca después de haber perdido a su madre, desaparecida en un accidente de aviación, está a cargo de Enrique Velcort, empresario de la artista Mercedes Berger. Velcort convence a Pervinca, cuyo verdadero nombre es Alejandra Fores, que para su salud le conviene vivir en el campo, y conduce a un solitario castillo. Un día Velcort cínicamente, le comunica que la tiene prisionera y que para apoderarse de su fortuna ha decidido declararla loca. La niña se fuga, ocultándose en el bosque. Pervinca pasa la noche en una ruca, y es sorprendida a la mañana siguiente por los jóvenes Raúl, Clara y Rosa Garder, veraneantes en la Quinta María. La fugitiva refiere su patética historia y Raúl le promete protección. Todos los días los hijos del doctor Garder visitan a Pervinca y le traen víveres a la niña del bosque.

ando nosotros regresemos al colegio. En una semana más ter-  
nan nuestras vacaciones.

Prefiero morir de hambre antes que vivir con mi tutor —de-  
jó Pervinca.

No se trata de eso —insinuó Raúl Garder—. Busco una solu-  
ción satisfactoria.

Conoces tú alguna persona leal que pueda traerme alimento  
cuando ustedes se marchen de la finca? —preguntó Pervinca.

Aún cuando encontrara esa persona —insistió Raúl—, no pue-  
de vivir aquí en la estación lluviosa. Nuestra ruca no es habi-  
table. La única manera de conciliarlo todo sería hablar con mi  
padre.

Tu padre me considerará loca —declaró Pervinca— y querrá  
regalarme a mi tutor. No pienses en eso, Raúl.

Tú no conoces a papá —expresó el muchacho—. En su calidad  
de médico pronto se dará cuenta de tu perfecta lucidez. Ven  
conmigo, Pervinca. Mi padre permanecerá con nosotros toda la  
mañana.

¿Inmediatamente? —interrogó Pervinca.

¿Por qué dejarlo  
para mañana?

Hubo un largo silen-

cio. La fugitiva vaci-

aba. Compréndia

que Raúl tenía ra-

zón, pero un temor

definido la invadía.

Comprendo que la

choza no es habita-

ble en el invierno —

insistió Pervinca—;

sin embargo, me pa-

rece aún peor salir

de mi refugio.

Con melancolía miró

los inmensos árboles,

el arroyo de agua

de la ruca y la choza

construída por los

hermanos Garder.



Pervinca lloraba la muerte de su nodriza,  
María, Ledec.

—Estaba tan bien aquí —suspiró la huerfanita.

—Estarás mejor en nuestra casa —insistió Raúl—. Seca tus grimas, Pervinca, y déjame llevarte a nuestro hogar. Papá es bueno contigo.

—Convendría que peinara mis cabellos desgreñados —observó Pervinca—. ¿Qué dirá tu papá cuando me vea? Parece una vaje.

—El aire libre ha tostado tu cara —dijo Raúl—, pero tus azules se ven más claros por el contraste. Te ves muy linda. Estoy seguro de que producirás una magnífica impresión al pito. Ven —añadió el niño, cogiendo la mano de su protegida.

—¿Y qué haremos con todos los objetos que ustedes me trajeron?

—Vendremos a buscarlos más tarde —insinuó Raúl—. Este sitio es tan solitario que no creo puedan ser robados.

Después de una última mirada a la ruca, Pervinca siguió a Raúl con la cabeza inclinada. Caminaban en silencio, como absortos por graves cavilaciones.

Raúl pensaba que el éxito de su plan dependía de la manera como él presentara a Pervinca, a su Pervinca. El punto débil era la posible locura de la fugitiva. El niño se daba cuenta de que sólo un examen médico podría resolver definitivamente esta cuestión. Por el momento la pobrecita Pervinca sólo era una huerfanita que se ocultaba en una choza del bosque, a fin de evitar que al policía la capturara.

—¿Para llegar a tu casa tendremos que atravesar la ciudad? —preguntó Pervinca, saliendo de su mutismo.

—Sí —afirmó Raúl—, nuestra finca está en el centro de la aldea.

—¿Será entonces preciso pasar frente a la comisaría?

—No podríamos evitarlo —insinuó Raúl—, pero yendo con calma nada tienes que temer.

—¿Y si soy reconocida? —preguntó Pervinca—. ¿Continúan andando mis señas por la radio?

—Desde hace varios días ya no hablan de ti. Te aseguro que nada arriesgas, Pervinca. Levanta la cabeza y ten valor.

—¿Estamos aún lejos de la aldea?

—Después de este recodo divisarás la iglesia —explicó Raúl—. Pronto aparecieron las casas de la pequeña aldea campesina.

—Nuestra finca es la segunda después de la iglesia —indicó Raúl—. Garder.



—¿La que tiene celosías blancas?

—La misma.

Silenciosamente Pervinca contempló la blanca fachada y sus temores se disiparon. Sentía el deseo de conocer al doctor Garder y de hallar en su hogar la atmósfera cálida de la vida familiar.

Cogidos de la mano, los niños entraron a la aldea. De súbito la fugitiva exclamó, señalando un automóvil estacionado frente a la comisaría:

—El auto de mi tutor.

Raúl no tuvo tiempo para responder a Pervinca.

Los sucesos se desarrollaron con sorprendente rapidez.

Enrique Velcort salía de la comisaría en ese instante y al di-

al Garder mostraba a Pervinca su linda casa de campo.

ar a Pervinca retuvo una exclamación de asombro.

ercándose a Raúl Garder, le preguntó:

¿Dónde encontró usted a Alejandra Fores? ¿Supongo que usted la trae a la comisaría?

No, señor —respondió Raúl—, tengo intención de hacer examinar a su pupila por mi padre, el doctor Garder.

Enrique Velcort, en vez de escuchar a Raúl, cogió con brusquería a Pervinca y la empujó hacia el automóvil.

Pero, señor —protestó Raúl.

Amiguito —dijo Velcort—, gracias por su intervención... Esta pobre niñita no goza de su razón. Tal vez no ha tenido usted tiempo de advertirlo. Sería inútil hacerla examinar por su padre.

Señor, usted no tiene derecho —protestó furioso Raúl.

Al contrario, tengo todos los derechos —replicó Velcort.

Es un rapto —gritó Raúl, en el momento que el automóvil se iba.

Un carabinero, atraído por los gritos del muchacho, expresó plácidamente:

No es un rapto, señor Garder. La niñita está loca y es la pupila





Enrique Velcort se apoderó de nuevo de la infeliz Pervinca,

la de ese caballero. No se alarme. La lleva a Valle Alegre y cuidará con todo esmero.

Raúl vaciló, pero en seguida comprendió la inutilidad de toda contradicción con el carabiniero.

Poseído de ira, se alejó murmurando:

—La salvaré... Volverá otra vez a mi lado.

Entretanto, Pervinca, demasiado asustada para esbozar un gesto de protesta, se dejaba llevar por su pérfido raptor.

Fué Velcort quien rompió el silencio:

—Y bien, Pervinca —dijo el malvado—, quisiste abandonarme pero es difícil huir de mí. ¿Dónde pudiste ocultarte durante todo el tiempo? ¿Tal vez ese jovencito te ayudó? Te arrepentirás de tu

escapada. Terminaron los paseos por el parque... Nunca más abusarás de mi bondad. En adelante te encerraré en tu dormitorio y colocaré barrotes en tus ventanas. Con tu fuga has acreditado la fábula de tu locura. Nada dudará ahora de que eres una retardada mental. Hemos llegado a Valle Alegre.

**CUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal** 83  
SIMBAD N.º 46

En "La Divina Comedia", el Dante describe . . . . infiernos.

(CONTINUARÁ)

# GRANDES PREMIOS!

## CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"

Puede decirnos cuántos infiernos describe Dante Alighieri en "La Divina Comedia"? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 premios de 2 libros colegiales, 10 paquetes de Vitalmín Vitaminado, 10 libros de cuentos infantiles, 10 estuches colegiales, 5 juegos de lotería y 5 paletas de acuarelas.

**SOLUCION AL CONCURSO N.º 43.**— El bergantín tiene dos palos.

**REMIADOS CON 5 SECANTES:** Jorge Luis Pizarro, Santiago; Eliana Leiva, San Bernardo; Sergio Castillo, Santiago; Héctor Arriagada, Santiago; Bertila Cañete, Hualañé; Dinorah Ameratti, Santiago; Remigio Salgado, Valparaíso; Carlos Quevedo, Valparaíso; Manuel Flores, Santiago; Inés del Carmen Vaccaro, San Felipe. 5 **GORROS PARA CUADERNOS:** Marta Isabel Rodríguez, Santiago; Silvia Peroni, Los Angeles; Miguel Morales, Angol; Claudio Reyes, Los Andes; Joaquín Echeverría, Santiago; Alfredo Vergara, Quillota; Silvia Valdés, Viña del Mar; Pedro Rossel, Lebu; Diego Sierpe, Temuco; Francisco Jara, Temuco. 2 **CUADERNOS:** Alejandro González, Valparaíso; María Iribarra, Lota; Enrique Espinoza, Valparaíso; Sergio Lillo, Valparaíso; Guillermo Gruttner, Concepción; Ximena Sagardia, Lebu; Máximo Madrid, Valparaíso; Edmundo Villarroel, Lota Alto; Galvarino Muñoz, Angol; Héctor Troncoso, Talca. **UN PAQUETE VITALMIN:** Alberto Barria, Osorno; Mario Pérez, Chillán; Ana Keyes, Santiago; Juan Ibarra, Curanilahue; Segundo Vargas, Valparaíso; Joyce Velasco, Santiago; Francisco Hernández, Santiago; Oscar Carrasco, Quilpué; Inés Espinoza, Viña del Mar; Juana Alarcón, Tomé. 2 **LAPICES, 1 GOMA:** Roberto Berríos, Santiago; Carlos Novoa, Concepción; Raúl Castañeda, La Unión; Mercedes Figueroa, Viña del Mar; Emy Morales, Angol; Luciano Herrera, Santiago; Silvia Escanilla, Santiago; René Cuevas, Santiago; Patricia Villanueva, La Serena; Pierina Roca, Santiago. **UN PROYECTOR DE CINE:** Humberto Segura, Chillán.



DANTE

### SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL \$ 90.—

SEMESTRAL \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

An illustration at the top left of the page shows two women. The woman on the left has dark hair and is looking towards the right. The woman on the right has long, light-colored hair and is looking forward. In the background, there is a castle with several towers and a flag flying from one of them.

# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO XI. — *La cabaña en el bosque*

El bondadoso corazón del rey Marcos se convirtió en un pozo de amargura cuando supo que Isolda, la reina, amaba a Tristán de Loonois. Los dos jóvenes vivían bajo un hechizo maravilloso, de cual no podían librarse y que no enturbiaron con la traición. Los malvados de la corte odiaban al príncipe y lograron con sus intrigas desterrarlo del afecto del rey. Sentenciado a muerte, pudo huir, pero estaba dispuesto a salvar a Isolda de ser quemada en la hoguera.

Un hombre pobre, que había visto a Tristán saltar desde la altura al mar, corrió hacia Tintagel y, habiéndose deslizado hasta la cámara regia, dijo a Isolda:

—Reina, no llores. Tu amigo ha escapado.

—¡Loado sea Dios! —repuso ella—. Ahora que me aten o me desaten, que me perdonen o me quemén, no me importa.

Fué conducida al suplicio y sonrió tristemente delante de la llama. La muchedumbre entonces empezó a gritar, maldiciendo al rey y a los traidores. Las lágrimas corrían por todas las mejillas. Isolda vestía un traje gris, con una fina orla de oro. Otro hilo dorado anudaba sus cabellos, que caían hasta sus pies. Quien pudiera verla tan bella sin tenerle piedad tendría un corazón miserable. ¡Dios!, ¡y qué estrechamente atados sus brazos!

Pero Tristán se abrió paso con su espada, recuperó a la reina, cortó las sogas que la retenían y, dejando la planicie, hundiéndose con ella en la selva de Morois.

Declinaba el sol cuando se detuvieron al pie de un monte. La reina tenía miedo. Incluyó la cabeza sobre el pecho de Tristán y se durmió.

En el fondo de la selva empezaba para los fugitivos una vida áspera, amada sin embargo.

Llegó el invierno. La nieve se tornó dulce para ellos; los pinos, protectores; las bestias del bosque, fieles.

Tristán había criado un perro, hermoso, ágil y veloz en el correr. Ni rey ni conde lo tenía semejante para la cacería. Lo llamaban Husdent. Fué preciso encerrarlo en una torre, atado con un cordel. Desde el día en que dejó de ver a su amo no comía, arañaba la tierra con las patas, lloraba y aullaba.

El rey Marcos pensaba en su corazón:

Este perro sabe llorar a quien lo merece, porque, ¿hay alguien en Cornualles que valga lo que Tristán?"

Un día desató a Husdent. El fiel animal encontró el rastro de su amo, internándose en la selva. Al divisar a su amo, saltó hacia él. ¿Quién vió jamás alegría igual? Corrió luego hacia Isolda, hacia Gorvenal, y también le hizo fiestas al caballo. Tristán se enterneció y, acariciándole, murmuró:

—¡Ay!, ¿por qué nos has encontrado? ¿Qué podrá hacer con este perro, que no sabe callarse, un hombre perseguido? Por los llanos y los bosques, por toda la tierra, el rey nos acecha. Los ladridos de Husdent nos traicionarán. Pero ha venido a buscarnos por amor y por nobleza. Matarlo me sería demasiado duro y te-



Tristán acarició al fiel Husdent, que huyó del palacio para reunirse con él.

nemos que protegernos, sin embargo. ¿Qué hacer? Aconsejadm  
Isolda contestó:

—Sire, he oído hablar de un guardabosque galés que enseñó su perro a seguir sin ladrar la huella de los ciervos heridos. Penso él un instante, mientras el perro le lamía las manos.

—Probaré adiestrarlo —repuso.

Tristán se fué de caza. Al avistar un gamo, lo alcanzó con s flecha. El perro quiso lanzarse detrás y sus ladridos atronaban e bosque. Tristán lo obligó a callar entonces, a voces enfurecida. Husdent, levantada la cabeza, se sorprendió y, sin atreverse a s guir, abandonó la persecución. El príncipe lo acarició entonces lo llamó, luego se golpeó las botas con una varilla y lanzó al p rro. Husdent intentó ladrar de nuevo, pero Tristán lo corrigió Enseñándole así, al cabo de un mes apenas, Husdent aprendió callarse y a rástrear sobre la nieve y los hielos a los animales d caza, sin dar nunca un ladrido.

Volvió el buen tiempo. Tristán construyó bajo los árboles un cabaña de hojas verdes. Ya no huían ni erraban sin cesar, por que ningún barón se arriesgaba a perseguirlos, sabedores de qu Tristán los habría colgado de las ramas.

Una tarde el príncipe regresó cansado de la cacería. Como siem pre, se recostó junto a la reina, colocando entre ambos su espada desnuda. A través del follaje, un rayo de sol penetraba hasta e rostro de Isolda, que brillaba como la nieve.

Un guardabosque los vió durmiendo, los reconoció y se lanzó a correr, temiendo el despertar terrible de Tristán. Huyó hasta e palacio de Tintagel y encontró al rey, que estaba en medio de sus vasallos.

—Amigo, ¿por qué vienes tan sin aliento? ¿Quién te ha echado de mis bosques? ¿Vienes a pedir justicia?

El hombre le habló al oído:

—He visto a la reina y a Tristán de Loonois. Tuve miedo.

—¿Dónde les viste?

—En una cabaña del bosque. Ven si quiéres vengarte.

—Espérame en el lindero y a nadie digas una palabra. Te daré todo el oro y la plata que quieras.

Ordenó el rey ensillar su caballo, ciñó la espada y, sin ninguna compañía, escapó de la ciudad.

El espía lo aguardaba. Cruzaron el bosque.

—Rey, estamos cerca.

(CONTINUARA)

QUE VALIENTE!

LUEGO LE  
PUSE EL PIE  
ENCIMA, ASI,  
PARA...



4-2



¡SOCO!.. LORD CACHIM!..  
LA PI-PIEL DEL TIGRE!

GRITÓ!



FUE EL GATO QUE ESTABA BAJO  
LA PIEL EL QUE GRITO CUAN-  
DO UD. LE PISO LA  
COLA!



TRUCCO S.A.



# Simbad

N.º 47 BATUTU \$ 2.-



CIBOLA  
1919/58



# Pimpin

EL AVENTURERO

Por



THEMISTOCLES  
LOBOS F.

...LANZO LA CUERDA HACIA ARRIBA Y AL PRONUNCIAR LAS PALABRAS MAGICAS, ESTA QUEDA SUSPENDIDA EN EL AIRE!



AHORA MI AYUDANTE CASSIM E. PHE. GAS SUBE POR ELLA!

UPA-LALA!

CARAMBITA!



OIGA, AMIGO: SI USTED ME ENSEÑA EL TRUCCO, YO LE DOY SEIS MONEDAS DE ORO! AH?

SEIS, DISO, SAHIB?

DE ACUERDO!



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA

# Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I

N.º 47

Precio: \$ 2.—

26-VII-1950

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

### CAPITULO VII. — La princesa raptada

Don Quijote de la Mancha, de tanto leer libros de caballería, terminó por convertirse en caballero andante y en imaginarse cosas que ni pensaban suceder. Acompañado de su escudero Sancho Panza recorría caminos en busca de aventuras. Vió una carroza, escoltada por jinetes. Detrás de ella marchaban dos apacibles sacerdotes, a quienes él confundió con terribles magos. Les desafió a gritos:

—Gente endiablada y descomunaf, si no soltades a las princesas que lleváis raptadas, aparejaos a recibir presta muerte por vuestra villanía.

Los frailes, deteniéndose asombrados, contestaron:

—Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos a nuestro convento. No sabemos si en ese coche vienen o no princesas raptadas.

—Yo os conozco, fementi-



—No somos endiablados ni descomunales —protestaron los dos religio-

El fraile, para no ser atravesado por la lanza, se dejó caer al suelo.



da canalla —dijo don Quijote, y arremetió con furia. Al asaltado se dejó caer de la mula para no ser atravesado por la lanza y allí quedó quejándose de la caída. Su compañero, asustado, emprendió la fuga, cruzando la campiña más ligera que el viento. Sancho Panza, obedeciendo a su buen corazón, se acercó al sacerdote caído, a fin

de ayudarlo. Desgraciadamente, los mozos de la escolta creyeron que pretendía robarle y castigaron a Sancho, gritando:

—¡Ladrón! ¡Bueno para nada! ¡Miserable!

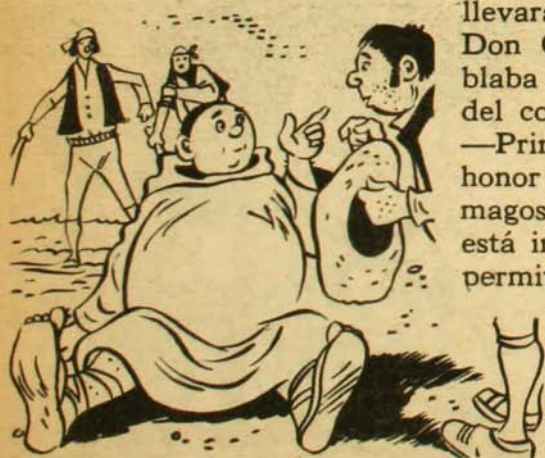
En vano el pobre juraba que era inocente.

Le molieron a coces y le dejaron en el suelo sin aliento ni sentido. Los frailes, sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si

llevaran el diablo a las espaldas. Don Quijote, mientras tanto, hablaba galantemente con la dama del coche:

—Princesa mía, es para mí un honor haberos libertado de los magos secuestradores. La región está infestada de bandoleros y no permitiré que os arriesguéis a mayores peligros. Venid conmigo al Toboso, donde mi dama Dulcinea os acogerá en su castillo.

Un escudero de los que acompañaban al coche era vizcaíno y todo lo que



Sancho Panza, obedeciendo a su buen corazón, se acercó al sacerdote caído.

comprendió fué que aquel in-  
ruso no dejaba seguir viaje. Le  
dijo en mala lengua castellana  
peor vizcaína, de esta ma-  
nera:

—Anda, caballero, que mal an-  
des, que si no dejas el coche,  
así te matas.

Don Quijote respondió con des-  
precio:

—Si fueras caballero, ya hubie-  
ra castigado tu sandez, cautiva  
criatura.

El vizcaíno, furioso, gritó:

—¿Que yo no soy caballero?

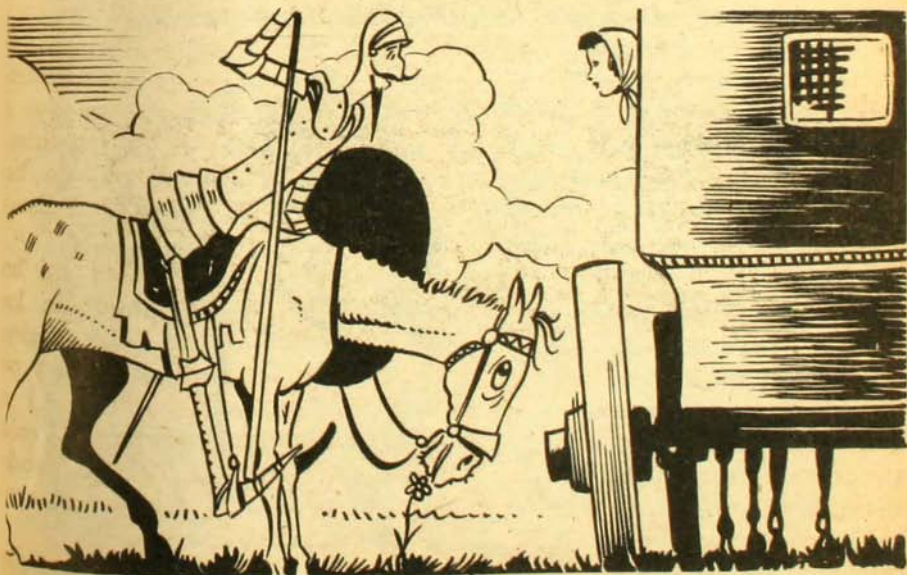
Juro a Dios tan mentes como

crisiano. Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuan presto  
verás que el gato llevas. Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar,  
hidalgo por el diablo, y mentes, que mira si otra dices cosas.

Y después de aquella enrevesada respuesta, que seguramente ni  
el mismo comprendía, fué acometido por don Quijote de la Man-



En vano, el pobre juraba que era  
inocente.



Don Quijote hablaba galantemente con la bella viajera



El Vizcaíno lanzó a Don Quijote un enrevesado desafío.

Y se lanzó al ataque. El vizcaíno, con la espada en alto y bien aforrado con su almohada, le esperó.

—¡Ay! —gritó la viajera, comprendiendo que en ese encuentro se decidiría la victoria.

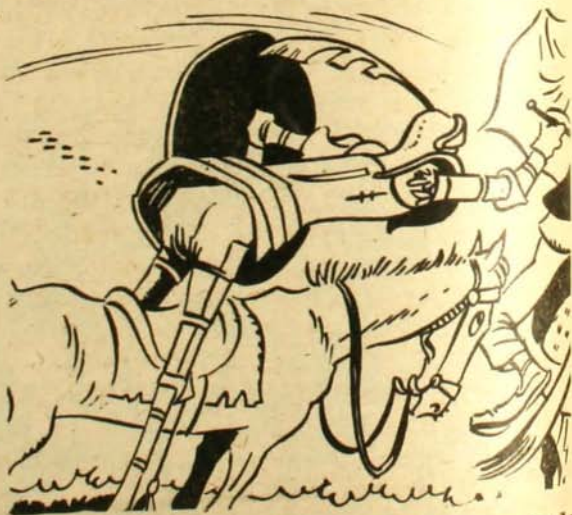
—¡No os lamentéis, princesa! —la tranquilizó el caballero andante—. Dama que protege don Quijote, es dama salvada.

Levantadas las cortadoras, espadas de los dos airados rivales, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo. El colérico vizcaíno dió primero el mandoble. ¡Válgame Dios!

cha. La viajera le pasó una almohada, para que sirviera de escudo, y ambos contendientes se trezaron en una descomunal batalla.

—Apartad el coche —surró después la joven señora, a fin de presenciar de lejos la contienda. El escudero dió una gran cuchillada, que si don Quijote no se cubre con la rodela, mal lo hubiera pasado. Al sentir aquel desafortado golpe, el héroe lanzó una gran voz:

—¡Por mi dama! ¡Por Dulcinea del Toboso!



La espada rasgó la almohada que servía de escudo al vizcaíno.

lo desarmó todo  
 el lado del man-  
 go, llevándose de  
 la mitad de la  
 da y hasta un  
 azo de oreja.  
 Quijote, indig-  
 nísimo, se levantó  
 los estribos y,  
 metiendo la espada  
 en las dos manos,  
 saltó sobre el viz-  
 caino. Que un vulgar  
 zapán le resistiera  
 tanto denuedo,  
 parecía cosa del  
 demonio.



Don Quijote creyó que las plumas eran nie-  
 ve milagrosa.

— sin duda el ma-  
 gic Frestón el que di-  
 jo su brazo —pen-  
 —. Ese hechicero quiere impedir mis valerosas hazañas.”  
 Después de varios molinetes impresionantes, la espada de don  
 Quijote cayó sobre la almohada que servía de adarga al escude-  
 ro y le hizo un gran tajo. Volaron las plumas y don Quijote  
 pensó que aquélla era nieve milagrosa que flotaba en el aire  
 para celebrar su triunfo, pues el escudero yacía en el suelo. No  
 tenía herida alguna, pero no se atrevía a moverse, porque la es-  
 pada de don Quijote estaba apoyada en su pecho.  
 —Hacedle merced de la vida —intercedió la asustada viajera.  
 —Hermosa princesa, tenéis un corazón de oro y sólo por vos de-  
 que este perillán siga respirando. Ahora, que he abatido a  
 nuestros enemigos, seguid tranquila vuestro camino.

(CONTINUARA)

## SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL. \$ 90.—

SEMESTRAL. \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora  
 Zig-Zag. S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor De-  
 clarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUS-  
 CRIPCIONES.

# Jazmín

## CAPITULO VIII. — Beryl esclava de los beduinos

Jazmín y Beryl, ocultas en la torre del elevado minarete, temblaron de espanto al escuchar pasos en la escalera. No había manera de huir desde el minarete, ni menos aún de lanzarse al espacio desde 25 metros de altura.

—Pronto, Beryl —dijo Jazmín, arrastrando a su hermana hacia una pequeñísima alcoba—. Ocultémonos tras esta cortina. Las fugitivas no tuvieron mucho que esperar. Un individuo de rojo turbante subía al balcón del minarete...

Era el muecín que llamaba a la oración musulmana a la caída del sol.

—¡Alá, Alá! —gritó el muecín—. Alá es grande y Mahoma es su profeta.

La vibrante voz resonó en los oídos de Beryl y Jazmín como un canto de esperanza.

Cuando terminó su oración el muecín volvió a descender la escalera y sus pasos se perdieron en la distancia.

La noche había cerrado; las estrellas brillaban como magníficas joyas en el firmamento.

—Debemos bajar, Jazmín —expresó Beryl—, porque mi padre tal vez llegue esta noche a Omah-El-Haji.

Jazmín pareció comprender lo que le decía su hermana y ambas comenzaron a bajar sigilosamente del elevado minarete.

**RESUMEN:** Jazmín, la agudora, a causa de sus cabellos rubios y su tez blanca, es repudiada por todos en Omah-El-Haji. Fátima Morgana le entrega un anillo de oro atado con una cinta azul y le dice que ella la recogió entre los despojos de una caravana del desierto. La princesa Mitriti odia a Jazmín, y decide hacerla su esclava. La Oculta Sacerdotisa del Templo de la Luna facilita la fuga a Jazmín, que huye hasta el oasis de El Karma. Allí se le acerca una joven blanca, muy semejante a ella, pero Kasama captura a Jazmín y la conduce al palacio de Mitriti. De nuevo huye, protegida por la sultana Zoraida. En el templo se encuentra con la joven blanca. La oculta sacerdotisa declara que Jazmín y Beryl son hermanas. Beryl desea recobrar una valiosa piedra que encierra un secreto; con este fin entra a la sala del tesoro y sustrae el famoso topacio.

yl conocía otra salida subterránea que conducía hasta la ca-  
de los Peregrinos.

ciudad parecía dormida cuando ambas hermanas llegaron  
to a la casa de piedra.

Aguárdame aquí —ordenó Beryl a Jazmín—, mientras voy a  
ciorarme de que podemos entrar sin ser vistas a mi casa.

mentos después el silencio era turbado por gritos, ruidos de  
nas y carreras.

Pronto a los muros; huyamos, Jazmín —insinuó Beryl—. Los  
dados de Mitriti nos persiguen.

eryl encendió su linterna eléctrica y comenzó a buscar un signo  
reto entre los bloques de piedra que formaban el ancho muro  
Omah-El-Haji. De pronto descubrió lo que buscaba; apretó

botón casi invisible y una  
edra giró silenciosamente  
riendo la puerta de una gran  
cavación.

penas entraron allí la puerta  
ó de nuevo y las jóvenes se  
contraron en una cueva có-  
odamente amoblada.

—Aquí vivió mi padre durante  
gún tiempo —dijo Beryl a  
Jazmín—, y aquí me oculto yo  
cuando Mitriti cree que me he  
asentado de la ciudad. Nues-  
tro padre descubrió esta cavidad  
ace muchos años y me dió el  
plano. Creo que nadie la conoce.  
Jazmín no entendía bien cuanto  
refería Beryl, pero al adver-  
tar la sonrisa tranquila de la jo-  
ven, comprendió que, por el  
momento, estaban a salvo.

Beryl abrió su mano y mostró  
Jazmín el topacio gigante.

Qué secreto contenía esa ma-  
ravillosa piedra grabada con  
misteriosos signos?

Jazmín no podía interrogar a  
Beryl y viendo que su hermana



—Alá, Alá —gritó el muecín—.  
Alá es grande y Mahoma es su  
profeta.



se reclinaba sobre un diván, ella hizo igual cosa y pronto ambas se quedaron dormidas.

A la mañana siguiente Beryl despertó a Jazmín y por señas dió a comprender que era ya muy avanzado el día.

—Aquí tienes frutas y panecillos, hermanita —indicó Beryl—. Al atardecer saldré de esta cueva e iré en busca de mi padre quien seguramente ya ha llegado a Omah-El-Haji. Tú te quedarás aquí, pero si a las nueve no estoy de regreso, irás a buscarme. Beryl entregó su reloj de pulsera a Jazmín y le enseñó a ver la hora.

—¿Ves estos punteros? Cuando marquen las nueve yo estaré de regreso. Si no vuelvo, irás a buscarme. ¿Me entiendes?

Jazmín inclinó afirmativamente la cabeza.

—Y ahora hagamos los preparativos... Tenemos alimento para dos días. Yo dejaré aquí el topacio.

Beryl recorrió en seguida una cortina y mostró a Jazmín una percha llena de trajes.

—Ahora vestiré una túnica oscura —dijo Beryl—, y velo negro. Adiós, Jazmín... Voy en busca de nuestro padre.

Jazmín ya había aprendido lo que significaba la palabra "padre" y sonrió alegremente.

Ella anhelaba también ver al autor de sus días. Con gran cuidado Beryl hizo girar la piedra de entrada y cerciorándose de que la vía estaba expedita, se despidió de Jazmín.

—Si no estoy aquí a las nueve es porque algo grave ha ocurrido —repitió Beryl, besando a su hermana.

Jazmín pasó la tarde mirando el puntero del reloj y cuando quedó fijo en las nueve se alarmó.

"Beryl está en peligro —se dijo—. Voy en busca de mi hermana."

Vestida con una burda túnica y un velo negro, salió de la cueva en dirección al templo de Omar.

La ciudad estaba tranquila y en los alrededores del templo no había bullicio ni tumultos.

Sólo divisó una caravana de forasteros que merendaban en las cercanías del palacio de los Opalos.

De pronto escuchó un grito desgarrador.

—Es Beryl —murmuró Jazmín—. Viene de los jardines de la princesa Mitriti ese llamado angustiioso.

Sin perder un momento, la joven trepó hasta el balcón del mi



Desde el minarete, la joven divisó a Beryl rodeada de beduínos.

Olvidando todo peligro, Jazmín bajó precipitadamente del minarete y corrió en defensa de su hermana.

Pero llegó tarde. . . La caravana de beduínos ponía en marcha sus camellos y en uno de éstos iba, atada y amordazada, la infeliz Beryl.

“La han vendido como esclava —murmuró aterrada Jazmín—. ¿Cómo alcanzarla? Esos camellos van al trote.”

En medio de la muchedumbre que se agrupaba a la salida de la caravana, Jazmín vió que un mendigo, de encorvadas espaldas, pasaba junto a ella y le daba una mirada suspicaz.

—Un limosna por amor a Alá —gritaba el mendigo—. Limosna, hermanos. . .

El mendigo, con todo disimulo, colocó un papel en la mano de Jazmín y continuó su camino.

Jazmín leyó el curioso mensaje, escrito en idioma árabe. De  
así:

*Síguela, Jazmín. Rescátala a toda costa.*

Jazmín corrió tras el mendigo, pero éste se perdió entre la  
chedumbre.

Fácil le fué a Jazmín mezclarse entre la gente que seguía a  
caravana y fingir formar parte de ella.

El jefe beduino entró en viva discusión con los soldados que  
todavía la Puerta de Luna y Jazmín se deslizó como una sombra.  
Ella sabía que todos los beduinos hacían el primer alto en el oásis  
de El Karma y que sólo al amanecer del día siguiente empre-  
dían la larga jornada del desierto de Sahara. Ocultándose en  
las dunas, la valiente aguadora siguió a la caravana y desde  
allí la vió acampar en el oasis. Los beduinos hicieron hincarse  
los camellos y llenaron con agua de la vertiente todas las boti-  
llas de cuero.

De pronto llegó a los oídos de Jazmín la risa sarcástica de  
la princesa Mitriti.

—Nada tenemos que temer ahora —decía la sultana de Oma



El mendigo colocó un papel en la mano de Jazmín y continuó  
su camino.

Haji a Kasama—; la muchacha blanca se irá muy lejos y Jazmín todavía ignora que es hermana de Beryl.

—¿Está usted segura de que todavía lo ignora? —preguntó la tuta Kasama.

Por cierto —replicó Mitriti—, prueba de ello es que no andan juntas.

—Y el topacio, princesa? No lo encontramos en poder de la joven que usted ha vendido como esclava a los beduínos.

—El topacio está aún en el templo de Omar —declaró Mitriti—.

—No pasará el día de mañana sin que Jazmín caiga en mi poder y ella tendrá que confesar dónde ocultan el topacio.

Jazmín había escuchado el diálogo de Mitriti con la mayordoma y sus esclavas.

Ella poco le importaba el topacio. Lo esencial era rescatar a Beryl de una atroz esclavitud.

—Todavía conservamos el secreto —continuó diciendo Mitriti.

—¿No teme usted la venganza de los blancos, princesa? —insistió Kasama.

—Yo negaré mi parte en la desaparición de Beryl —expresó Mitriti—. El desierto tiene sus peligros. ¿Por qué sería yo responsable de que los beduínos raptaran a la mujer blanca? Diremos que ella se arriesgó sola en el desierto. Mañana hallarán un cordero árabe atado a una de estas palmeras. En el arzón colgaremos todos los objetos que pertenecían a Beryl. El caballo y esos objetos demostrarán hasta la evidencia que Beryl se extravió en el desierto. Kasama, ordena que ese caballo no siga a la caravana. Jazmín sintió que renacía en su corazón la esperanza de salvar a Beryl.

El caballo le serviría para seguir tras la caravana y libertarla de la esclavitud.

Jazmín continuó circulando entre los beduínos en busca del camello al cual estaba atada Beryl. No pudo encontrarla, pero al pasar junto a una carpa vió a Beryl tendida sobre un tapiz.

—Beryl —murmuró Jazmín.

—Eres tú, Jazmín —respondió Beryl—. Desata mis manos...

—Me han vendido como esclava.

Las manos atadas de Beryl casi tocaban el traje de Jazmín.

Súbitamente se removieron las cortinas de la carpa y apareció la princesa Mitriti.

(CONTINUARA)



CAPITULO  
VI.—Noga no e  
carmienta

Mientras Noga, hiena, rumiaba odio, Batutú vivió feliz en la tribu de los elefantes. El peligro que le amenazaba

por haber desoído los consejos de Tambo y de la buena elefanta Goia, le enseñó que debía ser obediente. Se convirtió en un grito tan sumiso, que mamá Borora, la mona, lo señalaba como ejemplo a sus turbulentos hijos.

Batutú se desvivía por inventar cosas que agradaran a sus protectores, a fin de demostrarle su gratitud. Se dedicó a hacer vestidos, construir viviendas y preparar alimentos usando ese elemento sobrenatural, temible e incomprensible llamado "fuego" que tanto desorienta a las criaturas de la selva.

Los atavíos dejaron indiferentes a la mayor parte de los animales, pero tuvieron un éxito loco entre los monos. Con hierbas entrelazadas, corteza, plumas, conchas, etc., el negrito hizo ropas maravillosas que eran peleadas por los babuinos y macacos.

Kela, la caturra verde de la selva, se dedicó a vender los trajes y obtuvo enormes ganancias. Un simple gorro de hojas terminó por costar veinte plátanos, y una falda de corteza, con adorno de cerdas de puerco, alcanzó el fabuloso precio de cien cocos.

En cuanto a la cocina, Batutú descubrió que muchas raíces y tallos tenían mejor gusto cocidos que crudos.

Un caluroso día, cuando todos los animales se habían alejado para buscar un abrevadero, pues las fuentes de la vecindad estaban secas, Batutú pensó que se sentirían felices si, al regreso de su fatigoso viaje, hallaran una comida mejor que la de costumbre.

Justamente, guardaba una buena provisión de harina de mijo, de arroz y de otras plantas. Decidió hacer, en una



Los monos se entusiasmaron con los trajes que Batutú confeccionaba.

la grande, un enorme  
de alicuzcuz, como el  
se preparaba en  
aldea de Bonga-  
onga cuando había  
una fiesta solemne.  
sin vacilar, inició  
la tarea.

Ocurrió que ese día,  
Noga, la hiena, vaga-  
ba hambrienta y se-  
lienta. Como siem-  
pre, evitaba los sen-  
teros transitados, a  
fin de no hallarse  
con algún otro mora-  
dor de la yungla,  
pues todos la despre-  
ciaban.

De pronto levantó  
la cabeza, husmean-  
do el aire. Un aroma  
delicioso llegaba  
hasta ella, produ-  
ciéndole una especie  
de dulce embriaguez.  
No sabía, por supues-

to, de dónde provenía ni cuál era su naturaleza, pues en su so-  
ledad huraña ignoraba las novedades producidas en el campa-  
mento de los elefantes y sus alrededores. Pero ese olor la atraía,  
como el imán atrae al hierro.

Olvidando toda prudencia, siguió el rastro fragante.

Cuando llegó junto a Batutú, no tardó en advertir que el negri-  
to estaba solo.

De una gran marmita que él revolvía, salían vaharadas de rico  
olor.

—¡Ah, ah! —gruñó, con el lomo erizado de odio—. Esta vez no  
se salvará de mis garras.”



Noga, la hiena, vió al negrito revolviendo  
una gran marmita de la cual salía vaha-  
radas de rico olor.

(CONTINUARA)

# Ponchito



¿PARA QUE PONDRAN ESTOS POSTES EN LAS VEREDAS?



¿A QUIEN SE LE OCURRIRIA PONER EL BUZON EN TODA LA ESQUINA?



UNA HORA DESPUES

TUVE MUCHO CUIDADO PARA QUE A MI NO ME PASARA NADA, FUE LA BICICLETA LA QUE SALIO MOTE



¡ALLER





# EL MARRANITO

Una vez había un marranito que vivía con su madre y otros nueve cerditos en una pocilga muy cómoda. Se llamaba Rabillo, porque tenía un rabito muy retorcido. Era muy lindo y estaba redondo como una bola.

Pero no era tan bueno como los demás. Siempre gruñía, quejándose de que no podía ir a los campos con las vacas, ni al estanque con los patos.

—Conténtate con lo que tienes. Eres un marranillo y no una vaca ni un pato. Deberías considerarte feliz de vivir en una pocilga tan hermosa como ésta.

—Los cerdos son unos idiotas —dijo el marranillo, sin la menor cortesía—. No hacen más que gruñir. ¡Ojalá yo no fuese cerdo! Casi me dan ganas de echar a correr para ser algo.

—No seas tonto —le decía su madre, empujándole con el hocico—. Tiéndete a mi lado y duerme, aprovechando el agradable calor del sol.

Pero el marranillo no quería. Gruñó enojado y dando un ronquido se dirigió al extremo opuesto de la pocilga. Allí estaba la puerta y el marranito miró por debajo del travesaño inferior. El mundo exterior le pareció muy interesante. Vió al pavo que hacía mucho ruido, al caballo que pateaba y al perro que ladraba como un loco.

“¿Por qué habré nacido marranito? —suspiró Rabillo—. ¡Ojalá pudiese yo vivir con el perro, el pavo o los patos del estanque!”

Presionó con su pequeño hocico

la parte inferior de la puerta, tratando de salir por allí. De pronto pudo deslizar su cuerpo por aquel pequeño espacio y se encontró en el patio de la granja.

“¡Caramba, qué bien! —se dijo—. Este es el mundo. Ya no seré tan sólo un cerdito de color de rosa, sino que me convertiré en pavo, perro o caballo.”

Trotó para dirigirse adonde estaba el caballo, que se sorprendió mucho al ver a Rabillo en el patio.

—Hágame el favor. Quisiera ser caballo —declaró—. Los cerdos son idiotas. Dígame, pues, lo que he de hacer para convertirme en caballo.

El equino se dijo que aquel marranito era muy tonto.

—Ante todo habrás de relinchar así —contestó. Y, bajando la



—No seas tonto —le decía su madre—. Tiéndete a mi lado y duerme.

cabeza, relinchó con gran fuerza al oído del cerdito, el cual se cayó de miedo.

—Luego, habrás de dar coces así —añadió el caballo, asestando un par de coces con las patas traseras, de modo que el marranito se vió despedido por el aire. Y al caer se hundió en el estanque. ¡Qué susto se llevó!

—¡Cuac! —exclamaron los patos acercándose a nado—. ¡Cuac! —¡Oh, no quiero ser caballo! —dijo Rabillo—. Son muy desagradables. Prefiero ser pato.

Así habló a los sorprendidos patos que le rodeaban.

—Hacedme el favor —dijo—, quisiera ser pato. Los cerdos son idiotas. ¿Qué debo hacer para ser pato?

Los patos creyeron que aquel marranito era muy tonto.

—Ante todos has de graznar así —dijeron, rodeándole y chillando con tal vigor, que el cochinito se quedó medio sordo.

—Luego habrás de picotear así —le aconsejaron.

Y empezaron a pellizcarle con los picos por todo el cuerpo.

—¡Oh, no quiero ser pato! —exclamó rabioso—. Son unos seres desagradables a más no poder. Prefiero ser perro.

En consecuencia, salió en busca del perro Leal.

—Hágame el favor —suplicó el marranito—. Quisiera ser perro porque los cerdos son idiotas. Dígame qué debo hacer para ser perro.

Leal reflexionó que el marranillo era muy tonto.

—Pues mira, ante todo has de ladrar así.

Y profirió unos ladridos tan fuertes, al oído del porcino, que éste palideció de miedo.

—Luego, has de morder así —añadió el perro, mordiendo con gran fuerza el rabo del chanchito.

—No, no, quiero ser perro —protestó, enojado—. Los perros son antipáticos a más no poder. Prefiero ser granjero.

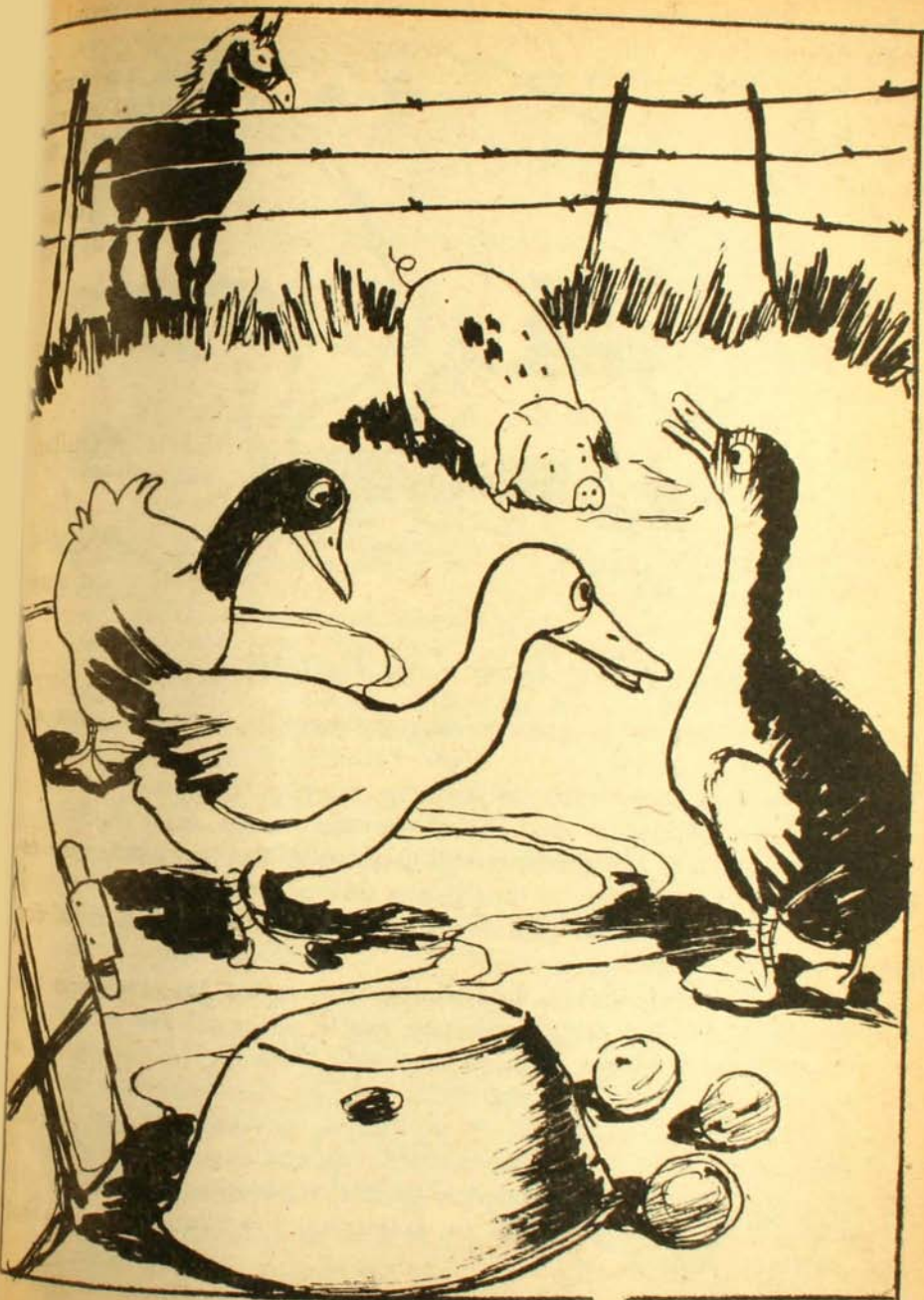
Y a lo lejos vió al señor Juan, el dueño de la hacienda, y se dirigió a él.

—Hágame el favor —gruñó—. Quisiera ser granjero. Los cerdos son idiotas. Dígame qué debo hacer para lograr mi deseo.

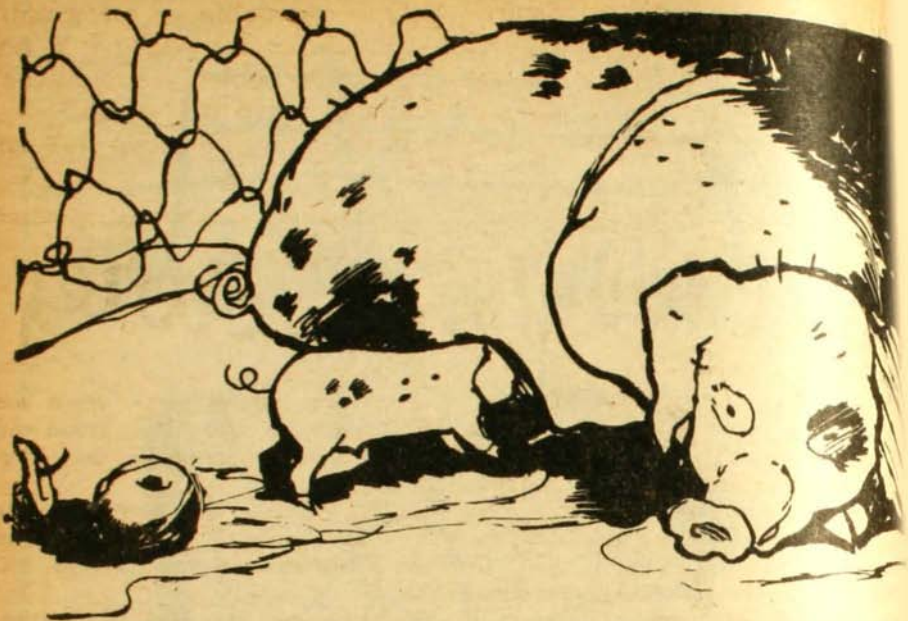
El señor Juan creyó que el marranito era muy tonto.

—En primer lugar has de gritar así —dijo, haciéndolo con tal fuerza al oído de Rabillo, que éste se asustó mucho.

—Además habrás de pegar así a los marranitos tontos —dijo el



—Hacedme el favor —dijo Rabillo—, quisiera ser pato.



El marranito echó a correr y por fin llegó a su pocilga.

granjero, empezando a golpear con su bastón el cuarto trasero del cerdito.

¡Cómo sufrió el marranito de nuestro cuento! Después de haber soportado los relinchos del caballo y sus coces que le dejaron casi derrengado, y los graznidos y picotazos de los desconsiderados patos, y los ladridos y mordiscos del perro, que casi le cortó el rabito, y los gritazos y palos del granjero, pensó que estaba perdiendo el tiempo.

“Los cerdos no son idiotas. Los idiotas son todos los demás —deujo—. Y no no me cambiaría por nadie, aunque me ofrecieran una tonelada del mejor lodo para revolcarme.”

Echó a correr y, por fin, llegó a su pocilga. Se introdujo en ella por debajo de la barandilla y se dirigió al lado de su madre. Tendióse a su lado y allí permaneció quieto hasta que el granjero se hubo alejado. Su madre gruñó suavemente. Los demás cerditos dieron unos gruñidos de felicidad y empezaron a hozar por entre la paja. El sol era muy fuerte y la pocilga era cálida y grata. El cerdito miró a su alrededor y se fijó en los gruñidos de su madre.

¡Qué tonto he sido! —suspiró—. ¡Qué agradable es oír gruñir en vez de ladridos y gritos! ¡Qué cómoda es mi pocilga! Y no hay duda de que los cerdos son unos seres nobles y simpáticos. Me alegro de ser marranito y no caballo, perro u hombre.”  
Y el marranito se dispuso a ser un buen cerdo, de modo que en adelante fué feliz.

## A nuestros lectores

*Marcia Vélez.*— Agradezco sus gentiles elogios por “El Romance de Tristán e Isolda”. Esta inmortal leyenda ha conquistado la atención de nuestros lectores, lo cual nos complace, pues siempre deseamos ofrecerles lo mejor.

*Marcela Sepúlveda.*— Agradecemos sus felicitaciones por “Pervinca”, “Jazmín” y los cuentos semanales.

*América Riquelme.*— Declara que la serial que más le agrada actualmente es “Don Quijote de la Mancha”. Sus

hermanitos, por su parte, como son pequeños y no saben leer, gozan con los dibujos y ocurrencias del dibujante Nato.

*Emilia Villar.*— Su elogiosa carta nos anima a proseguir cada vez con más entusiasmo en nuestra tarea. Mil gracias.

*Mario Gangas Parada.*— Transmitiremos sus felicitaciones a nuestros dibujantes Elena Poirier y Nato.

Roxane

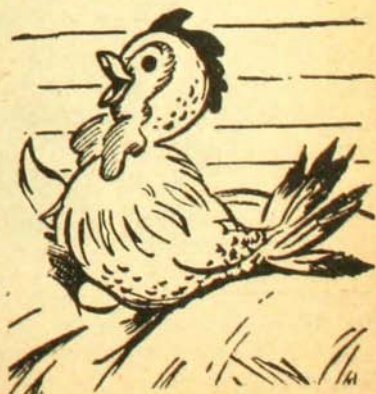
*La gallina de los huevos de oro es un cuento,*

pero el reparto extraordinario de premios para celebrar el número 50 de “Simbad”

**NO ES CUENTO.**

\$ 500.— EN DINERO EFECTIVO y UNA SUSCRIPCIÓN SEMESTRAL A “SIMBAD” SERÁN EL COROLARIO DE LA FIESTA. Además, los premios habituales.

Todos a participar en esta fiesta de “Simbad”, el amigo del pene-ca.



# EL NIÑO DE LAS SELVAS

**RESUMEN:** Linda Hamilton, su tío Juan, el siniestro Guillermo Plug y su hija Elena exploran el Africa. Plug es quien ha organizado la expedición, para buscar un tesoro español. Linda, en cambio, se ha internado en la selva con la esperanza de hallar a su padre, el explorador Roberto Andrés Hamilton, desaparecido diez años antes. Linda cae a un foso y es salvada por Kendru, el Niño de las Selvas, quien la conduce a su vivienda, construída en un árbol. Kendru tiene un anillo de oro, con las iniciales R. A. H. Logra que él le preste la sortija. Al aparecer Plug, Kendru se aleja.



1. Al encontrar a Linda, Guillermo Plug se enfureció. Ella dijo: —No me libré sola de la trampa. Un niño blanco me salvó—. Recalcó la palabra "trampa", porque sospechaba que el accidente no fué casual.



2. El rostro de Plug se tornó pálido. —¿Qué patrañas son ésas? —gruñó. Habían llegado al campamento y, en presencia de Elena, Linda refirió su encuentro con Kendru, quien la había llevado a su vivienda en un árbol. Agregó: —Vive en la selva, domina a las bestias feroces y a los nativos y detesta a la raza blanca. No mencionó el anillo, pues deseaba hablar primero con su tío, Juan Hamilton.



3. El explorador había salido, desesperado, en busca de su sobrina y tardaba en regresar. Cuando quedó solo con su hija, Plug dijo: —Esa muchacha nos oculta algo—. Y fumó furiosamente, sumido en hondas reflexiones.

4. Linda se retiró a descansar. Era tal su fatiga, que se durmió profundamente. A medianoche, se alzó la lona de la entrada y Elena penetró a la tienda. Su padre le había ordenado espiar a Linda. Observando a la niña dormida, vió el anillo. Inclinandose se apoderó de él y se retiró tan sigilosamente como había venido.

(CONTINUARA)



## CAPITULO XI. — Raúl salva a Pervinca

Pervinca, muda y desesperada, nada respondía a las crueles palabras de su tutor, o, mejor dicho, de su vil raptor.

Tras del automóvil, el jardinero de Valle Alegre cerró la gran puerta del parque y Velcurt, al detenerse en la escalinata de la casa, empujó a su víctima repitiendo:

—Sígueme, mala pécora. Si resistes no vacilaré en golpearte. Pervinca persistió en su trágico silencio. Dócilmente siguió a Velcurt hasta su dormitorio. La pobre niña había llegado a ese límite de la desesperación donde todo esfuerzo parece superfluo. Se sometía pasivamente a su destino, pero las lágrimas llenaban sus ojos azules, tan azules como las pervincas de los prados.

Cuando Velcurt cerró la puerta del aposento, añadió:

—La brecha del muro, que facilitó tu evasión, está reparada. Ya no podrás romper las sábanas de tu cama para hacer una cuerda, ni podrás pasear por el parque. Yo mismo te traeré la comida a este cuarto y en caso de desobediencia te privaré de alimentos.

Pervinca no podía hablar. La llave dió dos vueltas en la cerradura y quedó sola.

**RESUMEN:** Pervinca, cuyo verdadero nombre es Alejandra Fores, después de haber perdido a su madre, desaparecida en un accidente de aviación, está a cargo de Enrique Velcurt, empresario de la artista Mona Berger. El cínico individuo recluye a la niña en un castillo solitario declarándola loca a fin de apoderarse de su fortuna. Pervinca huye y traba amistad con Raúl, Clara y Rosita Garder, hijos del doctor Garder. Raúl convence a Pervinca de que debe ir a su casa. Al entrar en la aldea Enrique Velcurt descubre a la fugitiva y se apodera de ella.



Afirmando su cabecita en los vidrios de la ventana, la prisionera contemplaba los árboles teñidos de cobre por el cercano otoño y evocó esos otros árboles inmensos y acogedores que se erguían junto a la ruca de Raúl Garder.

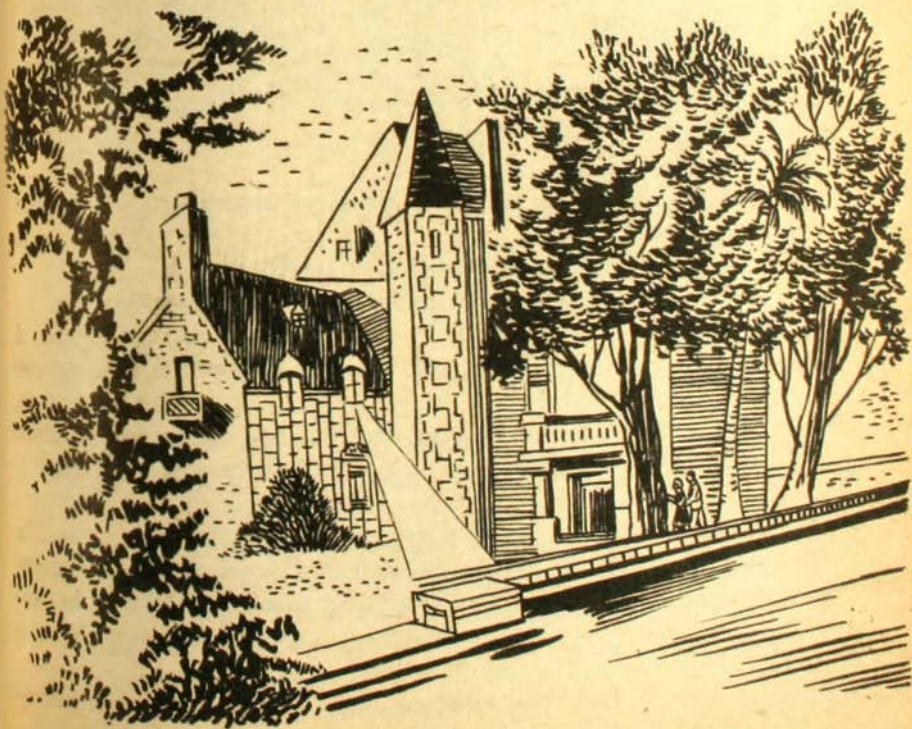
Pervinca comprendía que ella vería caer el follaje de los árboles del parque, que los admiraría en su reverdecer primaveral y que el ritmo de las estaciones en nada cambiaría el curso de su triste vida.

Crecería, sería una joven y luego envejecería entre los muros de su prisión.

"Ese malvado me ha declarado loca y lo seré realmente —pensaba Pervinca—. La soledad me transformará poco a poco en una criatura salvaje, taciturna y tímida."

La huérfana estaba en poder de un miserable hombre y se consideraba perdida.

Tres días pasaron sin atenuar la pena de la pobre niña.



Pervinca y Raúl se ocultaron tras el tronco de un árbol.

Regularmente Enrique Velcort traía la comida a su prisionero pero retiraba los cubiertos apenas terminaba de comer. Al principio Velcort trató de conversar con Pervinca, pero el mutismo obstinado de su pupila le obligaba a monologar solo y por fin renunció a hablarle.

Por la noche Pervinca no podía dormir. Evocaba llorando los días felices de su infancia en la finca de su nodriza María Ledec recordaba a su madre, la gran artista Mona Berger, tan joven y tan hermosa. En seguida acudía a su mente la visión de Raúl Garder y su llanto se acrecentaba.

Una noche, Pervinca fué despertada, después de medianoche por el ruido de una piedrecilla golpeando en su ventana.

De un salto la niña abandonó el lecho y abrió los postigos inclinándose hacia el balcón. Con esfuerzo retuvo un grito de alegría al divisar, a Raúl Garder en el parque. El muchacho colocaba un dedo sobre sus labios para recomendarle silencio.

Con la mano derecha lanzó hábilmente una cuerda cuya extremidad se enrolló en la barra de apoyo de la ventana. Pervinca la ató allí sólidamente.

—No perdamos un momento —murmuró Raúl—. Vístete y baja. Pervinca se vistió en un instante, cogió el cordel a dos manos y se deslizó rápidamente.

Cuando sus pies tocaron el suelo, la niña se arrojó en los brazos de Raúl murmurando:

—Gracias, gracias. ¿Cómo pudiste llegar hasta aquí?

—Me procuré una escalera de cuerdas y trepé al muro... Vamos...

De súbito el niño se interrumpió y arrojándose al suelo con su protegida dijo quedamente:

—Tu tutor ha encendido luz en su cuarto. La claridad se filtra por los postigos. Ocultémonos tras ese árbol inmenso. Allí podremos disimularnos bien.

Ambos niños aguardaron con el corazón palpitante.

Como lo anunció Raúl, Enrique Velcort abrió su ventana, se inclinó hacia afuera y paseó la luz de una lámpara eléctrica por las sombras del parque.

—El cordel —balbuceó Pervinca, espantada.

Por una feliz casualidad una saliente del edificio no permitió a Velcort divisar el cordel pendiente.

Satisfecho de su examen, Velcort cerró de nuevo su ventana.

Caminaron durante cuatro horas y por fin salieron del bosque y entraron a la aldea donde vivía la familia Garder.

Brillaba luz en una de las ventanas de la casa de campo.

—Mis hermanas nos están esperando —dijo Raúl Garder.

Minutos después la fugitiva entraba al jardín de la finca.

—Traigo la llave de la puerta interior —explicó Raúl—. Entraremos por la cocina. No deseo despertar a papá, por eso hemos de andar en puntillas.

Pervinca sentíase terriblemente inquieta al entrar clandestinamente a una casa desconocida. Siguiendo a su guía atravesó la cocina y subió una escalera cubierta por gruesa alfombra.

De súbito se abrió una puerta y en el rectángulo luminoso aparecieron las mellizas Clara y Rosita Garder.

—Qué felices estamos, hermanita querida —dijo Clara.

—Chist, silencio —ordenó Raúl—. Van a despertar a papá. Déjanos entrar y cierra la puerta. Después hablaremos.

Instalada en un gran sofá y abrazada por las mellizas, la fugitiva suspiró contenta. Estaba libre del monstruo que quería degradarla y hacerla perder la razón.

Las mellizas colmaron a Pervinca de golosinas y chocolates y la apremiaban pidiéndole un relato de sus aventuras.

—Raúl, eres un héroe —decía la locuaz Rosita—. Escalas murallas y salvas doncellas como en una película de cine...

—Cotorras —interrumpió Raúl, sonriendo—. Pervinca necesita reposo. Pervinca, tú vas a dormir en la cama de Rosita y mis hermanas en el otro lecho. Yo también iré a dormir y mañana comunicaré a papá tu presencia en nuestra casa. El tomará las medidas necesarias. Lo único que puedo asegurarte, definitivamente, es que jamás volverás a casa de tu infame tutor.

—Raúl —murmuró Pervinca—, eres para mí el mejor de los hermanos.

—Buenas noches, niñitas —respondió el valiente Raúl—. Que duerman bien. Yo ya me caigo de sueño.

No así las mellizas, que en vez de dormir, continuaron charlando y haciendo proyectos para la vida que llevarían en adelante con Pervinca.

**CUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal**

SIMBAD N.º 47

En una colmena hay  
... clases de abejas.

(CONTINUARA)

# GRANDES PREMIOS!

## CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántas clases de abejas hay en una colmena?

Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 5 peinetas con estuche pirograbado, 5 cinturones para niños, 6 pares de soquetes, 4 juegos de dominó, 10 libros de cuentos infantiles, 10 paquetes de Vitalmín Vitaminado, y 10 carpetas de esquelas.

### SOLUCION AL CONCURSO N.º 44.

La escala musical tiene siete notas.

**PREMIADOS CON UN PAQUETE DE VITALMIN:** Lucio Ramírez, Peablanca; Gabriel Araya, Curicó; Luz Retamal, Talca; Marta Valenzuela, Santiago; María Dolores López, Rengo; Jorge Banel, Puerto Montt; Benjamín Donoso, Talcahuano; José Bahamondes, Osorno; Fernando Lafferte, Valdivia; Sergio Arellano, Valdivia. **UN LIBRO:** Patricio Fuentes, Santiago; Alfonsina Moreno, Santiago; Luis Quintana, Santiago; Nelson Benavente, Lota Alto; Enrique Tirdy, Santiago; Mario Zedán, Santiago; Jaime Palma, Curicó; Silvia Soto, Chillán; Gladys Merino, Angol; Eliana Santander, Valparaíso. **UN LLAVERO:** Patricio Gálvez, Valparaíso; Juan Mejías, Puente Alto; Lilians Barra, Angol; Jorge Quiroz, Linares; Sandra Wilhelm, Traiguén; María Angélica Jarpa, Concepción; Rómulo Campos del Valle, Victoria; Olga Díaz, Santiago; Juan O. Palóminos, Curanilahue; Fernando A. González, Santiago. **CON \$ 10,—:** Edwin Sánchez, Cauquenes; Mirna Cristina Olate, Molina; Norbert Krumeyer, Concepción; Fresia Ibarra, Estación Paine; Rosa Lahser, Ovalle; Aristides Vergara, Cartagena; Luis E. Martínez, Santiago; Luciano Herrera, Santiago; Inge Bunnig, Temuco; Humberto Segura, Chillán. **UNA BILLETERA:** Roberto Muster, Temuco; Edgardo Olivares, Melipilla; Patricio Salvo, Santiago; Pablo Gamberini, Santiago; Hugo Contreras, Estación San Lorenzo. **UNA PEINETA CON ESTUCHE PIROGRABADO:** Manuel Reyes, Quinta Tilcoco; Ricardo Sanhueza, Valparaíso; Gloria Plaza, Santiago; Eugenia Valdés, Viña del Mar; Juan Zamora, Quillota; Patricia Peláez, Talcahuano, y Mariela Aracena, Santiago. **UN PROYECTOR DE CINE:** Victoria Arriagada, Purén.



# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO XII. — *El perdón real*

Un miserable espía dijo al rey Marcos que Tristán e Isolda estaban en una cabaña del bosque. Les vió dormidos y sugirió al soberano que podía vengarse.

—Rey, estamos cerca —anunció.

Le tuvo el estribo para que descabalgara y después ató las riendas del caballo a un árbol. Avanzaron más y, de pronto, en claro, descubrieron la choza florida.

El rey, con un gesto, se quitó la capa y desenvainó la espada. El delator lo seguía, pero Marcos le mandó retirarse. Entró solo en la cabaña y se detuvo, atónito. La reina dormía y su cabello formaba una dorada almohada a su cabeza. Tristán descansaba cerca de ella y su cuerpo de héroe hacía pensar en las gestas heroicas y su rostro hermoso en las trovas de amor. Y entre ambos, entre la reina y el príncipe, brillaba, desnuda, la espada de Tristán.

Estremecido, el rey murmuró:

—Mintieron los felones al decir que mi sobrino e Isolda me traicionaban. Los labios de Tristán no tocan los de la reina y entre ambos yace la espada. Haré que al despertar sepan que los encontré dormidos, que no quise matarlos y que Dios se compadece de ellos.

Cogió la espada del joven y dejó en cambio la suya propia. Isolda tuvo una visión durante el sueño. Dos leones se lanzaban contra ella y se batían. Su grito despertó a Tristán, que se enderezó. Al requerir su espada reconoció, en la empuñadura de oro, la del rey. Isolda exclamó:

—Sire, el rey nos ha sorprendido.

—Sí —dijo Tristán—, se llevó mi espada. Estaba solo y tuve miedo. Habrá ido a buscar refuerzos. Volverá y nos hará quemar delante del pueblo. ¡Huyamos!

a marchas forzadas, acompañados por Gorvenal, llegaron has-  
las tierras de Gales, en los confines del bosque de Morois.  
es días después, habiendo seguido Tristán por largo tiempo los  
stros de un venado, le sorprendió la noche y bajo el bosque  
scuro meditó:

lo, no fué por miedo que el rey me perdonó la vida. Tenía mi  
pada, yo dormía y pudo herirme a mansalva. ¿Para qué ir en  
asca de refuerzos? Y si quería capturarme, ¿habría dejado su  
ropia arma? ¡Ah!, te reconozco padre: por ternura y compasión  
isiste perdonarnos. Has comprendido que no tenemos culpa y  
quizás desees que regrese a la corte... ¿Qué he dicho? Tendría  
de entregarle a Isolda. ¿Por qué no me degolló mejor durante  
sueño? Cuando nos perseguía, podía odiarlo y olvidarlo. Aho-  
ra, con su compasión, ha despertado mi cariño y reconquistado  
la reina. ¿La reina? A su lado lo era y en este bosque vive  
como sierva.

Apoyado en su arco se lamentó y en sus ojos brillaron las lá-  
grimas.

En la choza de zarzas que le servía de asilo, Isolda la Rubia  
guardaba a Tristán, reflexionando:

—El rey nos perdonó. ¡Cuánto amaba a Tristán! Pero vine yo y



Al ver la espada con empuñadura de oro, comprendieron que el  
rey había estado allí.

¿qué ha sucedido? ¿No debía Tristán vivir en el palacio con cien pajes de su mesnada que lo servirían? Por mí anda desterrado de la corte, perseguido como un ciervo salvaje...

Oyó entonces sobre las hojas y las ramas secas los pasos de Tristán y, como siempre, fué a su encuentro para tomar sus armas. Recibió de sus manos el arco y las flechas y desciñó del cinto la espada.

—Amiga —murmuró él—, es la espada del rey Marcos. Puedo heriros de muerte y nos perdonó.

Isolda sostuvo la espada, besó su empuñadura de oro y Tristán vió que lloraba.

—Amiga —prosiguió el príncipe, que veíase más pálido que nunca a la luz de la luna—, ¡si pudiera hacer las paces con el rey! Si me permitiera sostener en singular combate que nunca os he amado con amor culpable, todos los caballeros de su reino me encontrarían armado y pronto a la defensa. Luego, si el rey quisiera, le serviría como a mi señor y mi padre; y si prefiriera que me apartara de él y de vos, me iría a Frisia o a Bretaña, con Gorvenal. Pero siempre, en todas partes, fuere donde fuere, yo sería vuestro, reina. No pensaría en esta separación si no fuera por la miseria que soportáis desde hace tan largo tiempo, mi bella, en esta tierra salvaje.

—Sire, decidid, os obedeceré —contestó ella.

Tristán se puso en camino con Gorvenal. A las puertas de Tintagel dejó al escudero. Los centinelas tocaban sus clarines sobre los muros.

Tristán se escurrió por los fosos y atravesó la ciudad con gran peligro. Franqueó el jardín y llamó suavemente a la ventana del dormitorio real. Marcos despertó:

—¿Quién eres tú que me llamas a estas horas?

—Sire —repuso el joven—, os traigo un mensaje. Lo dejo aquí. Atad vuestra respuesta a los brazos de la Cruz Roja.

—Por amor de Dios, buen sobrino, aguardame.

Lanzóse a la ventana y tres veces gritó en la noche:

—¡Tristán, Tristán, Tristán, hijo mío!

Pero Tristán había escapado. Reunióse con su escudero y de un salto cabalgó.

Llegaron, por fin, a la choza y encontraron a Isolda esperándoles sumergida en llanto.

(CONTINUARA)

PIMPÍN SE VA A SU HOTEL...



Y ESA NOCHE...



Y AHORA, ARRIBA!



ASÓMATE A LA VENTANA AVAYAAY!





¡BLA-BLA-BLA!  
BSSS BSSS



¡OH! LOS PANTALONES  
NUEVOS DE PAPA



¡TOMA PAPI! ESTAN  
BIEN PLANCHADITOS



¡PELUSITA!  
¿DONDE  
ESTAS?



# Simbad

48 EL ROMANCE DE  
ISTAN E ISOLDA

2.-



# Pimpón

EL AVENTURERO



POR

THEMISTOCLES  
OBOS FT.



EH?! UN EXTRAN-  
JERO FOLEAN-  
DO CON MI NO-  
VIA?!

ESTO PIDE  
SANGRE! GRR!

16-1



LE CORTARÉ  
SU CUERDA  
MÁGICA!..

ASÍ!..

ZIP

Y SE SACA-  
RA LA MU-  
JRE EN  
EL SUELO!



ÉSTA SI QUE ES  
CUERDA MÁGICA!!  
QUEDO COLGANDO  
EN EL AIRE!

SIGUE EN LA PENULTIMA PAGI

# Simbad

GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I

N.º 48

Precio: \$ 2.—

2-VIII-1950



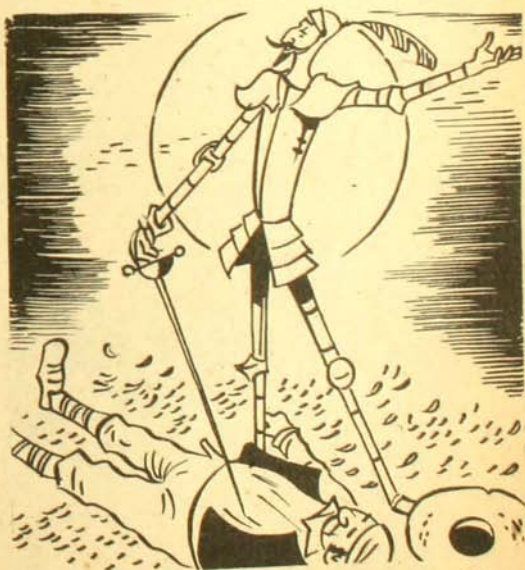
## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPITULO VIII. — *El moro encantado*

Don Quijote de la Mancha combatió con un escudero, al cual dejó tendido en el campo, no sin perder antes un pedazo de oreja que le rebanó la espada de su contrincante. Despidió el hidalgo a la viajera, a quien suponía haber defendido, y se reunió luego con su escudero, Sancho Panza. Este había recuperado también la conciencia, que unos mozos de mulas le hicieron perder a palos. Arrodillándose ante su señor, dijo:

—Supongo que en esta pendencia tremenda habéis ganado una isla. Ya me siento con fuerzas para saberla gobernar. Como se recordará, don Quijote le había prometido una isla para que reinara en ella, pagándole así sus servicios de escudero.

—Esta no ha sido una aventura, sino una encrucijada —explicó el caba-



Don Quijote de la Mancha venció a su contrincante



Los cabreros eran gente alegre, que cantaban hasta desgañitarse



Uno de los cabreros curó la oreja desmochada del caballero andante

llero andante—, y en las encrucijadas no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza o una oreja menos. Tened paciencia. Más adelante conquistaremos reinos.

Agradeció Sancho la promesa y, besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó a subir sobre Rocinante y él montó en su asno Rucio. Luego ambos cabalgaron, internándose en un



Se tendieron junto a un arroyo, durmiéndose profundamente

bosque.

—Señor —advirtió Sancho—, vuestra oreja está sangrando. ¿Queréis que os cure?

—Es una lástima que no me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás —contestó don Quijote.

—¿Qué redoma y qué bálsamo es éste?

—Yo tengo la receta en la memoria. Con ese bálsamo, no se teme a la muerte. Cuando yo lo pre-

re y te lo dé, si ves que alguna batalla me par- por el medio, no tie- más que juntar las tades y luego darme de ber dos tragos del bál- mo y verásme quedar ás sano que una man- na.

os redondos ojos de San- o Panza se dilataron de ombro.

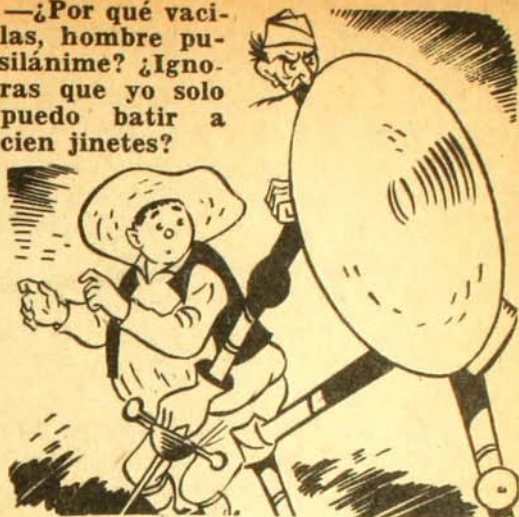
¿Y es muy cara esa re- ta, señor?

Con menos de tres rea- se pueden hacer tres mbres —replicó nuestro héroe—. Por ahora, cúrame la oreja

tu rústica manera y dame algo de comer de tus alforjas, que go hambre.

ando concluyeron la parca merienda de cebolla, queso y pan ro, continuaron cabalgando, en busca de un castillo. No lo en- traron y, como la noche se les venía encima, detuviéronse

—¿Por qué vaci- las, hombre pu- silánime? ¿Igro- ras que yo solo puedo batir a cien jinetes?



Sancho Panza lanzó treinta ayes, sesenta suspiros y ciento veinte reniegos



La mujer del ventero les ofreció dos lechos duros

junto a las chozas de unos cabreros. Estos les acogieron con mucha buena voluntad. Eran gente alegre que, antes de dormir, cantaban hasta desgañitarse y hasta que las cuerdas de sus instrumentos saltaron. Un cabrero curó la oreja de don Quijote y luego le deseó muy buenas noches.

Al día siguiente, caballero y escudero se pusieron de nuevo al camino. A la hora de la siesta se tendieron junto a un arroyo durmiéndose profundamente.

Cuando despertó don Quijote, advirtió que Rocinante había desaparecido. Inquieto, empezó a buscarle y descubrió un grupo de muleros que desensillaban a su caballo. Entonces llamó a Sancho, diciéndole:

—Amigo Sancho, como éstos no son caballeros, sino miserables ganapanes, te autorizo para que los apalees.

—¿Que yo los apalee? —gimió Sancho, asustado—. ¿No veis que son como veinte brutos?

—¿Por qué vacilas, hombre pusilánime? ¿Ignoras que yo solo puedo batir a cien jinetes?

Seguido de Sancho, que temblaba, atacó a los mozos de mula. Estos molieron con sus estacas a don Quijote y luego se marcharon. Sancho, lanzando treinta ayes y sesenta suspiros y ciento y veinte reniegos, ayudó a su amo a montar, y otra vez le tenéis trotando.

Llegaron a una venta y la mujer del ventero les condujo a una habitación donde había dos lechos muy duros y estrechos. Sancho procuró dormirse pero el dolor de sus costillas se lo impedía. Por su parte, don Quijote, con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Tanto se quejaban que un viajero entró a protestar y, como en aquel momento la moza de la venta, llamada Maritornes salía, luego de entrar a



—En cuanto a mí, he tenido una batalla fenomenal con un moro encantado

pagar la luz, tropezaron ambos, cayeron sobre el pecho de los dos doloridos huéspedes y se formó en la obscuridad una batahola de golpes. Acudió el ventero y participó también en la riña a oscuras y todos batallaban con tanto denuedo que donde ponían la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba aquella noche en la hostería un cuadrillero de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, quien, oyendo el extraño estruendo de la pelea, entró al aposento diciendo:

—¡En nombre de la justicia, deténganse!

Cogió en la obscuridad las barbas de don Quijote, y como el hidalgo no se resistiera, supuso que estaba muerto, y gritó:

—¡Cierren la puerta de la venta y que nadie salga! Aquí hay un hombre muerto.

Esas palabras sobresaltaron a todos y hubo un desbande general. El cuadrillero salió en busca de una luz y a detener a los delinquentes. Don Quijote recobró los sentidos y murmuró con desmayada voz:

—¿Sancho amigo, duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

—¿Cómo podría dormir, que parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche?

—En cuanto a mí, he tenido una batalla fenomenal con un moro encantado.

En ese momento volvió el cuadrillero con un candil. El hombre presentaba un aspecto inquietante, con su espada desenvainada y una cara fosca. Los ojos negros, bajo el alero de las cejas espesas, miraban con fiera severidad.

—¡El moro! —gritó don Quijote—. ¡Es el moro encantado que viene otra vez a buscar gresca! Y yo que apenas puedo levantar un dedo. Pero le haré frente, vive Dios.



El hombre, con su candil en la mano, presentaba un aspecto inquietante.

(CONTINUARÁ)



# Jazmín



## CAPITULO IX. — En la jaula de los esclavos

Cuando Mitriti entró a la carpa donde estaba Beryl atada de pies y manos, Jazmín logró escabullirse y evitar que su enemiga la capturara.

Contemplando a su víctima, Mitriti exclamó:

—Vil esclava, no volverás jamás a Omah-El-Haji, ni verás a tu hermana, quien será mi prisionera antes que el sol se ponga en mi ciudad. Adiós, Beryl, y aprende a no mezclarte en asuntos de una raza que aborrece a los perros cristianos. El beduino encargado de custodiar a Beryl cargó con ella en brazos y la colocó dentro de un palanquín. En seguida montó en el camello al lado de Beryl y se puso en marcha con toda la caravana.

Mitriti y Kasama aguardaron hasta que desapareció el convoy beduino y, satisfechas de su criminal acción, regresaron a la ciudad.

Entretanto Jazmín, oculta entre los cocoteros, esperó que el galope de los corceles le anunciara la partida de sus enemigas para buscar el caballo que, según los planes de Mitriti, debía quedar en el oasis con los objetos personales de Beryl.

**RESUMEN:** Jazmín, la aguadora, a causa de sus cabellos rubios y su tez blanca, es repudiada por todos en Omah-El-Haji. Fátima Morgana le entrega un anillo de oro atado con una cinta azul, y le dice que ella la recogió entre los despojos de una caravana del desierto. La princesa Mitriti odia a Jazmín, y decide hacerla su esclava. La Oculta Sacerdotisa del Templo de la Luna facilita la fuga a Jazmín, que huye hasta el oasis de El Karma. Allí se le acerca una joven blanca, muy semejante a ella, pero Kasama captura a Jazmín y la conduce al palacio de Mitriti. De nuevo huye, protegida por la sultana Zoraida. En el templo se encuentra con la joven blanca. La Oculta Sacerdotisa declara que Jazmín y Beryl son hermanas. Beryl desea recobrar una valiosa piedra que encierra un secreto; con este fin entra a la sala del tesoro y sustrae el famoso topacio. Beryl es secuestrada por Mitriti y vendida a una tribu beduina. Jazmín la sigue en el desierto.

El brioso alazán se dejó acariciar por Jazmín y relinchó de placer al verse desatado.

—Corcelito bueno, corramos en busca de tu ama —murmuraba la joven aguadora, acicateando al animal.

La caravana formaba una línea negra en la lejanía.

Durante todo el día Jazmín corrió por el desierto siguiendo a los aptores de su hermana.

Al atardecer comenzó a soplar el huracanado viento del desierto y la caravana se perdió de vista.

—Voy a perecer en esta soledad —gemía Jazmín— y no encontraré a mi hermana.

Cuando cesó el viento, la caravana había desaparecido.

Jazmín subió a una montaña de arena y escudriñó el horizonte.

A lo lejos divisó un camello solitario tendido sobre la arena. En su lomo llevaba un palanquín igual al que cobijaba a Beryl.

Jazmín galopó hacia el sitio donde yacía el camello y de un salto bajó del alazán.

—Beryl, Beryl, soy yo, Jazmín —murmuró la aguadora.

Nadie respondió a su voz.

La joven entreabrió la cortina del palanquín. Estaba vacío...

Beryl no se encontraba allí.

—Oh Beryl, hermana mía, nunca más te veré —sollozaba Jazmín.

El desierto se extendía en lontananza lleno de inmensas dunas.

Jazmín pensó que ya no era posible retroceder hacia Omar-El-Haji y valientemente decidió continuar su ruta en busca de Beryl.

Subiendo al caballo de su hermana, se detuvo un instante sin coger las bridas, dejando que el animal caminara a su capricho.

Inmediatamente el alazán torció el rumbo, y dando un gran relincho corrió hacia un montículo.

Un quejido lastimero llegó a oídos de Jazmín, y entre las sombras del atardecer divisó una mano que salía fuera de la arena.

Jazmín desmontó en el acto y comenzó a escarbar la duna.

—¿Beryl, eres tú, hermana mía? —exclamó Jazmín.

—Gracias, Jazmín —murmuró Beryl—; la arena me asfixiaba.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Jazmín.

—Yo sabía que tú me seguirías —refirió Beryl—, y pensaba esperarte, pero sobrevino una tempestad de arena; los árabes, enloquecidos, sólo pensaron en resguardarse, dejándome abandona-

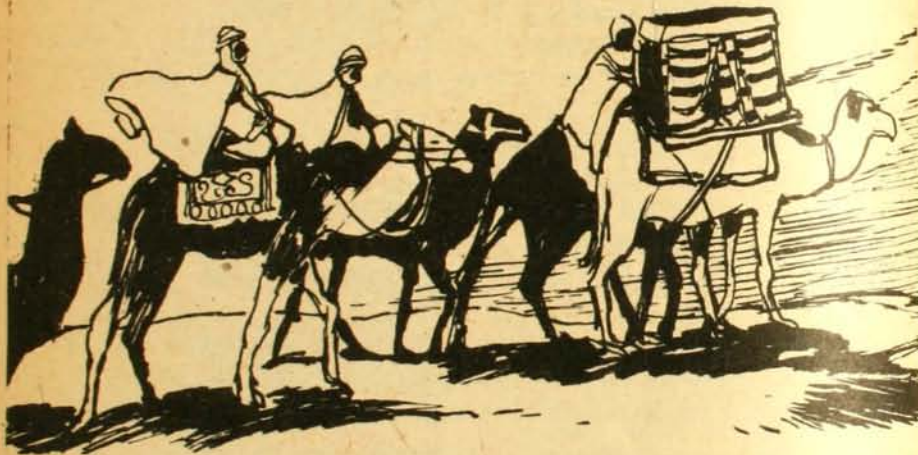
do.

da. Caí del camello y la arena me cubrió enteramente. Ahora es preciso volver a Omar-El-Haji. Subamos al camello, que camina más ligero que el caballo, y dejemos que mi alazán nos siga. Las hermanas galoparon toda la noche, evitando los senderos frecuentados por las caravanas, y antes del amanecer llegaron al oasis del Karma.

Allí dejaron atado a un árbol el corcel de Beryl y dieron libertad al camello.

En seguida se dirigieron a pie hasta la Puerta de Luna. Todas las puertas estaban cerradas y sólo se divisaban los centinelas nocturnos paseando por las altísimas almenas.

—La cueva descubierta por mi padre tiene también una entrada exterior —dijo Beryl—. Arrastrémonos sobre la arena, a fin de



Al atardecer, comenzó a soplar que no nos sorprendan los centinelas. Una vez dentro de la caverna estaremos a salvo.

Beryl fué contorneando los muros hasta que llegó frente a la caverna descubierta años antes por su padre.

Minutos después ambas niñas descansaban sobre los cojines de un diván.

La joven aguadora mostró a Beryl la misiva del mendigo árabe. —¿Sabes quién escribió este papel? —dijo Beryl a Jazmín—. Es nuestro padre disfrazado de mendigo. Ya está en Omar-El-Haji y pronto saldremos definitivamente de esta maldita ciudad. Tal vez ha venido también a esta caverna y nos ha dejado un mensaje.

—Allí en la cortina —señaló Jazmín— hay un papel. Beryl cogió la misiva y leyó lo siguiente: *Vengan al Templo de la Luna. Si ninguna de las dos está allí antes del alba, yo creeré que Jazmín ha fracasado en su plan de rescatar a Beryl. No se alarmen. Sé hacia dónde se dirigen los beduinos y Beryl será libertada.*

Esta misiva estaba escrita en árabe y en inglés, a fin de que sus dos hijas pudieran leerla.

—Salgamos inmediatamente —dijo Beryl a Jazmín—. Tal vez nuestro padre desea huir pronto de Omar-El-Haji. Moviendo la piedra, ambas niñas salieron a la calle, desierta a esa hora, y se encaminaron presurosas hacia el Templo de la Luna.



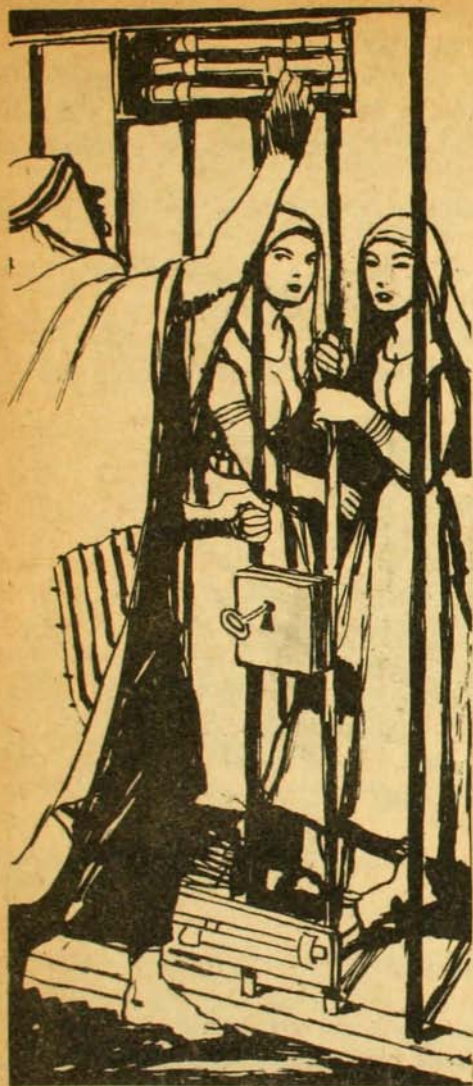
el viento huracanado del desierto

Pero cuando entraron por la puerta secreta del templo, ojos que ellas no vieron las espían.

Una silueta negra, silenciosa e inmóvil las vió pasar. Jazmín y su hermana llegaron a la habitación contigua a la sala del trono y allí se encontraron frente a la oculta sacerdotisa del templo.

—Jazmín —expresó la velada mujer—, el mendigo que te entregó ayer el mensaje les manda decir que regresen a la cueva y que le aguarden allí hasta la noche.

—Tenía la esperanza de encontrar aquí a mi padre —murmuró Jazmín, desalentada—. Es peligroso atravesar la ciudad, pues ya comienza a despuntar el día.



El mendigo se acercó a la jaula y descorrió los cerrojos

Jazmín fué la primera que despertó al sentir ruido de pasos en el exterior.

—Despierta, Beryl, viene nuestro padre —balbuceó emocionada Jazmín.

—Papá, mi buen papá —exclamó Beryl, corriendo hacia la puerta

—Tengo algo más que decirle —continuó la velada sacerdotisa—. La princesa Mitriti se ha declarado mi enemiga y me hace vigilar por sus espías. Si ustedes permanecen un momento más aquí, su libertad peligra. Váyanse antes que la ciudad despierte.

Jazmín y Beryl salieron por la puerta secreta del templo, evitando las calles más concurridas llegaron a la cueva. Como las espías habían seguido a las jóvenes, y al verlas entrar a la caverna situada en el muro de Omar-El-Haji, se retiraron sigilosamente.

—Ahora a dormir —dijo Beryl, después de preparar una ligera merienda.

—¿Y el topacio? —preguntó de pronto Jazmín.

Beryl se aproximó al ropero donde colocaba sus múltiples disfraces y sacó el maravilloso topacio.

—Aquí lo guardaba —explicó Beryl—, pues mi padre lo necesita. Sin él no podríamos partir tranquilos de Omar-El-Haji. Papá le atribuye gran importancia. Las dos hermanas se tendieron sobre los cojines y durmieron durante todo el día.

Pero el júbilo de las niñas se trocó en espanto al ver en el mar-  
o de piedra a la princesa Mitriti.

—Al fin las encuentro juntas —dijo con diabólica carcajada la  
cruel mujer—. Salgan de aquí en el acto, si no quieren que mis  
soldados las arrastren de los cabellos.

Beryl pensó que convenía obedecer inmediatamente, a fin de que  
los soldados no registraran la cueva. Cogiendo de la mano a la  
temblorosa Jazmín, traspasó con ella el umbral de la caverna.  
Mitriti, volviéndose a los soldados que la acompañaban, dijo a  
uno de éstos:

—Husein, registra la cueva y lleva a palacio todos los objetos  
que ella encierra, y tú, Yusef, conduce a las prisioneras a la jau-  
la de los esclavos.

—¿No teme usted la venganza de los extranjeros? —preguntó  
Jazmín a la princesa.

—Qué sabes tú de los extranjeros? —respondió despreciativa-  
mente Mitriti—. Tú eres una paria del desierto.

—Soy blanca como ellos —declaró Jazmín—, y Beryl es mi her-  
mana.

—Puede ser —insinuó Mitriti—, pero los que debían venir es-  
tán muy lejos. Van tras la caravana de beduinos.

Custodiadas por diez soldados, Beryl y Jazmín fueron conducidas  
a la jaula de los esclavos y encerradas allí.

Transcurrió la noche lóbrega y oscura. Acurrucada dentro de la  
jaula, las hermanas cautivas pensaban que su padre acudiría a  
rescatarlas.

Pero cuando llegó el día y el sol quemante cayó sobre sus cabe-  
zas, la sed y el hambre las hicieron sufrir cruelmente.

Los habitantes de Omar-El-Haji se turnaban frente a la jaula  
para insultar a las prisioneras.

Por fin, a la caída de la tarde, la multitud se retiró para asistir  
a otro espectáculo novedoso.

La buena sultana de Mazur partía de la ciudad y el pueblo la  
despedía con vítores y danzas.

En un instante que los centinelas se distrajeran acercóse a la  
jaula el mendigo que había entregado el mensaje a Jazmín, y  
en voz muy queda dijo a Beryl:

—Voy a descerrar todos los cerrojos de la jaula. Cuando uste-  
des oigan el grito de la lechuza, repetido tres veces consecuti-  
vas, huyan de la jaula y ocúltense en el minarete.

(CONTINUARA)



CAPITULO VII  
— La hiena en  
acecho

Arrastrándose entre las malezas, invisible entre las altas hierbas, Noga, la hiena se aproximaba a su

víctima. Batutú estaba tan ocupado revolviendo la olla donde preparaba comida para sus amigos, que no sospechó el peligro. Advirtió que el alcuzcuz no alcanzaría para todos y se dedicó a moler más mijo, en un gran mortero, mientras cantaba:

—Ba hi bana houm ba hi houm ba hi.

Las palabras no eran muy variadas y la entonación resonaba monótona, pero era un canto africano tan viejo como la selva y tenía un embrujo extraño.

Batutú se sintió emocionado. La melodía le traía recuerdos confusos que hacían latir con fuerza su corazón. Evocaba la aldea de Bonga-Bonga, destruída por el malvado Kaimakan. Recordaba vagamente a su padre, rey de la tribu. ¿Dónde estaba ahora? ¿Volvería a verlo? Y su madre, ¡qué buena era!

Noga se preparaba para saltar sobre él, cuando Batutú acabó de moler y entró a la choza, que tenía una puerta sólida. Los dientes de la hiena crujieron al cerrarse las mandíbulas rabiosamente.

—No escapará, no escapará —se repetía la mala bestia.

Abandonando el acecho, inspeccionó los muros con la esperanza de encontrar una brecha por donde colarse al interior. Después calculó que sería más fácil arrancar la paja del techo. De un salto estuvo arriba y empezó a quitar brizna tras brizna, cautelosamente. Estaba abismada en su tarea cuando creyó percibir un leve rumor. Tendió la oreja, alarmada.

—Son los elefantes, que vuelven —gruñó—. Tengo que terminar antes que lleguen.

Se puso tan nerviosa, que casi resbaló techo abajo. Si continuaba quitando paja, no alcanzaría a abrir un agujero para entrar. Necesitaba discurrir otro ardid. Pasó al lado opuesto del tejado y descubrió un hoyo negro, parecido a una madriguera de zorro. Se advertía que sería sencillo ensancharlo. Además, no tenía tiem-

para elegir otro camino. Los elefantes se acercaban cada vez más y ya se oía el parloteo de los monos.

—Debo apresurarme —claqueó, enfurecida—. Los elefantes descendrán a Batutú. Son capaces de triturarme bajo sus patas o cogermme con la trompa y lanzarme por encima de la selva. Los monos también me dan miedo...

Noga era cobarde y se asustaba hasta de su propia sombra. Temía a los hijos de mamá Borra, la mona, porque conocía su espíritu burlesco y su incansable afán de molestar. Eran como duendecillos negros y ágiles, que aparecían y desaparecían, que chillaban de risa y a quienes se podía encontrar en cualquier parte.

—Debo apresurarme —repitió Noga, asustada.

Sin vacilar, se metió de cabeza en el hoyo.

Tambo, que marchaba a la vanguardia de su rebaño, se apresuraba a lanzar un poderoso bramido para anunciar su llegada, cuando un inesperado estrépito lo detuvo en seco.

Entre un estruendo de quebración, se alzó un aullido agudo, furioso al mismo tiempo que desesperado, tan lastimero como amenazador, tan inexplicable que el padre elefante no vaciló en emprender la carrera, pues comprendió que algo insólito sucedía. Sus súbditos le siguieron, tan intrigados como él.

(CONTINUARA)



Noga decidió meterse por aquel hoyo, antes que la sorprendieran los elefantes

# Ponchito

¿VAMOS ESTA TARDE  
A ENCUMBRAR  
VOLANTINES?

PERO YO NO SE  
ELEAR



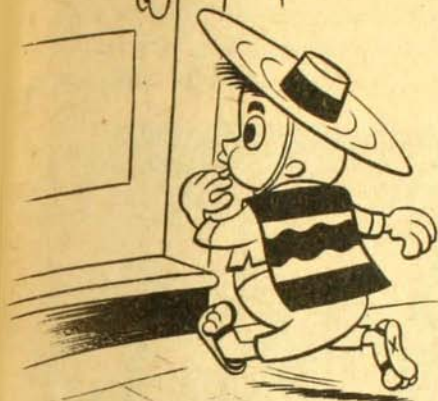
NO IMPORTA, YO TE  
ENSEÑO. TRAE TE UN  
PAVO GRANDE Y VERAS  
QUE FACIL ES

BUENO, NOS JUNTAMOS  
AQUI EN LA ESQUINA  
A LAS TRES

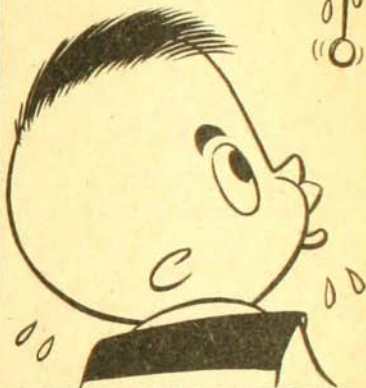




TENGO QUE SACAR EL  
PAVO ESCONDIDO, PORQUE  
MI ABUELITA NO ME  
DARIA PERMISO



YA ES HORA  
QUE ME  
VAYA



¿QUE TAL? ¿QUE  
TE PARECE  
ESTE PAVITO?



# EL DUENDE

El duende Gruñón tenía muy mal carácter y se mostraba des- cortés con todo el mundo. Nadie le quería.

Gruñón era muy feo. Tenía una nariz larga, las orejas largas y puntiagudas y unos ojos muy pequeños. La única cosa bonita de su persona eran los pies, pequeños y muy bien formados. Gruñón estaba muy orgulloso de ellos.

Los duendecillos y los elfos de los alrededores emprendían la fuga en cuanto se acercaba. Le gustaba tirarles del cabello y pellizcarles en el brazo, y un día dió a Piesdeplata un pastel con pimienta, que obligó a la pobrecilla a pasarse el día entero estornu- dando. Otro día se apoderó de un petirrojo y lo tuvo en- cerrado en una jaula duran- te una semana, aunque eso está absolutamente prohibido en el País de las Hadas.

Los duendes acudieron a pe- dirle que libertara al pajari- llo, pero él se mofó de sus palabras.

—¡Ojalá lográsemos que es- te Gruñón se marchase para siempre del pueblo! —de- cíanse sus habitantes—. Nos hace a todos la vida desgra- ciada.

—¡Ojalá lográsemos que es- te Gruñón se marchase para siempre del pueblo! —de- cíanse sus habitantes—. Nos hace a todos la vida desgra- ciada.

Pero Gruñón ni siquiera pensaba en irse. Divertíase mucho mo- lestando a todo el mundo.

—No quiero marcharme —declaró—. Pienso pasar toda mi vida en este pueblo. Y no podréis expulsarme.

Un día los elfos y los duendecillos tuvieron una reunión para de- liberar.

—Es preciso obligarle a que se marche —decidieron—. Nos hace la vida imposible.



UNA PIRIA



El zapaterito trabaja hasta el amanecer.

# GRUÑÓN



—Ofreceremos una recompensa a quien le obligue a dejar el pueblo.

—Sí —dijo un elfo—. Daremos diez monedas de oro a quien consiga alejarlo.

En la reunión se hallaba un zapatero, llamado Gorín. Vivía en el pueblo y era pobre, tanto, que ni siquiera podía hacerse un par de zapatos.

Al enterarse de la recompen- sa ofrecida, empezó a reflexi- onar:

“Si me ganase este dinero, podría casarme y ser muy feliz —pensó—. Pondría un tejado nuevo en mi casita y compraría una cacerola, que me hace mucha falta. Ade- más, me haría un traje y un par de zapatos, y luego ro- garía a Golita que se casara conmigo y seríamos muy fe- lices.”

Volvió pensativo a su casa. Por fin se le ocurrió una idea magnífica, que le hizo saltar de gozo.

Se puso el sombrero y, co- rriendo, se encaminó a la ca- sa de Trimón. Llamó a la

puerta, y el mismo Trimón salió a abrir.

—¿No podrías proporcionarme un encantamiento para obligar a andar?

—Habrás de pagarme una moneda —contestó Trimón—. Ya sa- bes que estos encantamientos son muy caros.

—Ahora no puedo pagarte. Pero antes de pocos días habré gana- do diez monedas de oro y entonces te pagaré.

—¡Dios mío! ¡Cuán rico vas a ser, Gorín!



—Así lo espero —dijo Gorín—. Y ahora dame el encantamiento porque tengo mucha prisa.

Trimón se dirigió a su armario y abrió la caja de los encantamientos. Sacó uno, lo envolvió en un papel y lo entregó a Gorín. El elfo le dió las gracias y se alejó muy contento.

En cuanto llegó a su casa, tomó un pedazo de piel azul y empezó a hacer un par de zapatos. Trabajó toda la noche, y al amanecer tenía en sus manos el más lindo par de zapatos que hiciera en su vida.

“Bueno —dijo Gorín para sí—, creo que eso dará resultado. Ahora, ¿dónde está el encantamiento?”

Terminada su tarea, puso los zapatitos azules en el centro del escaparate. Luego, calándose el sombrero, fué a visitar a sus amigos.

—En el escaparate —les anunció— tengo un par de zapatitos azules; los he hecho para los pies del geniecillo Gruñón. Deseo que vayáis a verlo y que le digáis que estos zapatitos son muy lindos. Tal vez entonces irá a comprarlos. Y si lo hace, veréis algo muy curioso.

Sus amigos sintieron el mayor interés por estas noticias y le prometieron ir a ver a Gruñón aquella misma mañana. Uno a uno pasaban por delante de su casa y vieron que Gruñón estaba sentado a la puerta del jardín, leyendo el diario y calzado con unos zapatos pardos, muy elegantes. Tenía los pies extendidos, porque, según ya sabemos, estaba muy orgulloso de ellos.

—Buenos días, Gruñón —dijo el primer elfo—. ¡Qué pies tan bonitos tiene usted! Debería ir a la tienda de Gorín, porque en su escaparate hay unos zapatos estupendos.

Gruñón fijó los ojos en sus pies y los admiró.

—Estoy seguro que ese zapatero no tiene ningún calzado tan bonito como éste.

—¡Oh, son unos zapatos mucho más bonitos! —exclamó otro duendecillo—. Tienen unos lazos azules y un dibujo precioso. Son algo exquisito. Pero creo que no le sentarán bien a nadie más que a usted, pues no conozco a nadie que tenga unos pies tan bonitos como los suyos.

Gruñón quedó complacido de esto. Gustaba de que la gente admirase sus pies, y como raras veces le dirigía la palabra algún habitante del pueblo, se alegró mucho de que fueran tantos los que le avisaran de que Gorín tenía un par de zapatos que, con seguridad, le sentarían muy bien.

Tantos fueron los duendecillos y elfos que le hablaron de aquellos zapatos azules, que, al fin, se dijo que tantas alabanzas no serían inmerecidas.

—Si no son muy caros, quizás podré comprarlos —se dijo—. Harán juego con mi chaqueta azul.

Tomó el sombrero, se puso el bastón bajo el brazo y se encaminó a la tienda de Gorín. El elfo le oyó llegar y se emocionó sobremanera. Y deseó que su plan tuviese éxito.

Gruñón se detuvo ante el escaparate y examinó atentamente los zapatos azules.

—Sí —murmuró—. Son muy bonitos. Harán juego con mi chaqueta nueva.

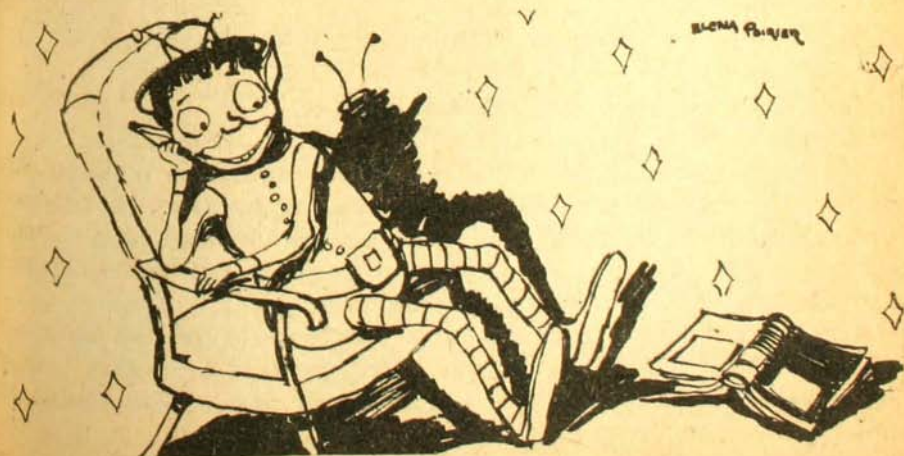
Penetró en la tienda y Gorín le hizo una reverencia, al mismo tiempo que preguntaba en qué podía servirle.

—Tráeme esos zapatos azules —dijo Gruñón.

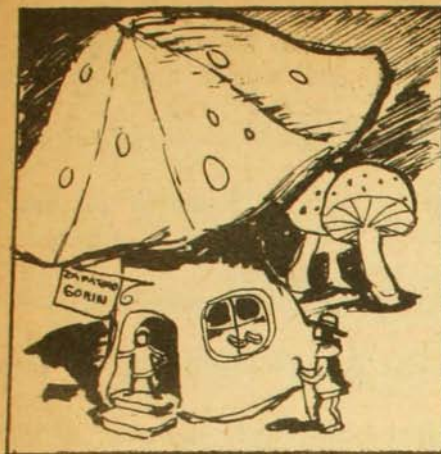
Gorín aflojó los cordones de uno de los zapatos azules y miró los pies de Gruñón, esperando que los zapatos hechos por él le sentarían perfectamente.

Puso uno a su cliente e hizo un primoroso lazo. Luego le puso el segundo zapato y lo ató también.

Gruñón dejó el dinero sobre el mostrador y salió de la tienda. Estaba muy orgulloso de su calzado nuevo, que, sin duda, era el más hermoso par que llevara en su vida. Sentía alguna molestia en las puntas, pero no hizo mucho caso de eso.



Gruñón fijó los ojos en sus pies y los admiró.



Gruñón se detuvo ante el escaparate y observó los zapatos.

Gorin pudo así casarse con su adorada Golita.

Se sorprendió al ver que ante la tienda había numerosos elfos y duendecillos. Todos le miraban los pies y se sonreían. Gruñón creyó que estaban admirándole, y entonces él empezó a lucirlos cuanto le era posible.

Le siguieron los elfos y los duendecillos. Gruñón estaba más orgulloso que nunca, así como también seguro de que todo el mundo le envidiaba sus hermosos zapatos.

Regresó a su casa, pero cuando quiso atravesar la puerta exterior, sus pies lo llevaron más allá. Y le fué imposible penetrar en su vivienda.

“Es raro —pensó Gruñón—. Daré la vuelta y entraré por la parte posterior.”

Pero sus pies no quisieron obedecerle.

En cambio, siguió andando por el camino y alejándose de su casita. Gruñón estaba ya muy preocupado. Llegó al extremo de la calle y quiso dar media vuelta para emprender el regreso, pero sus pies continuaron andando. Dieron la vuelta a la esquina de la última casa y lo llevaron hacia la colina. El encantamiento estaba ejerciendo su efecto, aunque él lo ignoraba.

Elfos y geniecillos le seguían muy contentos, pues ya estaban en el secreto. Gruñón pudo notar que iban tras él y esto le extrañó. De pronto, se sintió invadido por el miedo. Sin duda alguna era víctima de un encantamiento.

—Si me habéis hecho víctima de alguna de vuestras habilidades mágicas, os juro castigaros a todos —exclamó enojado.

todos se rieron. Gruñón quiso dar media vuelta para abalanzarse, pero sus pies le obligaron a seguir corriendo colina arriba, tanta era la velocidad que llevaba, que apenas podía respirar. —¡Son esos zapatos! —exclamó rabioso—. Me los voy a quitar luego os daré una zurra a todos para enseñaros a reír.

Sus zapatos no querían dejar de andar, de modo que le fué imposible sentarse para quitárselos. Trató de despedirlos agitando con fuerza los pies, pero eso no le sirvió de nada, porque el lazo estaba muy bien hecho.

Pronto llegó a la cima de la colina y los pies le obligaron a descender por la pendiente opuesta. Atravesó el río y luego se vio en unos campos situados a alguna distancia del pueblo. Sus pies le obligaron a atravesar un espacio cubierto de hierba y no tardó en perder de vista el pueblo.

Los elfos y los duendecillos se quedaron en lo alto de la colina y lo vieron marchar, incapaz de detenerse.

—Ya está alejado —exclamaron satisfechos a más no poder—. Está tan lejos, que ya no es más que un puntito oscuro. El encantamiento que lleva le obligará a salir del País de las Hadas y no podrá volver.

Gorín se echó a reír, en extremo alegre. Estaba muy complacido de su idea. Los habitantes del pueblo celebraron una reunión y, de acuerdo con lo prometido, entregaron al zapatero una bolsa con diez monedas de oro dentro. ¡Qué contento se puso Gorín! Inmediatamente fué en busca de Golita y le dijo que estaba dispuesto a casarse con ella a la semana siguiente. Luego puso un tejado nuevo a su casita, se compró una cacerola y se hizo una chaqueta. También confeccionó unos lindos zapatitos rojos para Golita y otros verdes para él mismo. Pagó a Trimón la moneda que le debía por su encantamiento, y, por fin, llegó el día de la boda.

¡Oh, cuánto se divirtieron! Todas las campanas del pueblo tocaron para celebrar el acontecimiento. Hubo gran derroche de flores y arroz, de modo que Gorín era el elfo más feliz de todo el País de las Hadas.

—Me gustaría saber dónde se encuentra Gruñón —dijo—. Supongo que habrá llegado al fin del mundo, aunque deseo que no vuelva por aquí.

Nadie sabe lo que fué de Gruñón. Tal vez, por medio del puente del arco iris, consiguió llegar a la luna.

# EL NIÑO DE LAS SELVAS

**RESUMEN:** Linda Hamilton, su tío Juan, el siniestro Guillermo Plug y su hija Elena exploran el Africa. Plug es quien ha organizado la expedición, para buscar un tesoro español. Linda, en cambio, se ha internado en la selva con la esperanza de hallar a su padre, el explorador Roberto Andrés Hamilton, desaparecido diez años antes. Linda cae a un foso y es salvada por Kendru, el Niño de las Selvas, quien la conduce a su vivienda, construida en un árbol. Kendru tiene un anillo de oro, con las iniciales R. A. H. Logra que él le preste la sortija. Al aparecer Plug, Kendru se aleja. Elena roba ese anillo a Linda.



1. Linda Hamilton se agitó, inquieto en su sueño. De pronto despertó alarmada, y, al llevar las manos a su rostro, descubrió que no tenía el anillo. Se levantó a buscarlo y encontró el pañuelo con las iniciales E. P. —¡Elena Plug! —murmuró—. Debí sospecharlo. Me detesta, pero disimula sus sentimientos.



2. Temblorosa de indignación, cruzó el campamento, dirigiéndose a la casa de Elena. Ella fingía dormir, pero la obligó a enfrentarla. Al oírlas discutir, acudió Guillermo Plug y se encolerizó porque su hija era acusada. El pañuelo no sirve de prueba, dijo Elena, hipócritamente: —Dejo mis pañuelos en cualquier parte. Soy tan distraída...



3. —Linda, hija mía —murmuró Juan Hamilton—, he padecido tanto buscándote en la selva... Al oír hablar a Linda de Kendru y del anillo de oro con las iniciales del explorador perdido, la miró incrédulo. Al saber que ella había ofendido a Elena, le reprochó su conducta, y le dijo que se retirara a descansar. —El clima tórrido la ha trastornado —insinuó el pérfido Plug.



4. La luz del alba sorprendió a la niña sumida en la angustia. Debía concurrir a la cita con Kendru y explicar que había perdido el anillo. Al brillar el sol, se alejó del campamento, en dirección al lago. Se oyó un rumor de hojas, y, desde un árbol, saltó el Niño de las Selvas, ágil y esbelto.

5. ¿Cómo decir a Kendru por qué no traía el anillo? —Anoche Kendru fué malo. Kendru pide perdón a Capullo de Sol. Su mano bronceada cogió la de Linda y entonces advirtió que no llevaba el anillo. Y en su rostro apareció la expresión fría que Linda temía.

(CONTINUARA)





## CAPITULO XI. — En el hogar de la familia Garder

Despuntaba ya la aurora cuando las mellizas Clara y Rosita Garder se acostaron a dormir en un lecho, mientras Pervinca ocupaba la cama de Rosita.

A pesar de su gran cansancio, Pervinca no podía conciliar el sueño. Con angustia pensaba en su porvenir.

La idea de comparecer ante el doctor Garder la inquietaba sobremanera.

—¿Será ese doctor tan bueno como lo afirma Raúl? —se preguntaba la huerfanita.

Al alba Pervinca cayó en un pesado sopor y soñó que Enrique Velcort era un gigante que amenazaba estrangularla en su lecho. El doctor Garder se le presentaba bajo los rasgos de un personaje barbudo y terrible, el que, en vez de protegerla contra su verdugo, se unía a él para ultimarla.

Pervinca debió gritar en medio de su pesadilla, porque las mellizas Clara y Rosita saltaron del lecho y poseídas de pánico corrieron en busca de Raúl.

**RESUMEN:** Pervinca cuyo verdadero nombre es Alejandra Fores, después de haber perdido a su madre, desaparecida en un accidente de aviación, está a cargo de Enrique Velcort, empresario de la artista Mona Berger. El cínico individuo recluye a la niña en un castillo solitario declarándola loca a fin de apoderarse de su fortuna. Pervinca huye y trabada amistad con Raúl, Clara y Rosita Garder, hijos del doctor Garder, Raúl convence a Pervinca de que debe ir a su casa. Al entrar en la aldea Enrique Velcort descubre a la fugitiva y se apodera de ella. Tres días después, Raúl Garder entra al parque del castillo y liberta a la prisionera Pervinca, conduciéndola a su casa.

No la despierten —dijo el muchacho—, debe sufrir una pesadilla atroz.

—¿Y si estuviera realmente loca? —insinuó Clara.

Calla, hermana —suplicó Raúl visiblemente inquieto—. Vísense ustedes en silencio y si Pervinca continúa agitada llamárense a papá.

Pervinca continuaba en su sopor; pero ya más tranquila, comenzó a respirar dulcemente y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Bien te decía yo, Clara, que era una terrible pesadilla —declaró Raúl—.

Déjenla dormir y esperen que ella despierte sola.

Una hora después Pervinca abrió sus lindos ojos azules y preguntó:

—¿Dónde estoy?

—Con nosotros, Pervinca querida —respondió Clara, acariciando los rubios cabellos de la niña.

—Tuve una atroz pesadilla —murmuró Pervinca.

Rosita acarició la frente de la niña huérfana y le dijo:

—Ya es la hora del desayuno y papá nos exige puntualidad. Vámonos a bajar al comedor y tú nos esperarás aquí.

—Mientras tanto yo hablaré con mi padre —añadió Raúl.

—¿Puedo levantarme? —preguntó Pervinca.

—Por cierto —declaró la hacendosa Clarita—. El baño está listo. Peina bien tus hermosos cabellos a fin de que papá te encuentre encantadora.

—¡Qué buenos son ustedes conmigo! —balbuceó Pervinca.

Los tres hermanos bajaron al comedor y después de las preguntas de ritual sobre la salud, el tiempo, etc., Raúl Garder comenzó a darse cuenta de lo difícil que resultaba la revelación que debía hacer al doctor Garder.

Mientras la empleada servía un apetitoso café con leche, el médico preguntó:

—¿Qué programa tienen para hoy, hijos míos? Se trata de aprovechar muy bien los últimos días de vacaciones.

Rosita respondió evasivamente, las mellizas observaban a Raúl y comprendían su turbación.

El doctor Garder enmantequillaba sus tostadas; Rosita y Clara casi metían sus caritas en las tazas del desayuno.

Raúl carraspeaba, jugaba con los cubiertos y tragaba saliva.

—Papá —dijo por fin el muchacho—, tengo que hacerte una confesión. Se trata de algo grave.

El médico envolvió a su hijo con una mirada inquisitiva y respondió:

—Habla.

—Tú sabes que habíamos construido una choza en el bosque ¿No es así?

—Hace algunas semanas —prosiguió Raúl—, encontramos esa choza a Alejandra Fores, la pupila de Enrique Velcort, cuyas señales daban por la radio...

—Continúa —dijo el médico, advirtiendo que Raúl se detenía

—Esa niñita no está loca, papá. Mis hermanas y yo estamos convencidos de ello. Nos contó su historia, una historia triste... Pervinca es hija de la famosa artista Mona Berger, que desapareció en un avión cuando iba a los Estados Unidos.

—Conozco esos antecedentes —dijo el doctor Garder.

—Bien —prosiguió Raúl—. Pervinca escribió a su nodriza María Ledec para que acudiera a protegerla. Yo mismo puse en el correo esa carta. Resultó que la nodriza había muerto. Entonces al verla tan abandonada, yo dije a Pervinca que viniera a esta casa para pedirte consejo a ti.



Pervinca sufrió atroces pesadillas después de su fuga.

—Y no lo hiciste...

—En el camino del bosque a la ciudad nos descubrió Enrique Velcurt y, a pesar de mis protestas, empujó a Pervinca dentro del auto y se la llevó.

—Estaba en todo su derecho —expresó el doctor Garder—. Esa chica, sin estar completamente loca, debe sufrir una debilidad mental que ustedes no podían descubrir.

—Nosotras sabemos que Pervinca no está loca —dijeron las mellizas Clara y Rosita.

—Escribirle a la nodriza muerta no es muy convincente,

—Ella ignoraba la muerte de su nodriza...

—O lo habría olvidado —declaró el médico—. Raúl, yo no puedo intervenir. Enrique Velcurt tiene la ley a su favor.

—Ya lo sé —murmuró Raúl—, y aquí viene la parte más difícil de mi condición, papá.

—Has de oírle, papacito —suplicó Rosita.

—No hago otra cosa que oír —sonrió el doctor Garder— y observar que mis tres hijos parecen conspiradores. Hablen... Escucho.

—Anoche me introduje al castillo de Valle Alegre y rapté a Pervinca, es decir, a Alejandra Fores —declaró Raúl con valentía—. Dormió en el dormitorio de mis hermanas.

El doctor Garder alzó las cejas como instando a proseguir a su intrépido hijo.

—Papá, ahora te suplico que examines a esa niña. Mejor que nadie puedes juzgar de su estado mental. Nosotros tres estamos seguros de que Pervinca es absolutamente normal.

Las movibles y expresivas cejas del médico se contrajeron al término de aquel fantástico relato.

—Raúl, no debiste proceder así —dijo el médico—. Tu conducta es altamente reprochable, pero de nada sirven mis recriminaciones ahora, ni nada puede modificarse. Examinaré a esa niña. Vengan conmigo.

Silenciosamente los tres hermanos siguieron a su padre.

Cuando el doctor Garder abrió la puerta quedó maravillado de la belleza de ese rostro patético cuyas pupilas azules, como las pervincas, le miraban con angustia.

—No tenga miedo —dijo suavemente el doctor Garder—. Raúl me ha contado su historia. Se encuentra usted entre amigos. Siéntese. Vamos a conversar. Clara y Rosita, vayan a jugar al



**Pervinca esperaba llena de angustia al doctor Garder**

jardín. Raúl, puedes quedarte, pero en silencio. Es Alejandro quien debe responder a todas mis preguntas.

Cuando salieron las mellizas, el doctor Garder comenzó por preguntarle a Pervinca su edad y el motivo de su presencia en esa casa.

Pervinca respondió con suma tranquilidad, explicando todo lo que ya nosotros sabemos.

—¿De manera que su tutor desea hacerla pasar por loca para apropiarse de su fortuna? —concluyó preguntando el médico.

Pervinca inclinó afirmativamente la cabeza.

—¿Quiere usted escribir alguna frase en este cuaderno? —indicó el médico—. No importa lo que escriba. Deseo ver la letra porque ésta revela siempre el estado de equilibrio nervioso de las personas.

Pervinca escribió la siguiente frase:

*Deseo que el doctor Garder no me abandone.*

Más emocionado de lo que parecía, el médico acarició los cabellos dorados de Pervinca. La niña le había conquistado enteramente.

(CONCLUIRA)

# GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos segundos tiene una hora?  
Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 6 tubos de pasta dentífrica Baycol, 4 cartones herramientas, 2 tambores, 4 cinturones para niño, 4 juegos de escobillas, 10 paquetes de Vitalmin, 10 libros de cuentos infantiles y 10 tinteros para coleccionista.

## SOLUCION AL CONCURSO N.º 45.

Del corazón salen dos arterias.

**PREMIADOS CON UN JUEGO LOTERIA:** Emilia Rivero, Villa Alemana; Juan Carlos Ortúzar, Santiago; Manuel del Río, Santiago; Luis Bustamante, Santiago; Carmen Pérez, Curicó; María A. Delaney, Valparaíso; Gustavo Riquelme, Concepción; Denis Castillo, Temuco; Inés Cuneo, Valparaíso; Ernesto Ríos,

Santiago. **UNA CARPETA ESQUELAS:** Raúl Arangua, Rancagua; Jorge Haro, Santiago; Abdón Milad, Santiago; Marta Lisani, Santiago; Georgina Henríquez, Talcahuano; Teresa Figueroa, Talcahuano; Claudina Verdugo, Angol; Odette Turconi, Purranque; Juan Matus, La Calera; Gastón Acuña,

Angol. **UN LIBRO:** Juana Soto, Quillota; Delicia Cisterna, Lebu; Delia Rosales, Malloa; Elizabeth Hageman, Santiago; María A. Leigh, Santiago; Iris Laudien, Valparaíso; Oscar Flores, Santiago; Mario Alfonso Carrasco, Temuco; Félix Zerdán, Temuco; Beatriz Dumon, Pitrufrquén. **UN PAQUETE**

**VITALMIN:** Jaime Lagos, Santiago; Jorge Carreño, Viña del Mar; Carmen Carvajal, Viña del Mar; Luis Valenzuela, Santiago; Manuel Hidalgo, Chillán; Ricardo Wagner, Santiago; Lucía Olivares, Viña del Mar; Carmen Concha, Concepción; Viviane Germain, Santiago; Silvia Escanilla, Santiago. **UNA**

**PEINETA CON ESTUCHE PIROGRABADO:** Daniel Gómez, Santiago; José Miguel Latorre, Santiago; Dagoberto Prabs, Purranque; Ignacio Godoy, Los Angeles; Elsa Lobos, Temuco. **UN ALBUM POESIAS:** María Angélica Luque, Santiago; Regina Sofán, Santiago. **UNA LIBRETA PARA**

**APUNTES CON CUBIERTA PIROGRABADA:** René Cuevas, Santiago; Pedro Huircalaf, Angol, y Mario Contreras, Rancagua.

**UN PROYECTOR DE CINE:** Enrique Porte, Santiago.


## SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL. \$ 90.—

SEMESTRAL. \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque. Letra Bancaria. Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

The illustration at the top left shows a castle with towers and battlements. In the foreground, two women are depicted. The woman on the left has dark hair and is wearing a dark dress with a white collar. The woman on the right has long, light-colored hair and is wearing a light-colored dress with a dark collar. The title 'El Romance de Tristan e Isolda' is written in a large, stylized, blackletter font across the top right, with 'de' in a smaller script between 'Romance' and 'Tristan'.

CAPITULO XIII. — *Husdent y el anillo de jade*

El rey Marcos llamó a consejo a sus barones y les dijo:  
—He recibido un mensaje de Tristán de Loonois. Está dispuesto a librar batalla para sostener que jamás la reina tuvo por él, ni él por ella, un amor que me ofendiera. Pide que elijamos a su adversario y que, si no logra vencerlo, yo ordene quemarlo delante de mis hombres. Pero si triunfa y yo quiero recobrar a Isolda, él me servirá en mi corte como el más leal vasallo o partirá a Frisia o Bretaña y nunca más oiré hablar de él. Si no consiento en ningún acuerdo, Tristán llevará a Isolda a Irlanda donde la conquistó, y será reina en su país.

Cuando los barones de Cornualles oyeron que Tristán les ofrecía batalla, dijeron al rey:

—Sire, admite el regreso de la reina. Los que la han calumniado eran insensatos. En cuanto a Tristán, que se vaya a guerrear a Frisia o Bretaña.

El rey preguntó por tres veces:

—¿Nadie se levanta para acusar a Tristán?

Todos callaron.

Entonces Marcos dijo al capellán:

—Haced, pues, que escriban en el acto un pergamino. Isolda ha sufrido ya demasiado. Y que aten la carta en los brazos de la Cruz Roja esta misma noche. ¡Pronto!

Agregó:

—Decidles que les envío a ambos mi saludo y mi amor.

Cuando Tristán supo que, luego de entregar a la reina, debía atravesar los mares, prometió:

—Desde el país desconocido a donde me encaminaré, un mensajero vendrá, y, al primer llamado, acudiré desde la tierra más lejana.

Isolda repuso:

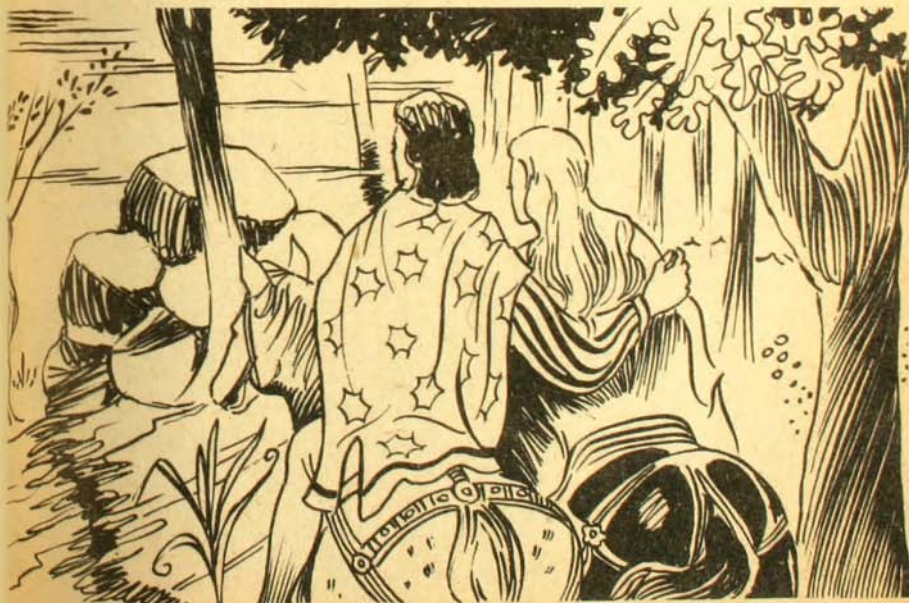
—Tristán, déjame a Husdent, tu perro. Tengo un anillo de jaspe verde: tómalo. Cuando un mensajero venga de tu parte, nunca le creeré, diga lo que dijese, si no me trae ese anillo. Pero, en cuanto lo vea, ningún poder real me impedirá hacer lo que mandes, sea o no fuere locura.

Mientras tanto el rey hacía publicar por todo el país que de allí a tres días haría las paces con la reina en el Vado Peligroso. Todos querían ver de nuevo a la bella Isolda y todos la amaban, menos los tres felones que aun vivían.

Pero de los tres, uno morirá a espada, el otro herido por una flecha y el último ahogado en el agua. Así Dios, que aborrece la injusticia, vengará a la reina y al príncipe.

Ellos abandonaron el bosque. Sus caballos marchaban juntos. Isolda murmuró:

—Amigo, accede a mi último ruego. Vas a dejar este país. Espera algunos días. Ocúltate hasta saber cómo me trata el rey, si con bondad o con cólera. Estoy sola. ¿Quién me defenderá de los traidores? Tengo miedo. El guardabosque Orri te alojará en secreto. Yo te enviaré al paje Perinis para decirte si alguien me maltrata.



La reina murmuró: —¿Quién me defenderá de los traidores?  
Tengo miedo





**El rey Marcos tomó las riendas del palafrén de Isolda, mientras el príncipe se alejaba**

—Amiga, nadie se atreverá a hacerlo. Pero me esconderé en la choza de Orri y si alguien te ultraja, que se guarde de mí como del enemigo.

Cuando se reunieron con el monarca y sus barones, Tristán, cogiendo de las bridas al caballo de Isolda, saludó al rey y dijo: —Rey, te devuelvo a Isolda. Ante los hombres de tu tierra te conjuro a que me permitas defenderme en singular combate. Vencido, quémame con azufre. Vencedor, consérvame a tu lado y, si no quieres, me iré a un país distante.

Nadie aceptó el desafío de Tristán. Entonces el rey tomó las riendas del palafrén de Isolda. No cambió palabra con su sobrino, que volvió bridas y descendió hacia el mar. Isolda lo siguió con la mirada y tan largo tiempo como pudo no apartó de él la vista.

Esa noche, como lo había prometido, Tristán se quedó en la choza del guardabosque amigo. ¡Que los felones se cuiden!

**COUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal**

**SIMBAD N.º 48**

La hora tiene . . . . segundos.

(CONTINUARA)

AH! PERO TENGO UNA IDEA!: SUBIRE A LA PARED, Y DESDE ALLI...



16-2

ENTRETANTO, PIMPIN SE DESPIDE DE LA CHICA...

HASTA MAÑANA, MI AMOR!

CHOIK!



AH, QUÉ LINDA ES!

¡SÍ, MUY BONITA!

Y LE HE CAÍDO BIEN!



TIEMPO LOBOS

PERO CONMIGO CAÍSTE MAL

ME SUBÍ A LA PARED PARA CORTARTE DE MÁS ARRIBA LA CUERDA!!

AHORA VERA'S!

PLOF!





¡UF! QUE FRIO  
MAS GRANDE



ESTO ES INSOPORTABLE,  
YA NO AGUANTO MAS



VOLVERE A CASA Y ME  
ABRIGARE OTRO POCO



¡JA, JA, JA! ¿QUIEN  
DIJO FRIO?..

# Simbad

N.º 49

\$ 2.-



CON QUIJOTE DE LA MANCHA

# Fimbin

EL AVENTURERO



Por

Themistocles  
Lobos A.



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA

# Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PEÑECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ

(Roxana)

AÑO I

N.º 49

Precio: \$ 2.—

9-VIII-1950

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPITULO IX.—Sancho Panza es manteado.

Don Quijote de la Mancha y su escudero Sancho Panza se alojaron en una hostería. Las quejas del hidalgo manchego, que estaba molido a palos, la imprudencia de un vecino que no podía dormir con tanto lamento y la prisa de la criada Maritornes, que dió de narices contra el huésped irritado, produjo una descomunal batalla en la oscuridad. Don Quijote, que siempre se creía



—Es el moro encantado con el  
—¡batallé en la oscuridad!  
—dijo don Quijote.



El ofendido cuadrillero golpeó a  
don Quijote con su candil.



Sancho Panza decidió beber el milagroso líquido.

—¿Cómo va, buen hombre?

Al verse tratado de “buen hombre”, como si fuese un palurdo y no un héroe, se indignó don Quijote y repuso:

—¿Desa manera habláis a los caballeros andantes, majadero? Ofendido el cuadrillero, golpeó con su candil en la cabeza al atrevido. Se derramó el aceite, se apagó la llama y volvió a reinar la oscuridad, mientras el hidalgo manchego se sentía más descalabrado que nunca.

Sancho Panza observó:

—Sin duda que ése es el moro encantado. Guarda el tesoro para otros y a nosotros nos da sólo golpes y candilazos.

—Sancho —gimió don Quijote—, anda a buscar al alcalde de esta fortaleza y pídele un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el bálsamo de que te hablé antes. Lo necesito porque la herida que me hizo el fantasma está sangrando abun-

acechado por enemigo peleó a pesar de sus dolores hasta que quedó sin sentido. Un soldado acudió a imponer orden cuando dió la voz de que un hombre había muerto en la refriega, todos huyeron.

Al ver al cuadrillero, don Quijote exclamó:

—¡Es el moro encantado con el cual batallé en la oscuridad! ¿Venís a arma otra gresca?

El soldado, acercándose, le preguntó:

El pobre Sancho Panza creyó llegada su última hora.



antamente.

Cuando Sancho regresó con los ingredientes, los mezcló y los puso a hervir. Pidió luego una pedroma, esperó que el líquido se enfriara un poco y luego bebió unas gotas, en presencia del ventero, un mozo de mulas y Sancho Panza. En seguida anunció:

—Toda mi fatiga ha desaparecido. Me siento con energías para combatir a cien moros encantados o no.

Y se dirigió a su lecho

para dormir. Sancho Panza, que juzgó milagrosa la cura de su amo, se bebió de un sorbo todo el líquido, Apenas lo hubo tragado se sintió morir. Le dieron tantos trasudores y desmayos, que creyó llegada su última hora.

—Te cayó mal porque ese bálsamo es sólo para los caballeros, y tú no lo eres —advirtió don Quijote—. Vamos, Sancho. Bastante nos hemos tardado en este castillo. Los débiles y los desdichados me esperan para que los defienda de los felones y malvados.

Mantearon al pobre Sancho que en vano pedía misericordia.



—Sois un sandio y un mal hostelero —dijo el caballero manchego antes de marcharse.



Montó en Rocinante, colocó al desmayado Sancho en su burro, el Rucio, y se dispuso a partir.

—Señor alcalde de este castillo —dijo al dueño de la hostería—, muchas y muy grandes son las mercedes que aquí he recibido y os las agradezco.

—Señor caballero, en vez de agradecimientos, yo quiero pago por el hospedaje, la cena y



la paja y cebada de vuestras dos bestias.

—¿Me exigís dinero? —protestó don Quijote, escandalizado—  
Jamás un caballero andante ha sufrido tal injuria. Vos sois un  
sandio y un mal hostelero.

Y espoleando a Rocinante y terciando su lanza, abandonó la  
venta sin que nadie le detuviese. El pobre Sancho no atinó a se-  
guirle y entonces el ventero le cobró a él.

—Si mi señor no ha querido pagar, tampoco pagaré yo —con-  
testó el maltrecho escudero.

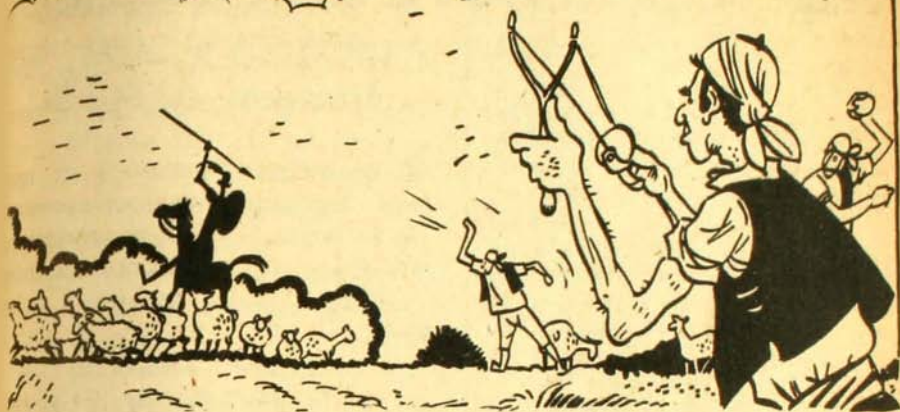
El ventero le amenazó con darle una paliza, y tanto gritó que  
unos alegres estudiantes y otros no menos alegres campesinos  
jóvenes, que había en la venta, decidieron ayudar al hostelero  
en su venganza. Buscaron una manta y, como el techo era muy  
bajo para la maniobra, salieron al corral, colocaron a Sancho  
en la manta y empezaron a lanzarlo al aire y recogerlo, entre  
risas y bromas.

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas y tan  
agudas, que llegaron a oídos de don Quijote. Volvió bridas, y al  
ver tan zarandeado a su escudero, quiso defenderlo, pero estaba  
tan dolorido que ni siquiera pudo bajar del caballo. Entonces  
empezó a gritar:

—¡Dejad a mi escudero, felones endiablados!



Los pastores decidieron defender sus rebaños contra don Quijote.



Los mozos no cesaron en su juego, ni el volador Sancho en sus quejas. Por fin se cansó la alegre gente, montó a Sancho en su asno, le arropó con su gabán y abrieron la puerta de la venta para que se reuniera con su amo, que seguía gritando ante los muros.

Siguieron su camino don Quijote y Sancho Panza.

—¡Ay, yo quiero regresar a mi choza! —gemía el escudero.

—No seas ignorante, Sancho —le contestó el hidalgo—. Recién empezamos nuestras andanzas.

Distinguió a lo lejos una espesa polvareda y dijo:

—¿Ves, Sancho, cómo se cumplen mis predicciones? Allí viene un ejército y ahora demostraré mi valor. Ahora conquistaremos los reinos que te prometí para que los gobernaras.

—Del otro lado también veo una polvareda —indicó Sancho, inquieto.

—Son dos ejércitos que vienen a atacarse y yo los venceré a los dos —afirmó el valiente caballero.

Aquellas grandes polvaredas las levantaban dos manadas de ovejas y carneros, que por aquel camino venían.

Sin vacilar, don Quijote se lanzó contra los rebaños y los alanceó con tal furia, que los pastores, luego de gritar en vano, decidieron defender sus ovejas a golpes de honda.

(CONTINUARA)

# Jazmín



**RESUMEN:** *Jazmín, la aguadora, a causa de sus cabellos rubios y su tez blanca, es repudiada por todos en Omah-El-Haji. Fátima Morgana le entrega un anillo de oro atado con una cinta azul, y le dice que ella la recogió entre los despojos de una caravana del desierto. La princesa Mitriti odia a Jazmín, y decide hacerla su esclava. La Oculta Sacerdotisa del Templo de la Luna facilita la fuga a Jazmín, que huye hasta el oasis de El Karma. Allí se le acerca una joven blanca, muy semejante a ella, pero Kasama captura a Jazmín y la conduce al palacio de Mitriti. De nuevo huye, protegida por la sultana Zoraida. En el templo se encuentra con la joven blanca. La Oculta Sacerdotisa declara que Jazmín y Beryl son hermanas. Beryl desea recobrar una valiosa piedra que encierra un secreto; con este fin entra en la sala del tesoro y sustrae el famoso topacio. Beryl es secuestrada por Mitriti y vendida a una tribu beduína. Jazmín la sigue en el desierto. Logra libertarla, y ambas se ocultan en la caverna de su padre. Por desgracia la princesa Mitriti las descubre y las encierra en una jaula de esclavos.*

## CAPITULO X —Otra vez prisionera de Mitriti.

El mendigo comenzó a descorrer sigilosamente los cerrojos de la jaula y se alejó recomendándoles que esperaran los tres chillidos de la lechuza, para huir.

Los centinelas apostados cerca de la jaula habían relajado su vigilancia para ver pasar el cortejo de la sultana de Manzur. En ese momento las cautivas oyeron el grito de la lechuza y salieron presurosas de la jaula, en dirección al Templo de la Luna.

El mendigo, que, como hemos dicho, era el padre de Beryl y de Jazmín, de acuerdo con la buena sacerdotisa del templo, había entreabierto la puerta secreta y las fugitivas subieron al alto minarete antes que los centinelas advirtieran su fuga. —Papá me ha dicho que pronto llegarán los legionarios —dijo Beryl a Jazmín—. Mi-

ra... A lo lejos diviso una polvareda. Ya vienen. Gracias a Dios.

Jazmín se inclinó sobre el parapeto del minarete y dió un grito de pavor:

—Son beduinos, Beryl —murmuró—. No son jinetes blancos. Estamos perdidas.

En ese instante un grupo de personas que se estacionaba bajo la torre miró hacia arriba y la voz potente de la princesa Mitriti gritó desde la base del minarete:

—Allí están las prisioneras, en el balcón del minarete. Soldados, arrestadlas al momento.

—Huyamos, Beryl —insinuó Jazmín, cogiendo de la mano a su hermana.

Ambas niñas bajaron precipitadamente la escalera del minarete y grande fué su desesperación al ver cerrada la puerta del templo.

—Entremos a los jardines —dijo Beryl—. Allí encontraremos la puerta secreta.

—Mira ese papel clavado en el muro —indicó Jazmín.

A pesar de la premura por buscar refugio, Beryl se detuvo a leer la misiva:

*La Oculita Sacerdotisa del Templo está en peligro —decía el mensaje—. Diríjense a la cuarta casa en la calle de los Suspiros.*



Jazmín y su hermana encontraron a la Oculita Sacerdotisa con las manos atadas.

y después que hablen con ella traten de encontrarme en los muros.—**EL MENDIGO DE LA PUERTA.**

—Este mensaje es de papá —expresó Beryl—. Entremos a las habitaciones de la Oculita Sacerdotisa por la puertecilla secreta. Apenas habían cerrado la puerta se escucharon gritos y blasfemias pronunciadas por los soldados que subieron al minarete. Jazmín y Beryl fueron cerrando con llave cada puerta que cruzaban en su fuga.

—Se demorarán en derribar estas dos puertas —dijo Beryl—, y mientras tanto podremos salir por los túneles secretos. Ambas jóvenes buscaron refugio en los jardines y Jazmín, al ver guirnaldas en todas las arcadas del Templo de la Luna, murmuró aterrada:

—Hoy es el día, o la Fiesta de los Velos, y si la Oculita Sacerdotisa del Templo no está presente, es ley en Omar-El-Haji que durante un mes no puede entrar a éste templo y pierde todos sus sagrados atributos. Por eso la ha secuestrado Mitriti Corramos a la calle de los Suspiros antes que sea tarde.

Beryl y Jazmín llegaron al final del subterráneo y retrocedieron hasta el grupo de palmeras que podía ocultar su fuga.

—Ya comienza la procesión de los Velos —exclamó Jazmín—. Felizmente la calle de los Suspiros está próxima.

Cogidas de la mano y con el rostro cubierto por espeso velo, las dos hermanas llegaron a la cuarta casa de la calle de los Suspiros. La puerta estaba entreabierta y nadie la custodiaba.

—Aquí hay una llave en la cerradura —indicó Beryl—. Entremos al cuarto.

Una mujer envuelta en negros velos se hallaba sentada en una silla y atada de pies y manos a ella.

—La Oculita Sacerdotisa —exclamaron ambas hermanas.

—Jazmín, has llegado a tiempo —murmuró la sacerdotisa—. Un grupo de beduinos me secuestró y me trajo a esta casa. La princesa Mitriti se proponía algún siniestro plan para evitar que yo presida la Fiesta de los Velos.

—Ya ha salido la procesión —replicó Jazmín.

—Nada temas —replicó la velada sacerdotisa—, yo la alcanzaré y llegaré al templo a la hora precisa. Ustedes me han salvado.

—No hacemos sino corresponder a sus bondades —declaró Be-



Beryl, imprudentemente, se asomó a la ventana.

—Beryl, Beryl —suplicaba Jazmín—, retírate de la ventana. Es peligroso. Piensa que nos pueden cautivar y nos veríamos separadas para siempre de nuestro padre.

Beryl se retiró por fin de la ventana y se dispuso a salir de aquella casa con Jazmín.

Pero cuando quisieron abrir la puerta, advirtieron que alguien le había puesto llave por el exterior.

—¿Qué significa esto? —exclamó Beryl—. ¡Estamos encerradas! Antes que Jazmín pudiera replicar se abrió la puerta y apareció la cruel Kasama, la terrible mayordoma de las esclavas de Mitriti.

ryl—. La princesa se ha declarado su enemiga porque nos ha protegido.

La misteriosa sacerdotisa salió inmediatamente a la calle y se dirigió en derechura al sitio donde se iniciaba la procesión. Los timbales, gaitas y cítaras dejaban oír sus melodiosos sonidos.

—Veamos la procesión —suplicó Beryl.

—No, no —respondió Jazmín—. Nos pueden sorprender y sería fatal! Esperemos que pase la procesión y regresemos al templo.

Pero pudo más la curiosidad de Beryl, quien, olvidando toda prudencia, sacó su cabeza fuera de la ventana.

—Mitriti va en un magnífico corcel árabe rodeada de sus soldados —decía Beryl—. Las esclavas la abanicán con plumas de pavo real. Es muy hermosa esta procesión.

—Magnífico —gritó Kasama—, encuentro juntas a las dos mal  
ditas muchachas.

Y aproximándose a Jazmín le arrancó bruscamente el velo.

—Creíste que podías engañarme, abyecta esclava —vociferó Ka  
sama—. Y tú también, perra cristiana —agregó rompiendo e  
velo de Beryl—. Harto me han hecho correr y más de un azote  
he recibido por culpa de ustedes. Ahora no se me escaparán  
Soldados, conducid a estas muchachas a la fortaleza.

Cuatro negros nubianos, armados de fusiles y cimitarras, se apodera  
ron de las jóvenes y las llevaron a la fortaleza de Omar-El-Hajj

—Todo por culpa mía —gemía Beryl—. Me divisaron en la ven  
tana cuando miraba la procesión. Perdóname, Jazmín.



El mendigo fué alejándose, poco a poco, de la multitud.

—Nuestro padre nos salvará —respondió la generosa Jazmín.  
Entretanto, la procesión de los Velos había llegado al templo, y  
la Oculta Sacerdotisa presidió la ceremonia sagrada.

—No importa —dijo Mitriti a Kasama—, hemos perdido una  
prisionera, pero tenemos en nuestro poder a Beryl y a Jazmín.  
Nadie estorbará nuestros planes. Todo está listo. Ya tengo ver  
dadero odio a esta ciudad. No se puede vivir aquí.

Y la princesa Mitriti, acompañada de la esclava Kasama, se di  
rigió a sus habitaciones sin dar una mirada a la Oculta Sacer  
dotisa del Templo.

Mientras se desarrollaban las ceremonias religiosas en el Templo

de la Luna, el mendigo —o sea, el padre de las mellizas Jazmín y Beryl—, preparaba la evasión de sus hijas y se mezclaba con la caravana de beduinos que habían llegado horas antes a Omar-El-Haji.

El mendigo fué, poco a poco, alejándose de la multitud y llegó hasta la fortaleza.

—Una limosna por amor a Alá, una limosna —gritaba el mendigo embozado en una amplia capa.

—Beryl —murmuró Jazmín desde su calabozo—. Oigo la voz de nuestro padre. Seguramente ya sabe que estamos en esta prisión.

—¿Qué puede hacer por nosotras? —musitó tristemente Beryl—.

El centinela está en la puerta. ¿Escuchas sus pasos?

Jazmín se aproximó a la reja de su calabozo y advirtió la presencia del mendigo en la escalera de piedra de la fortaleza.

—Está conversando con el centinela —dijo la joven aguadora—. Beryl. . . El centinela se aleja. . . ¿Qué habrá ocurrido?

Una sombra se deslizaba por el corredor de la prisión y un momento después una voz hablaba en las tinieblas:

—Vengo a salvaros. Cuando se abra la puerta corred hacia la Puerta de Luna. La Oculta Sacerdotisa del Templo se encontrará allí con caballos listos para huir lejos. Aguardadme en ese sitio, hijas mías.

El mendigo se escurrió entre las tinieblas del corredor y la puerta del calabozo se abrió lentamente.

—Vamos —dijo Jazmín a Beryl.

Las fugitivas encontraron el paso libre y con presuroso andar se dirigieron a los muros de la ciudad.

—Partiremos para siempre de Omar-El-Haji —decía Jazmín a Beryl—, y yo conoceré a mi madre.

—Sí, hermanita —asintió Beryl—. Mi padre es muy hábil y nunca fracasa en sus planes.

Al llegar a la Puerta de Luna, las jóvenes divisaron a la Oculta Sacerdotisa del Templo en el fortín de la guardia.

—¿Y mi padre y los caballos? —inquirió Beryl, anhelante.

—Aún no llegan —respondió la velada mujer.

Transcurrió una hora y el falso mendigo no aparecía.

(CONTINUARA).





**CAPITULO VIII.—**  
*Los terribles soldados del Kaimakán*

Quando la tribu de elefantes de Tambo y la nube de monos guiada por mamá Borora llegaron cerca de la caba

na, presenciaron una rara escena. Un animal (¿sería un animal tan raro?), que habría parecido una hiena si tuviera un solo pelo sobre la piel, caminaba vacilante delante de ellos, dando de pronto un brinco o una sacudida. Pretendía huir, pero sus patas se doblaban, haciéndolo rodar. Y no cesaba de aullar de miedo. Tambo, inquieto, llamó a Batutú. El negrito contestó con grandes risas. Después, abriendo la puerta, explicó:

—Es Noga, la hiena, que pretendió entrar a la choza y se coló por la chimenea. Cayó de cabeza en la olla, donde se dió un baño de arroz caliente.

Los monitos lanzaron chillidos de alegría. Los graves elefantes sacudieron sus trompas como si con ese movimiento espantaran el deseo de reír también.

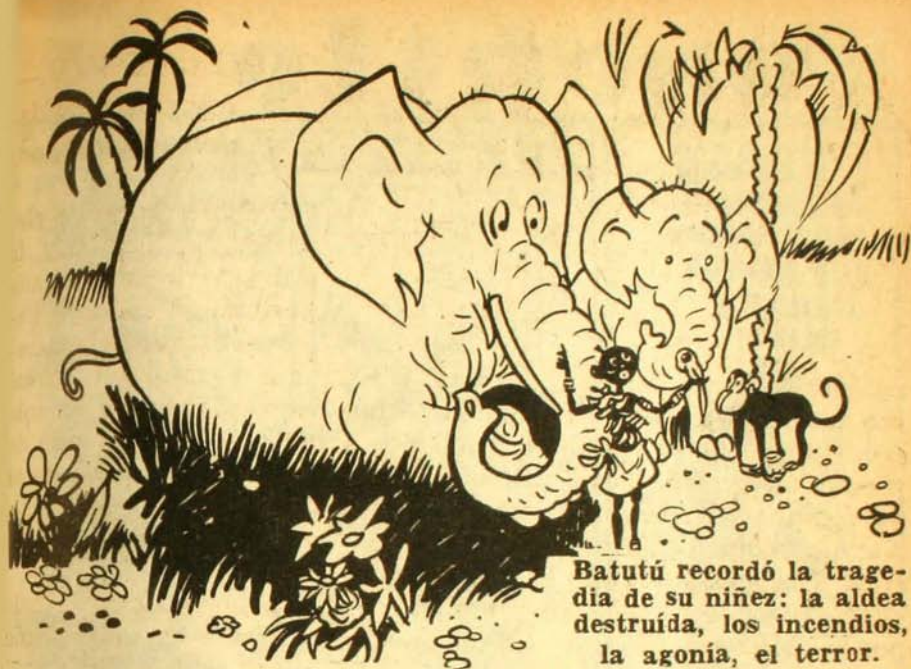
La hiena, furiosa con su derrota, reunió sus últimas fuerzas y se lanzó contra Batutú. Pero algo que parecía una roca se interpuso en su camino. Luego de estrellarse y sentir que todos sus huesos crujían, fué lanzada al aire y cayó sobre una cosa puntiaguda que la atravesó.

Era Paqui, el rinoceronte. Y cuando él embestía a alguno con su cuerno, ese alguien era enemigo muerto.

Libre de las malas bestias de la selva, que lo odiaron y que deseaban causarle daño, Batutú vivió tranquilo desde entonces.



**Noga, la hiena, estaba furiosa con su derrota.**



Batutú recordó la tragedia de su niñez: la aldea destruída, los incendios, la agonía, el terror.

Pero un día esa paz fué interrumpida. Kela, la caturra verde del bosque, llegó volando desalada, mientras gritaba:

—¡Alerta! ¡Vienen los hombres! ¡Sálvese quién pueda!

Tambo, el elefante grande, le dijo con severidad:

—Cálmate y dínos por dónde vienen, cuántos son y qué aspecto tienen.

La caturra descansó en una rama y, luego de alisarse las plumas, erizadas con tanto aleteo, contestó:

—Deben ser compatriotas de Batutú, pues tienen su mismo color. Marchaban abatidos y tristes. Parecen huir. No son muchos.

—¿Y por qué te asustas, entonces? —dijo Noa, la buena elefanta.

—Porque les siguen otros hombres, de piel bronceada y rostros feroces, que manejan látigos y cadenas.

—¡Los soldados del Kaimakán! —balbuceó Batutú, que de pronto recordó la tragedia de su niñez: la aldea destruída, los incendios, la agonía, el terror.

(CONCLUIRA).

**CUPON DEL**  
**CONCURSO**  
**Semanal** ❁  
 SIMBAD N.º 49  
 La Cámara de Dipu-  
 tados de Chile cuenta  
 con . . . . diputado:.

# Ponchito

...Y ABURRIDOS  
DE ESTAR EN EL  
PUEBLO, PONCHITO  
Y SU ABUELITA  
VUELVEN AL  
CAMPO



DE PURO GUSTO ME  
VOY A SUBIR AL PERAL,  
ABUELITA, PARA VER  
LOS ALREDEDORES



ESTA SI  
QUE ES  
VIDA



EN LA CIUDAD HAY QUE TENER  
CUIDADO HASTA AL CRUZAR LAS  
CALLES, PARA QUE NO LO  
ATROPELLEN



EN CAMBIO AQUI  
UNO HACE LO QUE  
QUIERE SIN TEMOR  
A LOS ACCIDENTES



¡OH! SE QUEBRÓ  
LA RAMA  
¡GUARDA ABAJOOO!



¡AYYYY!



# Pulgarcito

Una vez había un leñador y una leñadora que tenían siete hijos, todos pequeños. El menor, era tan chiquitín, que le llamaban Pulgarcito.

Llegó al fin un año muy malo, y la familia del leñador padeció tanta hambre que el matrimonio decidió deshacerse de sus hijos.

Cierta noche que el leñador estaba sentado junto al fuego en unión de su mujer, le dijo, con el corazón traspasado de dolor: —Ya ves, mujer, que no podemos alimentar a nuestros hijos yo no soportaré verlos morir de hambre ante mis ojos y he resuelto llevarlos mañana al bosque y abandonarlos allí a su suerte.

—¡Ah! —exclamó la leñadora—. ¡Yo no puedo, no puedo con sentirlo! . . .

Pulgarcito, habiendo oído desde su cama que sus padres les nombraban, se bajó muy despacito y fué a esconderse bajo el escabel de su padre, desde donde les pudo escuchar sin ser visto.

Cuando se volvió a la cama no pudo dormir ni un momento y se pasó toda la noche pensando qué podría hacer. Se levantó muy de mañanita y se fué a la orilla de un río, donde se llenó los bolsillos de piedrecitas blancas. Después se volvió a su casa.

El leñador y su mujer dijeron a sus hijos que debían acompañarlos a su trabajo y les llevaron a un bosque muy espeso. El leñador empezó a cortar ramas y ordenó a los niños que fueran formando haces con ellas. Viéndolos entretenidos, los padres se alejaron poquito a poco de ellos y después echaron a correr por un camino desconocido de los niños.

Cuando éstos advirtieron que estaban solos, empezaron a llorar. Pulgarcito no lloraba; él conocía perfectamente el camino para volver a su casa, pues, al salir, había dejado caer a todo lo largo del sendero las piedrecillas blancas que llevaba en los bolsillos.

—No lloreis, hermanitos míos. Yo sé cómo regresar a casa. Seguidme, pues.

Todos le siguieron y, andando siempre por el camino que mar-

aban las piedrecillas, llegaron a la puerta de su casa. Al principio no se atrevían a entrar, mas se apoyaron todos contra la puerta, para escuchar lo que sus padres decían.

En el momento en que el leñador y la leñadora habían llegado a su casa, un señor de la villa les había enviado diez escudos que, desde mucho tiempo, les debía, y que ellos no pensaban cobrar jamás. Esto les dió la vida, pues ya sabemos cómo el pobre matrimonio estaba casi muerto de hambre. El leñador envió seguida a su mujer a la carnicería, y como hacía tantos días que no probaban bocado, la buena mujer compró tres veces más carne de la que se necesitaba para dos personas. Mientras estaba asando la carne, la leñadora no dejaba de llorar, diciendo:

—¡Ay de mí! ¿Dónde estarán ahora mis queridos niños? ¿Qué harán ahora, perdidos en aquel bosque tan espeso?

El leñador se enfadó mucho con su mujer; ya le había oído decir aquellas mismas palabras veinte veces, y le aseguró que si volvía a oírse las una vez más le daría una paliza.

Y la leñadora seguía llorando:

—¡Ay!, ¿dónde están ahora mis hijos, mis queridos hijos?

Y una vez, lo dijo tan alto, qué, habiéndola oído los niños, que estaban a la puerta, empezaron todos juntos a gritar:

—¡Estamos aquí, estamos aquí!

La leñadora corrió a abrir la puerta, y no hay qué decir la alegría que tuvieron ella y el leñador al ver de nuevo a sus hijitos queridos. Todos juntos se sentaron a la mesa y comieron con el mayor apetito del mundo. Los padres estaban entusiasmados de ver con ellos a sus hijos, y esta gran alegría duró lo que les duraron los diez escudos. Más, una vez que se hubo gastado el dinero, volvieron a las penas, y el leñador volvió a su primera idea de



BLANK PAPER

Pulgarcito se escondió debajo del escabel de su padre y escuchó la conversación.

abandonar a los niños. Y, para lograrlo mejor, resolvieron llevarlos más lejos que la primera vez.

El leñador y su mujer no pudieron hablar tan bajo que Pulgarcito no les oyera, y se propusieron salir del apuro por el mismo sistema que la otra vez, mas, aunque se levantó muy de mañana para ir a buscar las piedras blancas, no pudo hacerlo porque encontró la puerta cerrada con doble vuelta de llave. No sabía qué hacer hasta que, habiendo dado la leñadora a cada uno de los niños un pedazo de pan para desayuno, pensó Pulgarcito que podría servirse del pan como se había servido de las piedrecillas, deshaciéndolo en miguitas que fueran marcándole el camino. No se comió, pues, el pan, sino que aguantó el hambre y se lo metió en el bolsillo.

El leñador y su mujer llevaron a los niños a un lugar del bosque que todavía más lejano, y, cuando los vieron entretenidos, se alejaron de ellos disimuladamente y los dejaron solos. Pulgarcito no se afligió, pues creía fácil encontrar el camino de su casa gracias a las miguitas de pan, que, al ir hacia el bosque, había ido esparciendo por el camino, mas, se halló tristemente sorprendido al no encontrar ni una sola migaja. Los pájaros se las habían comido.

Cuando llegó la noche y el viento movió los árboles, produciendo multitud de extraños rumores, los niños creyeron morir de miedo.

Pulgarcito trepó a lo más alto de un árbol, a ver si divisaba algo o alguien que pudiera salvarles y, después de mirar hacia todas partes, descubrió una lucecilla lejana.

Hacia allá guió a sus hermanos y, después de mucho andar y andar, llegaron a una casa de campo. Llamaron a la puerta y les salió a abrir una mujer.

—Somos unos pobres niños que nos hemos perdido en el bosque —dijo Pulgarcito— y os pedimos, por caridad, que nos alberguéis aquí esta noche.

La mujer se echó a llorar y les dijo:

—¡Ay, pobres niños! ¿Sabéis, acaso, a dónde habéis venido a parar? ¿No sabéis que ésta es la casa de un ogro que se come a los niños crudos?

—¡Ay, señora! —le repuso Pulgarcito que, lo mismo que sus hermanos, temblaba a más y mejor—. Y si no nos dáis albergue ¿qué será de nosotros? Los lobos nos comerán esta noche si

edad; al menos, si nos quedamos, antes de que el ogro nos co-  
podremos pedirle misericordia, y tal vez se apiade de nos-  
tros.

La mujer del ogro creyó que podía esconder a los niños, sin que  
su marido los viera, por lo menos hasta la mañana siguiente.  
Acababan apenas habían entrado, oyeron en la puerta tres aldabonazos  
terribles: era el ogro que volvía. La mujer escondió precipi-  
tadamente a los niños debajo de la cama y se fué a abrir. Lo  
primero que el ogro preguntó fué si la cena estaba dispuesta y  
si había vino abundante. Se sentó a la mesa y empezó a servir-  
le grandes tajadas de carnero asado, pero pronto interrumpió su  
comida.



Dejó caer a lo largo del sendero las piedrecillas blancas que lle-  
vaba en el bolsillo.

—Aquí huele a carne humana —dijo.

Y, esto diciendo, se levantó de la mesa y se fué derecho a la ca-  
ma, debajo de la cual miró.

—¡Así que me querías engañar, condenada mujer! —gritó, sa-  
cando de una oreja, uno tras otro, a los siete niños.

Los pobres niños se pusieron de rodilla, pidiendo gracia, mas era  
aquél el ogro más cruel de cuantos ogros han existido, y, en vez  
de apiadarse de ellos, los devoraba ya con los ojos, relamiéndose.  
Fué en busca de un gran cuchillo y empezó a afilarlo en una  
gran piedra. Había cogido ya a uno de los niños, cuando su mu-  
jer protestó:



de su cabeza, se estremeció de miedo. El ogro, al palpar las botas de oro, pensó:

“Verdaderamente, mis hijas son siete grandes princesas.”

En seguida, se dirigió a la cama de sus hijas, en cuyas cabezas puso los gorritos de los muchachos. Les cortó, sin vacilar, el pelo, y después, muy contento, se marchó a la cama.

Cuanto Pulgarcito oyó roncar al ogro, despertó a sus hermanas y les dijo que se vistiesen a escape y le siguieran. Muy silenciosamente bajaron al jardín y saltaron por encima del muro. Toda la noche corrieron, corrieron.

Cuando el ogro descubrió su error, juró vengarse y se calzó sus botas de siete leguas.

Se puso en camino, y, después de haber mirado y remirado en todas direcciones, y corrió hacia aquí y hacia allí, encontró al fin el camino que seguían los pobres niños, quienes se hallaban apenas a cien pasos de la cabaña del leñador, su padre. Desde allí habían visto al ogro saltar de montaña en montaña. Pulgarcito obligó a sus hermanos a ocultarse detrás de una roca próxima y él se escondió también, vigilando siempre los pasos del ogro. Este, que estaba muy cansado de la larga caminata, quiso descansar, y fué a sentarse precisamente sobre la roca tras la cual se hallaban escondidos los niños.

Se quedó dormido, y empezó a roncar de modo tan espantoso, que los pobres niños tuvieron el mismo miedo que cuando le vieron coger el enorme cuchillo. Pulgarcito, que era el que tenía menos miedo, indicó a sus hermanos que se fueran corriendo a su casa, mientras el ogro dormía, y que no se preocuparan de él. Los niños le creyeron y, corre que te corre, llegaron en un momento a su casa.

Pulgarcito, que se había acercado sigilosamente al ogro, le quitó las botas, con mucho cuidadito de no despertarlo, y se las puso. Las botas eran muy largas y muy anchas, mas, como estaban encantadas, tenían la rara propiedad de achicarse o agrandarse según quien se las calzaba.

Así, Pulgarcito robó al ogro las botas de siete leguas, de que se servía para perseguir a los niños, y se fué a la corte del rey.

Después de hacer el oficio de correo y haber reunido una fortuna considerable, volvió a casa de sus padres, quienes le recibieron con inmensa alegría.

# EL NIÑO DE LAS SELVAS

**RESUMEN:** Linda Hamilton, su tío Juan, el siniestro Guillermo Plug y su hija Elena exploran el Africa. Plug es quien ha organizado la expedición, para buscar un tesoro español. Linda, en cambio, se ha internado en la selva con la esperanza de hallar a su padre, el explorador Roberto Andrés Hamilton, desaparecido diez años antes. Linda cae a un foso y es salvada por Kendru, el Niño de las Selvas, quien la conduce a su vivienda, construida en un árbol. Kendru tiene un anillo de oro, con las iniciales R. A. H. Loéra que él le preste la sortija. Al aparecer Plug, Kendru se aleja. Elena roba ese anillo a Linda. y ella no sabe cómo explicarlo al Niño de las Selvas.



1. Kendru miró con frialdad a Linda al descubrir que no traía el anillo. —niña blanca prometió devolverlo y falta a su palabra. En ese instante un nito surgió de la selva y se aferró a las piernas de Kendru. La causa de espanto era el leopardo Chika. El muchacho no intentó protegerlo, y entonces Linda cogió una rama y golpeó a la fiera. Esta, rugiendo, se preparó a saltar sobre la niña, pero Kendru lo detuvo con una sola palabra y después se apartó indiferente, en un árbol. —¿Por qué no le defendías? —balbuceó Linda.



—La ley de la selva da la razón a Chika —dijo Kendru—. Goona, el mono, robó la carne a Chika. Si Chika mata a Goona, está bien. Goona puede ser compañero de Linda, que no devuelve el anillo... La niña palideció ante el insulto. Sin protestar, volvió al campamento. Goona caminaba tras ella, trepándose a los árboles y dando alegres chillidos.



3. En los días que siguieron, Linda no vio a Kendru. Guillermo Plug, ávido de hallar un tesoro que el padre de Linda mencionaba en sus documentos, estudió con Juan Hamilton un mapa del Africa, y trazó la ruta que debían seguir a través de la jungla. Linda se había agregado al "safari" con la esperanza de encontrar a su padre, pero a Plug lo guiaba sólo la codicia.

(CONTINUARA)



## CAPITULO XII FINAL.— La dic- inmensa de Pervin- ca.

El doctor Garder, pre-  
dado de la belleza  
dulzura de Pervinca,  
volvió hacia su hijo  
Raúl y le dijo:

—Tu protegida es una  
chica. perfectamente  
normal. Retiro las pa-  
bras severas que pro-  
nuncié contra ti, hijo  
mío. Actuaste bien al  
traer aquí a esta niña  
explotada por un mal  
hombre. Pervinca, ni

tengo intenciones de abandonarte ni de devolvarte a tu vil tutor  
pero la situación es muy delicada. No puedo retenerte sin auto-  
rización legal. Probar la culpabilidad de Enrique Velcort es asunto  
judicial. En verdad, no sé qué hacer. . .

En ese momento se oyeron pasos precipitados y Rosita abrió brus-  
camente la puerta, gritando:

—Papá, papá, se ha producido un milagro. . .

—¿Un milagro? —exclamó el doctor Garder—. ¿Será ese mila-  
gro tan grande como para justificar la manera brutal de entrar  
en un aposento sin pedir permiso?

—Sí, sí, papacito —declaró Rosita, más y más exaltada—. Acaba-  
mos oír por la radio que la mamá de Pervinca fué encontrada  
viva.

—¿Mi mamá? —gritó Pervinca.

—Calma, calma, niñas —intervino el doctor Garder—, y explí-  
quense con mayor claridad.

—Estábamos escuchando las noticias del día —expresó Clara—  
y oímos que el locutor daba cuenta de que la gran actriz Mona Ber-  
ger fué encontrada en un islote del Océano Atlántico, junto con  
sus demás compañeros de avión.

Pervinca estaba más pálida que la cera. El doctor Garder la ayudó a reclinarsse en un sofá y retuvo su helada manito entre las manos.

Raúl —ordenó el médico a su hijo mayor—, llama a la radio y dile la noticia y comunícale de mi parte que Alejandra Fofa, la hija de la artista Mona Berger, se encuentra en nuestra capitanía. Pídele también pormenores del rescate de los pasajeros del avión perdido.

Pervinca murmuraba, quedamente:

Mamá, mi mamacita...

Quieta, quieta Pervinca —aconsejaba el buen doctor—. En pocos minutos nos impondremos de la verdad. Mientras tanto, anda acostumbrándote a la idea de tu felicidad.

Raúl llegó en seguida con el completo relato que todos anhelaban.

El avión en el cual viajaba Mona Berger se vió obligado a efectuar un forzado aterrizaje en un islote del Atlántico. La radio del avión no funcionaba y el piloto no pudo indicar su posición. Por suerte, un navío averiado hizo escala cerca del islote y se informó de la suerte de los pasajeros del avión.

—El capitán del barco envió un radiograma, comunicando que todos los naufragos del aire se encuentran en perfecta salud,—añadió Raúl Garder.

—¿Entonces, todavía estarán en ese islote? —preguntó alarmada Pervinca—. ¿Y pueden sucumbir de nuevo?...

—Nunca ocurren dos catástrofes seguidas —dijo sonriendo el doctor Garder—. Pervinca, vas a servirme un buen desayuno, que bastante lo necesitas, y creo que a mediodía tendremos buenas noticias.

—Querría saber adónde llevará ese barco a mamá

—murmuró Pervinca—.



—Mamá —exclamó Pervinca—, oigo tu voz, querida. Ahora sí que creo que estás viva.

¿Doctor, no cree usted que ella debería volver a casa me-  
—Escuchen —gritó la vivaracha Rosa—, la radio hace un no-  
lesco relato de la vida de Pervinca. Habla del secuestro de  
infame tutor, del heroico salvador de la secuestrada Alejan-  
Fores. Raúl, ya eres célebre...

La postración de Pervinca inquietaba al doctor Garder.

—No puedo creer —gemía la niña—. Es otra pesadilla más.  
Tantas veces que despertaba en la noche viendo a mamá ju-  
a mí.

Sonó el teléfono...

—Llaman de larga distancia a la señorita Alejandra Fores.  
Pervinca saltó como impulsada por una fuerza eléctrica.

—¡Mamá! —gritó la niña—. Oigo tu voz querida. Ahora sí  
creo que estás viva. ¿Vendrás a verme?

—Muy pronto y para toda la vida —respondió Mona Berger.  
Se sucedieron los días más felices para Pervinca.

—Es tan grande mi alegría —decía Pervinca a sus amigos Ga-  
der—, que casi no creo en mi felicidad.

—Enrique Velcort no debe estar tan contento como tú —di-  
Raúl sonriendo.

—Seguramente huirá del país —sugirió Rosita.

—Y ahora será él quien huya de los carabineros —añadió Cl-  
ra—; pero si viene al bosque, no le prestaremos la choza.

El doctor Garder recibió una mañana, muy de madrugada,  
telegrama del puerto, anunciándole la llegada del barco en q-  
viajaba Mona Berger.

—Arriba todos —ordenó el médico—. Vamos a partir en el p-  
mer tren al puerto.

Cerca del mediodía el doctor Garder, Raúl, las mellizas, Rosi-  
Clara y Pervinca se instalaron en el muelle, en espera del barco  
que ya comenzaba a atracar.

—Mamá, mamá —gritó Pervinca, al divisar a una dama q-  
alzaba su pañuelo.

Un abrazo prolongado y besos mezclados de lágrimas marcaron  
el final de la tragedia.

Mona Berger se desprendió de los brazos de su hija para tend-  
su mano al doctor Garder.

—¿Cómo agradecerle todo lo que ha hecho por mi hija, doctor  
—balbuceó Mona Berger.

—Yo hice bien poca cosa —declaró Garder—. Mi hijo Raúl e-

éroe de la jornada. Su automóvil la aguarda, señora, y una  
tación en nuestra casa para que no se separe de su hija. ¿Su  
paje?

o envié directamente a casa —explicó Mona Berger—; pero  
o conmigo una maleta. No querría importunarles por mucho  
po.

importunarnos —protestó Clara—. Nosotros no deseamos se-  
arnos más de Pervinca.

niña guardaba silencio embelesada en la contemplación de su  
dre, cuya mano oprimía como para convencerse de que no  
juguete de un sueño.

rante el viaje en automóvil, el doctor Garder impuso a Mo-  
Berger de los trágicos sucesos que amenazaban la vida v la  
ón de Pervinca.

La conducta de mi empresario ha sido infame —declaró Mo-  
Berger—. Iré a visitarle.



Raúl. —dijo Pervinca—, no hay en el mundo seres más felices que  
nosotros.

—El castillo de Valle Alegre está a menos de cinco kilómetros de nuestra casa —expresó Raúl Garder—. Podríamos acompañarla a usted con papá.

Esa misma tarde todos se dirigieron al sombrío castillo de Valle Alegre. Pervinca experimentó una terrible angustia cuando llegaron a la alta reja del viejo castillo.

El jardinero que abrió la reja, al divisar a Pervinca, exclamó: —La señorita Alejandra...

Mona Berger le cortó la palabra y dijo:

—Soy Mona Berger y deseo ver al señor Velcort.

—El señor Velcort partió precipitadamente, sin dejar su dirección y sin pagar los sueldos al personal. Si la señora desea entrar...

—¿Quieres recoger alguna cosa en tu cuarto? —preguntó Mona Berger a su hija.

—Nada, nada —murmuró Pervinca—. Partamos, mamá. No quiero entrar a esa casa.

—Ordenaré que les sean pagados sus sueldos —dijo Mona Berger al jardinero.

Felices se alejaron todos de la nefasta mansión, para nunca volver.

Semanas después, Mona Berger y Pervinca se instalaban en el precioso departamento y Pervinca volvía a dormir en ese nicho azul preparado con tanto amor por su linda mamá.

Felizmente Enrique Velcort no se atrevió a disponer de la fortuna de Mona Berger y, aunque nunca más se le vió en el país, no alcanzó a tocar un centavo del dinero de la artista.

La íntima unión de la familia Garder con Mona Berger y Pervinca perduró por largos años.

Durante las vacaciones se reunían en la casa de campo del doctor Garder. Pervinca y Raúl visitaban con frecuencia la choza del bosque, la cual no dejaron deteriorarse.

—Aquí empezó nuestra dicha, amada mía —dijo una día Raúl Garder a su prometida, la linda Pervinca—, y aquí hemos sellado nuestro amor.

—Raúl —balbuceó Pervinca, estrechando la mano de su novio—, ¿es posible que existan en el mundo seres tan felices como nosotros dos?



# GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos diputados tiene la Cámara de Diputados de Chile?

Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 llaveros, 5 juegos de pimpón, 5 chaucheras, 10 reglas para colegiales, 10 paquetes de Vitalmín Vitaminado, 10 libros de cuentos infantiles.

## SOLUCION AL CONCURSO N.º 46.

Dante Alighieri en "La Divina Comedia" describe nueve infiernos.

Premiados con dos tinteros colegiales, un paquete de Vitalmín Vitaminado, un libro de cuentos infantiles y un juego de lotería: E. Alenualli, Osorno; Oberleiter, Viña del Mar; Marlene Narváez, Copiapó; Moisés Golchweig, Santiago; Elsa Jara, San Bernardo; María Cristina Sanhueza, Valparaíso; María Elena Aldunate, Santiago; Blanquita Lillo, Lebu; Narciso Coiro, Los Andes; Etelinda Peralta, Pailahueque, y Víctor Casarino, Santiago. Estos fueron los únicos concursantes que enviaron soluciones correctas. Por tanto, les dimos no sólo el premio que les correspondía, sino tres premios de los designados para ser repartidos en este concurso.

UNA DE REGOCIJO GENERAL SERA PARA LOS LECTORES DE "SIMBAD" LA APARICION DEL EJEMPLAR N.º 50.

## ¡DERROCHE DE PREMIOS!

500 en dinero efectivo y UNA SUSCRIPCION SEMESTRAL A "SIMBAD". Además los premios habituales. No deje de participar en esta FIESTA DE "SIMBAD". Adquiera con anticipación su ejemplar N.º 50. Se agotará rápidamente. Un material seleccionado especialmente para este número, con las picardías de Ponchito, Pelusita y Pimpín El Aventurero, serán el final de esta fiesta de "SIMBAD".

## SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL, \$ 90.—

SEMESTRAL, \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.



# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO XIV.—El juramento

Cuando Andret, Denoalen y Gondoine, los cobardes, los traidores, vieron sola a la reina, dijeron al rey Marcos:

—Sire, ¿por qué no le exigís que se justifique ante el reino? es inocente, nada debe temer. Que jure sobre los huesos de los santos que no te traicionó y que después coloque sus manos sobre el fuego. Todas las sospechas quedarán disipadas.

—¡Callad, cobardes! —gritó el rey, indignado—. La acusáis porque no está Tristán para defenderla. A él lo desterré por culpa vuestra. Ahora os destierro a vosotros, porque tenéis el alma ruin y cobarde.

Los barones contestaron:

—Nuestros castillos son fuertes y están bien amurallados.

Y, sin saludar al soberano, volvieron bridas.

Cuando Isolda conoció este altercado, dijo al rey:

—Sire, mandadlos llamar. No os enemistéis con vuestros vasallos. Me justificaré con el juramento. Pero exijo que enviéis un mensajero al rey Arturo para que acuda con sus caballeros Gauvain, Giffert y Ke, el Senescal, y aguarden en la llanura blanca, a la orilla del río que separa vuestros reinos. Ahí, ante ellos, quiero prestar el juramento y no delante de los barones solos. Porque, apenas hubiera jurado, querrían imponerme una nueva prueba y nunca terminarían mis tormentos.

Ese mismo día Isolda envió un mensaje secreto a Tristán de Loonnois que, cumpliendo su promesa a la reina, se mantuvo oculto en la choza del guardabosque Orri.

Cuando llegó la hora del juicio, el rey Marcos, Isolda la Rubia y los barones de Cornualles cabalgaron hasta la ribera del río. Desde el otro lado, Arturo y sus caballeros los saludaron con banderas desplegadas.

Sentado a la orilla del agua, un miserable peregrino, envuelto en su capa, tendía su escudilla de madera pidiendo limosna. Los barqueros de Cornualles se acercaron remando. Cuando es

erón cerca, Isolda preguntó a los caballeros que la rodeaban: Señores, ¿cómo podré desembarcar en tierra firme sin mojar el fango mis largas vestiduras? Alguien tendría que ayudar-

o de los caballeros llamó al peregrino:

Amigo, trasporta a la reina.

El hombre alzó a la reina en sus brazos. Ella, en voz muy baja, dijo:

Amigo!

Luego, en voz más baja aún:

Tropieza y déjame caer en la arena.

Tropizó él y cayó, sujetando a la reina entre sus brazos. Pajes y escuderos se lanzaron a ayudarla y querían golpear al peregrino.

Pero Isolda los contuvo, dió al mendigo un broche de oro y dijo:

Dejadlo. Sin duda una larga peregrinación ha debilitado sus fuerzas.

Ante el pabellón del rey Arturo, se hallaban expuestas las riquezas de los santos. La reina, después de pronunciar sus oraciones, se quitó las joyas y se las dió a los pobres mendigos. Se desprendió en seguida de su manto y lo dió también. Asimismo entregó su chal de seda y sus chapines cuajados de piedras preciosas. Luego avanzó hacia los dos reyes. Temblando, tendió su mano derecha y juró:



Nuestros castillos son fuertes y están bien amurallados —contes-  
taron los traidores.



Tristán silbaba imitando el canto del ruiseñor e Isolda acudía a su llamado.

—Rey de Logres, y vos, rey de Cornualles, y todos vosotros, ¿quién que jamás hombre alguno me ha tenido entre sus brazos, excepto el rey Marcos, mi señor, y el pobre peregrino que, hace un momento, cayó a vuestra vista sosteniéndome. Rey Marcos, ¿satisface mi juramento?

—Sí, reina, y que Dios lo confirme.

—Amén —dijo Isolda.

Se aproximó al brasero, pálida y vacilante. Mantuvo sus manos sobre las llamas. Después extendió sus brazos en cruz, con las palmas abiertas. Estaban intactas.

Entonces, de todos los pechos se exhaló un grito de alabanza a Dios.

Isolda estaba salvada y esa noche, antes de alejarse para siempre, Tristán se aproximó al palacio. Isolda permanecía en el lecho, con los ojos abiertos. De pronto, por la entreabierta ventana que cruzaban los rayos de la luna entró el canto de un ruiseñor.

—Es Tristán —murmuró la reina—. Así, en la selva de Morro para arrullarme, imitaba a los pájaros cantores. Amigo, nunca más oiré tu voz.

La melodía vibró más ardiente.

—¡Ah, calla, que la muerte nos acecha! Pero, ¿qué importa la muerte? Me llamas y voy.

(CONTINUARA)





# Simbad

№ 50

EL NIÑO DE LAS SELVAS

\$ 2.-



# Pimpin

EL AVENTURERO



POR

THEMISTOCLES  
OBOS F.

MIRA, PUCHO, UNA LÁMPARA  
IGUAL A LA DE ALADINO!...

EN EL CUENTO SE LA  
FROTABA Y APARECÍA  
UN GENIO!...



18-1

...Y LE DABA AL QUE LA  
POSEÍA TODO LO QUE  
ÉSTE LE PEDÍA. AH,  
SI FUERA VERDAD!...

PERO ESO NO PASA MÁS  
QUE EN LOS CUENTOS.

SOÑAR NO CUESTA  
NADA!...

FROTA



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA



Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ  
(Roxane)

AÑO I

N.º 50

Precio: \$ 2.—

16-VIII-1950

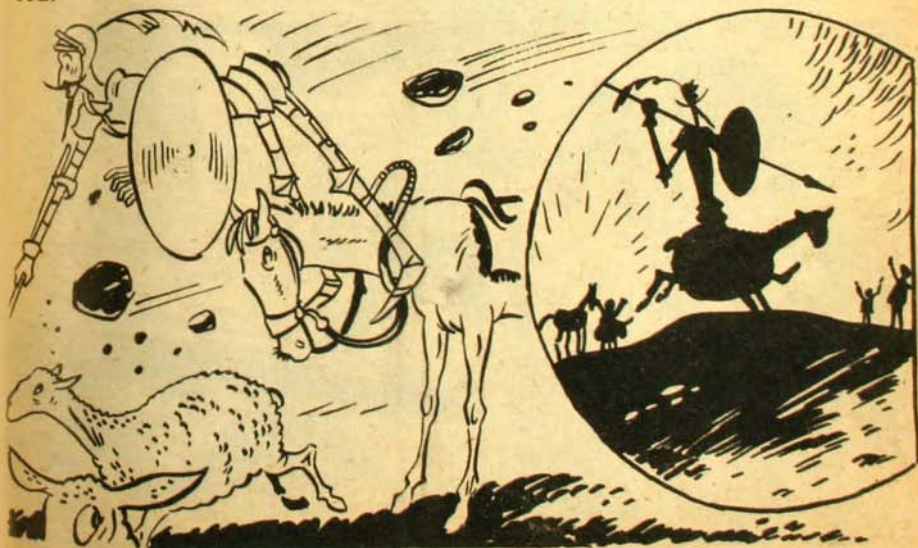


## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPITULO X.— *Primera victoria.*

Don Quijote de la Mancha, lanza en ristre, se dispuso a atacar a los ejércitos enemigos.

—No son guerreros, sino ovejas y carneros —observó Sancho Panza juiciosamente, y al ver que el caballero andante se precipitaba al asalto, empezó a gritar—: ¡Vuélvase vuestra merced!



Desmontado por el peñascazo, quedó cabalgando sobre un carnero.



Yendo así en la noche oscura...

peó en la espalda al desafortado combatiente, con tal fuerza que lo sacó de la montura. Don Quijote quedó cabalgando sobre un pobre carnero que, asustado, emprendió la fuga. Un segundo peñascazo desmontó al hidalgo. En seguida los pastores arrearon su rebaño lo más lejos posible.

“A ese pobre Sancho, el miedo lo hace ver visiones —pensó Don Quijote—. Miren que confundí una mesnada con un rebaño, una armadura de hierro con vellones de lana y el sonar de los clarines con los balidos.” Y mostrando en su rostro un gesto compasivo, alanceó a las ovejas. Los pastores, que en vano gritaron para alejarlo, terminaron por defender a pedradas su ganado en peligro.

Una de las pedradas gol-



Don Quijote arremetió con brio y los encamisados huyeron.

—¡Ah, ya comprendo!  
—exclamó Don Quijote,  
levantándose dolorido,  
cuando la primera piedra le  
cayó encima—, esto es culpa del  
nieto Frestón, mi enemigo.  
Convirtió los ejércitos  
en hatos de carneros para  
que yo no alcanzara la  
victoria. Pero buscaré a  
unos guerreros disfrazados  
con pieles de ovejas y los  
haré morder el polvo.

—Señor, si me permitís  
un consejo, sería mejor  
que buscáramos algo que  
comer —insinuó Sancho  
Panza, que se moría de  
hambre.

Anocheecía ya. Los jinetes reemprendieron la marcha. Yendo así  
en la noche oscura, el escudero hambriento y el amo con ganas  
de comer, vieron venir hacia ellos gran multitud de lumbres. Pa-  
recían estrellas caminan-  
tes. Sancho, asombrado,  
tiró del cabestro de su  
asno. Don Quijote acortó  
las riendas de su rocín.  
Las luces se acercaban ca-  
da vez más y Sancho em-  
pezó a temblar.

—¡Fantasmas! —susur-  
ró.

—Fantasmas o no —re-  
puso Don Quijote—, los  
combatiré con gran valor.  
Sin embargo, no se movió  
de su sitio. Cuando aque-  
llas candelas llegaron más  
cerca, descubrieron mu-



Sancho se aproximó feliz.



Reunió las vituallas.

chos encamisados, con antorchas encendidas en las manos. De atrás de ellos avanzaba una litera cubierta de luto.

—Ahí traen a un malherido o muerto caballero y yo debo verlo —decidió Don Quijote, y sin vacilar se plantó en el camino—. ¡Yo os castigaré, truhanes!

Y arremetió con brío. Las encamisados, revueltos y envueltos en sus faldas, escaparon a duras penas de los golpes de espada. Don Quijote quedó victorioso.

Los fugitivos eran novicios de una orden religiosa y llevaban a enterrar a un feligrés. Creyéronse atacados por el diablo en persona y no pararon de correr hasta llegar a su convento.



Oyó un extraño eco de hierros y cadenas. Sancho amarró las patas de Rocinante.

Feliz, porque aquella aventura era la primera en la cual no resultaban apaleados, Sancho se aproximó al lugar de la lid y, encontrando una mula cargada con vituallas, hizo buena provisión.

Minutos después, Rocinante y el Rucio cabalgaban hacia una loma. Allí, sobre la verde hierba, Sancho y Don Quijote almorzaron, comieron, merendaron y cenaron a un mismo punto, con las provisiones de los señores clérigos.

Cuando terminó de masticar, Sancho se quejó:

—Tengo sed. Estas hierbas prueban que hay por aquí alguna fuente o arroyo.

Comenzaron a caminar por el prado arriba, a tientas, porque la obscuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna. De pronto escucharon un gran ruido de agua. Se alegraron, pero el contento les duró poco. Al rumor del agua, se agregaba un extraño eco de hierros y cadenas. Sancho, aterrado, quería huir. Don Quijote le dijo:

—No te asustes con un estruendo cuya causa ignoras. Puede tratarse de un encantamiento, de una magia terrible, pero yo afrontaré el peligro.

Embrazando su rodela, añadió:

—Aprieta un poco las cinchas a Rocinante y quédate con Dios, y espérame aquí hasta tres días no más. Si no volviere, puedes tú regresar a nuestra aldea.

Sancho dijo llorando:

—¿Por qué tentar al diablo, señor? No vayáis o, al menos, esperad que aclare el día.

—Escudero, aprieta bien las cinchas y no trates de detenerme.

Comprendiendo que sería inútil insistir, Sancho recurrió a un ardid. Cuando ajustaba las cinchas, amarró con el cabestro de su burro las dos patas traseras del caballo Rocinante.

Cuando Don Quijote quiso partir al galope, su corcel sólo pudo dar saltos y saltos, sin avanzar ni poco ni mucho.

Sancho Panza dijo cándidamente:

—Ved, señor, cómo el cielo escuchó mis plegarias y no permite que vayáis en busca de la desventura.

—¿Y tendré que esperar el alba? —exclamó Don Quijote, desesperado.

—Así, es, señor. Y para haceros más breve la espera, os contaré cuentos hasta que amanezca.



Rocinante saltaba sin poder avanzar.

(CONTINUARA)

# Jazmín



## CAPITULO XI.— *El robo de las joyas del templo.*

Jazmín y Beryl, al ver que el mendigo no acudía a Puerta de Luna, comprendieron que el plan de fuga había fracasado. —¿Dónde estará mi padre? —preguntaba más y más inquieta Beryl.

—Ya regresa la guardia —dijo de pronto la velada sacerdotisa del Templo de la Luna—. Alejaos de aquí... Algo ha ocurrido. No conviene que los soldados de la guardia os vean.

—Pero mi padre nos dijo que le esperaríamos aquí —protestó Beryl.

—Tal vez está en peligro —replicó Jazmín—. Yo iré a buscarlo, mientras tú te quedas esperándole.

—Iremos juntas —decidió Beryl.

—No, no —insinuó Jazmín—; es una locura que nos expongamos al peligro. Conozco la ciudad mejor que tú y puedo burlar fácilmente a mis enemigos.

Jazmín salió del bosquecillo de palmeras y corrió hacia la fortaleza. Allí escuchó una algazara de soldados, mujeres y niños que gritaban como locos.

El mendigo huía perseguido de cerca por los árabes y se encontró de frente con Jazmín.

—Pronto, pronto, déme su capa —dijo Jazmín al mendigo—, y corra usted al bosquecillo de palmeras. Yo trataré de ocultarme en las habitaciones de la sacerdotisa.

—Mi buena Jazmín —murmuró el falso mendigo—. Es mejor que yo huya lejos, porque si me cogen, ustedes dos están perdidas. Toma mi capa... Yo burlaré a mis perseguidores.

Jazmín, disfrazada con la raída capa del mendigo, tomó otra dirección y logró engañar a los soldados, que perdieron de vista a su padre.

*RESUMEN: Jazmín y Beryl han huído varias veces de la persecución de la princesa Mitriti, quien pretende reducir las a la esclavitud. El padre de las mellizas Jazmín y Beryl disfrazado de mendigo las protege y forja un plan para huir con ellas de la ciudad árabe.*

La joven aguadora se introdujo por la puerta secreta del templo, y jadeante de tanto correr se dejó caer sobre un diván. De pronto escuchó pasos que provenían de la sala contigua a la del tesoro, y entreabriendo sigilosamente las cortinas, divisó a la princesa Mitriti que reunía las joyas del tesoro y las iba colocando en una bolsa roja.

—¿Qué proyecta nuestra enemiga? —se dijo Jazmín—. Es preciso que le impida llevarse el inmenso tesoro del templo.”

Mitriti continuaba llenando su bolsa roja con diademas de brillantes, esmeraldas, rubíes, perlas, topacios y demás piedras preciosas.

Apenas Mitriti salió de la sala del tesoro y entró en la vecina habitación, Jazmín la siguió cautelosamente.

—Yo sé que ese cuarto no tiene otra puerta que la que comunica con la sala del tesoro —se dijo Jazmín—. La dejaré encerrada allí mientras corro en busca de la Sacerdotisa del Templo.

Hecho esto, Jazmín retrocedió hacia los jardines, y grande fué su sorpresa al ver al mendigo, a Beryl y a la sacerdotisa, que venían hacia ella.

En breves palabras la joven refirió el robo de las joyas.

—Pero no puede huir Mitriti, —expresó Jazmín—, porque la tengo prisionera en la habitación contigua al tesoro.

La oculta sacerdotisa y sus acompañantes entraron en la sala del tesoro y se prepararon para el ataque o defensa, que era lógico suponer, de parte de



Mitriti colocó las joyas en una bolsa roja.

la princesa Mitriti. Mientras Beryl abría la puerta, Jazmín y el mendigo estaban alertos.

La puerta se abrió bruscamente, pero Mitriti se había esfumado.

—No comprendo —insinuó Jazmín—. Aquí no hay otra puerta y hace menos de cinco minutos que dejé encerrada a Mitriti. Sólo por arte de magia ha podido salir de aquí.

—El Visir Suleim Hassan, quien construyó este templo y el Palacio de los Opalos —explicó el mendigo—, era un maestro en secretos. Casi no hay un aposento aquí, o en el palacio de los sultanes, que carezca de una misteriosa salida. Su signo acostumbrado era la séptima piedra al lado izquierdo de la puerta. Moviendo esa piedra se abría un pasaje secreto. Veamos si este método resulta.

El mendigo se aproximó a la séptima piedra, apoyó su dedo en el rincón de la piedra y las tres mujeres quedaron atónitas al ver que giraba y dejaba en descubierto un pasadizo.

—Qué sorpresa —murmuró Beryl.

—No podemos dejar que Mitriti se lleve las joyas —dijo el padre de las mellizas Jazmín y Beryl—. Es preciso obrar con rapidez. Jazmín, tú conoces mejor que nosotros el palacio. Haz lo posible por recuperar el tesoro. Mitriti se lleva también el tesoro que Beryl guardaba en la caverna. ¿Te atreverías a intentar esa empresa?

—Por cierto —respondió la valiente aguadora—. ¿Adónde me dirigiré cuando recupere las joyas?

—Yo me marcho al oasis de El Karma —indicó el mendigo—. Aguarda que llegue una cabalgata del oasis, y cuando la veas entrar a los muros de Omar-El-Haji, aprovecha esa oportunidad para reunirte con nosotros. ¿Has comprendido bien, Jazmín?

—Sí, padre —asintió Jazmín.

El mendigo cogió ambas manos de Jazmín y la miró con ternura. —Algún día sabrás muchas cosas, hijita mía —prosiguió el mendigo—, pero no tenemos tiempo que perder. Toma esta linterna eléctrica. Se maneja apretando el botón... Adiós, Jazmín, y que Dios te proteja...

Jazmín avanzó por el túnel secreto, mientras su padre cerraba la puertecilla. Ahora comprendía la presencia inesperada de Mitriti o de Kasama en las habitaciones del templo. Los secretos del sultán Suleim Hassan eran conocidos por la princesa Mitriti.





Un pasadizo secreto se abrió ante ellos.

El túnel conducía directamente a una muralla que cerraba el paso. A la luz de la linterna eléctrica, Jazmín descubrió un disco en el muro, y al punto se dió cuenta de que era el que abrió el paso hacia el ropero donde Mitriti guardaba los obsequios que le hacían sus visitantes. Se recordará que por ese sitio había huído días antes la joven aguadora, llevando el traje de Beryl.

Desgraciadamente no pudo encontrar el secreto que abría el disco y tuvo que recurrir al método de su padre. Y, así, por fin, una de las piedras giró al contacto de sus dedos.

Gruesa cortina ocultaba la brecha en el muro.

Una voz muy cercana conmovió a Jazmín.

—Te repito, Kasama —decía Mitriti a su mayordoma—, que no podemos permanecer más tiempo en Omar-El-Haji. Resulta peligroso.

—¿Qué puede temer, mi princesa? —preguntó Kasama—. Si



La princesa vestía un lujoso traje.

La valiente niña se arriesgó a salir de su escondite y atravesó sigilosamente la estancia, hasta llegar al umbral de la lujosa antecámara de Mitriti.

De pie, frente a una mesa, la princesa examinaba el libro con un escudo idéntico al que tenía el anillo de Jazmín y el de Be-

vienen los enemigos, usted tiene soldados que la defiendan. Jazmín recorrió un poco el cortinaje y divisó a Mitriti vistiendo un lujoso traje. ¿Dónde estarían las joyas que había sustraído al tesoro del templo?

—Debemos marcharnos de aquí —prosiguió Mitriti—. Estoy cansada de la amenaza continua que cae sobre mí, y después de todo, con las joyas que llevo, me sobra para comprar una ciudad más importante que Omar-El-Haji.

—¿No sería posible quedarse con los tesoros, y además con esta ciudad? —insinuó Kasama.

—Así lo pensaba yo —declaró Mitriti— y quise separar a las dos hermanas, enviarlas al desierto como esclavas y terminar también con el padre de esas muchachas. Pero ya es tarde; un peligro me amenaza más allá del desierto.

Jazmín escuchaba atónita la conversación de Mitriti y Kasama.

¿Qué poder extraño perseguiría a la princesa?

Ambas mujeres pasaron a otra habitación y reinó el silencio.

ryl. Sobre la mesa brillaba el enorme topacio y del brazo de Mitriti colgaba la bolsa de terciopelo rojo con las demás joyas del tesoro.

Jazmín advirtió que Mitriti colocaba el libro y el topacio en la bolsa roja, y que en seguida salía de la estancia dejando la bolsa sobre la mesa.

—Ahora o nunca —se dijo Jazmín acercándose a la mesa y huyendo con el tesoro.

Fácil le fué retornar por los túneles secretos y llegar hasta las habitaciones de la Oculta Sacerdotisa del Templo.

Era tal el júbilo de Jazmín, que reía sola y exclamaba gozosa:

—Busca el tesoro, Mitriti, búscalo cuanto quieras, pero no lo hallarás.

Al entrar en la estancia donde habían quedado su padre y Beryl, Jazmín recordó que el mendigo le había dicho que aguardara a los jinetes blancos que vendrían del desierto.

—Iré a ver si ya están en los muros —murmuró Jazmín—, y para mayor seguridad, esconderé el tesoro bajo estos cojines.

Cubierta con un velo negro, que dejaba sólo sus ojos en descubierta, Jazmín corrió hasta el muro cercano al templo y, trepándose al parapeto, miró hacia el desierto.

Su inquietud crecía a medida que transcurrían los minutos.

“¿Vendrán pronto nuestros salvadores? ¿Qué habrá ocurrido?” —cavilaba Jazmín.

De pronto divisó a lo lejos una cabalgata.

—Son ellos —murmuró Jazmín—, les reconozco por el yelmo blanco y el traje color caqui.

Saltando del parapeto, la niña entró de nuevo en el Templo de la Luna en busca de la bolsita roja. Nadie obstruyó el paso. Anhelante alzó los cojines y de sus labios brotó un grito de pavor.

La bolsa con las joyas había desaparecido.

(CONTINUARA).

## SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL. \$ 90.—

SEMESTRAL. \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.



CAPITULO IX Y  
FINAL.— Doble  
cerco.

La tribu de Bonga-Bonga fué sometida a esclavitud cuando los soldados del Kaimakán arrasaron la aldea. Sólo pudo salvarse el ne-

grito Batutú, que fué acogido en la selva como el hijo de los elefantes. Tres malas criaturas de la jungla odiaron a Batutú: Noga, la hiena, Farka, el chacal, y Escama, el cocodrilo. Ahora estaban muertos.

El negrito ya no tenía enemigos en el bosque, pero Kela, la caturra verde, trajo cierto día una noticia alarmante: los secuaces del Kaimakán habían regresado, persiguiendo a los nativos de Bonga-Bonga.

Los esclavos huían impulsados por el terror, con la insensata esperanza de salvarse. ¿Qué refugio podían hallar en la selva?, ¿qué ídolo evitaría que sus verdugos les capturaran? Llegaron al lugar donde estuvo la aldea. No quedaban rastros de ella. Los escombros, las cenizas, se habían mezclado con la tierra. Pero aquél era el suelo natal y todos cayeron de rodillas.

Así les halló el Kaimakán, indefensos, dispuestos al sacrificio, y sonrió con crueldad. Ordenó que sus hombres rodearan a las víctimas y cuando vió que la barrera humana estaba cerrada y no permitiría escapar a nadie, más vil que la hiena, el chacal y el cocodrilo, desenvainó la cimitarra.

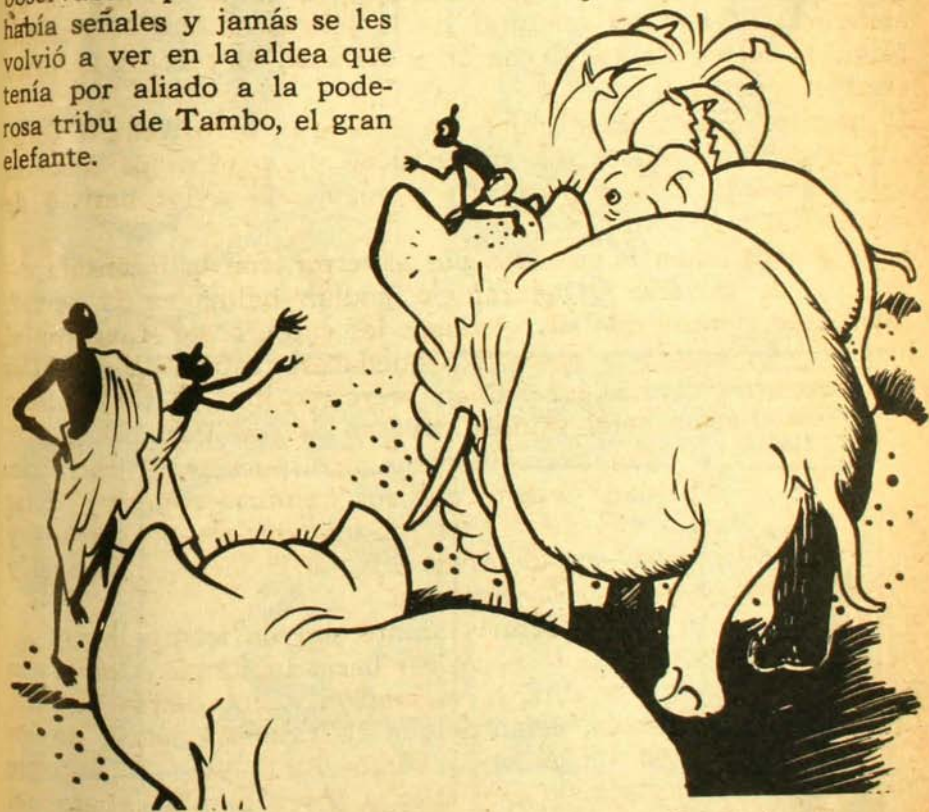
En ese momento retumbó un vibrante son de trompeta.

El Kaimakán, sorprendido, se volvió hacia la jungla. Como una cortina que se rasga, se abrió la vegetación y, uno detrás de otro, aparecieron gigantescos elefantes que se situaron detrás de los guerreros, formando un segundo cerco. Aunque el espanto le nubló la vista, el Kaimakán alcanzó a ver sobre la cabeza del elefante más grande a un niño africano, cuya mirada ansiosa parecía buscar a alguien entre el pueblo arrodillado.

De pronto una mujer, sostenida por un alto guerrero, tendió sus brazos, gritando:

—¡Batutú! ¡Hijo mío!

Esto lo hemos imaginado nosotros, porque la historia nos fue referida incompleta por Kela, la caturra verde. Ella, cuando vió que los elefantes se ponían en marcha, se sintió dominada por el miedo y voló a ocultarse en el árbol con ramas más enmarañadas que pudo encontrar. Sabía que los hombres del Kaimakán eran terribles y ni siquiera quiso ver la tremenda batalla. Cuando se atrevió a salir de su escondite, porque le pareció oír cantos en vez de gritos y alaridos, encontró al pueblo de Bonga-Bonga danzando de alegría, mientras la grave fila de elefantes observaba aquella fiesta. Del Kaimakán y de sus malvados no había señales y jamás se les volvió a ver en la aldea que tenía por aliado a la poderosa tribu de Tambo, el gran elefante.



—¡Batutú! ¡Hijo mío!— exclamó la mujer, tendiendo los brazos.

Y, como los pueblos felices no tienen historia, aquí termina el relato de Bonga-Bonga, de su príncipe Batutú y de las buenas criaturas de la jungla.

# Ponchito







# LA PRINCESA DANIA CONSIGUIÓ LA LUNA

Sucedió una vez que la princesita Dania estuvo enferma y los médicos la obligaron a guardar cama.

Dania tenía doce años; era la princesa más bella y hechicera de la tierra, y también la más mimada, pues su padre, el rey, la adoraba.

Cuando supo que estaba enferma, el rey acudió presuroso a su cámara y se inclinó, preocupado, sobre el lecho de la princesa.

—Pide, hija mía, te daré todo lo que anheles. ¿Hay algo que no tengas y pueda hacerte feliz? Dímelo, hijita querida.

—Sí, padre mío —contestó la princesita, haciendo un delicioso mohín—. Quiero la luna. Si tengo la luna, me pondré buena en seguida.

El rey salió del aposento y convocó en la sala del trono a los diez hombres más sabios del mundo, que le conseguían cualquier cosa que ambicionase.

No tardaron en llegar, precedidos de los pajes, y una vez inclinados delante del monarca, haciendo una profunda reverencia, el más anciano de los sabios, que también era el más famoso, avanzó, preguntando:

—¿En qué podemos servirlos, Majestad?

—Necesito que me consigáis la luna. Si puedo dar la luna a la princesita Dania, se pondrá buena en seguida.

—¿La luna? —repitió, asombrado, el sabio más anciano, mientras los nueve sabios restantes repetían la misma palabra.

—Sí, la luna —afirmó el rey—. ¡La luna!, id a buscarla esta noche; la quiero aquí mañana sin falta.

El sabio más anciano se retiró unos pasos y consultó con sus compañeros, sosteniendo una animada conversación.

Después, enjugándose la sudorosa frente y acariciándose la blanca barba, se dirigió de nuevo al rey:

—Yo he conseguido muchas cosas en mi vida para Vuestra Majestad, cosas raras y extraordinarias, como un elefante rosado que hiciera juego con un traje de la princesita Dania, plumas de ángeles para un suave almohadón, un gigante de carácter dulce y apacible, todo. Miles de mensajeros han cruzado mares y tierras

en busca del objeto deseado, todo para complacer y agradar a mi rey y señor. Pero la luna, Majestad, está a miles de kilómetros. Además, está hecha de cobre fundido y no puede cogerse. Por lo tanto, y con la venia de Vuestra Majestad, debo deciros que no podemos conseguir la luna.

—¡Basta! —gritó el rey, enfadado—. La princesa Dania quiere la luna para curarse, y yo no permitiré que se muera. Retírate de mi vista y, desde ahora, quedas despedido.

Se consultó a todos los hombres eminentes del reino y, después, a los sabios de otras naciones; y todos ofrecieron las cosas más maravillosas. Pero ninguno se atrevió a traer la luna.

Entretanto, la princesita seguía en cama esperando con ansia la noche, y entonces sus damas la acercaban al amplio ventanal del palacio. Y ella se quedaba allí absorta contemplando el astro de la noche.

Desesperado, el rey mandó hacer un pregón real diciendo que colmaría de honores y riquezas a quien lograra conseguir la luna para la princesa Dania.



Los sabios se consultaron, desconcertados.





—Decidme, princesa mía...

Nobles vasallos, todos probaron conseguir la luna, no sólo por el premio ofrecido, sino porque todos querían mucho a la princesita y no deseaban verla triste y enferma. Un buen día se presentó a la audiencia real un avisado paje cillo llamado Nilo. Toda la corte rió al verle, pero él, decidido hizo una graciosa reverencia al rey y le preguntó:

—Majestad, perdón si mis palabras pueden pareceros atrevidas, pero antes de salir en busca de la luna desearía preguntaros: ¿qué piensa su Alteza de la luna?

A estas palabras, el monarca levantó la cabeza y todos los caballeros se callaron.

—¡En eso yo no había pensado! —confesó el rey.

—Si Vuestra Majestad me lo permite, yo mismo iré a preguntarlo a la princesa Dania.

—¡Ve! Ve en seguida —contestó el rey.

Y Nilo, acompañado de un alto alabardero, se dirigió a la cámara de la princesita.

Esta estaba despierta y se alegró mucho de ver al paje.

—¿Me traes la luna? —preguntó rápida.

—Todavía no, pero iré a buscarla en seguida, princesa mía. Decidme, ¿cómo creéis vos que es de grande la luna?

—¡Oh! No muy grande, como mi dedo pulgar. Lo sé porque cuando miro, si pongo el dedo delante del ojo, dejo de verla.

—¿Y a qué distancia creéis que se encuentra? —continuó él.

—Pues no más alta que el álamo del jardín, ya que muchas noches veo que sus ramas la tocan.

—¿De qué creéis que está hecha la luna, Alteza?

—¡Oh! No seas tonto, paje. La luna está toda hecha de brillantes, y por eso reluce tanto.

—Esta misma noche tendréis la luna, princesa mía —aseguró el paje a la niña—. Subiré al árbol más alto del jardín real, cuando quede enganchada en las ramas del álamo, y os la traeré colgada de una cadena.

Nilo se retiró de la cámara y corriendo se dirigió al joyero del palacio, ordenándole en nombre del rey que hiciese al instante una luna de oro, con un gran brillante engarzado, y la colgase de una cadenita también de oro.

—¿Puede saberse qué es esta joya tan extraña? —preguntó el orfebre, al terminar su trabajo.

—Es la luna.

—Imposible. La luna está tan lejana y quema tanto que nadie puede cogerla.

—Eso es lo que vos y todos los sabios creen —aseguró muy serio el paje y se alejó.

Aquella misma noche, la princesita Dania durmió tranquila y

feliz, porque de su cuello colgaba la tan ansiada luna.

Pero el rey no estaba satisfecho. El sabía que la luna continuaba en el firmamento y tenía miedo de que su hija se diese cuenta de ello.

Volvió a convocar a todos los sabios para que encontrasen una solución a este nuevo problema, pero ninguna de las respuestas fué de su agrado.

Ni los anteojos negros, ni las pesadas cortinas, ni el recurso de encerrarla todas las noches le convenía. Veía a su hija tan dichosa, que temía quitarle esta ilusión; y cuando ya se encontraba desesperado, se acordó del paje, que ahora vivía en palacio.

Le mandó llamar.

—¿En qué puedo servirlos, Majestad?

—Lo que voy a pedirte es imposible.

—También lo parecía la luna, y ya veis que Su Alteza es la más feliz de las princesas.

—Es verdad, pero ahora es más difícil.

—Decidme lo que os atormenta.

—Termina ya la luna nueva y, dentro de pocos días mi hija la volverá a ver brillar en el cielo y la deseará otra vez, porque sabrá que la que lleva colgando de su cuello no es la verdadera.



Nilo salió muy contento de palacio.

No temáis, mi rey y señor. La princesa Dania es más sabia que los los sabios del reino. Ella encontrará la solución. ¿Me permitís que vaya a preguntarle?

—Ve en seguida! —le ordenó el rey, lleno de esperanza.

Nilo encontró a la princesa recostada en unos almohadones, mirando con sus grandes y hermosos ojos cómo la luna iniciaba su ascensión en un cielo límpido y puro como nunca. Brillando, en su mano, estaba la luna que el paje le consiguiera.

—Decidme, princesa mía —empezó el paje con una rodilla en tierra—: ¿cómo es posible que la luna suba por el cielo cuando vos la tenéis ahora en vuestra mano?

La princesa le miró y rió feliz:

—Eso que me preguntas es muy sencillo, tonto. Cuando yo pierdo un diente, ¿no me nace otro nuevo en el mismo sitio?

—¡Es claro!

—Cuando el jardinero corta las preciosas rosas del rosal, ¿no salen después otras más lindas?

—En efecto.

—Pues así es también la luna.

—Debí haber pensado en eso —aseguró el paje, besando rendidamente la blanca manecita que le ofrecía la princesa.

Los ojos de la gentil princesita volvieron a posarse en el reluciente disco que brillaba en el cielo, y así fué quedándose plácidamente dormida.

De puntillas, Nilo salió del aposento para dar la buena nueva al rey.

Pero, antes de salir, se asomó a la ventana e hizo un saludo a la luna, pues parecía que el astro de la noche acaba de hacerle un amistoso guiño de complicidad...



*“Simbad” ofrece a sus queridos lectores un PREMIO GIGANTE.*

*Cada semana sorteará un proyector de cine entre los solucionistas de nuestro Concurso Semanal. Participe usted.*



# EL NIÑO DE LAS SELVAS

**RESUMEN:** Linda Hamilton, su tío Juan, el siniestro Guillermo Plug y su hija Elena exploran el África. Plug es quien ha organizado la expedición, para buscar un tesoro español. Linda, en cambio, se ha internado en la selva con la esperanza de hallar a su padre, el explorador Roberto Andrés Hamilton, desaparecido diez años antes. Linda cae a un foso y es salvada por Kendru, el Niño de las Selvas, quien tiene un anillo de oro con las iniciales R. A. H. Logra que él le preste la sortija, y ésta es robada por Elena. Kendru cree que Linda le ha mentado cuando no le devuelve el anillo y declara que Goona, el mono, porque es ladrón, merece ser el compañero de la niña.



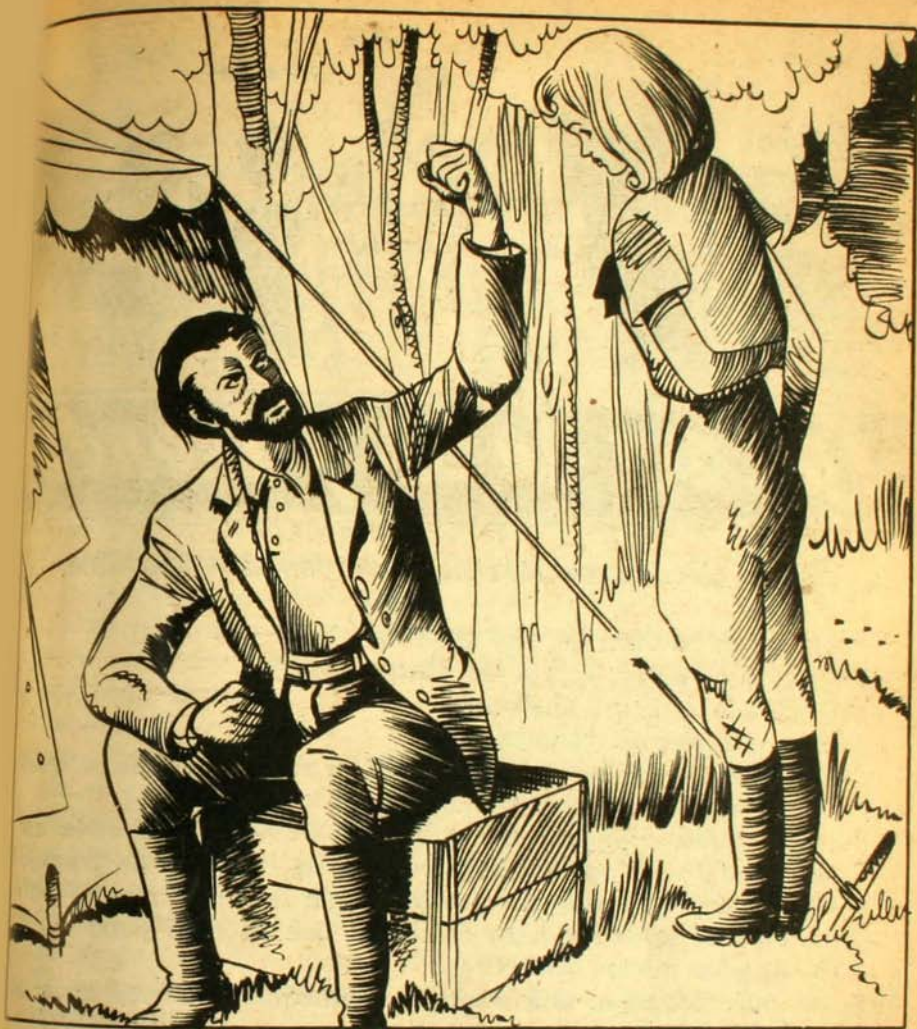
1. Al principio, Linda, indignada, ignoró la presencia de Goona en el campamento. Recordaba la expresión de frío desprecio de Kendru, extrañas palabras que dirigió al niño y que él obedeció, siguiendo a la niña. Después, comprendiendo que era injusta, se ocupó de instalar a Goona en un cajón con paja.



2. Para olvidar su tristeza, Linda ayudó a plegar las carpas y disponer la marcha del safari. Goona tenía alborotado el campamento. Robó los aros de Lobala y dos anillos, que Linda encontró entre la paja que le servía de lecho. Uno de los anillos, de oro, pertenecía a Plug. El otro, de coral, era de Elena.

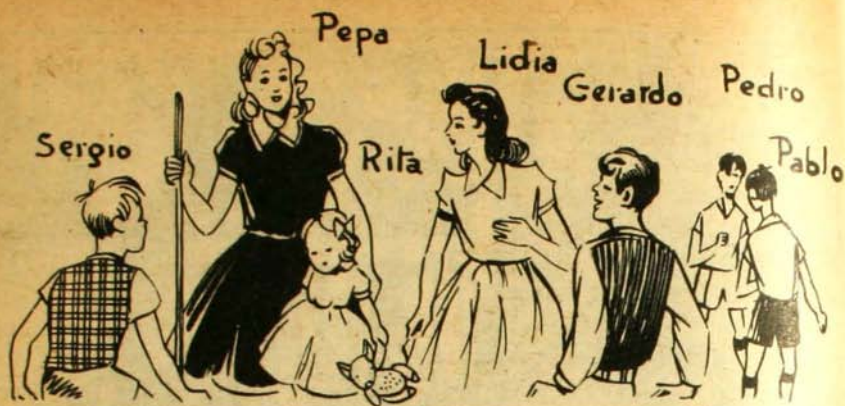


3. Linda reflexionaba: "Parece que Goona se especializa en el robo de sortijas. Creyó, tal vez, que los aros de Lobala eran anillos. Kendru expresó a Goona un mandato, que yo no comprendí. Ahora sé que Goona actuó influenciado por el amo de la selva. Kendru quiere recobrar el anillo de mi padre."



4. Cuando la niña devolvió las joyas a Plug, éste gritó, furioso: "—Ese mono es una verdadera plaga. Antes de seguir por la selva, abandónelo." Pero Linda repuso: "—Conservaré a Goona todo el tiempo que yo quiera". Al día siguiente, Juan Hamilton, demudado de ira, dijo a Linda: "—Ha desaparecido el mapa, y Plug insinúa que lo robó ese mono tuyo... y sin ese mapa no podemos continuar la exploración". Linda palideció. Jamás renunciaría a la búsqueda de su padre. Era preciso encontrar el documento perdido.

(CONTINUARA)



# La casa de los 7 duendes

## CAPITULO I.— Rebelión de los duendecillos.

—Pepa, no te olvides de mis sandalias...

—Pepita, aquí está mi caja de pinturas...

—Ita, ¿dónde está mi muñeca?

—Josefa, pásame mi chaleco...

—Sí, sí —respondía a todos sonriendo la rubia Josefina, a quien sus seis hermanos y hermanas acosaban.

—¡Vamos, niñitos! —protestó la señora Duvel—, ¿no sería mejor que ayudaran a su hermana en vez de cargarla de trabajo? Tú, sobre todo, Gerardo, que pasas la vida leyendo novelas policiales, deberías secundar a tu hermana, que es bien poco mayor que tú. Ayudas menos que Rita.

Rita, la más pequeña, una adorable muñequita de tres años, se sintió muy halagada al verse comparada con su gran hermano.

—Es verdad, Josefa —murmuró el simpático Gerardo—, pero tú tienes la culpa, porque eres tan buena. Por eso abusamos todos de ti.

—Y yo lo hago con gusto —expresó la rubia Pepa—. Me encanta la idea de ir a pasar tres meses al campo, y los afanes del viaje no me fatigan.

—Sobre todo que este viaje restablecerá la salud de estos flacuchos mellizos —declaró la señora Duvel, acariciando el pálido

semblante de Pedro—. Juan tuvo mucha suerte al encontrar esa casa. Una ocasión estupenda.

—¿Es bonita la casa, mamá? —preguntó Lidia—. ¿Grande? Bien amoblada?

—Nada sabemos —indicó la señora madre de los 7 duendes—, porque sólo hemos visto la fotografía. Lo esencial para nosotros es que sea grande.

—¿Cómo se llama la casa?

—Lo ignoro; pero ustedes pueden darle el nombre que quieran.

—La Casa del Misterio —sugirió Gerardo.

—O La Casa de los 7 Duendes, como nos llama papá —expresó Pepita.

—Excelente idea —asintió la feliz madre.

—¿Será uno de esos viejos castillos con fantasmas? —preguntó Sergio.

—Qué fanáticos son ustedes —dijo sonriendo la señora Duvel—. Esa casa está deshabitada desde la muerte de sus antiguos propietarios. No la pueden vender porque los herederos son menores, y no les conviene vivir en un sitio tan apartado.

—Para nosotros también resultará molesto ese aislamiento —observó Pepita.

—Gerardo y tú pueden ir en bicicleta a la ciudad —declaró la señora Duvel—, y yo contrataré a una campesina para cocinar. Todo es cuestión de organizarse bien.

Mientras la solícita madre salía del aposento, cargada de ropa para arreglar en los armarios, Gerardo agregó:

—Mamá es capaz de arreglarse en un desierto... Con una tribu como nosotros, jamás se confunde... Y eso que somos bastante exigentes. Rita querrá chocolates...

—Y melengües con clema —dijo la chiquitina, que aun no pronunciaba bien la r.

—Los anémicos mellizos tendrán que abotagarse de espinacas

—prosiguió Gerardo—, y Lidia, la pituca...

—Te he dicho que no me llames así —protestó la chica indignada.

—Basta, basta —suplicó Pepita—. Ya comienzan a pelear.

Un ruido sordo acompañado de un agudo grito estremeció a los niños.

—Mamá ha gritado —dijo Pepa, lanzándose al corredor llena de espanto.



La señora Duvel yacía sin conocimiento al pie de una escalera. Era evidente que había resbalado cuando quiso sacar una maleta del armario.

—¿Mamá, mamá, qué te ha ocurrido? —preguntaba la niña enloquecida—. No me oye... Está aturdida.

—Y mi papá que está en la oficina —gimió Lidia—. ¿Cómo cuidaremos? Estamos solos... Se va a morir...

—Calla —ordenó Pepita—. Gerardo, ayúdame a colocarla en el diván, y enseguida correrás en busca del médico que vive en la casa vecina. Lidia, dame el frasco de agua de Colonia. Pronto...

Con suavidad y destreza, Pepita extendió a su madre sobre el diván, y cuando llegó el doctor, ya la señora Duvel había recobrado los sentidos.

Desgraciadamente, el diagnóstico del médico fué pésimo.

—Es preciso que hable con el señor Duvel —dijo el doctor— Pepita—. El estado de su madre es grave. Requiere hospitalización inmediata.

—Doctor —preguntó la niña—, ¿usted cree que mi mamá va a morir?

—No, no... Su vida no está en peligro —exclamó el médico—, pero será necesario hacerle una operación, y dejarla por lo menos tres meses en reposo absoluto. Yo le prometo sanarla.

—Eso es lo esencial —dijo con más alivio Pepita—. Nosotros la cuidaremos, la mimaremos. Ella es tan buena con sus hijos.

—Pero entiendo —insinuó el médico— que ustedes



La señora Duvel había caído de la escalera y yacía inerte en el suelo.

...rten al campo en sus vacacio-  
...s. Los mellizos Pedro y Pa-  
...o necesitan un cambio de cli-  
...a. ¿Tienen ustedes algún pa-  
...nte a quien confiarlos? En  
...a, ya hablaré con Juan sobre  
...te asunto.

...ando llegó el señor Duvel,  
...epita le cedió su sitio en la  
...becera de la cama de su ma-  
...re y entró en la cocina a pre-  
...rar la comida para sus her-  
...manos.

...Gerardo, siempre dándose im-  
...portancia, fué en busca de su  
...hermana mayor para decirle:

—Oí lo que el doctor te decía  
...ace un momento, y he medi-  
...ado mucho sobre eso. Nosotros  
...enemos que ayudar a nuestros  
...padres. Creo que lo mejor sería  
...que tú te quedaras cuidando a  
...mamá, y que yo me vaya al  
...campo con los chicos.

—Mi papá jamás te los confia-  
...ría, Gerardo —declaró Pepi-  
...ta—. Somos muy jóvenes para

...tan grande responsabilidad. Ellos no te obedecerían. Lidia es muy  
...revoltosa y Sergio un flojo de solemnidad... Los mellizos Pedro  
...y Pablo requieren atención continua. Y en seguida, ¿quién va a  
...comprar los víveres?...

—Yo puedo hacer todo eso —replicó el fanfarrón Gerardo—. Te  
...prometo que me haré respetar...

A pesar de su sincera pena por la enfermedad de su madre, Ger-  
...ardo sentíase encantado con la idea de gobernar a sus herma-  
...nos y darse toda la importancia de un dueño de casa a los trece  
...años.

Durante dos días los duendecillos pensaron en unas vacaciones  
...libres, sin personas mayores que les anduvieran mandando y re-  
...gañando todo el día.



—Yo puedo gobernar la casa  
—dijo el petulante Gerardo a  
Pepita.

Gerardo les había convencido de que él les dejaría hacer su luntad.

Sólo la razonable Pepita sacudía tristemente la cabeza cuando le hablaban de ese asunto.

Ella sabía que sus padres jamás se resignarían a confiar esa disciplinada tribu a Gerardo, niño sin experiencia y sin la autoridad necesaria.

“En realidad, no sé cómo se arreglarán las cosas”, pensaba Pepi. Juan Duvel, por su parte, se había preocupado de este problema y fué una gran sorpresa para el clan de los duendecillos, cuando les comunicó su resolución.

—Niñitos —les dijo con un acento lleno de bondad, pero a la vez de firmeza—. He decidido que partan ustedes el 15 de diciembre, es decir, pasado mañana.

—¡Bravo, bravo! . . .

—Les acompañará una institutriz muy recomendada por el notario que nos arrendó la casa de campo . . .

—¿Una institutriz? —protestó Lidia—. Una extraña, una intrigante . . .

—Una mujer desconocida y acaso cruel —exclamó Sergio.

—No, no, no —dijo Pablo—. Nosotros no le obedeceremos. Gerardo dice que él nos cuidará.

—Silencio —ordenó Juan Duvel, exasperado por la rebelión de sus duendecillos.

(CONTINUARA)



## A nuestros lectores

*Teresa Espinoza.*— Nos alegra saber que sus seriales preferidas son: “Jazmín” y “Don Quijote de la Mancha”. Nos dice que es muy madrugadora... los días miércoles para comprar “Simbad”. Los lectores de Santiago deben retirar personalmente sus premios en nuestra oficina, Avenida Santa María 076, tercer piso. Los premios a provincias los remitimos por correo.

*Olivia Pramps y Silvio Jara.*— Agradecemos sus sinceras felicitaciones

por el material que publica nuestra revista, especialmente “El Romance de Tristán e Isolda”.

*Carmen Quevedo.*— Transmitiremos sus entusiastas felicitaciones a nuestro dibujante Nato.

*Hernán Tubino Onell, Milán T., y Raúl Aravena.*— Diremos a Nato que ustedes son sinceros admiradores de sus personajes “Pelusita” y “Ponchito”.

*Roxane*

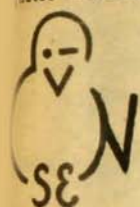
# GRANDES PREMIOS!

## CONCURSO SEMANAL

GANAR LOS \$ 500.— O EL PREMIO DE CONSUELO: UNA SUSCRIPCIÓN SEMESTRAL A "SIMBAD", LA MAS LINDA REVISTA INFANTIL.

Para celebrar el número 50 de "SIMBAD" ofrecemos este concurso: envíe usted su nombre en un dibujo ingenioso como los que presentamos en esta página. El mejor se premiará con \$ 500.— El segundo premio es una suscripción semestral a "SIMBAD".

Además, en qué fecha apareció el primer ejemplar de "SIMBAD" tendrá opción a los siguientes premios: 10 libros de cuentos infantiles, 10 libretas para apuntes, 10 juegos de pimpón, 10 paletas de acuarela, 10 paquetes Vitalmín.



NIEVES



ANA EDUVIGIS



MONICA



LEONCIO

### SOLUCION AL CONCURSO N.º 47.

En una colmena hay tres clases de abejas

Premiados con UNA PEINETA CON ESTUCHE PIROGRABADO: Fernando Laferte, Vallenar; Mireya Valenzuela, Santiago; Susana Aguirre, Chillán; Mario Quintana, Santiago; Juana Hidalgo, Santiago. UN CINTURON PARA NIÑO: Gabriela Zúñiga, Santiago; Feranda González, Santiago; Luis Durán, Santiago; Luis Bustamante, Santiago; Horacio Neira, Concepción. UN PAR DE SOQUETES: Victoria Quevedo, Valparaíso; Eliana Aburto, Temuco; Jeronías Luna, Constitución; Mario Peralta, Pailahueque; Julio Ramírez, Peñablanca; Francisco Fernández, Santiago. UN JUEGO DOMINO: Eduardo Rodríguez, Santiago; Enrique Gómez, Angol; Lucía Camiruaga, Chimbarongo; Carmen Concha, Concepción. UN LIBRO DE CUENTOS INFANTILES: Juana Soto, Quillota; Jaime Lagos, Santiago; Luis Ramírez, Santiago; Sergio Sepúlveda, Valparaíso; Amelia Poblete, Mulchén; Benedicta Yáñez, Rancagua; Benjamín Donoso, Talcahuano; Marta Isabel Rodríguez, Santiago; Marta E. Merino, Talcahuano; Eliana Cerda, Quilpué. UN PAQUETE VITALMIN: Nilda Soto, Quillota; Odette Kecasens, San Bernardo; A. Menéndez, Los Andes; Alejandro González, Santiago; Mario Gargas, Santiago; David Palma, Santiago; Héctor Gaete, Santiago; Luis Castillo, Santiago; Víctor Alamos, Santiago; Mario Brito, Santiago. UNA CARPETA ESQUELAS: Juan Pino, Viña del Mar; Nelson Benavente, Lota Alto; María A. Leigh, Santiago; Waldo Plaza, Santiago; Mario Rodríguez, Victoria; Sonia Lahsen, Ovalle; Aída Rojas, Viña del Mar; Jaime Palma, Curicó; H. Hernández, Angol; y Alberto Barría, Osorno. UN PROYECTOR DE CINE: Gerardo Siré, Santiago.



# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO XV.— *El cascabel mágico.*

Antes de partir hacia las tierras de Gales, Tristán de Loono imitando el canto del ruiseñor, llamó a la reina Isolda y ella acudió a despedir al héroe. Se enlazaron las manos blancas lánguidas con las manos poderosas y morenas. El rostro pálido casi oculto por el oro de los cabellos, rozó la faz contraída.

—Adiós.

La palabra fué un gemido, un aliento de ansiedad, una sombra de dolor.



Tristán se refugió en Gales, donde su amigo de la infancia, el noble duque Gilgais lo acogió como a un huésped de honor. Un día, para disipar su tristeza, ordenó llevar a su cámara privada un perro encantado que le regaló un hada de la isla de Avallón. Tenía el pelaje matizado de colores maravillosos y llevaba suspendido al cuello un cascabel de oro tan alegre, tan claro, tan dulce, que al oír

El cascabel de oro tenía un sortilegio.



El príncipe venció a Urgando "el Velludo".

lo, el corazón de Tristán se calmó. Enternecido por el sortilegio, acarició a la mágica bestezuela, pensando que sería un hermoso presente para Isolda la Rubia. Pero, ¿cómo? El duque amaba al perrito más que a todo en su vida y nadie podría obtenerlo ni por astucia ni por ruego.

Un día el príncipe dijo a Gilain:

—¿Qué darías al que libertara tus tierras de Urgando el Velludo que te agobia con tan pesados tributos?

—Le entregaría aquella de mis riquezas que más deseara. Pero nadie osará atacar al gigante.

—Yo puedo combatirlo.

—Entonces ve y que Dios te libre de la muerte.

Tristán buscó a Ugaldo el Velludo en su guarida. Largo tiempo lucharon furiosamente. Al fin el valor triunfó de la fuerza, la espada ágil de la burda maza.

Cuando el príncipe regresó triunfante, suplicó al duque:

—Sire, en recompensa como lo has prometido, dame el perrito encantado.

—Amigo, ¿qué me pides? Te doy mejor a mi hermana y la mitad de mis tierras.



Isolda lanzó al mar el cascabel mágico.

Desde aquel día, no sintió tristeza. Al principio creyó que sentía esa dulce felicidad porque el perrito procedía de Tristán. Luego descubrió el sortilegio del cascabel de oro y entonces murmuró:

—¡Ah!, ¿es posible que yo esté alegre mientras Tristán padece desdichas? Habría podido conservar este perrito mágico y olvidar todo su dolor. Pero me lo envió, y él sigue atormentado por el sufrimiento. Esto no debe ser. Tristán quiere sufrir mientras sufres. Tomó el cascabel, lo hizo tintinear por última vez y, desprendiéndolo suavemente, lo lanzó al mar por la ventana abierta.

**CUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal** 83  
SIMBAD N.º 50

El primer ejemplar de  
"Simbad" apareció el  
.. de septiembre.

Mi nombre es .....

.....

(CONTINUARA)

BUENO... VÁMONOS  
EEPALE!

PAT!



1-2

EL GENIO  
DE LA  
LAMPARA!

?



VIVAA! SOY RICO! ANDA,  
GENIO, DAME SEIS AUTO-  
MÓVILES, CINCO YATES DE  
LUJO, DIEZ MILLONES DE  
PESOS, MUCHAS  
NOVIAS Y...



OIGA; UD. ES TONTO O SE  
HACE? YO SOY EL CRIADO  
DEL RAJA'NDOTEH, QUE  
ME ENVIÓ A INVITARLO A  
SU CASA A TOMAR  
ONCE!..







# Simbad

\$ 2.-

N.º 51

LA BOTELLA MAGICA



# Pimpín

EL AVENTURERO



Por

Themístocles  
obos F.

OH! UN ELEFANTE  
COJO! POBRE!



19-1

A VER? LISTO!  
YA ESTA' AFUE-  
RA LA ESPINA!

ERK



AH! QUÉ BIEN SE  
SIENTE UNO LUE-  
GO DE HACER UNA  
BUENA ACCIÓN!



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA



## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

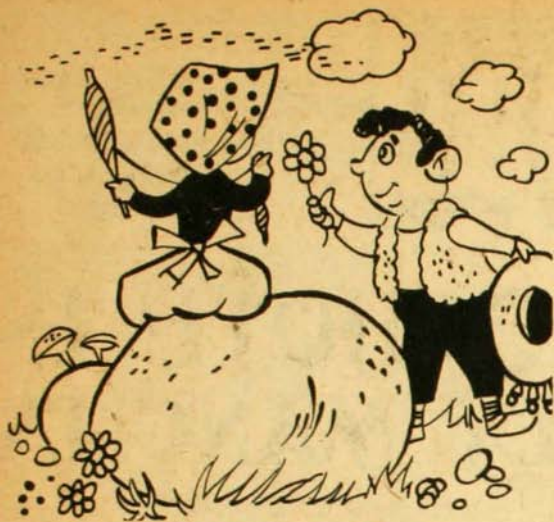
### CAPITULO X.— *El yelmo de oro.*

Don Quijote de la Mancha, andariego caballero que buscaba lances y aventuras, llegó cierta noche a una colina obscura y, al oír estruendo de agua y rechinar de cadenas, quiso averiguar de dónde provenían los extraños ruidos. Sancho Panza, su escudero, muerto de miedo, le suplicaba que esperará el amanecer. Como no pudo convencerlo, ató las patas de Rocinante sin que don Quijote lo advirtiera, y como el caballo saltaba sin avanzar ni un paso, el hidalgo creyó que una magia lo detenía y accedió a quedarse quieto. A fin de distraerlo, Sancho Panza ofreció contarle cuentos. Con una mano en el arzón y con el brazo izquierdo abrazado a la flaca pierna de su amo, para estar más seguro de que no se le iría, empezó a decir:

—Había una vez un pastor que cuidaba cabras. el cual pastor o cabrerizo se llamaba Lope Ruiz y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora de



El cabrero Lope Ruiz y la pastora Torralva.



Lope Ruiz estaba enamorado de la pastorcita.

sus tierras. Aunque la pastorcita lloraba como una fuente, no tuvo compasión y el pastor se alejó, llevándose su rebaño. Torralva se fué tras él y seguía a pie y descalza, con un bordón en la mano y unas alforjas al cuello, donde guardaba, según es fama un pedazo de espejo y otro de un peine. El cabrero llegó con su

nombre Torralva, a la cual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico y este ganadero rico...

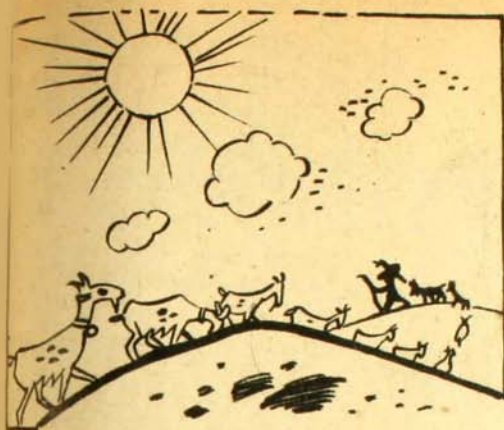
—Si desamanoera cuentas tu cuento, Sancho

—le interrumpió don Quijote—, repitelo en dos veces lo que vas diciendo, no acabará en dos días...

—No sé contar de otra manera, mi amo. El padre, al saber que el cabrero amaba a su hija se enfureció y le ordenó que se marchara de



Sancho dijo: —Y aunque la pastora lloraba como una fuente...



Se alejó con su rebaño.

sona y una cabra. Y las cabras de nuestro pastor eran trescientas. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra. Volvió y pasó otra. Tornó a volver y tornó a pasar otra. La ribera opuesta estaba llena de cieno resbaloso y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver. Sin embargo, volvió por otra cabra y otra y otra.

—Has cuenta que las pasó todas —dijo don Quijote, impaciente—. No andes yendo y viniendo de esa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

—¿Cuántas han pasado hasta ahora? —preguntó Sancho.

—Yo qué diablos sé.

—Entonces el cuento se ha acabado. Porque así como yo pregunté a vuestra merced cuántas cabras habían pasado y me respondió que no sabía, en aquel mismo instante se me fué a mí de la memoria cuánto me quedaba por decir.

—Bueno, qué importa. Ya está amaneciendo y tal

ganado a la orilla del Guadiana. Divisó a lo lejos a la Torralva y, como por culpa de ella había sido desterrado, sintió que la odiaba y decidió huir. El río iba muy crecido y no avistó barca ni barco, ni remero que lo trasladara con su rebaño al otro lado. Pero tanto miró que al fin vió a un pescador. Tenía una embarcación tan pequeña que solamente cabían en ella una pe-



Primero pasó una cabra...



Rocinante se puso a galopar.

causa de los ruidos, Sancho Panza no pudo contener su alegría y, al pensar en los sustos que había pasado, se puso a reír. Furioso don Quijote porque creía que se burlaba de él, alzó el lanzón y le asestó dos palos tales que casi derrengó a su escudero.



Al ver el molino, Sancho no pudo contener la risa.

vez Rocinante pueda caminar ahora.

Sancho, con mucho cuidado, desligó al rocín y éste se puso a galopar con ardor. El estruendo que tanto había asustado a Sancho se oía cada vez más cercano. Cabalgando por entre altos castaños, el hidalgo y su escudero llegaron junto a unas rocas por las cuales se desbordaba un torrente. Cerca de él veíase un molino, que con sus seis mazos de batán formaba el horrisono eco. Al conocer la verdadera



—Lleva sobre la cabeza una cosa que relumbra...

en adelante nos hemos de tratar con más respeto.

En esto comenzó a llover. Sancho sugirió que se entraran en el molino de los batanes, pero su amo les había cobrado tal odio que no quiso descabalgár. Torciendo el camino a la derecha, avanzaron bajo la lluvia. De pronto, distinguieron un hombre a caballo, que llevaba en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro.

—Si no me engaño —declaró don Quijote—, ahí va uno que lleva puesto el yelmo de Mambrino.

—No vaya a equivocarse, vuestra merced.

—¿Por qué he de equivocarme, traidor escrupuloso? Dime, ¿no ves aquel caballero con un yelmo de oro?

—Lo que veo y columbro no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mío y que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra —contestó Sancho Panza, que ya tenía miedo de verse enredado en otra malhadada aventura.

(CONTINUARA)

Sancho dejó de reír como por ensalmo.

—Oídme, señor alegre —dijo el caballero andante—. Páreceme que no me tienes respeto. En cuantos libros de caballería he leído, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Creo que estamos en la hora de hacer diferencia de amo a mozo, de señor a criado y de caballero a escudero. Así que desde hoy

**CUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal**

SIMBAD N.º 51

El agua se compone de ... átomos de hidrógeno y ... de oxígeno.



# Jazmín



## CAPITULO XII.— *Jazmín cautiva de Mitriti.*

—¿Quién habrá robado de nuevo las joyas del tesoro? —exclamó desesperada Jazmín—. Nadie vió dónde las oculté hace pocos minutos.

Como respuesta a sus palabras, se escuchó una irónica risa y la loca carrera de dos personas que huían.

Trepándose al alféizar de la ventana, Jazmín divisó a Mitriti a Kasama huyendo hacia el Palacio de los Opalos. La princesa llevaba en su mano la bolsita roja.

Jazmín salió de las habitaciones del templo y se encontró súbitamente con su hermana Beryl.

—¿Tienes las joyas, Jazmín? —preguntó la joven—. Nada temas; han llegado nuestros amigos, y Mitriti ya no puede causarnos daño. ¿Qué te ocurre, hermanita? Estás desfigurada. Tímbelas.

—Mitriti se lleva las joyas del templo, Beryl. Yo las oculté mientras iba a divisar desde el muro si llegaban los blancos. Pero ellos las llevan y también el topacio y el libro. Han decidido huir de Omar-El-Haji.

—No pueden huir —declaró Beryl—. Todas las puertas están custodiadas. Mira, allí llega nuestro padre.

Jazmín vió acercarse a un individuo alto, rubio y de hermosa fisonomía, el cual en nada se parecía al mendigo moreno que ella había conocido. Venía acompañado de tres legionarios. Beryl refirió a su padre el robo de las joyas y la fuga de Mitriti.

—No te desesperes, mi pobrecita Jazmín —dijo suavemente el coronel de la Legión Extranjera—. Mitriti no puede ir lejos. F

**RESUMEN:** *Jazmín y Beryl han huído varias veces de la persecución de la princesa Mitriti, quien pretende reducir las a la esclavitud. El padre de las mellizas Jazmín y Beryl, disfrazado de mendigo, las protege y forja un plan para huir con ellas de la ciudad árabe. Mitriti decide robar las joyas del tesoro del templo, y huir de Omar-El-Haji.*

traremos el palacio de arriba abajo. Dividámonos y que cada uno busque por su lado.

Beryl y Jazmín entraron en el departamento particular de la princesa Mitriti y registraron sin hallar a la fugitiva.

Después de una hora de recorrer todo el palacio, las jóvenes se reunieron con el grupo de legionarios y con su padre.

Yo creo que es peligroso permanecer más tiempo en este palacio —insinuó Jazmín—. Los soldados nubianos nos miran con odio y son feroces.

No podemos partir sin recuperar las joyas —declaró el padre Beryl y Jazmín—. Marcharnos sin ellas significa el fracaso de muchos años de sacrificio y de esfuerzo. Realmente es peligrosa la empresa. Dirijámonos a la Puerta de Luna. Síganme ustedes.



—No te desespere, Jazmín.

Jazmín se detuvo un momento y apartando un poco a Beryl dijo al oído:

—Acompaña tú a nuestro padre mientras yo entro de nuevo en el palacio. Se me ha ocurrido algo.

—Escucha —murmuró Beryl—, el pueblo se amotina. Han llamado a las tropas de la Legión Extranjera.

—Qué importa que lleguen cuando ya es demasiado tarde para recuperar las joyas —insinuó Jazmín—. Dile a mi padre que triunfaré. Estoy segura.

La intrépida Jazmín corrió hacia el Palacio de los Opalos buscó la puertecilla secreta para introducirse en las habitaciones de Mitriti. Fácil le fué mover el disco y entrar en la antecámara de la princesa. Como la estancia estaba solitaria, la joven amortizó todos los cojines de un diván y se cubrió con ellos.

Ya pensaba que su plan fracasaría y que sólo perdía el tiempo ocultándose bajo los cojines, cuando escuchó la voz de Mitriti en la habitación contigua.

—Kasama —decía la princesa—, ya debemos partir. ¿Está lista la guardia? Comienza a obscurecerse.

—Todo está listo, princesa— respondió Kasama—, pero no se acerque a la ventana, porque podrían verla sus enemigos o el pueblo. En cualquier momento hay peligro de que invadan el palacio.

—No me encontrarán —declaró la princesa—. Kasama, abra el pasaje secreto.

Kasama movió una piedra y quedó abierto un pequeño boquete.

—En cinco minutos estaremos en el desierto —expresó Mitriti entrando en el pasillo subterráneo—. Nadie me quitará esta bolsa, que vale por mil tesoros.

Jazmín vió que Kasama cerraba tras ella la puerta secreta y en el acto decidió seguirlas.

El pasaje era sumamente largo y desembocaba fuera de los muros de la ciudad. Mitriti y Kasama se detuvieron antes de salir al exterior. Jazmín aprovechó ese instante para lanzarse sobre la princesa y arrebatarle la bolsa roja.

Pero el grito de alarma de la princesa fué escuchado por Kasama, quien cogió de la garganta a Jazmín y la arrojó al suelo. Inmediatamente la guardia nubiana de la princesa cayó también sobre Jazmín y la apresó.

—Vil esclava —vociferó Mitriti—, me has espiado y has venido



En un momento después corrían por el desierto.

Se acercaban a un oasis.

—Bájala del caballo —ordenó Kasama a un beduino—; cuida bien. Tú respondes con tu cabeza si la cautiva huye.

El beduino tendió a la joven sobre la arena y se alejó algunos

tras de mí. Está bien... Te llevaré al desierto y serás mi sierva. Nunca más verás a tu pueblo y a tu familia. Ese es el castigo que mereces.

Entretanto, en la Puerta de Luna, los soldados de la Legión Extranjera continuaban custodiando los muros de la ciudad sin imaginarse que Mitriti había huido por un pasaje secreto.

Kasama ató un pañuelo a los ojos de Jazmín. Los nubianos la alzaron a la grupa de un caballo, después de arrollar a su cuerpo gruesos cordeles.

Un momento después, Mitriti, Kasama, un grupo de nubianos y otro de beduinos, corrían por el desierto.

—Es evidente que no desean que yo conozca la ruta que siguen —pensaba la cautiva Jazmín— Todo está perdido... Las joyas y mi libertad.

Mitriti tenía amigos en el desierto y sin duda una numerosa caravana la aguardaría en el oasis de El Karma. El hecho de que hubieran amordazado y vendado los ojos a Jazmín significaba que temían un grave peligro.

El ruido de una vertiente deslizándose entre las rocas indi-

pasos. Como Jazmín estaba enteramente ligada, no pudo hacer uso de sus manos, pero restregando su cara contra la arena pudo remover un poco la venda que cubría sus ojos. Cerca de un grupo de palmeras vió a los beduínos levantar una carpa. Más lejos Mitriti y Kasama conversaban con el jefe de la caravana y hacían cargar sobre el lomo de los camellos grandes baúles, tapicerías y objetos de plata.



Mitriti dispuso la marcha de la caravana.

Evidentemente Mitriti había enviado esos bultos al oasis de Karma y los árabes, avisados por ella con anterioridad, acudieron a buscarlos.

El guardián encargado de su custodia se había alejado. Aprovechando su soledad, Jazmín comenzó a mover los brazos hasta que logró aflojar las amarras. Fácil le resultó en seguida desatar sus rodillas y sus tobillos y quedar libre. Arrastrándose por la arena buscó la sombra de las palmeras.

Cerca de allí había varios corceles y la fuga sería fácil; pero Jazmín estaba decidida a recuperar las joyas que, por su imprudencia, se llevaba Mitriti.

Deslizándose de palmera en palmera, Jazmín llegó hasta la única tienda que se había levantado en el oasis.

Tras la fina tela que cubría la carpa, Jazmín escuchó la conversación de Mitriti con Kasama.

—Ya estamos fuera de peligro —decía la princesa—. En pocos minutos más habremos partido llevando un tesoro que vale un imperio.

—¿No teme usted la venganza de los blancos?

—Voy donde ellos nunca podrán alcanzarme —respondió Mitriti—. Haré que todas las tribus árabes y beduínas se rebelen. Tú ignoras el poder que tengo, Kasama. Pero los blancos lo sabían. He descubierto el misterio leyendo el libro con el escudo real. El mensaje de rebelión está escrito en el topacio gigante. Cuando lo muestre a las tribus, ninguna vacilará. El hombre blanco conocía ese secreto y pretendía robarse el topacio para mantener la paz entre los árabes.

—Nunca lo hubiera sospechado, princesa —exclamó Kasama.

—Yo les mostraré el "TOPACIO DE MAHOMA", nuestro profeta, y ellos declararán la guerra a los blancos. Seré la *emperatriz del desierto*. . . Ahora ya sabes, Kasama, por qué deseaba salir de Omar-El-Haji con el tesoro.

Jazmín quedó aterrada al oír esa revelación.

—Kasama —ordenó Mitriti a su mayordoma—, pregúntale a Ibu-Hussein si todo está listo para partir.

Jazmín entreabrió los pliegues de la cortina y divisó a Mitriti examinando los jeroglíficos del topacio. Un instante después la princesa encerraba la preciosa piedra en la bolsita roja y salía al umbral de la carpa.

Jazmín avanzó arrastrándose, decidida a robarse el tesoro, y ya alargaba la mano cuando Mitriti dijo a Kasama:

—Pronto, pronto, que ensillen los caballos. Quiero partir inmediatamente.

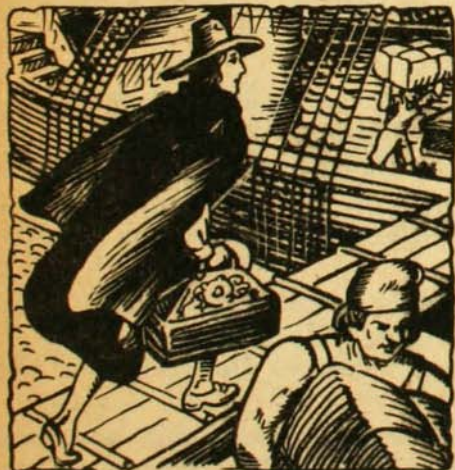
Jazmín retrocedió y, tendida en la arena, como si aún estuviera atada, esperó los acontecimientos. Pero ya tenía trazado un intrépido plan.

(CONTINUARA).

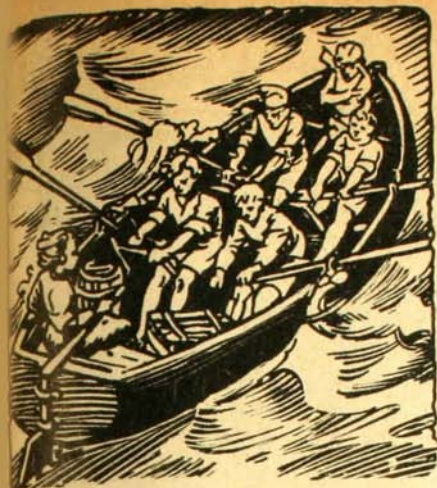
# LOS VIAJES DE GULLIVER



1. Samuel Gulliver, joven médico, habló con el capitán Prichard, a fin de enrolarse en el "Antílope". —Encantado de llevarlo conmigo, doctor —dijo el capitán.



2. El 4 de mayo de 1699, luego de despedirse de su bella esposa, Gulliver se embarcó, rumbo a las Indias Orientales. Una noche, se desencadenó una terrible tormenta.



3. El barco se estrelló contra una inmensa roca. Sólo pudieron salvarse del naufragio, Gulliver y cinco marineros. El resto de la tripulación quedó sepultada en el mar, junto con el barco. Los náufragos remaron hasta que el cansancio les agotó. Luego una enorme ola volcó la embarcación. Sólo Gulliver siguió nadando.



4. Cuando se sintió ya incapaz de luchar, tocó tierra. La tempestad empezaba ya a apaciguarse. Gulliver exploró la costa desierta, sin encontrar alma viviente. Cansado, se dejó caer en la hierba, donde se durmió profundamente. Cuando despertó el sol brillaba en el cielo. Quiso levantarse y no pudo. Estaba atado.

(CONTINUARA)





# LA BOTELLA MAGICA



HABIA una vez unos pobres labradores que habían perdido la cosecha y cuyos animales —cerdos, gallinas y conejos— murieron víctimas de una epidemia.

Sólo les quedaba una vaca y decidieron venderla.

Teo, que así se llamaba el campesino, salió una mañana en compañía de la vaca, a venderla en el mercado del pueblo vecino.

Llegaba a las cercanías de un bosque que debía atravesar para llegar al pueblo, cuando de pronto oyó ruido de pasos a su espalda y observó que se le acercaba un hombrecillo, quien le dijo:

—Buenos días, Teo.

—Buenos días —contestó el campesino, mirando asombrado al desconocido.

Era un enano de rostro arrugado, nariz puntiaguda, ojos enrojecidos y cabellos rojos.

—¿A dónde vas con esa vaca, Teo? —preguntó al hombrecillo.

—A la feria del pueblo —respondió el labrador, temblando.

—¿Quieres venderla?

—¿Quiere comprarla?

—Mira. Te daré esta botella —contestó el hombrecillo, mostrando un botella que había sacado de debajo de la capa.

Teo miró al enano y a la botella, y aunque estaba asustado, se echó a reír.

—Ríete si quieres —exclamó el enano—. Pero esta botella será mejor para ti que todo el dinero que puedan darte por la vaca.

—¿Qué dirá mi mujer? No me dejaría ni un momento en paz.

—Te repito que esta botella vale más que el dinero. Tómala y dame la vaca. Te lo digo por última vez, Teo. Haz lo que te digo, o te arrepentirás. Toma la botella y serás rico. Si la rechazas, pasarás toda tu vida en la miseria y verás morir a tu mujer. Te lo aseguro.

Asustado, el campesino dijo:

—Tome la vaca, y si me ha mentado, caiga sobre usted la maldición del pobre.

—Escucha lo que voy a decirte, Teo. Al llegar a tu casa, no hagas caso si tu mujer se epoja o no. Oblígala a que barra la habitación, ponga la mesa y la cubra con un mantel limpio. Luego, deja la botella sobre el suelo y di estas palabras: "Cumple con tu deber, botella." Y ya verás lo que sucederá.

Dicho esto, el enano y la vaca desaparecieron como por encanto. Asustado el labrador echó a andar y pocas horas después llegó a su casa.

—¡Cómo! ¿Ya estás de regreso? —exclamó su mujer, sorprendida al verle tan pronto—. ¿No has ido a la feria? ¿Dónde está la vaca? ¿Qué te ha sucedido? ¿Qué...?

—Espera un poco, y te lo contaré todo —interrumpió el labrador.

—¿Qué es esa botella que llevas en el bolsillo de la chaqueta? —preguntó ella al ver el cuello del frasco que asomaba por el bolsillo.

—Déjame contártelo todo, mujer —rogó él.

Puso la botella sobre la mesa y añadió:

—Esta botella es lo que me dieron por la vaca.

—¡Eres tonto de nacimiento! ¡Una botella por una vaca! ¿Qué haremos ahora para pagar el arrendamiento?

—Escucha, mujer... Cuando llegaba a la falda de la montaña, me salió al paso un



—Te daré esta botella a cambio de la vaca.

viejo o lo que fuera... Y me obligó a cambiarle la vaca por la botella, diciéndome que era la única cosa que me convenía.

—Sí, tonto, más que tonto; es lo único que te conviene —exclamó la mujer, agarrando la botella para romperla en la cabeza del marido.

Pero el labrador la cogió del brazo y, siguiendo el consejo del hombrecillo, obligó a su mujer a soltar la botella, que se guardó de nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta.

Llamándole tonto y llorando, la buena mujer barrió el suelo, puso la mesa, que cubrió con un mantel limpio, y entonces Teo, dejando la botella en el suelo, la miró diciéndole:

—Cumple con tu deber, botella.

Del interior de la botella emergieron dos enanitos, que en un abrir y cerrar de ojos cubrieron la mesa de platos y fuentes de oro y plata, llenos de los más exquisitos manjares.

Y cuando hubieron terminado, se metieron de nuevo en la botella que seguía en el suelo.

Teo y su mujer contemplaban pasmados de asombro todo aquello. Nunca habían visto tales platos y fuentes, y no se cansaban de admirarlos.

—El enanito no me mintió —dijo el labrador. Comieron hasta hartarse, sin poder probar ni siquiera la mitad de los platos.

—Ahora veremos —dijo la mujer— si esos dos enanitos vuelven para llevarse esos magníficos platos.

No volvieron y la mujer guardó muy contenta los platos y las fuentes.



Teo y su mujer comieron hasta hartarse.

Teo fué al día siguiente a la ciudad para vender su vajilla, compró un caballo y un carro y empezó a dar muestras de que ganaba mucho dinero.

Hizo cuanto pudo por conservar el secreto de la botella. Pero, a pesar de sus preocupaciones, el propietario de la tierra se presentó de improviso, y le preguntó de dónde sacaba el dinero, ya que estaba convencido de que no lo sacaba de la tierra que tenía arrendada.

Tanto insistió que, por fin, el labrador le contó el secreto de la botella.

El propietario le ofreció darle en pleno dominio su tierra, junto con otros terrenos, por la botella. Y Teo aceptó porque ya era muy rico y se imaginó que nunca necesitaría más dinero.

Pero él y su familia derrochaban tanto el dinero que, por fin, un día volvieron a ser tan pobres que no les quedó otra cosa que una vaca.

Teo, una vez más, se la llevó para venderla en la feria de la ciudad, aunque en realidad abrigaba la esperanza de encontrar al enanito que tal vez le diese otra botella. Así sucedió. Llegaba a la falda de la montaña cuando

oyó la voz del hombrecillo que le decía:

—¡Hola, Teo! Ya te dije que serías muy rico.

—Es verdad, no me engañó usted. Pero ya no soy rico. Y si tuviese otra botella... Si la tiene, señor, le daré esta vaca a cambio de ella.

—Buena. Aquí tienes la botella —sonrió el enano—. Ya sabes lo que has de hacer. Ahora, adiós para siempre.

Corriendo, volvió a su casa y, en cuanto vió a su mujer, exclamó:

—¡Traigo otra botella!  
En seguida la mujer se ocupó  
en disponerlo todo.

Teo dejó la botella en el sue-  
lo y muy contento ordenó:

—Cumple con tu deber, bote-  
lla.

Al instante salieron de la bo-  
tella dos genios armados de  
enormes garrotes y dieron una  
paliza fenomenal a Teo y a su  
mujer hasta que, al fin, cansa-  
dos, volvieron a meterse en la  
botella.

Cuando Teo se hubo repuesto  
de la tunda, miró a su alrede-  
dor y vió a su mujer que lanza-  
ba gemidos tendida en el  
suelo.

La dejó que se repusiera de  
los efectos de la paliza, se me-  
tió la botella en el bolsillo in-  
terior de la chaqueta y se en-  
caminó hacia la casa del pro-  
pietario, que daba una fiesta  
a sus amigos.

El labrador llamó a un criado  
y le dijo que deseaba hablar  
con el dueño, el cual compare-  
ció a los pocos momentos.

—Tengo otra botella —le di-  
jo.

—¡Caramba!... ¿Y es tan  
buena como la primera?

—Y aun mejor. Si quieres, po-  
demos hacer la prueba.

El entrar en el comedor, que estaba ocupado por muchos caba-  
lleros y damas, Teo vió su antigua botella en lo alto de un es-  
tante y entonces pensó:

“Vamos a ver si logro que vuelvas a ser mía.”



Aparecieron dos genios armado

—Bueno —dijo el propietario—; haz la prueba de tu botella. Teo la dejó en el suelo y pronunció las palabras de conjuro enseñadas por el enano.

Al instante salieron de la botella los dos genios armados de enormes garrotes. Y un momento después el propietario estaba tendido en el suelo; damas, caballeros y criados corrían de un lado otro chillando y recibiendo garrotazos, en tanto que platos, sienes, tenedores, cucharas y cuchillos salían disparados en todas direcciones.

Ya todos habían recibido una paliza fenomenal cuando el dueño de la casa gritó:

—Contén a esos demonios, Teo; de lo contrario, te haré ahorcar.

—No cesarán de pegar —respondió él— hasta que se me haya devuelto la botella que veo en lo alto de ese estante.

—¡Dásela en seguida! ¡Dásela, porque de lo contrario todos perderemos la vida aquí! —ordenó el dueño.

Teo se guardó en el bolsillo la primera botella, y, al observarlo, los dos apaleadores se metieron en la que les correspondía.

Teo volvió a su casa con las dos botellas. Y en adelante fué más rico que nunca.

Casi nunca necesitó llamar a los dos genios de la segunda botella mágica.

Rápidamente se esparció la noticia de que Teo era el amo de dos genios terribles y, por supuesto, nadie se atrevía a atacarlo ni a ofenderlo.

—Dicen que salen de una botella. Tienen el cuerpo verde y delgado. Pero nadie tiene más fuerza que ellos. Hacen voltear el garrote y no queda nadie con los huesos sanos.

Así murmuraba la gente, abriendo enormemente los ojos.

—Y de la otra botella salen dos enanillos muy graciosos que traen a Teo cuanto él les pide, ya sea oro o pan.

La mujer del labrador, que la primera vez no había sabido cuidar su tesoro, con la lección aprendida se transformó en una hacendosa ama de casa y cuidó los bienes de su marido. Sabía que con los genios no hay que andarse con bromas, y, muy en lo profundo de su alma, temía que si no se mostraba prudente, un día los genios la emprenderían a palos contra ella. Así es que andaba derecho y nunca hubo mujer más cuidadosa ni más buena.

En cuanto al labrador, nunca volvió a vender la botella mágica. ¡Hubiera necesitado ser muy tonto!

# Ponchito



¡ESTO ES INSOPORTABLE!  
BUSCARE UNA SOLUCION

¡PAF!

VEREMOS SI ME VA A DEJAR  
TRANQUILO ¿O NO?

¡JE, JE, JE! EL QUE RIE  
ULTIMO RIE MEJOR

NATO

# La casa de los 7 duendes



**RESUMEN:** Sergio, Gerardo, Pedro, Pablo, Pepita, Lidia y Rita son los hijos de Juan Duvel. En el momento de partir de vacaciones, la señora Duvel sufre un accidente y es hospitalizada. Los niños se rebelan al oír que quedarán a cargo de una institutriz.

## CAPITULO II.— La institutriz, señorita Pilar.

—Yo he tratado de conciliar las cosas en la mejor forma posible —declaró Juan Duvel, cuando sus rebeldes hijos guardaron silencio—. Una institutriz no es una tirana ni una madrastra, niños.

—Usted mismo ha dicho que no la conoce —protestó Gerardo. Los mellizos Pedro y Pablo comenzaron a llorar y a gritar, diciendo:

—Nos van a martirizar, nos van a tiranizar. . .

La pequeña Rita, al oír el llanto de los mellizos, dejó a un lado su osito y también chilló como si la estuviesen matando.

—Pepita —suplicó Juan Duvel—, trata de hacer entrar en razón a estos barrabases. Bastante agobiado estoy yo con la enfermedad de tu madre.

Cuando los siete duendes quedaron solos, la algarabía fué aún mayor.

—Ustedes exageran —protestó Pepita—. Esa institutriz puede ser gentil. . .

—Déjanos tranquilos —declaró el vehemente Gerardo—. Sería la primera vez que una institutriz fuera amable. Nunca tuvimos quién nos mandara, nuestros padres son indulgentes y bue-



nos... La vida va a cambiar y lloverán los castigos. Con tal que no maltraten a los chicos.

Otra vez los mellizos y Rita comenzaron a gritar.

—¡Tú tienes la culpa de todo, chiquillo sin corazón! —exclamó Pepa.

—Era lo que faltaba —expresó Gerardo—. La culpa la tiene esa institutriz; pero hay una manera de hacerla saltar.

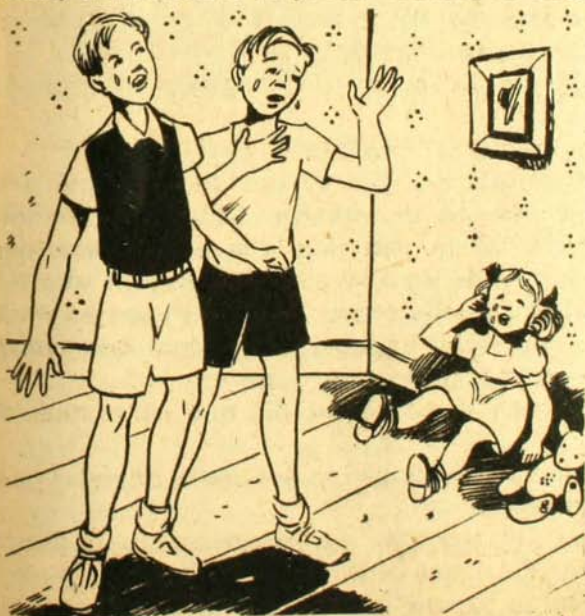
—¿Cuál, cuál? —preguntaron los mellizos Pedro y Pablo y la pituca Lidia.

—Hacerle la vida tan desagradable que al cabo de pocos días decida marcharse —dijo Gerardo.

—¡Bravo!, ¡bravo!...

—Gerardo, eres un malvado —indicó Pepita—. Esa pobre institutriz tiene sin duda necesidad de trabajar y tú quieres hacerla sufrir más. Esperemos verla antes de continuar en esta turbulencia.

Por desgracia el aspecto de la institutriz que Juan Duvel les presentó al día siguiente, y una hora antes de la partida, no confirmó el optimismo de la buena Pepita. Desagradablemente impresionada, observaba a la joven vestida de negro, de rostro pálido, cuya expresión no podía definirse porque llevaba unos anteojos ahumados que le cubrían la mitad de la cara. Peinaba sus tiosos y negros cabellos como una postulante de convento y emanaba de ella algo tan extraño, que no podía decirse si era joven o de edad madura, bonita o fea, suave o de mal carácter. Además un ligero acento extranjero deformaba su voz.



Los mellizos y Rita gritaban y lloraban.

ya expresión no podía definirse porque llevaba unos anteojos ahumados que le cubrían la mitad de la cara. Peinaba sus tiosos y negros cabellos como una postulante de convento y emanaba de ella algo tan extraño, que no podía decirse si era joven o de edad madura, bonita o fea, suave o de mal carácter. Además un ligero acento extranjero deformaba su voz.

La impresión de los

siete duendes fué desastrosa. El mismo Juan Duvel sintió una especie de angustia al tener que confiar sus hijos a esa desconocida.

—Pepita —dijo Duvel a su hija mayor—, vela por tus hermanos menores y escribe dándome detalles sobre vuestra vida, sobre la manera cómo esta institutriz cumple con su deber...

—Papá —replicó Pepita sollozando—, me gustaría tanto que darne contigo y acompañar a mamá en el hospital. Déjame aquí, por favor.

—Imposible, hijita —insinuó Juan Duvel—. Serás mil veces más útil acompañando a tus hermanos. Comprende que es una enorme inquietud para mí enviarles con una desconocida a ese lugar lejano y a una casa tan aislada. Se trata de la salud de los mellizos Pedro y Pablo. Tú eres bastante grande y razonable para juzgar las cosas. Si por desgracia la institutriz no correspondiera a sus obligaciones o si los niños se enfermaran, tú serías la única capaz de remediar el mal. Cuento contigo, Pepita. Te confío a tus hermanos y a tus hermanas. Sé valiente, hija mía.

—Te lo prometo, papá —respondió Pepita dominando su pena. Pero estas recomendaciones habían aumentado su angustia al hacerle comprender que su padre participaba también de la impresión poco favorable que la institutriz inspiraba a primera vista.

Gerardo acrecentó estos temores diciendo a Pepita:

—¿Te fijaste que la institutriz no dijo su apellido a papá? Dijo que se llamaba Pilar. Ese es un nombre nada más. Se tiñe los cabellos... En la raíz se le ven más claros. ¿Y para qué usa esos anteojos negros cuando no hay sol? Te aseguro que tiene algo que esconder, algo que ella teme... A lo mejor huye de una cárcel. Yo voy a *sabotearla*, hasta que se vaya. Los chicos también. Vamos a comenzar inmediatamente.

Pepita estaba tan angustiada, tan desalentada, que no tuvo fuerza para protestar.

En ese momento un camión trasladaba a los siete duendes y a su equipaje a la estación ferroviaria.

En el andén, en medio del tumulto de pasajeros, Juan Duvel hizo aún algunas recomendaciones a la señorita Pilar.

—Preocúpese sobre todo de los mellizos Pedro y Pablo, que requieren especial cuidado —decía el padre de los siete duen-



El aspecto de la institutriz era fúnebre.

des—. Desde su llegada póngase en contacto con el mejor médico de la región o el que esté más vecino a la casa.

La señorita Pilar se estremeció visiblemente.

—Será bastante difícil, señor

—dijo la institutriz—, porque usted me ha dicho que la casa está a cinco kilómetros de la ciudad.

—Pero puede encontrarse algún médico que posea una finca cercana.

La señorita Pilar respondió algo contrariada:

—Yo me informaré y escogeré el mejor médico, señor Duvel... Quédese tranquilo. Yo sé cumplir con mi deber.

—Para la adquisición de mercaderías —prosiguió Duvel—, Pepita y Gerardo le ayudarán, ya que ellos tienen bicicletas.

¿Usted no conoce esa región?

—No, señor... Nunca he viajado al Norte, pero pronto estaré impuesta de todo.

Gerardo, que se había constituido en espía de la institutriz, refirió después a Pepita que la señorita Pilar había temblado cuando le preguntaron si conocía el sitio adonde se dirigían.

—A lo mejor nos resulta una ladrona —expresó el atrevido muchacho.

Terminados los adioses, sonó el pito del tren y los pequeños Duvel, con la inconsciencia de la niñez, lanzaron gritos de alegría. La señorita Pilar iba de uno a otro de los duendes, esforzándose por charlar con ellos a pesar de la sorda oposición que todos le demostraban. Lidia ni se dignaba responderle; Sergio desordenaba las maletas y Gerardo se contentaba con mirarla tan fijamente, que la institutriz cambiaba de sitio para evitar esa impertinente inspección.



Juan Duvel dió sus últimas instrucciones a la señorita Pilar.

En cuanto a Pepita, absorta en su pena, nada oía ni prestaba atención a sus hermanos. Abandonar a su madre enferma y dejar solo a su padre constituía para ella una atroz desolación.

(CONTINUARA)

## A nuestros lectores

*Luis Sanfuente.*— Estudiaremos su idea. Nunca desoímos un buen consejo, ni rechazamos ideas que puedan convenir a nuestra pequeña gran revista. Buscaremos, como usted sugiere, una serie en la cual aparezcan pieles rojas.

*Liceanas de Temuco.*— Ya antes recibimos una alentadora cartita de ustedes. Agradecemos sus gentiles felicitaciones por "Don Quijote de la Mancha" y "El Romance de Tristán e Isolda", que, aunque de tan diverso tema, les cautiva por igual. "La Casa de los 7 Duendes" les agrada.

*Margarita Blanca.*— Transmitiremos sus felicitaciones a Nato y a Themístocles Lobos, que animan las páginas cómicas de "Simbad".

*Roxane*

# GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos átomos de oxígeno e hidrógeno tiene el agua? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 premios de \$ 10.—, 10 estuches colecionistas, 10 pelotas de goma, 10 reglas para colegial y 10 paquetes de Vitalmín.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 47.— La

hora tiene 3.600 segundos.

Premiados con UN TUBO PASTA BAYCOL.— María Pinilla, Santiago; Jaime Zerdán, Traiguén; Rafael Gutiérrez, Viña del Mar; Carlos Torres, Los Angeles; Raúl Castañeda, La Unión; María Pérez, Quillota. UN CARTON HERRAMIENTAS.— Pedro Domínguez, Concepción; Sergio Bravo, Valparaíso; Luis Arriaza, San Bernardo; Raúl Larraín, Santiago. UN TAMBOR.— Roberto Olivos, Los Andes; Nelson Benavente, Los Altos. UN CINTURON NIÑO.— Jorge Montecinos, La Calera; Nelson Mandolini, Santiago; Iván Villagrá, Temuco; Arnoldo Medina, Loncoche. UN JUEGO ESCOBILLAS.— Sergio Toro, Curacautín; Víctor Casarino, Santiago; Humberto Aracena, Valparaíso; Héctor Troncoso, Talca. UN PAQUETE VITALMIN.— Julia Vaca, Santiago; Marta Sepúlveda, Santiago; Otilia Fuentes, San Bernardo; Rolando Vergara, Talcahuano; María Rojas, Santiago; Ramón Ortiz, Angol; José Tapia, Puente Alto; Juan Mattus, La Calera; Gladys Delarza, Victoria; Carlos Torchia, Santiago. UN LIBRO.— Lilián Mosier, Temuco; Adriana Yáñez, Graneros; Erna Andrade, Viña del Mar; Nora Castillo, Illapel; Luis Bozzo, Talcahuano; Gregoria Murgas, Valparaíso; Benigno Salas, Santa Juana; Molly García, Quilpué; Delia Rosales, Malloa; Aura Giacamán, Santiago. UN TINTERO.— Sergio Peralta, Viña del Mar; Guillermo Alffin, Valparaíso; Mario Farías, Santiago; Manuel Matta, Santiago; Sergio Giglio, Santiago; José Roberto Neira, Putaendo; Gloria Gaete, Santiago; Mónica Gómez, Santiago; Manuel Venegas, Santiago; Ana María Moriga, Santiago.

UN PROYECTOR DE CINE.— Georgelina Teresa Corrales, Santiago.

## SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL. \$ 90.—

SEMESTRAL. \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES

# EL NIÑO DE LAS SELVAS

**RESUMEN:** Linda Hamilton, su tío Juan, el siniestro Guillermo Plug y su hija Elena exploran el Africa. Plug es quien ha organizado la expedición, para buscar un tesoro español. Linda, en cambio, se ha internado en la selva con la esperanza de hallar a su padre, el explorador Roberto Andrés Hamilton, desaparecido diez años antes. Linda cae a un foso y es salvada por Kendru, el Niño de las Selvas, quien tiene un anillo de oro con las iniciales R. A. H. Logra que él le preste la sortija, y ésta es robada por Elena. Kendru cree que Linda le ha mentado. Un día desaparece el plano de la expedición.



1. El mapa de la expedición había desaparecido y todos sospechaban de Goona, el mono. Linda advirtió que Elena Plug no estaba en el campamento, y salió a buscarla. Enfocando sus anteojos hacia el lago, descubrió a Elena hablando con Kendru.



2. Asombrada, observó que ambos estudiaban un plano. Un extraño dolor acongojó su corazón. Permaneció tanto tiempo absorta y desconcertada, que cuando regresó, Elena ya estaba allí y declaró que el mapa había sido encontrado en la tienda de Juan Hamilton.



3. Linda comprendió que nadie le creería si la denunciaba y prefirió guardar silencio. Al día siguiente, cuando se dió orden de marchar, los negros del safari resistieron, porque temían la cólera de Kendru, el amo de la selva. —Es tierra tabú —gemían los nativos.



4. Guillermo Plug, enfurecido, azotó a los negros y les amenazó de muerte si no avanzaban. Cuando llegó el instante de marchar, se descubrió la ausencia de Elena. La aguardaron media hora, salieron a buscarla, pero no la hallaron. La selva, misteriosa y terrible, guardaba el secreto de su desaparición. Al anochecer, llegó el mono Goona. Traía un mensaje atado al cuello con una cinta celeste. Plug, anonadado, reconoció el cintillo que su hija usaba para atar sus negros cabellos. Linda leyó el mensaje.



5. Anunciaba que si los hombres blancos insistían en explorar la jungla, Elena sufriría las consecuencias. Hamilton y Plug quedaron anonadados. Linda sugirió que iniciaran la retirada, mientras ella parlamentaba con Kendru. Le encontró en el Arroyo de los Leales, y, al anunciarle que el safari había retrocedido, la condujo a una caverna bajo una cascada. Allí estaba Elena.

(CONTINUARA)



# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO XVI.— *Isolda de las manos blancas.*

A través de los mares y las islas, quiso Tristán huir a su dolor. Sirvió a poderosos señores y realizó empresas heroicas. Durante dos años ninguna noticia tuvo de Cornualles y creyó que Isolda ingrata, lo olvidaba.

—No recuerda al desdichado que vaga lejos —murmuraba con desesperación.

Atravesó ducados y reinos en busca de aventuras. En el castillo de Carhaix ayudó al duque Hoel a defenderse contra el conde Riol, su vasallo sublevado.

El duque tenía dos hijos: Kaherdin, un valiente doncel, e Isolda la de las Manos Blancas. Al saber Tristán de Loonois que se llamaba Isolda, sonrió y la miró dulcemente.

Sólo el valor y la audacia de Tristán pudieron vencer a Riol, quien, derrotado, rindió de nuevo homenaje a su señor feudal y con sus bienes restituyó las ciudades y aldeas destruidas.

El duque llamó a Tristán y dijo:

—Amigo, habéis defendido estas tierras y deseo recompensaros. Mi hija Isolda de las Manos Blancas ha nacido de duques, de reyes y de reinas. Tomadla, os la doy.

—Sire, la tomo —contestó el héroe.



Secretamente habían equipado un navío.



Ah! ¿Por qué pronunció esa palabra? Por esa palabra murió. Llegó el día de la boda. Y cuando Tristán se desceñía sus ropas de guerrero para vestir los atavíos nupciales, sucedió que al quitarse una manga demasiado estrecha, cayó al suelo su anillo de jaspe verde, el anillo de Isolda la Rubia. Al oír su claro sonido en el pavimento, el príncipe sintió renacer su antiguo amor. Dominado por la angustia, se reunió con Kaherdin, que se había convertido en su verdadero amigo, su hermano y compañero y él reveló su secreto. Le dijo cómo, en el mar, bebió el filtro del amor y de la muerte. Le refirió la traición de los barones y del enano que con sus intrigas llevaron a Isolda hasta la hoguera. Su vida en el bosque salvaje, el regreso de la amada al palacio del rey Marcos y la fuga de él para olvidarla. Había quedado amar a Isolda de las Blancas Manos, pero ahora sabía que no podría vivir ni morir sin la reina.

Kaherdin, sorprendido, sintió a pesar suyo apaciguarse su cólera. —Amigo —pronunció al fin—, oigo maravillosas palabras y mi corazón se ha conmovido porque habéis sufrido grandes penas. Debiera odiaros porque abandonáis a mi hermana, pero os comprendo. Hablaré con mi padre, para aplazar la boda y luego iremos juntos hacia Tintagel. Veréis de nuevo a la reina y sabréis si ella os recuerda. Si os ha olvidado, volveremos y entonces tal vez podáis amar a Isolda, mi hermana, la sencilla, la bella. Tristán y Kaherdin tomaron la capa y el bordón de los peregrinos y se alejaron. Secretamente habían equipado un navío y zarparon.

El viento los favoreció, y una mañana desembarcaron cerca de Tintagel, en una planicie desierta, vecina al castillo de Lidán. Tristán interrogó a un hombre que pasaba:

—¿Qué noticias hay de la reina Isolda?

—¡Ay!, malas noticias. Desde el destierro de Tristán de Loonoi, llora y languidece.

El peregrino palideció de emoción. Ya en el castillo, pidió a su fiel amigo Dinas de Lidán que llevara a Isolda el anillo de jaspe y un mensaje.

Ese día, bajo palio, el rey Marcos y la reina Isolda la Rubia estaban sentados ante un tablero de ajedrez. Dinas tomó asiento en un escabel cerca de la reina, como si observara el juego, y dos veces, para señalar las piezas, puso su mano en el tablero. A la segunda vez, Isolda reconoció el anillo de jaspe verde. Entonces



—¡Ay!, malas noticias. La reina llora y languidece.

dijo que ya había jugado bastante. Y cuando se levantó, varias piezas cayeron en desorden.

Retirándose a su cámara, mandó llamar al senescal.

—Amigo, me traes un mensaje de Tristán.

—Sí, reina. Está en Lidan y os verá cuando la corte se dirija a la Planicie Blanca, dentro de dos días.

Pero ella había oído decir que Tristán aceptó casarse con Isold de las Blancas Manos y se negó a verlo. El príncipe regresó a Bretaña. No permaneció mucho tiempo en esa tierra. Y otra vez partió hacia Cornualles, esta vez solo, vestido miserablemente como un mendigo. Para acercarse a la reina, se vistió de bufón.

—Me disfrazaré de loco y esta locura será mi sabiduría — murmuró.

Se untó el rostro con unas yerbas mágicas y cambió tanto de aspecto, que nadie lo habría reconocido jamás. Arrancó de un encina una poderosa rama, hizo una maza con ella y se dirigió al castillo.

Cuando entró en la ciudad, blandiendo su maza, escuderos y pajes lo seguían, gritaban, le lanzaban piedras, pero él les hacía frente a todos con agilidad.

(CONCLUIRA)

MAS TARDE EN EL HOTEL...



19-2

SOCORRO!  
PUM!  
AUXILIO!  
BAM!



CON RAZON SE DICE QUE  
LOS ELEFANTES NUNCA  
OLVIDAN UN FAVOR...





# Simbad

N.º 52

\$ 2.-

PRIMER ANIVERSARIO



# Pimπί

EL AVENTURERO



Por

Themístocles  
obos A.

LISTA LA TORTA QUE MANDE  
A HACER PARA ENVIARLA  
A "SIMBAD" EN SU PRIMER  
ANIVERSARIO.



BUSCARÉ UNA CAJA PARA  
METERLA, ASÍ NO SE  
DETERIORA EN EL VIAJE

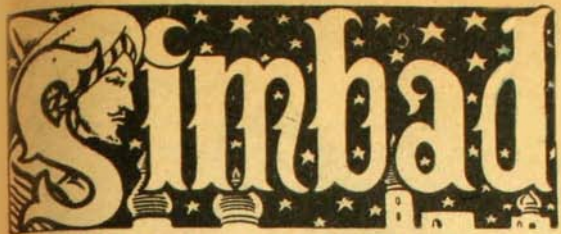
SNIF!  
SNIFF!



¡O TAL A'LES GUSTE LA  
TORTA A LOS MUCHA-  
CHOS DE "SIMBAD"!



SIGUE EN LA PENULTIMA PAGINA



EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ

(Roxane)

AÑO I

N.º 52

Precio: \$ 2.—

30-VIII-1950



# DON QUIJOTE DE LA MANCHA

**CAPITULO XI.**—*La bella emperatriz de Micomico.*

Don Quijote de la Mancha y su escudero cabalgaban, el hidalgo con la cabeza en las nubes y el rústico Sancho con sus asentaderas en el lomo del borrico Rucio. Divisaron delante de ellos un jinete, que llevaba un casco brillante.

Don Quijote dijo:

—Ese es el yelmo de Mambrino y quiero que sea mío porque tiene poderes mágicos.

Sancho Panza no tenía idea sobre aquel yelmo encantado. Pero como siempre que su amo se metía en aventuras, él resultaba apaleado o mantenido, quiso mantenerse a prudente distancia.

Ocurrió que aquel jinete no era un caballero andante, ni aquel yelmo el yelmo de Mambrino. Se trataba del barbero que viajaba de un pueblo a otro a atender a un cliente. Y como empezase a llover y el hombre no quería que su sombrero se

El barbero emprendió veloz fuga.



Ginés robó el asno de Sancho Panza.



estropeará, colocó encima de éste el lavatorio de bronce, que relumbraba como el oro.

Don Quijote lo atacó intentando atravesarlo con su lanzón, y el barbero, dejándose caer del asno, emprendió veloz fuga. La bacia quedó en el suelo. Sancho la recogió para entregarla a su señor, quien en vano quiso ajustarla a su cabeza. Le iba dema-

Dió dos zapatetas en el aire.



siado grande y optó por abandonarla.

Esa noche llegaron a Sierra Morena y acordaron pernoctar allí.

Sucedió que un bandido llamado Ginés de Pasamonte robó el asno de Sancho mientras él y don Quijote dormían como benditos. Al descubrir al día siguiente que le faltaba el Rucio, Sancho rompió a llorar desconsolado. El hidalgo le prometió entonces:

—Enviaré contigo un



carta a mi feudo, para que te den tres burros a cambio del que perdiste en mi servicio. Mientras tú viajas, yo haré penitencia en estas montañas, como Amadís de Gaula.

Partió el escudero, montado en Rocinante, y don Quijote descalbó al pie de una alta montaña.

—Vuelve de aquí a tres días, amigo Sancho. En este librito escribí el mandato para que mi sobrina te entregue los pollinos. También va una carta para mi dama, la bella Dulcinea del Toboso. Hazla trasladar a papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela o sacristán y pondrás por firma: “Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura”.

—Pero vuestra dama verá que ésa no es vuestra letra, ni vuestra firma —objetó Sancho Panza.

—Dulcinea no sabe leer ni escribir —declaró el caballero andante—, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía. Tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.

—Ta, ta —murmuró Sancho, comprendiendo—, ¿conque Aldonza Lorenzo es la princesa Dulcinea del Toboso?

—Esa y no otra. No te vayas todavía, amigo Sancho, porque quiero que me veas empezar mi penitencia. Me quitaré la armadura.

—Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me dará mucha lástima y no podré dejar de llorar —suplicó el escudero—. Tengo la cabeza tan dolorida con el llanto que hice por el Rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros. Pero don Quijote insistió en que se quedara.



Encontró al cura y al barbero.



—Disfrázate de princesa errante.

—Disfrázate de princesa errante —le dijo.

—¿Qué tonterías dices?

El le explicó entonces que iban a realizar una caritativa obra. Le refirió la locura de don Quijote, que se creía caballero andante, y que estaba haciendo penitencia en la montaña.

—Se morirá de un resfrío, o se despeñará rompiéndose la crisma

—declaró maese Nicolás—. Es necesario que vayamos a buscarlo.

Nicolás se disfrazó de escudero, colocándose de barba una cola rucia de buey. Sancho Panza accedió a acompañarles, pues, cuando se apartó de su amo, olvidó pedirle la carta y sin ella no podía ir en busca de los tres borricos.

Mientras galopaban, el escudero miraba embobado a la linda princesa, y, por fin, preguntó quién era. Nicolás le contestó:

—Es la heredera del reino de Micomico y viene a pedir a tu señor que tome venganza de un agravio que le hizo un gigante.

Sancho Panza parpadeó, asombrado.

Se desnudó a toda prisa, dió dos zapatetas en el aire y dos tumbos la cabeza abajo y los pies en alto.

Sólo entonces pudo marcharse Sancho.

Al llegar al camino real, encontró al cura y al barbero amigos de don Quijote, quienes, al enterarse de que el hidalgo estaba en la montaña haciendo penitencia, discurrieron un ardid para sacarlo de allí y traerlo a su casa. El barbero, maese Nicolás, habló con Dorotea, una prima suya, que era muy bonita.

Cuando se reunió con su amo, le dijo:

—Señor, entregué la carta de vuestra señora Dulcinea y ella quiere que regreséis a vuestro feudo.

—No me moveré de aquí mientras no haya realizado una hazaña gloriosa —contestó el hidalgo, que seguía en camisa.

Sanch o Panza dijo aquellas palabras por consejo del cura Pero Pérez, y viendo que eran inútiles para sacar a don Quijote de su destierro, agregó:

—La emperatriz de Micomico desea hablaros, señor.

La doncella; seguida de su falso escudero, mientras el cura se quedaba oculto, espoleó a su cabalgadura y, cuando estuvo cerca,

—La emperatriz de Micomico desea hablaros, señor.



Mientras galopaban...

bajó de su caballo y se hincó de rodillas delante del hidalgo.

—De aquí no me levantaré, oh valeroso y esforzado caballero, hasta que vuestra bondad acceda a proteger a la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto —murmuró, mientras las lágrimas brotaban de sus bellos ojos.

Don Quijote, muy turbado, contestó:

—Levantaos, señora princesa.

—No me levantaré hasta que digáis que estás dispuesto a defenderme —insistió Dorotea, llorando a más y mejor.

(CONTINUARA)

# Jazmín



## CAPITULO XIII.—El cautiverio de Mitriti.

Desde el sitio donde permanecía inmóvil y tendida sobre la arena, Jazmín oyó que la princesa Mitriti decía a sus servidores:

—Montaré en el alazán Mustafá. Atenlo en la última palmera; allí es más fácil montar a la silla.

“Mustafá —pensó desesperada Jazmín— es el corcel más rápido de Omar-El-Haji.”

Súbitamente los beduinos se pusieron en movimiento y cada cual arreglaba su montura y cargaba los camellos. Kasama volvió a la tienda.

—El alazán está atado a la última palmera, princesa —dijo la mayordoma—. Ahora voy en busca de la prisionera.

—Custódiala bien —ordenó Mitriti.

Jazmín siguió como una sombra a la princesa y se ocultó tras el tronco de la palmera.

Aun no se daba la voz de alarma por la fuga de la cautiva y Mitriti se aprestaba a montar el alazán.

Apenas vió Jazmín que la princesa se acomodaba en la silla, dió un ágil salto y trepó al anca de Mustafá. Rápidamente cogió las bridas del caballo y le hizo torcer en dirección a Omar-El-Haji.

Un grito se escapó de los labios de la princesa, quien se inclinó de un lado pretendiendo dejarse caer de la montura.

Pero Jazmín era una muchacha vigorosa y fuerte, en tanto que la mora era débil y temerosa.

—¿Qué haces? —murmuró la princesa—. Vuelve atrás o morirás en el peor de los suplicios. Jazmín, te lo ruego; regresa al oasis.

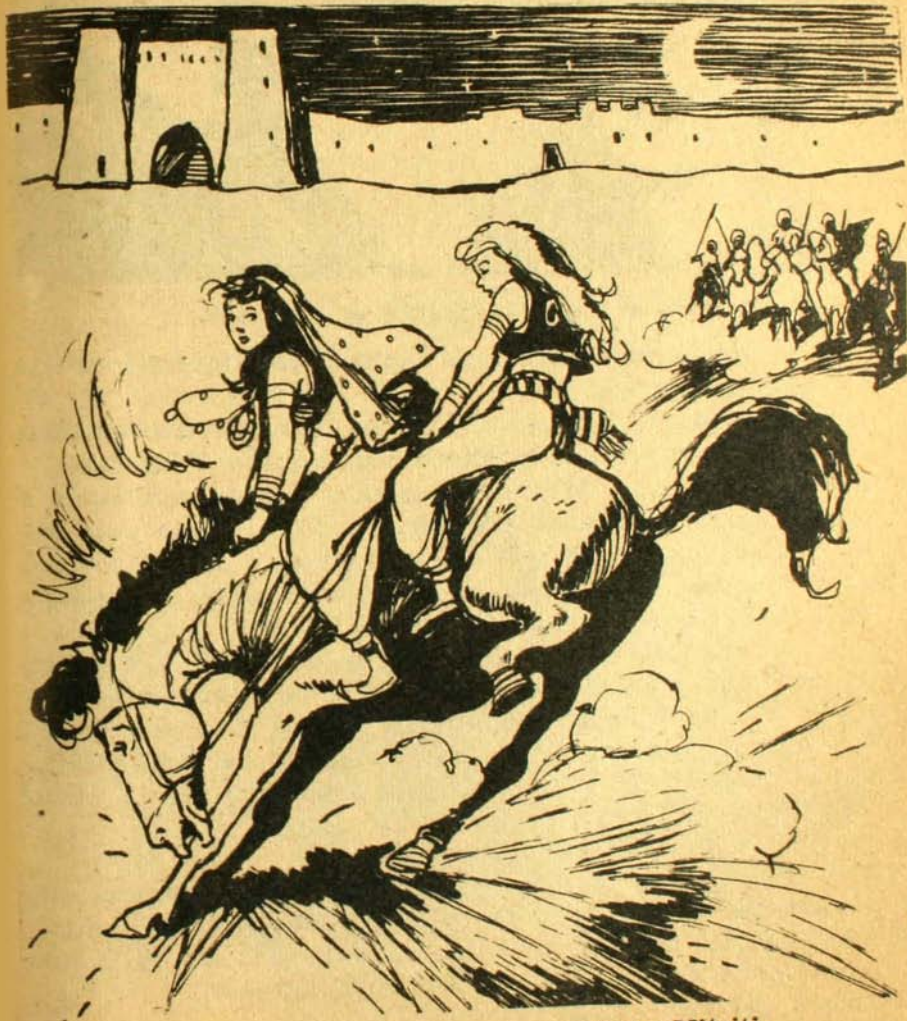
**RESUMEN:** Jazmín y Beryl han huído varias veces de la persecución de la princesa Mitriti, quien pretende reducir las a la esclavitud. El padre de las mellizas Jazmín y Beryl, disfrazado de mendigo, las protege y forja un plan para huir con ellas de la ciudad árabe. Mitriti decide robar las joyas del tesoro del templo, y huir de Omar-El-Haji. Convencida por su padre de la importancia del tesoro, Jazmín sigue en su fuga a Mitriti, pero es cautivada y conducida al desierto como esclava. La joven decide libertarse y recuperar las joyas.

—¿Para ser tu esclava? —respondió Jazmín—. Jamás. Volveremos a la ciudad y el pueblo se vengará de ti.

Jazmín arrebató a Mitriti la bolsita roja, mientras Mustafá, cual si tuviera alas, continuaba corriendo hacia Omar-El-Haji.

—Te daré la mitad del tesoro —suplicaba Mitriti—; serás princesa, pero déjame libre. Seré tu mejor amiga.

—No lo fuiste antes, menos lo serías ahora —replicaba Jazmín. En ese instante se escucharon gritos, o, mejor dicho, alaridos. Los



—¡Suélteme! ¡Suélteme! —gritaba Mitriti.



—¿Quién es Ud.? —preguntó el legionario.

beduínos se habían dado cuenta del rapto de la princesa y corrían veloces tras de Mustafá.

—Suéltame, suéltame —gritaba Mitriti—. Las balas caerán sobre ti y sobre mí también. Los beduínos nos matarán a las dos.

—¡Arre, Mustafá; arre, Mustafá! —gritaba Jazmín, animando al corcel. El animal, acicateado por Jazmín, dió un salto para salvar un escollo y cayó de bruces arrojando lejos a las dos jóvenes. Jazmín no perdió los sentidos al caer algunos metros de distancia del sitio donde yacía inerte la princesa Mitriti.

Como un trueno resonaba en sus oídos el galope de la caravana que la perseguía y los alaridos de los beduínos que continuaban corriendo tras de Mustafá. El animal, más y más enloquecido con los disparos y gritos, corría como un celaje hacia la ciudad. Jazmín se puso de pie y comprobó que tenía aún en sus manos la bolsita roja con el tesoro del templo.

De pronto oyó un formidable tiroteo.

—¿Qué significará ese tiroteo? —se dijo la joven—. Seguramente es un combate entre los beduínos y los legionarios de mi padre.

Y como para dar crédito a su idea, brillaron a la luz de la luna las bayonetas de los soldados de la Legión Extranjera.

—¡Amigos, amigos! —gritó Jazmín.

—Aquí, soldados, aquí —ordenó un militar de blanco yelmo.

Al aproximarse a Jazmín el legionario exclamó:

—Una joven blanca en medio del desierto.

El teniente de la Legión bajó la pistola y acercándose a Jazmín le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Qué haces solitaria en el desierto? Tú eres de nuestra raza.

—Me perseguían los beduinos —respondió Jazmín—. Caí del caballo y quiero llegar a Omar-El-Haji.

—¿Quién es usted? —preguntó el joven militar, contemplando a Jazmín con visible admiración.

—Me llaman Jazmín, pero mi verdadero nombre es Silvia Daverel —dijo la niña—. Yo vivía en Omar-El Haji y ejercía el oficio de aguadora en Puerta de Luna.

—La hija de mi coronel Daverel; —exclamó el teniente Davis—. La hija tantos años perdida. Es algo maravilloso, señorita Silvia. Hoy la hemos buscado casa por casa en la ciudad. Mi coronel y su hermana Beryl están desesperados y yo recibí orden de dirigirme con un piquete de soldados al oasis del Karma a fin de ver si usted se hallaba prisionera de los beduinos.

En ese instante se escuchó el ruido de un formidable motor y Jazmín alzó los ojos al cielo al divisar por primera vez un avión.

—¿Qué es eso? —preguntó, temblando de miedo.



El teniente iba entre Mitriti y Jazmín.



—Mujer pérfida, infame —exclamó Beryl.

—Un aeroplano — replicó el teniente Davis—. La andan buscando, señorita Silvia, pero ahora es preciso que la conduzca a la ciudad. Su padre está desesperado.

Jazmín mostró el cuerpo inerte de Mitriti al teniente Davis.

—Esta es la princesa Mitriti —indicó la joven—. Era nuestra enemiga y yo la llevaba prisionera a Omar-El-Haji.

El teniente Davis examinó a la princesa y declaró que no estaba herida.

—Sufre un desmayo —añadió el legionario—, o tal vez finge estar exánime, a fin de poder huir.

En ese momento Mitriti abrió los ojos y se puso de pie.

—¿Qué harán conmigo ahora? —interrogó la cruel princesa.

—Usted es mi prisionera, princesa Mitriti —declaró el teniente Davis—, pero como nosotros somos



seres civilizados, no la torturaremos ni le haremos daño. Camine junto a mí.

El teniente Davis marchaba entre Jazmín y Mitriti, dispuesto a sujetar a la mora si intentaba escapar. Pero Mitriti, como todas las personas déspotas o crueles, era cobarde en la desgracia y caminaba sumisamente al cautiverio.

Al llegar a Puerta de Luna varias personas se aproximaron con linternas eléctricas.

—¡Beryll! —gritó Jazmín corriendo al encuentro de su hermana gemela.

—Jazmín —murmuró Beryl, abrazando a su hermana—. Te has salvado de la esclavitud, pobrecita. Arturo Davis, es usted un héroe.

—La heroína es su encantadora hermana —respondió el teniente Arturo Davis—. Ella tomó prisionera a la princesa Mitriti. Aquí la traigo a buen recaudo y espero que mi coronel Daverel le dé el castigo que merece.

—Mujer pérfida, infame —exclamó Beryl, mirando a Mitriti.

—No la insultes, hermana —suplicó Jazmín—; ya tiene buen castigo con verse despojada de los tesoros que destinaba a la compra de un imperio.

(CONCLUIRA).

---

## A nuestros lectores

*Ulda G. Carrillo.*— Agradecemos sus entusiastas felicitaciones por "Jazmín" y "El Romance de Tristán e Isolda".

*Mono.*— Para pedir ejemplares atrasados de "Simbad", escriba a la sección suscripciones, Empresa Editora Zig-Zag, Casilla 84-D, Santiago. Le advertimos que los primeros números están agotados.

*Mario Bahamondes, Antonio Krell, Carmen Luz Carvajal, María Tatiana Bustamante.*— Hemos transmitido sus felicitaciones a nuestros dibujantes Nato y Themístocles Lobos. Ellos agradecen tan gentiles elogios.

*Rodolfo Rencart.*— Elena Poirier, Nato y Lobos agradecen sus felicitaciones.

*Marcos Arredondo.*— Nos halaga mucho que usted llame "El Tesoro de los Niños" a nuestra revista "Simbad". Lamentamos decirle que los números que pide están agotados.

*Olga del Carmen Escalona.*— Procuraremos complacerla, dándole más lectura. Usted encontró que era muy poquita la de "Batutú". Escriba a la sección suscripciones para pedir el ejemplar que le falta.

*Roxane*

# LOS VIAJES



1. Samuel Gulliver despertó en una playa desierta y comprobó que estaba atado. Ni siquiera podía mover la cabeza, porque su cabello parecía estar clavado al suelo. Creyó sentir rumor de vocecillas y exclamó: —¿Qué estúpida broma es ésta? ¿Qué bicho se encarama por mi pierna izquierda?



2. Sintió un leve peso en el pecho, y cuál no sería su asombro al ver a un ser humano de apenas 15 centímetros de alto. En seguida otros cuarenta hombrecillos subieron, y Gulliver gritó: —¡Váyanse al diablo! —Su voz resonó como un trueno.



3. Los hombrecillos escaparon asustados y muchos de ellos se dieron tremendos costalazos. Sin embargo, volvieron a trepar sobre Gulliver, y uno dijo: —¡Hekina degul! El joven médico le contemplaba extrañado. "Ligerito te voy a entender", pensó para sus adentros.



4. Hizo esfuerzos para desatarse, y entonces los enanillos lanzaron sobre él una lluvia de flechas. Entonces optó por quedarse quieto. Luego sintió un martilleo continuado durante una hora y, en un andamio, construido a toda prisa, subió un hombrecillo.

(CONTINUARA)

# EL AHIJADO DEL BRUJO



Había una vez un brujo que tenía un ahijado. Un día pidió a su compadre que le dejase llevar al ahijado a su casa, porque deseaba educarle con todo esmero.

El compadre consintió que se llevase al ahijado.

El muchacho, que se llamaba Rilo, se marchó con su padrino. El mago le mandó a la escuela, y el muchacho aprendió a leer.

Cuando Rilo era ya mayorcito comenzó a ver hacer ciertas artes a su padrino, porque el padrino hacía artes diabólicas.

Hacía artes diabólicas el padrino, y el muchacho todo era querer aprender, y no se hartaba de curiosear lo que hacía el brujo.

Hasta que una vez encontró un libro y se puso a leer, y vió que allí estudiaba su padrino los sortilegios que hacía.

El padrino descubrió que su ahijado le imitaba y entonces le mandó a la casa de su padre.

El padre era pobre, y ni siquiera tenía para darle de comer; conque, viéndole el hijo tan desazonado y adivinando en seguida la razón por qué lo estaba, así le dice:

—¡Padre, no se apure usted, que mañana saldremos, y verá cómo tenemos mucho dinero!

Al día siguiente prepararon los dos un borriquillo que tenían y se fueron al campo.

Cuando llegaron al campo, dice el hijo:

—¡Padre, yo ahora me convierto en un perro y me voy de caza y todas las liebres que vea, las cojo!

Y el muchacho se convirtió en un perro, y comenzó en seguida a cazar.

¡Todas las liebres que aparecían, todas las atrapaba!

Cargaron el burro de liebres y se vinieron a venderlas al poblado, y pasaron por la calle del rey.

Viendo al viejo con tanta liebre como llevaba en el burro, todos se admiraban.

Dícele el rey:

—Viejo, ¿cómo has cogido tanta liebre?

—Señor, ha sido mi perro.

Dícele el rey:

—Tienes que venderme tu perro.

—Yo no vendo mi perro, no, majestad.

Al otro día volvieron de caza, y el burro volvió otra vez cargado de liebres.

Dice Rilo:

—Padre, mire que el rey va a decirle que me venda, pero usted pida mucho dinero.

Pasa el viejo por la puerta del rey, y en seguida van a decirle a su majestad:

—¡Ahí va el viejo otra vez! Y otra vez con el burro cargado.

Dícele su majestad:

—Viejo, hoy no pasas sin venderme tu perro. Pide el dinero que quieras.

Indicó la cantidad que a él le pareció, y el viejo se llevó el dinero y el rey se quedó con el perro.

\* \* \*

Un día determinado el rey salió de caza y llevó consigo a todos sus compañeros para que viesen al perro coger liebres.



Rilo espiaba al brujo.



El joven se convirtió en una liebre.

Así que llegaron al campo, empezó en seguida el perro a andar a la busca.

Al poco levantóse una, y él echó a correr tras ella.

Así que comprendió que ya no le veían, el perro se convirtió en un joven y se quedó parado.

Todos corrieron hacia una altura para ver si divisaban al perro y como viesan a un doncel, le preguntaron:

—¿Ha visto usted por aquí a un perro tras una liebre?

Contesta él:

—Sí. Va corriendo por allá abajo. Ya va muy lejos.

Y todavía están corriendo para ver si descubren al perro.

El aprendiz de mago se volvió a casa de su padre.

Y al llegar preguntó:

—Conque, padre, ¿tenemos ahora qué comer?

—¡No! Lo que me dió el rey se lo llevaron unos ladrones.

—No se preocupe. Ya vendrá más.

Y vuelve el hijo a decir al padre:

—Padre, verá cómo tenemos más. Ahora me convierto en un caballo, y usted va a la feria a venderme; pero cuando me venda quíteme el bocado.

De manera que el viejo se fué a la feria con un caballo que era una preciosidad.

¿Y a quién había de encontrar?

¡Al compadre!

El cual vió que tenía al ahijado delante convertido en un caballo.

Y pregunta:

—Compadre, ¿quiere usted venderme el caballo?

Y el viejo responde:

—Se lo venderé. Pero le va a costar mucho dinero.

El brujo le dió todo el dinero que le pidió, porque su deseo era coger el caballo para en seguida matarlo.

El padre recibió el dinero y entregó el caballo; pero no se acordó de quitarle el bocado.

Coge el padrino el caballo y se monta en él, ¡y ahora verás lo que es correr!

Descabalgó a la entrada de un pueblo. Ató el caballo a un árbol, y se alejó.

Cerca de allí había un pozo, donde las mujeres iban por agua. Pasaron dos que iban allá, y el caballito, así que las vió, todo era querer ir también derecho al pozo.

Dice una:

—Aquel caballito tiene mucha sed. Vamos a llevarle un caldero de agua, a ver si bebe.

Se lo llevaron, pero él no podía beber.

Dicen las mujeres:

—Hay que quitarle el bocado.

Y se lo quitaron.

Pero apenas se ve el caballito sin bocado, ahora verás lo que es correr.

Cuando el padrino iba ya a cogerle, se convirtió en una liebre.

El brujo se transformó en un galgo y allá va tras la liebre.

Apenas vió que el padrino iba a cogerle, se convirtió en una paloma y echó a volar.

El brujo se convirtió en un águila, y se fué tras la paloma.

Cuando vió que el padrino iba a cogerle, se convirtió en un anillo, y cayó.



La princesa se puso a gritar.

¿Dónde había de ir a caer el anillo?

En el balcón del palacio del rey.

Cuando lo vió, la bella princesa dijo:

—¡Qué anillo tan bonito hay en el balcón!

Lo cogió y se lo puso en el dedo.

Por la noche, cuando la princesa se fué a acostar, no quiso quitarse el anillo y se acostó con él.



El anillo se convirtió en un doncel, y tan pronto como le ve, la princesa comienza a gritar.

Corre el padre al cuarto de la hija para ver lo que era; pero él volvió otra vez a convertirse en anillo y se metió en seguida en el dedo de la princesa.

Pregunta el padre:

—¿Qué tienes?

Contesta ella:

—Padre. Que hay un desconocido aquí.

El padre buscó y no vió nada, y muy enfadado dijo a su hija:

—¡Eso son locuras! ¡A ver si vuelves a llamar!

Comenzó a hablarse mucho de un anillo que tenía la princesa.

El padrino, que oye hablar tanto del anillo, desconfía y dice:

—Aquello es mi ahijado.

Y fué y le dijo a la princesa que si le vendía el anillo.

Ella le dijo que no, que no se lo vendía.

El brujo se volvió por el mismo camino, y el anillo dijo a la princesa:

—Ese hombre que ha venido para que me vendas es mi padrino.

El anda viendo si puede matarme, y ha de volver otra vez por aquí para que me vendas, y tú, véndeme, pero cuando vayas a pasarme a su mano, déjame caer al suelo.

El brujo fué otra vez a ver a la princesa.

—¿Quiere usted venderme su anillo, Alteza?

Ajustaron el precio y él le dió el dinero.

Pero al quitarse ella el anillo, se le cayó al suelo.

Se cae el anillo al suelo y se convierte en seguida en una granada, con todos los granos esparcidos.

Y el padrino se convierte en una gallina con muchos pollitos y todos se pusieron a comerse los granos salidos de la granada.

Se escapó uno que los pollitos no vieron.

Era él que se convirtió en seguida en un zorro y se comió a la gallina y mató a todos los pollitos.

Y allí se le acabó al padrino su existencia y Rilo quedó convertido en anillo en el dedo de la princesa.

**CUPON DEL  
CONCURSO  
Semanal** 83

STMBAD N.º 52

El paso de las Termópilas fué defendido por ... soldados griegos al mando de Leonidas.

# Ponchito



ESTOY HACIENDO UNA TORTA PARA QUE LLEVES A LA CELEBRACION DEL ANIVERSARIO DE "SIMBAD"



¿QUE TE PARECE?



QUE OLOR MAS APETITOSO. LA PONDRE EN ESTA CAJA PARA QUE NO SE DESTROCE

...Y PONCHITO LLEGA A LAS OFICINAS DE "SIMBAD" DONDE ESTAN REUNIDOS TODOS SUS COMPAÑEROS



AQUI TRAIGO UNA SORPRESA, ALGO ESPECIAL QUE MANDA MI ABUELITA PARA TODOS USTEDES



NATO.

¡OH!



# La casa de los 7 duendes



**RESUMEN:** Sergio, Gerardo, Pedro, Pablo, Pepita, Lidia y Rita son los hijos de Juan Duvel. En el momento de partir de vacaciones, la señora Duvel sufre un accidente y es hospitalizada. Los niños se rebelan, al oír que quedarán a cargo de una institutriz. El aspecto de la señorita Pilar no inspira confianza y redobla la malquerencia de los hijos de Juan Duvel para la desconocida mujer que ha de acompañarlos a la casa de campo.

## CAPITULO III.—Insubordinados los duendecillos.

Desentendiéndose de la antipatía que le manifestaban los niños, la señorita Pilar se acercó a la condolida Pepita y colocándole una mano en el hombro le dijo suavemente:

—Valor, Pepita. Su mamá está en excelentes manos y mejorará pronto.

Conmovida por el afectuoso gesto de la institutriz, Pepita respondió:

—Gracias, señorita. Ya sabía que usted era buena.

Bajo los anteojos negros la faz de Pilar se contrajo.

—Sí; pero los demás niños no lo creen así. No proteste, ya he sufrido esa hostilidad de muchas maneras. Para sus hermanos y hermanas yo soy la autoridad, por lo tanto la enemiga. Todos me detestan.

—No es eso —indicó Pepita—. Ellos pensaban, locamente, que iban a estar solos y sin que nadie les mandara. Son muy subversivos.

—No intento tiranizarles ni molestarles sin motivo —insinuó la señorita Pilar—. Espero que pronto comprenderán su error.

—Perdóneme si soy curiosa —se atrevió a decir Pepita—, pero yo deseo saber ¿por qué aceptó este cargo? Sí, sí, yo sé que usted no

recibe sueldo y que sólo desea pasar unas vacaciones en el campo. Todos los inconvenientes serán para usted. La casa deshabitada, la dificultad de aprovisionarse de víveres, mis fastidiosos hermanitos. . . ¿Por qué aceptó esta tarea tan difícil e ingrata? Pilar balbuceó palabras que no alcanzaron a los oídos de Pepita y luego con acento irónico, respondió:

—Tal vez porque me agradan las tareas difíciles. . .

En ese momento Gerardo les interrumpió diciendo:

—Pronto, pronto, preparémonos. Hay que cambiar de tren en la próxima estación.

—No, no —protestó Pilar—. No se cambia de tren.

—¿Qué sabe usted? —replicó Gerardo con insolencia—. Si ha dicho que nunca ha viajado por esta región.



—Valor, Pepita.

Pilar tembló y en seguida, mirando fijamente al impertinente muchacho, dijo con tranquilidad:

—En efecto, no la conozco, pero su padre no me habló de traslados. Si usted está mejor informado, descenderemos del tren en la próxima estación. Si se equivoca, subiremos al tren siguiente.

Entre el tumulto que se siguió con la orden de Gerardo, los 7 duendes comenzaron a sacar maletas.

—Este es el primer sabotaje —dijo Gerardo al oído de Pepita—. Nos vamos a divertir. Qué risa me da.

Pero la risa fué de

corta duración. Cuando estuvieron en el andén y el tren comenzaba a partir, Lidia gritó despavorida:

—Pedro se ha quedado en el vagón. Mírenlo.

El chico, enloquecido, se asomaba a una ventanilla y agitaba en su mano una cosa informe.

—Quiso recoger su osito y el tren está saliendo ya. . . , Pedro, Pedro —gemía Pepita.

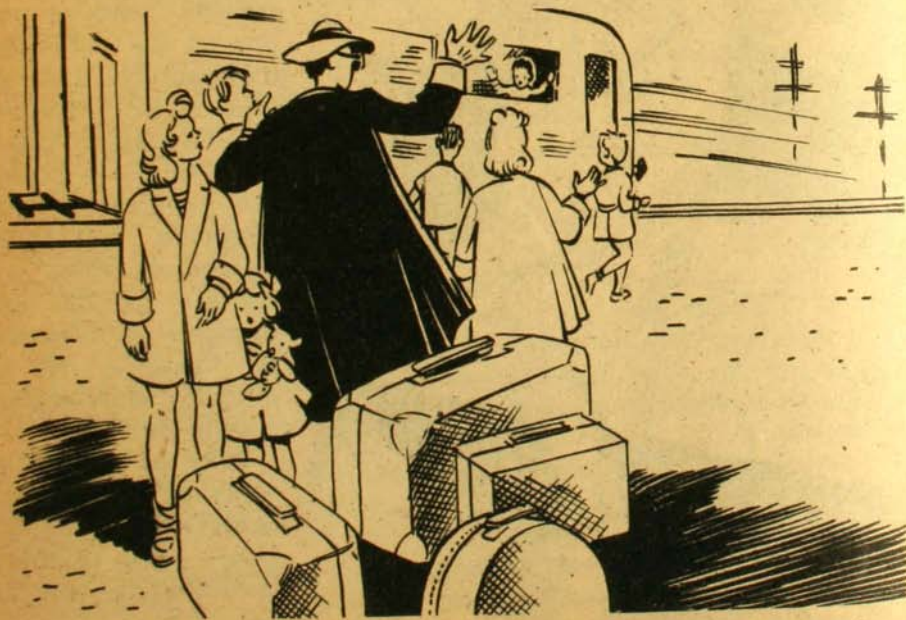
La señorita Pilar corría tras del tren como una loca diciendo al niño:

—Espéranos en la próxima estación. Señora, usted, que está a su lado, cuídelo, por favor. Lo recogeremos en. . .

Ya el tren se lanzaba a toda velocidad y la institutriz volvió a reunirse con los niños que rodeaban a Pepita. Pablo, por ir a reunirse con su hermano gemelo, había corrido tras de la señorita Pilar y al tropezar en un bulto se rompió una rodilla.

—¿Qué hacer? —imploraba Pepita—. ¿Cómo nos reuniremos con Pedrito?

—En la estación próxima —indicó Pilar—. Telefonaré al jefe y le diré que guarde al niño en su oficina hasta que lleguemos.



El tren se llevó a Pedrito.

La institutriz regresó desilusionada. No había tren para "El Paico" hasta la mañana siguiente.

—No podemos aguardar tanto —expresó Pepita—. Pedro se escapará... Huiré al campo para buscarnos.

—Sería una locura...

—Pedro es terrible, señorita —dijo Pepa—. Tiene siete años...

—Buscaremos un automóvil —decidió la institutriz.

—No existen autos aquí —declaró el jefe de estación—. Tendrán que esperar ustedes hasta mañana.

—Mi pobre Pedrito —gemía Pepita—. Nunca más le veremos y todo por culpa tuya, Gerardo. ¿Por qué nos hiciste bajar en esta estación si no teníamos que cambiar de tren? ¿Entiendes, malvado? Tú eres el responsable si le ocurre algo a tu hermano.

Gerardo palideció y una hora después, cuando la institutriz convocó a los niños para llevarlos a la sala de espera, el muchacho había desaparecido.

—No puede ser —murmuraba atónita la señorita Pilar—. Es imposible que haya desaparecido voluntariamente. Iría acaso en busca de un automóvil a la ciudad...

Pepita lloraba desolada.

—Yo tengo la culpa —decía—. Le hice tantos reproches que ha de estar desesperado. Quizas en su desesperación...

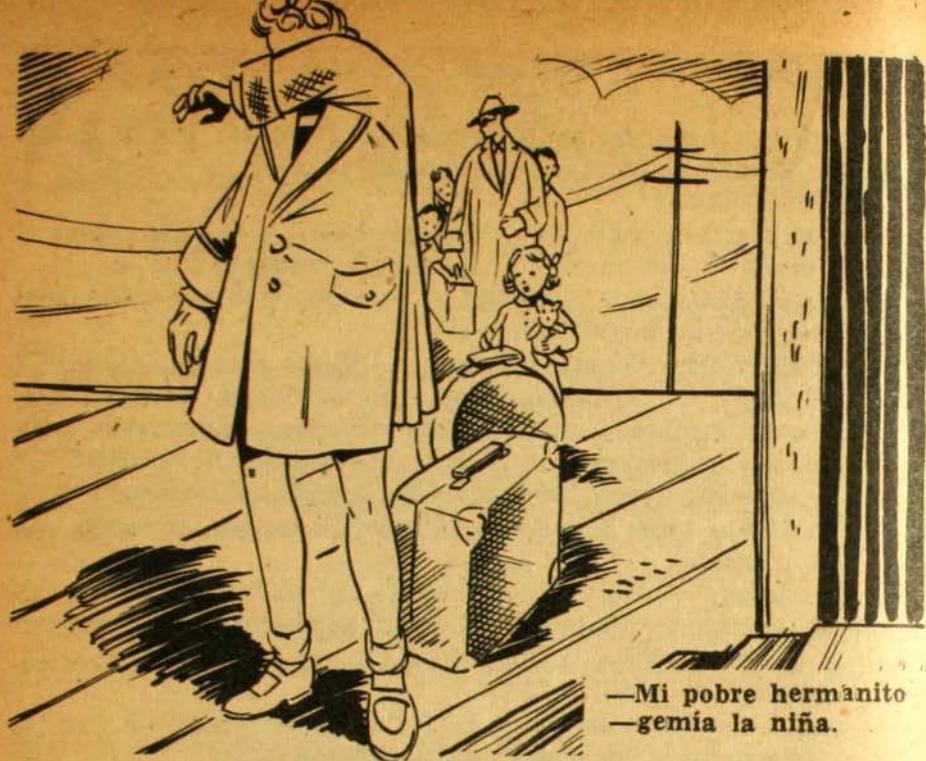
—No te imagines tragedias, Pepita —dijo Pilar severamente—. Gerardo es el culpable de la situación en que nos encontramos, ya que sin él estaríamos en el tren y próximos a llegar a "El Paico".

—¿Y usted, señorita, por qué no lo impidió? —preguntó la petulante Lidia—. Yo oí que usted aseguraba a Gerardo que no había cambio de tren. Si le permitió obrar así fué seguramente para burlarse de él después.

La institutriz se mordió los labios a fin de contener su ira y luego dijo:

—Su imaginación es fantástica, Lidia. En todo caso, esta crítica situación nos obliga a pasar la noche en la sala de espera sin saber qué ha sido de Pedro y de Gerardo. Si ustedes quisieron burlarse de mí, el castigo ha sido grande. Que les sirva de escarmiento. Entren todos a la sala. Yo voy a curarle la rodilla a Pablo... Sergio, deme mi maletín amarillo claro.

—No lo veo —respondió Sergio, a quien la institutriz había dejado cuidando las maletas—. Sin duda se quedó en el tren... como Pedro.



—Mi pobre hermanito  
—gemía la niña.

—Confiesa que lo dejaron allá por orden de Gerardo —exclamó enfadada la institutriz—. No te reprenderé, ni te castigaré, Sergio, pero todo recae sobre ustedes. En esa maleta traía un botiquín de urgencia que me habría servido para curar la rodilla de Pablo. Espero que no se infecte.

La señorita Pilar, con su figura erguida y su rostro infinitamente triste, prosiguió con severidad:

—Espero que todas estas desventuras les curarán a ustedes del deseo de burlarse de mí. . .

Los niños, impresionados por la voz de la institutriz, se dejaron instalar en las banquetas y cubrir con las mantas que llevaban. Se inició la noche con un silencio cargado de tristeza.

Pepita se había tendido en una banca estrechando a la pequeña Rita, que pronto se durmió plácidamente.

No así la hermana mayor de los 7 duendes. Pepita pensaba en Pedro y en Gerardo.

“¿Qué dirían papá y mamá si supieran lo que nos ocurre? —pensaba la niña—. Pienso en nuestro veraneo y tiemblo de inquietud. Protégenos, Dios mío.”

(CONTINUARA).



# GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DÍGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos con cuántos soldados griegos defendió Leonidas el paso de las Termópilas? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 2 rompecabezas, 10 carpetas esquelas, 3 juegos escobillas, 10 paquetes Vitalmín, 10 libros de cuentos infantiles, 10 paletas acuarelas, 5 libretas para apuntes.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 48.

La Cámara de Diputados tiene 147 diputados.

Premiados con UN LLAVERO: Reinaldo Donoso, Coquimbo; Patricio Maas, Santiago; Gladys González, Talca; Roberto Berríos, Santiago; Inés Espinoza, Viña del Mar; Zanoni Vinet, Quillota; Gladys Farías, Viña del Mar; Jorge Carreño, Viña del Mar; Luis Cortés, Talcahuano; Cristián Cuadra, Santiago. UN JUEGO PIMPON: Patricia Arteagobeitia, Valparaíso; José Ortiz, Temuco; Inés Espinoza, Linares; Adolfo Gana, Santiago; Julio Toro, Santiago. UNA CHAUCHERA: Alberto Inclán, Santiago; Marianela Tauber, Santiago; Carmen Luz Carvajal, Viña del Mar; Luz Moreno, Santiago; Rina Becerra, Santiago. UNA REGLA PARA COLEGIAL: Miguel Herrera, Santiago; Fresia Sepúlveda, Santiago; Alfredo Vergara, Quillota; Sonia Aránguiz, Las Condes; José Tapia, Puente Alto; Magdalena Canales, Olmué; Eugenia Moya, Curicó; Elizabeth Krell, Santiago; Luciano Herrera, Santiago; Fresia Navarro, Santiago. UN PAQUETE DE VITALMIN: Edmundo Villarroel, Lota Alto; Elsa Jara, San Bernardo; Tullio Fantini, Santiago; Alfonso Huerta, Valparaíso; Marcelo del Real, Santiago; Miguel González, Santiago; Julia Vergara, Santiago; Lucila Medina, Chillán; Manuel Reyes, Tilcoco; Edgardo Olivares, Melipilla. UN LIBRO: Ramón Rabí, Santiago; Benjamín Donoso, Talcahuano; Nelson Benavente, Lota Alto; Norma Koppe, Temuco; Jorge Barril, Puerto Montt; Miriam Sáez, Lautaro; Rosa Massó, San Bernardo; Carmen Concha, Concepción; Enrique Labra, Curepto; Eugenia Basoalto, Angol y Alejandro Godoy, Santa Juana.

UN 'PROYECTOR DE CINE: Carlos Cárdenas, Correo, Santa Juana.

# EL NIÑO DE LAS SELVAS

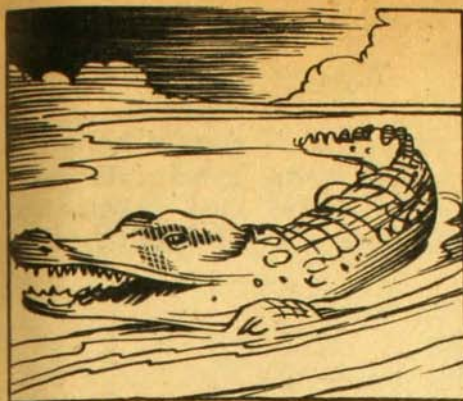
**RESUMEN:** Linda Hamilton, su tío Juan, el siniestro Guillermo Plug y su hija Elena exploran el Africa. Plug es quien ha organizado la expedición para buscar un tesoro español. Linda, en cambio, se ha internado en la selva con la esperanza de hallar a su padre, el explorador Roberto Andrés Hamilton, desaparecido diez años antes. Linda cae a un foso y es salvada por Kendru, el Niño de las Selvas, quien tiene un anillo de oro con las iniciales R. A. H. Logra que él le preste la sortija, y ésta es robada por Elena. Kendru cree que Linda le ha mentado. Un día desaparece el plano de la expedición. Más tarde Elena es raptada por Kendru.



1. Elena Plug, al ver a Linda, exclamó: —¡También tú eres prisionera de ese odioso Kendru! Linda la interrumpió: —Salgamos de aquí. Hay que caminar sobre un tronco situado como puente sobre el río. Yo te guiaré.



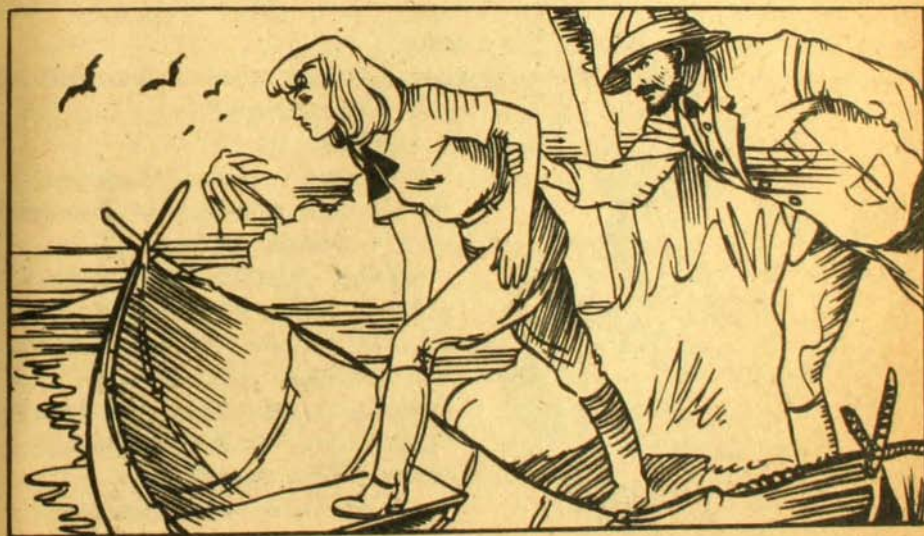
2. Llegaron junto a Kendru, que lanzó una mirada de desprecio a Elena. Sin cuidarse más de ella, el Niño de las Selvas condujo a Linda a una canoa. —Te llevaré donde está el anillo de oro, que Elena robó —dijo mientras se deslizaba por el río—. Elena quiso engañar a Kendru dándole otro anillo a cambio de que él le indicara la ruta por la selva. Linda guardó silencio. Recordaba que vió a Elena hablando con Kendru y comprendió la intriga de su enemiga.



3. —Elena lanzó aquí el anillo con las iniciales de tu padre —añadió el joven, y minutos después se sumergió en una vorágine. Reapareció, trayendo la sortija y, con una risa desafiante, eludió a un cocodrilo, mientras Linda desfallecía de terror.



4. —Mañana te daré el anillo —prometió a Linda—. Esta noche, Kendru intentará evocar su pasado y quiere tener su amuleto de oro. La niña volvió al campamento. Lobala salió a su encuentro, y ella le dijo: —Kendru nos permite penetrar en su selva, Lobala.



5. —¡No necesitamos la venia de ese salvaje para continuar! —gritó Guillermo Plug—. Mi hija me refirió el humillante secuestro y usted es amiga de ese... hombre-mono. ¿Tendrá la osadía de seguir viéndolo? —Mañana, en la ribera alta del río— contestó Linda con orgullo. Al día siguiente, al amanecer, Plug fué en busca de Linda y la obligó a seguirlo hasta el Lago de las Mil Estrellas.

(CONTINUARA)



# El Romance de Tristan e Isolda

## CAPITULO XVII Y FINAL.—La muerte.

En medio de risas y burlescas aclamaciones, Tristán, disfrazado de bufón loco, penetró en el palacio real. El monarca, sentado junto a Isolda, administraba justicia. Al verlo, dijo:

—Bien venido, amigo.

Tristán repuso, contrahecha la voz:

—¡Sire, que Dios te proteja porque eres bueno!

—Amigo, ¿qué andas buscando por estas tierras?

—A Isolda, a quien tanto he amado. Te traigo a mi hermana Brunehilda. Te doy a mi hermana, me entregas a la reina y te serviré con humildad.

Rióse el rey y dijo al loco:

—¿Y qué harías con la reina?

—Me la llevaría allá, arriba, entre el cielo y las nubes, a mi palacio de cristal.

—¿Y crees que la reina se iría contigo?

—Sire, tengo derechos. He realizado por ella muchas hazañas y por ella enloquecí.

—¿Quién eres tú?

Soy Tristán, rey de Loonois.

Al oír este nombre, Isolda suspiró y pálida exclamó:

—¡Vete! ¿Quién te ha dejado entrar? Vete, loco malvado.

El, sin retroceder, habló sobre su combate con Morolt y el dragón, y las veces que Isolda le curó de las heridas envenenadas. Ella murmuró:

—Calla. Estás ebrio, deliras.

—Sí, estoy ebrio. Bebí un filtro que no me deja reflexionar. Reina Isolda, ¿recuerdas ese día tan cálido, tan hermoso, en medio del mar? Tenías sed, ¿no lo recuerdas, hija de rey? Los



Tristán se disfrazó de bufón loco.



—¡Vete! ¿Quién te ha dejado entrar?

pa, cantar con música, amar a las reinas y lanzar en la corriente de las aguas pedazos de madera tallados.

Cuando Isolda pudo abandonar la sala y el rey partió con el bufón a cazar, la reina exclamó doliente.

—Brangiana, áspera es mi existencia y más valiera morir. Hay un loco de atar que es sin duda adivino, porque sabe toda mi vida y me dijo cosas que sólo Tristán, tú y yo conocemos.

Brangiana repuso:

—¿No sería Tristán en persona?

—No, porque Tristán es bello y éste es contrahecho y repugnante.

Sin embargo, lo reconoció cuando él, llegando a su cámara, no fingió ya la voz. Desde entonces se vieron muchas veces. Los criados alojaron al bufón bajo la escalera de la sala, como a un perro en su cubil. El lo sufría todo con paciencia, porque a veces, recuperando su forma y su belleza, pasaba de su escondrijo a la cámara real.

Pero Andret sospechó la verdad y un día, cuando Tristán quiso pasar, lo rechazó, diciendo:

—Loco, a tu camastro de paja.

—¡Eh, grandes señores, ¿entonces no voy a abrazar a la reina? Blandió su maza y los guardianes escaparon. Pero el joven rey comprendió que debía huir y se alejó una vez más del palacio

dos bebimos del mismo vaso y desde entonces estoy ebrio.

Cuando Isolda oyó estas palabras, que sólo ella podía comprender, ocultóse el rostro con el manto y quiso huir. Pero el rey la detuvo:

—Espera, Isolda amiga, que nos divertamos con este loco. ¿Sabes cazar, amigo?

—Sí, osos y lobos, gerifaltes y jabalíes, liebres y zorros. Y sé también tañer el ar-



La reina murió también.

En Bretaña luchó contra el barón Bedalis y una lanza envenenada le hirió. Comprendiendo que iba a morir, llamó a Kaherdin, su fiel amigo, su hermano, y le suplicó ir en busca de Isolda la Rubia.

—Navega en mi bella nave de dos velas, una blanca, otra negra. Al regresar, si traes a la reina Isolda, iza la vela blanca. Si no, la vela negra, la triste. Lleva este anillo de jade y dile a la reina que me muero si no viene.

Isolda de las Blancas Manos, hermana de Kaherdin, oyó estas palabras.

Kaherdin cumplió su misión. La reina Isolda, al ver el anillo, abandonó el palacio para seguir al mensajero.

Transcurría el tiempo, Tristán, demasiado débil, ya no puede mirar hacia el mar. Isolda de las Blancas Manos le anunció una tarde:

—Amigo, Kaherdin llega. He visto su nave.

—Díme el color de sus velas.

—Son completamente negras —mintió ella.

—¡No puedo retener la vida más largo tiempo!

Cuando la reina desembarcó y supo que Tristán había muerto, se encaminó hacia el palacio y, acostándose junto a su amigo, enlazando su mano a la de él, murió también.

El rey Marcos hizo labrar dos ataúdes, uno de calcedonia para Isolda, otro de berilo para Tristán. En una capilla colocó las dos tumbas separadas. Pero durante la noche, del sepulcro de Tristán brotó una zarza verde, de fuertes guías, de flores perfumadas, que, elevándose por sobre la capilla, se hundió en la tumba de Isolda. Las gentes del país cortaron la zarza, pero al otro día renació y todavía se sumerge en el lecho de muerte de Isolda. Tres veces más quisieron destruirla, pero fué inútil. Entonces contaron el prodigio al rey y éste prohibió cortar en adelante la enredadera.

*Fine*



